

SEXO, RAZA,
CLASE
Una perspectiva para
vencer

Selma James

tragicantes de sueños
mapas

Sexo, raza, clase

Una perspectiva para vencer
Selección de escritos (1962-2011)

Selma James

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2012, del texto, Selma James.
© 2023, de la edición, Traficantes de Sueños.






creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Edición original: *Sex, race, and class. The perspective of winning. A selection of writings (1952-2011)*, Oakland, Common Notions-PM Press, 2012.

Primera edición: abril de 2023

Título: Sexo, raza, clase. Una perspectiva para vencer.

Selección de escritos (1962-2011)

Autora: Selma James

Traducción: Paula Martín Ponz

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños


Edición:


Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid.

Tlf: 915320928

mail:editorial@traficantes.net

 @editorial.Traficantes

 @Traficantes_Ed

ISBN: 978-84-19833-01-3

Depósito Legal: M-11986-2023

Sexo, raza, clase

Una perspectiva para vencer

Selección de escritos (1962-2011)

Selma James

Traducción

Paula Martín Ponz

traficantes de sueños
mapas

Índice

Prefacio agradecido. <i>Marcus Rediker</i>	15
Una perspectiva para vencer. <i>Nina López</i>	21
1. El lugar de la mujer (1952)	35
2. Columnas en el periódico <i>Correspondence</i> (1954)	63
3. Aubrey Williams y Wilson Harris (1966)	73
4. Las mujeres contra la Ley de Relaciones Laborales (1971)	77
5. El poder de la mujer y la subversión de la comunidad (1972)	81
6. Mujeres, sindicatos y trabajo, o lo que no debe hacerse (1972)	107
7. Una perspectiva para vencer (1972)	133
8. La campaña por las prestaciones familiares: tácticas y estrategia (1973)	147
9. Sexo, raza y clase (1974)	157
10. Los no asalariados del mundo (1975)	173
11. Putas en la casa del señor (1983)	185
12. Jean Rhys (1983)	215
13. Marx y el feminismo (1983)	233
14. La cocina global (1985)	267
15. Desconocidas y hermanas: mujeres, raza e inmigración (1985)	287

16. La Década para la Mujer de las Naciones Unidas: una oferta que no podíamos rechazar (1985)	311
17. El reto de la diversidad: reflexiones de una conferencia (1985)	335
18. El trabajo no remunerado de las mujeres: el corazón del sector informal (1991)	355
19. El derecho a la lactancia: el valor de la bondad humana (2002)	365
20. Venezuela (2004-2005)	375
21. Llamamiento a la sexta Huelga Global de Mujeres (2005)	383
22. Redescubriendo la Tanzania de Nyerere (2007-2009)	387
23. Extractos de entrevistas (2009)	403
24. Intervención en la Asamblea de judíos estadounidenses contra el racismo y el apartheid de Israel (2010)	409
25. Haití (2010-2011)	417
26. Artículos en <i>The Guardian</i> (2010-2011)	433
27. Mumia Abu-Jamal, <i>jailhouse lawyer</i> (2011)	445
28. La lucha por la claridad y la influencia: el legado político de C. L. R. James (2001-2012)	453
Sobre los autores	475

Prefacio agradecido

Marcus Rediker

SELMA JAMES ES UN TESORO, como bien muestra este recopilatorio de perlas preciosas. Durante más de medio siglo ha desempeñado un papel fundamental dentro de un amplio espectro de organizaciones y movimientos radicales, muchos de los cuales no son tan conocidos como debieran. Su militancia abarca desde la pertenencia en la década de 1950 a la Tendencia Johnson-Forest¹

¹ La Tendencia Johnson-Forest fue una tendencia de izquierda radical ligada al trotskismo, originada en Estados Unidos al separarse del Socialist Workers Party (Partido Socialista de los Trabajadores, SWP) por su escaso interés en el activismo negro, por críticas al modelo de partido leninista de vanguardia y por consideraciones sobre la Unión Soviética. Liderada por los teóricos marxistas C. L. R. James y Raya Dunayevskaya (bajo los seudónimos de J. R. Johnson y Freddie Forest) y por la autora y activista Grace Lee Boggs (Ria Stone), quienes, al considerar la Unión Soviética un Estado capitalista (y no burocrático como el SWP), al no existir por tanto sociedad comunista alguna, abogaban por una vuelta a los fundamentos del marxismo. En 1951 crearon la organización Correspondence Publishing Committee (CPC) y su revista *Correspondence*. Dos años más tarde, C. L. R. James fue deportado a Gran Bretaña, lo que supuso un duro golpe para el grupo. En 1955 la organización se rompió con la salida de Dunayevskaya y otros que, si bien criticaban el modelo de partido de vanguardia sí pensaban que era necesario algún tipo de organización revolucionaria; fundaron los News and Letters Committees y la revista del mismo nombre. Grace Lee, James Boggs, Freddy Paine y Lyman Paine permanecieron en el CPC y derivaron hacia posiciones tercermundistas. Aquellos ligados a C. L. R James, como Martin Glaberman, tomaron el nombre de Facing Reality, después de la publicación de un libro del mismo título de James, Lee Boggs, Pierre Chaulieu y Cornelius Castoriadis sobre la revolución húngara; su revista se llamó *Speak Out*. Véase el último capítulo a este respecto. [N. de la T.]

y su paso a la escisión Facing Reality, hasta el colectivo Race Today² en Brixton y la Huelga Mundial de Mujeres. En todas ellas James ha impulsado y personificado un modelo de política radical que ha ido ganando relevancia en el mundo actual. Su estrecha asociación con el gran académico-activista trinitense C. L. R. James proporciona una de las claves de su enfoque político. Una de las principales ideas que los trabajos de James plasman es lo que el difunto George Rawick, también estrecho colaborador de C. L. R. James, describió como «actividad propia de la clase trabajadora»: las múltiples y variadas actividades, a menudo invisibles, que la clase obrera, definida de manera amplia, lleva a cabo por sí misma en su lucha por la emancipación. El énfasis se coloca en la acción, en su agencia, en los nuevos, y a menudo impredecibles, significados y posibilidades generados a partir de la actividad de los movimientos sociales y de la confrontación directa de los conflictos sobre el terreno mismo. C. L. R. James siempre remarcó la importancia que tienen las nuevas formas de lucha que emergen incesantemente desde la base, muchas veces de la mano de estructuras de la izquierda ya institucionalizada como sindicatos y partidos políticos pero también, a menudo, en contra de estas estructuras.³

Del mismo modo que la perspectiva de Tom Paine en *Los derechos del hombre* (1791) se vio ampliada gracias a la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792) y por el trabajo, menos conocido pero de capital importancia, de Thomas Spence, *The Rights of Infants [Los derechos de la infancia]* (1796), James ha continuado su trabajo ahondando en esta dirección, señalando y cuestionando cómo ha sido posible que «las mujeres pese a realizar dos terceras partes del trabajo del planeta, reciban solo un 5 % de los ingresos mundiales, y posean menos del 1 % de los activos mundiales», y pregunta con impaciencia cómo se

² *Race Today* fue una revista política mensual británica lanzada por el Instituto de Relaciones Raciales en 1969. Editada de 1973 a 1988 por el colectivo Race Today, afincado en Brixton y formado entre otros por Darcus Howe, Farrukh Dhondy, Linton Kwesi Johnson, Leila Hassan y Jean Ambrose, fue un órgano de expresión de un marxismo libertario radicalmente antirracista y se convirtió en uno de los medios más relevantes del periodismo y el activismo negro. [N. de la T.]

³ George Rawick, «Working Class Self-Activity», *Radical America*, núm 3(2), 1969, pp. 23-31. Véase también David Roediger (ed.), *Listening to Revolt: The Selected Writings of George Rawick*, Chicago, Charles H. Kerr Publishing Co., 2010.

puede transformar esta sórdida realidad. James fue una pionera en el análisis teórico e histórico de la «clase-raza-género», y en poner el énfasis en cómo cada uno de estos conceptos forma parte de los otros, mucho antes de que en la década de los años ochenta esta perspectiva se convirtiera en un enfoque analítico popular.

La teoría política de James y sus estrategias organizativas surgen «desde abajo» o, lo que es lo mismo, no nacen de los intelectuales ni de los funcionarios del partido que le dicen a los trabajadores qué es lo que deben hacer, si no que, como se verá en estas páginas, nacen de los operarios de las fábricas, de las amas de casa, las prostitutas y los migrantes. Y estas personas no solo están en Londres y Nueva York sino que forman un entramado que va desde México a Venezuela, desde Haití a Kenia y Tanzania. James insiste no solo en construir su perspectiva mediante la interacción con personas de todo tipo y de cualquier nación, sino que además pone a prueba y afila una y otra vez dichas teorías dentro de su propio grupo y de su entorno. Desde la primera vez que escribió un panfleto, que lo debatió y presentó ante sus compañeras de trabajo y vecinas, James siempre ha confiado no solo en la decencia de la gente común sino también en la capacidad de esta para pensar y actuar. «Todo cocinero puede gobernar», escribió C. L. R. James en 1956. Selma James llevó ese optimista mensaje al mundo laboral de las mujeres, la cocina, y, al hacerlo, expandió y profundizó el significado de dicho mensaje.⁴

El panfleto que James escribió junto con Mariarosa Dalla Costa, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*,⁵ incluido parcialmente en esta obra, es, desde mi punto de vista, un clásico de la literatura radical y uno de los documentos políticos más importantes de los años setenta, ya que contribuyó tanto al movimiento de trabajadores como al movimiento de mujeres, de hecho, ¡le demostró a los activistas de ambos movimientos que compartían una lucha común! La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico ha llevado este mensaje a lo largo y ancho del mundo. En este aspecto, como en muchos otros, la obra de James

⁴ *A New Notion: Two Works by C. L. R. James: «Every Cook Can Govern» y «The Invading Socialist Society»*, Oakland, PM Press, 2010.

⁵ *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1972 [ed. cast.: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1979].

ha ampliado sistemática y consistentemente nuestra idea de lo que es el movimiento obrero, traspasando la verja de la fábrica para llegar hasta los hogares, las calles y la prisión.

Un buen ejemplo de ello es su reciente trabajo con el prisionero Mumia Abu-Jamal, antiguo pantera negra y uno de los prisioneros políticos más famosos del mundo. Cuando James le visitó en la prisión de máxima seguridad SCI-Greene en Waynesburg, Pensilvania, hablaron de multitud de cuestiones políticas y acabaron profundizando en las muchas y distintas tareas que los presos hacen por sí mismos en su lucha contra la ley. El resultado de ello fue *Jailhouse Lawyers*, un estudio fascinante de una de las actividades propias de la clase obrera: cómo las prisiones funcionan como una escuela y cómo los prisioneros se educan ellos mismos para poder ayudarse los unos a los otros en sus casos. James vio que en el vientre de la bestia se estaba haciendo un trabajo político creativo y vital, y quería que todo el mundo lo supiera. Animó a Mumia a que escribiera el libro, y él lo hizo. Cuando lo lees, comprendes mucho mejor la cuestión de la raza y la clase en Estados Unidos, y el hecho de que un movimiento de base hasta ahora casi desconocido esté desafiando a los poderes existentes. Al leerlo también entiendes mejor qué tipo de pensadora política es James.⁶

Otra cosa que me gusta acerca de esta colección de ensayos es su practicidad: no solo muestran el pensamiento en unión con la acción, sino que transmiten un vívido sentido de cómo trabaja en realidad un *organizer* [activista, organizador] con talento. En nuestra prisa por glorificar la teoría, olvidamos demasiado a menudo el arte de la práctica, el democrático arte de trabajar con la gente en medio de todas las contradicciones de sus vidas. Esto es algo que James hace y conoce muy bien. Estos ensayos destilan sus valiosos conocimientos como *organizer*, que en gran parte ha desarrollado en el Crossroads Women's Centre [Centro de mujeres de Crossroad] de Londres.⁷

⁶ Mumia Abu-Jamal, *Jailhouse Lawyers: Prisoners Defending Prisoners v. the USA*, San Francisco, City Lights, 2009.

⁷ Hay paralelismos importantes entre el enfoque de James respecto al trabajo organizativo y el desarrollado por Staughton Lynd, denominado «acompañamiento». Véase Staughton Lynd, «Oral History from Below», *Oral History Review* núm. 21(1), 1993, pp. 1-8; también *Here to There: Staughton Lynd Reader*, Oakland, PM Press, 2010.

En resumen, es una gran noticia que PM Press haya publicado este trabajo, porque esto ayudará a difundir el trabajo de James y le permitirá tomar el puesto que le corresponde como una de las pensadoras y activistas claves de nuestro tiempo. James ha contribuido de manera fundamental, y desde hace mucho tiempo, a nuestros saberes comunes, que pueden servir de base a un futuro mejor. De hecho, lleva casi seis décadas construyendo este futuro, tal y como afortunadamente podrán comprobar por sí mismos los lectores.

Una perspectiva para vencer

Nina López

SELMA JAMES HA CONTRIBUIDO (y sigue contribuyendo) de forma fundamental al movimiento por la justicia social, empezando por el movimiento de mujeres y el movimiento antirracista. Algunos de sus primeros textos se han convertido en clásicos. Y aunque todo lo que ha dicho o escrito tiene como objetivo cambiar el mundo y no meramente interpretarlo, gran parte de su trabajo y la perspectiva de la que emana se ha visto malinterpretada o despreciada.

En cualquier caso, los activistas [*organizers*] de base rara vez reciben el reconocimiento que merecen, resultan demasiado atrevidos, demasiado desafiantes y amenazantes para el *statu quo*. Como consecuencia de ello muchas personas se ven privadas de conocer quiénes son y qué es lo que hacen: son un pedazo de historia viva que puede ayudarnos al resto a comprender de dónde venimos y a pensar y decidir dónde queremos ir y cómo podemos llegar allí.

Esta compilación tiene el objetivo de hacer que el trabajo de James sea, en palabras de la autora, accesible a una audiencia más amplia. Ordenados de manera cronológica, nos permiten contemplar la perspectiva de James y cómo ha evolucionado a lo largo de sesenta años, desde sus comienzos en los años cincuenta como miembro de una organización liderada por el historiador marxista C. L. R. James, hasta lo que es hoy, un referente para una red internacional que sigue creciendo.

Desde 1952, cuando, con 22 años, siendo madre y trabajadora de una fábrica, James escribió el panfleto *El lugar de la mujer*, no ha dejado de abrir nuevos terrenos y espacios de lucha. Basándose en su experiencia y en las personas de su entorno, describió las vidas de las mujeres con una precisión inflexible. Veinte años más tarde, durante la erupción del movimiento de mujeres, coescribió *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, que se ha convertido en un texto clásico para el movimiento y a menudo forma parte de las lecturas de los cursos de Estudios sobre mujer y género. Su panfleto *Mujeres, los sindicatos y el trabajo o lo que no debe hacerse*, publicado también en 1972, señaló algunas verdades incómodas y duras acerca de las mujeres y los sindicatos que, en aquellos momentos, muchos no estaban preparados para escuchar. Le siguió poco después otro clásico: *Sexo, raza y clase*. En *Marx y el feminismo*, diez años después, ofreció una original lectura de Marx desde el punto de vista del trabajo no remunerado de las mujeres.

Estos artículos (junto con «Los no asalariados del planeta», la introducción a la edición latinoamericana de *El poder de la mujer*) planteaban una perspectiva nueva, basada en las luchas autónomas de cada sector de la clase obrera. James empieza con las mujeres no remuneradas, las amas de casa, las madres, las cuidadoras que producen y reproducen a todos los trabajadores del mundo. Su lucha, como las de otros sectores, no constituye una entidad aparte sino que también son expresiones de la lucha de clases y un componente esencial de la unidad de la clase obrera. El análisis de Selma James ha sido elogiado por su «elocuente distinción entre casta y clase [...], una importante crítica de aquello que acabaría siendo conocido como políticas de la identidad».¹

James acuñó el término «no asalariado», que a día de hoy se ha convertido en un término ampliamente utilizado, y ayudó a introducir en la agenda internacional el debate acerca del trabajo no remunerado. Ha ayudado a visibilizar la lucha de sectores hasta ahora invisibilizados y ha trazado las conexiones existentes entre ellos. *Putas en la casa del Señor* (1983) es el relato de cómo las trabajadoras sexuales, muchas de ellas negras, pidieron asilo

¹ Rosemary Hennessy y Chrys Ingraham, «Introduction: Reclaiming Anticapitalist Feminism», en Hennessy y Ingraham (eds.), *Materialist Feminism*, Nueva York, Routledge, 1997, p. 13.

en una iglesia londinense durante doce días para protestar contra «los abusos policiales y el racismo»; James actuó como portavoz durante esa campaña. *Desconocidas y hermanas* (1985) recoge una conferencia coordinada por James, en la que se juntaron por primera vez mujeres inmigrantes para hablar de sus experiencias y sus contribuciones.

Sus escritos son más que simples relatos o explicaciones, son herramientas organizativas. *Putas...* tenía como objetivo servir como hoja de ruta para trabajadoras sexuales de otros países (y lo logró). *La cocina global* (1985) recoge parte de la prosa más perspicaz y conmovedora de James, y un equipo internacional de mujeres lo utilizó para convencer a Naciones Unidas de que debía tenerse en cuenta el trabajo no remunerado. *La Década para la Mujer de las Naciones Unidas: una oferta que no podíamos rechazar* (1986) hace una revisión del Decenio de Naciones Unidas para el Avance de las Mujeres. *El trabajo no remunerado de las mujeres: el corazón del sector informal* (1991) tenía como objetivo forzar a los expertos en economía a que respaldasen los argumentos y la causa de las mujeres. Con *El derecho a la lactancia: el valor de la bondad humana* (2002), que reivindicaba la contribución del trabajo biológico de las mujeres, lanzó una contundente defensa de la lactancia materna, exponiendo con ello las fuerzas económicas y políticas interesadas en menoscabar el derecho de los niños a este alimento natural.

Su llamamiento a las mujeres a movilizarse juntas y traspasar las fronteras y las barreras internacionales, *Huelga Global de las Mujeres* (2005), expone que la sociedad debe «invertir en cuidados y no en la guerra», una perspectiva desarrollada durante su actividad como activista dentro de una red antiimperialista, antixista y antirracista que abarca diferentes países, tanto del Sur como del Norte.

Muchos de los que hemos entrado en contacto con Selma James, ya sea directamente o a través de sus escritos, le otorgamos el crédito de haber cambiado nuestras vidas, al permitirnos ser más conscientes de nosotros mismos y adoptar decisiones propias. Pero, ¿cómo llegó James a desarrollar esta nueva perspectiva y cuánta influencia ha tenido?

Conocí a Selma en Londres en 1976, en una protesta a las puertas de una conferencia de economistas socialistas. Era cálida, amigable, divertida, llena de energía, y estaba indignada

por que la conferencia desdeñase la contribución a la economía que hacía el trabajo no asalariado de las mujeres. Hablaba con palabras sencillas y me sorprendió que yo, una mujer inmigrante del Tercer Mundo, que por entonces hablaba bastante poco inglés, pudiera entenderla. Todo lo que dijo parecía obvio; sin embargo yo no lo había oído nunca antes. Poco después, me uní a su organización, la Campaña Internacional por Salarios para el Trabajo Doméstico (a la que nos referíamos como la Campaña), y que celebrará su cuarenta aniversario más o menos cuando se publique este libro [2012]. A lo largo de estos años he trabajado estrechamente con ella.

James nació en 1930 en Brooklyn, Nueva York, en una hogar implicado en los movimientos. Su padre, un emigrante judío del Imperio austrohúngaro, era conductor de camiones y nunca fue a la escuela. Era un internacionalista, antisionista, un orador que luchó duro para conseguir formar una sección local de la Teamsters Union [Hermandad Internacional de Camioneros] en Brooklyn y que posteriormente tuvo que pelear contra la mafia que se había apoderado de la misma. Su madre, nacida en Estados Unidos, había trabajado en una fábrica desde los doce años y para entonces era ama de casa. Estaba involucrada en la comunidad en la que vivían del mismo modo en que lo hacen los activistas del movimiento Occupy de hoy en día: defendía a las familias desahuciadas y luchaba para sacarlas de la calle, devolverlas a sus hogares y que obtuviesen el Home Relief (una ayuda social).

James se formó en los movimientos de los años treinta: cuando tenía 6 años recogía papel de aluminio «para balas» para la revolución española de 1936-1938. A los 15, se unió a la Tendencia Johnson-Forest, una organización política liderada por C. L. R. James, quien más tarde se convertiría en su marido.

Johnson-Forest se tomó en serio la afirmación de Vladimir Lenin: la clase obrera era «tímida». En «La lucha por la claridad y la influencia: el legado político de C. L. R. James», publicado aquí por primera vez, Selma James nos muestra cómo trabajaron duramente para asegurarse de que distintos sectores de esta «tímida» clase obrera, aquellos que se encontraban en lo más bajo de la jerarquía, tuviesen voz propia. En la Tendencia se formaba a esta «tercera capa», tal y como los denominó C. L. R. James —las personas negras, las mujeres, los trabajadores fabriles, los

jóvenes— para que pudieran confrontar y replicar a sus propios líderes y evitar que las organizaciones que habían creado acabasen volviéndose contra ellos mismos (una experiencia habitual por desgracia). A Selma James, miembro de esta tercera capa, se le animó a escribir y a hablar, una importante y formativa experiencia educativa. Su descripción de la Johnson-Forest muestra y reivindica a C. L. R. James como un imaginativo activista anti-capitalista que rompió con el trotskismo para construir la «automovilización del proletariado», una persona muy diferente a la figura intelectual, popular entre los académicos.

En 1955 Selma James y su hijo Sam Weinstein se mudaron a Inglaterra y se unieron a C. L. R. James, que se había visto obligado a abandonar Estados Unidos durante la represión lanzada por McCarthy; a partir de entonces trabajó como su ayudante.

Se trasladaron a Trinidad y Tobago en 1958, donde participaron de manera activa en el movimiento por la independencia y por la federación del Caribe. Trabajó en *The Nation*, un periódico quincenal que pertenecía al partido nacionalista en el gobierno. Tiempo después James afirmó que este periodo de su vida allí fue una fuente de conocimientos de la que aún hoy sigue extrayendo aprendizajes. «Me enamoré de las Indias Occidentales. Todo parecía posible. Tuve que aprender que aquello era un microcosmos de las políticas globales y que a lo que allí nos enfrentábamos era tan enorme como lo que confrontamos en el resto del planeta».

Cuando regresaron a Gran Bretaña, en 1962, James pagaba el alquiler trabajando como transcriptora autónoma para la BBC. Era rápida y precisa, y en poco tiempo se vio transcribiendo entrevistas urgentes o cuyo acento era «difícil». Su trabajo como transcriptora fue como una escuela: un tiempo de creatividad y de experimentación en la BBC durante el que entrevistas y todo tipo de documentales pasaron por sus oídos. Orson Welles le dejó una impresión indeleble (se enfureció por la manera mezquina con la que le trató la industria del cine: «Era demasiado antirracista, no podían aguantarlo») así como también Francis Bacon («que nos enseñó cómo nos habían corrompido la mirada»).

Posteriormente colaboraría con dos películas de la BBC. La alabada y recién descubierta *Our Time is Coming Now* (1970) con Michael Rabiger; y *All Work and No Pay* (1976), parte de la serie

de documentales de la BBC *Open Door*, que mostraba imágenes únicas de la huelga general de mujeres de Islandia del año anterior y apenas recibió cobertura por casi ningún medio de comunicación.

Activista del movimiento antirracista y contra las deportaciones, en 1965 James fue designada como la primera secretaria de organización de la Campaña contra la Discriminación Racial [CARD por sus siglas en inglés] en Reino Unido. Incluso hoy en día, tras haber pasado la mayor parte de su vida adulta en Gran Bretaña, James aporta una comprensión de la centralidad de la raza muy particular, que proviene de Estados Unidos y en la que profundizó durante el tiempo pasado en el Caribe y también en los movimientos antirracistas en el Reino Unido. En Gran Bretaña algunas personas blancas encuentran embarazosas las «cuestiones de raza», una realidad a la que preferirían no enfrentarse. En Estados Unidos, con su herencia de la esclavitud, la guerra civil y las leyes Jim Crow, la raza es un tema omnipresente.

Hoy, fiel a sus orígenes, James es uno de los miembros fundadores de la Red Internacional Judía Antisionista. En 2010, en su discurso en la Asamblea de judíos estadounidenses, reivindicó el legado judío de compromiso con los movimientos por la justicia social.

Desde 1970, James ha participado de manera activa en el movimiento por la liberación de las mujeres en el Reino Unido. Formó parte de la conferencia desde la que se impulsó el movimiento de mujeres, y su defensa en el hemiciclo de las mujeres encarceladas le valió una ovación general. La mayor parte de las delegadas feministas eran universitarias jóvenes y graduadas de clase media, mientras que James no era ninguna de estas cosas: era de clase trabajadora y había rechazado ir a la universidad («Tenía miedo de que me arruinasen el cerebro»); tenía cuarenta años y llevaba toda la vida involucrada en «la cuestión de la mujer».

En 1972, fundó el Power Women Collective que se convertiría en la Campaña Internacional por Salarios para el Trabajo Doméstico, que exigía que el Estado pagara por el trabajo de cuidados. Tal y como ella misma explica en la introducción a «Mujeres, sindicatos y trabajo», esto demostró ser una cuestión controvertida. Fue atacada y sometida al ostracismo social tanto por los hombres de izquierda, cuyo único interés en las mujeres

era reclutarlas para su partido o sindicato, como por aquellas feministas que no veían en el movimiento de mujeres más que un trampolín para labrarse una carrera profesional.

Se centró en construir una red, empezó colaborando con cuatro mujeres de cuatro países diferentes y ayudó a abrir un centro de mujeres en Londres. En los años siguientes, surgieron un gran número de colectivos autónomos (de mujeres de color, lesbianas, prostitutas, mujeres con diversidad funcional, madres solteras) dentro de la Campaña y a lo largo y ancho de Estados Unidos, así como un grupo de hombres que hicieron suyo el reconocimiento tanto del trabajo de cuidados como de otros trabajos no remunerados, y la necesidad de exigir que se acabase con el presupuesto militar, no solo para evitar que se siguiera formando a los hombres (y cada vez a más mujeres) para matar sino también para que dicho presupuesto se utilizase para pagar a las trabajadoras de cuidados.

La participación de estos sectores lo cambió todo. Desde entonces la experiencia colectiva que hemos ido construyendo mediante una red de organizaciones en la que se abordan situaciones prácticas, ha puesto a prueba, enriquecido y actualizado constantemente la perspectiva de James.

La Campaña no está basada en la horizontalidad; sus miembros no pretenden ser «iguales». En cambio, reconocemos las diferencias de poder entre nosotras y confrontamos dichas divisiones de abajo a arriba y consultamos con el resto de sectores. Tal y como señala James en *Sexo, raza y clase*, para poder unirnos como clase, cada sector debe «hacer valer su propio poder autónomo», para asegurar que su contribución al movimiento por el cambio y sus necesidades específicas se visibilizan, se reconocen y se tienen en cuenta en la práctica. Las organizaciones autónomas de la Campaña han permitido que cada sector lleve a cabo y muestre su «causa específica» al tiempo que colaboran con otros sectores y tienen presente cómo sus propias demandas pueden afectar a las de los otros. Nuestro objetivo, al trabajar así, es que podamos exigirnos mutuamente responsabilidades, formarnos unas a otras y evitar parasitarnos entre nosotras, cegadas por el oro de los tontos que hace creer que nuestra causa puede llegar a ganar sin el resto de los sectores e incluso a expensas de estos; o que la negociación puede reemplazar a la movilización.

Organizaciones de trabajadoras domésticas de Perú y Trinidad y Tobago, mujeres rurales de India y Uganda, vendedoras callejeras y trabajadoras sexuales en Filipinas también se unieron a la red. Esta base se amplió aún más en el nuevo milenio cuando la Campaña lanzó la Huelga Global de las Mujeres (la Huelga), coordinada por James. Basada en las luchas y demandas de las mujeres de las organizaciones de base, la Huelga proporciona una agenda común para que las mujeres actúen juntas, y para que los hombres puedan trabajar con las mujeres y también en su propio interés.

Payday —la red de hombres que trabaja junto con la Huelga y para la que James ha supuesto un referente clave— utilizó la perspectiva de la Huelga para hacer campaña en favor de los objetivos de conciencia, los que «se niegan a violar o asesinar» para el complejo industrial-militar y sus fines imperialistas.

Red Thread en Guyana unió a las mujeres de las organizaciones de base; en una sociedad dividida, algunas veces violentamente, en torno a la raza, esto supone un logro extraordinario. En su búsqueda por ir más allá de la Campaña por Salarios y construir una campaña común basada en intereses compartidos, encontró su hogar en la Huelga, y a su vez la transformó.

James nos recuerda una y otra vez que «no hay atajos para la construcción de un movimiento». Ha dedicado gran parte de su tiempo a formar a las componentes de la red y a liderar el desarrollo colectivo de los principios organizativos que permitan que cada miembro tengamos voz propia sin perder por ello la visión colectiva. Mucho de lo escrito a lo largo de los años por miembros de la Campaña fue escrito gracias al empuje de James, a su insistencia para que nos enfrentásemos a nuestros límites, mediante preguntas, sugerencias, esquemas y borradores, y correcciones de borradores. Desarrolló esta labor de forma meticulosa tanto a nivel nacional como internacional: James nunca creyó que pudiésemos ganar a no ser que nos organizáramos en la esfera internacional. La cooperación y el trabajo han superado siempre las fronteras nacionales telefónicamente (y ocasionalmente con algún viaje) pese al coste económico que esto suponía (antes de Skype las llamadas internacionales eran nuestro principal gasto).

La formación ha sido un proceso de aprendizaje bidireccional. Como dice James: «Me formé a mí misma gracias a que formé a

otros, intentando ser útil a otros, para comprender qué era lo que les causaba problemas. Aún sigo haciéndolo. Es una gran disciplina. Para poder explicarme tuve que aprender a desarrollar lo que yo pensaba, cuáles eran mis pensamientos. Nunca he podido sentarme y transitar por mis propios pensamientos sin más, pero según voy hablando e intento encontrar las palabras adecuadas mis pensamientos se van clarificando. Odio la falta de precisión. Es el enemigo».

Aunque nunca ha dejado de actualizar su pensamiento, James está hecha «de una sola pieza», sus primeros escritos no se contradicen con los posteriores en ningún rasgo básico. Las luchas y las experiencias ocultas del ama de casa, la madre que se enfrenta a un día de doble o triple jornada laboral remunerada y no remunerada para mantener a su familia —en el Norte y en el Sur global, en el campo y en la ciudad— han sido siempre su eje central.

Pero las conclusiones que extrajo de estas experiencias también se han ido esculpiendo al ritmo en el que se han desarrollado los movimientos. La liberación del Tercer Mundo, los derechos civiles, de los indígenas, los derechos de la tierra, los movimientos contra la guerra, de estudiantes, inmigrantes, mujeres, LGBTQ, de trabajadoras sexuales, mujeres y hombres, personas con diversidad funcional, pensionistas, personas presas... todas ellas eran luchas comunitarias, pero debían trazarse las conexiones entre aquellos asalariados que se encontraban en el «punto de producción» y aquellos arrancados de esa categoría de manera artificial. Esta reconexión con los trabajadores asalariados se cimentaba en darle voz a los trabajadores no asalariados, comenzando por las madres que recibían prestaciones sociales y a la juventud que se levantaba contra la guerra y el trabajo.

James nos recuerda que hasta hace poco la mayor parte de la población vivía en las zonas rurales; incluso en las ciudades solo una minoría trabajaba de manera asalariada. Cuenta que:

Se nos invitó a escoger la liberación nacional, los movimientos campesinos y movimientos estudiantiles sobre y contra la clase obrera asalariada tradicional. Nunca podría dar la espalda a los trabajadores asalariados. Mi padre era un hombre de sindicato; éramos una familia sindicalista. Yo había sido trabajadora fabril, como también lo fueron mi madre y mi hermana; mi otra hermana trabajaba en una oficina, y no era tan diferente. Pero yo

también era madre y mi hijo un estudiante que intentaba evitar que le reclutasen. Necesitábamos unir las dos caras de la división salarial; sin ello tampoco podríamos lograr nada. Malcom X había estado preso; esto fue lo que le ayudó a convertirse en un gran punto de referencia. Las madres que reciben prestaciones, muchas de ellas negras, habían logrado que el Estado les diera algo de dinero, un ingreso independiente al de los hombres, el reconocimiento por su labor criando a los hijos, el derecho de los hijos a una educación libre, no segregada. El impacto de esto fue inmenso. El movimiento se ampliaba y se redefinía a sí mismo. Necesitábamos no limitarnos a una única lucha. Podíamos empezar desde cualquier punto y en particular cada una podía empezar desde sí misma. La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico fue el resultado de todos estos movimientos, de agrupar todas estas lecciones.

Cuarenta años de trabajo colectivo han redefinido y desarrollado sus puntos de vista. Podemos verlo reflejado en las breves introducciones a cada artículo que aporta James en este volumen. Su introducción a *Mujeres, sindicatos y trabajo* reconoce el impacto que pueden llegar a tener los individuos comprometidos que alcanzan los puestos más altos dentro de los sindicatos, y en general dentro de las instituciones, si logran superar la presión ambiental y «se mantienen en contacto con sus miembros y el movimiento fuera de la estructura». Siempre le alegra trabajar con ellos y apoyar a este tipo de personas.

Lejos de haberse retirado, el activismo de James ha aumentado puesto que la red que ha ido construyendo está profundamente engranada con los movimientos sociales actuales de un gran número de países. Sus artículos más recientes, publicados en el británico *The Guardian*, beben de ese activismo: su ataque contra el desmantelamiento del Estado de bienestar, su regocijo por el nuevo movimiento de mujeres, de la plaza Tahrir en Egipto a la Marcha de las Putas.

Habiendo aprendido en su experiencia que no importa lo frágil que pueda parecer una situación, siempre hay algo que puede hacerse, la manera en la que nos presenta la verdad es un revulsivo que anima a luchar. Su punto de partida son los logros de los movimientos, pese a los trágicos retrocesos que haya habido, y las nuevas posibilidades que aparecen cada día. Como ella misma dice: «La información y la comprensión de cómo y

dónde resistimos y nos rebelamos son las bases sobre las que construimos nuestra determinación de ganar y nuestra certeza de que ganaremos».

Le pidió a Mumia Abu-Jamal (por entonces preso en el corredor de la muerte) que escribiera un libro (que luego prologó) acerca de los *jailhouse lawyers*² para demostrar «las extraordinarias vidas de resistencia que algunos prisioneros han creado desde la desesperación, la determinación y la imaginación». En sus cartas y artículos sobre Haití, señala algunos de los obstáculos a los que se enfrenta la revolución (desde la intervención de Estados Unidos hasta la clase dirigente y las ONG), pero los escribe contextualizados en los logros de los movimientos y sus posibilidades. Cuando se dirigió a los estudiantes de la Aristide Foundation for Democracy [Fundación Aristide para la Democracia] en Haití (en 2011) era consciente de la ambivalencia con la que estos observaban el futuro: podían utilizar la educación para «salir de la pobreza o [...] para trabajar para eliminar la pobreza, para que salgamos todos juntos de la pobreza. Sin dejar a nuestra comunidad atrás». En Estados Unidos, les recordó a los estudiantes la historia de su movimiento y los Estudios de la Mujer y los Estudios Negros, al tiempo que les invitaba a confrontar la racista e imperialista realidad.

De C. L. R. James aprendió que «la alta cultura nos pertenece a todos —hemos construido todo lo que la forma, es nuestra por derecho—». Ha estudiado a Mozart, en especial la ópera en la que las mujeres se unen y superan las barreras de clase para enfrentarse a la violación y a los hombres que gobiernan: «Mozart se educó sentado en el regazo de baronesas y cocineras». Ha leído y releído a Jane Austen, Jean Rhys y *Una habitación propia* de Virginia Woolf. Todo esto lo incorporó a su política, y a menudo

² *Jailhouse lawyer* significa literalmente abogado-en-la-prisión. Tras consultar con compañeras en la cárcel y abogadas especialistas en el sistema penitenciario, parece que *plumilla* (aun bastante antiguo) sería lo más cercano si bien se refiere normalmente a las presas que sabían escribir bien y redactaban cartas e instancias. Hoy en día las presas y los presos dentro de las cárceles del Estado siguen colaborando entre ellas para redactar las instancias y conocen el reglamento penitenciario y qué artículos deben señalar para cada instancia o recurso. No obstante el ordenamiento español es mucho más restrictivo a la hora de que los presos presenten ellos mismos recursos u otras instancias que no tengan directamente que ver con el reglamento de la cárcel a diferencia de lo que pasa en el sistema estadounidense. [N. de la T.]

ha señalado que los trabajos de ficción contienen más verdad que los ensayos políticos. Su estudio de *Jean Rhys* refleja tanto las divisiones de clase como la posibilidad de superarlas.

James siempre ha dicho que el poder de clase reside en lo colectivo, da igual lo inteligente y preparado que pueda estar un individuo, «el genio no es suficiente». Solo juntos podemos lograr «claridad e influencia» (en palabras de C. L. R. James, que resumen a lo que aspiramos como movimiento). Del primero al último de los artículos de esta recopilación, el lector podrá comprobar la determinación que muestra por ser precisa.

Para lograrlo y para mantenerse con los pies en la tierra, James siempre utiliza a Marx. *Los apuntes etnológicos*³ de Marx han reafirmado su convicción de que la humanidad tiene orígenes comunistas y que tiene tendencia comunista. Reflexiona en torno a esto en «Redescubriendo la Tanzania de Nyerere» (2007-2009).

Un buen amigo y dramaturgo del Caribe se refirió una vez a los escritos de James como «lúcidos». Y yo añadiría: igual que su política. Qué mejor ejemplo de lucidez rompedora que la explicación de James, dada tanto en sus cartas como en entrevistas, de por qué nuestra organización ha utilizado el término «movimiento de base» en detrimento de «clase trabajadora»:

Utilizamos el término «movimiento de base» para expandir la definición de clase. Para empezar, esta definición deja claro que las mujeres, los niños, la población rural y otros sectores no remunerados de la población son parte de la clase trabajadora y no simples accesorios de esta, y que los métodos, tal vez distintos, de lucha que adoptan no son divisiones de clase sino que muestran los diferentes sectores que hay dentro de la misma clase.

Creemos que «movimiento de base» es un término unificador que puede incluir también a sectores mejor situados que aquellos que se identifican tradicionalmente como clase obrera, sectores que tal vez sean anticapitalistas ya que también sufren discriminación, aunque sea de otras maneras, y están explotadas y no pertenecen a la clase dirigente. Al reconocer que la clase obrera está dividida en sectores, le ofrecemos a los miembros de sectores mejor posicionados, pero que tienen razones

³ Karl Marx, *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Tres Cantos, Siglo XXI, 1988. [N. de la T.]

para luchar contra el capital, el acceso a nuestro poder colectivo a cambio de que asuman su responsabilidad —y esto nos demuestra lo amplio que puede llegar a ser el movimiento—. Por ejemplo, dos de las primeras miembros de la IWFHC [Campaña Internacional por Salarios para el Trabajo Doméstico por sus siglas en inglés] eran esposas de dirigentes corporativos, una se había casado con el dirigente de Chrysler Europa y la otra con uno de los dirigentes de una compañía petrolífera pero, como amas de casa, se identificaban con las esposas de clase obrera y se veían a sí mismas como sirvientas renuentes —y no remuneradas— de las multinacionales.

El término «movimiento de base» muestra el rechazo a asunciones comunes en la izquierda de que algunos sectores, y en consecuencia algunas luchas, son más importantes que otros.⁴ Puede que algunos sectores tengan un mayor poder para enfrentarse al capital que otros, pero ningún sector puede ganar por sí solo. Todos nosotros dependemos de que otros sectores desarrollen su propia lucha, y de la unidad que debe emanar de ello.

Las voces hostiles a un salario para el trabajo doméstico han intentado minimizar su importancia y lo han despreciado como una idea cortoplacista de un movimiento de liberación de la mujer encallado y muerto. De hecho, tal y como demuestra el alcance de este recopilatorio, la Campaña es mucho más que una idea y está muy viva: como demanda concreta, como perspectiva organizativa y como campaña. Su influencia ha sido mayor de lo que se atreverían a admitir. El reconocimiento del trabajo de cuidados no remunerado ahora forma parte de los presupuestos, las leyes y las constituciones de un amplio número de países; se han forjado carreras académicas y se han recibido becas utilizando diferentes variaciones de las líneas marcadas por James: *Women Count - Count Women's Work* [las mujeres cuentan, contabiliza el trabajo de las mujeres]; grupos que pertenecen a movimientos de base se han fortalecido gracias a un trabajo colectivo que ha sobrepasado

⁴ Por supuesto, no hay término alguno que sea a prueba de balas, ya que los términos solo expresan relaciones de poder durante un tiempo determinado y, hoy en día, hay incluso gente que se quiere hacer pasar como parte del movimiento al tiempo que mantienen las posturas del Estado. Incluso el Tea Party, financiado por algunas de las mayores fortunas republicanas, afirma ser un movimiento de base.

límites y fronteras nacionales; mujeres y hombres de los cinco continentes y de diferentes sectores, se han reunido, formado piquetes, manifestado, han ocupado juntos, todo ello al son del «invertir en cuidados, no en muerte» y han tenido victorias concretas.

Durante los años del mercado libre y sin restricciones desatados por Thatcher y Reagan, la perspectiva de James enfocada a lograr la victoria nos sostuvo. Esa fase está superada. Latinoamérica hizo un quiebro y se alejó de Washington, las recientes revoluciones en el mundo árabe y el globalizado movimiento Occupy inspirado por dichas revoluciones nos muestran una nueva era de confrontación entre capital y unos movimientos de base cada vez más militantes. En noviembre del 2011, en su intervención durante el Occupy London Stock Exchange (OLSX), afirmó que «"Todo el poder para el 99 %" es la aserción más antirracista del siglo XXI. Señalar el 99 % versus el 1 % supone exponer la jerarquía básica de la sociedad. Reivindica la afirmación de que casi todos nosotros, asalariados y no asalariados, pertenecemos a lo mismo».

A medida que el movimiento va encontrando nuevos puntos de referencia y redefine y amplía sus objetivos y acciones, se hace patente un hambre cada vez mayor por reevaluar lo que hemos producido a lo largo de las últimas décadas. Cuarenta años construyendo una red internacional han convertido a James en un creativo referente para los activistas que trabajan desde la base y hacia arriba. Una nueva generación de activistas y profesionales preparados y dispuestos a utilizar su posición para ayudar a cambiar el mundo beben con ansia sus artículos y discursos. Les hará muy felices esta recopilación, tan oportuna para los tiempos que vivimos.⁵

⁵ Aunque la Huelga Global de las Mujeres ha debatido a lo largo de los años una antología de escritos de Selma James, la actual publicación se la debemos, por lo menos parcialmente, al Feminist Women's Circle [Círculo de Mujeres Feministas] de Turquía que publicó en el 2009 una selección más breve y un poco diferente en turco. Su entusiasmo y seriedad nos ayudó a superar el exceso de trabajo y a buscar un editor en inglés. Marcus Rediker nos sugirió PM Press.

1. El lugar de la mujer (1952)

HABÍA ESTADO HABLANDO con C. L. R. James, uno de los fundadores y líderes de la Tendencia Johnson-Forest de la cual yo era miembro, acerca de lo que significaba ser ama de casa, así como de las mujeres de mi vecindario de clase trabajadora. Mi análisis le entusiasmó, puesto que nunca antes había escuchado nada político sobre las amas de casa. Más tarde me pidió que escribiera un panfleto sobre esto.

Varios meses después me telefoneó para preguntarme por qué no lo había escrito aún y yo le contesté: «Porque no sé cómo se escribe una octavilla». «La manera de hacerlo —dijo él— consiste en coger una caja de zapatos y hacerle una ranura en la tapa; cada vez que tengas una idea toma nota de ella, apúntala en un papel y mételo en la caja. Tras un tiempo, abre la caja, pon todas estas frases en orden y tendrás tu borrador». Pocas semanas después tendría lugar un encuentro nacional de la dirección (algo que era muy poco habitual ya que los precios del transporte eran elevados y los viajes consumían mucho tiempo). Esto me dio una fecha límite, lo que me ayudó a situarme y centrarme en mi tarea.

Sabía que si me quedaba en casa para trabajar y así poder desarrollar el borrador y darle forma, acabaría limpiando el horno o haciendo cualquier otra tarea importante y agotadora de la casa, así que me organicé para poder pasar el día en casa de una amiga. Me fui de casa a la misma hora que si me hubiese ido a trabajar, dejé a mi hijo en la guardería y llegué a casa de

mi amiga a las 8 de la mañana, al mismo tiempo que ella se marchaba a trabajar. La casa estaba vacía. No tenía distracciones ni excusas. Abrí la caja de zapatos, y a las seis o siete de aquella tarde el artículo estaba acabado, tal y como había dicho C. L. R.

Durante las siguientes semanas le mostré el panfleto a mis vecinas, personas que no eran «políticas». Me hicieron un montón de comentarios respecto al texto. Con la mayor parte de ellos estuve en desacuerdo, pero introduje cambios para reflejar lo que habían dicho, incorporando algunos comentarios que en general respondían a dichas observaciones. Incluso cuando estaba en desacuerdo con ellas, sus aportaciones me ayudaron a clarificar lo que pensaba y centrarme en lo que creía que debía abordarse. De un modo u otro mis vecinas me ayudaron a darle forma a los contenidos.

Esto se convirtió en mi manera colectiva de trabajar en los borradores, propia de la organización que me pidió que escribiese un panfleto de este tipo por primera vez.

No sabía cómo acabar el panfleto. Quería dejar claro que yo apostaba por el cambio radical pero no quería que fuese burda propaganda política. Me llevó meses darle forma a la última página, una que le diese auténtica consistencia a todo lo que decía, y que al mismo tiempo no fuese el habitual: «Únete a la revolución, se acabarán todos los problemas».

Sigo utilizando el método de la caja de zapatos (aunque ahora utilizo portátiles y una carpeta en el ordenador llamada «Caja de zapatos»). Me ayuda a asegurarme de que las ideas y percepciones que flotan constantemente por mi mente son exactamente lo que quieres decir cuando hablo o escribo, en vez de recaer en expresiones ya utilizadas que se ven constantemente superadas por el rápido cambio de los tiempos.

Tras la publicación del panfleto, me lo llevé al trabajo y vendí unas cuantas copias a las mujeres que conocía en la fábrica. Creo que también les vendí un par de copias a las mismas vecinas con las que lo había debatido. No podemos olvidar que vivíamos la caza de brujas de McCarthy y la gente temía que cualquier cosa diferente resultase peligrosa. Pero como trataba sobre las mujeres y la familia, era probable que fuese considerado más «inocuo» que político.

Era algo totalmente nuevo que se publicasen las opiniones de una mujer de clase obrera, especialmente de un ama de casa, incluso siendo parte de una organización socialista. Era la clase obrera hablando por sí misma, utilizando sus propias palabras. Empujar a la clase obrera a que hablase por sí misma era uno de los objetivos vitales de la perspectiva política en la que afortunadamente, desde muy joven de hecho, me había formado.

Más tarde supe que de todas las publicaciones que sacó Johnson-Forest esta fue la única que se agotó. Puede que solo vendiera mil o mil quinientas copias, pero se agotó, y creo que esto se debió a que los hombres estaban casi tan interesados como las mujeres en saber qué había que decir desde el punto de vista de las mujeres respecto de la vida diaria. Y nunca nadie me dijo que no fuese «marxista» o «políticamente correcto».

Echando la vista atrás me doy cuenta de que el consejo que me dio C. L. R., a una persona inexperta en la escritura, dice mucho de él como persona y muestra lo buen organizador que era. Sospecho que inventó sobre la marcha el método de la caja de zapatos.

Otra cosa más. Había firmado el panfleto con otra mujer (Filomena Daddario, que fue quien le puso el título al panfleto), así las dos podíamos hablar por él. No utilizamos nuestros nombres reales, durante el macartismo habríamos perdido nuestros empleos (de hecho yo acabaría perdiendo el mío). Me puse el nombre de Marie Brandt ya que yo era judía y quería dejar claro que no tenía nada contra los alemanes a causa de Hitler. Algún idiota de la oficina central de Detroit le quitó la «d» haciendo que el nombre resultara anglosajón, me enfadé por ello pero hasta el día de hoy no lo había contado.

Hoy en día, más que nunca, las revistas y los periódicos están llenos de artículos sobre las mujeres.

Algunos solo hablan de las mujeres de la alta sociedad y sus matrimonios. Otros analizan y debaten el hecho de que haya un elevado porcentaje de divorcios e intentan encontrar sus causas. O debaten respecto a los millones de mujeres que trabajan en la industria o las inquietudes de las amas de casa. Pero estos

artículos no muestran realmente qué quiere decir esta inquietud de las amas de casas y solo intentan que las mujeres piensen que su situación actual es la mejor que ha habido nunca.

Conminan a las mujeres a que sean felices.

Ninguno de estos artículos, ninguno, señala el hecho de que si la situación de las mujeres es mejor que antes es porque han sido ellas mismas, las mujeres, las que han logrado este cambio. Y obvian que las mujeres quieren un cambio ya y que son ellas las que lograrán dicho cambio.

Para evitar hablar del papel que tienen las mujeres en la construcción de la historia, lo que hacen estos escritores es obviar las vidas cotidianas de millones de mujeres, qué hacen y qué piensan.

Es el día a día de las mujeres lo que nos dice qué quieren y qué no quieren las mujeres.

Muchas de las escritoras de estos artículos son mujeres, pero mujeres con carreras profesionales que no forman parte de las mujeres de la clase trabajadora y las amas de casa de este país. Estas escritoras saben que, si mostrasen los hechos, esto sería un arma que las mujeres utilizarían en su lucha por una nueva vida para ellas y para sus familias.

Así que no hablan de las presiones a las que se enfrentan cada día las mujeres. No muestran que las mujeres, enfrentándose a su manera a estas presiones, se dan cuenta de su propia fuerza y la de otras mujeres. Evitan señalar que las mujeres, al ser conscientes de su propia fuerza y deshaciéndose de las viejas relaciones, están preparándose a ellas mismas y a sus maridos para un tipo, nuevo y mejor, de relación.

Las coautoras de este libreto han observado esto en sus propias vidas y en las vidas de las mujeres que conocen. Lo hemos recogido aquí para que empecemos a expresar cómo se siente la mujer normal, cómo piensa y cómo vive.

La mujer soltera

Antes de casarse muchas mujeres ya trabajan y se dan cuenta de que son capaces de cuidarse por sí mismas. Son muy independientes comparadas con las mujeres solteras de hace veinte

años. Desean casarse pero afirman que sus matrimonios serán diferentes. Dicen que no se permitirán a sí mismas verse convertidas en las esclavas domésticas que eran sus madres. Una amiga mía dice que ella es diferente a su madre porque espera más del matrimonio: «Ella no esperaba otra cosa. Yo soy diferente. Yo sí tengo expectativas».

Las mujeres quieren formar parte de las decisiones que hay que tomar y muy a menudo no quieren tener que luchar para sobrevivir con un único salario. Prefieren continuar trabajando aunque no sea más que durante un breve periodo de tiempo tras casarse para poder adquirir algunas de las cosas que quieren y necesitan.

Uno de los mayores problemas que una mujer soltera joven tiene que enfrentar, aparte de mantenerse ella misma, es decidir cuál será su actitud frente a la moral que se le ha inculcado. En el proceso de discernir esto, las solteras han creado todo un nuevo conjunto de principios morales. Incluso aunque muchas chicas no lo entiendan así, las acciones que llevan a cabo, su manera de hacer las cosas, les ha enfrentado a todo el código moral que les enseñaron y en función del cual debían vivir. Muchas mujeres tienen aventuras antes de casarse y no se las considera mujeres descarriadas o malas mujeres. Ya no es lo mismo que hace años cuando una mujer que tuviese una relación con un hombre se lo guardaba para sí misma. Una chica me dijo que todas sus amigas habían tenido relaciones sexuales con sus novios y que lo hablaban abiertamente. Sienten que tienen derecho a ello y están dispuestas a enfrentarse a las autoridades escolares, sus padres e incluso a aquellos hombres que no las acepten. Lo apruebe o no la sociedad, hacen lo que hacen sus amigas, e insisten en que se acepte a partir de la presión ejercida por todas las mujeres que sienten y actúan de la misma manera.

«Oye, me estás asustando»

La mujer soltera se piensa dos veces si casarse o no y abandonar la libertad que tenía antes del matrimonio. Antes de casarse salía y entraba cuando quería y compraba ropa si la necesitaba. Nunca ha tenido la misma libertad que los hombres pero

tomaba sus propias decisiones. Una joven veinteañera con la que trabajo me dijo que ha estado a punto de casarse dos veces y que está muy contenta de no haberlo hecho. Me dijo: «Sé lo bien que estoy sola cuando oigo a las casadas hablar sobre sus maridos. Ahora hago lo que quiero». Cuando oye a las casadas, dice: «Oye, me estás asustando, vas a hacer que me vuelva una vieja solterona».

Pero todas las mujeres quieren un hogar y una familia. Esta misma chica no para nunca de decir que quiere tener un novio y tener hijos. Hoy en día las mujeres jóvenes sienten que los buenos tiempos y la cercanía que comparten con sus novios no deberían acabarse con el matrimonio sino que su matrimonio debería ser otra experiencia. Está claro que estas chicas no rechazan a los hombres ni el matrimonio, sino que rechazan lo que el matrimonio es hoy en día.

La mujer casada

En cuanto la mujer se casa se enfrenta a que debe asentarse y aceptar responsabilidades, algo que a las mujeres siempre se las ha enseñado a hacer. Se da cuenta de que tiene la tarea de convertir la casa en la que viven ella y su marido en un lugar al que puedan invitar a sus amigos y descansar tras un duro día de trabajo. E incluso cuando la mujer tiene un empleo, desde el principio se asume que la responsabilidad del trabajo doméstico es de la mujer y que el sustento principal lo proporciona el trabajo del hombre. El marido debe salir fuera y mantenerte a ti y a los niños. Tú debes encargarte de que la casa esté limpia, de que los niños estén cuidados, la comida hecha, la ropa limpia, etc. Esta parece ser la manera justa de hacer las cosas. Pero rápidamente te das cuenta de que el trabajo de quedarse en casa y cuidar la casa no se parece a lo que muestran las películas. El trabajo doméstico es una tarea inacabable, monótona y repetitiva. Tras un tiempo haciendo tareas en casa como planchar o levantarse pronto para preparar almuerzos o desayunos, esto deja de ser algo que quieras hacer. Se convierte en algo que debes hacer.

Los niños

Algunas parejas intentan al principio alejarse de esta división de tareas. Por ejemplo, cuando una mujer tiene empleo, el hombre compartirá las tareas domésticas cuando lleguen a casa. El marido de una conocida hacía más tareas domésticas que ella antes de que tuvieran hijos.

Pero toda idea de compartir las tareas desaparece cuando llegan los hijos. Cuando aparecen los hijos, se demuestra realmente lo que significa todo el montaje del hombre-que-trabaja-fuera y la mujer-que-trabaja-en-casa: un acuerdo inhumano. Todo el peso de los niños, la casa, todo se convierte en carga de la mujer. Tan pronto como la mujer deja su empleo para tener hijos, el hombre siente que no tiene que ayudar en nada. Lo que cuando se casaron era una división dentro del matrimonio ahora se convierte en una ruptura. En vez de que los niños les unan más, dividen el matrimonio y encadenan a la mujer a la casa y al hombre a su trabajo. Es habitual que, para la mujer que trabaja fuera de casa y que sueña con dejar de hacerlo cuando tenga hijos, la llegada de los niños haga que el trabajo fuera parezca una cadena perpetua. Tras uno o dos meses de trabajar solo en la casa, vuelve al trabajo.

Pocos hombres muestran interés en los detalles necesarios para el cuidado de los niños. Consideran que no es su tarea cambiar pañales y bañar al niño. Algunos hombres incluso piensan que, ya que sus mujeres deben quedarse en casa con los niños, no hay razón para que ellos se queden en casa con ella. Así que, si sus esposas les dejan, salen de casa y hacen lo que les apetece sabiendo que sus mujeres están atrapadas en casa cuidando constantemente de sus hijos. Si un hombre sale con sus amigos, la mujer suele pelear por su derecho a salir ella con las suyas. Una mujer me contó que estaba embarazada y que se sentía muy mal ya que tenía un bebé de cuatro meses de edad. Dijo que su marido estaba contento. Decía que él sabía que si ella estaba atrapada en casa con un niño él podría hacer lo que le apeteciese. Cada vez hay menos mujeres que asumen estas tonterías por parte de sus maridos. Las mujeres se oponen con uñas y dientes a que se las cargue con toda la responsabilidad de la casa y de los niños. Rechazan quedarse en casa y verse encadenadas a esta mientras

sus maridos continúan con sus vidas como si nada hubiese cambiado. Si las mujeres tienen que quedarse en casa, sus maridos deberán quedarse con ellas.

División en la familia

Las mujeres intentan acabar con la división que se ha creado entre el padre y los hijos y entre la madre y el padre. Las mujeres no quieren asumir el privilegio que la sociedad le ha concedido al hombre. Es un privilegio en el que él sufre tanto como ella. Los hombres saben poco de sus hijos, les son ajenos, y desconocen lo que te recompensa el tiempo y el trabajo que se dedica a los niños. Es esta entrega lo que hace que la mujer tenga una relación mucho más cercana a sus hijos de lo que nunca tendrá el padre. Los hombres piensan que mantener un hijo es todo lo que deben hacer para obtener el amor de sus hijos y el respeto de su esposa. Consideran que no hay nada más que se les deba pedir pero lo cierto es que cuanto menos se les pide, menos se les da.

Para la mujer no es algo sencillo acostumbrarse a ser madre. Pero si hay una cosa de la que estás segura es que eres absolutamente responsable de esa criatura. Si tu marido deja de mantenerla entonces debes hacerlo tú. Tienes que criarla, nadie más lo hará. Qué tipo de persona acabe siendo dependerá en gran medida de tus acciones. En cuanto tienes un hijo tienes que lograr que tu matrimonio funcione. A partir de ese momento ya no eres solo tú sino que otra persona, que no pidió nacer, sufrirá si tu matrimonio colapsa. Hay una gran cantidad de matrimonios que romperían de ser distinta la situación pero que se mantienen unidos gracias al trabajo de la madre que quiere evitar que sus hijos sufran por la ruptura familiar.

La vida al completo de la mujer gira en torno a sus hijos. Piensa primero en ellos. Se da cuenta de que estas son las únicas personas en su vida que realmente la necesitan. Si no tiene nada más, vive por ellos. Organiza sus tareas para poder proporcionarles el mejor cuidado. Los horarios que marcan su vida muestran que su tiempo no es suyo sino que este pertenece a sus hijos. A menudo se priva de cosas para que ellos tengan lo que necesitan. Debe intentar vivir en una casa que sea suficientemente

segura y que tenga suficiente espacio para todos ellos. Incluso a veces debe enfrentarse a su marido por cosas que ella cree que los hijos necesitan y él no está dispuesto a proporcionar. La mujer planifica su vida en función de la edad de los hijos.

Es fácil para un hombre decir que es su hijo, pero la auténtica preocupación cuando están enfermos o tienen mal comportamiento, cómo comen y cuánto duermen, recae sobre los hombros de la mujer. Si los zapatos son de su talla, si su ropa está en buen estado, hay un montón de cosas que la mayor parte de los padres ni siquiera saben que existen. Esto no quiere decir que a los padres les guste que sea así. Pero aunque no les guste hay poco que puedan hacer a este respecto. Cuando se marchan por la mañana, los niños suelen estar dormidos y cuando regresan a casa por la noche ya es casi la hora de que los críos se vayan a la cama. Toda su vida gira en torno a cómo se ganarán la vida, y los problemas que tienen para ello. Y como no pasan suficiente tiempo con los niños, a penas saben cuáles son las necesidades de los hijos, no solo en lo que se refiere a las necesidades físicas, sino también en términos de disciplina, amor y seguridad. La división hecha entre la casa y la fábrica crea una división entre el padre y sus hijos. Es obvio que cuando el padre y la madre llevan vidas separadas, los hijos también sufrirán a causa de esto. A menudo se les utiliza como arma arrojadiza en las peleas entre los padres. Los niños rara vez saben cuál es su posición e intentan huir lo más rápido que pueden de todo ello. Se niegan a formar parte de esta constante guerra familiar y en cuanto son suficientemente adultos para hacerlo simplemente se disocian ellos mismos de esta realidad.

Y entonces llegaron los hijos...

El trabajo que supone tener hijos destruye, para el que tiene que encargarse de ellos, gran parte del placer de tenerlos. Estar con los niños día sí y día también, semana tras semana, limpiar tras ellos, mantenerlos limpios, preocuparse por si salen a la calle o si se resfrían no es solo una carga terrible, que te drena, sino que se convierte en lo único que ves de tu hijo: el trabajo que necesita y la preocupación que provoca. Empiezas a ver en el niño solo la

parte de trabajo y nada del placer. No sientes que cada etapa de su crecimiento es una etapa más del desarrollo del niño sino que es una carga nueva de trabajo para ti. Ves al niño como un estorbo que dificulta que acabes con el resto de tus tareas y tengas tiempo libre. Es como si estuviese en medio «de tu camino» más que ser parte de tu vida. Justo en el momento que crees que has acabado con tu trabajo limpiando la casa, los niños llegan y toda la rutina comienza de nuevo, marcas de dedos en las paredes, zapatos llenos de barro y juguetes tirados por todas partes.

Ni siquiera te das cuenta de lo grande que es la barrera creada por la crianza del niño hasta que este llega a la adolescencia. Cada vez supone menos trabajo y tienes cada vez más y más tiempo para apreciarle como persona. Pero para entonces es demasiado tarde. Se ha ido alejando de ti y tú no puedes verle, ni le conoces ni le aprecias de verdad.

Si una mujer no puede lograr que su marido entienda esto (y puesto que el hombre no vive esta experiencia es muy difícil que la entienda), la mujer debe extraerle a la fuerza, literalmente, algo de tiempo libre para sí misma y sin los niños. Esto no resuelve nada pero aligera la tensión durante un breve momento. A veces los hombres no quieren que las mujeres dispongan en absoluto de tiempo libre. No confían en ellas o tienen una manera anticuada de pensar en la que las esposas no necesitan dicho tiempo o no deberían tenerlo. Las únicas personas a las que puedes recurrir en estos momentos son a tus vecinas. Muy a menudo, ellas son las únicas personas que te comprenden, ya que también son mujeres y sufren el mismo problema. Por un poco de dinero o por un intercambio en los cuidados puede que estén dispuestas a cuidar de tu hijo durante la tarde. Pero incluso en estos casos no eres libre del todo. Nadie te va a permitir que olvides que deberías estar en casa con tus hijos. Nunca estás libre de ellos si eres madre. Tampoco puedes ser libre cuando estás con ellos. La mujer rápidamente adquiere consciencia de que no podrá tener aquello que deseaba de la maternidad. Su posición, la de su marido y la de sus hijos provoca que los niños entren en conflicto directo con ella.

Cuando una mujer tiene hijos, se ve atada a la casa y a esos mismos hijos que tan importantes le son. No tienes ni idea de lo que supone ser ama de casa hasta que tienes hijos.

La casa

Todo lo que hace el ama de casa lo hace sola. Todo el trabajo doméstico es para ti y para que lo hagas tú sola. Los únicos momentos en los que estás con otras personas es cuando tienes visita o cuando tú vas a visitar a alguien. A veces la gente opina que es un desperdicio de tiempo que las mujeres salgan a visitar a sus vecinas. Pero si no hiciesen este tipo de visitas ocasionales, el aburrimiento y la sensación de no tener a nadie con quien hablar las volverían locas. «Incluso si te murieses, la casa seguirá allí a la mañana siguiente». Hay veces que acabas tan aburrida que necesitas hacer algo distinto. Una mujer solía cambiar los muebles de sitio cada dos semanas. Otras mujeres compran cosas nuevas para la casa o para ellas mismas. Hay millones de estrategias para acabar con la monotonía. Los culebrones radiofónicos diurnos ayudan a que el tiempo pase más rápido pero nada acaba con el aislamiento y el aburrimiento.

Hay un algo terrorífico que nunca deja de estar presente y es el sentimiento omnipresente mientras realizas las tareas domésticas de que nunca vas a acabar. Puede que cuando el hombre trabaja en la fábrica trabaje duro y durante largas y extenuantes horas. Pero llega un momento en el que ficha su salida y al menos durante ese día ya ha acabado. Cuando llega el viernes o el sábado a la noche tiene por delante uno o dos días para él. En la casa nunca acabas. No es solo que siempre hay algo que hacer, sino que siempre hay alguien que puede poner patas arriba las cosas casi antes de que hayas acabado. Tras cuatro o cinco horas de profunda limpieza doméstica los niños vuelven a casa y a los cinco minutos la casa volverá a ser un caos. O tu marido ensuciará todos los ceniceros que hay en la casa. O lloverá justo cuando acabas de limpiar los cristales de las ventanas. Puede que seas capaz de controlar a tus hijos o lograr que tu marido sea más cuidadoso, pero eso no soluciona mucho. La manera en la que está diseñada la vida en la casa hace que ni tus hijos ni tu marido tengan idea del esfuerzo y el auténtico trabajo empleado en limpiar la casa. El modo en el que se organiza el trabajo doméstico hace que no tengas control sobre las horas de trabajo, el tipo de trabajo que tienes que hacer y cuánto trabajo haces. Estas son las cosas sobre las que las mujeres quieren tener control.

El resto de la familia no forma parte de la casa. Simplemente viven allí. Eres tú la que hace que la casa sea lo que es, un lugar en el que ellos se pueden relajar. Haces que sea vivible. La haces atractiva. La haces cómoda. La mantienes limpia. Y tú eres la única que nunca puede acabar de disfrutarlo del todo. Siempre con la mirada puesta en lo que debe hacerse a continuación. E ir recogiendo las cosas tras la gente es una tarea inacabable. Nunca puedes permitirte relajarte en ese lugar al que le dedicas la mayor parte de tu tiempo, energía y capacidades.

La mayor parte de las mujeres ni siquiera pueden tomar las decisiones importantes en lo que se refiere a la casa. Incluso aunque esté en sus manos tomar decisiones acerca de muchas pequeñas cosas, los asuntos importantes los decide directamente el marido o al menos este se asegura de hacer oír su voz o que se note su presión. Las mujeres creen que tienen cosas que decir respecto a la casa. Hoy en día tienen más capacidad que nunca para opinar sobre las decisiones domésticas. Pero han tenido que librar una larga batalla para lograr este reconocimiento.

«Tu propio jefe»

Dicen que la mujer es su propio jefe. O lo que es lo mismo, que nadie le dice cómo tiene que hacer su trabajo. Nadie le dice cuánto tiene que hacer. Y nadie está encima de ella vigilando todo el día. Puede sentarse cuando quiere y fumarse un cigarro o comer cuando tiene hambre.

El ama de casa tiene un jefe totalmente diferente a lo que se suele considerar como tal. Su principal jefe es el trabajo de su marido. Todo lo que la mujer tiene que hacer dependerá del trabajo que tenga su marido. Depende del oficio del marido, de él depende la supervivencia de la familia. Cuánta ropa puede comprar, o si tiene que coserla ella misma, si puede enviar la ropa a la lavandería o si la tiene que lavar en casa, si viven en un apartamento atestado o en una casa con sitio suficiente para toda la familia, si dispone de lavadora o si tiene que lavar la ropa a mano, todo este tipo de cosas dependerán del trabajo del marido.

El horario del marido determina todo su horario y cómo vivirá ella y también cuándo hará su trabajo. Uno de los grandes

problemas para la mujer es que el marido trabaje en turno de noche. En este caso no hay horario posible. Para cuando haya acabado con el trabajo doméstico su marido se levanta y todo vuelve a estar patas arriba. Si hay hijos entonces hay dos horarios diferentes que debe cumplir. Esto hace que durante el día los niños deban estar quietos, algo casi imposible de lograr si tienes criaturas.

También le afecta si el marido tiene un trabajo más o menos sencillo o un trabajo duro. Un hombre que tenga un trabajo duro no va a ayudar en absoluto con el trabajo de la casa. Llegará a casa de peor humor y será más difícil convivir con él. La mujer debe aprender a controlar mucho más su temperamento si quiere que haya paz en el hogar. Y también tiene que controlar más estrechamente a los niños.

Incluso el lugar en el que viven depende del lugar en el que trabaja su marido. Vivirán en la zona de la ciudad desde la que sea más fácil que él llegue al trabajo. Y si no hay trabajo que case con el oficio de tu marido en la ciudad en la que vives, tendrás que olvidarte de todos tus amigos y lazos familiares y te irás donde él pueda encontrar trabajo.

Los niños y las exigencias que requiere su cuidado son el siguiente factor que decide cómo emplea la mujer su vida. No hay nada, nada, más exigente que un infante. Cuando quieren algo lo quieren en ese momento y no un rato después.

Pero el jefe más exigente e imperativo y el que realmente hace que la mujer trabaje sin parar es el trabajo mismo. El trabajo no te tiene en cuenta como ser humano. No importa cómo te sientas o qué es lo que quieras hacer. Domina cada momento libre que tienes, ya sea en la casa o fuera de ella. Estás intentando constantemente acabar un trabajo que es infinito. Quieres hacer todo lo que tienes que hacer en el menor tiempo posible. Y cuando piensas que has acabado te das cuenta de que todavía queda algo por hacer. A veces las mujeres abandonan y durante unos días o durante unas horas dejan de lado la casa. Pero es a ellas a las que afecta lo que pase. Así que después tendrán que trabajar el doble para recuperar el tiempo perdido. Siempre estás haciendo lo que tienes que hacer. Lo que quieres hacer no cuenta mucho.

La mayor parte de las mujeres son muy responsables. Sienten que, como madres y esposas, quieren hacer su trabajo lo mejor

posible. Quieren sentirse orgullosas de sus casas y sus hijos. No hay ningún otro lugar en el que puedan mostrar de lo que son capaces. Si una mujer es buena administrando su hogar será respetada por otras mujeres y esto es importante para cualquier mujer.

Por eso es innecesario que haya capataces o encargados en la casa. Es la manera en la que la mujer vive y el trabajo que debe hacer lo que hace que mantenga este ritmo de trabajo. Es este tipo de vida el que le enseña disciplina. Aprende cuándo puede decir algo y cuándo debe estar callada. Aprende a hacer las cosas ella sola. Si hay algo que debe hacerse pero su marido no lo hace, lo hará ella misma. Una mujer con cuatro hijos pintó ella sola todo el exterior de su casa. Dijo que no quería tener que esperar otros cinco años para que su marido lo hiciera.

Requiere experiencia

Cada vez que su marido recibe un aumento salarial la mujer se dice a sí misma: «Bueno, ahora me pondré al día. Esos dólares extra cambiarán las cosas». Pero cuando por fin su marido logra el ansiado aumento, los precios han subido y el aumento solo vale para equilibrar la subida de los precios, o él ha estado enfermo y ha perdido días de sueldo, o ha habido algún «extra». E incluso si las cosas han ido más o menos bien, vas y compras las cosas que llevas tiempo necesitando pero que simplemente no podías permitirte, así que vuelves a estar en el punto de partida. Casi todas las familias de trabajadores viven al día. Las posibilidades de ahorrar un poco para tener algo extra en caso de emergencia son casi nulas. Si una familia pierde un salario esto puede suponer un lastre que arrastrarán durante semanas. Durante todas esas semanas la mujer tendrá que ser capaz de lograr que, sea como sea, todo siga funcionando. Lo mismo pasa cuando el hombre va a la huelga. Durante semanas, a veces meses, la mujer deberá apañarse con casi nada. En las épocas en las que los mineros acuden a trabajar con normalidad, las mujeres tienen organizado un sistema de recogida de alimentos y ropa con el que van acumulando lo que puedan necesitar cuando vayan a la huelga. De esta manera, cuando hay una huelga pueden vivir durante cierto tiempo de lo que han almacenado en alimentos y

ropa. Se necesita mucha experiencia y formación para aprender todos estos trucos y la mujer es la única que está en esta posición de aprender dichos «trucos». En caso de emergencia se puede llegar a recortar gastos de una manera que nunca pensaste que sería posible y sin saber cómo logras hacerlo.

La mujer tiene que funcionar con lo que cobre su marido. No importa si lo que él trae a casa es mucho o poco. Ella es quien debe decidir cuándo cose a mano ella misma la ropa y cuándo puede permitirse comprarla. Encuentra recetas para cocinar menús baratos sin que estos dejen de tener buena pinta y sepan bien. El modo en el que vive la familia, que haya cobradores de deudas llamando a la puerta, o comida en la mesa, depende de cuánto dinero le de el marido y de cómo lo gestiona la mujer. Aunque la mayor parte de los maridos son conscientes de lo elevado de los precios en realidad desconocen qué es lo que realmente se necesita para mantener en funcionamiento a la familia. La única que sabe cómo gestionar las finanzas es la mujer que debe vivir en la imposibilidad de no tener casi nada.

Toda esta experiencia prepara a la mujer para saber cómo administrarse cuando solo está ella. La mujer cuyo marido sale huyendo y la abandona se queda con una dura tarea entre manos, especialmente si tiene hijos. Puede considerarse afortunada si al principio tiene familiares que la ayuden. Pero al final debe convertirse en la madre y el padre de los niños. No tiene opción respecto al trabajo. Asume la responsabilidad de los dos, de la madre y el padre. Mantiene a su familia con lo que gana, que por norma suele ser bastante menos de lo que gana un hombre. Dispone de menos tiempo con sus hijos y algunas veces debe separarse de ellos para poder trabajar. Y sin embargo estas mujeres logran criar a sus hijos y empezar una nueva vida para ellas mismas. No se quedan en casa sollozando. Mi amiga tiene una vecina cuyo marido la abandonó dejándola con un hijo y con todas las facturas. Esta mujer vendió todos los muebles y con el dinero hizo un viaje a Puerto Rico para ver a su madre. Conocerla fue interesante. Es difícil saber si lloró por el abandono. Lo único que me dijo fue que no se iba a quedar esperando como una maldita idiota. Nunca había hecho nada así antes pero cuando llegó el momento sabía exactamente qué hacer.

La realidad es que viven vidas distintas

La mujer está sola en casa todo el día. Espera a que su marido vuelva a casa para contarle las cosas que han pasado durante el día, algo que los niños hayan hecho o dicho que demuestra lo maravillosos que son los hijos, o lo duro que fue su día. Quiere saber cómo le ha ido el día, qué le ha pasado y qué es lo que piensa respecto a comprar esto o aquello para la casa. Pero la vida de su marido no está en la casa. Y cuando el hombre llega a casa del trabajo no quiere hacer nada. Algunas veces ni siquiera quiere hablar un poco. Esperas durante todo el día para tener alguien con quien hablar y, cuando tu marido llega a casa, coge el periódico y actúa como si ni siquiera supiese de tu existencia. Cuando la mujer se pasa todo el día en casa, la tarde del domingo quiere salir a ver algo o a dar una vuelta en coche. Pero durante la semana tu marido llega agotado por las noches y durante los fines de semana a veces quiere quedarse en casa y relajarse. Ha estado fuera de casa la mayor parte de las horas que está despierto. Ahora tiene la oportunidad de quedarse en casa y descansar y tirarse en el sofá. Las mujeres tienen una necesidad de compañía y comprensión de la que los hombres no saben nada.

A quién le sorprende que muchos matrimonios no puedan disfrutar de su vida sexual, la parte más delicada de su relación, si entre hombre y mujer no hay un entendimiento acerca de sus tareas y sus necesidades. Sus maridos, las personas a las que deberían sentir más cercanas son las personas de las que las mujeres se encuentran más alejadas. En realidad viven vidas distintas.

Entre mujeres se reconocen

Si las mujeres no pueden confiarse a sus maridos, lo hacen con las otras mujeres. Como las mujeres llevan vidas similares, se reconocen y se entienden entre ellas. Algunas de las mujeres acaban creando relaciones muy estrechas en el vecindario. En el patio o en la calle estas mujeres se ayudarán entre ellas si lo necesitan y harán que las horas pasen más rápido. Entre ellas conversan de cosas que ni en sueños hablarían con sus maridos, ni aunque sus maridos las escuchasen. ¿Quién entre ellas tiene la

posibilidad de decirle a su marido cómo quiere arreglar la casa o lo que quiere comprarle a los niños? Los problemas con tu marido o los problemas económicos son «el pan nuestro de cada día». Las mujeres hablan de todo lo que afecta a sus vidas, si tener o no hijos y cuántos tener, cómo ahorrar dinero en ropa, tareas domésticas y comida, qué tiendas son más baratas, el mejor método de control de natalidad, problemas sexuales, tener que ir a trabajar. En estas charlas se resuelven muchas cosas. Las mujeres adoptan nuevas actitudes tras escuchar a otras mujeres. Y también excluirán a alguien del grupo si no hace lo que se espera de ella. Una madre que no cuida a sus hijos o que no cuida su casa y que no tiene excusa para ello no recibirá ni el tiempo ni la confianza de otras mujeres.

Hay quien dice que todo esto no son más que simples cotilleos pero es mucho más que eso. Las mujeres rompen con el aislamiento doméstico creando fuertes lazos con otras mujeres. Es la única vida colectiva al alcance de la mujer y la aprovechará al máximo. La existencia misma de estos lazos con otras amas de casa es una denuncia del tipo de vida que la mujer tiene con su marido, con su trabajo y con el resto de la sociedad. Las mujeres se juntan, conversan en grupo y, en cierto modo, viven juntas. No hay nadie más a quien puedan acudir excepto a ellas mismas. Este es el sitio en el que pueden decidir con quién estarán, dónde estarán y qué es lo que harán. No hay nadie que se interponga en su camino.

En mi callejón el mejor momento de la semana es el viernes. Todo el mundo limpia su casa los viernes para tener menos tareas que hacer durante el fin de semana. Cuando han acabado, ya a la tarde, alguna se echará una carrera hasta la tienda e irá a por unas cervezas y se sentarán un rato y hablarán y compararán sus maneras de hacer las cosas. En estos momentos y en este lugar, la sociabilidad está en su punto más alto y todas estamos más relajadas cuando se ha acabado el trabajo que en ningún otro momento. Hay un sentimiento de cercanía y de ganas de pasar el rato juntas que no logras encontrar en ningún otro lado excepto con esas personas que te conocen y te aceptan tal y como eres.

Así es como se organizan las mujeres. Con la experiencia que tienen en administrar las cosas y con la ayuda de otras mujeres de su grupo, saben qué es lo que tienen que hacer cuando quieren

pasar a la acción. En una zona de viviendas de protección social en San Francisco las mujeres se unieron para poner freno al aumento de los precios. Vieron que el gobierno no estaba haciendo nada así que cogieron el toro por los cuernos y se pusieron manos a la obra. Se reunieron, organizaron asambleas y manifestaciones y repar-tieron panfletos. Ninguna persona externa lo organizó. Tras vivir durante tanto tiempo como vecinas en un conjunto de viviendas de protección social se conocían profundamente entre sí; conocían las debilidades y las fortalezas de cada una. Las mujeres habían hecho un listado de los precios de todos los comercios de la ciudad y compraban solo en aquellos comercios que tenían los precios más bajos. Toda la ciudad conocía de la existencia de la «Mama's OPA»¹ y los diarios habían escrito múltiples artículos sobre ello. Los periódicos generalmente no se hacen eco de las acciones que llevan a cabo las amas de casa. Las mujeres levantan barricadas en las calles para que los niños tengan espacio para jugar. La policía y los gases lacrimógenos no pueden expulsarlas. Las mujeres se pasan unas a otras el mensaje respecto de qué día no debe comprar carne ninguna mujer. No tienen más que acercarse a otra mujer, aunque no la conozcan, y le dicen: «No compres carne tal día». Las mujeres se conocen tan bien entre ellas que pueden hablar con una perfecta desconocida y estar seguras de que las comprenderán. Las mujeres de los mineros fueron a la huelga para protestar contra la empresa que estaba vendiendo sus casas y lo volvieron a hacer para protestar contra el polvo en el aire que contamina las ciudades mineras. En ambos casos recibieron el apoyo de sus esposos. Sus maridos se negaron a cruzar los piquetes.

Las mujeres actúan en grupo porque se las trata como si fuesen un grupo. En conjunto viven de la misma manera. No importa cómo de diferente sea la situación individual de cada una de ellas.

Una nueva relación

La organización más universal de las mujeres es la manera de actuar que cada una de ellas adopta en su propia casa. Toda

¹ El ministerio gubernamental que en principio se encargaba de controlar los precios durante la II Guerra Mundial era la Oficina de Administración de Precios (Office of Price Administration, OPA).

mujer hace la revolución en su propia casa. Algunas mujeres no hablan mucho de ello con otras mujeres o con su marido. Sin embargo, cuando llega el momento de la confrontación, simplemente dan un paso adelante y hacen lo que saben que es correcto. Hay otras mujeres que discuten con sus maridos y exigen las cosas que creen que deberían tener. Estas discusiones son importantes para la mujer. No están *solo* discutiendo con su marido. Le están demostrando, y más importante aún se demuestran a sí misma, que tienen ideas y deseos propios. Una y otra vez las mujeres les recuerdan a los hombres que no pueden seguir haciendo las cosas como las han hecho hasta ahora. Es este espíritu de independencia y de amor propio lo que los hombres admiran en las mujeres, incluso si lo dirigen contra ellos. Admiran a la mujer que se mantiene firme y que no deja que su marido la pisotee. Las mujeres respetan a la que no agacha la cabeza frente a su marido y a esta también su marido la respetará.

De forma creciente las mujeres rechazan que se las considere meras máquinas para la crianza de los niños, autómatas que ponen a punto a sus maridos para que estos vayan a trabajar. Y les exigen más en lo tocante a la relación. Si el hombre no puede cambiar, ella pondrá punto y final al matrimonio en vez de seguir viviendo con un extraño. Si hoy en día el divorcio es aceptable es porque las mujeres han hecho que así sea. Está claro que el problema en sí no es el hombre como individuo aislado. Hay demasiados divorcios para que sea simplemente esto. Cuando una mujer se divorcia, aunque esto pueda verse como un conflicto con un hombre específico, en realidad es un acto de oposición contra todo el modelo vital actual impuesto tanto a hombres como a mujeres.

Las mujeres luchan contra el rol que los hombres desempeñan en la casa. Esto no tiene nada que ver con si el hombre ayuda a su mujer o cuánto la ayuda o lo bondadoso que sea con los niños. No importa cuánto intente el marido comprender los problemas de la mujer, no importa cómo de bien se lleven, las mujeres luchan contra la manera en la que se ven forzadas a vivir y quieren construir un nuevo modelo de vida.

La mujer asalariada

Salir a trabajar fuera de la casa es otra de las maneras en las que las mujeres muestran su rechazo al papel que les otorga la sociedad. Muchas de las mujeres que hoy en día tienen un empleo no habían trabajado antes fuera de casa. Pero al hacerlo, las mujeres han transformado su relación con su marido e hijos. Y al hacerlo se han encontrado con que tienen nuevos problemas a los que enfrentarse y resolver y han buscado distintas maneras de hacerlo.

Ahora las mujeres son más conscientes de qué hacen y qué piensan otros sectores de la población. Hoy en día cada vez hay menos mujeres que sean solo amas de casa. En un momento u otro, la mayor parte de las mujeres acaban trabajando fuera de casa. Algunas mujeres lo hacen solo algunos meses al año, algunas trabajan de manera habitual. En todo caso, tienen una imagen del mundo totalmente diferente a la que tenían antes.

Algunas de las mujeres con las que he trabajado dicen que trabajan porque no pueden vivir solo con lo que ganan sus maridos. En el caso de los maridos que no tienen formación y su salario es reducido esto es una verdad incontestable. Pero es algo que se está generalizando entre cada vez más personas. Además del alto coste de la vida, hay otra razón por la que es difícil sobrevivir con solo un salario hoy en día. Las mujeres exigen mucho más de lo que solían exigir. No quieren tener que convivir con el terrible sentimiento de estar arruinadas que arrastraron durante la recesión. No quieren tener que lavar la ropa a mano cuando, por un poco más, pueden tener la más moderna de las lavadoras en casa. Ahora todo es nuevo y las mujeres quieren disponer de los utensilios más modernos. Con un único salario lo único que puedes hacer es existir.

Cuando vives con un presupuesto reducido, es la mujer la que carga con el peso de esto. Si hay que ahorrar será ella la que camine de un extremo al otro de la ciudad para hacer la compra. Cuando es necesario prescindir de algo suele ser ella la primera que deja de lado sus necesidades personales.

Disponer de algo de independencia económica es una de las mayores necesidades económicas que tiene una mujer. Rechazan tener que preguntarle a sus maridos cada vez que tienen que gastar algo de dinero. Quieren tener dinero propio. Para poder comprar cortinas nuevas cuando se hayan cansado de ver las

mismas aunque las que tienen estén aún bien, un lujo que la mayor parte de las mujeres no pueden permitirse aunque todas lo deseen. Porque aunque tu marido te entregue el salario para que lo gestiones tú en función de las necesidades de la familia, y pese a que trabajas tan duro como lo hace él, en realidad este dinero nunca te pertenece. Las necesidades que tienen las mujeres no pueden satisfacerse con el dinero que entra en casa solo con el empleo del hombre. La mujer que acude a trabajar en la fábrica tiene un sentimiento de independencia no solo respecto al dinero que se gasta, sino que esa independencia afecta también a las decisiones que se toman en la casa. Si aportas económicamente a la familia tienes más derecho a decidir no solo lo que debe hacerse con el dinero, sino que ahora puedes exigir más poder de decisión sobre otros aspectos que la afectan y sobre los que antes solo decidía tu marido. Un hombre que conozco se sorprendió tanto con los derechos que su mujer se había auto-otorgado desde que había comenzado a trabajar que acabo diciéndole que lo dejase y se quedara en casa. Según él de esa manera se llevaban mejor.

Pero no es solo respecto a las decisiones que la mujer siente que es más independiente. Cuando la mujer cobra un salario sabe que no tiene por qué aguantar muchas cosas de su marido. Si él cruza la raya porque bebe o sale con otras mujeres, es probable que ella decida dejarle mucho antes de lo que hubiera hecho de no disponer de un salario. Ahora sabe que, si necesita hacerlo, siempre podrá mantenerse ella sola.

Una de las cosas que empuja a las mujeres a coger un empleo es el aburrimiento y la soledad que sufren si se quedan en casa. Las mujeres quieren estar con otras personas. Comparada con la de su marido, la mujer vive una vida aislada, en casa, sola consigo misma. La única compañía que tiene mientras está en casa es la radio y el teléfono. En la fábrica al menos trabajas con otra gente y puedes escapar del aburrimiento y la soledad de la vida doméstica.

De lo que más se arrepiente la mujer cuando se marcha a trabajar fuera es que tiene que dejar a sus hijos. Aunque es cierto que quieres escaparte de ellos durante un rato, no te gusta dejarlos con cualquiera. La mayor parte del tiempo no sabes cómo les están cuidando. Si ya son mayores, no sabes con quién andan y qué es lo que hacen cuando no están contigo. Si tu hijo va a la guardería, puedes preguntarle a la profesora qué tal le va. La

mayor parte de las veces la respuesta será «bien». Pero eso es todo. Realmente no sabes cómo les están tratando o qué tipo de cuidado reciben. Siempre esperas que el niño esté haciendo lo correcto pero cuando trabajas nunca puedes estar segura.

También tienes que resolver el problema de dónde dejas al niño cuando vas a trabajar. Muchas de las mujeres que están separadas de sus maridos y tienen niños pequeños deben dejarles con otros parientes. Echan de menos a sus hijos, y sienten que están haciéndose mayores sin ellas. Y no pueden opinar demasiado respecto a la manera en la que los crían. Otras mujeres prefieren depender de sus vecinas porque las conocen y las prefieren antes que enviar a los niños a una guardería de la que no saben mucho o a veces nada. La razón por la que al final muchas mujeres no trabajan fuera de casa es porque no tienen a nadie de confianza que cuide de sus hijos.

Allá donde ella quiera estar

Las mujeres quieren decidir si van o no a trabajar. La mujer suele negarse a trabajar fuera si es el hombre quien se lo ordena. Porque cree que si trabaja cuando él se lo ordena, el hombre se acostumbrará a que lo haga, y es probable que él deje de trabajar de manera habitual. Pensará que ella tiene que mantenerlo. Una mujer que conozco tuvo que dejar de trabajar porque su marido creía que tenía derecho a apostar con el dinero que ella ganaba. Por otra parte, que su marido le diga que no trabaje, no quiere decir que ella vaya a quedarse en casa. Cuando la mujer sale a trabajar fuera de casa no siempre lo hace con la aprobación de su marido. Muchos maridos se resienten porque sus esposas trabajan. Para justificar su reticencia afirman que los niños tienen que estar con sus madres. Y también dicen que ellos son incapaces de ayudar a sus esposas con los hijos, la casa y las compras. Otros harán tan difícil la carga doméstica de trabajo de la mujer que harán imposible que pueda salir a trabajar fuera y persistirán hasta que la mujer se vea obligada finalmente a abandonar.

Las mujeres tienen que luchar contra esos hombres que consideran que el lugar de la mujer está en la casa y que es ahí donde deben permanecer. Estos son el tipo de hombres que no quieren que sus mujeres tengan ningún tipo de independencia, quieren

ser ellos los que traigan el salario a casa para tener la potestad de ser los únicos que puedan decidir sobre las cuestiones domésticas. Cuando la mujer sale a trabajar fuera de casa, sabe que se convierte por derecho propio en una persona mucho más completa. Las mujeres le han demostrado a los hombres que el lugar de la mujer es el lugar en el que las mujeres quieren estar.

Las mujeres que quieren seguir trabajando y cuyos maridos no están de acuerdo, no les cuentan a sus maridos lo duro que es su trabajo fuera de casa. Se lo guardan para ellas mismas. Una de las mujeres que trabaja con nosotras en la cadena de montaje tiene que pelear duro para seguir trabajando. Tiene una hija de 14 años y dice que no hay nada que la mantenga en casa. Y, sin embargo, su marido, hombre de carrera profesional, que gana un buen sueldo, le pide constantemente que deje de trabajar. Ella nunca le muestra lo cansada que está cuando llega a casa y no puede permitirse pedirle que le ayude con las cosas de casa o él la obligará a dejar de trabajar.

Hay una gran diferencia en la manera en la que se trata a las mujeres que deben trabajar fuera de casa y aquellas que lo hacen porque quieren. Si una mujer trabaja porque ella quiere, no tiene que asumir tantas cosas con las que no está de acuerdo en la empresa o puede mandar a la mierda a su jefe y el empleo, tal y como explica mi vecina. Cuando se cansa de trabajar, sabe que puede dejarlo e, incluso si no deja el trabajo, el hecho en sí de que pueda hacerlo la hace más independiente de la empresa.

Aquellas mujeres que sí que se ven obligadas a trabajar, las mujeres solteras que se mantienen ellas solas y que a veces también mantienen a sus padres, o las mujeres divorciadas que sostienen a sus hijos, deben mantener sus empleos a toda costa sin importar cómo se sienten o qué querrían hacer. Cuando estas mujeres se hartan de trabajar no pueden hacer nada más que seguir trabajando. No tienen otra opción. Normalmente la empresa se aprovecha de esto todo lo que puede y sabe que puede contar con estas mujeres para las horas extras y para que trabajen los sábados. Cuando tienes que pagar diez o quince dólares a la semana por la guardería cada penique es imprescindible.

Algunas veces el trabajo de las mujeres en la fábrica son tareas fáciles, es decir, no son tareas físicamente duras. Pero, como todo trabajo fabril, es aburrido y monótono. En otras industrias

es físicamente duro. Cada uno de tus músculos te recuerda que ha sufrido un día de trabajo. Lo que en realidad importa, da igual tu trabajo, es la gente con la que trabajas. Si el trabajo es sencillo pero aburrido, son las otras mujeres las que te ayudan a que llegues al final del día. Si es un trabajo duro lo único que hace que sigas son las demás mujeres que están haciendo lo mismo que tú y que pasan el día contigo. Al final, lo importante y lo que hace soportable la vida de la fábrica no es el trabajo. Lo que te importa es la gente con la que trabajas.

En la planta siempre pasa algo. O alguien hace un broma, o alguna compañera está haciendo el payaso o te peleas con el capataz o con la chica a cargo. Siempre hay algo que comentar y se habla de todo lo que ocurre. Los problemas sexuales o los romances de turno, el trabajo doméstico y cómo educar a los niños, pasos de baile nuevos y la última moda. El control de precios y la vivienda, cómo adelgazar o engordar. No importa de qué quieras hablar, siempre hay alguien con quien hablar. Las chicas escuchan los sentimientos e intereses del resto.

A diferencia de la empresa, las chicas se cuidan unas a otras. Cuando una persona no viene se la echa de menos y normalmente alguien la llama para ver qué pasa. Si a alguna le está pasando algo especialmente grave, el grupo más cercano de amigas recolectarán algo de dinero para comprarle algo o para pagar las facturas extras. Las chicas dan gratis su tiempo y su dinero. Si algún día una chica no se siente bien, el resto de las chicas o algunas de las amigas más cercanas trabajarán el doble de rápido para cubrirla y que no le descuenten tiempo del trabajo. La empresa nunca se preocupa por el individuo, haya nieve o tormenta exige cada día la misma cantidad de trabajo. Las chicas son las únicas que cuidan unas de otras y que te ayudarán cuando lo necesites.

Ya no es solo él, ahora somos nosotros

Cuando tras la jornada laboral la mujer regresa a casa la vida que le espera es substancialmente diferente a lo que vive el hombre cuando es él quien llega del trabajo. Ella, en cuanto llega a casa, comienza a trabajar otra vez. La mujer casada, en especial si tiene hijos, nunca puede permitirse el lujo de sentarse y no hacer nada.

La cena debe estar lista y puesta en la mesa, hay que lavar los platos y bañar y dormir a los niños. Tiene dos trabajos. Es madre y ama de casa a media jornada y asalariada a jornada completa. El hombre utiliza los fines de semana para descansar, ella debe dedicar ese tiempo a la casa. Y hacer todo lo que no haya hecho a lo largo de la semana.

Trabajar y tener una familia es una rutina dura. No importa cuánto te ayude tu marido o lo atento que sea, la mayor parte de la carga doméstica sigue recayendo sobre los hombros de la mujer. Que la mujer salga a trabajar fuera de casa no significa que deje de ser ama de casa.

La mujer tiene mucho más en común con su marido cuando está asalariada que cuando se queda en casa. Hay muchas más cosas que puede contarle y compartir que antes. La principal barrera, sin embargo, sigue estando ahí, y sigue siendo más fácil hablar con otras mujeres que hablar con tu marido. Pero lo que es seguro es que las cosas cambian definitivamente para la pareja cuando la mujer trabaja fuera. A partir de ese momento la mujer puede afirmar: «Tú no mantienes esta casa». *La mantenemos nosotros*. Y a partir de ese momento las cosas tendrán que ser desde el *nosotros*.

Las mujeres del sindicato y de la empresa

Los sindicatos y las empresas intentan parecer equitativos poniendo a mujeres en puestos de supervisión. Los delegados sindicales y los liberados sindicales suelen ser mujeres. Las encargadas y las capataces son a menudo escogidas entre las trabajadoras de la cadena de montaje. Pero en cuanto estas chicas salen de la cadena de montaje se olvidan del resto de las compañeras y se convierten en agentes del sindicato o de la empresa, y muy a menudo actúan contra sus compañeras. Las encargadas normalmente comen y salen juntas y ellas mismas se consideran mejores que el resto. Actúan del mismo modo que los supervisores hombres. Pero utilizan el hecho de ser mujeres para presionar de cara a la producción y para mantener la obediencia de las chicas.

El supervisor le dijo a una de las encargadas de mi planta que debía duplicar la producción. Ella contestó que nunca le haría eso a las chicas y lloró como un bebé durante una semana.

Nunca se le pasó por la cabeza que la única manera que tenía de que el supervisor dejara de presionarla era lograr que las chicas protestasen. Lo gestionó ella sola y en una semana estaba pidiéndole a las chicas que produjesen más utilizando la excusa de que la estaban presionando. Muchas mujeres tienen la sensación de que cuando el jefe es una mujer es peor que el hombre. Las mujeres que ascienden utilizan sistemáticamente el hecho de que ellas también son mujeres para azotar con esta excusa a las chicas de la cadena de montaje. Las liberadas sindicales hacen lo mismo.

Los trabajadores hombres señalan la separación que hay entre el sindicato y los trabajadores. En el caso de las mujeres esto es verdad por partida doble. Muchas mujeres tienen la impresión de que lo único que hacen los sindicatos es recolectar las cuotas e intentar mantener a las chicas a raya en beneficio de la empresa. Las cuotas de admisión son terriblemente elevadas y desproporcionadas en relación con lo que cobran las chicas y lo mismo pasa con las cuotas semanales. En algunas plantas nadie sabe quién es delegado sindical y a muy pocas de las chicas les importa. Sin embargo, si la empresa ataca al sindicato, las chicas saldrán a defenderlo. Aun así, son conscientes de que, si hay algo que debe hacerse, tendrán que hacerlo ellas mismas.

Para muchas mujeres estas decisiones se plantean en términos de «lo mismo da que da lo mismo». Si pueden quedarse en casa, en la monotonía doméstica, sienten que merece la pena trabajar. Hay mujeres que están deseando que llegue el día en el que puedan permitirse quedarse en casa. Cuando llega ese día dejan la planta y, en la mayor parte de los casos, deciden volver poco después. Cuando has trabajado fuera de casa, aunque haya sido poco, es difícil regresar a casa. Esto fue lo que le sucedió a muchas mujeres que, durante la guerra, trabajaron en las fábricas de armas. Cuando acabó muchas de ellas fueron despedidas, pero algunas siguieron trabajando. Las que fueron despedidas y otras muchas, muchas, mujeres que nunca antes habían trabajado fuera de casa ahora están asalariadas. El lugar de la mujer empieza a ser el lugar que ella quiere que sea.

No es que las mujeres disfruten del trabajo. No les gusta el trabajo, ni en casa ni en la fábrica. Pero comparado con ser «solo ama de casa» muchas mujeres sienten que incluso el trabajo de

la fábrica es preferible. Mi vecina empezó a trabajar para obtener algo de dinero para Navidades, y también porque quería salir un poco de la casa, pero la excusa que le daba a su marido era el dinero necesario para las Navidades. Su hijo de tres años se queda con sus padrinos y así su marido no puede quejarse. Cada cierto tiempo nos dice que va a dejarlo pero nunca lo hace.

Todas lo sabemos

Hoy en día, cada vez más mujeres demuestran que no están dispuestas a seguir como estaban hasta ahora, a la vieja usanza. No confían en que las cosas funcionarían como se supone que deberían o que sus vidas serán tal y como deberían ser. Sus maridos, sus hijos, sus trabajos, todo entra en conflicto con ellas. Todo lo que hacen, cada decisión que toman, sienten que *tal vez* funcione. El matrimonio, los hijos, la casa, ninguna de estas cosas dan seguridad a las mujeres.

Las amas de casa que nunca antes habían trabajado asalariadamente esperan hasta que sus hijos son suficientemente mayores para coger un empleo. Las mujeres que siempre han trabajado fuera de casa esperan con ansia el día en que por fin podrán dejar de hacerlo. Matrimonios de veinte años ahora se rompen. Las parejas jóvenes, tras seis meses, deciden que es mejor dejarlo antes de tener hijos para evitar que estos sufran. Las mujeres cuando dejan el instituto, en vez salir corriendo a casarse, buscan un empleo y un apartamento en el que vivir de forma independiente.

No es que las mujeres no quieran ser esposas y madres. Quieren y necesitan que los hombres compartan sus vidas y toda mujer quiere hijos. Pero sienten que si no pueden tener una relación que sea realmente humana, entonces, prefieren no tenerla. Las mujeres pasan de estar casadas a estar divorciadas, de ser amas de casa a trabajar fuera, pero en ninguno de estos lugares hallan el modo de vida que quieren para ellas y para sus familias.

Las mujeres son cada vez más conscientes de que no hay ninguna salida que no conlleve un cambio total. Y hay una cosa que está muy clara, las cosas no pueden seguir igual. Todas las mujeres lo saben.

2. Columnas en el periódico *Correspondence* (1954)

DURANTE 1954, escribí una columna llamada — como no podía ser de otra manera — «El lugar de la mujer» en cada número que sacó el *Correspondence*, el periódico quincenal que editaba la Tendencia Johnson-Forest y en la que se intentaba que escribiera gente de clase obrera. Yo era una madre soltera y en aquel tiempo trabajaba en la fábrica, cableando y soldando piezas electrónicas para equipos de radar militares, y a última hora de la tarde regresaba a casa para cuidar de mi hijo pequeño. Nunca antes había hecho periodismo, y aprendí sobre la marcha, un aprendizaje que incluía informar cómo reaccionaban las mujeres de los movimientos de base, si es que se habían enterado, a los conflictos nacionales e internacionales. La gente no prestaba mucha atención a «las noticias» a no ser que les afectasen directamente (yo misma no empecé a leerme los periódicos hasta algunos años después). Era libre de escribir lo que quería, sin que los editores interfiriesen, excepto cuando había que añadir un subtítulo. Aquí se recogen tres de estas columnas.

La primera, «Hay que dejar la política a un lado», fue escrita en 1954, cuando la Corte Suprema de Estados Unidos declaró, en el famoso caso *Brown vs. Board of Education* que la política de «separados pero iguales» —educación segregada para personas negras y blancas y que, de hecho, nunca proporcionó una educación igual— era ilegal. A partir de ese momento, personas de toda condición se vieron obligadas a reajustar sus miras y sus comportamientos y algunas lo hicieron sorprendentemente rápido.

En este texto se incluye la respuesta dada hace años por mi vecino y que ya es un pedazo más de nuestra historia. Muestra la confusión que sintieron las personas blancas pero también muestra que durante esas semanas muchas personas fueron capaces de reajustar su comportamiento y dejar el racismo de lado una vez que el gobierno aparcó su comportamiento racista. Aún hoy en día esto puede enseñarnos una gran lección.

Me ha resultado particularmente interesante la relectura, casi sesenta años después, de la segunda columna, en la que reflexionaba en torno al concurso de Miss Universo, teniendo en cuenta la controversia que existe dentro del movimiento de mujeres respecto de los concursos de belleza. Obviamente no es que creyese que se tenía que tratar así a las mujeres, pero entendía algunas de las razones por las que las mujeres querían participar y todavía las entiendo.

Recuerdo en particular escribir el tercer artículo, en el que se analizan ciertas industrias donde trabajan mujeres. Mi padre luchó por formar un sindicato en Brooklyn, Nueva York, y la nuestra era una familia profundamente comprometida con los sindicatos, los considerábamos una herramienta de nuestro poder organizado como clase obrera. Pero me di cuenta de cómo nos trataba el sindicato y cómo los «líderes» estaban más cerca de la dirección de la empresa que de nosotros. Plasmar en el papel esos pensamientos fue como una revelación. Nadie me censuró. Estaba en una organización que realmente quería oír el punto de vista de la clase obrera. Por supuesto no era la única que pensaba eso. Ahora es un pensamiento generalizado. Casi dos décadas después escribí *Mujeres, sindicatos y trabajo* y *Una perspectiva para vencer*, en los que actualizaba y desarrollaba estas ideas.

Hay que dejar la política a un lado

Este pasado septiembre fue la primera vez que muchos padres llevaron a sus hijos a la escuela. Como cualquier otro septiembre el ritual anual se repite. Mochilas y cajas de lápices nuevos, niños en los comercios de todo a cien comprando material escolar, madres que añoran a sus hijos (que no dejan de ser las mismas

madres que ansiaban el comienzo de la escuela porque los niños andaban incordiando a todo el mundo).

Y la también habitual compra de ropa nueva para que los niños lleven el primer día de clase. Las niñas reciben vestidos y lazos nuevos para el pelo, los niños vaqueros nuevos y cortes de pelo. Hay un espíritu de novedad que encarnan los niños mismos. Los pequeños dan sus primeros pasos fuera del regazo materno y empiezan a caminar hacia el mundo como seres humanos independientes. Incluso los padres, que suelen actuar como si estuvieran por encima de todo, se ven de repente abofeteados por la certeza de que su bebé se encamina hacia un mundo hasta ahora solo conocido por los padres.

Una cuestión privada

Siempre he considerado, como estoy segura de que también lo hacía mucha otra gente, que el comienzo y la vuelta a la escuela de los niños era algo personal. Es decir, es tu hijo el que se ve afectado y también tu relación con él. No tiene nada que ver con la política, no es más que el periódico impacto que produce el crecimiento de los niños. Y sería algo completamente privado si no fuese porque la política siempre penetra en la vida de las personas.

Este semestre, el tan sencillo y privado acto de llevar a los niños a la escuela está dividiendo la nación. Ha copado los titulares de los diarios. Y está provocando discusiones infinitas entre todo tipo de personas. La decisión de la Corte Suprema de ilegalizar la segregación se está poniendo a prueba en el Sur.

Estoy segura de que hay otras personas que escriben en este periódico que probablemente tendrán cosas importantes que decir respecto a esto, como siempre han hecho. Y excepto para señalar que estoy muy a favor de la decisión dejaré el debate para otras secciones del periódico. Pero sí me gustaría señalar que dicha decisión me ha hecho volver a reflexionar acerca de cómo cosas personales, aparentemente simples, pasan a convertirse progresivamente en asuntos políticos y sociales.

Otra decisión política

Los vecinos de la puerta de al lado no forman parte de la Corte Suprema y la política no les importa en absoluto. Pero tuvieron que tomar su propia decisión política respecto a si la educación debía ser segregada o no.

Hace tiempo nuestro vecindario era exclusivamente blanco. Ahora es mixto: blanco, mexicano-estadounidense, negro y cada día se mudan más negros. Por ello, las escuelas, que una vez fueron blancas, ahora son mixtas.

Escuela privada

Mis vecinos de al lado son blancos. Tienen una niña pequeña, en edad de ir a la guardería. A unos seis bloques de nuestra casa hay una escuela y mi vecina me dijo que su hija no iba a ir a esa escuela, órdenes de su marido. Su hija Cathy, en caso de que fuera, sería «la única cara blanca en la clase» y su padre no quería eso.

Mi vecina preguntó por escuelas privadas y religiosas. Encontró una en la que Cathy podía entrar por 8 dólares al mes. En esta escuela no solo no sería la «única cara blanca», no habría nada más que «caras blancas».

La elección

El marido de mi vecina juega al golf. Le cuesta 8 dólares al mes. Ama el golf. Se le da bien. Tienen un trozo de césped delante de la casa, frente a mi cocina, y las mañanas de los domingos, él se las pasa allí practicando, palo en mano, con las pelotas de golf. Todo lo que tenía que hacer para que su hija fuera a la escuela privada era dejar de practicar golf, que el dinero del golf fuese para pagar la escuela privada. Era una decisión difícil para él.

La primera mañana de escuela paré en la puerta de los vecinos. Pregunté por Cathy. No, Cathy no estaba en casa. Estaba en el jardín de infancia. ¿En qué escuela? ¿Por qué? En la escuela del barrio, por supuesto. La que no costaba 8 dólares. La segregación es importante hasta que vas caso a caso.

A través de la política

Mi vecina y yo habíamos estado discutiendo durante semanas por el tema de la discriminación. Ahora ya no la nombrábamos. La tensión se liberó. Ambas nos relajamos. Nos sentamos y conversamos acerca de lo nerviosa que estaba al ver que era el primer día de escuela de Cathy, su primer día fuera de casa. Tras la decisión de enviarla a la guardería, dejamos la política. Volvimos a la normalidad, dos madres hablando de sus hijos.

Espero con ganas el día en el que las madres blancas y negras sean simplemente madres hablando de sus hijos. Pero, como con mi vecina, las decisiones políticas se tienen que poner en práctica y las cosas se tienen que calmar antes de que todo regrese más o menos a su curso.

Miss Universo

El viernes 23 de julio estuve viendo la elección de Miss Universo 1955. Excepto porque tenía más glamour y era más espectacular no dejaba de ser otro concurso más, y se desarrolló tal y como funcionan los concursos de belleza. Normalmente yo no vería una cosa así, pero mientras giraba el sintonizador para cambiar de cadena, la imagen se me clavó en la retina; era fascinante ver los distintos tipos de mujeres e intentar adivinar a quién elegirían los jueces.

Durante la semana anterior a la final, en la televisión contaban a todas horas qué iba sucediendo en el concurso y lo «adorables» que eran las ochenta concursantes venidas de todo el mundo. Mientras veía la final, me asombró el hecho de que pese a que las mujeres eran diferentes todas ellas parecían la misma. Todas mantenían la misma postura, tenían un estilo similar de caminar y lucían una sonrisa casi idéntica. A día de hoy, sigo sin saber si es una copia del estilo estadounidense o si es el estilo internacional forzado y nada natural de todas las modelos y concursantes de belleza.

El modelo estadounidense

Al principio pensé que todas se parecían mucho a las estadounidenses porque estamos demasiado habituadas a ver a personas de diferentes países que parecen distintas a nosotros. La diferencia idiomática no se muestra en la cara de una mujer. Pero estaba claro que de cara a los jueces estadounidenses cada país había escogido la mujer cuyo estilo era más cercano a lo que los estadounidenses consideran bello. Del mismo modo que Coca-Cola es una bebida internacional, mientras que Estados Unidos tenga tanto poder en el mundo, también Estados Unidos dominará los estándares de belleza, al menos en lo tocante al concurso.

Por supuesto había un «tipo» que no estaba en absoluto representado. No había ni una sola mujer negra en el concurso de belleza. Era un concurso estadounidense en más de un sentido.

No solo importa la belleza decían...

El presentador repetía que las concursantes no estaban allí solo por su belleza, sino también por su desenvoltura y elegancia además de por su estatura. Incluso hicieron que las mujeres desfilasen por la pasarela en vestidos de noche. Pero el traje más importante del concurso fue el bañador Catalina cuyo modelo era exactamente el mismo para todas y cada una de las jóvenes.

No tengo ni idea de cómo se podría haber descrito esto de otra manera que no fuese un concurso de belleza. No había manera alguna de conocer algo de la personalidad de las mujeres. No dijeron nada en absoluto, ni hablaron siquiera para decir hola, así que era imposible saber qué estaban pensando o siquiera si pensaban.

Al final la elegida como ganadora fue Miss Estados Unidos, la razón que dieron los jueces para su victoria fue que las caderas de la subcampeona, Miss Brasil, medían dos centímetros más de lo debido.

Sonríe a la cámara

Mostraron una imagen en la que ochenta mujeres posaban al sol. Cuatro chicas se desmayaron por la mezcla de la excitación y del

calor. El resto de las mujeres se movieron ligeramente, pero no mucho, cuando las otras se desmayaron. Mantuvieron esa «sonrisa para la cámara» mientras la seguridad se llevaba a las mujeres desvanecidas. Parece que ser seductora incluye seguir sonriendo incluso cuando la gente colapsa a tu alrededor. Los que dirigían el concurso probablemente nunca pensaron en la posibilidad de posponer la sesión de fotos y darles un descanso a las chicas. El negocio, dicen, es el negocio, ya sea el negocio de las sonrisas o del dinero.

El concurso Miss Universo era universalmente estadounidense, hasta el punto de que incluso Miss Grecia no recibió hasta el último minuto permiso para entrar en el país. Para la policía de inmigración había una política que mantener y así lo hicieron hasta que su superior, el Sr. Dulles, dio el permiso para que Miss Grecia entrara en el país. Probablemente el Sr. Dulles había llegado a la conclusión de que un concurso de belleza no es subversivo ni comunista.

Todo el mundo era juez

Nadie toma muy en serio un concurso de belleza. El día después, todos mis conocidos se lo pasaron en grande juzgando a quién habrían elegido. Algunos pensaban que Miss Estados Unidos había sido elegida por una cuestión política. Algunos tenían sus propias favoritas. De hecho por la manera en la que se había diseñado el concurso no estaba pensado en absoluto como un evento internacional. Era más como una selección de ganadores en un partido.

Siempre que veo uno de estos concursos, me revuelve un poco el estómago el que se pueda juzgar a cualquier mujer, no por lo que haya logrado o por lo que es, sino por lo que parece, y solo por eso. A menudo me preguntaba cómo sería estar en un vestuario con ochenta mujeres entrenadas para posar, vestirse lo mejor posible y preocuparse por encima de todo de sus caras y sus cuerpos. Gastar tu juventud de esta manera me parece un enorme desperdicio de tiempo y de vida. Cuando las vi sonreír sin parar, no porque lo sintieran, sino porque era parte de su trabajo, la palabra sonrisa perdió su significado.

Y sin embargo puedo entender que las mujeres hagan esto para ser diferentes, para huir de una existencia rutinaria, para lograr un poco de excitación y tener algo que puedan recordar. Me apuesto lo que sea a que muchas mujeres querrían estar en su lugar justo por estas razones.

Industrias de mujeres

La mayor parte de los lugares en los que las mujeres pueden trabajar en Los Ángeles son pequeños negocios de radio y televisión. El trabajo suele consistir en complicados cableados y en soldar componentes. Algunas tareas necesitan lentes de aumento para ver lo que haces.

Como en cualquier otro lugar en Los Ángeles, hay gente de todas partes del país, personas del Medio Oeste y de las granjas sureñas, otras de las grandes ciudades. La edad de las mujeres varía, desde abuelas a chicas jóvenes que acaban de dejar la escuela y comienzan a trabajar en sus primeros empleos. Las mujeres pasean en grupos, se juntan por intereses similares durante los descansos y a la hora de comer. En la cadena de montaje en sí, la edad, la nacionalidad y el pasado no importan. Cuando por fin suena el timbre todo el mundo corre a fichar. Entran caminando, salen corriendo.

No se habla de política en la cadena de montaje

Nadie habla de política a no ser que haya sucedido algo inusual. Los diarios se debaten solo cuando hay un secuestro o un caso de divorcio de famosos o cuando en las noticias aparece algo que podría aparecer en el programa de *I love Lucy*.¹ Tienen la sensación de que realmente no hay nada que puedan hacer respecto a lo que hacen los políticos y, simplemente, te enfada pensar en ello. Y respecto a los sindicatos la actitud es la misma.

Sindicatos muertos

La mayor parte de estos sindicatos pertenecen al AFL-CIO.² Pero esto es algo que no sabes más que porque el sindicato se cobra las cuotas de tu cheque semanal. Cuando te contratan, el

¹ *I Love Lucy* [Te quiero, Lucy] fue una serie de televisión estadounidense que se emitió durante la década de los años cincuenta. Retrataba la vida cotidiana del matrimonio Lucy Ricardo y Ricky Ricardo. Fue la serie más vista en Estados Unidos durante cuatro temporadas consecutivas. [N. de la T.]

² American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations [Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales].

encargado de personal suele decirte casi con un tono disculpa que tienes que unirme al sindicato para poder obtener el trabajo. Nadie está realmente interesado en sindicarse por el simple hecho de estar sindicado.

Los representantes del sindicato son hombres en su mayoría aunque hay algunas delegadas mujeres. No hay mucha diferencia entre ellos. Cada par de meses, les ves pasearse por la planta, vestidos con su mejor ropa de los domingos, disfrutando su «tour». Comparado con la vitalidad y energía que muestran los trabajadores en cualquier otra cosa que no esté relacionada con el trabajo, sus «representantes» son como cadáveres envueltos en sus mejores galas.

Lo mismo, pero peor

En todas partes es lo mismo, pero en sitios como Los Ángeles es peor. Aquí los sindicatos llegaron importados del este. Las mujeres que ahora están trabajando no ayudaron a construirlos. Les llegaron ya contruidos. Y para cuando llegaron a ellas, todo aquello por lo que se había luchado en otro momento los sindicatos lo habían perdido.

Los chicos de paquetería o del depósito de herramientas se acuerdan de cómo eran los sindicatos cuando estos representaban algo. Siguen pensando en ellos como aquellos que honraban el nombre que tienen, unión [*union*],³ recuerdan lo que una vez significó y cómo luchó la gente para establecerlos. Siguen teniendo la esperanza de que de algún modo volverán a ser lo que eran.

Algunos dicen que los sindicatos son así porque hay demasiadas mujeres trabajando y que las mujeres no saben cómo mantenerse unidas. Esto no es verdad, así de simple. Si las mujeres pensasen que los sindicatos valen para algo, serían tan activas o más que los hombres, que de todas maneras tampoco es que se muestren muy activos. Para las mujeres la palabra «sindicato» es una palabra tan sucia como «política».

Muchas mujeres son nuevas en las plantas y también las plantas son nuevas para ellas. Pero han llegado para quedarse. Están

³ La palabra en inglés para «sindicato», *union*, proviene de su significado original «unión» [N. de la T].

libres del peso de la tradición. No existe el pasado, solo el presente. Juzgan a los sindicatos por lo que son hoy en día. Te unes como si te contratasen. Se pagan tus cuotas antes de que recibas tu cheque. Dejas de estar en el sindicato cuando dejas el trabajo o cuando te despiden. No es parte de ti. Pertenece al trabajo. Todo lo que las mujeres ven del sindicato es la diferencia entre lo que se supone que debería ser y lo que son en realidad.

La empresa gestiona el trabajo. Se equivocan con los pedidos, los planos vienen mezclados, el cable equivocado, la soldadura es la barata. Esto es lo que hace que un trabajo físicamente tan ligero se convierta en algo extenuante. No hay manera de que las mujeres puedan aportar lo que saben acerca de su trabajo para convertirse en una fuerza dentro de la fábrica y así poder cambiar la manera estúpida e inhumana en la que la empresa gestiona las cosas.

La necesidad de organización

Las mujeres quieren y tienen la necesidad de organizarse de alguna manera, pero no consideran que los sindicatos sean una opción. Si hay algo que hacer, lo gestionan entre ellas, en sus propias mesas y en sus propios grupos. Solo recuerdo una vez que se presentara una queja al sindicato y se hizo «simplemente para recordarles que aún estamos vivos». Hasta que las mujeres no vean que hay una posibilidad de organizarse en toda la planta de producción y obtener resultados con ello, seguirán limitándose a sus propios grupos, representándose ellas mismas todo lo que puedan. Obtienen mejores resultados si se ocupan de los problemas cotidianos dentro de la cadena misma de montaje que intentando mantener una tradición.

3. Aubrey Williams y Wilson Harris (1966)

DURANTE MIS CASI CINCO AÑOS en las Indias Occidentales (1958-1962), principalmente en Trinidad y Tobago (TyT), trabajé con C. L. R. James mientras que él editaba *The Nation*, el periódico quincenal del People's National Movement [Movimiento Nacional del Pueblo], el partido político que lideró el movimiento de independencia de TyT. Mi trabajo consistía, principalmente, en realizar tareas de secretaria del editor: gestionaba los contenidos publicitarios, algunas veces preparaba los discursos del primer ministro para su posterior publicación y editaba las cartas de los lectores.

Estas cartas eran el trabajo que más ponía a prueba mis habilidades y también el más satisfactorio. A menudo la gente escribía desde zonas rurales de las que yo nunca había oído hablar para exponer agravios y críticas. La mayor parte de las cartas habían sido escritas con lápices a los que hacía tiempo que no se les sacaba punta. Su inglés tampoco era el mío. Pero las cartas eran breves, y casi siempre decían algo valioso. Me tomó tiempo y esfuerzo comprender bien su significado y editarlas sin hacerles perder su esencia, que quedaran claras y a la vez preservasen su manera de escribir y su estilo. Fue una gran formación en edición.

No tengo acceso a las cartas o a los (pocos) artículos que escribí en aquella época. Pero hace algunos años leí un artículo sobre Aubrey Williams, un pintor de Guyana, atribuido a C. L. R., que yo recordaba haber escrito. C. L. R. había escrito unos cuantos artículos sobre las celebraciones a las que habíamos acudido en

honor a la independencia de Guyana en 1966. Yo estaba impresionada por la exhibición artística que la Conferencia Caribeña de Escritores y Artistas había organizado para celebrar la independencia y, cuando se lo dije a C. L. R., me pidió que informara de ello y que lo incorporara a uno de sus artículos.¹

En nuestra red política no era raro que se contribuyese así al trabajo del otro, y esta forma de colaborar es una herramienta que seguimos utilizando a día de hoy en la Campaña por un Salario Doméstico.

Tristemente este artículo es todo lo que me queda de mis notas en el Caribe.

Los muros de la sala de conferencias estaban decorados con cuadros guyaneses recolectados en menos de una hora por Donald Locke, también pintor. Los acababa de colgar, justo antes de que empezasen los actos, utilizando su ojo de pintor para calibrar rápida pero cuidadosamente el tamaño y el centro de cada panel. Era difícil decir si eran o no representativos de la pintura guyanesa. Pero lo que había podido recolectar en aquella hora era claramente diferente de todo lo que yo había visto en otras exhibiciones o colecciones de Trinidad y Jamaica.

Aquí no valían las críticas que se suelen lanzar contra la pintura de las Indias Occidentales, es decir, que los colores se aplican tal y como salen del tubo. Las obras de Aubrey Williams reflejaban los colores de la tierra y los de las cuentas de los abalorios, las plumas y otros objetos de los amerindios, cuidadosamente mezclados y contrastados. Mientras que en otras exhibiciones se podía ver la búsqueda de la abstracción, la imitación de estilos y de las convenciones utilizadas en el extranjero, estas abstracciones tenían raíces claras; en estas sabíamos que las figuras y las formas estaban en la cabeza del pintor antes de que este aplicase la pintura. Él mismo era un producto de la Guyana, de su inmenso transpaís y su población nativa.

¹ «Guayana Dreaming», extracto de «An Hour's Harvest of Unique Art», *Guayana Graphic*, 21 de junio de 1966.

Esta impresión se vio reforzada al día siguiente en el museo. Al lado de sus cuadros se habían colocado cuadros de Barbados y de Guyana, ambos realizados por guyaneses. El contraste era asombroso: Barbados con sus pequeñas casas amontonadas unas junto a otras; Guyana con su sabana abierta y sin una casa a la vista. Esta realidad de la vida guyanesa, tan diferente a la de las islas, encontraba su expresión y sobrepasaba el tema tratado en la pintura. Aubrey Williams y Donald Locke estaban preocupados por cómo el espacio confronta al artista: todo lo relacionado con la nada, cómo sumir el ojo del espectador en la vasta expansión atravesando los límites del bastidor de un simple cuadro.

La pintura mexicana ha sido la escuela más personal de pintura surgida del Nuevo Mundo. Basándose en su población nativa originaria, su cerámica, su color y sus formas, sus tejidos y sus obras, los pintores mexicanos incorporaron lo que querían del Nuevo Mundo y crearon su unicidad particular: sus azules y ocre, sus curvas y sus límites abruptos, la silueta mexicana y su movimiento. Es significativo que los pintores isleños, en su intento de retratar la épica de las Indias Occidentales, a veces se vean arrastrados a pintar la realidad de las Indias Occidentales con el lenguaje plástico de México. En esta exposición podíamos ver cómo la Guyana continental descubría su propio lenguaje artístico, y cómo este emanaba de su tierra nativa y de sus gentes.

Una vez que has visto estos cuadros, el novelista Wilson Harris deja de ser un extraño. Harris surgió de esta tierra «ignota» y de la necesidad de deshacerse de la rutina, de lo familiar, lo seguro, con la que la urbanización del territorio ahogaba a su gente. Harris penetra en el terror del transpaís desconocido. Es en esta mezcla en la que tanto el pintor como el novelista se zambullen en su búsqueda de la realidad guyanesa.

4. Las mujeres contra la Ley de Relaciones Laborales (1971)

OCTAVILLA DEL GRUPO de Notting Hill, Women's Liberation Workshop. Fue reeditada en la revista *Shrew* en septiembre de 1971.

Esto es un ataque contra toda la clase trabajadora, y eso incluye a las mujeres. Sin embargo no hay que olvidar que, en la industria, las mujeres apenas tienen representación en los talleres. Siempre han sido ignoradas por esos hombres que se llaman a sí mismos militantes. Ahora que todos estamos bajo un mismo ataque, estos hombres esperan que nos unamos en la defensa de nuestra clase. Y nos uniremos. La pregunta es: ¿se van a unir ellos a nosotras? Cuando se ataca a las mujeres, toda la clase obrera es atacada. Cuando las mujeres se ven obligadas a aceptar salarios bajos, esto también supone una amenaza para los aumentos salariales que han logrado los hombres mediante la lucha.

Si el salario del hombre no llega para alimentar la familia, la primera en sufrir es la mujer.

Es la primera que se priva de todo para dárselo a su familia, ya sea comida, ya sea atención médica.

Es la única que no tiene más opción que trabajar en casa sin remuneración, y que además tampoco tiene más opción que trabajar en fábricas y oficinas por salarios de miseria.

Esta ley es la punta de lanza de un ataque contra la clase trabajadora. El siguiente paso es enviarnos al paro. Ya han comenzado a despedirnos. Nos dicen que las mujeres no «necesitan» trabajar.

Primero, esta es su excusa para ofrecer a las mujeres solo los empleos peor pagados. Y como se nos discrimina, no tenemos otra opción que aceptar.

Segundo, lo que ellos consideran que «necesitamos» no da más que para sobrevivir. Las mujeres han empezado a trabajar fuera durante los últimos años para cubrir lo que nuestros gobernantes llaman «extras», para poder llevar a casa algunas de las comodidades QUE SON UN DERECHO DE TODO EL MUNDO. Pero, a pesar de eso, debido a la inflación, nos hemos visto obligadas a permanecer dentro de la industria para poder cubrir las necesidades básicas para la supervivencia de la familia.

Tercero, millones de mujeres están hartas del aislamiento y el aburrimiento de su trabajo no remunerado en casa. NECESITAMOS desarrollarnos y vivir una existencia social. NECESITAMOS liberarnos de nuestra dependencia económica de los hombres. Pero nuestra única vía de salida ha acabado llevándonos a estar más explotadas que los hombres en las fábricas o a ser utilizadas, como si de un harén se tratase, en las secciones de tipografía. Las mujeres negras, en particular, se ven confinadas en los empleos peor remunerados y, para nosotras, el trabajo de cuidados es de las pocas alternativas al trabajo de la fábrica. Una vez que la Immigration Bill [Proyecto para la Ley de Inmigración] se convierta en ley, cualquier lucha que desarrollemos se hará bajo la amenaza de deportación. Sea cual sea el trabajo que la mujer haga fuera de casa, cuando regresa a ella le sigue esperando otra jornada laboral.

A menudo hemos tenido que librar solas nuestra lucha por la igualdad salarial. Por ello, el gobierno fue capaz de aprobar un ley que nos da el mismo salario (si lo hace) solo bajo la condición de que estemos a disposición de la industria día y noche. Si los hombres nos hubiesen apoyado esto nunca hubiera pasado. Ahora, si queremos trabajar, tenemos que abandonar a nuestros hijos.

Solo podemos derrotar la Ley de Relaciones Laborales si nos unimos como una sola fuerza. La única base para la unidad es que las necesidades de cada sección de la clase obrera sean respetadas y se luche por todas ellas. Las derrotas de las mujeres han sido derrotas de toda la clase obrera. HA LLEGADO EL MOMENTO DE QUE LOS HOMBRES SE DEN CUENTA DE QUE A NO SER QUE APOYEN NUESTRA LUCHA POR LA LIBERACIÓN, JAMÁS SERÁN LIBRES.

Queremos que por primera vez los hombres compartan la crianza de nuestros hijos. Por ello exigimos UNA SEMANA LABORAL MÁS CORTA PARA TODOS. Y así no se tendrá que despedir a nadie.

LAS MUJERES DEBEN DEJAR DE ESPERAR QUE LOS SINDICATOS O CUALQUIER OTRA PERSONA LIBRE SU LUCHA. Debemos organizarnos en la comunidad, en la fábrica, en el hospital, en la oficina... allá donde estemos.

NUESTRA LUCHA NO ES SOLO CONTRA ESTA LEY, VA MÁS ALLÁ, ES CONTRA TODA LA ESTRUCTURA DE ESTA SOCIEDAD.

5. El poder de la mujer y la subversión de la comunidad (1972)

EN EL VERANO DE 1970, Mariarosa Dalla Costa, a la que acababa de conocer, fue mi invitada en Londres durante unas vacaciones de su trabajo en la Universidad de Padua, Italia. Nos hicimos buenas amigas. El verano siguiente la visité en Padua. Me preguntó acerca de mi feminismo, a sabiendas de que cualquiera que fuese mi respuesta estaría modelada por el marxismo que compartíamos.

Le expliqué que la debilidad básica de las mujeres era el trabajo doméstico no remunerado que se nos había asignado (menos mistificado en aquellos momentos en los que había menos mujeres que trabajaban fuera de la casa y el papel del ama de casa no se veía oculto tras un segundo empleo); este trabajo produce toda la mano de obra del capital y ni siquiera era considerado como un trabajo. Discutimos en profundidad respecto a cómo esto perpetuaba la dependencia económica de las mujeres, nuestra pobreza, etc.

Dos o tres días después, acudimos juntas a un encuentro que ella había organizado con mujeres de izquierdas, en el que presentó un documento que había escrito casi por completo durante la noche, inspirado más que basado en nuestra larga conversación. Tuve que esperar a la traducción para entender lo que había contado, aprendí «italiano político» durante el proceso de mejora de la burda traducción y comencé a darle forma para su publicación.

Un accidente de coche me condenó a tres meses en muletas, pero me salvó de tener que hacer transcripciones (que es como pagaba el alquiler). ¡Tenía tiempo! Dalla Costa se me unió en Londres y trabajamos juntas en el manuscrito, comenzando la tarea en mi habitación del hospital, en la que reescribimos gran parte del mismo. Antes de que se fuese de Londres le dije que firmara con su nombre «Las mujeres y la subversión de la comunidad» — la pieza que habíamos escrito juntas— para que pudiese usarla como arma contra el sexismo que también ella sufría.

Tras una revisión más profunda del manuscrito regresé a Italia en muletas y terminamos juntas el libro. Por sugerencia suya se añadió mi panfleto «El lugar de la mujer» y, en octubre de 1972, Falling Press (Bristol, Inglaterra) publicó *The Power of Women and the Subversion of the Community* y, casi al mismo tiempo, se publicó también en italiano de la mano de Marsilio Editori (Padua) [con el título de *Potere femminile e sovversione sociale*].¹

Aunque todo el libro está articulado en torno a la lucha por la consecución de un salario para el trabajo doméstico, al principio lo nombrábamos como un salario para las amas de casa [*for housewives*]. Ninguna de las dos estábamos totalmente seguras de esta demanda. Pero cuando en marzo de 1972 acuñé el término salario para el trabajo doméstico [*for housework*], Dalla Costa me llamó desde Padua para expresarme su alegría y la del resto de las mujeres por dicho término.

En 1974 Dalla Costa escribió en un diario italiano que yo era la coautora de «La mujer y la subversión...» y en el prólogo a la 3ª edición en inglés, firmada por nuestras respectivas organizaciones (reproducido más abajo), se reafirmaba la autoría conjunta.²

¹ La primera edición en español fue *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1975. [N. de la T.]

² «Selma James, que ya en los años cincuenta era ama de casa y trabajaba como obrera en una fábrica de componentes electrónicos en Estados Unidos, es coautora de ese documento, no solo de “El lugar de la mujer”, capítulo firmado directamente por ella, sino también de la sección titulada “La mujer y la subversión de la comunidad”. Este último ensayo es un trabajo que profundiza, enriquecido por la lectura de Marx, el documento que Selma ya había escrito en los años cincuenta convirtiéndose ella misma en “un vehículo para expresar lo que sentían y sabían las mujeres, las amas de casa y trabajadoras fabriles”. Y que ella misma, obviamente, también conocía y sentía». Mariarosa Dalla Costa, «Non “cosa scegliere” ma “come combatter”» [No hay «nada que elegir» excepto

El libro fue el pistoletazo de salida para el «debate acerca del trabajo doméstico». Puesto que originalmente solo Dalla Costa había firmado la pieza central, el libro se identificó con ella, y aquellos que en Reino Unido eran hostiles al salario para el trabajo doméstico lo utilizaron para rechazar la conexión entre mi trabajo como activista y *El poder de las mujeres* como base teórica. En esta época esto nos ocasionó un montón de problemas y trabajo.

Dalla Costa y yo trabajamos superando las fronteras nacionales hasta 1977. Aquel año se produjo una ruptura política en nuestra red internacional y separamos serenamente nuestros caminos.

Mientras preparaba un extracto de *El poder de las mujeres* para esta antología, me di cuenta de que no era fácil distinguir que, bajo la misma portada, había distintas orientaciones (algo de lo que yo era consciente desde hacía tiempo). Para este texto he extraído párrafos que considero claves del mismo, y sobre los que se ha cimentado la Campaña Internacional por un Salario para el Trabajo Doméstico.

Prefacio a la 3ª edición, 1975

Cuando hace tres años se publicó por primera vez este libro, ya estaba claro que el movimiento internacional de mujeres había puesto patas arriba los cimientos en los que se apoya esta sociedad. Al confrontar lo que pasaba en las familias y en la calle, nos habíamos visto forzadas a enfrentar también lo que sucedía en

«cómo luchar»], *Il Giorno*, 5 de febrero de 1974. Desafortunadamente ninguna de las ediciones italianas ha reflejado esta autoría conjunta. La edición italiana difiere de la inglesa en otros aspectos. Es más académica (el título es *Potere femminile e sovversione sociale*) y la introducción italiana de Dalla Costa utiliza parte de mi introducción a la edición inglesa sin atribuirme la autoría. La traducción alemana tuvo la osadía de aconsejar a los lectores que estudiaran la autonomía italiana para lograr una mejor comprensión de nuestro análisis (cuando de hecho la obra estaba, al menos en parte, dirigida contra una autonomía política dominada por los hombres). Dalla Costa no formaba parte de esa izquierda cuando escribimos este libro, y yo provengo de una tradición bastante diferente que comenzó con las luchas autónomas de las personas negras y de las mujeres en Estados Unidos.

las fábricas, la oficina, el hospital, la escuela. En todas y cada una de las instituciones de la sociedad capitalista.

Este libro ofreció al movimiento de mujeres un análisis integrador, inspirándose en las descripciones hechas por el movimiento de nuestros diferentes problemas. Proporcionó una base material para la «sororidad». Esta base material era la actividad social, el *trabajo*, y la sumisión al mismo, para el que se había esculpido la personalidad femenina. Este trabajo era el trabajo doméstico.

Al señalar el trabajo del ama de casa como algo para lo que se entrena a las mujeres y por el que se define a las mujeres, al identificar el producto de su trabajo como mano de obra —la clase obrera—, este libro se alejó de todos los análisis previos de la sociedad capitalista que empezaban y acababan en la fábrica, que empezaban y acababan con los hombres. Nuestro aislamiento en la familia, que es donde realizamos nuestro trabajo, ocultaba su naturaleza social. El hecho de que no proporcionara salario alguno obviaba que era un trabajo. Servir a los hombres y a los niños en un aislamiento no remunerado ocultaba que servíamos al capital. Ahora sabemos que no solo somos indispensables para la producción capitalista en aquellos países en los que representamos el 45 % de la mano de obra asalariada. *Siempre* fuimos su mano de obra indispensable, en la casa, limpiando, lavando y planchando; produciendo, disciplinando y criando bebés; sirviendo a los hombres física, sexual y emocionalmente.

Si nuestro trabajo no asalariado es la base de nuestra falta de poder en la relación tanto con los hombres como con el capital, tal y como este libro y nuestra experiencia diaria confirman, el salario por ese trabajo, que nos permitiría poder rechazar esa tarea, debe ser nuestra herramienta para equilibrar el poder. Si nuestra necesidad de un salario y nuestra necesidad de romper nuestro aislamiento nos han empujado a un *segundo* empleo fuera de casa, entonces nuestra alternativa al aislamiento y por la remuneración debe convertirse en *una lucha social por el salario*.

Esta perspectiva y su práctica derivan directamente del análisis teórico de este libro. Pero incluso cuando las autoras comprendieron que los salarios para el trabajo doméstico eran la perspectiva de acción que debían adoptar, y que emanaba lógicamente a partir de su análisis, no podían saber cuál sería el

alcance de las implicaciones de la misma. El libro ha supuesto el punto de partida no de una «escuela de pensamiento», sino de una red internacional de organizaciones que hacen campaña por salarios para el trabajo doméstico.

Algunos de los que se han mostrado en desacuerdo con el análisis, y con la perspectiva de salarios para el trabajo doméstico que emana de dicho análisis, han afirmado que este enfoque puede aplicarse a Italia, pero no a Gran Bretaña o a Estados Unidos. El hecho de que una mujer italiana, Mariarosa Dalla Costa, firmase el artículo principal era para ellos una prueba de las limitaciones geográficas de esta propuesta. De hecho, Dalla Costa y Selma James escribieron juntas «Las mujeres y la subversión de la comunidad», tal y como la misma Dalla Costa ha señalado públicamente muchas veces, pero la prueba de las implicaciones internacionales del análisis no reside en los orígenes internacionales de sus autoras, sino en la Campaña Internacional por Salarios para el Trabajo Doméstico que ya ha empezado a caminar.

Power of Women Collective, Gran Bretaña
[Colectivo Poder Femenino, Gran Bretaña]

Comitato per il Salario al Lavoro Domestico di Padova
[Comité de Padua de la Campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico]

Introducción a *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*

«Las mujeres y la subversión de la comunidad» es una contribución a la cuestión planteada por la existencia de un creciente movimiento internacional de mujeres: ¿cuál es la relación de las mujeres con el capital y qué tipo de lucha podemos librar de manera efectiva para destruirlo? Vamos a señalar rápidamente que esto no es lo mismo que preguntar «¿qué concesiones podemos obtener del enemigo?», aunque sí está relacionado. Plantear la primera cuestión es asumir que ganaremos; plantear la segunda es calcular qué es lo que podemos salvar del hundimiento en la derrota. Pero cuando se lucha por la *victoria* se puede lograr mucho por el camino.

Hasta ahora, el movimiento de mujeres ha tenido que definirse por sí mismo, dado que la crítica marxista respecto a las relaciones de la mujer con el plan capitalista de desarrollo y subdesarrollo no había dejado ninguna herencia que pudiera ayudar. Más bien al contrario, heredamos un concepto distorsionado y reformista del capital mismo como una serie de *cosas* que nos esforzamos por planear, controlar o gestionar, más que como una *relación social* que luchamos por destruir.³ Superando dicha herencia, o la falta de ella, nuestro movimiento exploró la experiencia femenina, comenzando por lo que conocíamos personalmente. De esta manera hemos sido capaces de describir, por primera vez a gran escala, con conocimiento profundo y afilada precisión, la degradación de la mujer y las fuerzas que tienen como objetivo que aceptemos esta degradación, que aceptemos estar quietas y ser víctimas indefensas. Sobre la base de estos descubrimientos, han surgido dos tendencias políticas diferentes, extremos aparentemente opuestos del espectro político existente dentro del movimiento de mujeres.

Entre aquellas que han insistido en que lo fundamental era la *casta* y no la *clase*, algunas mujeres han afirmado que ni la lucha política ni lo que ellas llaman un «análisis económico» podía abarcar ni acabar con la opresión física y psicológica de las mujeres. Rechazan la lucha política revolucionaria. Dicen que el capital es inmoral, necesita reformas y debería dejarse atrás (implicando con ello que las reformas son una obligación moral y que dichas reformas son una transición negociada, y por encima

³ «En primer lugar, Wakefield descubre en las colonias que no basta que una persona posea dinero, medios de vida, máquinas y otros medios de producción para que se le pueda considerar como capitalista, si le falta el complemento: el obrero asalariado, el otro hombre obligado a venderse voluntariamente... y descubre que el *capital no es una cosa sino una relación social* entre personas a las que sirven de vehículo las cosas. Peel —clama ante nosotros Wakefield— transportó de Inglaterra a Swan River, en Nueva Holanda, medios de vida y de producción por valor de 50.000 libras esterlinas. Fue lo suficientemente previsor para transportar además 3000 individuos de clase trabajadora, hombres, mujeres y niños. Pero, apenas llegó la expedición al lugar de destino, “Peel se quedó sin un criado para hacerle la cama y subirle agua del río”. ¡Pobre Mr. Peel! Lo había previsto todo, menos la exportación al Swan River de las condiciones de producción imperantes en Inglaterra». Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Moscú, 1958, p. 766 (énfasis nuestro) [ed. cast: *El capital*, vol. 1, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 651].

de todo no violenta, al «socialismo»), pero que este no es el único enemigo. Antes debemos transformar a los hombres y/o a nosotras. De esta manera no solo se rechaza la lucha política, sino también la liberación de las masas de mujeres que están demasiado ocupadas trabajando y cuidando a otros como para buscar una solución personal.

Las posibles direcciones que pueda tomar en el futuro esta política varían, principalmente, porque este punto de vista adopta un numero variado de formas dependiendo del estatus de las mujeres que lo defienden. Una élite que se forme como grupo puede mantenerse introvertida y aislada, inocua excepto por el hecho de que desacredita en general al movimiento. O puede ser fuente del tipo de gestoras que la clase gobernante quiere que existan en cada sector para que estas ejerzan su poder sobre las mujeres rebeldes y, Dios bendiga la igualdad, también sobre los hombres rebeldes.⁴ Intrínseca, de hecho, a esta participación en ámbitos marginales del poder está la ambición y rivalidad que hasta ahora se identificaba principalmente como característico de los hombres.

La historia, pasada y futura, no es simple. Debemos señalar que algunos de los descubrimientos más incisivos del movimiento, su autonomía de hecho, han surgido de mujeres que comenzaron rechazando la clase y la lucha de clases. Ahora la tarea del movimiento es desarrollar una estrategia política sobre los cimientos de estos descubrimientos y con base en esta autonomía.

La mayor parte de aquellas que han insistido desde el principio en que lo fundamental es la *clase* y no la casta han sido menos capaces de traducir nuestra visión psicológica en acción política autónoma y revolucionaria. Comenzando por una definición masculina de la clase, la liberación de las mujeres se reduce a un mismo salario y a un Estado del bienestar más «justo» y más eficiente.⁵ Para estas mujeres, el principal enemigo es el capital

⁴ El *Financial Times* del 9 de marzo de 1971 sugiere que muchos capitalistas están perdiendo la oportunidad de «usar» a las mujeres en posiciones intermedias de gestión y dirección; al convertirlas en «rebeldes agradecidas», las mujeres no solo provocarían la rebaja de la estructura salarial «al menos en la primera etapa» sino además serían «una fuente de energía y vitalidad renovada» con la que manejaríamos al resto de nosotras.

⁵ Si esto parece una afirmación exagerada, no hay más que mirar las demandas por las que nosotras mismas nos manifestamos en Inglaterra en 1971: mismo salario, cuidado infantil gratuito 24 horas al día, igualdad de oportunidades educativas

pero porque es *retrogrado* y no porque *existe*. Su objetivo no es destruir la relación social capitalista sino organizarla de una manera más racional (la izquierda extraparlamentaria en Italia llamaría a esto «socialista» para diferenciarlo de un posicionamiento revolucionario). Lo que un capital racionalizado —igual salario, más y mejores guarderías, más y mejores trabajos, etc.— no puede incluir, lo llaman «opresión» y consideran que, como Topsy, la niña esclava huérfana que nunca conoció a sus padres, «simplemente crece». La opresión desconectada de las relaciones materiales es un problema de «conciencia», en este caso, una psicología disfrazada de jerga política. Y así el «análisis de clase» ha sido utilizado para limitar el alcance y la amplitud del ataque del movimiento e incluso minar la autonomía de este.

La naturaleza liberal esencialmente similar de estas dos tendencias, que esperan gestionar racionalmente la «sociedad» para eliminar la «opresión», no suele estar muy clara hasta que vemos a estas mujeres «políticas» y a las mujeres «no politizadas» unirse en demandas concretas o, más a menudo, en contra de las acciones revolucionarias. La mayor parte las que estamos en el movimiento no pertenecemos a ninguna de estas dos tendencias y nos ha sido muy complicado trazar nuestro rumbo entre ellas. Ambas nos preguntan: «¿Eres feminista o estás “politizada”?».

Las mujeres «políticas» que hablan de clase son fáciles de identificar. Son mujeres liberales cuya lealtad primera es con sus organizaciones de la izquierda dominadas por hombres y no con el movimiento de mujeres. Cuando la estrategia y la acción tienen un origen externo a las mujeres, la lucha de las mujeres se mide en función del efecto que tendrá en los hombres, en sus propias palabras en «los trabajadores», así mismo la conciencia de las mujeres

y control reproductivo e interrupción voluntaria del embarazo. Incorporadas a una lucha más amplia, algunas de estas demandas son vitales. Presentadas de esta manera buscan que no tengamos los hijos que no podemos permitirnos; que las instituciones estatales cuiden de los niños que podemos permitirnos hasta 24 horas al día; y que estos niños tengan las mismas oportunidades para ser condicionados y entrenados para competir entre ellos en el mercado laboral por un salario igual. Por sí solas estas demandas no son asimilables a nuestra lucha. Son pura planificación capitalista. La mayoría de las que de nosotras formamos parte del movimiento nunca sentimos que estas demandas expresaran la dirección que queríamos que tomase el movimiento, pero en ausencia de un marco político feminista independiente perdimos por omisión. Las principales arquitectas de esas demandas eran mujeres que tenían un «análisis de clase».

se valora en función de si las formas de lucha que adoptan son formas utilizadas tradicionalmente por los hombres.

Las mujeres «políticas» consideran que el resto no lo somos y esto hace que nos hayamos agrupado como si fuésemos un conjunto que busca autoprotección, obscureciendo o rebajando las auténticas diferencias políticas entre nosotras. Las mismas diferencias que ahora comienzan a sentirse. Grupos que se autodenominan Psychology Groups (no hablamos aquí de los grupos de autoconciencia feminista) tienden a expresar más coherentemente las políticas de la casta.⁶ Pero provengan del círculo que provengan, considerar a las mujeres como nada más que una casta es una línea política distinta, que encuentra de manera creciente una expresión política y organizativa en todos los debates en los que se discute qué es lo que tenemos que hacer. En el periodo de intensa actividad de la clase trabajadora que se nos viene encima, y a medida que nos vemos obligadas a crear un marco político propio, dejando a un lado teorías de segunda mano que provienen de los movimiento socialistas dominados por los hombres, tendremos que enfrentarnos y rechazar la preeminencia de la casta, que será lo presentado como alternativa. Solo sobre esta base pueden encontrar su idioma y músculos propios las nuevas políticas inherentes a la autonomía.

⁶ La psicología es, *por naturaleza*, una de las principales herramientas de manipulación (como, por ejemplo, el control social) de los hombres, mujeres y niños. No adquiere ninguna naturaleza diferente cuando son mujeres quienes la utilizan en un movimiento de liberación. Más bien al contrario, manipula, hasta donde le dejemos hacerlo, el movimiento y transforma la naturaleza de aquello que le va bien a sus necesidades. Y no es solo la psicología. «La liberación de las mujeres necesita: 1) destruir la sociología, en tanto ideología de los servicios sociales, que se basa en la proposición de que esta sociedad es «la norma» y la persona que se rebela es por lo tanto una desviada. 2) Destruir la psicología y la psiquiatría que emplean su tiempo en convencernos de que nuestros «problemas» son complejos personales y que debemos ajustarnos a este mundo lunático. Estas autodenominadas «disciplinas» y «ciencias» incorporarán cada vez más nuestras demandas para así resultar más eficientes a la hora de redirigir nuestras fuerzas en canales seguros y bajo su dirección. A no ser que lidieemos con ellas, ellas lo harán con nosotras. 3) Desacreditar de una vez por todas a todos los trabajadores sociales, educadores progresistas, consejeros matrimoniales y todo el ejército de expertos cuya función es mantener a hombres, mujeres y niños funcionando dentro del marco social, cada una con su propia marca de lobotomía social». Véase Selma James, «The American Family: Decay and Rebirth», reeditado en Edith Hoshino Altbach (comp.), *From Feminism to Liberation*, Cambridge (MA), Schenkman, 1971, pp. 197, 198.

Este tipo de desarrollo no es exclusivo del movimiento de mujeres. El movimiento negro en Estados Unidos (y en el resto de lugares) también comenzó adoptando lo que parecía no ser más que una posición de casta en oposición al racismo de los grupos dominados por hombres blancos. Malcom X, aquel gran revolucionario, y los intelectuales de Harlem eran todos nacionalistas, todos parecían situar el color sobre la clase en un momento en el que la izquierda blanca aún cantaba variaciones de «Black and white unite and fight» [Negros y blancos, uníos y luchad] o «Negroes and Labor must join together» [Los negros y el movimiento obrero deben estar juntos]. La clase trabajadora negra fue capaz de *redefinir la clase* mediante este nacionalismo: negro y obrero eran sinónimos de una manera abrumadora (y en ningún otro grupo de trabajadores se asumía esta correlación, excepto, tal vez, las mujeres), las demandas de las personas negras y las formas de lucha creadas por la gente negra fueron las exigencias más comprensivas de la *clase obrera*, así como la lucha *obrero* más avanzada. Esta lucha fue capaz de atraer a los mejores elementos entre los intelectuales, quienes vieron que su propia persecución como personas negras — como casta — provenía de la explotación de los trabajadores negros. Los intelectuales que se quedaron atrapados en el *momentum* del nacionalismo, una vez que la clase lo hubo superado, comenzaron a ver la raza en términos cada vez más individuales y a partir de ahí construyeron un pequeño estanque en el que el Departamento de Estado podía pescar los peces en la batalla por el simbolismo — como designar un negro como consejero presidencial especial para, por ejemplo, la limpieza de zonas urbanas degradadas — y alimentar la plantilla de una nueva y más integrada tecnocracia.

Del mismo modo, las mujeres para las que la casta supone el principal problema o se desplazan a un feminismo revolucionario basado en una redefinición de la clase o promoverán la integración en las estructuras de poder masculino blanco.

Pero las «mujeres marxistas», tal y como dice una mujer del movimiento de Nueva Orleans, «no son más que hombres marxistas que se hacen pasar por mujeres». La lucha, tal y como ellos la ven, no es cualitativamente diferente de la que el movimiento de trabajadores organizado *bajo dirección masculina* ha encomendado siempre a las mujeres, excepto que ahora, como un apéndice de la «lucha conjunta», aparece algo llamado «liberación de la mujeres» o «lucha de las mujeres» a la que las mismas mujeres dan voz.

Entiendo que esta «lucha conjunta» es la lucha de clases. Pero no hay nada en el capitalismo que no sea capitalista, es decir, que no sea parte de la lucha de clases. Las cuestiones son: a) las mujeres, excepto cuando son trabajadoras asalariadas, ¿son algo adyacente al capitalismo (tal y como se ha asumido) y en consecuencia adyacentes a una lucha más básica y más general contra el capitalismo?; y b) ¿cómo ha podido entonces llegar a ser una «lucha conjunta» cuando durante tanto tiempo ha excluido a tantas mujeres?

Al rechazar por una parte la clase como algo subordinado al feminismo y por otra el feminismo como subordinado a la clase, confrontamos lo que (para vergüenza nuestra) se ha hecho pasar como marxismo en relación con la experiencia femenina que hemos estado explorando y luchando por articular. El resultado ha sido la traducción de nuestros enfoques psicológicos a una crítica de la economía política de la explotación de las mujeres, la base teórica para una lucha revolucionaria y autónoma de las mujeres. Basándonos en que sabemos *cómo* somos degradadas, hemos pasado a la cuestión de *por qué* con una profundidad que no se había alcanzado nunca antes, hasta donde yo sé.

Uno de los grandes logros de Marx fue demostrar que lo que distingue unas sociedades de otras son las relaciones sociales específicas creadas entre las personas en el punto de producción de las necesidades de la vida, relaciones que surgen sin que haya habido una planificación constante, «a espaldas de la *gente*» (*Menschen*, traducido previamente como *hombres*). Esto es, en la sociedad de clases, la forma que adoptan las relaciones entre las personas mediante las que la clase dirigente roba a los explotados su trabajo es característica, propia, en cada época histórica, y todo el resto de relaciones sociales en la sociedad, comenzando por la familia e incluyendo todo el resto de instituciones, reflejan dicha forma.

Para Marx la historia era el proceso de lucha de los explotados, quienes provocan continuamente ya sea a lo largo de largos periodos, o en repentinos saltos revolucionarios, cambios en las relaciones sociales básicas y en todas las instituciones en las que se basan dichas relaciones y de las que son expresión. Por ello, la familia era la unidad básica biológica cuya forma se diferenciaba en función de la sociedad de la que se tratase, ligada directamente con el modelo productivo de los pueblos. Según él, la familia,

antes incluso del surgimiento de la sociedad de clases, pivotaba sobre la subordinación de la mujer; la misma sociedad de clases era una extensión de las relaciones entre los hombres por una parte y las mujeres y los niños por otra, o lo que es lo mismo, una extensión del poder del hombre sobre el trabajo de su mujer y sus hijos.

El movimiento de mujeres ha profundizado con detalle en la familia capitalista. Tras describir cómo las mujeres están condicionadas para subordinarse a los hombres, ha descrito la familia como la institución en la que los jóvenes son reprimidos desde el nacimiento para aceptar la disciplina de las relaciones capitalistas y que, en términos marxistas, comienza con la disciplina del trabajo capitalista. Otras mujeres han identificado la familia como el centro de consumo, y otras han demostrado que las amas de casa constituyen una reserva de mano de obra oculta: las mujeres «desempleadas» *trabajan* tras las puertas cerradas de la casa, solo para ser reclutadas cuando el capital las necesita en otro lado.

«Las mujeres y la subversión de la comunidad» afirma todo lo ya antes dicho, solo que sitúa la base en un lugar diferente: es cierto que en el capitalismo la familia es un centro de condicionamiento, de consumo y de reserva de mano de obra, pero esencialmente es un centro de *producción social*. Cuando los autodenominados marxistas decían que la familia no producía para el capitalismo, que no formaba parte de la producción social, lo que venía a continuación era su repudio del potencial del *poder social* de las mujeres.⁷ O más bien, presuponían que las mujeres que estaban en casa no podían tener poder social, eran incapaces de ver que las mujeres producían dentro de la casa. Si tu producción

⁷ El mismo Marx no parece haberlo dicho en ningún lugar. Y la explicación de esto necesitaría mucho más espacio del que tenemos aquí y una lectura más profunda de sus textos a expensas de sus intérpretes. Suficiente decir que, primero, ya fue excepcional que considerase el consumo personal como una fase de la producción: «Es producción y reproducción del medio de producción indispensable para el capitalista, del propio obrero» (*El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 481). Segundo, él nos ha proporcionado las herramientas para hacer nuestro propio análisis. Y finalmente, nunca fue culpable del sinsentido que Engels, pese a sus muchas contribuciones, nos endosó y por el cual gobiernos revolucionarios, desde los bolcheviques a Castro, han atribuido una autoridad «marxista» a políticas retrógradas y a menudo reaccionarias contra las mujeres.

es vital para el capitalismo, el rechazo a producir, el rechazo a *trabajar*, es un nivelador básico del poder social.

El análisis de Marx de la producción capitalista no era una simple reflexión respecto al modelo que utiliza la sociedad para «controlar». Fue una herramienta para encontrar la manera de derribarlo, para hallar cuáles eran las fuerzas sociales que, explotadas por el capital, eran subversivas al mismo. Y fue porque buscaba qué fuerzas podrían inevitablemente derrotar al capital que pudo describir las relaciones sociales del capital, preñadas en sí mismas de la subversión de la clase obrera. Fue porque nosotros buscábamos el nivelador que las mujeres necesitaban para equilibrar el poder social y lo buscábamos entre las fuerzas subversivas al capital, que fuimos capaces de sacar a la luz el hecho de que incluso cuando las mujeres no trabajan fuera de sus casas siguen siendo productoras esenciales.

Las mercancía que producen, a diferencia de otras mercancías, es única en el capitalismo: es el ser humano vivo, «el propio obrero».

El modo particular del capitalismo de robar trabajo es pagar al trabajador un salario suficiente para que pueda vivir (más o menos) y reproducir otros trabajadores. Pero el trabajador debe producir más en mercancías de lo que vale su salario. La acumulación de plusvalía no remunerada es la razón de ser del capitalista y lo que le proporciona un poder cada vez mayor y sobre cada vez más trabajadores: paga por parte del trabajo para obtener el resto gratis y así puede exigir más y más trabajo e incluso gratuitamente lograr más, *ad infinitum*, hasta que le paremos. Compra con salarios el derecho a utilizar la única «cosa» que el trabajador tiene para ofrecer, su habilidad para trabajar, de él o de ella. La relación social específica, la principal, por ello, es la relación salarial. Y esta relación salarial no puede existir más que cuando la capacidad de trabajar se convierte en una mercancía vendible. Marx llama a esta mercancía *fuerza de trabajo*.

Es una mercancía extraña en cuanto que no es una cosa. La capacidad para trabajar solo existe en el ser humano y su propia vida se ve consumida en el proceso de producción. Primero debe pasar nueve meses en el vientre, debe ser alimentado, vestido y formado; y cuando funciona y trabaja, se le debe hacer la cama, barrer el suelo, prepararle el almuerzo para el día siguiente, su

sexualidad si no satisfecha al menos sí calmada, su cena lista cuando llega a casa, incluso si es a las ocho de la mañana porque llega del turno de noche. Esta es la manera en la que la mano de obra se produce y es reproducida tras el consumo diario de la misma ya sea en la fábrica o en la oficina. *Describir esta producción y reproducción básicas es describir el trabajo de las mujeres.*

Por ello la comunidad no es un área de libertad y placer auxiliar a la fábrica, donde por casualidad están las mujeres que han sido degradadas al estatus de siervas personales de los hombres. La comunidad es la otra mitad de la organización capitalista, el otro área de explotación capitalista escondida, *el otro origen, escondido, de plusvalía*.⁸ Cada vez más regimentada como una fábrica

⁸ Señalé antes que «Las mujeres y la subversión de la comunidad» se mueve dentro de la cuestión de por qué las mujeres son degradadas «con una profundidad que no se había alcanzado antes». Tres intentos anteriores sobresalen (y todos ellos pueden encontrarse en *From Feminism to Liberation*). «The Political Economy of Women's Liberation» de Margaret Benston intenta dar respuesta a esta misma cuestión. Pero yerra, según mi punto de vista, porque se basa no en Marx sino en Ernst Mandel. Incluso los pocos párrafos de Mandel que Benston cita son suficientes para exponer las bases teóricas de un moderno liberalismo trotskista. Aquí debemos limitarnos a lo que dice acerca del trabajo de las mujeres dentro de la casa y que Benston acepta como válidos: «En la sociedad capitalista el segundo grupo de productos que no son mercancías y que siguen siendo considerados como simple valores de uso es todo aquello producido en el hogar. Pese al hecho de que este tipo de producción doméstica requiere de una considerable cantidad de trabajo humano, se mantiene como una producción de valores de uso y no de mercancías. Es producción cada vez que se cocina una sopa, o se cose un botón en un traje, solo que no es una producción para el mercado». Esto es un extracto de *An Introduction to Marxist Economic Theory*, Nueva York, Merit, 1967, pp. 10- 11. Incluso el título deja entrever la falsedad del contenido: no hay nada que sea una «teoría económica marxista» o «economía política marxista» o, para lo que nos ocupa, «sociología marxista». Marx negaba la economía política en la teoría y la clase obrera la niega en la práctica. Puesto que la economía fragmenta las relaciones cualitativas entre las personas al crear una relación compartimentalizada y cuantificada entre cosas. Cuando, como bajo el capitalismo, nuestra fuerza de trabajo se convierte en una mercancía, nosotros nos convertimos en factores de la producción, objetos, tanto sexuales como de cualquier tipo, que, desde ese momento, los economistas, los sociólogos y el resto de vampiros de la ciencia capitalista examinan, sobre los que planifican y a los que intentan controlar.

Juliet Mitchell («Women—The Longest Revolution») también cree que, aunque las mujeres «son fundamentales a la condición humana, sin embargo en sus roles económicos, sociales y políticos, son marginales» (p. 93). El error de su método, según mi punto de vista, es que se guía también por otro intérprete del trabajo de Marx, en este caso Althusser; aquí la separación de papeles económicos, sociales y políticos es una política consciente.

ca, la llamamos fábrica social, y en ella los costes y la naturaleza del transporte, la vivienda, la atención médica, la educación, la policía son todos puntos de conflicto y esferas de lucha.⁹ Y esta fábrica social tiene como elemento central la producción de la mujer de mano de obra como mercancía dentro de la casa y *su lucha para no tener que hacerlo*.

Las demandas del movimiento de mujeres adoptan, por ello, un significado nuevo y más subversivo. Cuando decimos, por ejemplo, que queremos el control sobre nuestros cuerpos, estamos desafiando el dominio del capital que ha transformado nuestros órganos reproductivos, del mismo modo que ha hecho con nuestros brazos y nuestras piernas, en instrumentos de acumulación de plustrabajo; ha transformado nuestras relaciones con los hombres, con nuestros hijos y la relación que tenemos con nuestra creación de estos, en *trabajo productivo para esta acumulación*.

La fuerza de trabajo es una mercancía producida por las mujeres en casa. Es esta mercancía la que convierte la *riqueza* en *capital*. La compraventa de esta mercancía convierte al mercado en un mercado *capitalista*. Las mujeres no son marginales en la casa, en la fábrica, en el hospital, en la oficina. Somos esenciales para la reproducción del capital y fundamentales para su destrucción.

Peggy Morton, de Toronto, en un artículo espléndido, «A Woman's Work Is Never Done», señala que la familia es la «unidad cuya función es el *mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo*, por ejemplo, la estructura de la familia está determinada por las necesidades del sistema económico, en cualquier momento, para un *tipo* determinado de mano de obra» (p. 214). Benston, tras Engels, hace un llamamiento a la industrialización capitalista de los trabajos domésticos como «precondición» para «una auténtica igualdad frente a las oportunidades laborales y porque la industrialización del trabajo doméstico es improbable a no ser que las mujeres dejen las casas para trabajar fuera» (p. 207). Es decir, si obtenemos empleos el capital industrializará las áreas en las que, según ella, solo producimos valor de uso y no capital; lo que nos proporciona esto no es más que el derecho a ser explotadas del mismo modo que lo están los hombres. Con victorias como estas, no necesitamos derrotas.

Por el contrario, Morton no piensa en las concesiones que podamos obtener del enemigo sino maneras de destruirlo. «Demasiado a menudo olvidamos por qué estamos organizando a las mujeres; el propósito de construir un movimiento de masas no es construir un movimiento de masas sino hacer la revolución». Benston, afirma Peggy Morton, «no proporciona fundamento alguno sobre el que basar un movimiento de mujeres». La ausencia de este análisis en el movimiento en general «promueve un auténtico liberalismo entre nosotras».

⁹ Para aquellos que creen que la lucha en la fábrica social no es política, hay que recordarles que es aquí, más que en la fábrica, donde el Estado desempeña directamente el papel de organizador de la vida del trabajador, especialmente si es una mujer, por lo que es aquí donde el trabajador confronta al Estado de manera más directa y sin la intervención de capitalistas individuales ni la mediación de los sindicatos.

«El lugar de la mujer», publicado originalmente como panfleto, fue escrito en 1952 en el momento más álgido de la Guerra Fría, en Los Ángeles, donde la inmigración de trabajadores jóvenes, hombres y mujeres, había asumido proporciones bíblicas.¹⁰ Aunque lleva mi nombre, yo no fui más que un mero vehículo para expresar lo que las mujeres, las amas de casa, las trabajadoras fabriles, sentían y sabían como inmigrantes venidas al Dorado Oeste desde el Sur y el Este.

En aquel momento ya estaba claro que trabajar fuera de casa no hacía más atractivo el monótono y duro trabajo en casa, tampoco nos liberaba de la responsabilidad de tener que hacer este trabajo incluso cuando este se «compartía». También había quedado claro que plantear que nuestras vidas consistían en empaquetar chocolates, o bobinar transformadores, o cablear televisiones, era inaceptable. Rechazamos ambos y luchamos contra ambos destinos. Por poner un ejemplo, en aquellos días si un hombre, cualquier hombre, se ponía un delantal y lavaba los platos y sus amigos le veían, se burlaban de él. Nosotras cambiamos eso.

No hay duda alguna de que el coraje necesario para luchar por estos cambios nacía directamente de ese cheque por el que también odiábamos trabajar. Pero pese a que odiábamos el trabajo, para la mayor parte de nosotras este proporcionaba la primera oportunidad de tener una experiencia social fuera del aislamiento de la casa, y *parecía que esto era la única alternativa a ese aislamiento*. Tras la entrada masiva de mujeres en la industria durante la II Guerra Mundial y nuestra brutal expulsión de la misma entre 1945 y 1947, a partir de 1947 cada vez que querían nos veíamos empujadas a regresar a ella y, a partir de la Guerra de Corea (1949), en un número cada vez mayor. Por todas las razones que se exponían en el panfleto, queríamos dinero y no veíamos otra alternativa que exigir empleo.

El que fuésemos inmigrantes de las áreas industriales, agrícolas o mineras nos hizo más dependientes de dicho cheque, ya que solo nos podíamos apoyar en nosotras mismas. Pero también nos dio una ventaja. En Los Ángeles gracias a las nuevas

¹⁰ El sur de California experimentó una enorme ola de inmigración durante la guerra. Entre 1940 y 1946, la población de San Diego (zona de astilleros y base naval) se incrementó en un 61 %, y la de Los Ángeles en un 29 % (*Business Week*, 20 de diciembre de 1947, p. 72).

industrias de la aviación y de la electrónica, además de los habituales trabajos feminizados, como la alimentación y el textil, nosotras —más las mujeres blancas que las negras, a las que en aquella época se les denegaba casi siempre la entrada a los trabajos que estuviesen un poco mejor pagados (aunque seguía siendo una remuneración de subsistencia)— logramos una mayor libertad de acción. Estábamos libres de las ataduras impuestas por nuestros padres y madres que se habían quedado «atrás en el Este» o «abajo en el Sur». Los sindicatos, creados años antes en el Este mediante amargas batallas, para cuando llegaron al Oeste no eran más que comerciantes que regateaban subidas de diez céntimos anuales, y que formaban parte del aparato disciplinario al que nos enfrentábamos en la cadena de montaje y al que pagábamos con las elevadas cuotas que nos quitaban antes de que siquiera viéramos nuestro dinero. Otras formas tradicionales de organización «política» o eran inexistentes o eran irrelevantes y la mayor parte de nosotras las ignorábamos. En resumen, habíamos roto claramente con el pasado.

En el movimiento de mujeres de finales de la década de 1960, la energía de aquellas que rechazaban las viejas formas de «protección», o quienes nunca las habían conocido, había logrado encontrar una manera de articularse masivamente. Pero desde veinte años antes, en la aridez de nuestra confrontación con el capital (tanto directamente como a través de los hombres) habíamos ido construyendo nuestro camino en lo que se ha convertido en una experiencia cada vez más internacional. Esta experiencia nos enseñó que el segundo empleo fuera del domicilio es otro jefe superpuesto al primero; el empleo primario de las mujeres es reproducir la fuerza de trabajo de otras personas, y su segundo trabajo es reproducir *y vender* su propia fuerza de trabajo. Nos enseñó que la lucha de la mujer dentro de la familia y en la fábrica, contra los organizadores de su propio trabajo, el de su marido y el futuro trabajo de sus hijos, forma parte todo ello de un mismo conjunto. La unión misma en una persona de los dos aspectos divididos de la producción capitalista presupone no solo una nueva esfera de la lucha sino también una evaluación completamente nueva de la importancia y lo crucial del papel y la acción de las mujeres en dicha lucha.

Estas son las cuestiones que trata «Las mujeres y la subversión de la comunidad». Aquello sobre lo que en Estados Unidos

pusieron el foco hace veinte años, la lucha de las amas de casa y esposas trabajadoras en las fábricas, a las que se las denominaba «reaccionarias» o «retrógradas» o de manera condescendiente como «no políticas», supone un punto de partida para la reformulación de la teoría marxista y la reorientación de la lucha. Este desarrollo teórico va en paralelo a la lucha de las mujeres y su expresión es imprescindible para la lucha a un nivel completamente nuevo que las mujeres están en camino de librar internacionalmente.

Hemos recorrido un largo camino, *baby*...

Poder para las hermanas y por ello poder para la clase.

Padua, 27 de julio de 1972.

Las mujeres y la subversión de la comunidad

En estas páginas situamos antes que nada al ama de casa como la figura central [...] Asumimos que todas las mujeres son amas de casa e incluso aquellas que trabajan fuera de casa continúan siéndolo. Esto es, precisamente y en todo el planeta, la particularidad del trabajo doméstico, que no solo se mide por la cantidad de horas y en función de la naturaleza del trabajo, sino por la calidad de vida y de las relaciones que genera, lo que determina el lugar de la mujer esté donde esté y sea cual sea la clase a la que pertenece. En estas páginas nos centraremos en la posición de la mujer de clase obrera, pero esto no implica que solo estén explotadas las mujeres de clase obrera. Más bien confirma que el rol del ama de casa de clase obrera, rol que creemos que ha sido indispensable para la producción capitalista, es *el* determinante para la posición del resto de las mujeres. Todo análisis de las mujeres como casta debe, entonces, proceder del análisis de la posición de las amas de casa de clase trabajadora. [...]

Desde Marx, quedó claro que el capital gobierna y se desarrolla a través del salario, es decir, que los cimientos de la sociedad capitalista son el trabajador asalariado, fuese hombre o mujer, y su explotación directa. Lo que no ha quedado tan claro ni tampoco han asumido las organizaciones del movimiento de clase obrera es que es precisamente mediante el salario que se

ha organizado la explotación de los trabajadores no asalariados. Esta explotación ha resultado incluso más efectiva gracias a que la falta de salario la ocultaba... *En lo que se refiere a las mujeres, su trabajo se presenta como un servicio personal fuera del capital.* Parecía que la mujer solo sufría por culpa del chovinismo masculino, que era maltratada solo porque el capitalismo significaba «injusticia» generalizada y «un comportamiento malo y no razonable»; los pocos (hombres) que se daban cuenta nos convencieron de que esto era «opresión» pero no explotación. Pero la «opresión» esconde otro aspecto aún más omnipresente de la sociedad capitalista. El capital expulsó a los niños de la casa y les envió a la escuela no solo porque se interponían en el trabajo más «productivo» de otros ni tampoco solo para adoctrinarlos. El gobierno del capital utiliza el salario para obligar a toda persona físicamente apta a funcionar bajo la ley de la división del trabajo de maneras que, si no son inmediatamente beneficiosas, sí lo son finalmente para la expansión y extensión del gobierno del capital. Este es, fundamentalmente, el sentido de la escuela. *En lo que respecta a los niños, su trabajo se presenta como si aprender fuese en su propio beneficio.*

Los orígenes de la familia capitalista

Con el advenimiento del capitalismo, la socialización de la producción estaba organizada con *la fábrica* como su centro neurálgico. Aquellos que trabajaban en el nuevo centro productivo, la fábrica, recibían un salario. Aquellos que estaban excluidos no lo recibían. Las mujeres, los niños y los mayores perdieron el relativo poder que derivaba de la dependencia que la familia tenía de su trabajo y *que hasta entonces era visto como algo social y necesario.* El capital, al destruir el conjunto formado por la familia y la comunidad y la producción, ha concentrado por una parte la producción social básica en la fábrica y, por la otra, ha separado esencialmente al hombre de la familia y le ha convertido en un *trabajador asalariado.* Ha cargado al hombre con la responsabilidad de proveer económicamente a las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos, es decir, a todos aquellos que no perciben salarios. Desde aquel momento comenzó la expulsión de la casa de todos aquellos que *no procreaban y no estaban al servicio de*

aquellos que trabajaban por un salario. Tras los hombres los primeros en ser excluidos de la casa fueron los niños; se les envió a la escuela. La familia dejó no solo de ser el centro productivo sino también el educativo [...] El capitalismo es el primer sistema productivo en el que los hijos de los explotados son disciplinados y educados en instituciones organizadas y controladas por la clase gobernante.

La confirmación del mito de la incapacidad femenina

[...] El aislamiento que han sufrido las mujeres ha reafirmado de cara a la sociedad y a ellas mismas el mito de la incapacidad femenina.

Es este mito lo que ha ocultado, en primer lugar, que en la medida en que la clase trabajadora ha sido capaz de organizar luchas masivas en la comunidad, generalmente huelgas de alquileres, luchas contra la inflación, la base de estas luchas siempre ha sido la incesante organización informal de las mujeres; en segundo lugar, que en las luchas dentro del ciclo de la producción directa el apoyo y la organización formal e informal de las mujeres ha sido decisivo. Esta red de trabajo incesante de las mujeres sale a la luz en los momentos críticos y se desarrolla gracias a los talentos, energías y la fuerza de las «incapaces féminas». Pero el mito no muere. En los momentos en los que las mujeres podrían reclamar la victoria junto con los hombres —ya fuese sobrevivir (durante el desempleo) o sobrevivir y ganar (durante las huelgas)— el botín de la victoria recae en la clase «en general». Rara vez las mujeres han logrado algo que fuese específicamente para ellas mismas; rara vez, si alguna vez ha sido así, la lucha tiene como objetivo alterar de manera consistente la estructura de poder en casa y su relación con la fábrica. Ya sea en la huelga o desempleada, el trabajo de una mujer nunca acaba.

La homosexualidad de la división del trabajo

La relación de poder excluye cualquier posibilidad de afección y de intimidad. Sin embargo, entre hombres y mujeres, el poder *exige* por derecho propio afecto sexual e intimidad. En este

sentido, el movimiento homosexual es el intento más masivo de desvincular sexualidad y poder.

Pero la homosexualidad está genéricamente enraizada al mismo tiempo en el marco de trabajo de la sociedad capitalista: las mujeres en la casa y los hombres en las fábricas y las oficinas, separados unos de otros durante todo el día; en la típica fábrica en la que hay 1000 mujeres y 10 capataces hombres; o en un grupo de mecanógrafas (mujeres, por supuesto) que trabajan para cincuenta profesionales, todos hombres. Todas estas situación ya conforman un marco de homosexualidad de la vida.

El capital eleva la heterosexualidad al estatus de religión y, al mismo tiempo que en la práctica hace imposible que hombres y mujeres estén en contacto entre ellos, física o emocionalmente, socava las relaciones heterosexuales al limitarlas a una disciplina sexual, económica y social.

El rechazo al trabajo

La familia de clase obrera es el sustrato del trabajador, en tanto que trabajador y, por esta razón, la familia constituye la base del capital. De esta familia depende el sustento de la clase, la supervivencia de la clase, pero lo hace a *expensas de la mujer en contra de la clase misma*. La mujer es la esclava del esclavo asalariado, y su esclavitud asegura la esclavitud del hombre. Del mismo modo que el sindicato, la familia protege al trabajador pero también asegura que él y ella nunca serán otra cosa más que trabajadores. Es por ello que resulta crucial la lucha de la mujer de la clase trabajadora contra la familia.

El ataque «político» contra las mujeres

1. Las mujeres como consumidoras

Las mujeres no convierten el hogar en el centro de consumo. El proceso de consumo es integral a la producción de la fuerza de trabajo y, si las mujeres rechazan hacer la compra (es decir, gastar), esto se convierte en un acto de huelga. Dicho esto, debemos añadir que a menudo las mujeres intentan compensar comprando cosas las relaciones sociales que se les han negado al

ser expulsadas del trabajo organizado socialmente. El que estas cosas sean consideradas trivialidades depende del punto de vista y del sexo del que juzga. Los intelectuales compran libros y no hay nadie que considere trivial este consumo.

Ya hemos dicho que las mujeres compran cosas para sus casas porque la casa es la única prueba de que existen. Pero la idea de que el consumo frugal es en modo alguno una liberación es tan antigua como el capitalismo, y proviene de los capitalistas que siempre culpan de la situación del obrero al mismo obrero. Durante años los liberales, renegando como es habitual, dijeron que en Harlem el problema del color se resolvería el día que los hombres negros dejasen de conducir Cadillacs (cosa que hacían hasta que la empresa financiera los embargaba). Hasta que la violencia de la lucha —que era la única respuesta que funcionó— no proporcionó cierto poder social, tener un Cadillac era una de las pocas maneras de mostrar el poder en potencia. Era esto y no la «frugalidad» lo que les dolía a los liberales.

En cualquier caso, no se necesitaría ninguna de las cosas que cualquiera de nosotras compra si fuésemos libres. Ni la comida que nos dan envenenada, ni las ropas que nos identifican por clase, sexo y generación, ni las casas en las que nos encierran.

La presión que las mujeres ponen sobre los hombres es *una defensa del salario, no un ataque*. Precisamente porque las mujeres son las esclavas de los esclavos asalariados, los hombres dividen el salario entre ellos mismos y los gastos generales de la familia. Si las mujeres no hicieran demandas, el nivel general de vida de la familia caería para absorber la inflación y, por supuesto, la mujer es la primera que se quita de cosas y pasa sin ellas. Por eso, a no ser que la mujer haga demandas, la familia es funcional al capital en un sentido adicional a los que ya hemos señalado: puede absorber la caída en el precio de la fuerza de trabajo. Esta es la forma material más eficaz mediante la que las mujeres pueden defender los niveles de vida de la clase. ¡Y cuando salgan a participar en reuniones políticas, necesitarán incluso más dinero!

2. Las mujeres como rivales

En cuanto a la «rivalidad» entre mujeres, Frantz Fanon ya le ha demostrado al Tercer Mundo lo que solo el racismo evita que se aplique a la clase en general. Los colonizados, dice, cuando no

se organizan contra sus opresores, se atacan unos a otros. La exigencia de las mujeres de un mayor consumo puede expresarse algunas veces bajo la forma de rivalidad, pero, pese a todo, como ya hemos dicho, protege los niveles de vida de la clase. Y esto es distinto de la rivalidad sexual de las mujeres; dicha rivalidad está enraizada en nuestra dependencia económica y social de los hombres. En la medida en la que las mujeres vivan para los hombres, se vistan para los hombres, esta rivalidad hará que seamos manipuladas por los hombres.

Y en lo relativo a la rivalidad sobre nuestras casas, a las mujeres se nos entrena desde que nacemos para ser obsesivas y posesivas y nuestra casa ha de estar limpia y ordenada. Pero los hombres no pueden tener las dos cosas; no pueden continuar disfrutando el privilegio de tener una criada personal y quejarse después de los efectos de esta privatización. Si continúan quejándose, deberemos concluir que el que nos regañen por esta rivalidad no es más que una justificación para nuestra servidumbre. Si Fanon se equivocaba al afirmar que la lucha entre los colonizados es una expresión de su bajo nivel organizativo, entonces el antagonismo es una señal de incapacidad natural. Llamamos gueto al hogar, pero también podríamos llamarlo colonia regida por un gobierno indirecto y sería igual de acertado. La resolución del antagonismo entre los colonizados reside en la lucha autónoma. Las mujeres han superado obstáculos mayores que la rivalidad para unirse y apoyar a los hombres en las luchas. Donde hemos tenido menos éxito ha sido en la transformación y la profundización de los momentos de lucha para convertirlos en oportunidades en las que presentar nuestras propias demandas. La lucha autónoma le da la vuelta a la pregunta que pasa de ser «¿cuándo se unirán las mujeres para apoyar a los hombres?» a transformarse en «¿se unirán los hombres para apoyar a las mujeres?».

3. Las mujeres como elementos divisorios

¿Qué ha evitado que las mujeres interviniesen políticamente?
¿Por qué en determinadas circunstancias podemos ser utilizadas en contra de las huelgas? En otras palabras, ¿por qué la clase no está unida? Desde el principio de este documento hemos puesto en el centro la exclusión de la mujeres de la producción

socializada. Esta es una característica objetiva de la organización capitalista: trabajo cooperativo en la fábrica, trabajo aislado en casa. Subjetivamente, la manera en la que los trabajadores en la industria se organizan fuera de la comunidad es un reflejo de esto. ¿Qué es lo que tiene que hacer la comunidad? ¿Qué es lo que tienen que hacer las mujeres? Apoyar, ser apéndices de los hombres en la casa y en la lucha, e incluso formar una sección sindical auxiliar de mujeres. Esta división y *este tipo de división* es la historia de la clase. En todos los momentos de lucha aquellos que se encuentran en una situación más periférica en el ciclo productivo son usados contra aquellos que se encuentran en el centro de las luchas, al menos mientras que estos últimos ignoren a los primeros. Esta es la historia de los sindicatos, por ejemplo, en Estados Unidos, cuando se utilizaba a los trabajadores negros como esquiroles —aunque en realidad nunca fue tan habitual como se hizo creer a los trabajadores blancos—. Los negros, como las mujeres, son inmediatamente identificables y los relatos acerca de los esquiroles refuerzan prejuicios que nacen de divisiones objetivas: los blancos en la cadena de montaje mientras los negros barren a su alrededor; o el hombre en la cadena de montaje y la mujer barriéndole el suelo cuando este llega a casa.

Cuando los hombres rechazan el trabajo se ven a sí mismos como militantes, y cuando nosotras rechazamos nuestro trabajo, estos mismos hombres nos consideran esposas irritantes. Cuando algunas de nosotras votamos a los conservadores porque hemos sido excluidas de las luchas políticas, piensan que somos retrógradas, al tiempo que ellos han votado por partidos que ni siquiera consideraban que existiésemos más que como un lastre, y que les traicionaron y vendieron (y a todos nosotros) en el proceso.

Las mujeres y la lucha por no trabajar

Vamos a resumir. El papel de ama de casa, cuyo aislamiento oculta el trabajo social, debe ser destruido. Pero nuestras alternativas están definidas de forma estrecha. Hasta ahora, el mito de la incapacidad femenina, enraizado en esa mujer aislada dependiente del salario de otro y, en consecuencia, moldeada por la consciencia de otro, se ha hecho pedazos a través de una única alternativa: la mujer, al obtener su propio salario, socava así su

dependencia económica personal, construye su propia experiencia particular e independiente con el mundo fuera del hogar, desempeña trabajo social en la estructura socializada, ya sea en la fábrica o en la oficina, y comienza allí sus propias formas de rebelión social junto con las formas tradicionales de clase. *El advenimiento del movimiento de mujeres es un rechazo a esta alternativa.*

El capital se está aprovechando del mismo impulso que creó al movimiento —el rechazo por parte de millones de mujeres del lugar tradicional de la mujer— para recomponer la fuerza de trabajo incorporando un número mayor de mujeres. El movimiento solo puede desarrollarse en oposición a esto. Su existencia misma muestra que las mujeres rechazan el mito de la liberación mediante el trabajo, y debe seguir mostrando este rechazo con una acción cada vez más articulada.

Porque ya hemos trabajado suficiente. Hemos cortado miles de millones de toneladas de algodón, lavados miles de millones de platos, frotados miles de millones de suelos, mecanografiado miles de millones de palabras, cableado miles de millones de equipos de radio, lavado miles de millones de pañales, a mano y a máquina. Cada vez que «nos han dejado entrar» en un enclave tradicionalmente masculino, ha sido para colocarnos en un nuevo nivel de explotación. Aquí, de nuevo, debemos establecer un paralelismo, pese a las diferencias que hay, entre el subdesarrollo del Tercer Mundo y el subdesarrollo en la metrópolis, y siendo más precisas, en las cocinas de la metrópoli. La planificación capitalista le propone al Tercer Mundo que se «desarrolle»; que además de sus agonías actuales, sufra también la agonía de una contrarrevolución industrial. A las mujeres en la metrópoli se les ha ofrecido la misma «ayuda». Pero aquellas de nosotras que hemos salido de casa para trabajar porque no teníamos más remedio o porque queríamos extras o porque buscábamos la independencia económica ya se lo hemos advertido al resto: la inflación nos ha encadenado a estos malditos puestos de mecanógrafas o a esta cadena de montaje, y ahí no hay salvación alguna. Debemos rechazar el desarrollo que nos están ofreciendo. Pero la lucha de la mujer trabajadora tampoco tiene como objetivo regresar al aislamiento del hogar, pese a lo atractivo que pueda parecer los lunes por la mañana; la lucha del ama de casa va mucho más allá de intercambiar el estar encerrada en casa por verse anclada a las mesas de oficina o a las máquinas de las fábricas, pese a lo

atractivo que pueda parecer esto cuando se compara con la soledad de vivir en el doceavo piso de una torre de protección oficial.

El reto al que se enfrenta el movimiento de mujeres es encontrar modelos de lucha que liberen a la mujer del hogar al tiempo que evitan la doble esclavitud y que se cree un nuevo nivel de control y reglamentación capitalista. *Esta es, en definitiva, la línea divisoria entre políticas reformistas y políticas revolucionarias dentro del movimiento de mujeres.*

6. Mujeres, sindicatos y trabajo, o lo que no debe hacerse (1972)

Escribí *Mujeres, sindicatos y trabajo* en 1972, un par de días antes de una conferencia nacional del movimiento de liberación de la mujer en Mánchester.

Estábamos a punto de publicar *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* cuyo objetivo era construir un argumentario para un movimiento anticapitalista de mujeres. En un momento en el que surgían por todas partes grupos de mujeres, la izquierda apremiaba a las mujeres a que se olvidasen de toda esta autonomía, a que «apoyasen a la clase obrera» y se unieran a los sindicatos (o al partido) para desarrollar su conciencia. Pero algunas de nosotras éramos clase obrera. Yo creía profundamente que ya era hora de que las mujeres desarrolláramos nuestras propias políticas de clase, y que señalásemos las razones por las que nos organizábamos de manera independiente como mujeres.

Muchas de las que formaban parte del movimiento de liberación de la mujer estaban allí para desarrollar sus ambiciones personales. Competían con los hombres y no estaban muy interesadas en un cambio político real. Las feministas socialistas, por otra parte, pese a que se oponían fervientemente a la subordinación de la mujer, veían la lucha de la mujer como algo muy diferente a la lucha de clases excepto en los casos en los que las mujeres tenían trabajos asalariados.

En el autobús en el que hicimos el trayecto Londres-Mánchester, una amiga vendió unos cuantos ejemplares de las cien

copias de *Mujeres, sindicatos y trabajo* así que cuando llegamos al encuentro algunas ya lo habían leído.

El artículo creó un gran revuelo, incluso entre las mujeres que estaban en desacuerdo con la tesis. La exigencia de salarios para las amas de casa era una de las seis demandas y en los coloquios provocó un debate explosivo. Tan explosivo que traspasó el espacio de debate y todas las asistentes se quedaron más rato para discutir la cuestión de los salarios para el trabajo doméstico. De este modo comenzó un debate, a menudo amargo, que continúa hasta nuestros días (lo que nos da una idea de la profundidad de las diferencias que nos separan).

Tras la conferencia, el grupo londinense Notting Hill Women's Liberation Workshop, del cual yo era miembro, publicó como panfleto *Mujeres, sindicatos y trabajo*.

Casi todas las organizaciones de la izquierda se movilizaron contra el escrito y, unos meses después, en la siguiente conferencia nacional que tuvo lugar en Londres había unos carteles enormes que decían «Réplica a Selma James», excepto una que decía «Réplica a la reaccionaria Selma James». Cada organización tenía una publicación en la que uno de los principales artículos estaba dedicado a atacar esto tan terrible que yo había hecho: me había atrevido a criticar a los sindicatos y, además, había exigido salarios para las amas de casa lo que, según ellas, desanimaría a las mujeres a salir a trabajar fuera de casa, y solo el trabajo fuera de casa lograría que la conciencia de las mujeres alcanzase la de los hombres.

La mayor parte de las feministas, se identificasen o no con la izquierda, se mostraban profundamente hostiles a la idea de que la mujer recibiera un salario por el trabajo doméstico de parte del Estado porque, decían, institucionalizaría a las mujeres en la casa. Muchas rechazaron reconocer el trabajo doméstico como trabajo.

«Una perspectiva para la victoria», escrito en 1973, resume estos meses de debate. Mediante este debate, algunas de nosotras nos dimos cuenta de que lo que había empezado como un debate era en realidad una nueva perspectiva política, una perspectiva de clase cuyo punto de partida eran las mujeres. Esto reforzó la nueva Campaña Internacional por un Salario para el Trabajo Doméstico.

En 1975 para nosotras el debate ya había llegado a su fin; era el momento de poner en práctica este marco. La Campaña seguía siendo tratada con desdén e incluso sufrió una caza de brujas; lo que también resultó útil. Nos formó y preparó para centrarnos en organizar la base más que en tomarnos los ataques de manera personal y tener que defendernos en debates académicos. En lugar de ello nos centramos en construir nuestro espacio dentro del movimiento. Debemos señalar que, con algunas excepciones, las feministas de Estados Unidos nunca fueron tan hostiles a la Campaña como lo fueron las feministas de Reino Unido.

Tras cuarenta años de campaña, al releer *Mujeres, sindicatos y trabajo*, queda claro que mi crítica a los sindicatos era demasiado categórica. No tuvo en cuenta la posibilidad de que los miembros de los sindicatos se movilizaran y tomaran el control de los mismos, ni a las personas que luchan desde dentro para devolver a los sindicatos a su propósito original, y que estos puedan liderar la lucha. Estas personas facilitan e incluso ponen a disposición de las bases y de la comunidad en general los recursos sindicales. El problema es que a menudo ellos mismos terminan exhaustos de discutir con los que se encuentran en los puestos más altos y de defenderse de las calumnias y las cazas de brujas. No podemos olvidar que en los sindicatos están en juego temas importantes, tanto para la clase trabajadora como para el capital, y que la presión sobre dichos individuos es enorme. Pero si en su ascenso a lo más alto de la organización logran sobrevivir, mantener sus principios y no perder el contacto con sus miembros y con el movimiento externo —algo muy raro— nos abren las puertas a recuperar nuestros sindicatos.

Incluso dentro del gobierno local, en los medios de comunicación de masas, las organizaciones profesionales, partidos políticos y ambas cámaras del Parlamento, podemos encontrar esos seres especiales que sienten que su trabajo como colaboradores es precisamente hacer que los poderes de sus instituciones sean accesibles a los movimientos sociales que además son los que, de un modo u otro, pagan sus salarios.

Hay varias formas de cooptar el movimiento de mujeres y eliminar sus posibilidades de llegar a ser un movimiento político revolucionario y autónomo. Una es que ayudemos a que el capitalismo introduzca e integre a las mujeres en nuevas facetas de su relación de explotación. Precisamente, el *Financial Times* del 9 de marzo de 1971 se lo decía a aquellos capitalistas desfasados que aún no se han dado cuenta de lo útil que esto puede llegar a ser:

Las miles de chicas formadas que salen de la universidad cada año y que están desesperadas por escapar de la triple trampa de la enseñanza, cuidar a otros o la mecanografía [...] Muchas de estas chicas son claramente muy hábiles y constituyen un sector del que se pueden extraer mandos administrativos intermedios cualificados. Serán trabajadoras tan entregadas y tan conscientes como solo pueden serlo los marginados agradecidos, y es concebible que, pese a la legislación existente respecto a la igualdad salarial, puedan no costar tanto como sus equivalentes masculinos, por lo menos al principio. En el momento en que nos demos cuenta de que existen y seamos capaces de reconocer sus cualidades, empezaremos a utilizar más mujeres de este tipo. Hasta entonces, una considerable cantidad del talento, cuya formación en la universidad requiere mucho dinero, continuará siendo desaprovechado, y la industria británica habrá fracasado a la hora de reconocer una fuente de energía y vitalidad renovadas que tiene frente a sus ojos.

Esta utilización de la rebelión, con el propósito de desarrollar capital con una «energía y vitalidad renovadas», no es nada nuevo y no está limitada a las mujeres. Para el capitalismo es inherente a su naturaleza cooptar cada aspecto de la lucha, renovarse a sí mismo con nuestra energía y nuestra vitalidad, y con la ayuda activa de una minoría de los explotados. El mundo excolonial, por ejemplo, al que los británicos «educaron» para el autogobierno está lleno de «minorías agradecidas». Necesitamos analizar profunda y cuidadosamente cómo vamos a ser «utilizadas» si queremos evitar, por un lado, que nuestra organización no valga más que para ayudar a que el capitalismo sea menos retrógrado y, por otro, que en el proceso nos esclavice aún más, en vez de organizarnos para destruirlo, que es el único proceso liberador posible.

En cierto modo ya ha tenido lugar otra forma de cooptación ligada a esto, en la que las organizaciones de izquierda han tenido un papel importante. Han convencido eficazmente a muchas de nosotras de que si queríamos movilizar a las mujeres de clase obrera, debíamos hacerlo a través de ellos o, en términos más generales, con su definición de clase, sus orientaciones y sus modelo de acción. Es como si hubiesen estado bloqueando una puerta abierta. Desafían la validez de un movimiento autónomo de mujeres ya sea directa o indirectamente: tratando a las mujeres, un sector especialmente explotado de la clase, como algo marginal. Para ellos la «auténtica» clase obrera es blanca, masculina y tiene más de treinta años. El racismo, la superioridad masculina y la supremacía de la edad comparten un linaje común. Quieren convertirnos definitivamente en secundarias de la lucha «general», como si *ellos* representasen las luchas generales; como si pudiera existir una lucha general sin las mujeres, sin que los hombres se unan a las mujeres y las apoyen en sus demandas.

Un tema importante en el que nos hemos tragado su orientación y hemos sido cooptadas para derrotar nuestro propio movimiento es el relativo a la sindicación de mujeres.

Se nos dice que debemos llevar a las mujeres a lo que se ha llamado «conciencia sindical». Esta frase es de Lenin y está extraída de su panfleto *¿Qué hacer?*¹ Fue un panfleto brillante en muchos aspectos, pero escrito en los primeros días del movimiento ruso, en 1902. Lenin aprendió de los obreros y los campesinos de Rusia

¹ Pero incluso en esto la izquierda le ha dado la espalda. El argumento de Lenin era que el movimiento espontáneo de trabajadores solo se desarrollaría autónomamente hasta el punto de tener «conciencia sindical». El partido revolucionario debía empujar la conciencia del movimiento obrero hasta que alcanzase la conciencia revolucionaria. 1) Dando esto por bueno, o bien la izquierda actual asume que la clase obrera necesita incluso que se le ayude a desarrollar conciencia sindicalista, o bien piensa que las mujeres están tan atrasadas que ni siquiera son capaces de llegar espontáneamente al punto alcanzado por los obreros masculinos. 2) Sin embargo, Lenin ya eliminó de su mente en 1905, y luego en 1917, y por último en los años siguientes, la premisa de que se podía influenciar e impulsar la conciencia revolucionaria de la clase obrera desde sujetos externos, cuando, entre otras cosas, se dio cuenta del fascismo «espontáneo» existente en la conciencia de los intelectuales «socialistas» pequeño burgueses. Trotsky comprendió esto de Lenin a pesar de que sus seguidores no sen cuenta. Véase León Trotsky, *Stalin*, Londres, 1957, pp. 57-58 [ed. cast.: *Stalin*, Sevilla, Asociación Lucha de Clases, 2017, p. 92].

en 1905 y 1917 y repudió una buena parte de todo lo que había escrito antes de esas dos revoluciones. Hay gente de izquierdas que no habla de las conclusiones posteriores de Lenin y, según mi punto de vista, mucho de lo que hoy en día se hace pasar por teoría (y práctica) de la izquierda sigue anclado en 1902. En 1972 esto es una grave acusación, pero creo que puede demostrarse. Pueden leer a Lenin y citarle. Pero a diferencia de Lenin, no son capaces de aprender de las acciones que los obreros llevan a cabo.

Sin duda alguna, la más clara de las acciones recientes es la huelga de mineros.² Creo que este importante evento de la clase obrera sacudió a muchas de las mujeres del movimiento. La clase en acción logra, en días o semanas, sacudir a todos los sectores de la población aunque ninguna otra cosa haya conseguido inmutarles en años. La consciencia de todas nosotras se ha elevado como resultado de las acciones de clase. Y en consecuencia se expande aquello que consideramos posible. Esta es la razón inmediata para nuestra inquietud, para el revuelo. Ya no nos satisface quedarnos a un lado permitiendo que el mundo siga su curso. Tras tres años de existencia de nuestro movimiento, tras los hechos en Irlanda del Norte, Zimbabue³ y después esta huel-

² Nos referimos a la huelga contra la National Coal Board, de enero-febrero de 1972. Tras escribir este texto, en enero-febrero de 1974, hubo una confrontación aún más hostil entre la comunidad minera, unos 260.000 mineros, y la política de congelación salarial del gobierno. En ambas huelgas la comunidad minera fue capaz de utilizar los sindicatos y no permitir que los sindicatos les utilizaran. La huelga de 1974 tuvo éxito en su objetivo de hacer caer al gobierno conservador que estaba en el poder en aquel momento. La huelga de un año de duración de 1984-1985, llevada a cabo por la National Union of Mineworkers (Sindicato Nacional de Mineros) dirigida por Arthur Scargill, se vio socavada por la acción de la mayor parte del resto de sindicatos pese a la gran solidaridad de los mineros y el amplio apoyo de la población. La huelga fue derrotada y la industria destruida por el gobierno de Thatcher. Esta derrota abrió el camino para subsiguientes derrotas de los trabajadores asalariados, llevó a un aumento del desempleo y al debilitamiento de los sindicatos.

³ Anteriormente Rodesia en el sur de África. Me refiero a las acciones llevadas a cabo por la población negra en 1972, que evitaron la abierta colaboración entre la minoría blanca gobernante y el Estado británico. Cuando en enero de 1972 la British Royal Commission fue, supuestamente, para escuchar la voz del pueblo, esperaban sellar un acuerdo entre los dos gobiernos (con la ayuda de «líderes» negros, cuidadosamente seleccionados por la Rodesia blanca); previamente había habido pocas señales públicas de resistencia negra. Pero los zimbabuenses escogieron el momento y dijeron «no» al acuerdo por todos los medios posibles. Los trabajadores en las áreas mineras se amotinaron, sonrieron a las cámaras de

ga, queremos *hacer* algo pero no hacer cualquier cosa. Queremos construir un movimiento, que sea a la vez político y nuevo, uno que se dirija específicamente a las necesidades de las mujeres.

Pero ¿cuál ha sido la base de esta tremenda demostración del poder de clase? Al fin y al cabo, esta no es la primera gran huelga de los últimos tiempos en Gran Bretaña. Los carteros, los barrenderos, los trabajadores del sistema eléctrico y muchos otros ya han demostrado en la práctica su voluntad de luchar. Lo que distinguía a los mineros es que ellos no dependían de sus sindicatos sino de su propia organización autónoma y de sus métodos propios de lucha. Más de una vez durante la huelga el sindicato intentó marcar los términos de la lucha. Por ejemplo, cuando los sindicatos le pidieron a los trabajadores que se encargaran de los grupos de seguridad, o intentaron desalentar a que defendieran los piquetes de manera violenta, o se interpusieron cuando las mujeres se organizaban de manera independiente. Pero la comunidad minera mantuvo su propio modelo *autónomo*. Como consecuencia de ello ganó, entre otras razones, porque ganó para su causa el apoyo y la presencia de otros trabajadores.

Este no es el primer intento de lucha autónoma de clase, pero es el primer gran éxito. Se han perdido o han quedado en tablas casi todas y cada una de las huelgas nacionales recientes porque los trabajadores permitieron o no pudieron evitar que el sindicato las «liderara». Pilkington es el caso más claro. Y debemos recordar que el 90 % de las huelgas no son oficiales, bien porque se hacen a pesar de los sindicatos, bien porque se hacen en contra de los sindicatos.

Y ahora, llegados a este punto en el que los trabajadores están empezando a arrebatarse a los sindicatos el control que estos ejercen sobre las luchas, se nos invita a llevar a las mujeres a los sindicatos donde adquirirán «conciencia sindical».

televisión y gritaron «¡No!». Las mujeres negras hablaron en las reuniones en las que, aunque estaban presentes sus señoras blancas, tenían protección gracias a la presencia de las cámaras de la prensa internacional. Estas señoras se vieron sorprendidas por la lucidez, la comprensión y el desafío de mujeres que, hasta aquel momento, habían jugado a parecer ignorantes y se habían mantenido en silencio. La clase dirigente británica no se sorprendió menos. Lo que estaba en juego para los gobiernos eran los habituales negocios en todo el sur de África. El «No was No» de los zimbabueses negros se dirigía al apartheid tanto en Sudafrica como en Zimbaue y a que se siguiesen haciendo *business as usual*.

¿Cuál ha sido el papel específico de los sindicatos en relación con las mujeres?

1. Han ayudado a mantener ratios salariales diferenciados pese a los valientes intentos de algunas mujeres sindicalistas (y de algunos hombres) de priorizar esta cuestión. Es un hecho que cuando los sindicatos piden un porcentaje de aumento salarial, y lo que reclaman no es *el mismo aumento para todos*, no solo están apoyando la desigualdad de salarios sino que aumentan aún más la diferencia entre hombres y mujeres y, por supuesto, entre hombres y hombres. El 10 % de 10 £ = 11 £. El 10 % de 20 £ = 22 £; aquellos que cobran más, recibirán un poco más...

Nunca han organizado una lucha por la igualdad salarial. En las dos luchas por la igualdad salarial de las que tenemos conocimiento —y hay un montón de las que no sabemos nada— las mujeres actuaron con independencia de los sindicatos. Durante la huelga de modistas de Leeds el sindicato escribió a la compañía y les dijo que no cediesen ante las mujeres.⁴ Las mujeres tuvieron que enfrentarse a dos dirigentes destrozando las ventanas de las oficinas sindicales.

En 1967 en Ford Dagenham (Londres), cuando salieron a la calle las costureras que producían las cubiertas de los asientos de coche, obviamente el sindicato no intentó que se generalizase esta huelga (es decir, sacar a los hombres para que las apoyaran) ya que era una huelga que tenía lugar porque el sindicato le había dado la espalda a las mujeres. Los representantes sindicales, durante la reunión crucial que mantuvieron con el ministro de Empleo y Productividad, renunciaron al ascenso en la categoría —que era la demanda de las mujeres— y llegaron a un acuerdo por un aumento salarial que era un 8 % inferior al sueldo medio de los hombres.

2. La categoría es la base de la desigualdad salarial en aquellos lugares en los que los hombres y mujeres trabajan juntos. Los sindicatos dan por supuestas categorías laborales que han

⁴ En febrero de 1970, tras la aceptación por parte del sindicato de un aumento de los bajos salarios que discriminaba a las mujeres, 20.000 trabajadoras de la industria textil de Leeds fueron a la huelga. Miles de mujeres de al menos 45 fábricas marcharon fábrica por fábrica llamando a los trabajadores a unirse y a manifestarse por las calles de Leeds para mostrar su desacuerdo.

mantenido a las mujeres con salarios más bajos y que continuarán así bajo la actual ordenanza de igualdad salarial. Más aún, les preocupa que la igualdad salarial para las mujeres pueda «enrarecer» los diferenciales salariales que se aplican entre diferentes categorías de hombres. *The Guardian*, el 6 de septiembre de 1971, cita una conversación de Jack Peel, el secretario general del National Union of Dyers, Bleachers and Textile Workers [Sindicato Nacional de Tintoreros, Blanqueadores y Trabajadores Textiles] con un empresario, un tal Eric Booth. Eric dice: «Si no somos cuidadosos esto podría acabar saliéndonos muy caro». Pero Jack va mucho más allá y afirma que: «Fácilmente podríamos disgustar a los hombres; que les molesten los diferenciales. La manera de evitar esto es seguirles educadamente la corriente». La cuestión de la igualdad salarial no tiene solo que ver con la doble explotación de las mujeres y de los jóvenes. Tiene que ver con la manera en la que el capitalismo ha modelado y separado a la clase obrera por categorías con sus correspondientes escalas salariales y son estas escalas las que hacen que los grupos obreros consideren que sus intereses son diferentes de los de los otros grupos. Como por ejemplo, *los hombres en relación con las mujeres*.

3. No han intentado realmente que entremos en los sindicatos. Las limpiadoras nocturnas se vieron en la degradante posición de tener que avergonzar públicamente al Transport and General Workers' Union [Sindicato de Trabajadores del Transporte y Oficios varios] para lograr «ser admitidas».⁵ Como veis, para nosotras no tan sencillo como para los hombres. Tenemos todos estos problemas de niños, maridos y una explotación extrema. Realmente no quieren que nos unamos a los sindicatos, aunque les sean útiles las cuotas y no compitamos con ellos por sus empleos sindicales.

⁵ Las mujeres que limpian oficinas por la noche no pudieron ni siquiera lograr que miembros de la TGWU se reunieran con ellas porque las oficinas sindicales cerraban a las cinco de la tarde. Una limpiadora nocturna que era organizadora acudió a una conferencia sobre el control de los trabajadores. Jack Jones, dirigente de la TGWU y considerado como izquierdista, estaba en el estrado y ella le preguntó desde el auditorio por qué su sindicato había ignorado constantemente la demanda de las limpiadoras nocturnas para reunirse con ellos y para unirse al sindicato.

Pero no lo olvidemos: si se producen huelgas o sentadas que demanden igualdad salarial o cualquier otra demanda, los sindicatos harán todo lo posible para meter a las mujeres en el sindicato. ¿Qué más debe controlar el capital cuando los sindicatos se movilizan? ¿De qué otra manera pueden hacer que participemos de nuestra propia explotación? ¿En quién más podemos confiar que no sea una organización, un movimiento, formado por nosotras mismas para unirnos a otros trabajadores? Y si no dependemos de los sindicatos, ¿de quién más dependeríamos si no es de nosotras mismas y de otros trabajadores? Eso sería peligroso, para los sindicatos y para el gobierno. No sería una sorpresa que en este momento estuviesen planeando campañas para reclutar mujeres en las áreas en las que estas han militado de manera efectiva, y que también estén planeando acudir a nuestro movimiento para pedir ayuda. ¡Quién mejor que otras mujeres para reclutar mujeres!

4. Pero respecto de aquellas de nosotras a las que se nos niega un salario por nuestro trabajo, que somos amas de casa a tiempo completo y que no tenemos trabajo fuera de casa, los sindicatos no saben ni que existimos. *Cuando el capital paga a los maridos, obtiene dos trabajadores, no uno.* Los sindicatos son organizaciones que se supone que protegen a los trabajadores (a algunos) en (algunas) instituciones laborales. Los trabajadores asalariados tiene sindicatos organizados (de hecho es así y no al contrario, los trabajadores son los que organizan sindicatos, *no* los sindicatos a los trabajadores) y los han organizado para lidiar con su situación laboral asalariada. El lugar de trabajo de un ama de casa es la casa y toda mujer que realiza un trabajo asalariado (excepto las ricas) también realiza trabajo no asalariado, porque también es ama de casa. Sin embargo, cuando el marido y el padre y el hermano toman la decisión de ir a la huelga, decisión que nosotras tenemos que apoyar, no se nos tiene en cuenta a la hora de decidir qué tipo de acción o cuáles son las razones por las que debemos luchar. Obtenemos muy poco para nosotras mismas y, si ganamos, ni siquiera recibimos parte del crédito. ¿Ha señalado alguien cuánto de *cada* huelga de los hombres depende del apoyo de las mujeres? Los sindicatos se aseguran de que la lucha siga segregada y de que las mujeres solo puedan participar como apoyo. ¿Recordáis la película *La sal de la tierra*? Para que las mujeres pudiesen incorporarse de manera activa a la huelga y así

ganarla, *tuvieron que retrasar las reuniones del sindicato y en su lugar llevar a cabo una reunión de toda la comunidad. Aquí es donde está la clave tanto a nivel nacional como internacional.*

5. Hasta hace poco la clase capitalista, con la ayuda de los sindicatos, había convencido a los hombres de que si obtenían un aumento en el salario también obtenían un aumento en la calidad de vida. Esto no es cierto, y las mujeres siempre lo han sabido. Les dan una remuneración el viernes y el domingo nos la arrebatan en el supermercado. Debemos organizar la lucha de la otra cara de los salarios —la inflación— y esto solo puede hacerse fuera de los sindicatos, para empezar porque estos solo se ocupan del dinero que obtenemos y no del que tenemos que devolver de inmediato; y segundo, porque limitan su lucha —tal y como es— solo al lugar de trabajo en el que recibes un salario por hacerlo, y olvidan el lugar en el que tu trabajo incluye devolver el dinero.

No es únicamente que no organicen a las compradoras, sino que el sindicato *evita* dicha organización al reproducir en su organización la forma en la que el capital se organiza: una clase fragmentada, dividida entre aquellos que tienen salario y aquellos que no. *Los desempleados, los viejos, los enfermos, los niños y las amas de casa son no asalariados.* Así que los sindicatos nos ignoran y de esta manera nos separan entre nosotros y también de los asalariados. O lo que es lo mismo, provocan que estructuralmente sea imposible una lucha generalizada. Y esto no sucede porque estén burocratizados, esta es la razón por la que lo están: sus funciones son intervenir la lucha en la industria y mantenerla separada de las luchas en otros lugares. Porque el lugar en el que se encuentra la mayor cantidad de poder potencial de la clase es en el punto de producción de las mercancías, que son cosas, y los sindicatos han convencido a los no asalariados de que solo en este punto se puede librar la lucha. Esto no es así, y el ejemplo más claro ha sido la organización de las comunidades negras. Las personas negras, como las mujeres, no pueden limitarse a luchar en las fábricas.⁶

⁶ No todas las personas negras son hombres y no todas las mujeres son blancas. Sin embargo los movimientos de las personas negras y de las mujeres parecen ser luchas de sectores diferentes de la clase obrera. Si profundizamos en estas luchas nos damos cuenta de que no podemos definir estos dos sectores de manera

Y como les sucede a las mujeres, las personas negras ven la utilidad del sindicato para el mantenimiento de las clases. Porque el racismo y el sexismo no son aberraciones de lo que de otro modo sería un arma poderosa de la clase trabajadora. Forman parte de su naturaleza.

Llegados a este punto habréis visto que creo que para poder tener nuestras propias políticas debemos hacer nuestro análisis de las mujeres *y en consecuencia nuestro propio análisis de toda la lucha de la clase obrera*. Tanto hemos dado por supuesto que estas son cosas que simplemente suceden y nos hemos autolimitado, segregándonos nosotras mismas a hablar y escribir acerca de las mujeres, que parece que solo podamos analizar y comprender a las mujeres *después de que otros* (los hombres) hayan analizado la clase «en general», menos a nosotras. Esto es el sentido más profundo de lo que significa estar dominadas por los hombres. Porque no hay clase «en general» que no nos incluya *a todas nosotras y a los no asalariados*.

Pienso que algunas de nosotras que han rechazado relacionar la lucha de las mujeres con la lucha de clases lo han hecho como método de autodefensa, para así poder escapar al análisis de la izquierda que nos deja totalmente fuera (y que, como he intentado demostrar, era una barrera para los hombres trabajadores que desarrollaban sus huelgas de manera independiente a los sindicatos).

Por su parte, algunas mujeres se han visto forzadas a estar en organizaciones de izquierda o a unirse a ellas para no verse desconectadas de las políticas de clase.

Otra consecuencia de negarle un papel autónomo al movimiento de mujeres ha sido que haya mujeres que se vean solo como un apoyo, un apoyo solo de otras mujeres y no de los hombres. Si apoyamos las luchas de mujeres, que es un paso adelante, pero no hacemos una contribución a que esta lucha sea independiente, o bien no estamos realmente dispuestas a utilizar nuestros aprendizajes o bien estamos siendo incapaces de usar y compartir lo que el movimiento nos ha ayudado a comprender.

separada. Por ejemplo, el movimiento por las prestaciones sociales de la década de 1960 en Estados Unidos, encabezado por miles de mujeres negras que exigían salarios para el trabajo doméstico, fue una lucha feminista masiva que operó de manera autónoma frente al Estado y los hombres.

Confrontadas con el elitismo de la izquierda, a algunas mujeres esta condescendencia les ha parecido la única alternativa.

Para todas estas mujeres, la única alternativa viable es un movimiento feminista basado en unas políticas de clase autónomas. Hasta que no construyamos esto, seguiremos criticándonos unas a otras, y actuando siempre en reacción a lo que hagan los hombres. Seguro que el primer pensamiento que ahora se nos viene a la cabeza a algunas de nosotras serán los beneficios que ha logrado el sindicalismo. No hay duda de que organizar sindicalmente el lugar de trabajo acaba con determinadas condiciones de esclavitud y normalmente cuando los trabajadores de las fábricas se organizan lo hacen en sindicatos (o contra ellos). Parece ser la única alternativa a la esclavitud. Toda la historia de la clase está ligada a dicha institución. Pero no son los sindicatos los que acaban con las medidas esclavistas sino la manera en la que los trabajadores estructuran los sindicatos, cómo se organizan colectivamente y las huelgas que casi siempre acaban por hacer. Es su poder el que muestra el sindicato y es su poder el que acaba con las condiciones de esclavitud. El sindicato se ha convertido en un símbolo de este poder y ha explotado esta imagen y esta tradición para poder canalizar, dirigir y, en los casos que sea posible, rebajar la lucha, pero el poder es de los trabajadores.

Si nos paramos a observar las cosas que suceden en un segundo plano podremos ver, al mirar detenidamente la actividad en una oficina, sindicada o no, en la que trabajan tanto hombres como mujeres, que casi siempre la presión que se ejerce sobre los hombres no es tan fuerte como la que se ejerce sobre las mujeres. Los hombres trabajan a menor velocidad, pasan más tiempo en el lavabo, para fumar, para respirar. Esto no solo tiene que ver con los sindicatos, también es un efecto del poder. La mujer entra en la industria con menos poder que los hombres por la obvia razón de la opresión múltiple que sufre a manos del patriarcado. Su condición de partida de trabajadoras no asalariadas y su consecuente dependencia de los hombres es la forma que el patriarcado adopta en el capitalismo; y el mito de la incapacidad femenina internaliza esta situación reforzando la situación de partida. Pero además de esto, el estatus de las mujeres en la industria es menor. Así que no solo están inseguras de sus propias capacidades sino también del apoyo que recibirán de los hombres y de los sindicatos, que se identifican principalmente con los hombres.

La estructura misma de los sindicatos aleja a las mujeres. Todas esas reglas y regulaciones, y tener que hablar en reuniones y tener reuniones por la noche cuando estamos durmiendo a nuestros hijos y lavando los platos, a menudo refuerza la idea de que somos «reaccionarias». Conocemos bien estos sentimientos. Es por ellos que hemos construido un movimiento.

Ciertamente muy pocas mujeres, tengan empleo o no, sienten que los sindicatos pueden representarlas *como mujeres* que tienen una jornada laboral no de 8 horas al día, sino de 16.

Pero si el poder de los sindicatos es una expresión del poder de la clase y si los sindicatos han estado trabajando en aspectos esenciales en contra de nuestros intereses como mujeres y en consecuencia contra la clase obrera, entonces debemos organizar ese poder y no los sindicatos. Nos enfrentamos al mismo dilema que frente a la familia de la clase trabajadora.

La lucha de la mujer de clase trabajadora contra el sindicato es absolutamente decisiva porque, del mismo modo que lo hace la familia, *el sindicato protege «la clase» a costa de la mujer* (y no solo a costa de ella) y a expensas de la acción ofensiva. Como con la familia, no tenemos nada con la que reemplazarla más que con la acción de clase en beneficio propio y con la mujer como un factor integral, central de hecho, de dicha clase.

6. Por último está la cuestión de la mujer y el «desempleo». Primero, antes de nada, sabemos que solo las mujeres ricas están desempleadas, es decir, no trabajan. Estemos o no empleadas en un trabajo asalariado, la mayor parte de nosotras trabajamos como animales. La diferencia es que no tenemos salario si no nos alquilamos formalmente nosotras mismas a un determinado capitalista en lugar de trabajar en nuestra cocina reproduciendo y sirviendo a los trabajadores para la clase capitalista en general. Es característico que los sindicatos y las bolsas de empleo (es decir, empleos con salarios de esclavos) de Escocia hayan acordado no emplear a mujeres casadas. En la explosiva situación actual en Escocia en la que el encierro de los trabajadores de UCS no fue más que una mera señal, ellos —los sindicatos y el gobierno— cuentan con que nosotras «no daremos problemas».⁷ Siempre

⁷ Los astilleros de Upper Clyde Shipyards fueron ocupados por los trabajadores cuando se amenazó con su cierre. Continuaron construyendo barcos. Para más

cuentan con esto, y tenemos que demostrar que están equivocados o abandonar. La maldita clase capitalista y sus malditos sindicatos no deben tener la posibilidad de contar nunca más con nuestra aquiescencia para nada de lo que hagan. Han logrado este acuerdo pisando nuestras cabezas. Y harán más acuerdos de este tipo o puede que ya los hayan hecho. Somos desechables.

Y cuando en Escocia se nos mantiene fuera de los empleos con salarios de esclavos lo que se pretende es evitar que los hombres se queden sin trabajo en un momento y lugar en el que pueden calar los métodos de lucha utilizados en Irlanda del Norte. Este movimiento contra las mujeres por parte de los sindicatos es probablemente el resultado directo del intento de los trabajadores masculinos de hacerse con el control de las bolsas de empleo al mismo tiempo que estaba teniendo lugar el encierro de UCS. Esto es, algunos trabajadores pensaron que un encierro sin producir era mejor idea que un encierro trabajando. Toda explicación sobre la posición de los sindicatos sobra cuando vemos cómo intentan desesperadamente colocar en manos de los trabajadores pancartas con lemas como «Queremos trabajo». Cualquiera pensaría que es inmoral mostrarse indiferente a la explotación. Lo único «malo» del desempleo es que no te da un cheque.

Y este es el quid del asunto. El gobierno, actuando en beneficio de los intereses de la clase capitalista en general, ha creado desempleo con la esperanza de que en vez de luchar por *más dinero y menos trabajo*, estemos agradecidos por las migas que el amo deja caer de su mesa. Y así el «país» puede «progresar» sobre los cadáveres de nuestros cuerpos y mentes moribundas. Los

información acerca de la táctica de los encierros, véase el artículo acerca de Lip en Francia en *Falling Wall Books Review*, núm. 2 (junio-agosto de 1974): «Tomar el control de una fábrica y utilizar la misma y el trabajo objetivado que esta contiene como poder negociador es una táctica excelente y efectiva cuando se utiliza de la manera apropiada. Desde la aparición de los luditas (y probablemente antes de ellos) los trabajadores han utilizado la apropiación y la destrucción del capital que les ha explotado para poder equilibrar las fuerzas en la negociación. Durante los últimos años la izquierda, tanto parlamentaria como extraparlamentaria, ha buscado que esta fuese su marca de cara a la nueva sociedad. Tomar el control de la fábrica, gestionarla y por supuesto trabajar en ella. El encierro de UCS pareció dar alas a un ideal. Los trabajadores de Lip no confundieron sus tácticas con su objetivo. «Autogestion? Non, autodefense!!» («¿Autogestión? No, autodefensa») (p. II). Es probable que ese fuera también el punto de partida de los trabajadores de UCS, pero todo lo que oímos fueron los puntos de vista que expresaron los líderes.

sindicatos nos dicen que nos preocupemos por la productividad y las exportaciones mientras que los capitalistas se encuentran ocupados exportando su capital a lo largo y ancho de todo el mundo, por ejemplo a Sudáfrica (y con la esperanza, dicho sea de paso, de exportar también trabajadores blancos desempleados). Los sindicatos intentan dirigir exactamente el tipo de lucha que haría de Ted Heath⁸ un hombre feliz (si no fuese por la comunidad minera, la comunidad de Irlanda del Norte y la comunidad zimbabuense): exigen empleos. El gobierno pensó que la amenaza del cierre de las minas haría que la comunidad minera se quedase quieta. En cambio la gente de las áreas mineras dejó claro con su huelga que no pensaban que pasarse la vida en una mina, o frotando ropas sucias y cuidando personas con silicosis, fuese una existencia ideal. Su huelga quería decir justo lo que decía: coge tus minas y cómetelas. Rechazaron suplicar por el derecho a ser explotados.

Pero ¿qué pasa con todas esas mujeres que se han visto privadas de la experiencia social del trabajo socializado y la relativa independencia de tener su propio sueldo? En su caso ciertamente no es tan sencillo.

Esta «doble esclavitud» que espera que llevemos la carga de dos trabajos, uno dentro de la casa y otro fuera de ella, es la respuesta más osada a nuestra rebelión: el capital la planeó hace mucho tiempo, incluso antes de que saliera a la luz el movimiento de mujeres, y la ha estado organizando de manera masiva. Aquí pondremos un solo ejemplo: un informe confidencial respecto al empleo de mujeres y de personas menores de 18 años (revelado en *Socialist Worker*, 21 de diciembre de 1968) que preparó el National Joint Advisory Committee, junto con representantes de la Confederación de Industrias Británicas, las industrias nacionalizadas, el ministro de Trabajo y —¿adivináis quién?— el TUC.⁹ El informe decía:

Con la constante introducción de equipo nuevo y caro, la jornada laboral continuará sin duda alargándose para maximizar el retorno económico de la inversión de capital involucrada y de

⁸ Ted Heath, primer ministro conservador [entre 1970 y 1974].

⁹ Trade Union Congress, el órgano central al que la mayor parte de los sindicatos están afiliados.

hecho antes de comprometer capital para la compra de dicha maquinaria los empleadores quieren asegurarse de que esta jornada laboral será posible y asegurarse así el beneficio adecuado.

¿Entendemos *ahora* la ley de igualdad salarial, que otorga lo que ellos consideran igualdad salarial con la premisa de que trabajemos por turnos?

El informe confidencial analizaba la sección 68 de la Factory Act que requiere que todas las mujeres y personas jóvenes en una fábrica tengan los descansos al mismo tiempo. La sección 68 dice: «Se le niega a los empleadores la flexibilidad de organizar las horas de sus mujeres y de sus jóvenes [...] algo tan esencial en las condiciones actuales». Esto deja claro que no es real la supuesta falta de planificación del capital, y la también supuesta utilización «periférica» que la industria hace de nosotras.

Es en este punto en el que el movimiento puede construirse o romperse. Podemos ser las sufragistas modernas, solo que más peligrosas para las mujeres, ya que donde muchas de ellas invitaban a las mujeres a votar y ser libres, nosotras las invitaremos a ser libres a través del trabajo. O podemos romper con este aspecto reformista de nuestro pasado y proponer una alternativa revolucionaria.

No hay duda de que hay momentos en los que a las mujeres puede parecerles que no tenemos más alternativa que exigir un segundo trabajo; o demandar que al menos tengamos algún tipo de elección respecto del segundo empleo que cogemos, especialmente en los lugares en los que no hay industrias femeninas y los talleres clandestinos son los únicos lugares en muchas millas a la redonda en los que una mujer puede ganar suficiente dinero como para compensar la inflación y evitar tener que degradarse ella misma teniendo que pedirle dinero a su marido para comprarse unas medias. Pero si nosotras mismas nos limitamos a esto, si este es nuestro programa, nuestra estrategia, y somos incapaces de superar este umbral de poder, lo único que estaremos haciendo es organizar a las mujeres para que sean explotadas de manera más eficiente y despiadada.

La pregunta es, en líneas generales, ¿cuáles son las alternativas respecto de la organización y a las demandas?

Primero, el nivel de organización de las mujeres es bajo. Esta es la razón más obvia por la que las mujeres del movimiento se ven tentadas a concentrar sus esfuerzos en atraer más mujeres a los sindicatos. Los sindicatos representan una institución ya en funcionamiento y «con experiencia» —de la que carecemos nosotras— y que no tiene que construirse desde la nada. Pensar en construir una organización sin contar con una tradición (excepto la tradición misma de la lucha) es una manera de romper con otras tradiciones que, entre otras cosas, ayudaron durante años a evitar la creación de un movimiento de mujeres revolucionario. Es difícil pensar en una organización independiente —independiente de toda esfera del poder establecido—, y más aún en crearla, cuando hay miles de mujeres que no se han puesto en marcha.

Pero la imagen no es tan desesperante como parece. Ha habido docenas, por no decir cientos, de huelgas por la igualdad salarial. El Claimants' Union [Sindicato de Solicitantes]¹⁰ está ganando fuerza y su núcleo está compuesto por madres que no reciben ningún tipo de ayuda. Hace muy poco las mujeres de las áreas mineras llevaron a cabo su primer intento de organizarse de manera independiente. Además, si no nos dejamos cegar con la «conciencia sindical» podremos ver cómo las mujeres que tienen los peores empleos, menor presencia sindical en las fábricas y están menos organizadas desarrollan sus luchas recurriendo a formas totalmente nuevas. Aquí el *Daily Sketch* del 18 de enero de 1971:

Miles de chicas dejan sus rutinarios trabajos en las fábricas, hartas de ser tratadas como «robots». Se quejan del trabajo monótono y de los jefes impersonales. Las chicas se frustran porque los trabajos que realizan hacen poco uso de sus habilidades y no les dejan espacio a la satisfacción personal.

Estos eran los elementos principales que señalaba una investigación de la Universidad de Bradford respecto a las razones por las que el 65 % de las mujeres abandonan a los pocos meses sus trabajos en la industria electrónica. (Aquí se ve claramente para quién trabajan las universidades).

¹⁰ Un Sindicato de Solicitantes es una organización de base cuya política se basa en el apoyo mutuo y en la educación de sus miembros para ayudar a que aquellos que tienen derecho a ayudas sociales puedan realizar sus solicitudes y reciban las ayudas que necesitan. [N. de la T.]

No somos solo víctimas; también somos rebeldes. Es famoso el absentismo de las mujeres. En vez de reclamar el control de los trabajadores sobre la producción, su acción va mucho más en consonancia con la idea de control obrero de la lucha, a la mierda la producción.

Vemos que la primera barrera para la organización independiente, la supuesta apatía de las mujeres, no es tal y como se había asumido que era. Si empezamos a mirarlo desde el punto de vista de las mujeres, respetando lo que hacen las mujeres y no midiéndolas con lo que hacen los hombres, veremos la riqueza de su rebelión y que las mujeres rechazan el trabajo y las relaciones y los roles que este produce.

Esto no siempre se estructura como una rebelión y un rechazo organizados. Bueno, pues si es así, organicémosla. Los sindicatos no lo hacen; lo que hacen es pisarle la cabeza para que no tenga lugar.

Parece haber dos niveles de demandas, aquellas que abarcan una exigencia local y aquellas que defiende el movimiento en general. En realidad nuestro movimiento ha sufrido de una separación artificial entre ambos. Las Four Demands [cuatro demandas] por las que nos manifestamos el año pasado [1971] han estado desconectadas en su conjunto de la actividad de cada grupo (en parte al menos debido a la aridez de esas demandas).¹¹

Nuestra preocupación debe ser realizar demandas con las que el movimiento exprese en pocas palabras el alcance de su rechazo a la opresión y la explotación de las mujeres. La tensión entre la lucha local y los principios asentados del movimiento no desaparece sino a través de demandas locales que movilicen a las mujeres allí donde estén y hagan que la lucha pierda su carácter esporádico, provincial y desconectado. Las demandas deben abrir la posibilidad de crear desde el principio nuevos modelos y áreas de acción en cada situación local, y mantener visible en todo momento los objetivos fundamentales. Se podría hablar mucho más sobre esto, pero mejor echamos un vistazo a las demandas propuestas.

¹¹ Dichas demandas eran: Igualdad salarial, igualdad en las oportunidades educativas, guarderías 24 horas, anticonceptivos gratuitos y aborto libre.

1. DEMANDAMOS EL DERECHO A TRABAJAR MENOS. Una semana laboral reducida para todos. ¿Por qué debería nadie trabajar más de 20 horas a la semana? Las amas de casa dudan a la hora de pedirles a los hombres que cuiden de sus propios hijos y se laven su propia ropa interior cuando vienen de hacer al menos 40 horas semanales agotadoras. Y sin embargo, las mujeres lo hacen, por ellas y por los hombres. Cuando las mujeres son amenazadas con el despido, el objetivo de la lucha debe ser conseguir una reducción de las jornadas. (Puede que por una vez los hombres acepten *nuestro* liderazgo).

2. DEMANDAMOS UN INGRESO ASEGURADO PARA LAS MUJERES Y LOS HOMBRES, TRABAJEN O NO TRABAJEN, CASADOS O SOLTEROS. Si criamos niños, tenemos derecho a un salario vital. La clase gobernante ha glorificado la maternidad pero solo si hay un sueldo que la mantenga. Trabajamos para la clase capitalista. Pues que nos paguen o, si no, podemos ir a las fábricas y las oficinas y dejar a nuestros hijos en el regazo de sus padres. Veamos si pueden construir automóviles Ford y cambiar pañales al mismo tiempo. DEMANDAMOS SALARIOS PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO. Todos los que mantienen el hogar tienen derecho a un salario (los hombres también).

3. Es en este contexto que DEMANDAMOS EL CONTROL SOBRE NUESTROS CUERPOS. Si el control de natalidad fuese libre, ¿sería control? Y si pudiéramos tener aborto libre, ¿sería control? ¿Qué pasa con los hijos que queremos tener y que no podemos permitirnos? Nos vemos forzadas a demandar aborto y esterilización del mismo modo que nos hemos visto forzadas a demandar empleos. Dadnos dinero y dadnos tiempo, y estaremos en una mejor posición para controlar nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestras relaciones. Control de natalidad gratuito, aborto libre para quien lo quiera (incluyendo a las hermanas de aquellos sitios a las que incluso se les niega el aborto legal, la sororidad es internacional). DEMANDAMOS EL DERECHO A TENER Y A NO TENER HIJOS.

Sin embargo, la crianza no es la única función de nuestros cuerpos que controla el capital. En el trabajo obligamos a nuestros cuerpos a hacer cosas que no quieren hacer: movimientos repetitivos y bruscos en la cadena de montaje, estar sentadas o de pie constantemente, respirando humos y suciedad. El trabajo

a menudo es doloroso y peligroso. Es siempre desagradable y agotador. Al acabar el trabajo, tu cuerpo está demasiado exhausto como para que puedas sentir algo, ni para disfrutarlo. Por esta razón es imposible desarrollar la sexualidad. Nuestro sentimiento físico se ve aún más destruido por los limitados tipos de sexualidad y las relaciones superficiales que promueve esta sociedad y por la falta de tiempo y lugares donde podemos hacer el amor. Nuestros cuerpos se convierten en una herramienta para la producción y la reproducción y para nada más.

4. EXIGIMOS IGUALDAD SALARIAL PARA TODOS. Hay una tarifa para los chicos y una tarifa para las mujeres y una tarifa para los hombres, y una tarifa para los «cualificados» y una tarifa para los «no cualificados», y una tarifa en el Norte y una tarifa en el Sur. Quien sea que trabaje se merece un salario mínimo y el mínimo debe ser la tarifa de los que más cobran.

5. EXIGIMOS EL FIN DEL AUMENTO DE PRECIOS, incluyendo los impuestos, los alquileres, la comida y la ropa. Se está cociendo una batalla respecto a la vivienda. Como es habitual, con las luchas de inquilinos, las mujeres estarán en el centro de la misma: son ellas las que rechazan al cobrador del alquiler cuando este llama a la puerta durante la huelga de alquileres. Pero nuestra intervención puede ayudar a garantizar que las mujeres también la liderarán y no se verán confinadas a preparar el te en la trastienda del salón de actos mientras que el hombre lanza el discurso en la parte abierta al público.

6. EXIGIMOS GUARDERÍAS GRATUITAS CONTROLADAS POR LA COMUNIDAD. Tenemos derecho a una existencia social sin tener que hacer otro trabajo fuera de nuestras casas. También las madres tienen derecho a trabajar menos. Los niños, como las mujeres, también están encerrados en las casas. Pero no queremos que en vez de estar encerrados en casa lo estén en instituciones del Estado. Los niños, las mujeres y los hombres deben tener la posibilidad de aprender unos de otros y de romper con la existencia en el gueto en el que cada uno de ellos se encuentra confinado. Cuando sea así podremos empezar a destruir la autoridad del Estado sobre nuestros hijos y nuestra posesión sobre ellos. Del mismo modo

que los niños deben ser liberados del Estado, también las personas mayores y los enfermos mentales y físicos deben regresar al cuidado de la comunidad. Necesitamos tiempo y necesitamos dinero para destruir las prisiones en las que nuestros hijos, nuestros abuelos y nuestros enfermos están confinados.

¿Cómo organizamos una lucha en torno a estas demandas? El Sindicato de Solicitantes ya ha comenzado a hacerlo. Pero el bajo nivel generalizado de organización de las mujeres significa que aún queda un montón de trabajo por hacer.

Empecemos por unir aquello que el capital ha dividido. Si los hombres aún no han aprendido a apoyar la lucha por la igualdad salarial que hemos desarrollado es porque el privilegio que tienen sobre nosotras —basado en sí mismo en el «privilegio» de doble filo del salario— les ha cegado frente a sus intereses de clase. Siempre han pagado caro el no unirse a nosotras y se han visto expulsados de los empleos para ser reemplazados por mano de obra femenina «más barata». Puede que tengamos que confrontar no solo a los empleadores, sindicatos y gobierno sino también a los hombres cuando exijamos igualdad salarial. La igualdad salarial para todos también puede hacer que se pasen a nuestro bando al demandar también igualdad salarial entre ellos. La batalla por la paridad en la industria automovilística es la clave hallada por la clase para desarrollar esta lucha.¹²

Podemos organizarnos con las mujeres en aquellos lugares en los que trabajen asalariadas, en los que compran, en donde viven y trabajan. Las mujeres de muchas de las zonas industriales tienen muy cerca áreas comerciales, donde compran en su hora de la comida.¹³ A menudo viven en los alrededores. Podemos comenzar repartiendo panfletos en los tres lugares, con el objetivo de organizarnos en torno a sus problemas más acuciantes: horas de trabajo, salarios, inflación, cuidado de los niños y esclavitud. Las amas de casa pueden ir a los servicios sociales [*welfare*] y

¹² La batalla por la paridad salarial es la lucha de los trabajadores en la industria del automóvil a lo largo de Gran Bretaña. Es una batalla por la igualdad salarial. Pero los gobiernos, los sindicatos y los medios de masas garantizan que la frase «igualdad salarial» sea vista como «un tema de mujeres» más que como un problema de la clase de la que formamos parte.

¹³ Áreas concedidas totalmente a las fábricas.

pedir dinero, del mismo modo que lo hicieron las mujeres y los niños de las zonas mineras, *no necesitamos esperar a que los hombres vayan a la huelga*, podemos pedirles que vayan a la huelga para apoyar lo que *nosotras* hacemos.

Es posible que las mujeres se sientan demasiado débiles como para actuar de manera independiente a los sindicatos (aunque nuestro trabajo es enfatizar la fuerza potencial de las mujeres, y puede que reciban presión desde muchos puntos —*especialmente de parte de los empleadores*— para que acudan a los sindicatos una vez que empiecen a entrar en acción). Todas ganamos confianza y experiencia. Podemos llevar a cabo huelgas contra la inflación, frente al aumento de los alquileres, frente a los turnos laborales para hombres y mujeres. Podemos ofrecer a las amas de casa una existencia social diferente a la que da tener otro empleo, podemos ofrecerles el poder del movimiento y de la lucha misma.

Por supuesto que esto es mucho más fácil decirlo que hacerlo, pese a que la situación en este país está cambiando tan rápidamente que cada día hay algo nuevo que se vuelve posible. Esto significa comenzar un debate acerca de estas posibilidades pero en nuestros términos.

Tampoco esto es una imagen completa de lo que está pasando hoy en día en Gran Bretaña (o en cualquier otro sitio), ya sea entre los trabajadores, o en los salones de juntas, en las oficinas gubernamentales o en las oficinas centrales del TUC. Pero yo lo tengo claro, como creo que también le ha pasado a otras personas, y pienso que ha llegado el momento de dar el salto con todo lo que hemos aprendido en los pequeños grupos de debate y pasar a la acción política. No debemos permitir que lo que nosotras *sabemos*, la experiencia de las mujeres, se vea traducida de segunda mano como políticas de la «conciencia sindical», planteada (tal y como se nos ha planteado) como única alternativa viable. Adiós a todo eso. Cuando el 20 % de las mujeres de la fuerza de trabajo de una fábrica mayoritariamente femenina no regresan a trabajar el lunes, están demostrando estar años luz por delante de los sindicatos, que son de facto su enemigo mortal. No solo luchan para ser explotadas bajo mejores condiciones laborales sino que luchan contra la explotación, contra el trabajo en sí. Nosotras en el movimiento de mujeres deberíamos ser las últimas en creer o en funcionar bajo la idea absurda de que las mujeres son incapaces

de saltar por encima y sobrepasar las opresivas instituciones que han atrapado a los hombres. La razón por la que podemos ir más allá de estas instituciones opresivas es precisamente porque hemos sido ignoradas y excluidas por esas instituciones.

Un último apunte. Se está dando un debate en el que se dice que la mayor parte de nosotras somos «clase media». ¿Lo somos? Estas definiciones de clase son más sociológicas que políticas y deben ser reexaminadas. En todo caso, tal y como lo definió el *Shrew* de Notting Hill, para tener sororidad debemos superar los mitos de que solo las mujeres de «clase obrera» están oprimidas y que solo las mujeres de «clase media» pueden saber que están oprimidas.¹⁴ Algunas mujeres, reconozcámoslo, solo están en el movimiento porque el capitalismo es muy retrógrado y deja a las mujeres fuera del gobierno y de los empleos bien remunerados. En algún momento deberán decidir si quieren encajar o no en los planes que el capital y el *Financial Times* tienen para ellas. Pero su acción no debe detenernos a las demás.

Muchísimas de nosotras luchamos contra el capital porque existe y no porque sea retrógrado. Cada vez somos más conscientes de que la opresión de todas las mujeres tiene sus raíces en el trabajo indispensable, en la casa, en la oficina, en el hospital y la fábrica, que las mujeres realizan para el capital, algunas veces con salarios bajos, y la mayor parte de las veces sin salario. Debemos superar esta culpa acerca de si nuestros suelos están o no alfombrados y si hemos recibido una «buena» educación, como si alguna vez nos hubiesen enseñado algo distinto a pensar como ellos y a actuar por ellos. La culpa no construye un movimiento político; lo inhibe y lo agota. Porque la culpa se convierte en un sacrificio y el sacrificio se convierte o bien en martirio, o bien en amargura, o bien en ambos.

Llegados a este punto el primer paso en el proceso para liberarnos es hacer nuestra propia evaluación de la situación política del país (y más tarde, con la ayuda de otras mujeres, del mundo) a partir de lo que nos han dicho tanto nuestros instintos como ocurre con la gente de las zonas mineras, y actuar en consecuencia. Así, el hecho de que seamos clase media no se interpondrá

¹⁴ *Shrew* fue una publicación mensual del Women's Liberation Workshop, en Londres. Cada miembro del grupo editaba por turnos un número. La referencia es al volumen 3, número 8, septiembre de 1971.

cuando estemos librando la lucha de clases, sino que la lucha de clases se desarrollará tal y como nosotras, como mujeres, la definamos y como solo nosotras podemos librarla, por primera vez de manera generalizada. Llevará cierto tiempo, pero Roma no cayó en un día.

7. Una perspectiva para vencer (1972)

A RAÍZ DEL EXPLOSIVO debate que siguió a la publicación en Gran Bretaña de *Mujeres, sindicatos y trabajo*, en marzo de 1972, se me ha pedido que haga algunas aclaraciones acerca de ciertos malentendidos respecto de los sindicatos que surgieron en dichos debates. Inmediatamente tracé una línea divisoria entre la oposición casi violenta de las organizaciones de la izquierda y las dudas y los desacuerdos de las feministas revolucionarias. Hablaremos de pasada de lo primero más tarde, pero estas organizaciones no pueden ser nuestra principal preocupación.

Las feministas que vienen de clase trabajadora han crecido identificando la defensa de su clase con los sindicatos. A las feministas cuyo origen no es la clase obrera (entre ellas aquellas que se siguen considerando a sí mismas «clase media» porque sus maridos lo son, pese a que ellas son amas de casa a tiempo completo sin salario alguno, o aquellas que son la primera generación en su familia de trabajadoras asalariadas: enfermeras, profesoras u otro tipo de trabajadoras de cuello blanco) les pone nerviosas la idea de que ignorar o atacar a los sindicatos desde una perspectiva feminista las pueda separar aún más de la clase de la que se sienten ajenas pero con la que se quieren identificar. Ambos grupos de mujeres asumen que los sindicatos *son* la clase obrera, como si la clase obrera fuese idéntica a los sindicatos y se pudiese subsumir en ellos, más aún si tenemos en cuenta que la mayor parte de la clase obrera internacional —incluso los

hombres— no forman parte de ningún sindicato. *Pero, sean o no miembros de estas organizaciones, la clase obrera no son los sindicatos ni tampoco lo es el Partido Laborista, ni ninguna de las organizaciones reformistas que este construyó a partir de la lucha revolucionaria.*

¿Defensa o ataque?

La clase obrera es capital, capital bajo la forma de máquinas, es decir, trabajo consumido y atrapado en la forma de personas, que funcionan como apéndices, directa o indirectamente, de dichas máquinas. La clase se ve compelida a vender voluntariamente su fuerza de trabajo, su capacidad para la actividad mental o física, su capacidad para cooperar socialmente —su esencia humana y animal— por un salario. Se ve forzada a producir riqueza siguiendo un modelo de crecimiento infinito, reproduciendo en detrimento propio el poder, el capital, la relación social que supone la esclavitud asalariada. La clase obrera debe sobrevivir en la agonía y humillación de esta relación (que involucra a cada trabajador, asalariado y no asalariado, trabaje en la fábrica o en la oficina, vista un delantal o un mono de trabajo). Estas organizaciones —sindicatos o partidos— son una expresión de los explotados por intentar defenderse ellos mismos para evitar que el capital domine completamente sus vidas. Sin embargo defenderse frente al dominio del capital empuja a la clase obrera a la subversión y no a una mera lucha por la supervivencia.

Por eso la clase obrera al mismo tiempo que es anticapitalista y revolucionaria, busca desarrollar su propio poder para ser autónoma frente al capital y acabar con sí misma, acabar con la clase obrera. En la esfera internacional se confronta consigo misma como capital, debe enfrentarse a los retos de la relación social que ella misma reproduce cada día e intenta desarrollar su poder para romper el nudo gordiano de su propia esclavitud. El movimiento de mujeres es una expresión de esta búsqueda de poder. Al igual que también lo es el movimiento negro. Del mismo modo que también lo son los movimientos estudiantiles y los estudiantes que se enfrentan tanto al presente capitalista como a su futuro como trabajadores, como mano de obra. Como también lo son el sabotaje, el absentismo, las huelgas salvajes y las oficiales,

y los paros en las fábricas. Y también lo son los movimientos organizados por los Sindicatos de Solicitantes y las organizaciones que exigen prestaciones sociales, que expresan sus demandas a través de organizaciones conocidas nacionalmente y cientos de grupos (miles en América del Norte) de madres solteras que carecen de apoyo económico. También lo es el hurto en las tiendas y las batallas cotidianas del ama de casa, «con prestaciones» y «sin prestaciones», por trabajar menos y cobrar más dinero. Y también lo es el movimiento gay, ya que rechaza la división sexual del trabajo, y en particular las mujeres lesbianas que minan las bases de la relación de poder disfrazada de una expresión sexual que nos anula y que es parte del trabajo de las mujeres.

Esta autonomía de la clase obrera siempre encuentra su expresión en el flujo y reflujo de la confrontación. Los partidos políticos y los sindicatos que se unen a ella cuando la marea va a favor (si bien la congelaron cuando se formaron) jamás serán capaces de mantener el ritmo del desarrollo propio de la clase obrera, y su insistente búsqueda de un poder para destruir ella misma su naturaleza de clase obrera. La contradicción entre la clase obrera como capital, como reproductora de su propia explotación, y la clase obrera como sepulturera de esta explotación no deja espacio para ser «moderados». Las organizaciones que han dejado de ser la expresión de los objetivos de la clase trabajadora y son solo una imagen de lo que fueron, del tipo de lucha y de objetivos ya superados, se convierten en lo opuesto, se transforman en su enemigo. Y justo porque estas organizaciones no han sido injertadas en la clase sino que nacen de la lucha, son las que se convierten en el agente más eficaz a la hora de crear un muro de contención que limite las luchas y refuerce el papel de la clase obrera como capital, son ideales para disciplinarnos para el trabajo y para modelarnos de manera que seamos disciplinados. A medida que se fortalece la clase obrera, sus propios objetivos muestran una oposición total al capital, una expresión más completa de su propia necesidad; y cuanto más se introducen los agentes del capital en el tejido de la clase obrera misma, más difícil es identificarles, su aspecto, su vocabulario, su acento de clase obrera les mistifica más aún en este papel y les vuelve más peligrosos.

Los sindicatos no bromean

La lucha ha alcanzado un punto en el que la mano de obra rechaza de manera generalizada el trabajo, ya sea en las casas, en la escuela o en la fábrica —y por fábrica entendemos todo lugar en el que se desempeñe un trabajo remunerado—. Los sindicatos, los laboristas, los socialistas, los comunistas y los partidos más nacionalistas, todos ellos se basan en la inevitabilidad y la necesidad del trabajo y, en consecuencia, en la obligación de trabajar. Son inseparables de la organización capitalista del trabajo. Son inseparables del Estado capitalista y de su intento de planear, controlar y racionalizar cada momento de nuestras vidas. Mientras que median (en el mejor de los casos) o sabotean de manera abierta luchas específicas (en el peor), se esconden agazapados entre el gobierno (sí es que ellos mismos no forman parte del gobierno) y los grandes industriales (sí es que no son ellos mismos los magnates industriales), planeando maneras más eficientes de explotar y controlar, ideando incentivos con los que atraer nuestra atención e involucrarnos de nuevo, incluso para hacer que participemos en la planificación de nuestra propia explotación y control. Ellos lo llaman «participación».

La clase trabajadora necesita confrontar, destruir y trascender los sindicatos y los partidos políticos para poder confrontar, destruir y trascenderse a sí misma como capital. Cuando ve que el enfrentamiento masivo y directo es imposible, se aleja del trabajo, de la «política», la «responsabilidad» y la «participación» y deja de escucharles dándoles la espalda.

Cuando las mujeres de la fábrica de Chesebrough Pond en Londres empezaron a organizarse de manera autónoma, el delegado sindical dejó claros sus argumentos y también los nuestros: «El sindicato solo representa a la gente que quiere trabajar».

La joven irlandesa que le dio un codazo a la mujer sentada a su lado y le susurró «debe de estar bromeando» tenía una idea diferente de por qué gastaba ella su precioso tiempo fuera del trabajo en ir a las asambleas. *Ella tenía otra perspectiva*. O lo que es lo mismo, cuando emplea parte de su tiempo que no está en manos del capital lo hace con el objetivo de recuperar más tiempo, para recuperar su vida, para quitársela al capital. Y cuando miró alrededor para ver dónde estaba el poder para hacer esto, frente

a ella estaba el sindicato, listo para defenderla pero solo si ella estaba preparada para continuar aceptando la explotación como su destino natural. Los sindicatos, por desgracia, no bromean.

En Detroit, donde escribo esto, es imposible decir que esta manera de definir la relación de los trabajadores asalariados con el sindicato es simple retórica. Durante muchos años (desde que el sindicato y su sistema de antigüedad ayudó a que los administradores echasen a las mujeres de las grandes plantas de producción) las mujeres han sido confinadas a los talleres de explotación laboral de los que se nutre el monstruo automovilístico de Motown; muchos de ellos no están sindicados, todos tienen bajos salarios y una elevada velocidad de producción, un nivel de explotación que recuerdo demasiado bien (*esta* es la esencia del «American way of life»). Que haya o no un sindicato marca una diferencia. No pueden despedirte tan fácilmente. El salario varía según la escala sindical —pero con tarifas femeninas, porque probablemente es una fábrica con mayoría de mujeres o trabajas bajo la «clasificación» de mujer—; conocemos la rutina, toda mujer asalariada la conoce. Y para los miembros del sindicato existen algunas ventajas gracias al seguro médico: el cuidado sanitario (en un país en el que prácticamente tienes que ser millonario para poderte permitir enfermar) es más barato. Pero también en un taller sindicado se exige mayor velocidad en la producción, así que necesitan el seguro médico, porque el trabajo, la velocidad del trabajo y el porcentaje de accidentes son asesinos.

En algunos casos la empresa apela al sindicato a que «organice» a los trabajadores. En otros lugares el sindicato se acerca a la empresa y hace un trato: nos dejás entrar, automatizas las cuotas y verás como no hay huelgas. En cierta fábrica las mujeres rechazaron a todos los organizadores ya que tenían claro que el sindicato aumentaría los salarios y la empresa aumentaría los porcentajes de productividad con el consentimiento del sindicato. Eligieron trabajar menos. No era una gran elección, pero al menos era una elección.

Y sin embargo, en otros casos, las mujeres se enfrentan a las amenazas por parte de los gestores y serán ellas mismas las que traigan al sindicato, solo para quejarse más tarde de que le pagan las cuotas a un sindicato que lo que hace es ayudar a los administradores a regularlas y supervisarlas. En otros lugares todavía

no hay sindicato, pero los trabajadores están dominados y debilitados por la idea de que un sindicato no les ayudaría mucho incluso aunque tuviesen uno. Paguen o no paguen cuotas, las mujeres y los hombres de las plantas saben que, tal y como están ahora las cosas, ellos están atrapados de por vida, y que no hay nada establecido que puedan cambiar. Viven con una creciente frustración, enfado, desprecio y odio a sí mismos.

Las huelgas estallan, y también lo hace la violencia, contra los capataces, contra las máquinas o contra el producto en el que entran una parte de tu vida, contra el sindicato y, por último, directamente contra el Estado cuando este manda a la policía para disciplinarte y que vuelvas a la mesa de negociación, de vuelta al trabajo, de vuelta a la esclavitud.

Podemos decir que Estados Unidos es «diferente»; que aquí no es así. En un sentido limitado, en Gran Bretaña *es* diferente. Los sindicalistas mafiosos de turno no «liquidaron» al líder de la oposición, como hicieron en el sindicato del carbón en Estados Unidos hace un par de años (y podemos imaginar lo que le han hecho a lo largo de los años a los trabajadores cuya puesto estuviera simplemente en la cadena de montaje). Pero ¿es diferente en esencia? ¿Estamos intentando convencernos a nosotros mismos de que hay un «camino británico» hacia la nueva sociedad? ¿Hay algo menos violento y menos brutal en los dueños del capital en Gran Bretaña (que casualmente son los mismos que los dueños del capital en Detroit, París, Santiago, Ciudad del Cabo y Belfast, y que los descendientes del genocida imperio británico)? Los sindicatos británicos no han utilizado matones para pegarles palizas a los trabajadores; pero esto no es crédito suyo, sino crédito de la clase obrera británica, la más experimentada del mundo.

Autonomía feminista

La autonomía feminista se ha presentado como una cuestión separada de la clase y en la fábrica esto nos lleva a un punto muerto, porque nos vemos atrapadas entre la empresa y el sindicato. Pero la propia existencia de nuestro movimiento demuestra su autonomía frente al capital y a todas sus instituciones: autonomía de la fábrica, de la familia, de los partidos políticos de izquierda y de

derecha, de los sindicatos de izquierda y derecha —del Estado— y, puesto que, en su relación con las mujeres, los hombres actúan en beneficio del capital también es autónomo de los hombres. No nos esforzamos por ser autónomas respecto al capital porque explotamos más a las mujeres que a los hombres sino porque explota. Nos esforzamos por ser tan autónomas de los hombres como dependientes son ellos del capital que les utiliza como instrumentos de esta explotación. Nuestra explotación tiene sus raíces en la casa, en nuestro trabajo no remunerado de producir y reproducir trabajadores. Debido a la separación geográfica entre la casa y la fábrica, a causa de la inmensa disparidad en la tecnología entre el fregadero de la cocina y el ordenador o los altos hornos, porque un trabajo es exclusivo para las mujeres y el otro está identificado con los hombres, porque uno conlleva un salario y el otro no, por todo esto parece que no haya conexión entre ello.

En realidad *el callejón sin salida de la fábrica se basa en la explotación no asalariada en el hogar*, en la debilidad de los más débiles —los no remunerados— y en que esta debilidad de los no asalariados (provocada por su separación) garantiza la posición de los asalariados; del mismo modo que el aislamiento y la no remuneración del trabajo doméstico se reafirma a partir de la necesidad que la fábrica tiene de la mano de obra, el producto de este trabajo doméstico sin el cual la fábrica se pararía. Es un solo circuito de producción, organizado por el capital no solo para producir sino también para que parezca que son dos circuitos separados en los que luchar en vez del circuito único que realmente es.

El hecho de que la mujer no esté asalariada la hace dependiente del salario del hombre y refuerza la dependencia que el hombre tiene de su trabajo. La falta de salario hace que las amas de casa —tras cuyo aislamiento se oculta el trabajo social, el trabajo de producir seres humanos y no objetos, fuerza de trabajo humana— entren ya con una posición debilitada de antemano en la fábrica. Y cada día que la inflación (que el capital ha organizado pero que ya no puede controlar) aumenta, nos vemos aún más empujadas a esa fábrica o encadenadas a ella si ya estamos dentro. *Los sindicatos nunca nos sacarán de allí a no ser que el capital nos quiera fuera*. Desde el momento en que las puertas de la fábrica se cierran detrás de nosotras, o frente a nosotras, la clase y la lucha se ven divididas. O bien estamos atrapadas en casa cuidando y criando a los niños, en el aislamiento no remunerado,

sirviendo a los hombres para que estos puedan servir al capital, y nuestra voluntad se ve subordinada a la suya; o salimos de la casa para realizar un trabajo pobremente remunerado, dejando nuestros hijos a cuidadoras o en las guarderías estatales y al llegar a casa empezamos con nuestra segunda jornada laboral en la que nuestra voluntad sigue estando subordinada a la suya.

Nuestro feminismo abarca la totalidad de la explotación, en la casa y fuera de esta, y por ello comprende la totalidad de la lucha de la clase obrera, en la casa y fuera de ella. *Ninguna organización de la clase obrera ha hecho esto antes.*

Nuestra lucha contra la fábrica no es solo una lucha por salir de ella sino para no tener que entrar nunca. Nuestra lucha contra la familia es para salir de ella, pero no para que esto nos libere para ir a la fábrica. Esta es nuestra exigencia de autonomía, nuestra perspectiva autónoma de clase, cimentada en este rechazo total a la organización capitalista de nuestras vidas, de nuestro trabajo. Dicho rechazo es un rechazo a que nuestra estrategia sea una estrategia de defensa. Manteniendo lo que tenemos (que de todas maneras se ha demostrado que no se puede defender) o intentando adelantarnos a la rapidez con la que el capital puede incorporar nuestras demandas aumentando al mismo tiempo nuestra productividad, les seguimos pagando más con nuestro trabajo intensivo tanto en casa como fuera de ella («eficiencia») que lo que les retraemos — así funciona el sindicato: *la función del sindicato es organizar esta estafa* —. Solo podemos elaborar nuestra estrategia si pasamos a la ofensiva *porque las mujeres no van a apoyarnos en nada que no sea ir a la ofensiva y porque es la única manera de ganar*. En el sentido más literal, las mujeres no tienen tiempo para algo que no sea esto, y no hay tiempo para ninguna otra cosa. Hace mucho que se diseñaron los planes para nuestra completa institucionalización tanto en la casa como en la fábrica; hace tiempo que arrastramos las cadenas de la doble jornada y su peso va en aumento.

Salarios para el trabajo doméstico

La perspectiva con la que nos oponemos al gradualismo de los sindicatos es la perspectiva de los salarios para el trabajo doméstico. Es la demanda de poder de las mujeres, de autonomía frente al capital. Es la perspectiva de la victoria.

Desde el momento en que organizamos una lucha para lograr salarios por el trabajo doméstico que realizamos en la casa, estamos demandando que el trabajo en casa se considere *como* trabajo y que, como todo trabajo en una sociedad capitalista, se reconozca que es trabajo forzoso, y que no lo hacemos por amor sino porque, como cualquier otro trabajo, nosotras y nuestros hijos nos moriríamos de hambre si dejásemos de hacerlo.

En la medida en que demandamos un salario y desmitificamos el trabajo doméstico, demostrando que es un trabajo forzado, abrimos la posibilidad a rechazarlo sin sentirnos culpables. Lo rechazamos con el poder que nos da empezar a reconocer y articular nuestras propias necesidades, y exigir que se tengan en cuenta.

En la medida en que demandamos un salario, salimos de la casa para luchar, *no* para tener otro empleo.

En la medida en la que ganemos un salario, tendremos el poder de empezar a rechazar la fábrica, ya sea porque tengamos menos necesidad de acudir a ella, ya sea dictando los términos en los que entramos en ella, o dejándola atrás si ya nos han institucionalizado en las mismas. La lucha por la igualdad salarial comienza cuando tienes un salario que igualar, es decir, cuando se tiene un salario *antes* de que entremos en la fábrica, en la oficina, el hospital, la cantina, el autobús, la escuela.

En la medida en la que demandamos un salario y *demostramos nuestro poder*, seremos capaces de lograr el apoyo de los hombres a nuestras demandas *por primera vez de manera masiva*. Y esto significa un cambio en una vieja tradición. Todos y cada uno de los grupos o partidos de izquierda, todos los sindicatos nos dijeron que lo mejor que podíamos hacer era unirnos a los hombres y apoyarlos. Y lo hicimos —no hubieran logrado *nada* si no lo hubiésemos hecho—. Ahora nosotras demandamos unidad en nuestros propios términos: deben apoyarnos ellos a *nosotras*. Pero ni lo estamos debatiendo con ellos ni tampoco queremos darles lecciones morales. Le hablamos a su interés material de clase. *Los hombres están más disciplinados para trabajar por un salario porque en la casa nosotras dependemos de ellos porque trabajamos sin salario*.

En la medida en que organicemos nuestro poder, estaremos socavando la relación de poder que produce y reafirma el chovinismo de los hombres contra nosotras. Abrimos la puerta para que se unan a nosotras: porque construyendo nuestra confianza,

minamos su sentimiento de superioridad y *les ofrecemos poder, pero este poder ya no será sobre nosotras*. Rompemos la relación de dominación de los obreros sobre las obreras en la fábrica, la jerarquía de poder del trabajo fuera de casa, que es y debe ser un reflejo de la relación marido-mujer en casa —*entre todos los hombres y todas las mujeres*—.

En la medida en la que demandamos un salario, demandamos que se nos devuelva el control del capital sobre nuestros cuerpos, ya sea porque producen hijos para el capital, que se convertirán en el objeto de las máquinas capitalistas, ya sea porque son nuestros propios cuerpos el objeto de dichas máquinas.

En la medida en la que demandemos y ganemos un salario podremos rechazar ser el ejército de reserva de no asalariados cuya presencia a la puerta de la fábrica amenaza toda lucha que las mujeres (y los hombres) libran dentro de la fábrica para trabajar menos y cobrar más.

En la medida en que ganemos un salario, estaremos dándonos a nosotras mismas independencia económica de los hombres, romperemos con la familia nuclear sustentada en el poder del salario del hombre sobre las mujeres y los niños. Esa es la medida en la que tendremos el poder para dejar relaciones intolerables, el poder para insistir a los hombres que compartan la carga de la casa. Pero es también el poder de demandar al Estado el dinero para reorganizar y minimizar el trabajo doméstico. Hagamos que les salga caro no pagar; al fin y al cabo nuestra lucha es el elemento más caro del presupuesto capitalista.

En la medida en la que demandemos un salario estaremos desvelando cada momento de nuestro trabajo cotidiano y sacaremos a la luz cada vez más áreas que deben ser remuneradas, y en las que podemos luchar por el salario.

Esta es nuestra perspectiva de clase.

Echemos ahora un vistazo a los sindicatos.

En la medida en la que organizamos una lucha contra el trabajo, ya sea el trabajo de las mujeres de hacer el amor para el capital o en contra de que el capital nos niegue que podamos hacer el amor; que tengamos que hacer hijos para el capital o que el capital nos impida tener hijos; fabricando objetos para el capital o siendo los objetos del capital; en cualquiera de estos casos, los

sindicatos intentarán tomar el mando y redirigirlo a canales seguros bajo su dirección, sea como sea. Porque los sindicatos son una expresión de nuestra función como capital y contra nuestra autonomía, la autonomía a través de la cual expresamos que somos anticapitalistas, que somos las que enterrarán el capital.

Por lo tanto, en la medida en la que organicemos nuestro poder, nuestro poder autónomo, chocaremos con ellos y con el poder del Estado porque son parte de este. Para el capital, la crisis nunca son *nuestras demandas*. Para ellos la crisis es *nuestro poder* para destruir la relación social y las instituciones en las que se basa *su* poder. El salario para el trabajo doméstico pretende organizar el poder para destruir nuestra dependencia del capital, esté mediada o no por los hombres, y del trabajo que esta dependencia nos obliga a hacer. Las mujeres no pueden separar vivir y trabajar; la experiencia femenina es la de 24 horas al día de trabajo forzoso. Y esta es la esfera de nuestra lucha, el ámbito de nuestra organización.

La unión de la izquierda

Como ya hemos dicho antes, la oposición por parte de grupos de la izquierda a *Mujeres, sindicatos y trabajo* ha centrado el debate en los sindicatos. Y al centrar en ellos su oposición al planteamiento del panfleto, por supuesto se han opuesto con la misma hostilidad a una perspectiva alternativa, a los salarios para el trabajo doméstico. Ninguno de los grupos de izquierda tomó a la ligera la contraposición de estas dos perspectivas políticas. Es significativo que, pese a que están en desacuerdo entre ellos en muchas cosas, han ignorado estas desavenencias, han obviado que se contradecían entre sí y se han organizado conjuntamente en el Movimiento de Liberación de la Mujer para derrotar la tendencia política a la que dio a luz en Gran Bretaña la publicación de *Mujeres, sindicatos y trabajo*. En ningún otro momento han concentrado sus energías de esta manera ni siquiera contra los liberales que se han declarado abiertamente antimarxistas. De esta manera han expresado cuál ha sido el «enemigo principal» que han escogido dentro del Movimiento de Liberación de la Mujer; y han demostrado lo superficiales que son las diferencias tanto

entre ellos como entre ellos y los liberales antimarxistas. No tienen ninguna desavenencia fundamental respecto al papel de las mujeres, los sindicatos, el trabajo y el Estado, el cual, al fin y al cabo, es la estructura disciplinaria última del trabajo en la que todo grupo de la izquierda aspira a convertirse.

No es accidental que esta aclaración de posturas haya salido a la superficie a través de su antifeminismo. Pese a que están preparados para «permitirnos» discutir «cosas de mujeres» —el aborto, la igualdad salarial (por supuesto por trabajo de igual valor), la «discriminación» o la «igualdad de oportunidades»— encuentran intolerable que contraponamos a sus políticas socialdemócratas (envueltas en retórica de partido bolchevique) un análisis de toda la lucha de clase pero que *comience por las mujeres*. Que hayamos afirmado que «llegados a este momento el primer paso en el proceso de nuestra liberación es llevar a cabo nuestra evaluación independiente de la situación política en este país (y más tarde en el mundo, con la ayuda de las mujeres de otros países)» les habrá parecido o bien retórica vacía o bien el más alto nivel de arrogancia de las mujeres, y en especial de las mujeres que no están dentro del marco de trabajo organizativo y bajo el auspicio de los hombres. Y al empezar a hacerlo hemos ido viendo cada vez más que el análisis de la izquierda respecto a todas las áreas de la lucha no solo es inadecuado sino que además va *contra* la clase obrera. Aquí dejamos un ejemplo de sus argumentos respecto a los sindicatos durante el debate del año pasado.

«Los sindicatos son reformistas pero necesarios».

Parece que debemos recordarles a estos grandes revolucionarios que las organizaciones reformistas, no solo no son revolucionarias si no que por definición son *contrarrevolucionarias*. En esta lucha no son neutrales. Solo los reformistas pueden defender el reformismo o, peor aún, animarnos a que extendamos su poder.

«Los reformistas no son los sindicatos sino la burocracia, el liderazgo. Debemos entrar en los sindicatos y reformarlos».

No es el Estado sino Ted Heath («¡Fuera Heath!» gritaba la izquierda masculina de ambos sexos en la marcha del Día de la Mujer de 1973). No es la institución de la fábrica sino la mala administración. («Control obrero» exclaman, o «Que los trabajadores sean los administradores», «Democracia en la zona de

producción». Dios impide que podamos soñar con la abolición de la zona de producción, menos aún luchar y planear su abolición). No es la familia sino que algunos maridos son malos (¡Ellos no, por supuesto, otros hombres! También apuestan por democratizar la familia. Los hombres, afirman, deben compartir la esclavitud de la casa. Deben hacerlo hasta que la esclavitud sea abolida. Son tan poco capaces de concebir la destrucción de la familia como la destrucción de la fábrica. Su plan de abolir la familia es convertirla en una fábrica. Esto es lo que significa apelar al Estado para que socialice el trabajo doméstico, el Estado de la disciplina laboral en la casa y fuera de ella). La «educación obligatoria» no es la fábrica para producir trabajadores disciplinados, sino que lo son las malas escuelas y las escuelas no democráticas. No es la medicina capitalista la que no funciona sino los doctores que no trabajan bien. No es la institución de la esclavitud sino los malos amos. No es el capital sino los malos capitalistas. No es el proceso productivo capitalista sino lo *que* produces (no ellos, alguna otra persona, y cuando ellos lleguen al poder serán más eficientes...). No son las clases sino los individuos.

Lo que quieren decir con ello es que no se trata de una lucha política sino moral, que no se necesita una revolución armada sino un *rearme moral*, un plan mejorado para un conjunto de esclavos más y mejor satisfechos.

«¿Qué hay más allá de los sindicatos?».

Bueno, pues más allá de los sindicatos está la clase que los formó, «una clase en constante crecimiento numérico y disciplinada, unida, organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista en sí».

Transformar los términos de la lucha

La clase obrera siempre ha creado las herramientas organizativas con las que librar sus batallas. La clase obrera, especialmente en Gran Bretaña, está educada en ellas y sabe cuándo puede usar el sindicato, y cuándo no solo no debe usarlo sino que debe pasar por encima suyo. La huelga de la comunidad minera de 1972 fue un ejemplo clásico de lo primero; la huelga de los trabajadores del textil de Leeds un intento de lo último. Los medios de

comunicación de masas también confunden los sindicatos con la clase obrera, y los trabajadores saben cuándo el ataque sobre los sindicatos es un ataque sobre ellos. Pero la intensificación de la lucha en Gran Bretaña ha clarificado incluso las cabezas de los periodistas. *El ataque más feroz sobre los sindicatos por parte de la prensa en los últimos tiempos ha sido la acusación de que no pueden disciplinar a sus miembros.*

No podemos predecir —porque la creatividad a una escala masiva e internacional solo puede venir de parte de la clase obrera— qué organizaciones creará la clase obrera. Somos parte de esa revolución —porque si no lo somos entonces somos parte de la contrarrevolución— y debemos crear una red organizativa autónoma con otras mujeres, uno de los ingredientes esenciales del poder de clase. La red organizativa autónoma no está basada en una sororidad abstracta ni tampoco en dividir de nuevo a las mujeres según la clase a la que pertenezcan sus maridos y padres, sino en el hecho de que todas somos esclavas domésticas del capital. Algunas mujeres lucharán por escapar de esto de manera individual, uniéndose al poder del amo. La mayor parte de nosotras ni siquiera tenemos otra opción que no sea organizarnos para *destruir* el poder del amo. Esa lucha por destruir el poder del amo es una lucha feminista, es la lucha de los trabajadores no remunerados contra el no salario y en consecuencia contra el hecho de ser trabajador.

Puede haber momentos en los que utilicemos los sindicatos. Pero es una *táctica*. Nuestra estrategia surge de la autonomía, de manera que *nosotras* no seremos utilizadas como durante tanto tiempo nos ha utilizado una lucha de clase dominada por los hombres y dirigida por sindicatos que dominan a las mujeres y a los hombres.

A medida que las mujeres transformamos de manera masiva los términos de la lucha, ampliamos los límites en los que esta se desarrolla e incrementamos nuestro poder, se hace cada vez más apremiante para el movimiento feminista escoger entre las mujeres por una parte y los sindicatos y el trabajo por otro.

Detroit, mayo de 1973.

8. La campaña por las prestaciones familiares: tácticas y estrategia (1973)

A FINALES DE 1972, el gobierno *tory* emitió un documento cuyo objetivo era retirar la prestación familiar a las madres. Desde 1948, por cada hijo a partir del segundo, la mujer cobraba dicho subsidio semanalmente en la oficina de correos. La propuesta de ley era que se le pagase al asalariado masculino en vez de dárselo a la madre; de ser así, la madre podría no llegar a ver nunca nada de dicho subsidio. La idea era que el dinero del subsidio infantil pasase a formar parte de la bonificación fiscal de los trabajadores asalariados, pero aquellos que no recibían ningún salario no podrían recibir la bonificación fiscal; este era el caso, por ejemplo, de estudiantes o parados o huelguistas.

Organizamos una campaña como movimiento de mujeres con el objetivo de que el dinero siguiese yendo a manos de las madres, que se aumentase el importe del mismo y que se pagase desde el primer niño. Incluso las feministas que se mostraban hostiles al salario para el trabajo doméstico estaban furiosas con este ataque del gobierno. Una periodista feminista bien conocida me entrevistó y dijo: «Estoy en contra del salario para el trabajo doméstico, sé que el subsidio familiar es un salario para el trabajo doméstico, pero no podemos dejar que les quiten ese dinero a las mujeres». Las madres solteras que recibían prestaciones («Madres sin recursos») trabajaron activamente en la campaña y exigían que el subsidio infantil se pagara junto con el resto de los subsidios que ya recibían.

No logramos ganar esto último, pero conseguimos que el subsidio familiar lo siguieran recibiendo las mujeres, y se rechazó totalmente la propuesta de beneficios fiscales. Algunos años más tarde, el subsidio familiar, llamado ahora subsidio infantil, empezó a pagarse desde el primer hijo.

Este documento no se hizo nunca público. Priorizamos la unidad del movimiento, por lo que decidimos no conectar el subsidio familiar con el derecho de las mujeres a recibir un pago por el trabajo que hacemos, pero para nosotras el subsidio familiar era de hecho una remuneración por lo que se nos debía. La campaña del subsidio familiar se construyó a partir de la respuesta espontánea de las mujeres del movimiento frente a una escalada de la ofensiva gubernamental contra las mujeres (precios, recortes de los subsidios, etc.). Y frente a este giro particular de los acontecimientos lo que hicimos fue dar una respuesta a las acciones del gobierno pero no fue el resultado de lo que habíamos desarrollado como marco, como perspectiva. Esto no es una crítica sino un reconocimiento de cómo fueron las cosas: la estrategia solo puede ser desarrollada a partir de experiencias concretas. Tras ocho meses de campaña, que ha sido un éxito en lo tocante a la respuesta de las mujeres y ha resultado menos exitosa en lo relativo a minar los planes del gobierno, ahora tenemos una oportunidad excelente, para comenzar a extraer conclusiones de la campaña de cara a una estrategia general.

Esto no es solo una oportunidad, es una obligación. Es fácil resbalar por el camino y pasar de atacar los planes gubernamentales a reformarlos para que puedan operar con menos imprevistos. Para decirlo sin rodeos, la campaña puede ser utilizada para hacer más efectivas las políticas del gobierno sobre las mujeres; nuestro movimiento y el Estado capitalista se han ido uniendo mediante hilos finísimos y cuya delicadeza esconde lo robusto de esos lazos.

Por eso, llegadas a este punto, las debilidades y las contradicciones dentro de la campaña son mucho más importantes de lo que lo fueron en sus comienzos. Allá donde sea posible, y cuanto antes, debemos superar estas debilidades y resolver las contradicciones, primero si no queremos vernos atadas de esta manera y, segundo, para evitar que el trabajo de ocho meses acabe siendo un momento de actividad esporádica, aunque masiva, como lo han sido muchos otros ya vividos por el movimiento.

1. Nosotras lidiamos con el conflicto de clase respecto a las exenciones fiscales como un ataque contra las mujeres trabajadoras que no reciben salario por su trabajo doméstico, sea este a jornada completa o a media jornada. Aunque en nuestro análisis explicábamos que las tasas fiscales eran un ataque contra los hombres, asalariados o no asalariados, ninguna organización de la «clase obrera» dominada por los hombres se unió a la causa ni la hizo suya ni tampoco hicieron ninguna campaña contra las exenciones fiscales en las que se plantease que esto fuese un ataque contra los trabajadores hombres.

El TUC [Trade Union Congress], por supuesto, junto con el Partido Laborista defiende las exenciones fiscales. Acepta poner impuestos a las prestaciones de los subsidios con una cláusula: «Será esencial implementar de una vez por todas un aumento especial en los ratio del subsidio del NI,¹ para compensar los efectos de un cambio como este». Acepta el fin de la bonificación de los subsidios para los enfermos, desempleados, etc., que es lo que elimina este sistema de exención fiscal.

Si el gobierno decide retener las exenciones fiscales de los huelguistas, puede que esto, «(en particular en los domicilios monoparentales)», «tal vez conduzca a una oposición frontal por parte del Consejo General a todo el plan de exenciones fiscales». Pero no están seguros.

El TUC recomienda que los subsidios infantiles se le paguen a la madre. Reconoce que con este sistema se verá reducido el salario que lleva a casa el padre. Pero «el impacto en el salario que lleva a casa el padre podría [...] verse substancialmente mitigado mediante una transición gradual a la nueva situación; en consecuencia en el año que preceda a la introducción del sistema de exención fiscal, los subsidios infantiles podrían verse reducidos gradualmente, y los subsidios familiares gradualmente incrementados». De manera que los hombres se habituarían gradualmente a recibir un salario menor (todas las citas son del Memorando del TUC para el Select Committee, 14 de marzo de 1973).

Al movimiento de mujeres a menudo se nos aconseja que trabajemos con los sindicatos, con ellos o para ellos. Pero aquellos

¹ Se refiere al National Insurance, el equivalente británico de la Seguridad Social [N de la T.].

que nos dicen esto o bien pensaron que era inútil intentar movilizar a los sindicatos respecto a este tema para que trabajen de manera activa ni siquiera en beneficio de los hombres, o han fracasado en gran medida o totalmente cuando lo han intentado. En cualquier caso, la campaña no ha movilizado a los hombres contra el sistema de crédito fiscal, *y no puede esperarse* que lo haga. En un momento en el que todos los sectores deberían estar contraatacando esta implementación del sistema de exenciones fiscales, el único sector que lo está haciendo son las feministas: la campaña de las mujeres por el subsidio familiar.

2. Dentro de la campaña había una división respecto de si las exenciones fiscales eran un tema de clase y de dónde procede la riqueza capitalista. Muy al principio, cuando las mujeres del Child Poverty Action Group [Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil, CPAG] vinieron a nuestra reunión nos dijeron: «Decidnos lo que queréis y os lo presupuestaremos» para ver si el Estado podría costearlo. Nosotras siempre hemos afirmado, y recalcado repetidas veces, que todo el capital que el Estado posee es un capital que nos ha robado a nosotros, a las mujeres y los hombres trabajadores. *La cuestión no es si el Estado puede permitirse pagarlo, sino si nosotros podemos permitirnos seguir dándole tanto al Estado.*

Entre nosotras no estábamos de acuerdo acerca de a quién representaba el Estado. Algunas mujeres estaban en contra de este punto, que exigía que el subsidio familiar estuviese exento de impuestos. Sentían que «los ricos» recibirían el subsidio familiar y no pagarían impuestos por este ingreso. Bueno, los ricos no viven o mueren en función de si reciben o no el subsidio familiar sino de robarnos diariamente grandes sumas mediante el trabajo en casa o fuera de esta. Todos los trabajadores menos aquellos cuyos salarios son muy bajos o los que están parados pagan impuestos por el subsidio familiar. El sistema impositivo no es un sistema por el cual el Estado distribuye ingresos «de manera justa» sino que es la manera que tiene el Estado de robarle a la clase trabajadora una vez que han acabado de producir cada semana (aunque no es el caso de la producción de las mujeres porque nuestro trabajo no se acaba nunca).

3. Dentro del movimiento también había diferencias respecto de quién debía recibir el dinero. Un grupo de mujeres de Londres organizó una asamblea abierta para debatir sobre el subsidio familiar y comenzó la reunión afirmando que esta prestación era para el hijo y no para la madre. Mientras que nosotras intentábamos dejar claro que la mujer tenía derecho al dinero por derecho propio, como ser humano que se ha visto forzada a depender de los hombres a causa del trabajo no asalariado en casa, ellas ligaban a la mujer al cuidado infantil para tener derecho al subsidio familiar. Las mujeres que conocimos durante la campaña dijeron: «Ese es el único dinero que podemos decir que es nuestro». Y en cambio las otras mujeres del movimiento afirmaban implícitamente: «Este es un dinero para los niños y no tenemos derecho a gastarlo en nosotras mismas». Reforzando con ello la culpa que ya sufren las amas de casa: cuando gastan el dinero que traen sus maridos se las acusa de ser parásitos que viven de los hombres porque se supone que ellas no trabajan.

La nueva propuesta, y que está atrayendo a liberales de todos los partidos políticos, es una extensión de esta idea de dinero-para-los-niños. Se le denomina indistintamente pago por responsabilidad familiar o pago por responsabilidad doméstica; su objetivo es mantener a las mujeres en casa con los menores de cinco años, por ejemplo, y quitarles el dinero que les dan cuando los niños tienen más de cinco años, para forzarles a que intenten entrar en el mercado laboral y así poder evitar que tanto su nivel de vida como su independencia económica caigan drásticamente.²

El Colectivo Red Rag no tenía claro cuál era el sentido general ni de nuestra campaña ni de la del gobierno: «Tal vez deberíamos presionar por un aumento en el subsidio *infantil*, que no estuviese sujeto a comprobaciones de recursos, libre de impuestos, y complementado con leche y comida gratis en las escuelas de nuevo, etc.».³

4. Era demasiado tarde como para asumir el liderazgo de las Unsupported Mothers [Madres sin Respaldo Económico] cuya demanda de que el subsidio familiar se pagase junto con el resto

² Véase Suzie Fleming, *The Family Allowance Under Attack*, Falling Wall Press & Power of Women Collective, 1973.

³ *Notes Towards Discussion of the Family Allowance and Its Implications*, marzo de 1973. Las compañeras subrayaron la palabra *infantil*.

de pagos de la seguridad social ya diferenciaba la necesidad concebida desde el punto de vista de las mujeres de la concebida por el sistema capitalista. Los subsidios sociales se calculan sobre la base de subsistencia, es decir, hasta que no nos estamos muriendo de hambre no se considera que los «necesitamos». Pero para nosotras este dinero representa la autonomía frente a los hombres, el derecho a elegir lo que comemos y cuándo, cuánto y dónde trabajamos, dónde vivimos, si tener o no tener hijos y bajo qué circunstancias y con quién. Exigir que el subsidio familiar se sume a los pagos de la seguridad social significa anteponer nuestras prioridades y rechazar que el Estado nos deje a un lado junto con nuestros hijos porque rechazamos tanto vivir bajo el modelo de familia nuclear con los hombres como trabajos de mierda con salarios de mierda además de tener que trabajar en casa y cuidar de los niños.

Una de las mayores victorias de la campaña fue que las madres «con recursos familiares / económicos» y las madres «sin recursos familiares / económicos» comenzasen a unirse, aunque solo fuese respecto a la cuestión del dinero para las mujeres, incluso dentro de este marco limitado del subsidio familiar. Esto supuso uno de los mayores pasos adelante del movimiento de mujeres. Por primera vez se demostraba de manera práctica que lo único que se puede interponer entre nosotras es un hombre.

5. No conseguimos diferenciarnos claramente de las parlamentarias bienintencionadas, liberales y ambiciosas cuyas propuestas se limitaban a regular más eficientemente los salarios y cuyo objetivo no era acabar con nuestra dependencia y pobreza.

Al principio, el subsidio familiar se instituyó, por una parte, como una prestación a los bajos salarios y, por otra, como método de control de la población: para controlar la cantidad y la calidad de los futuros obreros, nuestros hijos.⁴ El Estado quiere eliminar el subsidio familiar porque ahora planea regular todo el presupuesto de gasto salarial (los salarios en sí, los seguros sociales y la seguridad social) de otra manera y ya no le interesamos del

⁴ Véase el *Social Insurance and Allied Services Report*, de Sir William Beveridge, de noviembre de 1942, conocido como el *Informe Beveridge* y sobre el que se edificó el Estado de bienestar, en particular las páginas 153-158.

mismo modo como criadoras para las futuras fábricas y cocinas, ahora tienen la inmigración y mejores máquinas. Por ejemplo, el Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil, al igual que el gobierno, estaba interesado en reclutar y forzar a la población a que trabajase de manera asalariada fuera del hogar para ahorrar en seguridad social y otros subsidios. En lo único en lo que no están de acuerdo con el gobierno es en cuál es la manera más eficaz de hacer esto.⁵ Una parte de las mujeres del movimiento no fueron capaces de distinguir entre el programa del CPAG y su objetivo de modificar el sistema de créditos fiscales, y la determinación de la campaña de las mujeres por el subsidio familiar de que ni mujeres ni hombres formen parte de ese sistema.

6. Estamos permitiendo que la iniciativa se nos escape de las manos y que deje de ser una lucha feminista y se vea sumergida en las redes de la planificación estatal, que con sus cálculos estadísticos y sus malabarismos con los ingresos fiscales, deja totalmente fuera de juego a la gran masa de mujeres. Y estas mujeres no entenderán de qué están hablando los «expertos» (este es el auténtico significado de experto) y hay que reconocer que así lograrán que no les importe.

Una vez que nos arrastran a la complejidad de las cifras perdemos de vista el propósito de la campaña: movilizar a las mujeres para que obtengan el dinero que necesitan, y no para lograr una reforma del sistema impositivo. En estos momentos la demanda de un aumento sustancial del subsidio familiar como un derecho universal de las mujeres está perdiendo terreno frente al Family Income Supplement [Complemento al ingreso familiar], que supone un subsidio salarial pagado por el Estado al capital privado para ayudar a los trabajadores peor remunerados. Pero el nombre que se le ha dado hace que parezca un acto de caridad por parte del Estado; de esta manera la cuestión *del dinero para las mujeres desaparece totalmente sumergida en el concepto «ingreso familiar»*.

Como es habitual con los «subsidios», los «pagos» y los «complementos», el efecto, y el objetivo, de estos no es más que seguir ocultando la fuente de la riqueza capitalista. Si el punto de partida es que todo el dinero que ellos tienen es nuestro, entonces el

⁵ Véase de nuevo *Family Allowance Under Attack*, cit.

debate parlamentario acerca de quién debería recibir las migajas de la mesa del amo es irrelevante. Pero dan la impresión de que hay un presupuesto, que es fijo e inalterable, en el cual debemos encajar nuestros deseos, y competir unas con otras a ver quién obtendrá lo que ellos llaman «un pedazo del pastel». Cuando un grupo de trabajadores triunfan y obtienen algo mediante la lucha, el sistema amenaza con que no hay dinero, y que lo que ganen unos trabajadores hará que otros obtengan menos. Pero no hay pastel alguno, no hay presupuesto, solo hay riqueza que nosotras hemos producido y que ellos han robado. Si estuviesen en lo correcto, entonces deberíamos decir que los salarios de los hombres son mayores porque las mujeres no reciben salario alguno por el trabajo doméstico. Pero esto no es así. Los salarios de los hombres son *menores* de lo que serían si tuviesen que pagar por nuestros servicios.

Para los capitalistas los hombres resultan trabajadores más baratos porque no deben pagar por el trabajo que nosotras proporcionamos con nuestra semana laboral de ama de casa de noventa y nueve horas (cifras proporcionadas por el Chase Bank Manhattan).

Todo lo que los hombres han logrado en salarios ha venido de la mano de la lucha de *todos* nosotros. Si no hubiese sido por esta lucha conjunta, los salarios serían incluso menores. Obtengamos lo que obtengamos las mujeres, no tiene por qué ser a expensas de los hombres a no ser que los hombres sean incapaces de arrancarle a los sindicatos el control de sus luchas, de recuperar su lucha de manos de los mismos sindicatos que rechazan luchar o incluso difundir que los impuestos son un robo más a la clase obrera. El que no lucha es apaleado. Esta es la ley en la lucha contra el capitalismo.

Para que nosotras podamos desarrollar esta campaña y no nos hundamos en las arenas movedizas de las políticas parlamentarias y de las cifras de los economistas (sean liberales o conservadores), debemos tomar ejemplo de las mujeres que hemos conocido en las calles. La campaña debe comenzar a decir clara y valientemente que exigimos un salario familiar:

Porque tenemos derecho a dinero propio.

Porque trabajamos en casa a tiempo completo o parcial sin salario alguno.

Porque obtenemos salarios menores a los de los hombres cuando trabajamos fuera de casa.

Porque a no ser que tengamos dinero propio, el matrimonio no dejará de ser una forma educada de prostitución, y continuará habiendo más violaciones dentro del matrimonio que en los callejones.

Porque necesitamos este poder para rechazar el trabajo de sirvienta doméstica en «nuestra cocina propia» o en la de otras.

Porque necesitamos poder para rechazar los peores trabajos en la industria que nos vemos obligadas a coger por pura desesperación y soledad.

Porque hemos demostrado pública y consistentemente que estamos preparadas para superar la soledad y el aislamiento viniendo a las asambleas, recogiendo firmas, reuniéndonos con otras mujeres, en la lucha por un salario propio.

Debemos destruir el concepto de que a las más pobres de nosotras —las madres que no tienen apoyo— el Estado nos da una paga como muestra de caridad. Todas las madres, *todas las amas de casa*, son mujeres sin apoyo porque no reciben dinero por su trabajo. Tenemos derecho a mucho más que a la miseria del subsidio familiar. Tenemos derecho a que cuando realizamos trabajos asalariados no paguemos *ningún* impuesto. Tenemos derecho a todo.

El subsidio familiar no es para la familia. Es el dinero de la *mujer*.

El subsidio familiar no es un subsidio. Es un *derecho*.

El subsidio familiar es el derecho de la mujer al dinero.

Las mujeres con trabajo asalariado deben recibir dinero por *toda* su semana de trabajo, no solo por la parte en la que sienten en la nuca el aliento de los capitalistas. Luchar con esta perspectiva es el primer paso estratégico de las mujeres para lograr que los capitalistas dejen totalmente de respirar.

9 de julio de 1973.

9. Sexo, raza y clase (1974)

Race Today, la publicación del Institute of Race Relations (Instituto de Relaciones Interraciales, IRR), afirmó en su reseña de *El poder de las mujeres* que el movimiento de mujeres era más claro respecto al tema de la raza que el movimiento negro. Como coautora, comencé a escribir una carta para distanciarme de esta idea. Pero la carta continuó creciendo hasta que se convirtió en un largo artículo acerca de las relaciones entre estos dos movimientos. Fue publicada como artículo de portada en enero de 1974 en el «nuevo» *Race Today* (ya independiente del IRR y dirigido por un colectivo negro) y más tarde como panfleto.

Se ha generado mucha confusión cuando se han confrontado sexo, raza y clase como entidades separadas, e incluso han entrado en conflicto. Es evidente que son entidades separadas. El que hayan demostrado no ser cosas separadas, inseparables, es más difícil de discernir. Sin embargo si se arrancan el sexo y la raza de la clase, virtualmente todo lo que queda son las truncadas, limitadas y sectarias políticas de la izquierda masculina blanca metropolitana. Espero poder demostrar en unas pocas líneas, primero, que el movimiento de clase trabajadora es algo diferente a cualquier cosa que la izquierda haya podido llegar a concebir nunca. Segundo, que atrapado en la contradicción que supone la

entidad específica del sexo o la raza y la totalidad de la entidad de la clase se encuentra tanto el mayor obstáculo al poder de la clase obrera como la fuente potencial de energía creativa con la que lograr dicho poder.

En nuestro libro, al que Avis Brown se refirió tan generosamente, abordamos «la relación de las mujeres con el capital y [el] tipo de lucha que nosotras [podemos] librar de manera efectiva para destruirlo», inspiradas por la experiencia de la lucha de las personas negras contra el capital.¹ Comenzamos redefiniendo la clase desde la experiencia *femenina* (casta), para incluir a las mujeres en ella. Esta redefinición estaba basada en el trabajo no remunerado del ama de casa. Y lo expresamos así: «Desde Marx, ha quedado claro que el capital gobierna y se desarrolla mediante el salario, es decir, que la base de la sociedad capitalista es el trabajador asalariado y su explotación directa (de él o de ella). Lo que no ha quedado claro ni tampoco han asumido las organizaciones del movimiento de clase trabajadora es que precisamente ha sido mediante el salario que se ha organizado la explotación de los trabajadores no asalariados. Esta explotación ha acabado siendo más efectiva si cabe, ya que la ausencia de salario la ha ocultado... *En lo que se refiere a las mujeres su trabajo, aparece como un servicio personal externo al capital*».

Pero si la relación entre casta y clase en lo que toca a las mujeres muestra ella misma una forma mistificada, oculta, esta mistificación no es exclusiva de las mujeres. Antes de confrontar la raza, tomemos un momento un camino, en apariencia, secundario.

Los menos poderosos en nuestra sociedad son los niños, que también son no asalariados en una sociedad de trabajo asalariado. En otro momento eran aceptados (y en las sociedades tribales, por ejemplo, aún lo son) como parte integral de la actividad productiva de la comunidad. El trabajo que hacían formaba parte del conjunto del trabajo social y como tal se le reconocía. Donde el capital ha extendido su gobierno o está en proceso, los niños son arrancados del resto de la comunidad y forzados a acudir a la escuela, algo a lo que cada vez más personas se oponen. ¿Es su falta de poder una cuestión de clase? ¿Es su lucha contra la

¹ «The Colony of the Colonized: Notes on Race, Class and Sex», *Race Today*, junio de 1973. Más tarde supimos que Avis Brown era un seudónimo de A. Sivanandan, quien posteriormente dirigiría el Instituto de Relaciones Interraciales.

escuela lucha de clase? Nosotras creemos que sí. Las escuelas son instituciones organizadas por el capital para lograr su objetivo mediante los niños y en contra suyo.

El Capital [...] les envía a la escuela no solo porque se interponen en el trabajo más «productivo» de otros, ni tampoco solo porque quiera adoctrinarlos. El gobierno que el capital ejerce mediante el salario compele a funcionar a toda persona capaz de ello, bajo la ley de la división del trabajo, y a funcionar de modos en los que aunque puede que no resulten inmediatamente beneficiosos, sí que lo son en último estadio, para la expansión y la extensión del gobierno del capital. Ese es, fundamentalmente, el sentido de la escuela. *Un lugar en el que, en lo que a los niños se refiere, estos parecen estar aprendiendo en beneficio e interés propio.*

Así que aquí hay dos sectores de la clase trabajadora cuyas actividades, una en la casa, la otra en la escuela, *parecen* estar fuera de la relación capitalista del trabajo asalariado ya que los trabajadores en sí no están asalariados. *En realidad*, sus actividades son facetas de la producción capitalista y de su división del trabajo.

Unas, las amas de casa, están involucradas en la producción y (lo que es lo mismo) en la reproducción de la *fuerza de trabajo*, los trabajadores, lo que Marx llama mano de obra. Están al servicio de esos otros cuyas vidas son destruidas día tras día trabajando por un salario y que necesitan ser renovados cotidianamente; y cuidan y disciplinan a aquellos a los que se prepara para trabajar cuando crezcan.

Los otros, los niños, son aquellos que desde el nacimiento son objeto de este cuidado y disciplina, y que son entrenados en las casas, en las escuelas y frente a la televisión para ser futuros trabajadores. Aunque esto tiene dos facetas.

En primer lugar, para que la mano de obra pueda ser reproducida en la forma del niño, estos niños deben ser coaccionados en la aceptación de la disciplina y en particular de la disciplina del trabajo, es decir, a ser explotados para poder comer. Y además de ello deben ser disciplinados y formados para realizar ciertos tipos de trabajo. El trabajo que el capital quiere que se haga está dividido y cada categoría parcelada internamente como si fuese el trabajo vital, el destino, la identidad de un grupo determinado de trabajadores. La expresión a menudo

utilizada para describir esto es la división internacional del trabajo. Volveremos sobre esto más tarde, pero por ahora dejamos aquí la precisa descripción que la madre caribeña de un niño de siete años hace de la educación de su hijo: «Este es el momento en el que escogen quiénes serán los barrenderos».

Aquellas de nosotras que dentro del movimiento feminista nos hemos arrancado el último velo que tapaba esta división internacional del trabajo para exponer la posición de *clase* de los niños y de las mujeres, posición oculta por lo particular de su posición como *casta*, aprendimos mucho de esto gracias al movimiento negro. No es que estuviese escrito en sitio alguno (aunque descubrimos más tarde que sí lo estaba y en lo que resultaba ser un sitio bastante extraño). Un movimiento de masas enseña menos por lo que dice que por el poder que ejerce, y se muestra tal y como es una vez que retiramos los restos de las ruinas que lo ocultan.

Por la misma razón el movimiento de mujeres al ser «para» las mujeres y la rebelión de los niños al ser «para» los niños, a primera vista parece que no tengan nada que ver con la clase:

El movimiento negro en Estados Unidos (y en el resto del mundo) también comenzó adoptando lo que parecía ser solo una posición de casta en oposición al racismo de los grupos dominados por hombres blancos. [Los] intelectuales de Harlem y Malcom X, ese gran revolucionario, eran ambos nacionalistas: ambos parecían colocar el color por encima de la clase cuando la izquierda blanca seguía cantando variaciones de «Black and white unite» [Negros y blancos uníos] o «Negroes and Labor must join together» [«Negros y trabajadores deben unirse»]. La clase obrera negra fue capaz mediante este nacionalismo de *redefinir la clase*: de manera abrumadora negros y trabajadores fueron sinónimos (en ningún otro grupo de trabajadores fueron tan sinónimos, excepto tal vez en lo que se refiere a las mujeres), las demandas de los negros y las formas de lucha creadas por los negros fueron la lucha *obrero* más completa.

Por ello no es que el movimiento negro «se desviase de la lucha de clases», como dice Avis. *Era* lucha de clases, si bien esto necesitó cierto tiempo para afianzarse en nuestras conciencias. ¿Por qué?

Una razón es que algunas de nosotras, consciente o inconscientemente, seguíamos mirando a través de las gafas de la

izquierda blanca masculina. Según ellos, si la lucha no se da en la fábrica, no es lucha de *clases*. El problema real era que esta izquierda aseguraba que hablaba en nombre del marxismo. Amenazaban con que si nos separábamos de ellos, ya fuera organizativa o políticamente, estaríamos rompiendo con Marx y con el socialismo científico. Lo que nos proporcionó la valentía para romper, sin temor a las consecuencias, fue el poder del movimiento negro. Nos dimos cuenta de que redefinir la clase iba de la mano de un redescubrimiento de Marx que la izquierda nunca ha entendido.

También había razones más profundas por las que casta y clase parecían cuestiones contradictorias. A menudo parece que los intereses de los negros entran en contradicción con los intereses de los blancos, y también se presenta como algo contradictorio en relación con los hombres y las mujeres. Entender cuál es el interés de *clase* cuando parece que ahí no solo hay un interés sino dos, tres, cuatro, cada uno de ellos en contradicción con los demás, parece ser una de las tareas más difíciles y que nos enfrentan tanto en la teoría como en la práctica.

Otra fuente de confusión es que no todas las mujeres, niños u hombres negros son clase obrera. Con esto queremos señalar que dentro de los movimientos que estos forman hay capas cuya lucha tiende a estar dirigida a ascender en la jerarquía capitalista más que a destruirla. Y dentro de cada movimiento se da una lucha para ver a qué intereses de clase servirá el movimiento. Pero esta es también la historia de los movimientos de los trabajadores masculinos blancos. No hay «pureza» de clase, ni siquiera en las organizaciones de base en las fábricas. La lucha de los trabajadores *contra* las organizaciones que se formaron en ellas y en general en la sociedad —sindicatos, partidos obreros, etc.— es lucha de clase.

Enfoquemos la relación de casta con la clase desde otro punto. La palabra «cultura» se utiliza a menudo para mostrar que los conceptos de clase son estrechos, filisteos, inhumanos. Cuando lo cierto es que es completamente al revés. Puede que parezca que una cultura nacional que ha evolucionado durante décadas o siglos niega la relación de la sociedad con el capitalismo internacional. Es una materia demasiado amplia como para profundizar aquí en ella pero podemos clarificar un punto básico.

El estilo de vida particular y propio que un pueblo desarrolla una vez que se ve inmerso en el capitalismo, en respuesta a este y en rebelión contra él, no puede ser entendido nada más que como la totalidad de sus vidas capitalistas. Delimitar la cultura es reducirla a un simple decorado de la vida cotidiana.² Cultura son las obras de teatro y la poesía sobre los explotados; dejar de llevar minifaldas y comenzar a vestir pantalones en su lugar; el choque entre el alma del bautismo negro y la culpa y el pecado del protestantismo blanco. Cultura también es el pitido del despertador que suena a las 6 de la mañana cuando en Londres una mujer negra despierta a sus hijos para prepararlos para cuando llegue la cuidadora. Cultura es el frío que sientes en la parada del autobús y después el calor en el autobús abarrotado. Cultura es cómo te sientes una mañana de lunes a las 8 de la mañana, cuando fichas a la entrada del trabajo, deseando que fuese viernes, deseando desaparecer de tu vida. Cultura es la velocidad de la cola o el peso y el olor de las sábanas sucias del hospital, y que mientras trabajas vayas pensando en qué cocinarás para la hora del té esa noche. Cultura es hacer el té mientras que tu hombre mira las noticias en la tele. Y cultura es una «mujer irracional» que sale de la cocina y va al comedor y sin mediar palabra apaga la tele «sin razón alguna».

¿De dónde nace esta cultura que es tan diferente de la de un hombre si eres una mujer y diferente también de la de una mujer blanca si eres una mujer negra? ¿Es un simple apéndice de la lucha de clase (como la considera la izquierda blanca) o es más fundamental que la lucha de clase (como lo consideran los nacionalistas negros y las feministas radicales) porque es propia de tu sexo, tu raza, tu edad, tu nacionalidad, y el momento temporal en el que eres esas cosas?

Nuestra identidad, nuestros roles sociales, la manera en la que somos vistas, parecen estar desconectadas de nuestras funciones capitalistas. Ser liberados de ellas (o mediante ellas) parece ser algo independiente de nuestra liberación de la esclavitud salarial capitalista. Según mi punto de vista, la identidad —casta— es la substancia misma de la clase.

² La mejor desmitificación de la cultura que conozco y que muestra, por ejemplo, cómo el cricket en las Indias Occidentales siempre ha mostrado y llevado en su corazón los conflictos raciales y de clase, está en la obra de C. L. R. James, *Beyond a Boundary*, Londres, Hutchinson, 1963.

Este es el «extraño lugar» en el que encontramos expresada de manera más sucinta la clave de la relación entre clase y casta. Aquí es donde la división internacional del trabajo se presenta como relaciones de poder dentro de la clase obrera. En su volumen I de *El capital* Marx dice: «De este modo, la manufactura va creando una *jerarquía de fuerzas de trabajo*, a la que corresponde una escala o gradación de salarios. De una parte, el obrero individual se ve *adoptado y anexionado* de por vida a una función determinada; de otra parte, los distintos trabajos se *ajustan*, por idéntica razón, a aquella amplia jerarquía de aptitudes naturales y adquiridas» (Moscú, 1958, p. 349) [p. 284].

En dos frases se presenta y se demuestra la profunda conexión material entre racismo, sexismo, chovinismo nacional y el chovinismo de generaciones de aquellos que trabajan por un salario contra niños y pensionistas que no tienen salario alguno, que son «dependientes».

Una jerarquía en la mano de obra y su escala de salarios correspondiente. El racismo y el sexismo nos forman para que desarrollemos y adquiramos determinadas capacidades a expensas de todas las demás. A partir de ese momento se asume que estas capacidades adquiridas son parte de nuestra naturaleza, y pasan a determinar de por vida nuestras funciones y también determinan la calidad de nuestras relaciones mutuas. Por eso no se considera que plantar caña o té sea un trabajo para personas blancas, y cambiar pañales no es un trabajo para hombres y pegar palizas a los niños no se considera violencia. Raza, sexo, edad, nación, cada uno de ellos es un elemento indispensable de la división internacional del trabajo. *Nuestro feminismo se basa en un estrato de la jerarquía, hasta ahora invisible, de las fuerzas de trabajo —el ama de casa— que no tienen ningún tipo de derecho a un salario.*

Tomar como punto de partida la estructura jerárquica existente entre la esclavitud asalariada y la no asalariada no significa, tal y como acusa Avis a la clase trabajadora, de «concentrarse [...] exclusivamente en los determinantes económicos de la lucha de clases». El trabajo que haces y el salario que recibes no son meros determinantes «económicos» sino sociales, determinan el poder social. No es la clase trabajadora sino que son las organizaciones que afirman ser y existir para esa clase las que reducen la constante lucha por el poder social de dicha clase a «determinantes económicos»:

mayor control capitalista por más miseria semanal. Los aumentos salariales que negocian los sindicatos a menudo acaban siendo congelaciones salariales o incluso recortes, ya sea debido a la inflación o porque como contrapartida aumenta la explotación (que a menudo adopta la forma de acuerdos de productividad) lo que recompensa de sobra al capitalista por el aumento concedido. Y de esta manera la población acaba asumiendo que los objetivos de los trabajadores en sus demandas, por ejemplo, más salarios, más dinero, más «poder social universal», en palabras de Marx, es lo mismo que lo que acuerdan los sindicatos

Las relaciones de poder entre sexos, razas y generaciones son precisamente, por ello, formas particularizadas de relaciones de clase. Estas relaciones de poder dentro de la clase obrera nos debilitan en la lucha de poder entre clases. Son formas particularizadas de gobierno indirecto: una sección de la clase coloniza a otra y el capital impone su voluntad sobre todos nosotros. Una de las razones por las que las denominadas «organizaciones de clase obrera» han sido capaces de convertirse en intermediarios de las luchas es que les hemos permitido que aislen internacionalmente del resto de todos nosotros a la «clase obrera», que ellos identifican como blanca, masculina y de más de 21 años. El trabajador blanco no cualificado, un ser humano explotado que está cada vez más desconectado de los planes del capital para que trabaje, vote, participe en sociedad, pese a lo sexista y racista que pueda ser él mismo, se reconoce como víctima ante estas organizaciones. Pero a las amas de casa, las personas negras, los jóvenes, los trabajadores del Tercer Mundo, excluidos de la definición de clase, se les ha dicho que su confrontación con la estructura de poder del hombre blanco es un «exótico accidente dentro de la historia». Divididos por la organización capitalista de la sociedad en la fábrica, oficina, escuela, plantación, casa y calle, también nos dividen las mismas instituciones que afirman representar colectivamente nuestra lucha como clase.

En la metrópolis, el movimiento negro fue la primera sección de la clase que recuperó en masa su autonomía de las manos de estas organizaciones, y rompió con el confinamiento al que se ha sometido a la lucha limitándola a la fábrica. Cuando los trabajadores negros queman el centro de la ciudad, los ojos de la izquierda blanca, especialmente si son los ojos de los sindicatos, ven raza, no clase.

El movimiento de mujeres fue el siguiente gran movimiento de clase en la metrópolis en construir una base de poder para sí mismo tanto fuera de la fábrica como dentro de ella. Al igual que lo hizo antes el movimiento negro, para poder llegar a organizarse de manera autónoma al capital y a sus instituciones, las mujeres y su movimiento tenían también que ser autónomos frente a esa parte de las «jerarquía de las fuerzas de trabajo» que el capital usaba específicamente contra ellas. Para los negros eran los blancos. Para las mujeres eran los hombres. Para las mujeres negras lo son ambos.

Es extraño pensar que incluso hoy en día, cuando se confronta con la autonomía del movimiento negro o la autonomía del movimiento de mujeres, siga habiendo personas que opinan que esto «divide a la clase obrera». Extraño cuando de hecho nuestra experiencia nos ha demostrado que para poder unir a la clase obrera, pese a las divisiones inherentes a su misma estructura —fábrica *vs.* plantación *vs.* casa *vs.* escuela—, los sectores que se encuentran en los estratos más bajos de la jerarquía deben encontrar ellos mismos la clave de su debilidad, son ellos los que deben encontrar la estrategia que utilizarán para atacar su punto débil y destruirlo, ellos mismos deben encontrar sus propios modos de lucha.

El movimiento negro, según nuestro punto de vista, no se ha «integrado en la sociedad plural capitalista» (aunque sí que lo han hecho muchos de sus «líderes»); no ha sido «subsumido por la estrategia de la clase obrera blanca» (creo que aquí Avis confunde la *lucha* de la clase obrera blanca con la *estrategia* del sindicato/Partido Laborista, que en realidad son enemigos mortales, aunque a menudo se les tome como algo idéntico). El movimiento negro ha desafiado, por el contrario, a Estados Unidos y continúa desafiando al más poderoso Estado capitalista del mundo; el más poderoso dentro y fuera de sus fronteras. Cuando quemó el centro de estas ciudades y desafió toda autoridad constituida, estaba abriendo camino para que el resto de la clase obrera, allá donde estuviesen, se movilizasen en defensa de sus intereses específicos propios. Nosotras las mujeres nos movilizamos. Esto no es un accidente ni la primera vez que los eventos se desarrollan en esta secuencia.

No es un accidente porque cuando el poder constituido se vio confrontado se abrió una nueva posibilidad para todas las mujeres. Por ejemplo, las hijas de los hombres en las que se delegó parte

de este poder no se dejaron engañar por la aristocrática máscara de educación, medicina y ley por la que sus madres habían sacrificado sus vidas. Oh sí, el matrimonio con un hombre con un buen salario se vería recompensado con una bonita casa en la que estar encerrada, e incluso con un sirviente negro; tendrían privilegios siempre que permanecieran unidas a ese salario que no era el suyo propio. Pero el poder seguía estando en manos de la estructura de poder de los hombres blancos. Tuvieron que renunciar a los privilegios simplemente para comenzar su lucha por el poder. Muchas lo hicieron. En la marea desatada por el poder de la clase obrera, que el movimiento negro había expresado en las calles, y que todas las mujeres expresaban día a día en la rebelión en casa, el movimiento de mujeres comenzó a tomar forma.

Tampoco es la primera vez que un movimiento de mujeres recibe impulso gracias al ejercicio del poder por parte de la gente negra. Harriet Tubman, la esclava negra que construyó el movimiento abolicionista y organizó el Underground Railway [ferrocarril clandestino] para escapar al Norte también le dio a las mujeres blancas —de nuevo las más privilegiadas entre ellas— una oportunidad, una ocasión para trascender las limitaciones en las que la personalidad femenina estaba atrapada. Las mujeres, entrenadas siempre para servir a otros, dejaron sus casas no para ser libres ellas mismas —eso hubiera sido escandaloso— sino para «liberar al esclavo». A ello las animaron mujeres negras, exesclavas como Sojourner Truth, que sufrieron como criadoras de mano de obra para las plantaciones. Pero en el momento en el que esas mujeres blancas dieron su decisivo primer paso fuera del molde femenino, se vieron crudamente confrontadas con su propia situación. Tenían que defender su derecho, como mujeres, a hablar contra la esclavitud. Por ejemplo, por el hecho de ser mujeres se les negó tener asiento en la conferencia abolicionista de 1840 en Londres. En 1848, en Seneca Falls, Nueva York, hicieron un llamamiento a organizar su propia conferencia, por los derechos de las mujeres. En ella hubo un orador masculino. Era un dirigente abolicionista. Era negro. Había sido esclavo. Su nombre era Frederick Douglas.

Y cuando a principios de los años sesenta mujeres blancas jóvenes se dirigieron al Sur en los autobuses del Freedom Ride descubrieron que sus camaradas hombres (blancos y negros) habían designado un sitio especial para ellas dentro de la jerarquía

de la lucha, como antes el capital se lo había asignado en la jerarquía de las fuerzas de trabajo, la historia se repite o casi. Esta vez la razón por la que habían formado un movimiento no era el voto sino un objetivo diferente. Era un movimiento de liberación.

Los paralelismos que se dibujan entre los movimientos negro y feminista siempre pueden acabar convirtiéndose en «y yo más», una competición por ver quién está más explotado. Nuestro propósito aquí no son los paralelismos. Buscamos describir las complejas fuerzas entrelazadas que constituyen a la clase obrera; buscamos derribar las relaciones de poder entre nosotras, sobre las que está basado el gobierno jerárquico del capital internacional. Porque los hombres no pueden representarnos como mujeres más de lo que los blancos pueden representar la experiencia negra. Tampoco buscamos convencer a los hombres de nuestro feminismo. En el último estadio se verán «convencidos» por nuestro poder. Les ofrecemos lo que ofrecemos a las mujeres más privilegiadas: poder sobre sus enemigos. El precio es el fin de su poder sobre nosotras.

La estrategia de la lucha de clase feminista está, como ya hemos dicho, basada en la mujer ama de casa no asalariada. Si además trabaja fuera de casa por un salario, su trabajo de producir y reproducir la clase trabajadora la hunde, debilita su capacidad de lucha, ni siquiera tiene tiempo. Su posición en la estructura salarial es especialmente baja pero no solo si es negra. E incluso si está relativamente bien posicionada en la jerarquía de las fuerzas laborales (¡algo bastante raro!), sigue siendo definida como un objeto sexual de los hombres. ¿Por qué? Porque mientras la mayor parte de las mujeres sean amas de casas, parte de su función en la reproducción de la mano de obra consiste en ser el objeto sexual del hombre y ninguna mujer podrá escapar a esta identidad. Demandamos salarios por el trabajo que hacemos en la casa. Y esa demanda para recibir un salario del Estado es, primero, una demanda para ser autónomas de los hombres de los que ahora somos dependientes. En segundo lugar, demandamos dinero sin tener que trabajar fuera de la casa, y abrimos con ello por primera vez la posibilidad de rechazar el trabajo forzoso, tanto el trabajo asalariado como el trabajo en la casa.

Es en esta estrategia que empiezan a difuminarse las líneas que dividen a los revolucionarios negros y a los movimientos

feministas revolucionarios. Esta perspectiva está basada en los menos poderosos: los no asalariados. Reforzando la división internacional del trabajo del capital está el permanente ejército de desempleados derivables entre industrias, de país a país. El Tercer Mundo es el repositorio más masivo de este ejército industrial de reserva (el segundo más masivo son las cocinas de la metrópolis). Desde los puertos de España, Calcuta, Argel, las ciudades mexicanas al sur de la frontera estadounidense sale la mano de obra para el trabajo de mierda de París, Londres, Fráncfort y las granjas de California y Florida. ¿Cuál es su papel en la revolución? ¿Como pueden los no asalariados luchar cuando no existe un nivelador del salario y de la fábrica? No tenemos las respuestas, no podemos tenerlas. Pero proporcionamos las preguntas de un modo en que se asuma que los desempleados no tienen por qué ir a trabajar para poder subvertir la sociedad capitalista.

Las amas de casa *que trabajan* en casa sin recibir a cambio un cheque puede que tal vez tengan otro trabajo fuera de sus casas. La subordinación al salario del hombre en casa y la naturaleza subordinadora de ese trabajo debilitan a la mujer donde sea que ella trabaje, e independientemente de su raza. Esta es la base para que las mujeres negras y blancas trabajen juntas, «las mantengan» o «no las mantengan», y no porque se haya superado el antagonismo de raza, sino porque ambas necesitamos la autonomía del salario, algo *que la lucha por el salario* puede proporcionar. Las mujeres negras sabrán en qué organizaciones (con hombres negros, con mujeres blancas, *con ninguno de ellos, con ambos*) llevar a cabo la lucha. *Nadie más puede saberlo.*

No estoy de acuerdo con Avis en que «la lucha de los negros estadounidenses no supo completar su potencial como vanguardia revolucionaria», si por «vanguardia» se entiende el carburante básico de la lucha de clases en un momento determinado y un tiempo determinado. *Ha* utilizado la «especificidad de esta experiencia —como nación y como clase al mismo tiempo— para redefinir la clase y la lucha de clases misma». Puede que los teóricos no lo hayan hecho, pero si es así nunca nadie les habrá confundido con el movimiento. Solo como vanguardia podía esa lucha comenzar a clarificar el problema central de nuestra época: la unidad organizativa internacional de la clase trabajadora tal y como ahora nosotras la percibimos y la definimos.

Se ha presupuesto ampliamente que es el partido de vanguardia de tipo leninista el que encarna dicha unidad organizativa. Sin embargo, el modelo leninista de vanguardia, al asumir que esta expresa los intereses de toda la clase, no se corresponde con la realidad que hemos estado describiendo, en la que ninguna sección de la clase puede expresar la experiencia ni los intereses, ni desarrollar la lucha de cualquier otra sección. La expresión formal organizativa de una estrategia de clase general no existe aún en ningún lugar.

Déjenme citar por último una carta que escribimos contra una de las organizaciones de la izquierda italiana extraparlamentaria la cual, cuando mantuvimos un simposio feminista en Roma el año pasado y se excluyó a los hombres, nos llamaron fascistas e incluso nos atacaron físicamente:

El ataque tradicional sobre el trabajador migrante, en particular, aunque no depende exclusivamente de si él o ella son negros (o italianos del sur), se basa en que su presencia amenaza los logros de la clase trabajadora nativa. Se dice exactamente lo mismo acerca de las mujeres en su relación con los hombres. El punto de vista antirracista (p. ej. antinacionalista y antisexista) —es decir, el objetivo de la lucha— es descubrir las debilidades organizativas que permiten que las secciones más poderosas de la clase obrera se vean escindidas de las menos poderosas, permitiendo de esta manera que el capital juegue en esta liga y las derrote. Esta cuestión es, de hecho, una de las cuestiones básicas a las que se enfrenta hoy en día la clase. Donde Lenin trazó la división de clase entre vanguardia y retaguardia, una división subjetiva, nosotras vemos la división trazada por la organización capitalista, entre las más poderosas y las menos poderosas. La experiencia de las menos poderosas es que cuando los trabajadores en una posición de fuerza obtienen una «victoria» (es decir, los hombres asalariados en su relación con las mujeres sin salario, o los blancos con salarios mayores que los negros), puede que esto no sea una victoria para los más débiles e incluso represente *una derrota para ambos*. Puesto que precisamente la fuerza del capital se la da la disparidad de poder dentro de la clase.³

³ Firmado por Lotta Feminista y el International Feminist Collective, reeditado en *L'Offensiva*, Turín, Musolini, 1972, pp. 18-19.

Cómo acabará uniéndose organizativamente la clase obrera es algo que desconocemos. Pero sabemos que hasta ahora a muchas de nosotras se nos ha dicho que teníamos que olvidar nuestras necesidades propias en pro de un interés mayor y más amplio, interés que nunca ha sido tan amplio como para incluirnos. Así que, digiriendo la amarga experiencia, hemos aprendido que *no se formará nada que se pueda unificar y sea revolucionario hasta que cada sección de los explotados haga sentir su propio poder autónomo.*

Poder a las hermanas y por ello a la clase.

Epílogo

El primer párrafo de *Sexo, raza y clase* promete «demostrar en unas pocas líneas, primero, que el movimiento de clase trabajadora es algo diferente a cualquier cosa que la izquierda haya podido llegar a concebir nunca. Segundo, que atrapado en la contradicción que supone la entidad específica del sexo o la raza y la totalidad de la entidad de la clase se encuentra tanto el mayor obstáculo al poder de la clase obrera como la fuente potencial de energía creativa con la que lograr dicho poder». Pero el panfleto fracasa a la hora de hacer realidad esta promesa de mostrar de dónde debe provenir «la energía creativa para lograr el poder [de la clase obrera]». Esta omisión me ha preocupado durante años, por ello voy a intentar encargarme de ella aquí.

Debido a las divisiones existentes entre nosotros nos vemos privados de una enorme cantidad de energía. Estamos tan habituados a las disparidades de poder y a los antagonismos entre nosotros —sexo, raza, edad, ocupación, estatus migratorio, discapacidades, orientación sexual, etc.— que no somos conscientes de toda la concentración y energía que perdemos en defendernos nosotras mismas de los ataques o desprecios causados por estas divisiones; y tener que protegernos nosotras mismas frente a otros competidores que empujando desde abajo intentan arrojarnos más bajo aún en la jerarquía o frente al abuso de poder de los de arriba. Según vamos superando, gracias a nuestra lucha, la competitividad, los antagonismos e incluso la violencia entre nosotros, liberamos energía y podemos centrarnos mejor.

Ya hemos experimentado, aunque solo haya sido brevemente, que cuando sectores que ordinariamente son antagonistas superan sus divisiones y trabajan juntos, nos sentimos eufóricos y muchas veces más poderosos, porque ya no tenemos por qué realizar todo este extenuante trabajo, el trabajo de defendernos de otros sectores, que nos desgarran el alma. Lograr aunque sea de manera temporal probar el sabor de la unidad nos da más esperanza, nos hace que confiemos más en nuestras capacidades y nos sintamos más poderosos.

Por ello romper las divisiones crea una fuerza individual y colectiva que ya no está inhibida por el miedo y el descorazonamiento, y libera nuestra capacidad creativa de ver cuáles son las posibilidades, identificando y confrontando qué es lo que necesitamos y de qué nos vemos privados; extrayendo las conexiones con las necesidades de otros, y concibiendo la posibilidad, incluso la certeza, de que se puede ganar. Una revolución es esto, algo que muchas de nosotras hemos atisbado durante las confrontaciones colectivas, pero que pocas veces se menciona y mucho menos se discute seriamente.

Marx describió la revolución como el «carnaval de las masas», ese momento en el que aquellos de nosotros para los que en muchos niveles nuestras vidas están llenas de dolor, comenzamos a disfrutar plenamente de nosotros mismos tanto individual como colectivamente derrotando al enemigo.

Si las divisiones entre nosotras mantienen al capital en el poder, entonces superar las divisiones entre nosotras, supone por definición la destrucción del capital y nuestra transformación tanto individual como colectiva, a una escala masiva.

¿En qué nos convertiremos cuando por esfuerzo propio hayamos dejado de dirigir nuestra energía los unos contra los otros y en vez de ello la utilicemos para confrontar colectivamente algo o a alguien que se interponga en el camino de nuestra libre asociación para rehacer el mundo?

Esto es lo que ansiamos descubrir.

10. Los no asalariados del mundo (1975)

LA EDICIÓN DE *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* publicada en México en 1975 comenzaba con la siguiente introducción.

El problema de la revolución es el de la unidad internacional de la clase obrera. La clase obrera esta dividida por el poder de las personas cuyo trabajo es asalariado (hombres) ejercido sobre aquellas personas cuyo trabajo no lo es (mujeres). Pero la jerarquía familiar dentro de la clase trabajadora en absoluto está limitada al poder de los hombres, identificado con el salario, sobre las mujeres, identificadas por el trabajo no asalariado y, por lo tanto, invisible. Si no que también está el poder del trabajador asalariado en la metrópolis sobre el trabajador no asalariado del Tercer Mundo. Ambos son fundamentales para la división capitalista del trabajo, nacional e internacional.

En otro texto, al desarrollar un párrafo de Marx, enfocábamos el problema de la siguiente manera:

Y una jerarquía en la mano de obra y su escala de salarios correspondientes. El racismo y el sexismo nos forman para que desarrollemos y adquiramos determinadas capacidades a expensas de todas las demás. A partir de ese momento se asume que

estas capacidades adquiridas son parte de nuestra naturaleza, y pasan a determinar de por vida nuestras funciones y también determinan la calidad de nuestras relaciones mutuas. Por eso no se considera que plantar caña o té sea un trabajo para personas blancas, o cambiar pañales no es un trabajo para hombres o pegarle palizas a los niños no se considera violencia. Raza, sexo, edad, nación, cada uno de ellos es un elemento indispensable de la división internacional del trabajo. *Nuestro feminismo se basa en un estrato de la jerarquía, hasta ahora invisible, de las fuerzas de trabajo —el ama de casa— que no tienen ningún tipo de derecho a un salario.*¹

Así que partiendo del trabajo no asalariado del ama de casa, nosotras mismas nos encontramos redefiniendo la lucha de clases en términos internacionales y, más particularmente, redefiniendo la relación entre la clase obrera en la metrópolis y la clase obrera en las áreas de subdesarrollo tecnológico. Los trabajadores no asalariados de la tierra, los trabajadores en los intersticios industriales y los bajos salarios de estos, trabajadores cuyos salarios eran incluso más bajos en las cocinas de los asalariados y los ricos del Tercer Mundo, están divididos por el poder —no por la clase— de la clase trabajadora en la metrópoli.

Desmitifiquemos no solo lo que nos divide como mujeres, sino también cuál es la base material para nuestra unificación.

Primero, en los lugares en los que hay un salario el dominio del salario del hombre sobre la mujer es internacional. En cualquier lugar, la reproducción de los trabajadores de las minas, los talleres o las fábricas son producto del trabajo no remunerado de las mujeres. Por supuesto cada situación es única en sí misma. En algunas partes de África el lugar en el que las mujeres realizan este trabajo no remunerado en beneficio del capital a menudo suele ser dentro de la extensa familia tribal. En Zambia, las minas de cobre están generosa y extensamente rodeadas de un número cada vez mayor de viviendas de la empresa, constituidas por bungalows de dos y tres dormitorios. Lo mismo se puede decir de la industrial Ciudad de México: la familia es nuclearizada y desaculturada con un único golpe arquitectónico. ¡Qué eficiente es tener trabajadores exprimidos cada día y que puedan ser reproductos por otros trabajadores (¡de otro sexo!) en el mismo

¹ Véase el ensayo anterior, p. 157.

punto en el que son consumidos! Y se supone que debemos estar agradecidos de que el gobierno o la industria nos habilite vivir en *nuestras* fábricas, viviendas por las que incluso tenemos que pagar alquiler. De nuevo, en Caracas, donde la tecnología a la que el trabajador debe someterse es extremadamente avanzada, la producción de petróleo depende absolutamente del trabajo doméstico femenino. Las páginas siguientes intentan mostrar por qué existe esta enorme discrepancia entre la tecnología desarrollada para extraer y refinar el petróleo y la utilizada para extraer y refinar a los trabajadores del petróleo. Se muestra cómo la esposa del trabajador petrolífero es tan productiva como él porque ella «diariamente produce, entrena, desarrolla, mantiene [y] reproduce la fuerza de trabajo».² Estas cuestiones, pese a no ser la misma, son similares a aquellas relativas a la discrepancia en general entre la tecnología en el Tercer Mundo y la metrópolis, y a *quién es productivo a nivel internacional*.

Segundo, en la mayor parte del planeta, además de la reproducción que las mujeres hacen de la fuerza de trabajo tras ser destruida cada día *sobre el terreno, en ese mismo lugar*, se produce el uso y la destrucción de la fuerza de trabajo propia de las mujeres. A menudo no es el salario del hombre, y la falta de salario de la mujer, lo que da pie a que se le exija este trabajo sino que es mediante *una estructura patriarcal que precede a la sociedad capitalista*. Puede que esta estructura no haya sufrido aún una *reorganización capitalista del patriarcado: el patriarcado del poder del salario*. Sin embargo *internacionalmente es la relación salarial* la que exige ambas formas de trabajo: la reproducción de la fuerza de trabajo para la tierra y la producción de las mercancías que dicha tierra producirá. *Tal y como la falta de salario oculta el carácter proletario de la trabajadora en la casa, del mismo modo el carácter proletario del trabajador en la tierra, «el campesino» sea propietario de terreno o no tenga propiedad, se ve oscurecido por la falta de salario por dicho trabajo*.

La mayor parte de las mujeres de Latinoamérica son indígenas o de extracción indígena, viven de la agricultura de subsistencia y de realizar una doble carga de trabajo no remunerado: tanto como

² «Trabajo productivo sería, por tanto, el trabajo productor de mercancías o que produce directamente, que crea, desarrolla o sostiene, que reproduce la fuerza de trabajo misma». Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, Londres, Lawrence Wishart, 1969, p. 172 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 155].

jornaleras (se les paga por cada día o jornal), *minifundistas* (pequeñas propietarias) o *ejidatarias* (trabajadoras de campos colectivos),³ y como amas de casa. La unidad productiva es la familia. El trabajo de las mujeres en casa, donde transforman materias primas en los pocos bienes de consumo de comida y vestido, es un aspecto fundamental de la producción de dicha unidad familiar.

Incluso cuando hay un pago bajo la forma de salario (a los *jornaleros*) o bajo la forma de venta de las cosechas, probablemente es el hombre quien recibe el pago. Las mujeres y los niños que trabajan junto a él trabajan para el capital a las órdenes del hombre. Pero al menos no se disfraza el trabajo de las mujeres y de los niños; se reconoce como trabajo. Esto es más de lo que se puede decir del ama de casa urbana que está directamente dominada por el salario; su trabajo doméstico, al no estar asalariado, no se considera en absoluto trabajo.

Una tras otra el capital ha depredado en todas y cada una de las formas de producción, y «en el rastro de prejuicios y opiniones antiguas y venerables» que emergen de estos modos, para explotar a todos aquellos atrapados temporalmente en ellos; así mismo refuerza la explotación mediante los prejuicios y opiniones que genera, y que las mujeres sufren más y *de una manera más específica*. Ocultarlo y en consecuencia ignorar la naturaleza específica de la explotación de las mujeres (y de los niños) y la naturaleza específica y autónoma de las luchas que esta explotación *debe* producir, recurriendo al chantaje de la pobreza universal o la represión universal, es recurrir a un moralismo que supone de hecho un ataque sobre los menos poderosos y, por lo tanto, sobre los más pobres y los más reprimidos. Pero cuando se ataca a los menos poderosos, se debilitan todas las fuerzas de la subversión.

Es imposible hablar de la relación de las mujeres con el capital *en cualquier lugar* sin confrontar al mismo tiempo la cuestión del desarrollo *versus* subdesarrollo. Esto se hace más inevitable si hablamos de las mujeres del Tercer Mundo ya que su situación no puede ser extraída del contexto general de predominante subdesarrollo; más bien proporcionan un cabo perfecto para confrontar el nudo gordiano al que se enfrenta *toda* la lucha de la clase obrera en el Tercer Mundo.

³ Las tres palabras en cursiva en castellano en el original [N. de la T.].

Trabajar para el capital

La tendencia ha sido subsumir a todos aquellos que no son proletarios urbanos bajo el término «campesino». Una vez asumido que la división básica dentro de la clase obrera a nivel internacional es entre los asalariados y los no asalariados, y que *no ser asalariado no significa necesariamente estar fuera de la relación capitalista salarial*, todas y cada una de las formas de trabajo existentes hoy en día deben ser reexaminadas para determinar la relación social que ello reproduce: ya sea si hay plusvalía y si dicha plusvalía es robada (apropiada por parte de otra persona distinta del trabajador) y, si es así, por quién; en otras palabras, si el capital ha transformado, y dónde lo ha hecho, los modos precapitalistas de trabajo para su propia expansión. Incluso la agricultura familiar de subsistencia de México, por ejemplo, que no produce plusvalía material puede estar trabajando de manera práctica para el capital; las *braceras* y los *braceros* proporcionan un ejército industrial de reserva, en particular para las granjas de California y de Texas.⁴ Las mujeres en esas granjas de subsistencia «improductivas», con nuestro inacabable trabajo, hemos producido dicho ejército industrial.

Cuando nuestro producto, la fuerza de trabajo, está «superpoblando» —es decir, cuando se rebela y rechaza morir de hambre sin ruido—, el Estado, bajo la forma no militarizada de la Fundación Rockefeller o bajo la forma militarizada de tropas nativas o extranjeras y «expediciones», lo que busca es «regular nuestra productividad». Mujeres de todo el mundo repudian estos controles sobre nuestra función reproductiva, controles que van de la esterilización masiva al genocidio masivo de aquellos que ya han nacido, ya sea mediante hambrunas planificadas u otras técnicas más científicas.

⁴ La intimidación de estos trabajadores por parte de Estados Unidos (tradicionalmente con la ayuda de vigilantes armados, oficiales y no oficiales) se presenta como una defensa de los trabajadores estadounidenses. Para su regocijo, un sindicato en el que sus miembros son en una aplastante mayoría estadounidenses de ascendencia *bracera* ha apoyado el reciente veto a la inmigración de México. Lo que por supuesto solo significa que los salarios de los que entran de manera «ilegal» acabarán siendo más bajos aún. Véase *The New York Times*, «Ruling on Mexican Aliens Stirs Chicanos' Job Fears», 2 de diciembre de 1974. La organización obrera que confine su trabajo a las fronteras nacionales y a la lucha sindicalista por el empleo tendrá siempre como resultado el esquiroleo de unos a otros.

Cada vez más y en todas y cada una de las distintas situaciones, exigimos internacionalmente el derecho a tener hijos cuyo nacimiento no suponga nuestra agonía física, social, financiera; y el derecho a no tenerlos si ese es nuestro deseo. Las campañas de control de natalidad reflejan vulgarmente los brutales intereses inmediatos y a largo plazo del Estado. En su propaganda, al dibujarnos como víctimas que desconocen qué es bueno para nosotras mismas, nuestro supuesto interés se convierte en la excusa para que sigan perpetrando sus intereses contra nosotras. Se culpa a nuestra fertilidad de la hambruna que provocan o que en el mejor de los casos permiten. Rechazamos seguir siendo máquinas reproductivas que pueden encenderse o apagarse según se alteran los planes de producción. Tener o no tener hijos debe ser nuestra elección y un elemento integral de nuestro desarrollo individual y social.

Pero esto ya es exigir más de lo que ningún partido político ha asumido, también queremos que sea así en el Tercer Mundo. Tenemos muchas necesidades porque hemos aprendido muchas cosas, incluso cuando ellos pensaban que nos estaban enseñando otras lecciones bien diferentes.

Puede que en un pueblo mexicano una familia invierta en una televisión. Otras familias de la zona deben pagar para verla, deben encontrar el dinero con el que pagar para verla, deben encontrar trabajo o plantar la cosecha *o llevar a cabo la lucha por el salario sin trabajo*, que produzca el dinero para pagar para verla. O reapropiarse de otra como esa o más grande, es decir, librar una lucha por *el salario sin trabajo* de tal manera que evite la forma del dinero.

Una vez que han visto las imágenes, o han escuchado los sonidos chirriantes del modelo barato de transistor en el pueblo o en el campo, esa persona, esa familia, esa comunidad, ha sobrepasado cualquier definición de «campesina». Cuando la mujer de un área subdesarrollada en el corazón de Europa, como en un pueblo en España, ve una película de Hollywood, el argumento de la película es secundario a la tecnología de la cocina estadounidense (que, de todas maneras, sigue siendo el lugar de la *mujer* en América del Norte). Así que estamos listas para exigir en México y en Tanzania, en la India y en España, toda la riqueza que existe y de la que nos han privado. Porque en los medios de comunicación de masas nos

hablan o incluso nos muestran todos los productos tecnológicos que se les niega a la gente del Tercer Mundo. Han enviado a los medios de comunicación para que den un mensaje, pero hemos absorbido otro diferente. Porque hemos llegado a los medios de masas con la mente completamente harta de la amargura de nuestra experiencia. Esos medios de masas, sin embargo, presentan un retrato distorsionado de todo un mundo que los campesinos de los tiempos de Lenin o de Zapata nunca supieron que existía. Trata un abanico de bienes, *y en consecuencia un abanico de posibilidades*, que nadie conocía en los tiempos de Lenin o de Zapata, puesto que no existían *en ningún lugar*. Nuestras experiencias como mujeres explotadas, urbanas o rurales, del Tercer Mundo o de la metrópolis, son únicas en cada situación. *Nuestras necesidades y nuestros deseos son cada vez más internacionales y universales*: ser libres, libres del trabajo que nos ha desgastado durante siglos, ser libres de la dependencia y del dominio de los hombres. Repudiamos la asunción de que nosotras, las que no estamos «formadas», sindicadas, etc., somos las «subdesarrolladas». La tecnología subdesarrollada con la que nos han lastrado no es equiparable a nuestras aspiraciones. Y ese es nuestro dilema.

Puede que muchos estadounidenses bienintencionados que regresaron de Cuba, después de seis semanas cortando caña en las Brigadas Venceremos, glorifiquen cortar caña como en otros tiempos los visitantes del Partido Comunista glorificaron las colectivizaciones forzosas en Rusia. Pero ¿quién quiere cortar caña toda su vida? Seguro que no esos que regresaron a sus casas tras seis semanas. Lo que necesitamos es salario en vez de trabajo, comenzando por los salarios por el trabajo que las mujeres siempre hemos hecho sin recibir pago alguno, ya sea cocinar a carbón o con gas, ya sea lavar la ropa en la orilla del río, en la bañera o en la lavadora. Es nuestro tiempo, nuestra energía, nuestras vidas. Es hora de poner un precio a este trabajo.

Rechazamos su desarrollo

En la metrópolis cuando demandamos un salario por parte del Estado, se nos dice que podemos obtener un salario en las oficinas o en las fábricas, que están ansiosas por absorber lo poco

que de nuestras vidas nos ha dejado la lavadora. Millones de nosotras nos vemos allí cada día empujadas por una inflación que está haciendo que llevar un salario a casa —y en consecuencia hacer una doble jornada— se convierta en otra obligación doméstica, otra tarea, otra obligación de la esposa. En México, con un 40 % de desempleo o de subempleo, proponer que las mujeres tomen un segundo trabajo en las fábricas, oficinas, etc. (si es que no trabajan también en el campo), es aún más risible. Ninguna de nosotras quiere ese segundo empleo, tampoco las que lo tienen, ni queremos una miseria de salario, tampoco aquellas que desesperadamente necesitan un salario pese a las 16 horas diarias de la jornada a tiempo completo que implica ser ama de casa. Nuestra amargura no la dulcificará tener más trabajo.

Sin embargo a las mujeres del Tercer Mundo (de hecho a *todas* las mujeres) se les dice que no hay otra solución más que aceptar este «desarrollo», esto es, aceptar una explotación más racional, si es que tienen la suerte de que les toque dentro del mar de no asalariados. Solo hay un desarrollo hoy en día en el mundo, y es el desarrollo capitalista, y supone una explotación incluso mayor de la que hemos sufrido hasta ahora. Es el precio que tradicionalmente hemos pagado por un salario. Seguiremos criando, formando y cuidando de la nueva generación mientras que nos «beneficiamos» de la cadena de montaje que impulsa su desarrollo. También, porque muchas de nosotras no tenemos salario alguno, las pocas que sean contratadas lo serán a un salario reducido. Aceptar de manera pasiva dicho desarrollo es aceptar el desarrollo de la esclavitud, lo opuesto a su abolición.

Para aquellas de nosotras que están en la metrópoli demandar un salario por parte del Estado por el trabajo que hacemos en casa es nuestra única opción real para poder rechazar masivamente ese trabajo y el segundo empleo, asalariado, que ya hacemos. A medida que se va profundizando la crisis del capital aún no ha quedado claro qué lugar tendrán en sus planes las mujeres de la metrópolis. Sin embargo, una cosa está clara. Aunque estamos rodeadas de desarrollo, ellos han comenzado a aducir pobreza y austeridad y esperan que las mujeres seamos la primera línea de contención del golpe. Cuando exigimos salarios para el trabajo doméstico sea en la forma que sea —cuidado infantil que podamos controlar, control de la natalidad y aborto que no nos enferme, mate o esterilice, la socialización de nuestro trabajo en nuestros propios términos

para liberar tiempo para nosotras mismas y, lo más importante, dinero que podamos llamar nuestro, propio— ahora nos responden con lo que siempre le han dicho en el Tercer Mundo a todas las demandas de las mujeres: «La caja está vacía».

Nuestra gran ventaja en la metrópoli es que la riqueza que nos han robado a todos nosotros está donde vivimos, para que exijamos su devolución. Para aquellos en el Tercer Mundo, es infinitamente más difícil exigir la devolución de la riqueza que nuestro trabajo combinado ha creado. Para la mayor parte de nosotras el dilema es que esta riqueza no se encuentra donde estamos. Esto supone enormes problemas de organización y movilización de poder. Sin embargo no tenemos otra opción. Cuando los Estados de todos y cada uno de los países del Tercer Mundo han intentado imponer el desarrollo bajo la forma de «ayuda» y/o inversiones, en último estadio han acabado teniendo que defender dicho desarrollo con las armas y en contra de la clase trabajadora. Cuando se propone que el camino a la nueva sociedad pasa por que incrementemos la productividad, los escuadrones de la muerte chilenos se nos plantan delante para bloquear la salida hacia nuestro propio camino.⁵

Ya que en el pasado hemos perdido cuando no hemos exigido lo suficiente, no será peor si lo exigimos todo. Y aunque en el Tercer Mundo la riqueza ya no esté allí mismo, siempre están a mano los agentes de su continua expropiación. El Estado solo está parcialmente compuesto por el gobierno y la Fundación Rockefeller; esos son los ejecutores fuera de las fábricas de las corporaciones multinacionales. Planean conjuntamente nuestra explotación, su calidad e intensidad, como parte de un plan internacional que abarca a todos los países, a mujeres y hombres, a niños y adultos, la clase obrera empleada o desempleada, los asalariados y los no asalariados de dicha clase, los urbanizados y los ruralizados de dicha clase. El último estadio es contra ellos y contra las armas con las que ejecutan su plan y aplican su voluntad (habitualmente de

⁵ El ama de casa chilena fue por supuesto parte de la resistencia de la clase obrera a la productividad. Sin embargo su papel fue ahogado por el estruendo de una mitología cuidadosamente construida en el plano internacional sobre la imagen de la reaccionaria ama de casa chilena al servicio de la derecha y de la izquierda, no solo para ocultar la lucha revolucionaria de las mujeres chilenas sino también para debilitar la lucha de las mujeres en todas partes.

Estados Unidos), contra las que nosotras, todas las mujeres, tendremos que hacer estas demandas. Porque pese a que el dilema del Tercer Mundo sea que la riqueza de nuestro trabajo conjunto está en la metrópolis, el Tercer Mundo puede inspirarse en la riqueza de nuestra lucha conjunta para recuperarla.

Alzar internacionalmente nuestras voces para demandar nuestro salario y el fin del trabajo que hacemos (que no ha producido salario alguno en casa y, en todo caso, salarios escasos fuera), demandar que *nosotras* nos desarrollemos y que esa tecnología esté al servicio de *nuestro* desarrollo, es decir, lo opuesto a que nosotras estemos al servicio de una tecnología en desarrollo cuyos beneficios después se nos niegan... todo esto significa revolucionar completamente los términos de la lucha. Es articular la internacionalización de nuestra lucha y alzar nuestro poder en cada punto del circuito capitalista internacional. Los hombres no asalariados deben seguir nuestro liderazgo; pese a que tendremos que luchar contra ellos por el derecho a luchar contra el capital, lo que en sí mismo ya será un paso clave del proceso revolucionario.

Por ello, si las mujeres en Latinoamérica leen nuestra experiencia y nuestro análisis, puede que a menudo se vean ellas mismas reflejadas en él; tal vez vean ese futuro que les han prometido, desromantizado por aquellas que lo vivimos; tal vez su confianza crezca gracias a nuestra lucha tal y como crece la nuestra gracias a su lucha, y sabrán cómo de conscientes somos de nuestra interdependencia mutua.

En 1971 nosotras dijimos: «Las mujeres del Tercer Mundo aún no han hablado de los efectos del gobierno colonial y de la industrialización sobre ellas y sobre la familia tradicional. Cuando lo hagan, los horrores que ahora asociamos con el capitalismo y el imperialismo alcanzarán una nueva dimensión. Necesitamos una historia del imperialismo y de la división internacional del trabajo entre los mundos industriales y agrarios desde la óptica de las mujeres».⁶

Esa historia ha comenzado a surgir como un arma para la lucha por el desarrollo.

Poder para las hermanas y por ello internacionalmente para la clase.

⁶ Edith Hoshino Altbach (ed.), *From Feminism to Liberation*, Cambridge (MA), Schenkman, 1971, p. 197.

Nota:

Las vidas de las mujeres en México de nuevo nos confirma que solo logramos entender el salario y todo el trabajo que este exige cuando utilizamos como punto de partida la experiencia propia —pero en absoluto exótica— de cada sección de los no asalariados. «Los marxistas» están tan hipnotizados por la fábrica que no se han dado cuenta de que Marx (a) afirma claramente que el nacimiento del capital y su desarrollo se cimenta sobre las espaldas de los no asalariados, y (b) que el salario mismo está determinado en la misma medida fuera de la fábrica como lo está dentro de ella; así que «a grandes rasgos, el movimiento *general* de los salarios se regula exclusivamente por las *expansiones* y *contracciones del ejército industrial de reserva*», esto es, por los trabajadores sin acceso a los salarios.⁷ Marx no era feminista pero, a diferencia de los «marxistas», comprendió lo que significaba el salario y la falta del mismo.

⁷ *Capital*, cit., vol. I, p. 637 (vol. I, p. 539)

11. Putas en la casa del señor (1983)

Esto es un relato de la ocupación de una iglesia londinense llevada a cabo por trabajadoras sexuales. En aquel momento yo actué como su portavoz.

La ocupación fue una gran experiencia para todas las que participamos. Cada día teníamos que resolver cuestiones tan prácticas como decir la verdad y no darle una excusa a la iglesia para poder echarnos; así como formar personas que no tenían experiencia previa en acciones como esta para que pudieran formar parte de una fuerza colectiva, efectiva. Una vez aprendidas, este tipo de habilidades forman parte de tu mochila política, y se pueden aplicar universalmente. No conozco otra manera de aprender este tipo de herramientas si no es de manera colectiva formando parte en iniciativas de movimiento.

Tener que escribir este artículo fue nuestra oportunidad para explicar, para nosotras y para otras, qué hicimos y cómo lo hicimos. Años después, oímos que un grupo de trabajadoras sexuales de Canadá que estaban planeando ocupar una iglesia habían leído el relato de nuestra ocupación durante la preparación del suyo, y que el suyo había sido un éxito.

El 17 de noviembre de 1982, el English Collective of Prostitutes [Colectivo Inglés de Prostitutas, ECP] comenzó una ocupación de la Iglesia de Holy Cross, en King's Cross, Londres, que duraría doce días. Mediante nuestra acción demandábamos que las autoridades locales y la sociedad en general mostrasen su apoyo a las prostitutas en el conflicto que había con la policía. Este era el posicionamiento que desde que formamos el colectivo en 1975 le exigíamos a las feministas.

El mismo año el ECP abrió el debate sobre la prostitución dentro del movimiento feminista con un documento llamado «For Prostitutes, Against Prostitution» [A favor de las prostitutas, en contra de la prostitución]. Desde entonces hemos aprovechado cada oportunidad para crear foros en los que las mujeres prostitutas y no prostitutas hablen entre ellas. Las reuniones públicas, no mixtas, solo de mujeres, del ECP siempre se llenaban, siempre eran honestas, y, felizmente, siempre resultaron ser más un intercambio de experiencias y sentimientos que una confrontación de dogmas. Los resultados fueron gratificantes. Nuestra campaña por los derechos de las mujeres prostitutas, con sus grupos de presión y sus piquetes, sus asambleas públicas y debates, logró captar un interés cada vez mayor y el apoyo de mujeres de todo tipo. Algunas feministas incluso declararon abiertamente que eran prostitutas durante los talleres de las conferencias (pese a que muchas de ellas seguían considerando que era más seguro mantenerse en el armario incluso dentro del movimiento).

Durante el último par de años, dos nuevos factores han hecho más urgente decidirse entre las prostitutas y la policía. Las rebeliones urbanas, que comenzaron en la primavera de 1981,¹ atacaron las políticas brutales y racistas que se aplican, haciendo

¹ Los disturbios de Brixton de 1981 fueron una serie de enfrentamientos entre la Metropolitan Police y jóvenes sobre todo negros, caribeños y asiáticos, en abril de 1981, como resultado de la práctica policial del *stop-and-search* [identificaciones y registros por perfil racial] en la zona y la tensión creciente a partir de la muerte de 13 adolescentes y jóvenes negros en un oscuro incendio en enero de ese año. Los estudios señalan hasta 5.000 personas implicadas. Hubo disturbios semejantes en muchas otras ciudades en julio. El gobierno de Thatcher encargó una investigación que dio lugar al *Scarman Report*, para algunos el inicio de la gobernanza multicultural al recomendar, por ejemplo, la discriminación positiva para la inclusión de minorías en la policía o una relación permanente con las distintas «comunidades». [N. de E.]

imposible permanecer neutral o en silencio a cualquiera que lu-che políticamente, en la política sexual o de cualquier otro tipo. La neutralidad o el silencio significaban consentimiento y permisividad frente al racismo y la brutalidad policial. Al mismo tiempo, tal y como se ha desarrollado, la tendencia antiporno-gráfica ha creado grupos de presión que demandan más control estatal (policial) de los materiales explícitamente sexuales, y a menudo ha atacado no solo a la industria sexual sino a aquellos empleados en ella metiendo a trabajadores y empleadores en el mismo saco. Ningún otro grupo de trabajadores, en especial si son mujeres, ha sido y es despreciado de esta manera por el movimiento de mujeres.

Si las prostitutas y su trabajo son tan diferentes de otras mu- jeres y de su trabajo, entonces la ocupación de la iglesia no es más que una curiosidad exótica, no una acción feminista cuyas lecciones son aplicables en el plano general. Permitidme por ello mostrar lo obvio: las mujeres que *trabajan* para la industria del sexo son *trabajadoras*. Tienen esos trabajos por la misma ra- zón que otros trabajadores tienen sus trabajos: para ganarse la vida.

Es cierto que las trabajadoras sexuales venden un servicio que todas desearíamos que estuviese conectado con la intimidad y lleno de profundos sentimientos personales. Pero las feministas han recorrido un doloroso camino para demostrar que la roman- tización de la sexualidad tiene como objetivo ocultar que a veces es algo trágico, una decepción o un peligro —o todo ello a la vez— para las mujeres. Y a veces también es un trabajo.

La ECP ha argumentado que hay muchas más consideracio- nes económicas en nuestras relaciones sexuales de las que la mayor parte de nosotras estamos preparadas para enfrentar o al menos para articular y explicar a otras personas. Esta reluc- tancia a admitir la conexión entre sexo y dinero en nuestras propias vidas puede expresarse en sí como un prejuicio contra las prostitutas, cuyo *trabajo* es unir estas dos cosas. Este preui- cio contra las mujeres que arrancan del sexo parte de su mística romántica se ve reforzado de esta manera por la ilegalidad de su estatus.

La tradición de las rebeldes ilegales

Antes de que los sindicatos fuesen legales, todo sindicalista era ilegal, un criminal y probablemente un vecino odiado o despreciado. Cada inmigrante que cruza una frontera nacional por razones que el gobierno no aprueba —desde hacer «campana por la paz» como las mujeres a exigir una porción de la riqueza acumulada como hacen los pueblos del Tercer Mundo— es ilegal. Al ser trabajadoras ilegales, las mujeres prostitutas son parte de esta tradición organizativa ilegal. Obtienen salarios mayores de los que se supone que deben cobrar las mujeres, por un trabajo que se supone que las mujeres deben hacer gratis. Las prostitutas también forman parte de una larga tradición de mujeres ingeniosas y con iniciativa que han intentado darle la vuelta al trabajo sexual para que las beneficie. Las mujeres han usado sus cuerpos para sacar a sus hijas, hijos, maridos fuera de campos de concentración, ciudades fronterizas; para alimentar o armar a su clan o a su movimiento; y para lograr la independencia económica necesaria para escapar de relaciones o situaciones intolerables.

Si no somos conscientes de lo que tenemos en común como trabajadoras y como mujeres, tenderemos a ser cómplices del mito que iguala estatus social con valor humano. Nuestros prejuicios pueden reforzar la jerarquía que valida y considera central la lucha de algunos mientras que desestima como no válida y marginal la lucha de otros: las mujeres «reales» que son «auténticas» trabajadoras y las que no lo son. En esta escala las putas no son tan importantes como otras trabajadoras «respetables» que conforman otros grupos más aceptables, como los sindicatos. Pero las luchas no obedecen a una jerarquía ni es marginal ninguna lucha. Si quieres cambiar el mundo cualquier sitio es bueno para comenzar a luchar. Y el mejor lugar es el lugar en el que tú estás.

La acción de la ECP en Holy Cross abría un camino pionero no solo en beneficio de todas las prostitutas sino también para todos esos millones de mujeres a las que la crisis económica criminaliza cada vez más: las mujeres que se ven forzadas al hurto y al fraude en las ayudas sociales, mujeres que tienen que descubrir nuevas maneras (a veces ilegales) de mantenerse ellas mismas, a sus hijos, a sus padres, a su movimiento. (Las mujeres del norte de Inglaterra, donde el desempleo es más severo, y que viajaron al sur del país para trabajar en las calles de King's Cross

son denominadas «las chicas de Thatcher»). La ocupación fue un momento clave y de poder para todas las mujeres al oponerse a la criminalización de cualquier mujer que rechace la pobreza y proteger sus derechos cuando es atacada y criminalizada.

La ocupación abarcó más gente y áreas más amplias de la vida de las que normalmente abarca la palabra «prostitución». Pero esto es así porque la palabra no está definida por las mujeres y los hombres que la condenan sino por las leyes sobre la prostitución, y por los hombres y mujeres que crean estas leyes.

Las leyes

Las leyes sobre la prostitución cambian de un país a otro. Son de dos tipos: prohibición y legalización. Las leyes en Gran Bretaña son leyes que prohíben: pese a que la prostitución en sí misma no es ilegal, si que lo es cualquier cosa asociada con ella.²

Puedes ser arrestada por ofrecer el servicio y por merodear con el objetivo de prostituirte si la policía dice que te ha visto ofreciendo servicios sexuales por un precio. Así que si, por ejemplo, una mujer en la calle le pregunta a un hombre «¿dormirías conmigo?», esto es perfectamente legal. Pero si él dice que sí y ella le dice que le costará 20 libras, esto va en contra de la ley.

Si la policía te amonesta dos veces por este motivo, entonces se te tacha de «prostituta común» y esta clasificación irá contigo de por vida. Una vez catalogada como tal, sin juicio alguno, puedes ser llevada frente al juez y condenada por un delito de prostitución sin más pruebas que la palabra del agente de policía. Del mismo modo que con las «leyes sus»,³ la policía no necesita testigo ni acusación para ello. Es su palabra, contra la de una «prostituta común».

² Las leyes sobre la prostitución han cambiado desde 1983 pero no para mejor; ahora son incluso más represivas, siguiendo el «modelo sueco» de feminismo de Estado. Véase <http://www.prostitutescollective.net>

³ Las leyes «sus» [de *suspicious person*, persona sospechosa; esta terminología proviene de la Ley contra la vagancia de 1824] son las odiadas prerrogativas y poderes policiales que permiten que los agentes paren y registren a quien consideren sospechoso de intencionalidad criminal y que generalmente se utiliza contra jóvenes de color. Aunque se logró que se abolieran, fueron reemplazadas por otras potestades policiales similares, impugnadas a su vez en las revueltas multirraciales de agosto de 2011 en Inglaterra.

Es ilegal anunciarse incluso si se hace de manera discreta.

Dos mujeres que trabajan juntas constituyen un lupanar.

Si el hombre depende económicamente de ti o incluso si contribuyes (esto es a juicio del juez) al mantenimiento de la casa que compartes con él —ya sea el marido, amante, hijo, amigo— este puede ser condenado por proxenetismo (pero por otra parte, si la mujer no es una prostituta, es perfectamente legal que el marido se apropie de todas las ganancias de su mujer para apostar a los caballos o comprar libros). Una mujer con la que vives pero que no es prostituta puede ser imputada con un cargo de proxenetismo.

De esta manera las leyes sobre la prostitución hacen virtualmente imposible para una mujer que es prostituta vivir con mujeres o con hombres sin romper la ley. En algunos países se criminaliza a los clientes, y la gente se enfada porque se encarcela a las mujeres mientras que los hombres salen libres, y a veces piensan que se conseguiría la igualdad si los clientes también fuesen criminalizados. Pero esto es como pedirle a los empresarios que reduzcan los salarios de los hombres para lograr la igualdad salarial: dos derrotas no hacen una victoria.

Otros que apuestan por que se cambien las leyes a veces proponen que se legalice, dando por supuesto que esto es lo contrario a la criminalización. No lo es y conlleva sus propios peligros. Puede ser peor que la prohibición. Ya que la prostitución está legalizada en algunas partes de Estados Unidos (Nevada tiene prostíbulos legales) y en Alemania Occidental (que ha legalizado barrios rojos en todas las grandes ciudades), no necesitamos especular acerca de sus efectos: podemos ver cómo funciona y qué significaría para nosotras en Gran Bretaña. En estos lugares la legalización de la prostitución es la legalización del proxenetismo.

En 1981 visité el Reeperbahn, el famoso barrio rojo de Hamburgo, con una mujer prostituta. Se les permite a las mujeres trabajar en las calles y en los clubs y prostíbulos a partir de las seis de la tarde. Llamados Eros Centers, estos prostíbulos son propiedad de corporaciones de proxenetas legitimados por el gobierno. Estas corporaciones alquilan paquetes de habitaciones a otros proxenetas, quienes a su vez alquilan habitaciones individuales a las prostitutas. Las mujeres necesitan sus propios proxenetas para que las protejan de los proxenetas de otras mujeres con las cuales compiten por clientes con los que pagar, para empezar,

los elevados alquileres de estas habitaciones. Además de eso pagas impuestos. También debes estar registrada en la policía como prostituta, un estigma que nunca podrás quitarte de encima. Por eso no sorprende en absoluto que en Alemania Occidental solo el 12 % sean prostitutas legales, el 88 % de las mujeres prefieren mantenerse en la ilegalidad en vez de verse controladas por el casero, el chulo, el doctor estatal (ya que hay exámenes médicos obligatorios semanales) y estar registrada en los ordenadores de la policía.

Los prostíbulos en Nevada son más exclusivos y están más aislados. A las mujeres se les permite salir solo tras haber trabajado 21 días seguidos atendiendo, cada vez que su jefe se lo diga, a cualquier cliente, ya sea de día o de noche. Sus hijos no pueden estar con ellas, y en sus 10 días libres mensuales están sometidas a restricciones respecto a dónde pueden ir en la ciudad. También en Nevada la mayor parte de las prostitutas deciden permanecer en la ilegalidad antes que verse encarceladas en estas fábricas del sexo.

En Gran Bretaña, cuando nos hemos enfrentado a propuestas de legalización (como por ejemplo la propuesta por parte de los *tories* en el Ayuntamiento de Southampton en 1979 en la que se pretendía ceder el puerto de la ciudad para instalar en él prostíbulos de gestión municipal) hemos dejado claro que las mujeres prostitutas no irán a prostíbulos administrados por el Estado, o lo que es lo mismo, por la policía. Una prostituta de Southampton nos dijo: «Tendrán que traer al ejército para sacarnos de nuestras casas y meternos en sus prostíbulos».

La existencia misma de estas leyes, ya sea para legalizar o para prohibir la prostitución, determina que las mujeres que no son prostitutas optarán por medidas más radicales para mantenerse alejadas de las mujeres que lo son, y cuidarán su imagen hasta puntos imposibles para que nunca nadie «las confunda con una». Y cuanto mayor sea la brecha que abran las leyes sobre prostitución entre las mujeres, mayor será el grado de vulnerabilidad de las prostitutas frente a estas leyes. Para empezar, aquellos que las aplican se aprovechan de que las prostitutas ya están marginadas respecto de las demás mujeres. Porque si eres una prostituta, al resto de las mujeres les da igual lo que te pase, y por ello *las leyes y las personas que las ejecutan no tienen que preocuparse por qué pensará la comunidad, y esto les permite dominar tu vida.*

Abolición de las leyes

Estamos haciendo campaña junto con las organizaciones de prostitutas de otros países para abolir las leyes sobre prostitución. La campaña no dará alas al proxenetismo sino que acabará con él. El aislamiento que imponen las leyes causa que las mujeres sean más dependientes de los hombres que si no estuviésemos divididas entre nosotras; el aislamiento al que se fuerza a estas mujeres hace más difícil que las mujeres prostitutas puedan debilitar el poder que los hombres tienen sobre ellas pese a las herramientas que les proporciona tener una mayor autonomía económica. Cuando las leyes dejen de diferenciar entre unas mujeres y otras, y al hacerlo dejen de dividir las, las prostitutas estarán más protegidas y su situación será mucho más segura, lo que permitirá que puedan lanzar una ofensiva contra todas las formas de proxenetismo que sufren, ya sea por parte de caseros, chulos, conductores de taxis, etc., ya sea por parte de hombres individuales.

Por otra parte, las leyes sobre el proxenetismo nunca han sido efectivas más que para disciplinar a las prostitutas. Desde el momento en el que hay «leyes especiales» que segregan un grupo, el que sea, del resto, se deniega la igualdad judicial frente a las leyes. Irónicamente, las prostitutas y las esposas son las mujeres menos protegidas. Queremos que todas las mujeres sean protegidas por la ley frente a la extorsión ya existente, incluyendo esos dos grupos que actualmente están excluidos, las putas y las esposas. Y queremos que todas las mujeres sean protegidas de la violencia de los hombres, tanto en la prostitución como en el matrimonio. Por ejemplo, la violación de las esposas no es ilegal *de jure*, y la violación de las prostitutas no es ilegal *de facto*.⁴ Las

⁴ Hasta 1991, los tribunales de Gran Bretaña consideraban legal la violación dentro del matrimonio; se necesitaron 250 años de protestas de las mujeres, tanto individuales como colectivas, y 15 años de campaña por parte de Women Against Rape [Mujeres Contra la Violación] para que la violación dentro del matrimonio fuese reconocida como un delito. Violar a una prostituta no era legal pero a menudo las autoridades lo trataban como si lo fuera: «una prostituta no puede ser violada» o «lo estaba deseando» eran creencias y afirmaciones habituales. En 1995, dos trabajadoras sexuales violadas por el mismo cliente decidieron denunciar después de que las autoridades rechazaran hacerlo de oficio. Con el respaldo del Colectivo Inglés de Prostitutas, Acción Legal para las Mujeres y Mujeres Contra la Violación, las mujeres ganaron y el violador fue condenado a 11 años de prisión. Este caso ayudó a establecer que todas las víctimas de

leyes sobre la prostitución no tienen nada que ver con la protección de las mujeres sino que su objetivo es perseguirnos, controlarnos y dividirnos. Las mujeres tenemos derecho a hacer lo que queramos con nuestros cuerpos, y los gobiernos no tienen nada que decir respecto a lo que los adultos, habiendo dado nuestro consentimiento, hacemos en privado.

Acción legal de mujeres ilegales

La acción legal ha sido la base de muchas de nuestras campañas desde 1975. En 1981 publicamos *A-Z for Working Girls*, una guía legal para prostitutas, sus familias, amigos y otras personas que les apoyan, y también para mujeres que están considerando empezar en la prostitución para que sepan a qué se enfrentan y puedan tomar una decisión informada. El año siguiente, en abril de 1982, dimos un paso gigante, y abrió sus puertas el King's Cross Women's Centre [Centro para Mujeres de King's Cross] el primer servicio legal solo para mujeres en Gran Bretaña, una iniciativa del ECP.

Poco después sería renombrado como Legal Action for Women (LAW). Cada jueves por la tarde, una abogada o una asistente legal está disponible para cualquier mujer que quiera tanto consejo legal como representación legal si la necesita. Es un servicio único, diferente a cualquier otro, ya que las profesionales trabajan dentro del marco político de la campaña y a partir de la derivación de un activo centro de mujeres. Desde sus comienzos acudieron todo tipo de mujeres para utilizar los servicios del centro. Las prostitutas de la zona empezaron inmediatamente a utilizar LAW: para casos de custodia, custodias denegadas, en los casos en los que se les había retirado a los niños y puesto bajo custodia estatal al considerar que las madres no estaban capacitadas para cuidarlos; para luchar contra desahucios y diversos problemas relacionados con la vivienda; y todo el amplio abanico de problemas que tienen en común con el resto de mujeres que utilizaban el servicio.

violación tienen derecho a la protección de la ley, independientemente de su ocupación o de la relación que tengan con su atacante.

En junio vino una mujer que quería declararse no culpable. El que esta sea una situación excepcional dice más acerca de las leyes de prostitución que cualquier otra cosa que se haya podido decir hasta ahora. Muchas veces las mujeres se declaran culpables cuando no lo son, pero esta vez, además de no ser culpable, quería declarar en este sentido. En su alegato retaba al magistrado a que creyese a una «prostituta común» en vez de a la policía. Dicho caso también era una apuesta económica: incluso si ganas, los honorarios del abogado pueden ser más elevados que la multa que recibirías si te hubieras declarado culpable. Nuestra abogada logró ayuda legal para ella, presentó su caso en los términos que la mujer quiso (otra anomalía) y fue declarada no culpable. Informamos a la prensa local y se lo hicimos saber a las mujeres que forman parte de nuestra red.

Al llegar septiembre, el ya atestado centro de mujeres estaba a rebosar de reuniones de las prostitutas locales. Casi cada día había asambleas para debatir las posibilidades de exigir derechos civiles. Las mujeres que habían sido arrestadas mientras hacían la compra o recogían a los niños, o en la parada del autobús, querían declararse no culpables. Y más esperanzador aún: una mujer que tenía una cita a las tres de la tarde llegó cuarto de hora antes con su grupo de apoyo: la amiga que presencié la detención ilegal y una o dos personas más, incluso tres más. Todas las mujeres participaban en la planificación de la defensa y en la evaluación de la actitud de la policía y de las trabajadoras, es decir, evaluaban de manera conjunta el clima político de cara a su lucha. Esto, recordemos, lo hacían en su tiempo de trabajo; hacer las cosas de esta manera les costaba dinero. Todas estas mujeres trabajaban autónomamente, sin chulos.

A parte de las reuniones legales, las mujeres venían para tomar una taza de té o echar un vistazo al resto de las cosas que había en el centro (Mujeres Contra la Violación, que se reúne en nuestro centro, es un grupo que siempre le resulta interesante a las mujeres que vienen). Las mujeres estaban deseando hablar acerca de ellas mismas y vertían su indignación contra la policía y las quejas largamente reprimidas. «Estaba bebiendo una taza de café cuando me arrestó por vagabundo. ¿Has oído alguna vez alguien que beba café y pille clientes al mismo tiempo?». A los que no están habituados a que las

mujeres se organicen puede que les pillara por sorpresa ver que mujeres que un mes antes bromeaban con la policía en la Argyle Square se quejaban de que la policía tuviese el descaro de esperar a que las prostitutas mostrasen esta intimidad con ellos; lo hacían porque ahora tenían el poder para negarse a ello. Animadas por el centro, por LAW y por un veredicto de «no culpable», las mujeres prostitutas comenzaron a construir un pequeño volcán.

La excitación iba en aumento y esto nos permitió enfrentarnos con la cabeza bastante alta e incluso reírnos del acoso especialmente intenso que la policía comenzó a ejercer sobre las mujeres que utilizaban el centro. La policía intentó romper la unidad que se estaba creando y le dijo a las mujeres que el centro tenía informantes policiales, que las mujeres se estaban buscando problemas al enfrentarse a la policía, que nunca serían puestas en libertad bajo fianza si se declaraban no culpables, y que eran ellos (la policía) y no el centro quienes «realmente comprendían» a las prostitutas. Incluso amenazaron a las mujeres que rellenaban la encuesta del ECP sobre prostitución. Nuestro aliado académico protestó. La policía negó que estuviese pasando nada y dijo que no seguiría sucediendo nada.

Las mujeres aguantaron las amenazas y confiaron en su organización para que les sacara bajo fianza, los arrestos no eran una experiencia nueva para ellas. La confianza otorgada no cayó en saco roto; el ECP era concienzudo y ahora tenía experiencia en defensa legal. La confianza, pese a los ataques, continuó creciendo.

En octubre llegó a juicio el caso de otra mujer. Joven, negra, con dos hijos, pagaba un alquiler exorbitante en un hotel local. (Bastantes mujeres se prostituyen para poder pagar un alquiler en Londres, en especial si son madres con niños pequeños).

Durante el juicio su abogada le preguntó cuánto pagaba de alquiler. 84 libras semanales por una habitación para los tres. El magistrado preguntó si había oído bien. Ella añadió: «Y cuando no tenga que pagar ese alquiler, no me prostituiré». También se la declaró no culpable.

La primera victoria no fue algo excepcional. Incluso si eres prostituta, si te organizas puedes ganar.

El contraataque

Una de las grandes fortalezas del ECP es que, pese a las leyes, sus miembros no están guetizados. Como parte de la Campaña por Salario para el Trabajo Doméstico, está en contacto con la red internacional de mujeres, tanto prostitutas como no prostitutas. Hemos trabajado mucho para trazar la línea que distingue el distanciamiento —construir fronteras que nos separen de otras mujeres— de la autonomía, es decir, construir redes con otras mujeres manteniendo las riendas de tu propia lucha. Esta claridad por la que se ha peleado duramente ha permitido que las mujeres elijan y formen a mujeres que no trabajan como prostitutas para que sean, en caso de ser necesario, la voz visible de las mujeres ilegales que no pueden aparecer en público. El centro de mujeres también rechaza el separatismo y respeta la autonomía. Todos los grupos mantienen su autonomía y se siguen beneficiando del poder y de las actividades de las demás. Y hay muchas actividades. Ni de lejos el ECP era la única actividad que se desarrollaba en ese tiempo. Por aquel entonces se organizó la conferencia «Bringing It All Back Home: Black and Immigrant Women Speak Out and Claim Our Rights» [«Pongámoslo sobre la mesa: las mujeres negras e inmigrantes nos manifestamos y exigimos nuestros derechos»]. Todos los grupos en el centro ayudaron a organizarla junto a Housewives in Dialogue [Amas de casa en Diálogo], la organización sin ánimo de lucro que gestiona el centro. La conferencia se celebró el 13 de noviembre.

En aquella conferencia unas 350 mujeres, la mayor parte inmigrantes, y en su mayoría negras, escucharon cómo Nina López, argentina, decía:

Cuando eres inmigrante eres tan vulnerable que no quieres asociarte con otro grupo de gente que también sea vulnerable [...] Como miembro del Colectivo Inglés de Prostitutas sé muy bien lo que significa ser vulnerable y cómo te sientes respecto al hecho de ser vulnerable cuando eres prostituta [...] el tipo de tratamiento que reciben las mujeres negras es el que reciben las mujeres prostitutas y es incluso doble si eres una mujer negra prostituta, y esta vulnerabilidad, este tipo de racismo, este tipo de agresiones de la policía, el abuso policial que recibes como mujer prostituta, es tan horrible que muchos inmigrantes no

quieren ser relacionados con las prostitutas. Se dicen a sí mismos: si ese es el tratamiento que reciben, ya tengo más que suficiente con cómo me tratan y no voy a asociarme con este otro grupo de gente porque la cosa irá a peor.

Las mujeres entendieron el quid de la cuestión, aunque no habían venido esperando escuchar a una representante de un grupo de prostitutas, y menos aún empatizar con ella. Por primera vez, el movimiento de mujeres puso sobre la mesa el tema de las mujeres prostitutas negras e inmigrantes. Esto fue fruto de la organización que tenía lugar en el centro. Cerca de la mitad de las mujeres que trabajaban en King's Cross eran negras, y este hecho se veía exactamente reflejado en aquellas que venían a organizarse. El hecho de que en las sedes de las Black Women for Wages for Housework [Mujeres Negras por el Salario para el Trabajo Doméstico] se atendiese tanto a las mujeres negras como a las blancas ayudó a que hicieran del centro su base, al tiempo que hacía visible el racismo al que se enfrentaban las prostitutas negras.⁵

Tras la conferencia esperábamos poder descansar un poco. Había unos cuantos casos pendientes y aún no contábamos con las abogadas entregadas que necesitábamos, abogadas que buscasen justicia para sus clientes y no pensarán solo en su propia carrera. Habíamos escrito a todas las abogadas que pensábamos que podían tener simpatía por la causa, y poco a poco íbamos recibiendo respuestas.

El domingo, el día después de la conferencia, las mujeres estaban en el centro preparando en el ordenador una encuesta de WAR sobre seguridad de las mujeres. Una residente de la zona trajo a una mujer que había sido violada y WAR la acompañó a la policía. Ella era blanca y su novio era negro. La policía la retuvo durante horas, dijo que era una prostituta (por lo que no se consideraba que hubiese sido una violación) y que su novio era su chulo. No tenía ninguna condena por prostitución ni había ninguna otra evidencia de que lo fuese. Todo era mentira. La policía también se negó a ir al lugar de la escena del crimen incluso teniendo en cuenta que ella les dijo que allí había evidencias que podrían identificar al violador. Estaba claro que a la policía

⁵ Actualmente se ha renombrado como Women of Color in the Global Women's Strike [Mujeres de Color en la Huelga Mundial de Mujeres].

no le parecía mal tener un violador suelto en los alrededores de nuestro centro. Conseguimos arrancarla de manos de la policía pero no antes de que la hubiesen intimidado para que firmara un documento en el que decía que no había sido violación. El día siguiente su novio fue detenido por proxenetismo (aunque posteriormente sería declarado inocente).

El lunes por la mañana yo tenía que ir a los juzgados con una mujer que iba a declararse no culpable, una madre soltera con un hijo con una discapacidad. Había pasado a echar un vistazo de camino a casa, tal y como mostraba nuestro libro de registros y fue arrestada al salir del centro. Durante el juicio, supe que estaba aterrorizada porque la testigo que había visto el arresto estaba en aquellos momentos frente a un juzgado en el otro extremo de Londres defendiéndose ella misma de una acusación inventada que amenazaba su libertad condicional. Su mejor amiga, una mujer del norte de Inglaterra, estaba en el juzgado con ella: acababa de enterarse de que la policía había ido a casa de su madre, con la que vivía su hijo de seis años, y le había dicho que su hija era una prostituta (lo que le provocó una ataque de nervios a la anciana). Más tarde vinieron los servicios sociales a decirle, frente a su nieto, que era demasiado mayor para hacerse cargo del niño, y que se lo iban a quitar y a ponerlo en custodia de los servicios sociales. El niño suplicó a la abuela que no dejase que se lo llevaran. El niño sufrió un ataque de asma y tuvo que ser llevado al hospital.

La acusada misma tenía las manos atadas. La policía estaba vigilando su casa para atrapar a su novio, que vivía con ella, por proxeneta, y al final le detuvieron.

Siempre hemos intentado hacer amistades en los estamentos más altos; si eres ilegal dependes especialmente de aquellos que tienen algo de poder para que puedan intervenir a tu favor, para que cuestionen la ruda discriminación que es probable que estés sufriendo a manos del poder que sea. Los necesitábamos en aquel momento.

Se logró posponer la vista y todas regresamos al centro, a llamar a un abogado, a miembros del Parlamento y a otras personas que pensamos que podían resultar de ayuda. Pero estábamos muy preocupadas.

Todas nosotras habíamos logrado mantenernos enteras cuando las mujeres que se organizaban eran arrestadas con el

pretexto que fuera —incluso mujeres sentadas en el parque eran arrestadas por vagabundeo— o a las que se les negaba la fianza porque decidían declararse no culpables. Pero romper familias, aterrorizar a los niños, arrestar novios que no eran proxenetas y que podían ser encarcelados durante años era algo totalmente diferente. Obviamente la policía estaba intentando concentrar sus considerables fuerzas y conexiones para romper el «sindicato de las chicas», que era como se acabó llamando al ECP. En mi experiencia, tener que enfrentarte a muchos más ataques de los que tienes fuerzas para responder es la fórmula ideal para el desastre. Te cansas y acabas desmoralizada y entonces comienzan las peleas unas contra otras, al tiempo que tomas malas decisiones, basadas en una sensación de debilidad y de fracaso. Si no hacíamos algo rápidamente, tan cansadas como estábamos, puede que ganásemos batallas individuales pero perderíamos la guerra. Nos estábamos estrujando el cerebro buscando un precedente, ¿qué habían hecho otras mujeres (u hombres) en circunstancias similares? Nos acordamos de las ocupaciones de iglesias en Francia en 1975, lideradas por el French Collective of Prostitutes (que es de donde sacamos nuestro nombre y la inspiración para formarnos como colectivo). Y sentadas en el centro mientras cavilábamos acerca de qué hacer a continuación, alguna le susurró a la mujer que tenía al lado, «tal vez deberíamos ocupar una iglesia».

La respuesta fue un susurro pero lleno de entusiasmo. Acordamos que lo pensaríamos.

Durante todo el martes fuimos discretamente pidiéndole su opinión a las personas en las que confiábamos. La respuesta fue positiva. Pasar 24 horas en una iglesia en la que entrábamos para pedir santuario llamaría la atención sobre lo que estaba pasando y con suerte, al poner el foco sobre ellos, restringiría la acción de la policía. Así podríamos continuar con nuestras defensas legales y nuestra organización.

La tarde del miércoles, hicimos un llamamiento para una reunión en el centro y le pedimos a la gente que trajera su saco de dormir y a sus hijos. La red más cercana del ECP estaba allí y tres niños, incluyendo mi nieta. La mayor parte de las mujeres se mostraron entusiasmadas: «Por fin, algo de acción». En aquel momento le pedimos a las que sintieran que no estaban preparadas para

entrar en la iglesia que se marcharan. Una de las mujeres dijo que tenía que recoger a sus hijos, se fue y nunca regresó. Pero no hubiera podido decirle a la policía el nombre de la iglesia en la que pretendíamos entrar porque no lo sabía. Si nuestro plan se hacía público antes de estar dentro de la iglesia, hubiéramos acabado ocupando celdas en vez de bancos de iglesia.

De camino a la iglesia

Nos preparamos para la entrada. Hicimos una pancarta suficientemente grande como para que colgase desde una de las agujas de la iglesia hasta la otra por encima de todo el tejado de la iglesia, que decía «Mothers Needs Money. End Police Illegality and Racism in King's Cross. English Collective of Prostitutes» [Las madres necesitan dinero. Acabemos con la ilegalidad y el racismo policial en King's Cross. Colectivo Inglés de Prostitutas]. Habíamos comprado cincuenta máscaras negras; así no se podría distinguir a las mujeres prostitutas de las no prostitutas y así las fotos de la prensa no serían un peligro. Escribimos un comunicado explicando por qué entrábamos en la iglesia y desglosando nuestras demandas:

1. Acabar con los arrestos ilegales de prostitutas.
2. Fin de las amenazas, chantaje, acoso y racismo policial.
3. No toquéis a nuestros hijos; no queremos que nuestros hijos acaben en servicios sociales.
4. Acabar con los arrestos de novios, maridos, hijos.
5. Detención de los violadores y de los chulos en lugar de detener a nuestro entorno.
6. Protección inmediata, ayudas sociales, vivienda para las mujeres que quieren dejar el oficio.

Acabábamos el comunicado con un llamamiento a los miembros del Parlamento y a los concejales locales para que viniesen a escucharnos, y un llamamiento especial a que todas las mujeres viniesen a hablar con nosotras. Montamos una unidad de apoyo

en el centro cuya tarea principal era llamar a la prensa y luego informar a nuestra red en Inglaterra y en otros países para explicar qué estábamos haciendo.

Parte de la gente que había estado involucrada en la conferencia se puso a trabajar con la unidad de apoyo. Una persona que trabajó especialmente duro fue Andaiye, que había llegado a Inglaterra desde Guyana para crear un tribunal internacional que investigase el asesinato gubernamental del Dr. Walter Rodney, líder de su organización, la Working People's Alliance [Alianza de los Trabajadores]. Pospuso todo lo que estaba haciendo y trabajó para la ocupación hasta que esta pudo caminar sola (Walter y yo habíamos sido amigos; a ese rebelde le hubiera encantado todo esto).

El Colectivo Inglés de Prostitutas entró en la iglesia acompañado por las Mujeres Contra la Violación y las Mujeres Negras por el Salario para el Trabajo Doméstico — ambas organizaciones compartían el centro con nosotras— ya que nos habíamos visto empujadas a buscar un santuario por una mezcla de problemas: violaciones, racismo y las leyes sobre la prostitución. Teníamos dudas acerca de nuestra seguridad y estábamos contentas de tener dos grupos «respetables» con nosotras.

Entramos en grupos de dos o tres hacia el final del servicio, cuando sabíamos que las puertas estarían abiertas. Para cuando el servicio hubo acabado había unas 15 de nosotras con sacos de dormir y mantas sentadas al final de la sala. El cura se acercó a nosotras para preguntar si pasaba algo, y le dijimos que íbamos a pasar allí la noche y el porqué.

Aquella noche cerramos las puertas de la iglesia. A la mañana siguiente a las 7 estábamos en pie. Los pañales de las criaturas cambiados y el té hecho. Dejamos la iglesia perfectamente ordenada, apilando la ropa de cama cuidadosa y discretamente en una esquina posterior, abrimos la puerta para el servicio de las 8 y nos sentamos silenciosamente en los bancos traseros.

Cuando el servicio hubo acabado, cerramos las puertas como era habitual, nos miramos unas a otras y unánimemente decidimos que no nos íbamos. Fue en ese momento cuando realmente empezó la ocupación de iglesia.

Más o menos a las 7 de aquella mañana había comenzado a llegar al prensa. Les hicimos irse hasta que hubo acabado el

servicio de la iglesia. Regresaron sobre las 9 y llevamos a cabo nuestro plan: las dos mujeres que estaban en la puerta (invariablemente fumadoras ya que solo estaba permitido fumar en el pequeño vestíbulo) decían a la prensa que debían enseñar sus credenciales en el centro; cuando una mujer de la unidad de apoyo regresaba del centro con los periodistas abríamos la puerta de la iglesia. Eventualmente fue apareciendo la prensa internacional y cada día dimos una conferencia de prensa. En una de las primeras conferencias de prensa el vicario estuvo encantado de ser incluido en ella, y habló en nuestro apoyo. Como él se había solidarizado con nosotras, la prensa fue relativamente justa. Sin embargo, su apoyo no duró mucho y en un par de días la mayor parte de los miembros de Fleet Street estuvo encantada de volver a denigrar a las «chicas del vicio» y a trivializar nuestra acción.⁶

Pese a esto, la prensa hizo que la gente supiese qué estaba pasando y, de esta manera, juzgase por sí misma. Una vez que la gente empezó a conocer la situación, especialmente gracias a las noticias en la televisión, comenzaron a llegar las visitas.

Los residentes locales se dejaban caer o se quedaban a hablar con nosotras al acabar el servicio. Algunos trajeron flores, té, o papel de váter, y muchos dejaron donaciones en nuestra caja de apoyo, que estaba al fondo de la sala junto con muestras de nuestros textos y un libro de visitas.

Había un flujo constante de individuos, en su mayor parte mujeres, algunas estudiantes, algunas amigas como Jackie Forster de Sappho, una de las organizaciones lesbianas más antiguas de Gran Bretaña, que vino a ayudarnos (el ECP tiene una larga historia de trabajo con Jackie y con las sesiones en Sappho de las noches de los martes. Cada vez que Jackie nos invitaba a hablar allí, siempre había una o dos lesbianas que nos hacían un recibimiento especial, dejando claro que trabajaban como prostitutas).

La gente vino animada por una sana curiosidad (¿qué es una ocupación en una iglesia?), para mostrar su apoyo y ver de qué otra manera podían ayudar. Un poco después amigos nuestros gays montaron una guardería de la que se encargaban ellos, y junto con otros nos cocinaron comida caliente. (Kentuky Fried como dieta

⁶ Durante décadas, la mayor parte de los periódicos de Gran Bretaña tenían su sede en la londinense Fleet Street. Ya no es así.

habitual es terrible tanto para el presupuesto —y no estábamos ganando dinero— como para las mucosas intestinales). Nos traían regularmente dos grandes ollas de comida, una para vegetarianas y otra para las que comían carne, y después las recogían, una vez vacías, con todo el trabajo que esto conllevaba ya que todo nuestro suministro de agua provenía de un minúsculo lavabo en el váter.⁷

Vinieron bastantes mujeres negras. Una mujer negra, en su interpelación a Paul Boateng, presidente del Greater London Council Police Committee⁸ para que preparase una reunión en la que pudiésemos explicar nuestras demandas, señaló que las leyes sobre prostitución eran para las mujeres jóvenes negras lo que las «leyes sus» son para los jóvenes negros. Esto supuso un enorme paso hacia delante para nosotras. Tras años de trabajo, se había logrado sacar a la luz la ilegalidad y el racismo de la policía contra las putas ocultos tras un supuesto exotismo, incluso erotismo, y que permitía que al minimizar y ridiculizar las demandas se blanquease la acción policial; esto nos permitió mirar directamente al terreno mortalmente serio que compartíamos con otros que se enfrentan a la ley.

El primer sábado, exactamente una semana después de la conferencia, y tres días después de que empezase la ocupación, hubo un encuentro de mujeres negras en la iglesia, que era suficientemente grande como para dejar espacio a una reunión de veinte o treinta personas en una esquina mientras que el resto seguían hablando con la prensa, debatiendo con los visitantes, paseando a los bebés que lloraban, barriendo el suelo, escribiendo artículos para la prensa, haciendo té o café y yendo y viniendo de las tiendas, lavanderías o de las charlas que nos habíamos comprometido a dar.

El proceso colectivo

Nuestra actividad más importante era la reunión matinal en la que definíamos nuestra estrategia. Algunas veces teníamos también otra asamblea por la tarde. Cualquier mujer en la iglesia

⁷ En el original, *loo*.

⁸ En este momento esta era la autoridad responsable de la policía.

que no formase parte de la prensa era invitada a participar. Estas asambleas tenían que cumplir unas determinadas tareas:

- *Evaluaban nuestro poder*: ¿el cura estaba a punto de llamar a la policía o le frenaba la publicidad que habíamos generado? (Nunca debatíamos con los revolucionarios de sofá cuando en sus visitas nos aleccionaban porque utilizábamos los medios de prensa del sistema. Si estás organizando algo, la prensa es algo casi siempre indispensable porque son ellos, no nosotras, los que tienen el poder sobre el mundo. Pese a las medias verdades, las mentiras y las trivializaciones, la atención recibida por parte de la prensa era nuestra mayor protección).
- *Estas asambleas decidían cuáles serían nuestros siguientes movimientos*: ¿qué hacer, cuándo, cómo y quién/es lo haríamos?
- *Nos colocaban a todas en una misma sintonía*: así todas y cada una de nosotras éramos capaces de funcionar de manera autónoma y responsable durante el resto del día, cuando a menudo nosotras solas teníamos que presionar a los políticos, hablar públicamente o dar entrevistas. Estos eran momentos en los que ni se podía tener falta de confianza ni hacer lo que le pareciera a cada una; un error podía dar pie a que la policía hiciera de las suyas.

Estas asambleas —la manera colectiva de desentrañar los eventos, discernir qué es lo que estaba pasando realmente y trasladar todo el conjunto de estrategias a tácticas inmediatas— eran la culminación diaria de la gran experiencia de aprendizaje que estábamos creando. Me tienta decir que ninguna había aprendido tanto en una iglesia, pero lo cierto es que la iglesia ha sido tradicionalmente un lugar que las mujeres sí tenían permitido visitar, que incluso se las animaba a visitar y que puede que allí encontrasen la privacidad que se les negaba en la casa, donde siempre están sometidas a las demandas de los demás; allí podían poner en orden sus pensamientos y problemas más íntimos y podían llevar su búsqueda de comprensión personal y de su mundo. Construimos sobre esta tradición y la transformamos mediante nuestra reflexión colectiva.

También los visitantes, en particular los cargos electos, aprendieron en la iglesia.

Escucharon de primera mano cómo la policía protegía a los chulos. Les explicaron que las mujeres acudían a la policía cuando las amenazaban con romperles las rodillas si no entregaban regularmente su dinero, y describían al hombre, su coche y la matrícula, y la policía les contestaba: «Vuelve cuando te hayan roto las rodillas». Durante un par de días siempre hubo un chulo en un portal desde el que podía verse tanto la puerta del centro como la puerta de la iglesia, observando quién iba y venía de ambos. La policía no podía haber visto a estos chulos, ya que también ellos vigilaban el centro y la iglesia. (Nos recordaron que en 1975 las mujeres francesas fueron expulsadas de sus iglesias cuando la policía y los chulos se unieron y entraron juntos en ellas para sacarlas). No se permitía que ninguna mujer dejara sola la iglesia y se estaba pendiente de dónde estaban cuando la dejaban. Las mujeres de la ocupación que trabajaban como prostitutas estaban habituadas a estar en peligro y no tener la posibilidad de llamar a la policía para pedir ayuda. El resto de nosotras seguíamos aprendiendo.

Una de las visitantes fue Juliet del Molesworth Peace Camp [Campamento por la Paz de Molesworth], quien estuvo durante un par de horas, absorbiendo calmadamente la escena. Al día siguiente regresó con su saco de dormir para pasar un par de días.

Se nos unieron más activistas por la paz. Enviamos un mensaje, mediante una mujer que iba de camino al Greenham Common Women's Peace Camp [Campamento de Mujeres por la Paz en Greenham Common], diciendo que queríamos que el presupuesto militar se dedicase a las mujeres y así ninguna mujer tendría que dedicarse jamás a la prostitución; las prostitutas que protestaban también formaban parte del movimiento por la paz.⁹ Poco después de esto, tres mujeres de Greenham vinieron con sus sacos de dormir.

Su solidaridad humilde y cálida significó para nosotras una profunda muestra de apoyo a nuestra acción. Ellas creían en poner en práctica su política, estaban convencidas de que no hay nada más valioso. No utilizaban el movimiento por la paz como

⁹ Véase *Marx y el feminismo*, nota 30, p. XX en este volumen.

una etapa en su camino personal, tal y como han hecho algunas mujeres utilizando el movimiento de mujeres de manera arribista, o para lograr una carrera profesional y poder personal. Al contrario, lucharían hasta nuestra victoria porque esta es la manera más valiosa y más satisfactoria de utilizar tu vida. Sentían una responsabilidad para con las otras que también desafiaba abiertamente el derecho del Estado al poder. Sentíamos en el más profundo sentido de la palabra que no estábamos solas. Esto es algo que desde entonces nos ha permitido seguir en muchos días oscuros.

Más tarde supimos que en principio Juliet nos visitó porque había recibido un mensaje de una amiga de Greenham que decía: «¡Putas y lesbianas han tomado una iglesia! ¡Las cosas se están moviendo de verdad!». Como pasa siempre, cuando la gente se autoorganiza entiende el significado de las acciones de los otros. Se fijaron en las parias entre nosotras; que hasta estas se estuviesen organizando, y de manera conjunta, era algo claramente inspirador y que les animaba.

A los pocos días mujeres prostitutas de otros barrios rojos empezaron a pasar por la iglesia, se dejaban caer para comprobar quiénes éramos (en oposición a lo que decía la prensa) y qué estaba pasando. Rápidamente editamos boletines sobre la ocupación, que distribuimos en el vecindario y por correo. Más tarde supimos que las prostitutas de toda Gran Bretaña sabían cómo leer entre líneas los medios de información. Era típico escuchar: «Ningún trabajador social dormiría en el suelo de una iglesia por mí. ¡Sabía que esto era auténtico!». Para expresar su solidaridad con nosotras las mujeres que seguían trabajando en King's Cross llevaban chapas del ECP. Una noche, todas las mujeres de Argyle Square se pusieron máscaras. Al día siguiente escuchamos historias muy impresionantes de cómo las mujeres fueron arrestadas mientras mantenían desafiadamente sus máscaras.

La exigencia de un organismo de control

Sin embargo, mirando la imagen general, bajo el brillo y la luz de la publicidad, los arrestos habían caído en picado. La ilegalidad y el racismo funcionaban mejor en las sombras. Pero sabíamos

que cuando dejásemos de tener la iglesia como base central y la prensa hubiese cambiado de objetivo, habría detenciones en represalia. Al comienzo de la ocupación, cuando Valeria Wise y Paul Boateng, representantes del Greater London Council Women's and Police Committees vinieron a la iglesia, la posibilidad de sufrir represalias ya estaba en nuestras cabezas. Puesto que en Londres la policía depende del Ministerio de Interior, no deben responder frente al gobierno local (como sí pasa en el resto de Gran Bretaña) y nos dijeron que no podían hacer nada más que darnos apoyo de manera pública. Nuestra respuesta fue: «De acuerdo, entonces cread un organismo de control [de la policía]». Esta se convirtió en nuestra principal exigencia.

Es cierto que desde las revueltas urbanas de 1981 hay mucha gente que monitoriza la acción de la policía pero este control se produce tras los hechos. Por ejemplo, si has recibido una paliza mientras estabas detenida, lo denuncias a una unidad de control, que puede que no te proporcione justicia inmediata pero es útil para documentar que tu experiencia ni es única ni es responsabilidad de un excéntrico o de alguien problemático.

Nuestra idea era distinta. Queríamos un organismo de control que vigilase a la policía para evitar arrestos ilegales y la victimización, para evitar de entrada que esto sucediese. Confiábamos en que si se controlaba de esta manera a la policía, el número de detenciones caería en picado. Y una comparativa de las cifras de detenciones con y sin control certificaría la ilegalidad de los arrestos y sostendría nuestra denuncia.

Por supuesto se nos regañó por añadir esto a nuestras demandas. Nos maravillábamos de que hubiera gente que se sorprendiese, incluso se alarmase, de que las mujeres en una ocupación se sintiesen más poderosas y fuesen más exigente que fuera.

Supongo que nos habíamos expuesto y mostrado abiertamente a la opinión de cualquiera. No es que no fuésemos conscientes de ello. Pero también estábamos en una posición única para hacer algunas observaciones nosotras mismas. Juicios necesariamente rápidos se convirtieron en extremadamente acertados. El único visitante que obtuvo un aplauso general por parte de esta audiencia crítica fue Tony Benn.

A última hora de la noche del sábado, Tony, el líder del ala izquierdista del Partido Laborista, y Caroline Benn, su esposa

y compañera política, vinieron a la iglesia a petición de nuestra rama en Bristol del ECP. Caroline se sentó con nosotras; Toni frente a nosotras y preguntó qué estaba pasando y qué queríamos que hiciera él. No nos interrogó, no nos trató con condescendencia ni con nerviosismo sabiendo que le empujaríamos a lugares poco ortodoxos y en consecuencia lugares poco apetecibles, amargos. Escuchó nuestro relato e inmediatamente hizo el paralelismo con un paro fabril. *Fue el único visitante que nos comparó con otras personas de clase obrera.* Cuando hubo comprendido nuestros posicionamientos y demandas, sacó su grabadora de bolsillo y dictó cartas para los miembros del Parlamento de Candem y para el ministro de Interior que es el responsable de la Policía Metropolitana. Le corregimos; rebobinó la cinta y volvió a dictar las cartas añadiendo las correcciones. Aquí es donde recibió el aplauso.

Un par de semanas después recibimos las copias con una nota en la que nos informaba de cuáles habían sido las respuestas: ninguna. Cuando meses después le dimos las gracias, nos escribió respondiendo que «Estaba *orgulloso* de ayudar».

Además de un organismo de control, queríamos reuniones con la policía y con miembros del Parlamento; y por último con alguien de Housing and Social Services Departments [Departamentos de Vivienda y de Servicios Sociales] del distrito de Candem a quien pudiésemos dirigirnos para ayudar a cualquier mujer que quisiese dejar la prostitución. Ya era hora de que aquellos que declaraban estar en contra de la prostitución pusiesen su dinero, sus servicios sociales y su vivienda pública en aquello sobre lo que opinaban.

Estas demandas las negociamos a través de Kate Allen, presidenta del Candem Women's Committee [Comité de Mujeres de Candem], quien había mostrado su apoyo desde el principio. Había trabajado para transmitir nuestras demandas a otros y ayudarnos a lograr apoyos. El 29 de noviembre, un lunes, entrevistamos a la mujer que se nos dijo que controlaría a la policía en la Argyle Square, su salario lo pagaría el distrito de Candem. Se acordó que ella informaría de cualquier detención ilegal que observara durante este tiempo, junto con la comparativa de arrestos en los tiempos anteriores, durante y tras la ocupación. Habíamos recibido promesas firmes de que también se cumplirían todo el resto de nuestras demandas.

La victoria

Habíamos ganado. Helen Buckingham, la única prostituta en Gran Bretaña que se ha declarado como tal para poder hacer campaña, y cuyo hijo pequeño había pasado casi ocho horas en la iglesia cada día, había comprado cera perfumada para muebles viendo que nos acercábamos a la victoria. Cuando aquel lunes a la noche salimos para nuestra conferencia de prensa, había pulido cada banco, y otras habían barrido y dejado la iglesia tal y como la habíamos encontrado. Estaba más limpia y reluciente que cuando entramos y olía a lilas.

Estábamos tristes por irnos. Mucha más gente utiliza nuestros abarrotados espacios que la que usa esta espaciosa iglesia, y le habíamos dado un gran uso. Cada vez que pasamos por «nuestra iglesia», la miramos con nostalgia.

Durante doce días nuestras vidas literalmente se habían parado: no habíamos pagado al lechero, ni recogido el correo ni ganado dinero. Estábamos físicamente agotadas y ansiábamos un baño y una cama. Y sin embargo éramos reacias a volver a entrar en la monótona atmósfera de la vida cotidiana. Temíamos escurrirnos de la vida auténtica y colectiva que teníamos dentro de la iglesia, de vuelta a la dureza y las limitaciones de la rutina cotidiana. Bajo las máscaras habíamos podido entrever lo que podía suceder: habíamos creado un cambio. Al quitarnos las máscaras, nuestro poder colectivo volvía a estar tan oculto como la realidad que este había penetrado. Volver al trabajo —trabajo doméstico, prostitución, trabajo de oficina, trabajo escolar— nunca supone una victoria. Era difícil recordar que habíamos ganado.

Muchas personas nos ayudaron a ganar, empezando por supuesto por todos aquellos que vinieron a la iglesia a mostrar su apoyo. No debemos olvidar al padre Wheatley, el anterior vicario de Holy Cross y querido amigo nuestro, quien fue nuestro primer visitante.¹⁰ Vino en cuanto recibió nuestro mensaje.

¹⁰ El padre Wheatley, actualmente revenderísimo obispo de Edmonton, fue el vicario de la Iglesia de Holy Church hasta principios de 1982. Para él todo el mundo era merecedor de compasión y ayuda, él invitó al ECP a mantener reuniones con los residentes y los negocios locales para unir a la comunidad. Ampliamente conocido es el hecho de que una vez se describió a sí mismo como miembro del ECP. Le vimos un año más tarde cuando presidió mi lectura sobre

Tampoco olvidaremos que fue expulsado por el actual vicario, el padre Trevor Richardson, que se sentía tan amenazado por su bondad que le gritó frente a nosotras: «¡Vete, fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!».

Recibimos comida caliente y ayuda diversa de la Payday Men's Network [Red de Hombres por el Salario]. Forman parte de la red internacional de hombres que apoyan la Campaña por el Salario Doméstico y que están en contra de todo trabajo no remunerado.

Hubo un piquete de apoyo de prostitutas en Venecia, Italia, junto con el Payday de allí. Hubo protestas en varias ciudades de Estados Unidos por parte de la Campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico; en Boston frente al Consulado Británico y en Filadelfia frente a la sede de British Airways. Hubo un piquete en San Francisco por parte del US PROstitues Collective. Recibimos un comunicado de apoyo conjunto de parte del Partido Verde, del Arc (un refugio para prostitutas) y la Campaña por Salario para el Trabajo Doméstico de Hamburgo; y un cable por parte de la Alliance for the Safety of Prostitutes (ASP) en Vancouver, Canadá. Recibimos telegramas y cartas de todo el Reino Unido. Todo esto fue inmensamente importante. Nos dieron confianza y coraje, y desanimaron a aquellos tentados de llamar a la policía o que querían deshacerse de nosotras para que se nos pudiera someter más fácilmente: nos protegía la evidencia de que en todas partes había gente preocupada por nuestro destino.

El informe del organismo de control: una plataforma para hacer carrera

A finales de la ocupación, ya había quedado claro que Kate Allewn estaba sometida a una gran presión por parte de otros políticos para expulsarnos de la iglesia y que el apoyo que nos daba se estaba debilitando rápidamente. Justo antes de navidades, menos de un mes después de haber dejado la iglesia, ella, como representante del Comité de mujeres del distrito de

«Marx y el feminismo» en otra iglesia y en 2010 cuando aceptó nuestra invitación a visitar el nuevo edificio del centro de mujeres.

Candem, hizo un llamamiento a una reunión entre los servicios sociales y grupos feministas para debatir la creación de servicios legales para prostitutas sin mencionar en absoluto el que se pudiera preservar el servicio que nosotras ya habíamos construido, que había resistido y se había enfrentado con la policía. Nos pilló por sorpresa, pero ni siquiera entonces nos esperábamos la brutalidad política que vendría después.

El informe del organismo de control fue publicado el 20 de enero de 1983. No mencionaba la ocupación, y ninguna persona que lo leyese podría sospechar que era resultado de nuestra lucha. Hacernos invisibles no era una falta de visión. Era una invitación a los arribistas a profesionalizar y a despolitizar los servicios legales y el resto de servicios que las mujeres prostitutas habían creado como herramientas de lucha. De esta manera, nuestras propias herramientas se reconvertirían en armas contra nosotras.

El informe del organismo de control no presentaba ninguna comparación de cifras de arrestos policiales; es decir, no había cifras que comparasen cuándo la policía era controlada y cuándo no. Tras todo lo que había sucedido habían eliminado la evidencia para —o en contra— de nuestras denuncias de victimización. Exigimos saber por qué esas cifras no estaban en el informe, y se nos dijo de manera confidencial que la policía se había negado a facilitar las cifras, un hecho crucial, que dañaba a la policía, y que fue omitido en el informe y del que nunca se habló públicamente.

Analizamos todo el informe cuidadosamente, incluyendo la información útil que contenía. Pero lo importante aquí es que, al negar el crédito debido a las prostitutas por haber hecho posible este informe, se convertía en una plataforma para el arribismo: nadie necesita relacionar las propuestas acerca de las prostitutas y la prostitución con las prostitutas en sí.

La prostitución siempre ha sido una patata caliente política, y las prostitutas, como otras minorías, se han convertido a menudo en el chivo expiatorio para las injusticias y las privaciones que los gobiernos imponen o que al menos no nos evitan. Esta es la historia de King's Cross, un barrio rojo desde el siglo XIX. Al ser conscientes de esto, nosotras siempre abogamos por que todos los residentes dispusiesen de más recursos: más plazas en las guarderías, más parques y más protección policial para las mujeres frente a la violencia. Nosotras creíamos que esta era la única

respuesta honesta para las preocupaciones y protestas genuinas, la única base razonable para que las residentes prostitutas y no prostitutas no se tiraran al cuello unas contra otras en esta zona de clase obrera en el centro de la ciudad.

Pero esto hizo que los concejales locales y el miembro local del Parlamento ansiaran aún más separarnos del resto de residentes y buscaran a toda costa asegurarse que otros residentes de King's Cross no utilizaran la acción directa tal y como habíamos hecho nosotras. Para los políticos la mejor manera de derrotar a las prostitutas y desviar la presión de la gente local no prostituta era animar a los residentes a atacarnos y hacer que después la policía acabase la tarea. Teniendo en cuenta que esta zona tiene una larga historia de presencia del Frente Nacional y que durante años nos habíamos enfrentado a las demandas de más vigilancia policial por parte de algunos residentes, esto no era una tarea imposible de lograr, ni siquiera difícil. El miembro local del Parlamento, Frank Dobson, llevó a los líderes de los inquilinos a una reunión con Sir Kenneth Newman, Chief Constable of the Metropolitan Police [jefe de policía de la Policía Metropolitana] y en los últimos tiempos del Royal Ulster Constabulary of Northern Ireland [Policía Real del Ulster]. La cooperación entre algunos inquilinos y la policía dio como resultado miles de arrestos de mujeres prostitutas, entre enero y marzo, y multas de hasta 150 libras, con un plazo de siete días para pagar.

En febrero, la dirección de la unidad de apoyo del Women's Committee [Comité de Mujeres], con el respaldo de abogadas feministas y del grupo de presión antiporno, nos conminó a que abandonáramos nuestro servicio de apoyo legal. Estaban preparadas, dijeron, para recibir dinero de Candem y del GLC para crear otro grupo en su lugar. El pretexto fue que las residentes no prostitutas no usarían la Acción Legal para Mujeres porque las prostitutas lo utilizaban. El nuevo servicio en el que exigían que depositásemos toda nuestra experiencia para crearlo, crearía empleos nuevos y sus salarios serían elevados, sería «confidencial», lo que quería decir que «nadie sabría» si las prostitutas también lo utilizaban. Nos enfrentábamos a una impía alianza entre políticos sin escrúpulos (hombres y mujeres), policía, residentes locales de extrema derecha y arribistas que se denominaban a sí mismas feministas. *De lo que fuimos testigos, y lo tenemos frente a nuestros ojos, es del proceso que borra la lucha de las mujeres de la*

historia y la transforma en una industria, en empleos para mujeres. Las «feministas» haciendo carrera de la prostitución se han convertido en una nueva rama de la industria del sexo y chulean a las mujeres tanto como lo han hecho siempre los hombres.

Al tener que defendernos de este creciente y concertado ataque sobre LAW y contra nuestro centro, descubrimos que el fenómeno del arribismo dentro del movimiento no es tan nuevo, ni tan raro, y que es de sobra conocido y entendido por mucha gente, que ha visto a mujeres haciendo malabares en busca de una posición y poder a expensas de otras mujeres; o trabajando por convertir, con la ayuda de políticos ambiciosos, débiles o simplemente sin principios, los nuevos Women's Committees [Comités de Mujeres] de las administraciones locales londinenses en centros en los que labrarse carreras profesionales, todo en nombre del feminismo. Muchas más mujeres de las que esperábamos —residentes locales, feministas, abogadas, inmigrantes, mujeres negras— se habían tenido que enfrentar ya a esta experiencia durante el transcurso de sus luchas. Muchas de ellas comprendieron a lo que nos enfrentamos e hicieron pública su solidaridad y su apoyo para con nosotras. Aunque nos estén atacando, no estamos aisladas.

Ahora una de nuestras tareas es hacer una crónica del proceso por el que «feministas» con puestos en el Estado planean lo que Virginia Woolf en *Tres guineas* llamó «prostitución mental», mujeres que venden ideas y otros servicios intelectuales, en este caso para derrotar a las mujeres que se levantan contra la ilegalidad policial y el racismo. Una crónica como esta será útil para el movimiento de mujeres y sus aliados en cualquier otro momento de cambio social, ya que en todos ellos si dichos movimientos realmente buscan transformar algo, se verán enfrentados con el mismo Estado y contra el mismo tipo de arribistas. Con esta historia en nuestras manos, podemos plantearle de nuevo al Movimiento de Liberación de Mujeres, esta vez con la confianza y la sabiduría nacidas de la ocupación: escoged entre prostitutas y policía, entre mujeres «malas» y malas leyes, entre putas y arribistas, entre el Estado y las mujeres que se enfrentan a él por la justicia.

1 de agosto de 1983.

En el 150 aniversario de la abolición de la esclavitud en las colonias británicas.

Publicado por primera vez en Joy Holland (ed.), *Feminist Action* núm. 1, Londres, Battle Axe Books, 1984. Este texto fue escrito consultando y comentándolo con el ECP pero asumo toda la responsabilidad por las deficiencias que pueda tener. Intentamos mantenernos alejadas de pesadas referencias académicas, pero todas las citas y todos los hechos afirmados son verificables en los archivos del centro de mujeres. LAW, el servicio legal para todas las mujeres, sigue funcionando. Aquellos que quieran conocer más acerca de las leyes, las mujeres prostitutas y la lucha entre ambas, pueden contactar con el ECP.

12. Jean Rhys (1983)

Esto es un extracto de *Ladies and the Mammies: Jane Austen and Jean Rhys* (Bristol, Falling Wall Press, 1983) basado en la presentación que hice durante el Festival de Literatura de Cheltenham (4 de noviembre de 1979) titulado «Ms. Jane Austen». El tema de mi intervención eran las mujeres de la Casa Grande en las dos novelas de Austen y en la novela de Rhys, *Ancho mar de los Sargazos*, escrita un siglo y medio después. Rhys, una mujer caribeña de piel clara (y, en palabras suyas, con una abuela de «color»), relata la historia de la mujer loca del ático de Charlotte Brönte en *Jane Eyre*, explicando cómo llegó allí y qué hizo que se volviera loca. Por primera vez la mujer blanca caribeña del ático recupera su vida arrancándola de las manos de la racista Charlotte y habla por sí misma. En este relato la autora no solo expone los históricos antagonismos de sexo, raza y clase, escondidos en el relato de Brönte sino que los disecciona.

Una mujer empezó a escribir en Europa, una mujer blanca de la isla Dominica del Caribe. Fue descubierta por Ford Madox Ford, un novelista estadounidense que también vivía en Europa. Tenemos que recordar que hasta hace poco los escritores y los artistas del Nuevo Mundo venían a Europa, especialmente a París, para

unirse a la comunidad de artistas. Una caribeña blanca no era más que otra «extranjera» que había venido a la meca artística.

Ford estaba entusiasmado por el «particular instinto por la forma» de Jean Rhys que «solo unos pocos escritores de habla inglesa y casi ninguna escritora inglesa poseían». Su intención con esto era decir que ella escribía como tan solo unos pocos hombres podían hacerlo. De hecho ella escribió como no sabía hacerlo ningún hombre. También le emocionaba que « viniendo de las Antillas [tuviese] una percepción asombrosa y una espectacular —casi aterradora— pasión por exponer la situación del desamparado».¹ Ella misma era una desamparada, más de lo que él podía llegar a suponer, lo que podría explicar su percepción, su mirada y su pasión.

En los poco más de doce años que pasaron desde finales de la década de 1920 hasta la II Guerra Mundial, Jean Rhys publicó un libro de relatos cortos y cuatro novelas. Mientras que algunas de las historias están situadas en las Indias Occidentales, las cuatro novelas tienen lugar en Europa. Con la excepción de *Viaje a la oscuridad* (1934), las mujeres son europeas y no hay ninguna pista que nos indique que la escritora no lo fuera también.

Pero hay una cosa extraña acerca de las cuatro novelas. El personaje principal de Jean Rhys —ya sea inglés o continental o caribeña en el caso de *Viaje a la oscuridad*— nunca es nativa del país en el que está viviendo y, sin embargo, el tema principal no gira en torno a la crisis de ser una inmigrante, una extranjera, una extraña.

Estas novelas tratan sobre cómo las mujeres son seres considerados ajenos a la humanidad² y cómo no tenemos posibilidad alguna puesto que las cartas ya están marcadas en nuestra contra. Las novelas tienen en común el aislamiento, la derrota, la desesperanza

¹ Ford Madox Ford en «Preface to a Selection of Stories» incluido en *The Left Bank*, Londres, Jonathan Cape, 1972, reeditado en *Tigers Are Better-Looking*, Londres, Penguin Books, 1972, p. 138. A continuación el resto de la frase: «Ha dejado que su pluma volase y planease sobre los Left Banks del Viejo Mundo —sobre ellas [las cárceles], sus estudios, sus salones, sus cafés, sus criminales, sus *midinettes* [modistas pero también chicas, niñas, niñas de la calle...]— con un sesgo de admiración por sus *midinettes* y de simpatía por aquellos que desafían a las leyes».

² La autora utiliza la palabra *alien*, ajena, pero también la podemos traducir como extranjera, extraña, desconocido, alienígena... [N. de la T.]

de la heroína. Cada una personifica la condición femenina y todas ellas son la víctima perfecta, incapaz o reacia para defenderse a sí misma. Incapaz porque, al ser extranjera, es ajena a los términos de referencia de la cultura dominante y no sabe cómo defenderse. Reacia, porque no luchará por *cosas* que se le niegan, ni se presentará en función de lo que su oponente puede comprender y respetar, pero que no es la verdad, ni tampoco responderá con honesta brutalidad por pura autodefensa. Su sentido de la proporción está mal regulado; funciona bajo un conjunto de prioridades totalmente carente de practicidad. Todo esto —conjunto de estándares extraño, términos de referencia diferentes, sentido de la proporción— deja a la heroína indefensa frente a la dominación por parte de los hombres y a la explotación a manos de cualquiera.

Su problema no es para nada su consciencia. Nada —ni los actos sustantivos de dominación social por parte de los hombres, ni los más sutiles— escapa a su elocuencia. Pero no se defiende, no devuelve los golpes. Es profundamente consciente de lo que está sucediendo y su falta de defensa y de aliados es la mezcla perfecta para el suicidio. Las heroínas de Jean Rhys tampoco se protegen físicamente ellas mismas.

Viaje a la oscuridad, la tercera novela, nos cuenta que su heroína, pese a que al ser blanca la toman por europea, es de hecho una joven de las Indias Occidentales en Inglaterra. Rhys empieza el libro con una descripción de cómo se siente esta joven chica corista (un empleo que también tuvo Jean Rhys) en Europa, en lo que puede leerse como un preámbulo poético a todas las entrevistas a los caribeños que vinieron posteriormente, durante las décadas de 1940 y 1950, a Gran Bretaña. Anna Morgan habla en primera persona. Estas son las primeras líneas del libro:

Fue como si hubiera caído un telón sobre todo lo que yo había conocido desde siempre. Era casi como nacer de nuevo. Los colores eran diferentes, los olores, la sensación de que las cosas que se producían en lo más profundo de tu ser eran diferente. No se trataba de una diferencia del tipo frío, calor; luz, oscuridad; púrpura, gris. La diferencia estaba en la forma que tenía de sentir miedo o de ser feliz.³

³ Jean Rhys, *Voyage in the Dark*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969, p. 7 [ed. cast.: *Viaje a la oscuridad*, Barcelona, Grijalbo, 1990, p. 7].

La edad de Anna la hace más indefensa que al resto, pero ella siempre ha sido vulnerable, desde que era una niña, una niña blanca en un país negro, desgarrada entre su identificación con la gente negra, en especial con las mujeres negras que cuidaban de ella y que la mantuvieron, y con la sociedad blanca que hereda a través de su familia y de su raza. Una vez ya en Europa se ve desarraigada de Francine, la sirvienta que tenía en casa, la mujer que le explicó lo que necesitaba saber cuando empezó a tener su ciclo menstrual, que la cuidaba cuando tenía fiebre, a la que ama más que a nadie en el mundo; la que la trató maternalmente, pero en el marco de su trabajo. Por ello su inmenso amor por Francine no puede ser expresado más que de manera oblicua: «Lo que pasaba con Francine era que a su lado yo me sentía feliz».⁴

Anna está desgarrada entre defender a su madre criolla de la acusación de que es de «color» y desear, al mismo tiempo, acabar con su propia ambigüedad: «Siempre quise ser negra». «Ser negro es cálido y alegre, ser blanco es frío y triste».⁵

Pero nadie conoce estas cosas respecto a Anna, y la gente de su entorno no lo comprendería si se lo contase. Ellos son ingleses y tienen muchas crisis —principalmente respecto al dinero— pero parecen saber quiénes son y quiénes no son ellos mismos. Uno de los personajes le suele decir cuánto odia a esas «sucias extranjeras».

A Anna la mantiene un hombre rico del cual se enamora, pese a las advertencias de otras mujeres que también viven mantenidas por otros hombres; y cuando se cansa de ella, Anna se hunde devastada. Su primera respuesta es no salir de su habitación ni comer ni siquiera cambiarse de ropa. Incapaz/sin voluntad para pedirle al hombre el dinero que este le ha ofrecido, se sumerge en las formas más evidentes de prostitución. Esta manera de mantenerse a sí misma no es ni más brutal ni más venal que el resto de relaciones de las que es testigo o que ella misma experimenta.

El padre de Anna está muerto y Hester, su madrastra inglesa, le deja claro a Anna que su asociación con los hombres la excluye de recibir su aceptación, así como también de la sociedad inglesa.

⁴ *Ibidem*, p. 58 [p. 43].

⁵ *Ibidem*, p. 27 [p. 21].

Hester traza una línea según la cual esta inmoralidad surge de la afinidad de Anna con la gente negra. «No voy a discutir contigo —dijo—. Tengo la conciencia muy limpia. Lo he hecho lo mejor que he podido y nunca recibí agradecimiento por tu parte. Intenté enseñarte a hablar como una dama y a comportarte como tal, y no como una negra, y está claro que no lo conseguí».⁶

Jean Rhys desapareció de la escena pública durante algunos años. Francis Wyndham nos dice: «Las pocas personas que recordaban su admiración por estos libros, y aquellos, menos si cabe, que (como yo) fuimos introducidos a ellos más tarde y que con gran dificultad logramos conseguir algunos ejemplares de segunda mano, formamos durante un breve plazo una banda pequeña pero apasionada. Pero nadie podía encontrarla; y nadie quería reeditar sus novelas».⁷ Como resultado de la dramatización radiofónica de una de sus novelas a finales de 1950 se encontró su pista en Devon, al oeste de Inglaterra. Estaba trabajando en una nueva novela. Parece ser que «durante muchos años le obsesionó la figura de la primera Mrs. Rochester, la esposa loca en *Jane Eyre*», un personaje que solo conocemos a través de las descripciones sesgadas y racistas de Mr. Rochester.^{8 9}

⁶ *Ibidem*, p. 56 [p. 42].

⁷ Jean Rhys, *Wide Sargasso Sea*, Londres, Andre Deutsch, 1966, p. 11 [traducción propia, esta cita no aparece en la edición española consultada: *Ancho mar de los Sargazos*, Barcelona, Debolsillo, 1966].

⁸ Mr. Rochester en su explicación a Jane Eyre de por qué se casó con Bertha Antoinette (a quien Rhys ha transformado en Antoinette Bertha, poniéndole primero su nombre criollo, le dice: «Su familia deseaba retenerme, porque yo pertenecía a una casta ilustre» (Charlotte Brontë, *Jane Eyre*, Londres, Penguin, 1966, p. 332). Si existe alguna duda acerca de si esta afirmación representa también su visión acerca de la raza, pocas páginas después, hablando sobre su vida tras la locura de su mujer, lo detalla: «Tener una amante es lo más parecido a tener una esclava: ambas, por naturaleza, son seres inferiores, y vivir íntimamente con seres inferiores es degradante». Charlotte Brontë hace que Jane de su opinión: «Comprendí que las palabras de Rochester eran sinceras», p. 164.

⁹ Merece la pena recordar cómo se sentía Jean Rhys acerca de este redescubrimiento. Cuando en 1966 obtuvo el premio W. H. Smith por *Ancho mar de los Sargazos*, comentó: «Ha llegado demasiado tarde». Si hubiese recibido antes el reconocimiento que se merecía, tal vez hubiera construido una vida diferente para sí misma. A. Álvarez en *The Observer* (20 de mayo de 1979) dijo que Rhys era «una de las mejores escritoras británicas de este siglo» y, en la reseña de *Ancho mar de los Sargazos* originalmente en el *New York Times Book Review* (citado en *The New York Times* el 19 de mayo de 1979 por Herbert Mitgang), dijo de ella que «muy claramente era la mejor novelista inglesa viva». Rhys era caribeña. Esto es lo que quiere que quede claro en *Ancho*

La primera Mrs. Rochester tenía mucho atractivo para la Rhys de Roseau, de la isla de Dominica. También ella era una caribeña blanca que había acabado en Europa. No solo es una «extranjera», sino una víctima, la personificación del rechazo; completamente definida por un hombre y en poder de este, Rochester, su marido inglés. Mrs. Rochester de Charlotte Brontë es el epítome de todas las heroínas de Jean Rhys, pero contempladas desde el punto de vista de sus torturadores. En su novela caribeña, Rhys prepara el terreno para contar la otra parte de la historia, para mostrar la opinión de Mrs. Rochester. En este proceso el personaje de Mrs. Rochester gana una nueva profundidad y nos provoca una profunda compasión.

Para lograrlo, Jean Rhys dejó la Europa de los cafés parisinos y las habitaciones londinenses. El Caribe ya no es un recuerdo del pasado o una idealización, es el punto de referencia interno de su viaje privado a la oscuridad. En *Ancho mar de los Sargazos* Jean Rhys regresó a casa.

Antoinette nace como una marginada. Una niña blanca de la Casa Grande en una sociedad predominantemente negra y, en consecuencia, apartada de la gran mayoría de la población excepto en su relación señora-criada; más tarde se convierte en una mujer del Caribe en Europa. Describirla como una caribeña blanca es también decir que el marco de su personalidad, su pensamiento, sus actitudes, están conformadas por la gente negra, en especial por aquellas niñas negras con las que jugaba de niña, y por esas mujeres negras que la criaron, que la cuidaron en la enfermedad y en la salud. En Estados Unidos estas mujeres negras, desde los tiempos de la esclavitud, han sido llamadas tradicionalmente «mamis»¹⁰. Las audiencias internacionales conocen

mar de los Sargazos. Negar esto es llamarla Bertha cuando su nombre es Antoinette. Álvarez siguió diciendo que «aunque su campo es estrecho, no hay nadie más que escriba actualmente que combine una profundidad emocional tal y una habilidad formal como ella o que se acerque a una veracidad que no pestañea ni muestra empatía». Aquí se demuestran mis argumentos: siempre se les dice a las mujeres que proporcionan una visión estrecha; como escribí en otro contexto, la visión «más amplia» de los hombres «nunca nos incluye a nosotras». Se ignora totalmente el intento de Rhys de penetrar en las divisiones más cruciales de nuestra época, aquellas de sexo, raza y clase. Es suficiente para romper el corazón de una escritora y para inspirar un movimiento entre las lectoras.

¹⁰ En el original, *mammy*. Se refiere a las criadas negras que se encargaban de la casa y en particular de atender a las criaturas. El mito de la mami se creó

esta figura gracias a la absurda pero alabada película *Lo que el viento se llevó*. Precisamente su glorificación racista de la figura de la mami, fue una de las razones por las que cuando se emitió por primera vez en 1939 la película tuvo que enfrentarse a piquetes de protesta frente a los teatros en los que se proyectaba.

El título de la novela, *Ancho mar de los Sargazos*, es dolorosamente apropiado. El mar de los Sargazos está en el Atlántico Norte y, según la *Enciclopedia Británica* (1960), la primera vez que se dejó constancia de su existencia fue durante el viaje de Colón, quien lo cruzó en su primer «viaje a las Indias». También nos dice que: «En otros sitios ya han sido rebatidos los relatos generalmente aceptados de que barcos se quedan encallados sin esperanza alguna entre las algas flotantes que pueblan sus aguas»; pero sigue proporcionándonos una imagen perfecta del viaje social que se recorre entre el Caribe y Europa gracias a sus enredadas algas y las turbias profundidades que hay que atravesar.

El mar de los Sargazos empezó su historia moderna durante el primer intento de conquista imperial y el *Middle Passage*, el tráfico de esclavos. Pero también fue parte de toda una nueva historia, lo que George Lamming ha llamado «Colón al revés», la migración de miles de caribeños a Inglaterra, en un viaje de otro tipo de descubrimiento. Mrs. Rochester ya había llegado mucho antes.¹¹

Su nombre es Antoinette Bertha Cosway y nace hija de la clase propietaria de esclavos. Crece justo después de la abolición de la esclavitud, su casa es una isla blanca en un mar negro furioso y rebelde. Es testigo del incendio de Coulibri, su casa, a manos de personas negras liberadas, que ya no pueden ser disciplinadas mediante latigazos.

Todo lo que es familiar es totalmente destruido; toda la belleza que ocultaba la brutalidad fue arrasada por el fuego. Aparece una última esperanza: su amiga negra, la hija de una amiga de la sirvienta de su madre:

como respuesta a las críticas a la esclavitud y, en particular, a la situación en las plantaciones; representa el mito de las mujeres negras felices de trabajar al servicio de los blancos, prácticamente integradas en la familia, mujeres de infinita paciencia, lealtad incondicional, asexuales y de carácter maternal. Se la suele representar con un personaje secundario que proporciona confianza y apoyo emocional, y físico, al protagonista. [N. de la T.]

¹¹ G. Lamming, *The Pleasures of Exile*, Londres, Muichael Joseph, 1960.

Entonces, no muy lejos, vi a Tia y a su madre, y corrí hacia ella porque era cuanto quedaba de mi vida, tal y como había sido. Habíamos compartido la comida, habíamos dormido la una al lado de la otra, y nos habíamos bañado en el mismo río. Mientras corría, pensé, viviré con Tia y seré como ella. No dejaría Coulibri. No me iría. No. Cuando me acerqué, vi la piedra de rugosa superficie que sostenía en la mano, pero no vi cómo la arrojaba. Tampoco la sentí. Solo noté que algo húmedo se deslizaba por mi cara. La miré y vi que su cara se contraía, como si fuera a echarse a llorar. Nos miramos; con sangre en mi cara y lágrimas en la suya. Tuve la impresión de verme a mí misma. Como en un espejo.¹²

Separarla de Tia es separarla de sí misma. En este momento de impotencia, clara y simultáneamente, ve reflejada en Tia ambas caras de su dilema: en la cara manchada de lágrimas y en la piedra que ha lanzado; en el apego que Tia le tiene y el rechazo que también le muestra; todo esto se revela cuando incendian la Casa Grande.

Aquí reside, creo yo, el origen de la vulnerabilidad peculiar de las heroínas de Jean Rhys en las novelas previas. La mujer, la extranjera, el *alien*, son siempre la misma persona, que los lectores europeos asumen como europea, y que prefigura las posteriores novelas y obras de teatro de los existencialistas sobre los aislados y los desarraigados.

Pero la heroína de Jean Rhys no es europea. Es caribeña. Y pese a que es blanca, ella es menos descendiente de Hester, su madrastra inglesa, que de Francine, su mami caribeña. Tia bajo la piel es su hermana. La mujer comienza su vida escindida de sí misma ya que tanto la historia de la esclavitud como el abismo social la han separado de Tia. En las novelas deambula por Europa, primero como una joven, después como una mujer madura, por último como una mujer que va envejeciendo, pero que nunca es capaz de forzarse a sí misma a devolver los golpes. Porque como su propio ser está dividido en la raíz misma, le falta la fuerza, el sustento, la confirmación positiva de su derecho a ser autónoma, a sobrevivir, a florecer. Como mujer está especialmente sometida a ataques; como mujer no tiene esposa ni amiga que mitigue su pérdida y que confirme que tiene derecho a la vida.

¹² *Wide Sargasso Sea*, cit., p. 45 [p. 23].

No se puede separar su dilema como mujer de su dilema como caribeña blanca. La separación de la raza y el sexo como categorías políticas tiene una utilidad limitada cuando son aspectos de una misma personalidad, en la ficción y en la vida. Estos dos aspectos de su vida arrojan luz uno sobre otro y enfatizan el grave desequilibrio de poder contra el que siempre se ha tenido que enfrentar la heroína.

Jean Rhys es una mujer escritora caribeña, en su percepción, su preocupación y su prosa. Mientras que estas dos líneas estaban divididas en sus anteriores trabajos, en *Ancho mar de los Sargazos* es capaz de juntarlas por primera vez. Se refuerzan una a la otra. Ninguna es una metáfora o un símbolo de la otra; ambas demandan una solución conjunta.

Antoinette es criada en conventos y aprende a vivir con su tragedia. Crece para convertirse en una hermosa mujer y hereda una fortuna por parte de su padrastro inglés cuando este muere. Rochester, el segundo hijo de una Casa Grande inglesa, no tiene dinero propio; por ello debe encontrar donde pueda dinero para casarse. Su padre le envía a Las Indias a encontrar una heredera criolla, algo que no era inusual en el siglo XIX, y encuentra a Antoinette.

Él no ama a Antoinette Bertha Cosway. Se ha casado por dinero, no por amor. Pero al contrario de la *mujer* que se casa por dinero, el dinero por el que él se casa pasa a ser suyo. Una vez que lo tiene, se prepara para destruir a su mujer.

Le molestan las relaciones locales de ella, su única fuente de poder. Rochester siente hostilidad por parte de este extraño lugar del que su esposa forma parte. Las personas aún están moldeadas por la salvaje belleza tropical; aún son conscientes de cosas que van más allá de lo meramente racional, siguen manteniendo contacto con los impulsos creativos y no mediados por el dinero. Ella también es así. Y esto le avergüenza, provocan que *él* sea el extraño, siente que le desafían como hombre y como europeo. Rhys hace que hable por sí mismo: «Tenía la impresión de que todo lo que me rodeaba era hostil... Los árboles eran amenazadores, y las sombras de los árboles, alargándose lentamente sobre el suelo, me amenazaban. La amenaza verde. La sentí desde el primer instante en que vi este lugar. Nada sabía, nada que

pudiera serenarme». ¹³ Siente que estas personas poseen algún tipo de secreto que él no puede conocer; ella es como ellos, es parte de ellos, no suya. «—Me siento como un extraño, aquí — dije. Me parece que este lugar está en mi contra y a tu favor». ¹⁴

El mar de los Sargazos ha agudizado pero no ha inventado la división existente entre ellos. Los hombres a menudo se sienten amenazados por el poder independiente de las mujeres con las que se casan. Rochester se defiende evocando el poder social que tiene como hombre y como europeo para descargar su hostilidad contra Antoinette. Le cambia el nombre. Se niega a llamarla Antoinette y en su lugar la llama Bertha. Aquí vemos al europeo identificando a la mujer del Tercer Mundo; aquí vemos al hombre definiendo a su esposa. Y tiene éxito en su campaña de ataque: ella está totalmente derrotada y él denomina locura a esta derrota. El esfuerzo le agota y solo entonces nos explica cómo él, el europeo de clase alta, define la cordura: «Estaba agotado. Todas las locas emociones contradictorias habían desaparecido, dejándome cansado y vacío. Cuerdo». ¹⁵

En otros pasajes anteriores, ya ha descrito su infancia: «¿Qué edad tenía yo, cuando aprendí a ocultar mis sentimientos? Era un niño de muy pocos años. Seis, cinco, quizá menos. Me dijeron que era necesario, y siempre lo he creído así». ¹⁶

Es esta aceptación de la represión, su «cordura», la que ha derrotado a Antoinette. Se la lleva a Inglaterra donde está completamente en sus manos, gracias a su dinero, y después la encierra lejos de todos; esto es lo que la lleva a la locura.

A lo largo de los años, Antoinette tiene un sueño recurrente. La primera vez que tiene este sueño aún está en el Caribe, y en cada una de las otras dos ocasiones, el sueño revela un poco más de la historia. Está siempre intentando encontrar qué es lo que se supone que debe hacer, y siempre se ve yendo a algún sitio con un extraño. La primera vez: «Alguien a quien odiaba estaba conmigo». ¹⁷

¹³ *Ibidem*, p. 149 [p. 88].

¹⁴ *Ibidem*, p. 129 [p. 76].

¹⁵ *Ibidem*, p. 172 [p. 102].

¹⁶ *Ibidem*, p. 103 [p. 60].

¹⁷ *Ibidem*, p. 26 [p. 11].

La segunda vez, ella va «detrás del hombre que va conmigo... Sigo al hombre, muerta de miedo, pero nada hago para hurtarme al peligro».¹⁸

Ve un tramo de escalera, la parte más alta de ella es su destino. El sueño reaparece tras años de estar encerrada en el ático: «Aquella era la tercera vez que tenía el sueño, y el sueño terminó. Ahora sé que los peldaños conducen a esta estancia en la que yazgo contemplando a la mujer dormida, con la cabeza apoyada en los brazos».¹⁹

A veces cuando Grace Pool²⁰ se queda dormida o se emborracha mientras trabaja hasta caer dormida (porque mantener la soledad de otras personas es un trabajo solitario), Antoinette, esta Mrs. Rochester loca, escapa:

En mi sueño, esperaba a que la mujer comenzara a roncar, y, entonces, me levantaba, cogía las llaves, y salía, con una vela en la mano. Esta vez, fue más fácil que las anteriores, y caminaba como si volara. Toda la gente que había estado alojada en casa se había ido, ya que las puertas de los dormitorios estaban cerradas con llave, pero tenía la impresión de que alguien me seguía, de que alguien me perseguía, riendo. A veces, miraba a derecha e izquierda, pero nunca miraba hacia atrás, ya que no quería ver el fantasma de aquella mujer que, dicen, vaga por esta casa.²¹

El «fantasma» es ella misma; les ha oído hablar de ella desconociendo, al escucharlas, quién era la persona de la que hablaban. Pero también es la persona que ha sido antes —un fantasma— y que está siendo cuestionada por la persona en la que se está convirtiendo. Ya no es la víctima pasiva. Actúa. No está «cuerda» como Rochester; no acepta la represión. Lucha contra la represión. La protagonista ha exorcizado el fantasma de la víctima. Por fin. Pero no ha dejado atrás el pasado; a cambio, recordará lo que su víctima descubrió durante su cautividad: «Por fin, me encontré en la sala en la que ardía una lámpara. La recordé, por

¹⁸ *Ibíd.*, p. 59 [p. 32].

¹⁹ *Ibíd.*, p. 187 [p. 109].

²⁰ Nombre de la criada encargada de vigilarla en Thornfield Hall. [N. de E.]

²¹ *Ibíd.*

haberla visto al llegar. Una lámpara, la oscura escalera, y el velo sobre mi cara. Creen que no lo recuerdo, pero lo recuerdo».²²

Incluso aquellos cuya historia nunca ha sido recogida poseen una gran memoria:

Había una puerta a la derecha. La abrí y entré. Era una habitación grande, con alfombra roja y cortinas rojas. Todo lo demás era blanco. Me senté en un diván para contemplar la habitación, y me pareció triste, fría y vacía, como una iglesia sin altar. Deseaba verla con claridad, por lo que encendí todas las velas, y había muchas. Las encendí cuidadosamente, con la vela que llevaba en la mano, pero no pude alcanzar el candelabro colgante. Entonces, busqué con la vista el altar, ya que, con tantas velas y tanto rojo, la habitación me recordó una iglesia. Entonces, oí el tictac de un reloj, que era de oro. El oro es el ídolo al que esa gente rinde culto.²³

Ahora está empezando a comprender qué es lo que motiva a la extraña gente, cuyas voces escucha y que a lo largo de los años le llegaban a través de la puerta del ático, y que la han aprisionado. Están motivados por el dinero. Antoinette está asustada por la idea de verse descubierta (todo esto, recordad, es su sueño). Pero no es descubierta, y se hunde de nuevo en un sofá. Entonces en su cabeza se ve transportada de nuevo a casa: «De repente, me encontré en la habitación de la tía Cora. Vi la luz del sol que penetraba por la ventana, el árbol fuera, y las sombras de las hojas en el suelo, pero también vi las velas de cera y las odié».²⁴

Para ella es trágico tener este sustituto manufacturado en vez de la luz natural de la que ha sido arrancada. Odia Inglaterra, odia el frío y la humedad, odia la domesticidad en la que ha sido encerrada, y odia la personificación de todo esto, su marido Rochester. Toda su rabia está ahora centrada en la luz artificial de las velas:

Por esto, las derribé todas al suelo. Casi todas se apagaron al caer, pero una prendió las finas cortinas que había debajo de las cortinas rojas. Me reí al ver lo muy deprisa que el bello color se extendía, pero no me quedé para contemplarlo. Salí con la vela

²² *Ibidem*, pp. 187-188 [p. 109].

²³ *Ibidem*, p.188 [109].

²⁴ *Ibidem*.

en la mano. Entonces lo vi, el fantasma de la mujer. La mujer con el largo cabello suelto. Estaba rodeada por un marco dorado, pero la conocía. Dejé caer la vela que llevaba, que prendió fuego al extremo de un paño que cubría una mesa, y las llamas se alzaron hacia el techo. Mientras corría, o quizá flotaba, o volaba, grité, diciendo «ayúdame, Christophine, ayúdame» y, al mirar hacia atrás, vi que me habían dado la ayuda.²⁵

Siempre ha sido Christophine a quien ella ha acudido en busca de ayuda. De nuevo la recibe, y continúa:

Sobre una mesa, había más velas. Cogí una de ellas, y subí corriendo el primer tramo de la escalera, y el segundo. En el segundo piso, arrojé lejos de mí la vela. Pero no me quedé a ver lo que pasaba. Subí corriendo el último tramo, y recorrí un pasillo. Crucé la estancia a la que me llevaron ayer o anteayer, no lo recuerdo bien. Quizá lo hicieron hace ya mucho tiempo, por cuanto tenía la impresión de conocer bien toda la casa.²⁶

Nosotros conocemos desde hace mucho tiempo la Casa Grande, aquellos de nosotros que estamos en Inglaterra, en Estados Unidos, en las Indias Occidentales. «Conocía la manera de hurtarme al calor y a los gritos, sí, porque ahora gritaban».²⁷ Ahora, recordamos la escena cuando su propio Coulibri fue reducido a cenizas. Entonces ella dijo: «Todos rugieron cuando salimos y, entonces, sonó otro rugido a nuestra espalda».²⁸

Esta vez oye los gritos, pero no con terror, sino con tranquilidad, la primera calma que ha conocido: «Fuera, en el torreón, se estaba fresco y apenas oía los gritos. Allí, me senté, en silencio. No sé el tiempo que estuve sentada. Luego, me di media vuelta y vi el cielo. Era rojo, y en él estaba toda mi vida».²⁹

Ella ha ido incendiando esta casa en su sueño, y mediante este acto se le reaparece toda su vida, finalmente todo se une. No solo esa habitación, sino todo lo que ha ido viviendo, como mujer,

²⁵ *Ibidem*, pp. 188-189 [p. 109].

²⁶ *Ibidem*, p. 189 [pp. 109-110].

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibidem*, p. 41 [p. 21].

²⁹ *Ibidem*, p. 189 [p. 111].

como blanca en el Caribe, y como inmigrante en Gran Bretaña. Ahora comienza a enfrentarse a su pasado, el pasado de la descendiente del dueño de esclavos, la hija de una Casa Grande y la esposa de otro. «Vi el reloj del abuelo, y la colcha de patchwork, de todos los colores, de la tía Cora, vi las orquídeas, el jazmín y el árbol de la vida en llamas».³⁰

En estas imágenes el Caribe mismo es fuego, que confirma y la anima a hacer lo que está haciendo en este lugar de Inglaterra:

Vi el candelabro y la alfombra, abajo, y los bambúes y los helechos arborescentes, los dorados y los plateados, y el suave terciopelo verde del musgo en el muro del jardín. Vi mi casa de muñecas y los libros y el retrato de la hija de Miller. Oí el grito que el loro profería cuando veía a un desconocido, *Qui est lá? Qui est lá?* [idioma nativo, *patois*, derivado del francés], y el hombre que me odiaba [Rochester] también gritaba: «¡Bertha! ¡Bertha!».³¹

Hasta el final él era capaz de determinar quién era ella, de identificarla, pero ella ya había escapado de su alcance. Ya solo quedaba su voz para marcar su presencia. Antoinette *se está reconociendo a sí misma*, se está transformando a sí misma en sujeto, y deja de ser el objeto del poder de Rochester, cuando comprende el poder que tiene para determinar sus propias acciones y su propio destino. «El viento me alzó el cabello, que se extendió como alas. Pensé que el cabello me sostendría en el aire, si saltaba por encima de aquellas duras piedras. Pero, cuando me asomé, vi el estanque de Coulibri. Allí estaba Tia».³²

En su sueño está de nuevo en casa, en la plantación que había ardido a su alrededor, no la que está quemando alrededor de ella misma. Y Tia, la niña negra que fue su amiga, y de la cual fue separada, Tia que la rechazó para ir en busca de su propio poder, está allí con ella,

[...] con la mano me indicó que me acercara a ella, pero yo dudaba, y ella se reía. Oí que decía: «¿Tienes miedo?», y la voz del hombre: «¡Bertha! ¡Bertha!».³³

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibidem*.

³³ *Ibidem*, p. 190 [p. 111].

Aquí se presentan sus dos opciones. Por una parte está Rochester, que le ha arrebatado su cordura, la ha arrancado de su casa y la ha encerrado en un halo dorado; Rochester la compele a que regrese bajo su control. Y por otra parte está Tia, la niña negra, su gente, su amiga de la infancia, la que encarna su historia personal. Tia le hace señas e invita a Antoinette a que se le una y se libere de este hombre. A menudo la verdad se oculta durante siglos y de repente estalla contra nosotros en un momento de gran intensidad. «Todo esto vi y oí, en menos de un segundo. Y qué rojo era el cielo. Alguien gritó, y yo pensé, ¿por qué ha gritado? Había gritado Tia. Salté y desperté».³⁴ Se despierta ahora que ha escogido entre ellos.³⁵

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ Edward Kamau Brathwaite, el muy distinguido poeta de Barbados, ha reflexionado en *Contradictory Omens* (Savacou Working Paper Reprint, Jamaica, Mona, 1982, p. 36) sobre este pasaje crítico: «El salto aquí es un salto a la muerte; así que Antoinette se despierta a su muerte, no a la vida; porque la vida habría significado soñar en la realidad de la locura en un frío castillo en Inglaterra. Pero la muerte era también lealtad para con su fantasía cuidadosamente detallada de las Indias Occidentales. De hecho, ninguno de los dos mundos son “reales”. Existen dentro de su cabeza. Tia nunca fue y nunca hubiera podido ser su amiga. No importa lo que Jean Rhys pueda haberle hecho pensar a Antoinette, Tia fue separada históricamente de ella por este tipo de paralogía». Y cita un pasaje que muestra claramente el abundante racismo de los caribeños blancos. Wally Look Lai de Trinidad en *The Road to Thornfield Hall* (New Beacon Reviews, Collection One, editada por John La Rose, Londres, 1968) respondía de manera diferente: «El acto de Antoinette de reducir a cenizas Thornfield Hall, y su salto desde el torreón, lejos de ser actos de autodestrucción, eran intentos de hacer exactamente lo opuesto: salvarse a ella misma de una existencia que se había convertido en una forma de muerte, y devolver finalmente su vida a la única forma que había llegado a considerar que podía conducirla a la plenitud... El salto de Antoinette fue su primer intento de tomar el control, y redirigir las fuerzas que hasta ahora habían dictado la dirección de su vida». La cito de manera tan extensa porque la cuestión es vital: ¿pueden las mujeres negras y las blancas unirse, o el mar de los Sargazos que nos divide es tan impenetrable que la representación de la unión hecha por Rhys debe mantenerse únicamente como una ficción? Si lo que nos divide son las diferencias culturales, entonces las mujeres no deberían estar jamás con los hombres, por lo diferentes que son «las actitudes personales y grupales, el comportamiento y la percepción» (Brathwaite, cit., p. 48) de los sexos, la cultura de las mujeres y la de los hombres. Esta es la razón por la que Antoinette debía escapar de Rochester. Pero yo no creo que «Tia nunca fue y nunca hubiera podido ser su amiga [de Antoinette]». El odio producido por las divisiones de sexo, raza, clase, edad, nación, etc., nunca ha sido capaz de erradicar la comunicación, incluso el amor, entre nosotros, y nunca podrá hacerlo. Lo decisivo en esto es que Jean Rhys no hizo que Tia saltase hacia Antoinette, sino que fue Antoinette la que

Algo sucedió en la escritura de Jean Rhys entre sus novelas de la década de 1920 y 1930 y esta novela de la década de 1950 (publicada en 1966). Lo que sucedió fue, en primer lugar, la explosión de un movimiento masivo de luchas por la independencia del Tercer Mundo y, segundo, la inmigración masiva del Caribe a Gran Bretaña. Su gente había llegado —las Tia, las Francine, las Christophine— y eran más poderosas que cuando las dejó en el Caribe durante la primera parte de este siglo. Ya era consciente del racismo inglés contra ellas: fue redescubierta por Francis Wyndham en 1958, el año de las revueltas contra las personas negras en Nottingham y Notting Hill; y ella misma se habría sentido atacada. Pero no se habría sentido sola. Esta era una nueva fuente de poder para ser capaz de confrontar por fin toda la miseria, la soledad y el aislamiento en las que había trabajado, para grabarlo y articularlo, en sus novelas anteriores. Había sido una marginada como mujer, como caribeña en Europa, como blanca

saltaba hacia Tia. Del mismo modo que las mujeres han esperado a los hombres, las mujeres negras han esperado a las mujeres blancas, y a todo el mundo. George Lamming concluye *Natives of My Person* con el diálogo de las esposas que esperan a sus hombres (desconocen que estos están muertos), en el que debaten las razones por las que esperan. Una mujer explica: «Somos un futuro que deben comprender». Las mujeres esperan que los hombres comprendan, ¡pero nosotras no esperamos de manera pasiva, actuamos contra ellos y aceleramos el proceso de aprendizaje! No creo que ninguna de nosotras espere a aquellos que nos han oprimido, aguardando calladamente a que cambien. Actuamos y les forzamos a que lo hagan.

El pueblo de Tia, la gente negra, quemó hasta los cimientos la Casa Grande de Antoinette. Este fue el comienzo de su educación. Creo que esto es «real». La crueldad de Rochester también es «real». Antoinette actúa y quema la mansión de Rochester. Esta es la razón por la que Tia, que siempre ha esperado a Antoinette, la recibe por fin; porque Antoinette ha aceptado sus condiciones: su primer salto es quemar Thornfield Hall. Saltar hacia Tia es el lógico segundo salto. Look Lai señala que, dentro del contexto de lo que era posible para Antoinette, lanzarse a su muerte era una victoria. Estoy de acuerdo. George Lamming en *Of Age and Innocence* recuerda el mito caribeño de los Tribe Boys, que se arrojaron en masa al mar cuando no pudieron derrotar de ninguna otra manera a sus amos, como el triunfo que realmente supuso. El suicidio, en la literatura y en la vida, puede ser también un acto de desafío. *Ancho mar de los Sargazos* es una novela, una creación, una obra de ficción. Su relevancia para la vida se demuestra por la pasión que levanta el debate sobre el «salto hacia Tia». En último análisis, fuera lo que fuese lo que Jean Rhys quería decir, o lo que no quería decir, hiciera lo que hiciera Antoinette o Tia, no podemos permitir, en el dolor de la destrucción masiva, que el mar de los Sargazos ni cualquier otro mar nos mantenga separadas. La visión de Jean Rhys debe ser la visión de una realidad futura.

en el Caribe. Todas sus novelas acababan en derrota porque ella misma había nacido en la derrota.

Ahora otro poder dirige su pluma. Su heroína ya no es la víctima pasiva en la que la historia le ha querido convertir. Ahora Antoinette es capaz de reaccionar frente a la arrogante, racista y brutal metrópolis y contra el hombre brutal, arrogante y racista que la encarna: Mr. Rochester. Muchos años antes, había dicho: «Viviré con Tia y seré como ella». Pero primero debía hacerle saber a Tia cuáles eran los términos en los que había pensado que estarían juntas. Todo lo que le había ofrecido antes a Tia fue la dominación de su piel blanca. Pero cuando Antoinette quemara la Casa Grande que la aprisiona —del mismo modo que Tia había quemado la Casa Grande que era el centro de su explotación— Tia le da la bienvenida.

Un apunte final

Durante el proceso de escribir este libro, empecé a apreciar a Jean Rhys de una manera nueva. *Ancho mar de Sargazos* tiene 190 páginas de palabras, y cada una de ellas fue sopesada y tenida en cuenta en relación con el resto de palabras de una manera que nunca había visto antes excepto en la poesía. Esto es un poema, y para parafrasear a su autora, en él estaba toda su vida.

Cuánto de ello es literalmente cierto puede apreciarse en su inacabada autobiografía, *Smile Please* (1979). Del retrato de su madre y su relación antagonista, a sus descripciones de la gente negra, y sus propios sentimientos por ser una marginada entre los blancos y los negros (incluso frente a la vegetación, el loro, la colcha de patchwork), muestran que las Indias Occidentales de *Ancho Mar de Sargazos* está extraído de su propia vida. Rhys tenía muchas cuentas que saldar, desde su infancia en el Caribe hasta su vida adulta en Europa, y creó a Antoinette con el propósito de cobrárselas. Quería quemar en su propio beneficio como mujer caribeña todo lo que simbolizaba Rochester, y quería que lo supiéramos.

En la historia original de Brontë de *Jane Eyre*, el primer nombre de soltera de Mrs. Rochester era Mason. Rhys le proporciona otro nombre a Antoinette dando a entender que tanto su madre

como su padre son criollos y que el Mason europeo es su padrastro. El nombre que le da a ella es Cosway, o *causeway* [calzada], el puente entre el Tercer Mundo y Europa, entre una raza y otra, un puente elevado que lleva de la derrota a la victoria. Creo que este puente es un triunfo para nosotras como mujeres, para todos nosotros como ciudadanos del mundo.

13. Marx y el feminismo

(1983)

EN 1983, el reverendo Kenneth Leech del Jubilee Group, de la Iglesia anglicana, me invitó a participar en su sesión anual de conferencias en Lent. Aquel año se celebraba el centenario de la muerte de Karl Marx.

Intenté ser veraz respecto del análisis que hizo Marx de la explotación de manera que fuese accesible a cualquier persona. Cuando el feminismo afirma que «lo personal es político» esto implica habitualmente que los problemas personales son también políticos. Quise utilizar esta ocasión para demostrar que lo contrario también es cierto; que lo político es profundamente personal, que moldea nuestras vidas, y que aplicar el análisis que hizo Marx del capitalismo a las relaciones entre hombres y mujeres nos ayuda a arrojar luz sobre ellas.

Antes de nada me gustaría decir algo acerca del título; pedí que esta charla se titulase «Marx y el feminismo» mejor que «Marxismo y feminismo» porque el marxismo es un terreno en disputa. Su significado varía enormemente de un círculo político a otro. Pero podemos ir directamente a Marx y descubrir algo de lo que él mismo dijo. Así podemos comprobar la relevancia específica que tiene respecto de las mujeres, y de la organización dentro del movimiento de mujeres. Esto es lo que planeo hacer, teniendo

en cuenta que el análisis de Marx de la producción capitalista no era una reflexión acerca de cómo «funcionaba» la sociedad». Era una herramienta para encontrar la manera de derrotar al capitalismo.¹

Puesto que Marx se centró en diseccionar el capitalismo con el objetivo de diseñar una herramienta organizativa, es natural que donde más sentido tenga su análisis sea en el contexto de la organización, donde puede ser puesto a prueba y —si dichas ideas siguen siendo adecuadas— desarrollado.

Debo declarar que mi interés venía de antes. Sus análisis han sido indispensables para mi actividad organizativa. Penetran la realidad capitalista, incluyendo mi propia vida y, por lo que puedo ver, en la de otras personas, de una manera que no lo ha hecho nadie más, y me ayuda a mantenerme centrada en dicha realidad, conjurando las invasiones de la lógica del enemigo, sus excusas e invitaciones a la egomanía.² Estoy profundamente agradecida por esa ayuda.

Lo que por orden introductorio nos lleva al segundo punto. Este año es el centésimo aniversario de la muerte de Marx y me siento honrada de haber sido invitada a celebrarlo con vosotros de esta manera; coincide también con otro aniversario. Hoy hace diez años que fui arrestada por una sentada colectiva de mujeres y niños en la oficina principal de correos en Trafalgar Square, cuando la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico llevó a cabo sus primeras acciones públicas: las protestas contra los intentos del gobierno de retirar el subsidio familiar a las mujeres y poner dichas ayudas bajo el control de los hombres.³ Me parece totalmente apropiado celebrar esa ocasión —una no es arrestada cada día (o bueno aún no, aunque en el ambiente del país hay claras señales de que esto pronto puede llegar a ser así)— junto con el centenario de Marx, aquí en esta iglesia.

¹ Introducción a *Power of Women*, cit., p. 85.

² Este tipo de confianza en otros es una tradición en ciertas sociedades. El filósofo indio Patanjali, por ejemplo, habla acerca de la necesidad de «testimonios de confianza» continuados para poder hacer juicios válidos. Creo que Marx nos proporciona «testimonios de confianza».

³ Ganamos y las madres mantuvieron el control sobre este dinero. Para saber más acerca de la historia de la campaña que logró el subsidio familiar en Reino Unido, véase el ensayo introductorio de S. Fleming en Eleanor Rathbone, *The Disinherited Family*, Bristol, Falling Wall Press, 1986.

Esto nos lleva a mi tercer, y último, punto introductorio. Puede que ustedes sepan que algunas de nosotras hemos intimado inusualmente con las iglesias en los últimos meses. Fui muy afortunada de poder pasar doce días en noviembre de 1982 en la iglesia de Holy Cross, en King's Cross, con unas 15 mujeres más.⁴ Nos gustaba estar allí. Como prueba de ello, nos gustaba tanto estar allí que el cura (que no fue exactamente amistoso) tuvo muchos problemas para poder sacarnos de la iglesia.

Por todo esto, antes de que nos sumerjamos en el meollo del tema, ustedes ya conocen algo del terreno del que nacen las ideas que van a poder reconsiderar.

El movimiento de mujeres comenzó a finales de la década de 1960 y principios de 1970, esto es, este nuevo movimiento de mujeres. No obstante el movimiento de mujeres siempre ha existido; las mujeres llevan toda la vida diciendo «no» en la esfera privada y, de tanto en tanto, se organizan para decir «no» públicamente. Pero el movimiento, ruidoso y masivamente visible, que conocemos hoy comenzó en aquella época, y casi a la vez, en varios países diferentes. El movimiento dejó claros ciertos puntos desde su comienzo mismo: que estábamos sometidas a la esclavitud doméstica; que a menudo éramos económicamente dependientes de los hombres; que no había igualdad salarial; que no controlábamos los procesos reproductivos que sucedían en nuestros propios cuerpos; que éramos víctimas de muchos tipos de explotación sexual; y que era mucho más probable que fuéramos pasivas y mucho menos probable que fuéramos activas comparadas con los hombres, en resumen, que teníamos vidas y personalidades colonizadas. Así la cuestión no tardó mucho en plantearse: ¿qué relación tiene todo esto con la clase y con la lucha de clases tal y como ha sido tradicionalmente definida y se nos ha transmitido por parte de la izquierda?

Por una parte: ¿cuánta responsabilidad tienen de ello los hombres? ¿Son los únicos beneficiados de nuestra explotación? ¿Son ellos el enemigo? ¿Son los hombres una clase y las mujeres otra?⁵ Por otra parte: ¿cuál es la relación que tienen nuestras

⁴ Véase *Putas en la casa del Señor*, p. 185 de este libro.

⁵ Este es un punto de vista popular entre las separatistas; es decir, feministas que creen que los hombres —y algunas veces las mujeres que están con los hombres, incluyendo todos los niños— son el enemigo. La consecuencia de este separatismo

demandas como mujeres con la clase? La igualdad salarial puede relacionarse con los trabajadores, pero ¿se puede hacer también con el aborto, la esterilización, el trabajo doméstico, la violación, el divorcio, la custodia de los hijos, el lesbianismo, la ropa, la personalidad, los orgasmos?⁶ Al final la pregunta se centró en: ¿quién es la «clase obrera»? ¿Qué nivel de ingresos, trabajo, problemas políticos, demandas y acciones la distingue? La cuestión no podía haber sido más básica y más obvia pero casi nunca había sido articulada de manera clara, porque incluso su planteamiento mismo desafiaba a todo el mundo: no solo al Estado, sino también a la izquierda del sistema, incluso a la izquierda *alternativa* al sistema.⁷ Y al verse desafiados, hicieron horas extra para poder desestimar estas mismas preguntas, acusándonos de ignorantes, o incluso de traición, a cualquiera de nosotras que se atreviese a lanzar estas preguntas. Marx, dijeron, ya las había contestado hace cien años, ¡obviamente eso era más que suficiente! Lo que está claro es que bajo este tipo de presión, esto —clarificar estas dudas incluso de cara a una misma— es difícil de lograr.

En aquellos momentos al tiempo que se iba formando el movimiento de mujeres, también sucedían muchas otras cosas. Otros movimientos sacaban músculo y su mera existencia

suele ser un ataque, en teoría, contra todos los hombres y, en la práctica —porque son los que tienen menos beneficios y menos poder para oponerse—, contra los hombres negros, del Tercer Mundo y de clase obrera.

⁶ En esta lista no he mencionado las prestaciones sociales porque en Estados Unidos el movimiento masivo de mujeres, liderado por madres solteras negras que exigían salarios para el trabajo doméstico bajo la forma de prestaciones sociales, del mismo modo que su sección pro aborto, fue prácticamente ignorado por el Movimiento de Liberación de la Mujer del mismo modo que su lucha por el aborto ignoró la lucha contra la esterilización forzada (en Gran Bretaña también fue así, aunque aquí las mujeres de los Sindicatos de Solicitantes [Claimant's Unions] insistieron en sus reivindicaciones en el Movimiento de Liberación de la Mujer y tuvieron cierto éxito).

⁷ El capital y su Estado tienen sus propias razones para promover la definición que hace la izquierda de la «clase obrera». Para ellos, «lo pequeño [menos numerosa y por ello menos poderoso] es hermoso» es un punto de vista extremadamente conveniente sobre la clase obrera. Por eso intentan convencer a casi todo el mundo de que en realidad él/ella son «clase media». ¿Pero por qué lo creemos? Puesto que ser «clase obrera», gracias a la izquierda, implica esclavización, falta de futuro, ser víctimas del retraso... y pocas de nosotras queremos vernos desde ese punto de vista de la derrota, a menudo nuestro amor propio siente que necesita etiquetarse como clase media.

planteaba esta misma cuestión dentro de sus propios sectores, lo que hizo aún más urgente, y que se asumiera más ampliamente, la importancia que tenía la cuestión en torno a la definición de la clase obrera. A muchos otros, incluidos los hombres, se les decía que si no trabajaban en fábricas no eran clase obrera. E incluso algunos «obreros» podían ser catalogados como «marginales», «periféricos», es decir, que no eran centrales, eran insignificantes, incapaces de influir en el curso de la historia o no tener nada más que un efecto mínimo incluso en la lucha por su propia liberación. La liberación dependía de una fuerza diferente, separada, sin relación con ellos: «La auténtica clase obrera».

Esta era la época de las rebeliones urbanas, en especial en Estados Unidos, donde millones de personas desafiaron al Estado estadounidense, el más poderoso y opresivo del mundo (en esto sigue siendo el primero aunque competidores no le faltan). La gente que desafió el poder del Estado en las calles de sus principales ciudades así como en los países del Tercer Mundo como Vietnam (aunque la resistencia más espectacular se produjo en Vietnam, en muchos otros lugares sucedía lo mismo) tradicionalmente tampoco eran consideradas como parte de la «clase obrera».

Algunos sectores de la izquierda intentaron minimizar la importancia y el efecto de estas luchas, con el objetivo de proteger «su» clase obrera (parece ser que esta protección tiene un rango limitado de efectividad) y evitando con ello, aparentemente, que quedara eclipsada. Otros, mayoritariamente académicos, incluso algunos que se denominan a sí mismos marxistas, se agarraron a esta oportunidad para afirmar que puede que, en el pasado, Marx estuviese en lo cierto pero que ahora había sido superado. La clase obrera no era «la sepulturera del capitalismo», como él los había denominado; nunca iban a hacer nada; lo habían vendido todo, ahora tenían neveras.

Ahora podemos reírnos, pero literalmente afirmaron esto, en particular sobre la clase obrera en Estados Unidos. Esos otros, las personas negras (presumiblemente los que no tenían frigorífico), estudiantes, «campesinos»... eran los que tenían la conciencia y la voluntad para asumir la responsabilidad de derrotar al capitalismo, con la exclusión de «la clase obrera», incluso pese a ella. Tanto marxistas como antimarxistas nos pidieron que escogiéramos entre «los trabajadores» y «los otros».

En la neblina de esta confusión, algunas de nosotras fuimos suficientemente inteligentes como para investigar por nuestra cuenta qué era lo que Marx «realmente quería decir»; o las afirmaciones por parte de jóvenes académicos acerca de que el joven Marx —poeta y filósofo alemán— era superior al Marx de la madurez, inmigrante en Inglaterra, organizador y teórico. No nos pasó inadvertido que eran los académicos los que afirmaban tener una supuesta mayor legitimidad a la hora de definir qué es lo que debía ser el marxismo. Son ellos los que desde las universidades dirigen las organizaciones de izquierda y escriben los libros que la izquierda lee, debate y nos recomienda.

Nos negamos a aceptar sin más la afirmación de los gobiernos marxistas, que gobiernan al menos la mitad de la población mundial,⁸ de que saben lo que Marx realmente quería decir. Este énfasis y las interpretaciones de Marx están moldeadas por su necesidad de mantener el poder. Por esto, incluso aunque prefirieran no hacerlo, puede que los gobiernos del Tercer Mundo se vean en la necesidad de tener que defender la manera brutal de actuar de Rusia o de China ya que dependen de su ayuda y necesitan que los defiendan. «No confíes en los príncipes» se aplica también a los príncipes marxistas.

Aquellas de nosotras que leímos a Marx encontramos muchas cosas en su lectura. Es imposible entrar a discutir todas ellas aquí, pero algunos conceptos básicos deberían ser de conocimiento general, y puesto que Marx no es complicado de entender (es un brillante y excitante defensor de sus ideas) no es ni difícil ni doloroso de comprender. Resumiré brevemente aquí algunas ideas que considero esenciales, y las relacionaré con el movimiento de mujeres tal y como lo conocemos, y con otros sectores de la sociedad que también están visiblemente organizados y también son definidos como ajenos a la clase obrera. Definir, o más bien redefinir, quiénes forman la clase obrera es un objetivo ambicioso, la verdad, pero afortunadamente, a menudo, puede expresarse de manera sencilla.

Marx dijo que lo que distingue una sociedad de otra es la manera en la que los seres humanos nos relacionamos unos con otros durante el proceso de trabajo necesario para reproducirnos nosotros mismos: para sobrevivir y desarrollarnos como seres

⁸ La URSS seguía vigente en 1983.

humanos. La relación salarial es lo que distingue las relaciones sociales mediante las que nos reproducimos a nosotros mismos dentro de la sociedad capitalista: el trabajo que anteriormente se realizaba para el señor feudal o para el dueño de los esclavos ahora adopta la forma de trabajo asalariado que el empleador compra. Marx denomina esta capacidad para trabajar: *fuerza de trabajo*. Mediante la compra de nuestra fuerza de trabajo el empleador compra el derecho a decirnos qué es lo que tenemos que hacer durante un tiempo acordado, durante 40 o 50 horas a la semana que le pertenecen, y es dueño de todo lo que producimos durante ese tiempo.

Durante parte de este tiempo, digamos dos o tres horas al día, somos capaces de producir el equivalente al salario que nos paga: recibimos lo que producimos durante ese tiempo en forma de salario. Por ello ese tiempo es tiempo remunerado, el trabajo es trabajo remunerado.

Lo producido durante el resto de las horas trabajadas durante ese día se lo queda el empleador. Así durante el resto del día laboral trabajamos gratis.

Voy a repetir esto, ya que es el núcleo del trabajo de Marx (que por cierto él mismo no comprendió totalmente hasta una etapa tardía de su vida productiva). Parte de nuestro día laboral, producimos lo suficiente como para que el empleador cubra nuestros salarios, su coste por alquilar nuestra fuerza de trabajo. El producto de esa parte del día se nos paga; por ello durante esa parte del día realizamos trabajo remunerado. Continuamos produciendo durante el resto del día, pero el empleador se guarda esa parte. Así que por esa parte del día no recibimos pago alguno: esa parte del día realizamos trabajo no remunerado. Marx lo denominó *explotación*.

Esto es el núcleo de lo que dijo Marx. Cuando hubo asimilado completamente su significado, todo el trabajo que había hecho hasta entonces adoptó su verdadera forma. Según él la relación social que llamamos capital es que el capital posee y hace lo que quiere con nuestro tiempo de trabajo y su producto.

La ratio de trabajo no remunerado en relación con el trabajo remunerado la denominó *grado de explotación*. De esta manera si durante cuatro horas de trabajo de una jornada de ocho horas, produces suficiente para pagar tu salario, y durante las otras

cuatro horas trabajas gratis, el grado de explotación es del 100 %: haces el doble de aquello que te pagan por hacer. Produces un 100 % más de aquello por lo que te pagan.⁹

Pero las apariencias capitalistas son engañosas. El salario que recibes parece un pago por todo el día. El salario, que te mantiene con vida y te permite seguir trabajando, esconde la parte no remunerada de tu día laboral, oculta que hay una parte no remunerada. Y aunque sientes que te han tomado el pelo, es difícil señalar e identificar esa sensación dentro de lo que parece ser un intercambio justo. Este «intercambio justo» —de la fuerza de trabajo (que trabaja un día completo) por un salario (que paga solo una parte del día)— esconde el robo.

Debe decirse que, desde que la sociedad fue dividida en clases (y no siempre fue así), el día laboral se ha dividido en una

⁹ Los lectores deben ser conscientes de que, excepto que diga lo contrario, aquí estoy utilizando mi propio lenguaje con el objetivo de que el análisis sea accesible y rápidamente comprensible. Aunque mi exposición acerca de la teoría del valor de Marx no es incorrecta, por supuesto está incompleta, y mi objetivo no es más que realizar las conexiones básicas entre el «trabajo no remunerado de las mujeres» y la jornada laboral remunerada. El lector que acuda los capítulos 4-9 de *El capital*, vol. 1, se verá ricamente recompensado. El mismo Marx conecta directamente la reproducción de la fuerza de trabajo con la reproducción del capital en el capítulo 23. «Cuando el capitalista convierte en fuerza de trabajo una parte de su capital, lo que hace es explotar su capital entero. Mata dos pájaros de un tiro. No saca provecho solamente a lo que el obrero le entrega, sino también a lo que él da al obrero. El capital del que se desprende a cambio de la fuerza de trabajo se convierte en medios de vida, cuyo consumo sirve para reproducir los músculos, los nervios, los huesos, el cerebro de los obreros actuales y para procrear los venideros. Así, pues, dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera vuelve a convertir el capital abonado a cambio de la fuerza de trabajo en nueva fuerza de trabajo explotable por el capital. Es producción y reproducción del medio de producción indispensable para el capitalista, del propio obrero». Los lectores deberían también ser conscientes de que el grado de explotación del 100 % es un anacronismo del siglo XIX. La tecnología informática hace posible que en cuestión de minutos se hayan producido el equivalente a los salarios; muchas de nosotras trabajamos gratis la mayor parte del día. Por ello el grado de explotación se mueve en los miles por cientos. Esto no es únicamente una cuestión de números (y de la gravedad del asunto). La teoría de Marx del comunismo como «el fin del trabajo» tenía su premisa en el desarrollo inevitable de este tipo de tecnología. Aquí vemos otra área del trabajo de Marx que ha sido ignorada durante mucho tiempo. En general la izquierda prefiere hacer campaña por el derecho a trabajar que por el derecho a no trabajar. Todas las referencias al vol. 1 de *El capital* pertenecen a la edición de Moscú de 1958 [ed. cast.: Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2006].

porción remunerada y una porción no remunerada. Aquellos de nosotros que éramos siervos trabajábamos para nosotros mismos solo después de haber acabado de trabajar en la tierra y los cultivos del señor feudal. Cuando trabajábamos en la tierra que teníamos asignada se nos pagaba con lo que nosotros mismos habíamos producido, que era lo que nos mantenía con vida y permitía que siguiésemos trabajando. Cuando trabajábamos para el señor feudal en su tierra, trabajábamos gratis, por el derecho a quedarnos con aquello que cultivábamos en nuestra parcela de tierra.

Aquellos de nosotros que éramos esclavos también realizábamos trabajo remunerado: el amo tenía que proporcionarnos comida, ropa y techo, no mucho pero algo, para mantenernos vivos y trabajando, y lo que producías durante una parte de tu jornada laboral pagaba estos gastos. Pero el resto del tiempo durante el cual utilizábamos nuestra fuerza de trabajo se trataba de trabajo no remunerado: su producto se lo quedaba el señor; nada de ello regresaba en modo alguno a nuestras manos.

Es por ello que el método capitalista, pagarnos un salario por la venta diaria, semanal o mensual de nuestra fuerza de trabajo para mantenernos vivos, no es más que la última forma adoptada por el modelo de dividir el día entre trabajo pagado y no pagado para que la clase dirigente se pueda apropiar, robar, nuestro tiempo de trabajo. Pero las implicaciones de esto son muy extensas.

Hay un libro llamado *Against Our Will* [Contra nuestra voluntad] escrito por una feminista respecto de la violación.¹⁰ Entre otras deficiencias se trata de un libro muy racista. Sin embargo el título sintetiza precisamente lo que Marx tenía que decir acerca del trabajo asalariado en la sociedad capitalista. Es un trabajo en contra de nuestra voluntad. Respecto a esto Marx se muestra muy agudo y muy preciso: nos vemos «obligados a vender [nuestra fuerza de trabajo] de manera voluntaria».¹¹ Nos vemos

¹⁰ Susan Brownmiller, *Against Our Will*, Harmondsworth, Penguin Books, 1986.

¹¹ «No basta con que las condiciones de trabajo cristalicen en uno de los polos como capital y en el polo contrario como hombres que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo. *Ni basta tampoco con obligar a estos a venderse voluntariamente.* En el transcurso de la producción capitalista, se va formando una clase obrera que, a fuerza de educación, de tradición, de costumbre, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas leyes naturales» (el énfasis es nuestro). «Legislación sangrienta contra los expropiados, a partir del siglo XV. Leyes reduciendo el salario», *Capital*, cit., vol. I, p. 737 [p. 625].

forzados a hacerlo y lo hacemos de manera libre. Solo haciendo este trabajo para adquirir un salario tenemos el derecho, el poder social —el dinero— para comer. La libre elección bajo el capitalismo es el derecho a elegir entre trabajo forzoso e indigencia.

Marx continúa y se adentra aún más. Hacer trabajo forzoso es la condición para nuestra supervivencia y se hace a costa de nuestro desarrollo. Cuando el capital compra el uso de nuestra fuerza de trabajo, está a cargo de nuestro trabajo, de nuestra actividad durante la mayor parte del tiempo del día en el que estamos despiertos. No es solo que producimos aquello de lo que el capital se adueña, y de lo que estamos «alienados», sino que también se adueña de nuestras responsabilidades. Estamos alienados de nuestras propias capacidades, nuestra capacidad de ser creativos, nuestra habilidad para moldearnos y reformularnos a nosotros mismos. El capital se hace dueño de aquello que podríamos ser y nos limita a que no podamos ser más que quienes ya somos. *Se apropia de nuestro tiempo, es decir, de nuestra vida. Se apropia de nosotros. Le pertenecemos, no hay tanta diferencia con el siervo o el esclavo.*

El resto de actividades que realizamos son, básicamente, prepararnos para el trabajo o recuperarnos del mismo.¹² Esto, dice Marx, es la relación salarial, fuerza de trabajo vendida como mercancía en intercambio por un salario. Ese es el terreno en el cual se moldean nuestras personalidades y todas nuestras relaciones, privadas y públicas, personales y políticas, durante el conjunto de las 24 horas del día.

A medida que la relación salarial se convierte en la forma dominante de robo del trabajo no remunerado, el salario comienza

¹² «Asalariados o no, pasamos 24 horas al día trabajando para el capital en la fábrica social. Los trabajadores asalariados emplean el resto de las horas “tras el trabajo” reproduciéndose a sí mismos para regresar al trabajo. Comer, dormir, beber, ir al cine, follar... todas ellas son tareas esenciales para el trabajo y las hacemos para poder estar preparadas para el próximo día de producción. Las mismas funciones son incluso más esenciales para los “parados” y evitar así que dirijan su violencia contra el capital», véase Beth Ingber, Sidney Ross, Sam Weinstein *et al.*, «The Social Factory», en Jeremy Mulford (ed.), *Falling Wall Review*, núm. 5, Bristol, Falling Wall Press, 1976, p. 3. «La perspectiva dada por la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico [...] nos ha permitido comprender que la jornada laboral de la clase obrera internacional es de 24 horas y que necesitamos desarrollar la lucha a ese nivel. Esta es la deuda que todo el movimiento le debe al feminismo revolucionario» (pp. 1-2).

a dominar todas las relaciones. Para Marx, *el capital es una relación social no solo entre las clases sino entre todos los individuos*. Todas las relaciones que se dan en la sociedad se ven transformadas a partir de este modo capitalista por el cual los seres humanos son explotados en el proceso en el que trabajan para desarrollarse y sobrevivir. El cambio más obvio, dominante y fundamental es que nos relacionamos unos con otros a través de cosas. Intercambiable por cualquier cosa, el dinero conecta a los seres humanos. *El manifiesto comunista* ya lo había expresado de esta manera: «La burguesía [...] y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas [...] Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar».¹³

El Marx maduro fue más preciso. Nuestras relaciones están objetivadas, encarnadas en objetos. Las mercancías que producimos están «fetichizadas», es decir, estas cosas, en relación unas con otras mediante el intercambio, expresan nuestra conexión entre nosotros sin importar lo lejos que estemos los unos de los otros, y median la relación entre las personas sin importar lo cerca que estemos unas de otras:

Como los productores entran en contacto social al cambiar entre sí los productos de su trabajo, es natural que el carácter específicamente social de sus trabajos privados solo resalte dentro de este intercambio. También podríamos decir que los trabajos privados solo funcionan como eslabones del trabajo colectivo de la sociedad por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores. Por eso, ante estos, las relaciones sociales que se establecen

¹³ «La burguesía ha desempeñado [...] Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de “explotación”», Karl Marx y Frederick Engels, «Manifiesto of the Communist Party» en *The Revolution of 1848: Marx's Political Writings*, vol. 1, Londres, Penguin, 1973, p. 70 [ed. cast.: «Manifiesto del partido comunista», www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm].

entre sus trabajos privados aparecen como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.¹⁴

Ahora estamos acostumbrados a relacionarnos de esta manera y la damos por sentada. Pero permitir que los últimos trescientos años de nuestra historia bajo el capitalismo y las personalidades que hemos desarrollado, porque nacimos y fuimos criados para vivir con y mediante el «nexo del dinero», sean considerados como «normales» es algo claramente absurdo. Sin embargo, este es el objeto de análisis de la mayor parte de los escritos de sociología, psicología, periodismo, ensayos históricos, e incluso del dogma médico convencional y del dogma dietético, para establecer y confirmar que quienes somos en este momento es todo lo que podemos ser; que nuestro ser capitalista es en realidad la «naturaleza humana» y nuestras vidas en el capitalismo son el inevitable producto de dicha naturaleza.

Los logros de Marx fueron considerables. Describió las características de la relación social entre la fuerza de trabajo y el capital y tras ello midió exactamente cuánto nos roba. Saber cuánto nos timan en el plano de las cosas físicas es una medida que nos indica cuál es el grado de expolio al que estamos sometidos como seres humanos y como sociedad. Marx explicó qué era la explotación —cómo nos aliena de nuestras habilidades y de nuestras posibilidades y del producto de nuestro trabajo, cómo ha llegado a suceder, cuáles son sus implicaciones— *y, tras hacer esto, lo cuantificó*. En esencia el objetivo de la lucha de clases es el fin de nuestra explotación y la transformación cualitativa de nuestras vidas: no deseamos gastar nada de nuestro precioso tiempo sometiéndonos a una voluntad ajena y alienante. Pero la forma que adopta la lucha de clases es la guerra del día a día en la que peleamos por ver cuánta vida nos vemos forzados a dar o cuánta podremos resistirnos a entregar: cuánta explotación podemos organizar para así poder rechazarla, cuánto tiempo de nuestro trabajo será remunerado y cuánto no lo será, cómo de poco o de mucho produciremos en cierto tiempo.

¹⁴ *Capital*, cit., vol. I, pp. 72-73 [p. 38].

En 1969 y 1970, al leer el vol. 1 de *El capital*, en el que el tomo al completo se dedica a analizar esta mercancía capitalista específica que es la fuerza de trabajo, me di cuenta de que esta era la mercancía específica y especial que producía el trabajo doméstico. Ignorante como era pensé que todo el mundo lo sabía y me enfadó pensar que habían descuidado decírnoslo. Fue una sorpresa darme cuenta de que esta visión obvia —que las mujeres eran las productoras de toda la fuerza de trabajo de todo el mundo, de la capacidad de trabajar y de la de ser explotado— era algo novedoso. En el proceso de detallar las implicaciones de esto (y en el proceso de sacudir mentalmente a algunas personas bienintencionadas de la izquierda y poner patas arriba su visión política), intenté describir el trabajo que produce y reproduce la fuerza de trabajo, y cuya venta generalizada define una sociedad como capitalista:

Es una mercancía extraña en cuanto que no es una cosa. La capacidad para trabajar solo existe en un ser humano cuya vida se vea consumida en el proceso de producción. Primero debe pasar nueve meses en el vientre, debe ser alimentado, vestido y formado; y cuando funciona y trabaja, se le debe hacer la cama, barrer el suelo, prepararle el almuerzo para el día siguiente, su sexualidad si no satisfecha al menos si calmada, su cena lista cuando llega a casa, incluso si es a las ocho de la mañana porque llega del turno de noche. Esta es la manera en la que la mano de obra se produce y es reproducida tras el consumo diario de la misma ya sea en la fábrica o en la oficina. Describir esta producción y reproducción básicas es describir el trabajo de las mujeres.¹⁵

Inventé la palabra «no asalariada» para describir este «trabajo de la mujer», este trabajo doméstico.¹⁶ Aunque no recibimos un salario por hacerlo, en realidad no está completamente exento de pago, ¿recordáis? Porque algunas reciben un pago en forma de comida, vestido y techo. Pero no obtenemos dinero propio por gastar nuestra fuerza de trabajo produciendo la fuerza de trabajo de otras personas. Estamos privadas de dinero propio, de salarios que sean nuestros por derecho propio, del reconocimiento y la

¹⁵ Introducción a *El poder de la mujer*, incluido en este volumen.

¹⁶ Las palabras «no remunerado» y «no asalariado» se utilizaron por primera vez en *Sexo, raza y clase*, incluido en este volumen.

recompensa por la contribución al trabajo social. Si no se reconoce la tarea que realizamos, carecemos de la justificación socialmente aceptada para poder exigir autonomía como individuos. Sin dinero propio, carecemos del poder para tomar dicha autonomía.

Pero pese a que no produce ningún tipo de salario, este trabajo no es ajeno a las relaciones salariales, no somos ni siervas ni esclavas. El salario y la relación salarial dominan la sociedad para la que realizamos este trabajo, y en consecuencia nos domina a nosotras de la manera más directa.

La relación salarial no solo se da en una relación entre el trabajador asalariado y el empleador sino entre aquellos trabajadores que tienen salario y aquellos que no lo tienen. Esta es la base material del antagonismo social entre los sexos. Estemos o no estemos en una relación con los hombres, no hablemos ya si se trata de una relación de dependencia, es la dependencia de las mujeres dentro de la sociedad en general la que fija los términos del vínculo entre todos los hombres y todas las mujeres. Haya o no haya un traspaso de dinero entre individuos, el «lazo salarial», en particular, liga a los dos sexos entre sí y a la sociedad. Las mujeres, el sexo más pobre, son el sexo débil socialmente: los hombres, más poderosos económicamente, pueden ejercer poder social contra nosotras en cualquiera de las áreas sociales de la vida.

Puesto que el trabajo domestico es trabajo no remunerado, el dinero no cambia de manos como sí que sucede entre trabajador asalariado y empleador, y esto hace que parezca que es un asunto estrictamente privado, un trabajo de amor por parte de la mujer, en consonancia con su naturaleza generosa y complaciente. De esta manera la teoría capitalista de la «naturaleza humana» glorifica y alaba la pobreza de las mujeres y esconde nuestra esclavitud no asalariada. Oculta con ello el hecho de que trabajamos para la clase empleadora, que utiliza nuestro producto como una fuente inacabable de trabajo no remunerado y no asalariado. Este trabajo es trabajo forzoso tal y como lo es el trabajo de aquellos que están asalariados. Al igual que a ellos este trabajo les impide aprender, inventar, crear, desarrollar y ejercer sus talentos, exactamente de este mismo modo las productoras de la fuerza de trabajo no asalariadas también son reas del trabajo forzoso, también a ellas se les priva de su tiempo y sus posibilidades.

El trabajo que hacemos, el trabajo domestico, también se hace contra nuestra voluntad; también nosotras estamos obligadas a vender de manera voluntaria nuestra fuerza de trabajo. Y aunque la vendemos al mismo jefe, esto habitualmente se hace mediante otro empleado, ligándonos al salario del hombre, y haciendo que dependamos de él. Al reproducirle a él y a los niños que un día le reemplazarán — y que también nos reemplazarán a nosotras — estamos protegiendo y aumentando la inversión que el capital ha hecho en él y en nosotras.

Hay muchas cosas que me gustan acerca de Marx. Una de ellas es que tenga tanta confianza en nuestra causa, y que tenga los pies bien puestos sobre la tierra, que no dudase a la hora de detallar nuestras debilidades. No temblaba a la hora de criticar a los trabajadores. En un momento dado señala que cuando el hombre vende su fuerza de trabajo por un salario e introduce a su mujer y a sus hijos en la fábrica también él les está vendiendo. El hombre, afirma Marx, se convierte en un vendedor de esclavos.¹⁷ Para Marx nuestra causa no se basa en la superioridad moral de la clase obrera, ni en las virtudes morales de nadie ni tampoco en la falta de ellas, sino en la justicia de nuestra causa contra la explotación, y que, pese a las debilidades, ignorancia, supersticiones o prejuicios, nuestra lucha colectiva nos permite elevarnos y despegarnos de aquello en lo que el capital nos ha convertido.

Por ello no hay necesidad de glorificar al «obrero» como una víctima heroica e inocente; no hay necesidad de esconder o de excusar la violencia que constituye el marco vital de la clase obrera; no hay necesidad de mitificar a la clase obrera como fuente del

¹⁷ «Antes, el obrero vendía su propia fuerza de trabajo, disponiendo de ella como individuo formalmente libre. Ahora, vende a su mujer y a su hijo. Se convierte en esclavista. En efecto, la demanda de trabajo infantil se asemeja, incluso en la forma, a la demanda de esclavos negros y a los anuncios que solían publicar los periódicos norteamericanos» (*Capital*, cit., vol. I, p. 396 [p. 325]). Marx añade esta importante nota a pie de página: «Contrastando con el gran hecho de que la restricción del trabajo de la mujer y del niño en las fábricas inglesas hubo de serle arrancada al capital por los obreros varones adultos, nos encontramos en los informes más recientes de la Children's Employment Commission con rasgos verdaderamente indignantes y resueltamente esclavistas de padres de obreros, en lo que al tráfico de niños se refiere. Y el fariseo capitalista, como se infiere de los mismos "informes", no tiene inconveniente en denunciar estas bestialidades, creadas, explotadas y eternizadas por él, y glorificadas además en otros casos con el nombre de "libertad de trabajo"» [ibídem, n. p. 37].

humanismo. Marx no estaba preocupado por que la revolución pudiese fracasar porque los obreros —en este caso maridos y padres— fuesen brutales con otros trabajadores —en este caso las esposas y los niños—. Estamos obligados a vendernos a nosotros mismos —lo que somos y lo que podemos ser— de manera voluntaria, obligados a gastar el tiempo que estamos despiertos en actividades que no hemos escogido ni diseñado, algo ajeno que se impondrá sobre nosotros, directamente y a través de otros, desde el nacimiento. Esta es la violencia que nos vemos obligados a soportar.

Absorbemos la violencia de aquellos que están por encima nuestro y a menudo la descargamos en aquellas personas que son menos poderosas que nosotras. Si el hombre tiene un salario y la persona con la que vive depende de su salario (aunque sea solo en parte) y él, como intercambio, obtiene toda una vida de trabajo de parte de ella para servirle a él, para que esté preparado para hacer el trabajo que hace contra su voluntad, es fácil ver por qué no resultan inexplicables la violencia y las palizas que sufren las esposas. En el entorno hostil que rodea esta relación de poder en la que cada uno intenta sobrevivir y reducir su carga de trabajo personal y que se ven obligados a realizar contra su propia voluntad, lo que resulta sorprendente es que hombres y mujeres siquiera se hablen, más aún que vivan juntos y que lleguen a amarse.

También es importante señalar que una vez que se identifica a los hombres con aquellos que reciben salario (o que deberían recibirlo, en caso de que no lo hagan), y a las mujeres como aquellas que no lo tienen (y que no necesitan igualar aquel, si lo reciben), casi cualquier hombre puede encontrar una mujer para que lo reproduzca, para que le haga la tortilla, la cama, le cuide y duerma con él. En todos y cada uno de los aspectos claves, las mujeres forman parte del salario del hombre.¹⁸ Venimos como

¹⁸ Desde hace mucho, uno de los puntos centrales de la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico ha sido señalar el hecho que cuando los hombres tienen salarios bajos, o si sufren una reducción de los mismos, será el trabajo no asalariado de las mujeres lo que compensará, tanto los bajos salarios de los hombres como los recortes en las ayudas sociales o en el «salario social». En 1976 escribimos: «La resistencia frente al trabajo de la clase obrera, asalariada y no asalariada, ha reducido los beneficios hasta una crisis de escala global. Como respuesta a ello, los sindicatos y los gobiernos han construido conjuntamente un ataque en el que las mujeres son su objetivo principal. Suben los precios,

parte de la retribución del hombre porque tradicionalmente nosotras no hemos tenido ninguna.

Ser parte de la retribución de otro trabajador no es únicamente el destino de las mujeres en relación con los hombres. Hace algunos años comparé las escalas salariales de los trabajadores especializados blancos en Johannesburgo con las de los trabajadores especializados en Detroit (en su mayoría blancos pero había también negros, todos hombres) para el mismo empleador: Chrysler. Los trabajadores blancos en la Sudáfrica del *apartheid* obtenían mucho menos que sus semejantes en Detroit. Sin embargo, en mi opinión, su nivel de vida era mayor. Los sudafricanos negros forman parte de su salario. El capital puede pagarle menos a los blancos porque el salario de los blancos se ve complementado por todo un conjunto de bienes y servicios —todo ello un conjunto de trabajo negro—. Muchos de nosotros que formamos parte de sectores tradicionalmente no asalariados y, por ello, mínimamente remunerados, estamos incluidos en el salario de otras personas.¹⁹

De hecho, si nos paramos a pensarlo durante un momento, nos daremos cuenta de que si miramos las cifras de empleo mundiales la cantidad de personas que reciben un salario es muy baja. La

los salarios reales se reducen y los servicios sociales son destruidos o acaban muy maltrechos... Entre el Partido Laborista y los sindicatos, las mujeres se enfrentan al mayor ataque concertado desde la Segunda Guerra Mundial. Se nos envía de regreso a casa sin salario para trabajar el doble de duro de lo que hacíamos antes. Nuestros "flexibles" días de trabajo se estiran hasta el punto de ruptura, amortiguando el impacto del Estado en otros. El Estado calcula que nuestro trabajo doméstico no asalariado hará de puente en todos aquellos huecos en los salarios y en los servicios sociales. Cada plan que presentan tiene como premisa nuestro trabajo» («Introducción» del Comité Londinense de Salarios para el Trabajo Doméstico a «Mujeres, sindicatos y trabajo»). Esta visión es ahora compartida de una manera más generalizada. En nuestros días está claro que el «cuidado comunitario» de Margaret Thatcher y la «gran sociedad» de David Cameron resultaron ambos en un aumento del trabajo no asalariado para las mujeres, o que las mujeres fuesen criticadas por aquellos que necesitan cuidados y que sufren el rechazo de las mismas a realizar más trabajo no asalariado. Este es el dilema que siempre han confrontado las mujeres como cuidadoras. Véase «The Home in the Hospital» en W. Edmund y S. Fleming (eds.), *All Work and No Pay*, Bristol, Falling Wall Press, 1975.

¹⁹ Y este no es un resultado accidental de diferenciales. La lucha sobre la depresión de los salarios de un sector es siempre una lucha sobre los salarios de otros sectores. Por ello el bajo —desigual— pago de las mujeres es lo que mantiene bajo el salario de los hombres.

mayor parte de nosotros no estamos asalariados, y debido a esto muchos de nosotros debemos trabajar a las órdenes de otros trabajadores que actúan como capataces — a veces incluso como empleadores — en relación con nosotros.²⁰ Por ello pese a que pocos tengan un salario (los «que tienen algo») y los muchos (los «que no tienen nada») no lo tengan, todos nosotros estamos dominados por el salario y por la lucha para sobrevivir mediante el mismo.

Este conflicto a nivel internacional entre la minoría asalariada y la mayoría no asalariada se ha presentado como si fuese un conflicto entre diferentes clases, más que entre diferentes sectores de la misma clase. Esto implica que el conflicto entre nosotros es irreconciliable. Quiero citar fragmentos de Marx, el primero sobre cómo esas divisiones dentro de la clase obrera, estas relaciones de poder, fueron construidas durante el proceso de producción en primer lugar y, en segundo lugar, cómo analizaba él el desarrollo de estas divisiones.

Marx fue el primero en describir la «manufactura» en un primer estadio del capitalismo (manu = mano), más tarde desbancado por el término «maquinofactura» de la industria a gran escala. Marx afirma que «de este modo, la manufactura va creando una jerarquía de fuerzas de trabajo, a la que corresponde una escala o gradación de salarios. De una parte, el obrero individual se ve asignado y anexionado de por vida a una función determinada; de otra parte, los distintos trabajos se ajustan, por idéntica razón, a aquella amplia jerarquía de aptitudes naturales y adquiridas».²¹

Señala aquí que el capital organiza la producción políticamente, de manera que haya un obrero arriba y, en consecuencia contra él, otro, creando una jerarquía de habilidades, dinero y poder social (Marx ya había señalado que el «individuo lleva su poder social... en su bolsillo»²²).

²⁰ Por ejemplo en muchos países del Tercer Mundo, las enfermeras, profesoras, y otros trabajadores asalariados pueden permitirse tener sirvientes. Debido a las horrendas tasas de desempleo (30, 40 e incluso 50 %), la media de los salarios de los trabajadores domésticos son salarios de hambre. Marx dejó claro que «a grandes rasgos, el movimiento general de los salarios se regula exclusivamente por las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva...», *Capital*, cit., vol. I, p. 637 [p. 803].

²¹ *Capital*, cit., vol. I, p. 349 [pp. 284].

²² «Por otra parte el poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de los otros, o sobre las riquezas sociales, lo posee en cuanto que es propietario de

Pasa a mostrar cómo la jerarquía fue reorganizada cuando las máquinas reemplazaron la producción manual:

Con el instrumento de trabajo, pasa también del obrero a la máquina la virtuosidad en su manejo. La capacidad de rendimiento de la herramienta se emancipa de las trabas personales que supone la fuerza humana de trabajo. Con esto, queda superada la base técnica sobre la que descansa la división del trabajo en la manufactura. He aquí por qué en la fábrica automática la jerarquía de los obreros especializados, característica de la manufactura, es sustituida por la tendencia a la equiparación o nivelación de los distintos trabajos encomendados a los auxiliares de la maquinaria.²³

Sin embargo, Marx no utilizó la palabra «automático» tal y como nosotros la utilizamos actualmente. Quería decir que gracias a la máquina de vapor, no tenías que encender manualmente la máquina, el vapor la encendía automáticamente, y la potencia para cada máquina derivaba de una fuente central independiente de cada operario individual. Ya no era una operación que dependiese del tamaño, la fuerza o siquiera de la habilidad del operario. Ahora la máquina nos igualaba a todos. ¿Significaba esto el fin de la jerarquía? Justo lo contrario. Continúa: «Y en lugar de las diferencias producidas de forma artificial entre los obreros especializados, predominan las diferencias naturales de edad y sexo».²⁴

Vemos así que la brecha jerárquica, insertada primero entre hombre y hombre, justificando la división entre ellos en función de una determinada habilidad, es también insertada en un estadio posterior entre hombres, mujeres y niños. Las diferencias biológicas se transforman en divisiones sociales. El capital fue capaz de dividir primero el lugar de trabajo individual, después todas las ramas de la industria, y eventualmente todo el planeta de maneras similares. En las manos del capital, *la división del*

valores de cambio de dinero. Su poder social, así como su nexo con la sociedad, lo lleva consigo, en el bolsillo». Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 157 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 84].

²³ *Capital*, cit., vol. I, p. 420 [p. 347].

²⁴ *Sexo, raza y clase*, p. 157.

trabajo es primera y principalmente la división de los trabajadores, a escala internacional.

En 1973, extrajimos la conclusión de la extensión de dicha división de los trabajadores en los lugares de trabajo remunerados a la sociedad en general:

Una jerarquía de poderes laborales y una escala salarial en correspondencia. El racismo y el sexismo nos entrenan para adquirir y desarrollar determinadas capacidades a expensas de otros. [Aprendes cómo tirar de una palanca pero eso es todo lo que aprendes. No aprendes un millón de otras cosas porque tu tiempo y tu energía se ven consumidas y tu voluntad doblegada por tu forzada sumisión a tirar de dicha palanca. O de cambiar ese pañal]. Entonces estas capacidades adquiridas son asumidas como nuestra naturaleza y determinan nuestras funciones en la vida, y determinan también la calidad de nuestras relaciones mutuas. [Piensan que estamos hechas para este trabajo. Peor aún, algunas de nosotras también lo piensan]. Por lo que plantar caña de azúcar o té no es un trabajo para los blancos, y cambiar pañales no es un trabajo para hombres, y dar palizas a los niños no es violencia. La raza, el sexo, la edad, la nación, cada uno de ellos es un elemento indispensable de la división internacional del trabajo. *Nuestro feminismo se basa en un hasta ahora invisible estrato de la jerarquía de los poderes obreros —el ama de casa— al que no le corresponde ningún tipo de salario.*²⁵

Aquí se puede ver lo útil que Marx le ha resultado a la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico. Hay feministas que sienten un gran placer denigrándolo y despreciándolo. La excusa que a veces se da es que era un hombre o que era un cerdo machista chovinista. Se le puede defender de estos cargos, pero ¿y si fuesen verdad? Seguramente es valioso escuchar qué es lo que los hombres piensan que está mal en el mundo (en especial

²⁵ Un gran cambio desde los tiempos de Marx es el papel que la inmigración ha desempeñado y que está desempeñando en la unificación de la clase obrera a nivel internacional. «Una cosa que nosotros [inmigrantes] ofrecemos es que transportamos las luchas de una parte del mundo a otra [...] La inmigración es la red por la que viaja lo internacional». Margaret Prescod, en relación con la conferencia «Bringing It All Back Home: Black and Inmigrant Women Speak Out and Claim Our Rights», cit., 13 de noviembre de 1982, en Selma James (ed.), *Strangers & Sisters: Women, Race and Immigration*, Bristol, Falling Wall Press, 1986, p. 85.

los hombres que se han dedicado a la destrucción del capital), incluso si son sexistas, ya que no podemos ganar sin ellos. Y si excluyes a los sexistas, los racistas, los edadistas, etc., ¿quién queda? ¿Quién de nosotros es «puro»? En todo caso, no creo que la mejora de la situación de las mujeres dependa de denigrar la de los hombres. Como poco reducir a Marx de esta manera es un acto de autoindulgencia. Francamente, me crea sospechas.

Todos nosotros somos conscientes de cuánta hostilidad hay contra Marx por parte de aquellos que nos gobiernan; si un siglo después de su muerte continúa poniéndoles nerviosos, es porque nos proporciona un gran poder para luchar contra ellos. Para ellos es extremadamente rentable ser anti-Marx. Puedes labrarte una carrera profesional gracias a ello. Puedes obtener un trabajo, una ayuda a la investigación, o invitaciones a conferencias importantes, a cenas importantes, o al menos, vinos importantes y fiestas pijas. No digo que esta sea la única motivación para desechar a Marx, pero no supone una traba.

No puedo demostrar que la jerarquía de poderes laborales fuese uno de los focos de Marx. He encontrado dos citas; mis reflexiones me llevaban en esta dirección cuando encontré dichas citas. Y como Marx era escrupuloso a la hora de registrar todo lo que consideraba el modo de producción describió la jerarquía como parte integral de ello. Pero no extrae ningún tipo de conclusión organizativa. Se concentra en la condición general para todos nosotros: a lo que más atención había que prestar era a aquello que compartimos más que a lo que nos dividía. De esto emana un modo organizativo determinado. Formó la Primera Internacional. Luchó para que los «trabajadores de todo el mundo se unieran» en un organización conjunta. Teniendo en cuenta cómo de divididos estábamos, división basada en la división del trabajo y otras divisiones geográficas e históricas, era algo nuevo y revolucionario establecer una comunidad. Marx lo hizo.

En los cien años pasados desde su muerte [1883], queda perfectamente claro que, mientras que la unidad sigue siendo igual de necesaria hoy día, esa unidad se construirá solo a medida que se ataque y destruya la jerarquía. Nuestras luchas se han visto a menudo debilitadas cuando nos hemos unido dentro de organizaciones dominadas por los sectores más poderosos de la clase obrera. Y por esta razón hemos acabado uniéndonos de manera

cada vez más específica contra la jerarquía: el movimiento negro, el movimiento de mujeres, el movimiento de los pueblos del Tercer Mundo, los movimientos de mujeres y hombres con discapacidades, los movimientos de mujeres lesbianas y hombres gay, el movimiento de expacientes mentales, prisioneros, exprisioneros, estudiantes, granjeros, «esposas de granjeros»... La lista es infinita y continúa creciendo: movimientos de todo tipo asumen que cada sector debe lanzar un ataque específico contra la sociedad capitalista que solo puede articularse dentro de organizaciones que únicamente ellas pueden formar, y que solo dentro de ellas pueden descubrir quiénes y qué son sus amigos, enemigos, necesidades, estrategias, tácticas...

La existencia de estos movimientos confirma que la jerarquía no se queda a las puertas de la fábrica. Nacida de la necesidad de subordinar la voluntad de la clase obrera a la voluntad del capital, la jerarquía se extiende hacia arriba para estratificar administraciones y burocracias y hacia abajo para estratificar fábricas, granjas y familias. El conjunto de la sociedad está involucrado en la división del trabajo y en su jerarquía implícita, la división de los obreros. Estemos donde estemos, nuestros movimientos se adaptan a —o subvierten— los niveles específicos de la jerarquía en la que estamos enredados, el nicho de nuestro sector en el que nos han metido a presión, incluso en una calle, incluso en la asociación de inquilinos, incluso en King's Cross entre aquellas de nosotras que somos prostitutas, aquellos que somos clientes y los que no somos nada de esto: un barrio rojo es uno de los muchos puntos de conflicto entre diferentes sectores de la clase obrera, y que como clase confrontamos de la única manera que podemos, lanzando desde cada sector un ataque directo contra el capital y su Estado.

Una vez que hacemos eso, sin embargo, entramos en inmediato conflicto con aquellos sectores de la clase obrera que están por encima nuestro y que favorecen al capital respecto de nosotros.²⁶ Sí, es así, entramos en conflicto. No hay duda de que si somos negras nos encontramos enfrentándonos a gente blanca. Si somos mujeres nos encontramos entrando en conflicto con los hombres. Y si somos mujeres negras veremos que tenemos que confrontar

²⁶ Y con aquellos que dentro de nuestro sector hayan sido comprados o que se ofrecen al mejor postor. El arribismo dentro del movimiento de mujeres es la mayor amenaza al mismo, y de hecho es lo que marca la división dentro de él.

a los hombres negros, a los hombres blancos y a las mujeres blancas. Si somos niños nos enfrentamos a nuestras madres explotadas que se enfrentan a nuestros explotados padres, que se enfrentan a sus empleadores y a otros hombres y mujeres más poderosos. Este es el tejido del mundo en el que vivimos. Esta es la estructura de la explotación, de la clase obrera y de la relación social que es el capital. Es una jerarquía muy complicada que exige una red de organizaciones también muy complicada para destruirlo, *una red que millones de nosotros ya hemos ido formando*.

Esta es la cuestión vital. No solo nos enfrentamos a una tarea enorme y complicada, sino que la hemos abordado. *Esta es la razón por la que sabemos tanto acerca de la jerarquía*. Nosotros no creamos estas divisiones (pese a que se nos ha acusado de dividir a la clase obrera cuando hemos creado organizaciones propias para lidiar con ellas). Las divisiones ya estaban allí, ya estaban inventadas, y continúan reinventándose, del mismo modo que el capital reinventa continuamente el resto de modos de producción. Pero en estos momentos en los que confrontamos masivamente estas divisiones, y lo hacemos de una manera cada vez más organizada, ya no puede seguir negándose la jerarquía, y esto es un paso enorme en el proceso que nos llevará a su destrucción.

Ahora me gustaría extraer dos conclusiones.

Primero, que todo lo que he ido señalando asume que el salario (lo que el capital nos paga) es la clave del conflicto entre nosotras y el capital. Ellos quieren el dinero; nosotras también. Ellos quieren el dinero porque quieren obligarnos a trabajar. Nosotras queremos el dinero porque no queremos vernos forzadas a trabajar. Nos entendemos perfectamente unos con otras; simplemente no estamos de acuerdo. Cuando en 1972 comenzó la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico, fue precisamente para hacer visible esto y poder avanzar en la lucha por los salarios para las personas que no los recibimos. Otros sectores no asalariados, además de las mujeres, también han articulado sus exigencias salariales. Cuando en Estados Unidos las personas negras dijeron que querían recibir una reparación por la esclavitud, se referían a una reparación económica; y lo explicitaron.²⁷

²⁷ El más famoso de los primeros defensores en Estados Unidos de la reparación económica para la comunidad negra fue Martin Luther King Jr.: «No hay cantidad alguna de oro que pueda proporcionar una compensación adecuada por la

Los no asalariados estamos cuantificando nuestra explotación, en cualquier lugar, en cualquiera de sus formas.

Pero el salario no es solo dinero. También adopta la forma de servicios. Los *tories* nos están robando el sistema de sanidad pública; esto también es parte de nuestro salario. Cada vez que hacen un recorte en los servicios sociales, sea del tipo que sea, también están recortando nuestro salario. Este es nuestro salario social, lo que obtenemos bajo la forma de servicios, y por lo que intentamos no tener que pagar de nuevo, ni en tiempo ni en dinero.

El salario también es el tiempo que nos negamos a darles. Que en tu lugar de trabajo ganes media hora, quince minutos, algunas veces siquiera cinco minutos — aquellos de vosotros que conocéis las fábricas sabéis que exigir cinco minutos supone exigir una gran parte de tu tiempo— significa que has logrado un aumento de cinco minutos, recuperas cinco minutos de manos de los buitres. La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico ha articulado esta lucha por el salario sobre la figura del trabajador no asalariado, comenzando por las mujeres, una lucha en la que, como su protagonista realiza trabajo no asalariado, ha sido invisibilizada o no se la ha considerado en absoluto como «auténtica» lucha de clases.²⁸

Segundo, las organizaciones autónomas que hemos creado muestran, como digo, que sin esta autonomía todas las Internacionales anteriores, incluso la Primera Internacional de Marx, eran incapaces de expresar las necesidades que tenemos todas nosotras y en cambio reflejaban la jerarquía dentro de la clase trabajadora, y la reafirmaban; expresaban las necesidades de los sectores más poderosos (por supuesto solo parcialmente) a menudo a expensas del más débil. Hace poco estaba leyendo un manuscrito acerca de las reuniones en la Alemania de 1920 en las que Rosa Luxemburg, una gran mujer, una gran revolucionaria, intentaba convencer a las mujeres, que no lo deseaban, de que tuviesen más bebés para que la clase obrera pudiese ser más

explotación y la humillación a lo largo de los siglos de los negros en América. Ni toda la riqueza de esta próspera sociedad podría pagar la factura. Sin embargo se debe poner un precio a los salarios no pagados», *Why We Can't Wait*, Nueva York, Mentor Books, 1964, p. 137 [ed. cast.: *Por qué no podemos esperar*, España, Ayma, 1969, descatalogado].

²⁸ Fleming, «Disinherited Family», cit.

numerosa y de esta manera más poderosa. ¡Chocante! El partido, la organización que supuestamente representaba a todos los sectores pero nunca lo hizo y nunca podría hacerlo, logró empujarla incluso a ella a este lugar.

Las organizaciones independientes y los movimientos que hemos fundado ponen en primera fila nuestras propias demandas, y disciplinan y educan a otros sectores más poderosos de la clase obrera *para que vean que les conviene unirse a nosotras*. Porque —y Marx, por supuesto, estaba totalmente en lo cierto respecto a esto, como respecto a la mayor parte de las cosas— el objetivo de organizarse es la unión. La cuestión es: ¿quién se une con quién? «Negros y blancos uníos y luchad», es decir, ¿se apela a que la gente negra se una a la gente blanca, tal y como solía plantearlo la vieja izquierda, o blancos con negros tal y como insiste el movimiento negro?

Aquellos que tienen más poder deben unirse a aquellos que tienen menos porque nosotras sabemos mejor cuáles son sus intereses de lo que lo saben ellos mismos. Oh, sí, ciertamente lo sabemos mejor que ellos. Las mujeres, por ejemplo, saben qué «victorias» de los hombres son victorias para nosotras, y cuáles de esas victorias son derrotas para nosotras y en último estadio también para ellos. También sabemos cuánto hemos contribuido a todas las victorias, y cuánto nos deben los hombres por ello.

En 1973 decíamos: «Cómo se organizará la clase obrera en el último estadio es algo que desconocemos».²⁹ Esto fue una declaración política útil, no presumía tener todas las respuestas, y lo expresó, consciente de que nada dependía de que nosotras tuviésemos todas las respuestas. Pero necesita actualizarse un poco. Una cosa que ha sucedido en los dos, tres, últimos años, y que es de lo más esperanzador, es la aparición de señales de que al fin estos movimientos pueden unirse, o al menos de que están empezando a unirse. Creo que se están uniendo dentro del movimiento por la paz, en particular gracias a la acción de las mujeres de Greenham y lo que estas han engendrado en todas nosotras.³⁰

²⁹ *Sexo, raza y clase*, cit.

³⁰ El Campamento de Mujeres por la Paz de Greenham Common se montó al lado de una base militar estadounidense en Berkshire, Inglaterra, para protestar por la colocación allí de un sistema de misiles crucero. La base poseía varias entradas, o puertas, y las mujeres acamparon frente a cada puerta, cada una de ellas

Liderado por mujeres, y lo más importante, enfocado hacia el Tercer Mundo, por la paz y el dinero, pese a que esta exigencia final apenas está empezando a describirse y hablarse. No solo no deben construir bombas, sino que el dinero que han estado gastando en armas debe ir a los más pobres tanto del Tercer Mundo como de la metrópolis: a las mujeres y los niños, a aquellos con discapacidades, a los mayores... a los no asalariados. Todas nosotras queremos esto, y todas sabemos que lo necesitamos y estamos cada vez más preparadas para aceptar el liderazgo de las mujeres en esta lucha. Y esto es un inmenso paso adelante, que me proporciona mucho valor y reafirma mi confianza —junto con Marx— de que el poder de la clase obrera es inevitable.

bautizada con el nombre de un color. El Partido Comunista quería que Greenham se alinease con el Este, lo que le hubiera ido también bien a Estados Unidos, puesto que dicho alineamiento hubiese comprometido la oposición de Greenham contra los misiles de Occidente. Ninguna de las superpotencias estaba contenta con un espacio de mujeres contra la guerra cuyo trabajo era «parar mensualmente los convoyes de misiles, los desalojos diarios, los arrestos, las presentaciones en juzgados, los encarcelamientos, e involucrarse en grupos de apoyo»; véase Margaretta D'Arcy, «Power to the Sisters!», en M. D'Arcy y John Arden (eds.), *Awkward Corners*, Londres, Methuen, 1988, p. 231. Peor aún, miles de personas respondían a cada llamada que se hacía periódicamente a que las mujeres fuesen a Greenham. Nosotras colaboramos con la Puerta Amarilla, apoyando su lucha para mantener Greenham fuera de la batalla por la toma de partido en la Guerra Fría, y para hacer que fuese una propuesta antirracista. El racismo se convirtió en un tema presente cuando las mujeres de color se unieron a los grupos de apoyo, ¿les daría la bienvenida la mayoría blanca y las protegería del racismo policial? ¿Estaban unidos la paz y el antirracismo? Cuando Margaretta, veterana de las campañas nacionalistas irlandesas Armagh y H-Bolck, actriz y escritora de teatro, que vivió a veces durante semanas en la Puerta Amarilla, escribió el relato de la batalla contra el alineamiento y por el antirracismo citado anteriormente, las mujeres pro Unión Soviética intentaron evitar su publicación. El campo se cerró en el año 2000, el movimiento logró el cierre de la base y que los misiles regresaran a Estados Unidos. Lo común fue devuelto a la gente.



Foto del pasaporte con mi hijo Sam, antes de marchar a Reino Unido, 1954. Fotografía de Selma James.

Selma y C. L. R. James, Guyana, 1958. Fotografía de Selma James.





Colectivo Inglés de Prostitutas durante la ocupación de la iglesia, Londres, 1982. Caroline Benn (segunda por la izquierda, sentada en primera fila) y Tony Benn, miembro del Parlamento durante su visita la noche del sábado. Fotografía del Crossroads AV Collective.



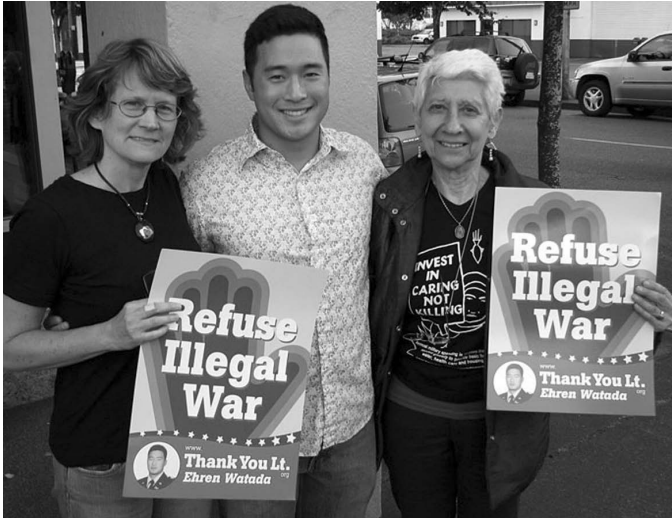
Clotil Walcott, miembro del Sindicato Nacional de Trabajadoras Domésticas y de la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico, Trinidad y Tobago (1925-2007). Fotografía del Crossroads AV Collective.

Con la escritora
feminista egipcia
Nawal El Saadawi,
Conferencia Mundial
sobre la Mujer de la
ONU, Nairobi, Kenia,
1985. Fotografía
del Crossroads AV
Collective.



Marcha de las madres de la Huelga Mundial
de las Mujeres, Londres, marzo de 2011.
Fotografía de Peter Marshal.





Con Phoebe Jones (GWS Filadelfia) y el teniente primero Ehren Watada, el primer oficial del Ejército estadounidense que se negó a ir a Irak; Olimpia, Washington, octubre de 2006. Fotografía del Crossroads AV Collective.

Encuentro internacional de la Huelga Mundial de las Mujeres, Londres, febrero de 2009. Asistieron personas venidas de Bolivia, China, Francia, Guyana, India, Irlanda, Italia, Perú, Tanzania, Turquía, Gran Bretaña y Estados Unidos. Fotografía del Crossroads AV Collective.



Danny Glover, actor y activista durante la conferencia de prensa de la Huelga Mundial de las Mujeres sobre Haití y Venezuela, Londres, 2004. De izquierda a derecha: Margaret Prescod (Los Ángeles), James y Nina López (Londres) y Andaiye (Guyana). Fotografía del Crossroads AV Collective.



Con Niki Adams y Lord Ramsbothan, antiguo HM Chief Inspector of Prisons durante la presentación en la Cámara de los Lores del libro de Mumia Abu Jamal, *Jailhouse Lawyer*, Londres, junio de 2011. Fotografía del Crossroads AV Collective.





Intervención durante la ocupación de la bolsa de Londres (OLSX), por parte del movimiento Occupy, octubre de 2011. Fotografía del Crossroads AV Collective.



Marcha de madres de la Huelga Mundial de las Mujeres, Red Thread, Mahdia, Guyana, 2010. Mujeres africanas e indias de las zonas costeras se unen a las mujeres indígenas de las zonas interiores. Fotografía Red Thread.



En la Fundación Aristide para la Democracia, Haití, marzo de 2011. Fotografía de la Fundación Aristide para la Democracia.

Intervención en el taller «¿Por qué somos anticapitalistas?», Espacio de la Universidad Ciudadana, OLSX, noviembre de 2011. El otro ponente es el sindicalista Sam Weinstein. Fotografía del Crossroads AV Collective.





La Huelga se ha organizado de manera conjunta con familiares, principalmente madres, a las que se les ha retirado la custodia de sus hijos debido a la pobreza, racismo, encarcelamiento, sinhogarismo y violencia doméstica, tanto en Filadelfia como en Los Ángeles. Fotografía de 2011 del Crossroads AV Collective.



Leddy Mozombite Linares (Sindicato de Trabajadoras del Hogar SINTRAHOL, Peru) y Manju Gardia (Nawa Chhattisgarh Mahila Samiti, India), integrantes de la red GWS, Londres, 2009. Fotografía del Crossroads AV Collective

14. La cocina global (1985)

En 1985 mujeres de los diversos países que forman nuestra red internacional acudieron a la Conferencia Final de la Década de la Mujer de la ONU celebrada en Nairobi, Kenia. *La cocina global* fue escrita, literalmente, la víspera de nuestra marcha. Presentó los argumentos para que todo el trabajo global no remunerado de las mujeres fuese incluido en las estadísticas nacionales. Lo llevamos a la conferencia de la ONU con el objetivo de que los gobiernos allí presentes aceptasen la propuesta y, con mucho esfuerzo, tuvimos éxito (véase «La Década para la Mujer de las Naciones Unidas: una oferta que no podíamos rechazar», a continuación). Este texto es un extracto del mismo. El título se tomó de un artículo de Clotil Walcott.¹

¹ Madre, trabajadora fabril, fundadora de la National Union of Domestic Employees [Sindicato Nacional de Empleadas Domésticas] (NUDE), y punto de referencia para la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico en Trinidad y Tobago. Tras conocer la campaña durante una conferencia internacional, estableció inmediatamente la conexión entre el trabajo no contabilizado de las amas de casa no remuneradas y los bajos salarios, y la tremenda explotación de los millones de trabajadoras domésticas que trabajan largas jornadas en las cocinas de otras personas. Desde entonces, la Huelga Mundial de Mujeres se ha organizado con las trabajadoras domésticas en muchos países. Clotil Walcott murió ya octogenaria en el año 2007 y la añoramos profundamente. NUDE continúa siendo el sindicato de las trabajadoras domésticas del país y también de otras trabajadoras con ingresos reducidos.

«¿Qué has estado haciendo todo el día?»

Las mujeres realizan dos terceras partes del trabajo doméstico, reciben el 5 % de los ingresos mundiales y poseen menos del 1 % de los activos globales.

Las anteriores cifras, calculadas en 1980 por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y citadas a menudo por Naciones Unidas, nos dan mucha información, y no solo sobre las mujeres. Que las mujeres realicen el doble de trabajo que los hombres nos proporciona información básica respecto de los dos sexos, y tanto de niños como de adultos. Las líneas que siguen tienen como objetivo descubrir qué implicaciones tienen estos datos globales en nuestras vidas.

Increíblemente, pocas cifras oficiales indican que las mujeres realizan esta cantidad de trabajo, ni se acercan. La mayor parte de las estadísticas afirma lo contrario, que en conjunto las mujeres trabajan mucho menos que los hombres y que muchas, por no decir la mayor parte de las mujeres, «no trabajan» en absoluto. En 1979 en Estados Unidos, solo se contabilizaba el 51 % de las mujeres adultas como «mano de obra», el 48 % en China y Francia; en 1975 en Latinoamérica solo el 14 % del total de la población femenina era contabilizada como trabajadoras. En Gran Bretaña actualmente el 40 % de las mujeres forman parte de la mano de obra remunerada. En algunas partes del mundo, la inclusión de las mujeres en la «mano de obra» está disminuyendo. En Perú cayó del 28% en 1950 al 12 % en 1970. En África, en 1950 el 32 % de las mujeres eran consideradas como parte de la mano de obra, en 1980 este recuento solo contabilizaba un 24 %; sin embargo, el 60-80 % del trabajo agrícola lo realizan las mujeres, trabajo que produce, entre otras cosas, casi el 90 % de todos los alimentos del planeta.²

Es decir, casi dos tercios de la población mundial están vinculados a un trabajo que ordinariamente, cuando los gobiernos contabilizan cuánto produce un país, no consideran que sea

² *New Internationalist*, núm. 10, agosto de 1980; G. N. Lamming, *Agricultural Cooperatives: Constraints and Limitations to Full Participation*, Roma, FAO, 1983, p. 6; ibídem.

realmente un trabajo. La medida estadística básica para esto es el llamado Producto Interior Bruto, y en esta estadística no tiene sitio la mayor parte del trabajo de las mujeres.

¿En qué consiste este trabajo? Parte de ello es el trabajo doméstico que las mujeres metropolitanas realizan «privadamente», es decir, limitado al ámbito familiar. Los diferentes puntos de vista acerca de la naturaleza, la cantidad y el valor de este trabajo varían ampliamente y casi siempre desatan una controversia terrible. Por ejemplo, algunas feministas consideran que el trabajo de cuidado de los niños «no es trabajo doméstico», o que hacer ese trabajo para un «marido [que esté] sano pero [sea] exigente [...] es tan innecesario como degradante», mientras que «cuidar de un bebé o un inválido» no lo es.³ Esto reafirma una visión sostenida por amplios sectores de que mientras que los niños tienen derecho al cuidado que las mujeres otorgan, la mayor parte de los hombres y el resto de las mujeres son capaces de cuidarse ellos mismos y que es este hábito, cultura, o simplemente una visión reaccionaria, lo que mantiene a las mujeres encadenadas a este trabajo. No nos sorprende por ello que el Advisory Council of the Status of Women [Consejo asesor sobre la situación de las mujeres] en Canadá haya informado de que reciben «muchas llamadas de teléfono por parte de amas de casa que sienten que el movimiento de mujeres las está dejando de lado».

La mayor parte de las mujeres saben que un elemento básico del trabajo doméstico es gestionar las tensiones de la casa y estar al servicio de aquellos —hombres o mujeres— que realizan trabajo asalariado, trabajo escolar, trabajo doméstico o aquellos abrumados por la falta de empleo; saben que si trabajan en casa es precisamente para que se mantenga el trabajo fuera de ella y que en general la vida continúe ininterrumpidamente:

A lo largo de todo el mundo, tanto en países desarrollados como en países en desarrollo, las mujeres son el principal pilar de la economía auxiliar oculta que permite que el resto de la economía funcione, que no se recoge en las cuentas nacionales, no aparece en los informes censales y no es reflejada de manera visible en los indicadores sociales y económicos.⁴

³ *Spare Rib*, marzo de 1981, p. 25.

⁴ «The Invisible Women», *The UNESCO Courier*, julio de 1980.

Las familia funciona como una esponja que absorbe expresiones de rabia que no se permiten en ningún otro lugar.⁵

¿Cómo trazar la línea que distingue entre trabajo doméstico y cuidado de los niños? ¿Qué es sino alimentar a los niños, lavar su ropa, limpiar sus habitaciones, cambiar sus camas, comprar su ropa? ¿Trabajo doméstico o cuidado infantil? En Gran Bretaña las 50 horas semanales estimadas de «cuidado infantil básico» incluyen solo algunas de estas tareas físicas y específicamente excluye las conversaciones, explicaciones y escuchas, los paseos al parque, etc.⁶ Seguimos con el proceso de descubrir y encontrar palabras que puedan describir por completo el trabajo doméstico; las distintas definiciones del trabajo doméstico deben tomarse como definiciones complementarias más que como afirmaciones que se rebaten unas a otras.

Cuando enferma suele ser cuando más conscientes somos de todo el trabajo que hace una mujer, es decir, cuando no lo hace: incluso el más insensible de entre nosotros ve su trabajo cuando deja de hacerlo y tenemos que encontrar a otra persona para que se haga cargo de ello, intentar vivir sin él, comprar servicios que lo reemplacen o hacerlo nosotros mismos. Una estimación sitúa esos servicios en unas «3.000-4.000 horas no remuneradas cada año» o unas 60-80 horas de trabajo mensuales del «ama de casa media occidental».

Aunque las feministas metropolitanas puedan diferir en sus definiciones sobre el trabajo doméstico o, más concretamente, en sus puntos de vista acerca de su importancia social y económica para la sociedad y el Estado, así como para los hombres individualmente, comparten con otras mujeres una hostilidad profunda y universal frente a la identidad impuesta a las mujeres por este «trabajo femenino» no remunerado. Las soluciones varían según unas u otras. El movimiento de mujeres ha expresado su creciente determinación de realizar mucho menos de este trabajo, y para algunas su objetivo es hacer que el Estado pague a las mujeres para que así tengamos el poder para rechazarlo.

⁵ *Southern Africa Research Service*, núm. 27, Johannesburgo, junio de 1983, p. 41; citado en H. Bernstein *For Their Triumphs and Their Tears*, 1985, p. 45.

⁶ David Piachaud, *Round About Fifty Hours a Week: The Time Costs of Children*, Poverty Action Group, núm. 19, 1984, p. 19.

A las mujeres del Tercer Mundo casi nunca se las cataloga como «amas de casa» sino que son consideradas «campesinas» o «granjeras». Sin embargo, la mayor parte del trabajo invisibilizado y no contabilizado se lleva a cabo en el mundo no industrializado. En el debate que comenzó en 1972 tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña como respuesta a la afirmación de que el trabajo doméstico es «productivo», el papel de la mujer del mundo no metropolitano ha sido casi totalmente invisibilizado. Esta intensa autorreferencialidad es trágicamente común y permite que algunas feministas metropolitanas ignoren todo aquello que les parece irrelevante para su propio futuro. Incluso los que trabajan en planificación para el desarrollo tienden a evitar centrarse en el Tercer Mundo o considerar que las mujeres del Tercer Mundo también son amas de casa.

Y dado el trabajo doméstico se desprecia como algo trivial y sin importancia, marginal e innecesario, y las personas que lo hacen a menudo son identificadas con su trabajo, debe ser por una cuestión de respeto, incluso de caridad, que las mujeres del Tercer Mundo escapan de esta identidad degradante. Por otro lado, algunas mujeres consideran que ser ama de casa es un privilegio que se les niega a las mujeres del Tercer Mundo.

Pero, entonces, ¿quiénes consideran que realiza el trabajo doméstico en el Tercer Mundo?

Una mujer rural de Tanzania señala:

Tengo 39 años, que es ser bastante mayor para nuestra gente. Pienso en mi propia vida como una vida larga y extenuante. Trece partos más o menos me han desgastado. Algunos de los niños murieron de bebés, mientras que siete siguen aún vivos. Es lo mismo en la mayor parte de las familias de nuestro alrededor: casi la mitad de los niños no llegan a crecer... La mayor parte de mi vida madura he tenido que cuidar de un niño además de hacer todo el resto del trabajo en la casa y en el campo.⁷

Titulado *A Hundred Hour Week in Latin America* [Una semana laboral de cien horas en Latinoamérica], el informe de la OIT *Women at Work* [Mujeres en el trabajo] señala la inmensa carga que estas mujeres soportan en las ciudades:

⁷ «My Husband, My Master», *New Internationalist*, núm. 25, marzo de 1975, pp. 6-7.

Una reciente investigación en ocho países organizada por la Oficina regional de la OIT para Latinoamérica y el Caribe sobre el trabajo doméstico no remunerado ha revelado resultados sorprendentes que nos proporcionan una clara imagen de la situación de la mujer en la sociedad [...] Según los informes y otros estudios que apoyan esta evidencia, en la abrumadora mayoría de casos, las horas de trabajo en casa exceden de lejos las horas que esas mismas mujeres trabajan fuera de casa. Algunos ejemplos son devastadores. En Argentina la persona que realiza el trabajo doméstico trabaja una media de 68,9 horas semanales, es decir, casi diez horas diarias. En familias de pocos ingresos en Bolivia el trabajo doméstico ocupa unas 15,5 horas de media, incluyendo domingos y vacaciones. En el caso de Chile, las mujeres económicamente activas dedican la considerable cifra de 57 horas y 19 minutos de media a trabajar fuera de casa y las trabajadoras domésticas dedican la increíble cantidad de 99 horas cada semana a tareas domésticas.⁸

En La Paz, Bolivia, las mujeres hacen cola durante 24 horas para rellenar las botellas de gas para cocinar. En Guyana «la cola de los alimentos [...] es la cola más larga que puedes encontrar en lugar alguno [...] Un hombre aquí, un hombre allí, algunas veces niños, pero desde el principio hasta el final siempre hay mujeres [...] tenemos que ir y hacer colas de las 3 a las 4 de la mañana para intentar obtener comida».⁹

La tecnología utilizada en la cocina de la clase obrera media europea está muy subdesarrollada en relación con la tecnología para la industria y la guerra. En aquellos lugares en los que el salario que reciben los empleados va en función del tiempo que emplean en las tareas que ejercen, la tecnología debe reducir los costes laborales de los empleadores, y son intensivos en capital. Pero lo intensivo que sea el trabajo de las amas de casa no tiene interés alguno para aquellos que no tienen que pagar nada por él.

¿Qué decir entonces de cómo se valora el tiempo de las mujeres en el Tercer Mundo? La mujer, especialmente la mujer rural, tal vez cocine en un fuego de leña o de carbón para el que

⁸ Krishna Ahooja-Patel (ed.), *Women at work*, núm. 1, Ginebra, Office for Women Worker's Question, ILO, 1985, pp. 10-11.

⁹ *Strangers & Sisters: Women, Race and Immigration*, Bristol, Falling Wall Press, 1985, p. 168.

debe conseguir el combustible, tiene que lavar la ropa en la orilla del río —si es afortunada como para vivir a una distancia que se pueda recorrer a pie— y en cualquier caso suele gastar unas 4 horas diarias en recoger agua. Si el tiempo empleado por las mujeres de la metrópolis no supone una preocupación económica importante, qué podemos decir del desprecio que se muestra respecto al tiempo de las mujeres del Tercer Mundo —tiempo que ¡oh, sorpresa! es su vida, y de la que nunca podrán reapropiarse— y que se disipa, se malgasta y se desaprovecha debido a la ausencia de la tecnología más rudimentaria, comenzando por el acceso a conducciones de agua.

Recolectar agua y combustible para el fuego es algo que se identifica como una de las responsabilidades de la mujer del mismo modo que lo es la comida que se cocina con este agua. Y lo mismo respecto de la siembra, cuidado y recolección de la comida que ella cocinará. La mayor parte de este trabajo, llevado a cabo por la mayor parte de las tres cuartas partes de las mujeres del planeta, que además viven en el Tercer Mundo, no recibe reconocimiento oficial alguno. Los niños, cuando son suficientemente mayores, y en particular si son niñas, ayudan a sus madres. «La niña no es mucho más grande que el cubo o la olla con la que se la envía por primera vez a que recoja agua».¹⁰ Y como a quien ayuda es a la trabajadora invisible, también ellas se desvanecen.

Ya hemos explicado detalladamente en otros momentos cómo son las mujeres las que cargan a sus espaldas con todo el peso de la economía de Tanzania, y de muchas economías del Tercer Mundo.¹¹ En el caso de Tanzania, su particularidad es que en el documento base de su declaración de independencia, la *Arusha Declaration*, se impulsa el reconocimiento de algunos de los hechos fundamentales y esenciales de este trabajo. Este nivel de reconocimiento de la realidad es efectivo al menos hasta cierto punto. Las mujeres que en Tanzania realizan trabajo remunerado reciben el 79 % del salario de los hombres, una proporción superior a la de cualquier otro país del Tercer Mundo y mucho más alta que en Estados Unidos (66 % en 1980).

¹⁰ «My Husband, My Master», cit.

¹¹ Presidente Julius Nyerere, *The Arusha Declaration*, Tanzania, 1967.

No solo en el Tercer Mundo las mujeres realizan trabajo agrícola no remunerado. Según el Consejo de Europa, el 90 % de los empleados habitualmente en trabajos agrícolas son «trabajadores familiares» y la mayor parte de ellos son las «esposas de granjeros». ¹² En Estados Unidos era tradicional, como también en el resto de lugares, que la «esposa del granjero» administrase las aves (el «dinero de los huevos» puede que sean las únicas ganancias de la familia que la mujer recibe directamente) y el huerto de la cocina, conservando los frutos de su trabajo de cara a los duros tiempos del invierno; también que se la utilice como trabajadora agrícola no remunerada cuando es necesario.

El trabajo no remunerado de las mujeres está más extendido y es más variado de lo que haya calculado o contabilizado cualquier persona o estudio. En los últimos años se ha comenzado a reconocer públicamente tanto lo extenso de este trabajo como su importancia. Las siguientes líneas pertenecen a un largo artículo de una conocida columnista de Inglaterra que durante un par de semanas hizo un seguimiento de algunas mujeres amigas suyas y catalogó el trabajo que realizaban:

Tuvo que llevar al hospital a uno de los hijos y una vez allí esperar durante cuatro horas para que en medio de estas circunstancias desagradables el niño se sintiera lo mejor posible [...] Una de las hijas necesitaba una fiesta de cumpleaños para celebrar la mayoría de edad. Debía escribir una carta a su suegra para darle noticias de la situación de la familia e incluir preguntas relativas, por ejemplo, a sus dolores de pies y en general a su salud [...] Había que acudir a la escuela de uno de los hijos para mantener una charla con los profesores [...] Tenía que dedicar unas horas de tiempo a una hermana para apoyarla en su inminente divorcio, también debía escuchar las preocupaciones de uno de los hermanos sobre su desempleo inminente. Una vecina aligeró su soledad con una charla acerca de la mosca verde en las rosas. Un familiar impedido, y por ello confinado en casa, tenía que devolver a la tienda unos zapatos que no le quedaban bien. El hijo de una amiga necesitaba que cuidasen de él para que la madre pudiese ir ella misma al doctor. Otra amiga necesitaba apoyo con su hijo descarriado [...] Parece que no vemos la red

¹² OIT, *Women at Work*, Ginebra, International Labour Office Newsbulletin, núm. 1, 1980, p. 10.

que se ha ido creando y que yace justo debajo de la superficie de cada actividad desagradable; y que por lo esencial que es para la felicidad humana e incluso para la existencia humana se percibe como si en sí misma fuese un acto reflejo, como respirar. Y sin embargo las mujeres no remuneradas que trabajan en casa son las que tejen, levantan, reparan, atienden y están al servicio de esta red, todo ello de la manera más cuidadosa y amorosa. Si no fuese por ellas (y las mujeres que tienen trabajos remunerados también forman parte de esta red porque son mujeres) creo ciertamente que la vida civilizada, tal y como la conocemos, simplemente colapsaría.¹³

Las organizaciones voluntarias, desde las sociedades parroquiales a los grupos de apoyo en las bibliotecas, de las cooperativas de alimentos a los llamamientos de ayuda para paliar desastres, de las asociaciones de inquilinos a grupos que se forman para promover una educación mejor, suplementaria y antirracista para los niños, son a menudo invenciones e iniciativas de mujeres y siempre dependen del poder de la mujer para su funcionamiento diario, su perseverancia y su continuidad.

La supervivencia de individuos y de comunidades enteras depende en gran parte de este trabajo voluntario. Pero la historia rara vez recoge este tipo de logros históricos. Por ejemplo, en 1939 en Gran Bretaña el Women's Voluntary Service fue el responsable de la evacuación de un millón y medio de personas en un solo día.¹⁴ Mujeres que aún siguen vivas te pueden explicar que los menús sobre ruedas y otros servicios sociales para los vecinos utilizados durante la Gran Depresión fueron creados y organizados por mujeres y que estas hicieron este trabajo de forma no remunerada. El Estado de bienestar fue una victoria porque reconoció dicho trabajo, pagó por él y aceptó su responsabilidad en la continuidad del mismo.

En Gran Bretaña el monetarismo, cuyo objetivo es recortar el gasto del Estado, recupera la ley de la supervivencia del más rico, y vuelve a poner esa carga sobre las espaldas de las mujeres. El gobierno de Margaret Thatcher lo denomina «comunidad de

¹³ Jill Tweedie, «The Unacknowledged Network That Makes the World Go Round», *The Guardian*, 15 de junio de 1978.

¹⁴ R. Broad y S. Fleming (eds.), *Nella Last's Was*, Bristol, Failing Wall Press, 1981, p. 9.

cuidados» y «valores victorianos», lo que no solo esconde que se trata de trabajo sino que lo convierte en una obligación moral de las mujeres. Aun cuando no se reconoce el trabajo de las mujeres — ni siquiera se menciona — se sigue contando con él. Ya en 1976 estaba clara cuál era la dirección que se había tomado:

Se nos envía de regreso a casa sin salario para trabajar el doble de duro de lo que lo hacíamos antes. Nuestros «flexibles» días de trabajo se estiran hasta el punto de ruptura. El Estado calcula que nuestro trabajo doméstico no asalariado cubrirá todos aquellos vacíos en los salarios y en los servicios sociales. Cada plan que presentan tiene como premisa nuestro trabajo. Tratan de usar a las mujeres para subsidiar los salarios de los hombres, para compensar con trabajo extra en el hogar la caída de sus ingresos.¹⁵

El cuidado de los otros se lleva a cabo mediante un conjunto deslumbrante de habilidades y dentro de una variedad infinita de circunstancias. Además de cocinar, comprar, limpiar y hacer la colada, sembrar, cuidar la cosecha y recogerla para otros, las mujeres reconfortan y guían, cuidan y educan, organizan y dan consejo, disciplinan y alientan, luchan y pacifican. Este trabajo especializado que requiere juicio y, por encima de todo, autodisciplina y falta de egoísmo, se performa sobre todo dentro de la familia. Retador y agotador bajo cualquier circunstancia, este trabajo de servicios, este trabajo doméstico emocional, tiene un coste emocional adicional cuando se hace por y para beneficio de aquellos con los que la mujer está involucrada emocionalmente. Pero esto se espera de todas las mujeres y lo espera todo el mundo: amigos y vecinos, compañeros de trabajo, empleadores (¿por qué si no se utiliza el apodo de «la esposa de la oficina» para denominar a la secretaria?) así como la familia. Y este trabajo emocional se realiza tanto dentro como fuera de casa, como, por ejemplo, el caso de hombres desconocidos que se sienten con la legitimidad suficiente en un espacio público como para decirle a una mujer que sonría para alegrarles a ellos el día.

Hay más referencias a este trabajo, a su extensión y a su coste para las mujeres en la escritura de ficción que en los textos de estudio de economía. Uno de los más extraordinarios es la

¹⁵ Véase, «Mujeres, sindicatos y trabajo».

descripción del académico marido de Mrs. Ramsay que «quería consuelo» y que Virginia Woolf relata en *Al faro*, así como la descripción que hace del trabajo de Mrs. Ramsay para reafirmar el ego de su marido. La metáfora del metal desgarrando la carne describe la insistente necesidad de él y el trabajo de ella para satisfacerla: «En esta deliciosa fecundidad, en este surtidor y fuente de la vida, se hundiera la funesta esterilidad masculina, punzante pico de bronce, estéril y desnudo».¹⁶

Para asegurarse de que no se obvia ni malentende la intención que tiene con ella, repite la misma metáfora con ligeras variaciones. Cuando Mr. Ramsay estuvo «lleno de sus palabras», era «como el niño que se aparta satisfecho»: aquí la metáfora lo compara con un niño de teta; mientras Mrs. Ramsay trabajó hasta que «todo su ser se replegó exhausto sobre sí mismo».

La violación literaria para describir el trabajo emocional es muy similar a la violación en el matrimonio, más literal pero igual de común. El Colectivo de Prostitutas de Nueva York explica que:

A las mujeres de nuestra industria se nos ha dicho que alentamos la violación. Señalar el porno o la prostitución como causa de la violación y de la violencia sexual es un ataque velado a aquellas de nosotras que, como parte del movimiento por la independencia económica de las mujeres, recibimos un pago por algo que se supone que todas las mujeres debemos dar de manera gratuita. Cuidar de las necesidades sexuales y emocionales de los hombres, a menudo a expensas de la nuestra propia, es un trabajo [...] La violación comienza en casa, un lugar en el que demasiadas mujeres y niños no pueden decir que «no» al violador porque es quien paga el alquiler.¹⁷

¿A qué edad se encasilla a las mujeres por primera vez en este trabajo? En los países del Tercer Mundo, en particular, el trabajo de los niños, y en especial de las niñas pequeñas, es parte vital de los cálculos de subsistencia de las familias, tanto en las zonas rurales como en las áreas chabolistas de las ciudades:

¹⁶ Virginia Woolf, *To the Lighthouse*, Nueva York, Penguin, pp. 38-40 [ed. cast: *Al faro*, Madrid, Akal, 2020].

¹⁷ *Village Voice*, enero de 1981, pp. 7-13.

La supervivencia [...] a menudo depende de tener niños que logren comida extra o dinero extra para la familia [...] Los demógrafos han calculado que un niño rural puede, a la edad de 10 o incluso de 8 años, proporcionar un ingreso neto de alimentos o un aumento en los ingresos económicos de la familia. Los niños, por ejemplo, alimentan a los animales, van a por el agua, la leña y el estiércol, trasplantan el arroz, recogen los campos y cortan las malas hierbas... Por eso, para estas familias, el número de niños determina el número de trabajadores con los que puede contar para mantenerse. Si la familia no tiene tierra o tiene muy poca, puede que sus ingresos dependan de la cantidad de niños que se puedan poner a trabajar en los campos de otros.¹⁸

Una investigación en la Zambia y en el Zimbabue rurales mostró que los niños entre 7 y 15 años trabajaban en la agricultura una cuarta parte de lo que trabajaban las mujeres. Las investigaciones en general no diferencian entre niños y niñas.

Pero independientemente del trabajo que los chicos realicen en la tierra y esto varía de país a país, lo cierto es que es bastante universal que, mientras que sus hermanos están en libertad, se espera de las niñas que se encarguen del trabajo doméstico. Según la FAO, las niñas en Zaire, entre los 10 y los 14 años, realizan un 55 % de la misma cantidad de trabajo que se exige a las mujeres adultas.¹⁹

En el Bangladés rural los niños menores de 10 años realizan hasta tres horas y media de trabajo doméstico cada día, las niñas de entre 13 y 15 años, 7 horas al día. En Chile, los niños de entre 7 y 10 años funcionan como cabezas de familia, asumiendo la responsabilidad del trabajo doméstico y cuidando de los niños más pequeños.

Estas estadísticas no especifican qué sexo lleva la carga del trabajo doméstico. Sería sorprendente si se repartiese a partes iguales, lo que sería una bofetada en la cara a todo lo que sabemos y hemos visto en la vida, libros, películas, fotografías y relatos personales. En Tanzania una madre nos dice que «los niños no tienen obligaciones en casa. Corretean y juegan mientras que las niñas trabajan tan duro como sus padres».

¹⁸ Frances Moore Lappé, Joseph Collins y Cary Fowler, *Food First: Beyond the Myth of Scarcity*, Londres, Sphere Books, 1982, p. 33.

¹⁹ *Women in Agriculture*, FAO Fact Sheet, mayo de 1983.

Así que cómo va a sorprendernos las palabras que un economista europeo le dedicó a un escolar rural del Congo Francés: «Si tu hermana acude a la escuela, tu no tendrás nada que comer más que tu lápiz». La resistencia de la clase obrera a la educación obligatoria en Gran Bretaña (y puede que en todo el mundo) estaba basada en una dependencia similar del trabajo infantil.

Este trabajo vital realizado por los niños del Tercer Mundo, junto con las expectativas de que aquellos que sobrevivan a la infancia —y debido a la pobreza muchos no lo harán— «proporcionarán una seguridad mínima durante la vejez de los padres», convierten en un asunto económico el que las mujeres den a luz el máximo de niños posibles. Subrayamos que el trabajo de las mujeres del Tercer Mundo al parir y criar a estos niños es parte del trabajo que las mujeres hacen para asegurar la supervivencia de todo el mundo. Sin embargo «para muchas madres, tan a menudo malnutridas, la carga de otro embarazo más y de otro niño se ve superada por la perspectiva del beneficio que proporciona un trabajador extra en la familia».²⁰

Por un lado, el marido exige que ella tenga niños y, por otro, planea esterilizarla.²¹ El Estado y el marido controlan a las mujeres: una relación internacional de poder. Sin embargo a veces se nos dice que si las mujeres lograran un salario por su trabajo doméstico, puede que los hombres y el Estado lo utilizaran para controlarnos.

Mientras entrevistaba a mujeres del ámbito rural en Túnez, Sudán, Kenia, Sri Lanka, México y Egipto, una trabajadora social de la ONU «descubrió que no son las mujeres a las que hay que convencer para que tengan menos hijos. En todas y cada unas de estas culturas tan diferentes la trabajadora social escuchó una y otra vez variaciones del “Estoy agotada. Mírame. No soy más que una bestia que trabaja los campos y cría todos los niños. No quiero más hijos pero mi marido dice que tengo que tener todos los que vengan”».²²

²⁰ Lappé *et al.*, *Food First*, cit.

²¹ *Evening Standard* londinense, 11 de mayo de 1977. «El control de población es necesario para mantener el funcionamiento normal de los intereses comerciales estadounidenses en el mundo». Dr. R. T. Ravenholt, director de la US Office of Population of the State Dept. Management Program de la Universidad de Washington, St. Louis, en una declaración con la que intentaba justificar la esterilización de 100 millones de mujeres del Tercer Mundo.

²² Lappé *et al.*, *Food First*, cit.

La división social del trabajo y las relaciones internacionales de poder entre los sexos son inseparables del trabajo doméstico, y yo diría que están basadas en él. Como hemos visto, en todas partes se espera que las mujeres y las niñas se hagan cargo de una enorme cantidad de trabajo sobre el que se cimientan la supervivencia de la raza humana y todas nuestras posibilidades. Cuando sopesamos la represión que requiere el servicio continuo e infinito a los otros, nos damos cuenta de que para que este empiece a darse tiene que comenzar desde muy pronto. El trabajo doméstico que hacen las niñas no solo contribuye en el momento en que lo hacen. Es un entrenamiento para una vida de esclavitud, una cuestión básica de la naturaleza misma y de la diferenciación de la personalidad de los sexos. Las mujeres no nacen amas de casa, pero no podemos llegar a ser más que amas de casa porque estamos entrenadas para ello desde que nacemos. Vemos cómo «nuestra infancia es la preparación para nuestro martirio».²³ Tampoco los hombres nacen siendo amas de casa; pero no solo no se les entrena para hacer este trabajo sino que se les enseña a que esperen que lo hagan por ellos mujeres de casi cualquier edad.

Puesto que aquellos que trabajan bajo nuestro mando tienen menos poder del que tenemos nosotros —si no, no estarían bajo nuestras órdenes— se alegrarán siempre, en cierto modo, de nuestra desgracia. Las mujeres realizan al menos el doble del trabajo que los hombres, lo que refleja perfectamente las relaciones de poder entre los sexos y da alas a que se mantenga.

El movimiento internacional de mujeres ha introducido la descripción, contabilización y evaluación del trabajo de las mujeres en las agendas económicas y políticas del planeta.

A continuación se pueden encontrar algunas de las estimaciones no oficiales que están comenzando a proliferar acerca del trabajo que las mujeres nos vemos forzadas a hacer contra nuestra voluntad, bajo el dolor de la violencia, la miseria, el repudio y el hambre.

Puede ser útil señalar que es una gran victoria el que se haya recogido toda esta información y que pueda ser accesible a cada vez más gente. Es importante que cuando recibimos esta

²³ *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*, cit.

información no nos veamos abrumadas y superadas por el legado con el que cargamos las mujeres de trabajo extra, pobreza y de todas las formas distintas de violencia e injusticia que sufren las mujeres; que no nos sintamos tan abrumadas como para no ver la lucha de las mujeres contra estas cargas y cómo podemos construir a partir de ellas.

Tu dinero o tu vida

Ahora cuando oigo, o leo en la prensa, acerca de un gran atraco o el robo de miles de rands [moneda de Sudáfrica] por parte de negros, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, a menudo deseo que no sean atrapados. Sospecho que no soy la única que se da cuenta de que he cambiado a este respecto. Para mí ha sido un cambio obligatorio, ciertamente no lo he escogido, y es un cambio por el que me siento amargamente resentida. En la situación de Sudáfrica, a menudo he tenido razones para pararme y reflexionar: ¿Quién roba a quién en este país?

Pongamos por ejemplo a una madre que trabaje en el servicio doméstico de seis de la mañana a seis de la tarde, o incluso más tarde, que apenas gana 80 rands mensuales. ¿No es este un caso de explotación? ¿Sería sorprendente si esta mujer, con el lote completo de obligaciones familiares y las mejores intenciones del mundo, estuviese tentada de aliviar sus necesidades robando a su empleador?

En este caso, ¿quién es el primero en mostrar tendencias de robo? ¿El empleador o el empleado?²⁴

En todas estas estimaciones del trabajo de las mujeres —y se han recogido muchos más datos, desde Escandinavia hasta China— hay una evidente omisión: el valor del trabajo agrícola de las mujeres. Sin embargo en muchos países la producción de los alimentos de subsistencia por parte de las mujeres (y de los niños) es el principal soporte de comunidades enteras. De hecho, cada vez está más aceptado que la hambruna en Etiopía y en Sudán donde está en peligro la vida de 30 millones de personas, cinco veces el número de personas judías que murieron a

²⁴ Ellen Kuzwayo, *Call Me Woman*, Women's Press, 1985.

manos de racistas europeos, es directamente atribuible a la tierra que se ha expoliado a las mujeres, arrancada de las manos que garantizaban que fuese productiva para la supervivencia de la comunidad.

La causa aparente de omisión del valor del trabajo de las mujeres en la tierra parece ser en general la omnipresente estrechez de miras de los habitantes metropolitanos y la rígida especialización que tiene como costumbre (camuflada bajo la excusa de obligación) la mayor parte del trabajo académico. La academia, los «líderes» del pensamiento, habitualmente suelen seguir el rastro de la historia, recolectan hechos y pies de página solo cuando ya se han aceptado como un área digna de estudio determinada esfera del comportamiento humano o ciertas preocupaciones gracias al esfuerzo de otros.

Siempre que un empleador logra aumentar la productividad de «sus» trabajadores, este incremento se convierte en el estándar que otros empleadores deben intentar que alcancen, e incluso superen, «sus» trabajadores. O eso o se darán de bruces contra el muro de la competición del mercado mundial. El último logro, la productividad más elevada, es el tiempo de trabajo que se convierte en el estándar que todos los empleadores deben lograr que alcancen «sus» trabajadores, el tiempo de producción necesario, el «tiempo socialmente necesario de trabajo». Esto se debe, por una parte, a la competición entre empleadores y, por otra, a la existente entre trabajadores y empleadores. La cantidad tiende siempre a reducirse: tan pronto como logramos un aumento en el salario o una rebaja de la semana laboral, el empleador intenta recuperarla aumentando nuestra carga de trabajo o la intensidad de nuestro trabajo para reducir aún más el estándar —el coste para sí mismo— y elevar la producción —el coste para «sus» trabajadores.

En lo relativo a las preocupaciones de los empleadores, no hay prisa alguna por recortar el tiempo empleado en trabajo no remunerado, al fin y al cabo no pagan por él: «Si no se te paga por horas [...] a nadie le importa lo que tardes en realizar tu trabajo».²⁵ Esta es la razón por la que la tecnología, incluso en el

²⁵ *El poder de la mujer...*, p. 81.

hogar metropolitano está tan poco desarrollada en comparación con la tecnología industrial y la bélica.

Esta es la mistificación final de nuestro trabajo, reducirlo a mercancías y servicios innegablemente producidos por el trabajo doméstico. Pero el objetivo de estas mercancías y de estos servicios es la producción de personas. Nuestro trabajo es la producción de la raza humana y eso significa que produce la inmensidad de la fuerza de trabajo humana, el ingrediente básico de toda industria, agricultura, de todo servicio, de todo beneficio y toda guerra; así como de todos los movimientos por la justicia social, el cambio social y la paz. Producimos la mercancía que se vende por un salario, la mano de obra, y no solo la producimos biológicamente sino que la producimos física, social y emocionalmente. ¿Cuál es el valor de esto?

Las estimaciones del valor de nuestro trabajo que comienzan a aparecer reflejan en general no solo el valor de la sustitución de una mujer que realiza una enorme variedad de trabajos, sino también el de una mujer que no puede ser reemplazada. En particular ¿podemos vivir sin el trabajo emocional que tanto nos salva del suicidio (o al menos de pequeños actos cotidianos de autodestrucción) como construye movimientos?

Pero las estimación del trabajo de las mujeres del Tercer Mundo son inversamente proporcionales a la cantidad de trabajo que realizan. Aunque cuantificara —cuando llegase a hacerlo— el trabajo no asalariado de las mujeres, como parte del Producto Interior Bruto de cualquier país, mediante el método de cálculo que sea, incluso si llegase a reflejar el valor de nuestro trabajo para otros, nunca podría reflejar ni el valor que tiene nuestro tiempo para nosotras mismas, ni el valor que tiene nuestro producto para todo el mundo.

En esta era de la guerra de las galaxias y de los paseos espaciales, ¿cómo puede haber medida alguna para la alienación del tiempo que representa el polvoriento paso del caminar bajo el sol ardiente para recolectar agua en calabazas o en potes de arcilla o en un cubo de hojalata con un niño a tus espaldas? ¿Cómo cuantificar el coste de dar a luz a diez niños cuando puede que tres de ellos no sobrevivan debido a la virulencia del virus del sarampión en un lugar en el que es un lujo comer de manera habitual? ¿Cuál es el valor en términos económicos de este trabajo para

aquellos que ni siquiera se han visto obligados a darse cuenta de que esto sucede, que las vidas de cada una de estas personas tiene valor para ellas mismas y que en último estadio este debe ser el nivelador que utilicemos para organizarnos a nivel global contra cualquier cocina que imponga cualquier tipo de esclavitud?

El coste para las mujeres

La primera consecuencia de que el trabajo de las mujeres esté «fuera del mercado» y «no esté monetizado», es decir, no contabilizado, no reconocido y no asalariado, es que las mujeres deben realizarlo virtualmente sin ayuda técnica. Esto implica tal cantidad de tiempo para poder subsistir a duras penas, tal número de partos y tal fatiga posterior que las vidas de las mujeres se ven literalmente consumidas en el proceso de realizar este «no trabajo» del que dependen áreas enteras del mundo para su supervivencia.

Mientras que esto es, literalmente, más cierto en el mundo no occidental, en el Sur, en el Norte también es más real de lo que admiten sus gobiernos. A medida que aumenta el desempleo en Europa, la pobreza de las mujeres (y de los niños) es la primera señal del deterioro de los niveles de vida de la clase obrera.

Aunque las feministas se preocupen cada vez más por esto, y hablen ahora de «la feminización de la pobreza» (aunque para ser justos, la pobreza siempre ha sido un problema de las mujeres), esto es algo que en general se añade burdamente a la creciente lista de injusticias que hereda el cuerpo y la carne de las mujeres, una lista a la que el movimiento de mujeres se ha entregado a catalogar y eliminar.

Sin embargo, cuando se confronta injusticia por injusticia, mediante campañas y grupos de presión centrados en temas concretos, puede que se llegue a creer que hay algo inherentemente equivocado en relación con las mujeres y nuestra consciencia, o a los hombres y su consciencia, o a ambos.

La división sexual del trabajo y el desprecio por las mujeres que esta alberga, al igual que la caridad, comienza en casa, persiste en la sociedad y se refleja en todas partes desde los niveles salariales a los porcentajes educativos.

Es importante que nosotras tengamos claro que esto está profundamente conectado con las enormes diferencias salariales y el trabajo doméstico oculto, y esto es fácil de ver. Es sabido que el trabajo que las mujeres realizan fuera de casa tiende a ser una extensión del trabajo en casa, para empezar el trabajo doméstico en la cocina de otra persona y cuidar de los hijos de otras personas.

Y es igual de importante que rechacemos la visión que tenemos de nosotras mismas, la que nos impone nuestra pobreza y falta de poder social. Es algo generalizado culpar a las mujeres por los sufrimientos que padecemos. Entre mujeres que se consideran a sí mismas feministas esto se expresa habitualmente quejándose de que las mujeres tienen un menor nivel de conciencia. Nuestra propuesta es que consideremos este pensamiento desde el punto de partida opuesto; tenemos problemas con nuestras cargas de trabajo y con nuestras cuentas bancarias y con la propiedad de la tierra y con la custodia de los niños. Abordemos esto, señalando la necesidad que hay de visibilizar estas situaciones, y entonces veremos el punto que alcanzan nuestras mentes.

El nivel de vida en el Norte y en el Sur varía mucho de unos lugares a otros. Lo que no varía es que, sea cual sea el nivel, las mujeres son las más pobres y socialmente el sexo débil. Una vez que sabemos que esta debilidad es producto de todo lo que nos vemos forzadas a hacer y lo poco que a cambio nos devuelven, no podemos seguir creyendo que nuestra falta de poder sea ni inherente ni cultural. Es importante para nosotras que tengamos siempre en mente, pese a la presión que ejercen en sentido contrario los que quieren mantener divididas a las mujeres, que sean cuales sean las injusticias de las que fuesen culpables las sociedades tradicionales, contra las mujeres o cualquier otro grupo, los poderes imperiales las han utilizado, alentado, codificado e incluso perseverado. «Creo firmemente que las razones del estatus inferior de las mujeres en las sociedades [árabes] y la falta de oportunidades para el progreso que se les ofrecen no son debidas al islam, si no más bien que son consecuencia de determinadas fuerzas económicas y políticas, principalmente las del imperialismo extranjero, que operan en gran medida desde el exterior, y de las clases reaccionarias nativas que operan desde el interior».²⁶

²⁶ Nawal El Saadawi, *The Hidden Face of Eve*, Londres, Zed Books, 1980 [ed. cast.: *La cara oculta de Eva*, Madrid, Kailás Editorial, 2017].

Aunque para aquellos que insisten en atribuir la particularidad de la situación de las mujeres a la cultura, puede que les sea útil tener en cuenta —de nuevo— una novela, pero esta vez escrita por un hombre.

Uno de los efectos de los movimientos de independencia en las antiguas colonias ha sido una producción de escritura de ficción importante. La literatura africana es más accesible que otras porque a menudo está escrita en inglés. Novela tras novela busca comprender la relación entre, por una parte, la sociedad tradicional y la posición de las mujeres en ella y, por otra, la conquista imperial y la postindependencia. Algunos libros parecen implicar que la tradicional división entre los sexos y la subordinación de las mujeres a los hombres fueron las que permitieron una conquista tan rápida (que es como decir que todo fue culpa de las mujeres). Un novelista en particular muestra su preocupación por el destino de las mujeres. Una de sus heroínas desea unir el vacío que hay entre lo que le ofrece la sociedad occidental y la vida tribal que también ama. Otra es una madre soltera explotada en todas sus formas por el independizado nuevo régimen. No se muestra tímido a la hora de describir dicha explotación. Aquí dejamos su descripción de una mujer que busca por todas partes un trabajo de oficina. Escrito en tercera persona, ella misma cuenta su propia historia:

Ella entra en otra oficina. Encuentra allí a otro Mr. Boss. Las sonrisas son las mismas, las cuestiones son las mismas, los lugares de encuentro los mismos, y el objetivo siguen siendo los muslos de Kareendi. El Modern Love Bar y el Lodging se han convertido en la principal oficina de empleo para las chicas, y sobre las mesas en las que se firman los contratos también están los muslos de las mujeres [...] Los problemas modernos se resuelven con la ayuda de muslos.²⁷

Escapar de Mr. Boss o, en caso de que tengamos que hacerlo, someternos a él, son ambos trabajos contra los que luchamos para negarnos a ellos y queremos que el mundo lo sepa. Registrar tanto lo que sufrimos como cuánto nos oponemos a ello nos da argumentos para reclamar todos nuestros derechos.

²⁷ Ngugi Wa Thiong'o, *Devil on the Cross*, Londres, Heinemann, 1982.

15. Desconocidas y hermanas: mujeres, raza e inmigración (1985)

EN 1984, desde nuestro centro se organizó una conferencia de solo un día sobre raza e inmigración. Las ponentes fueron mujeres inmigrantes, en lugar de personas del sector del voluntariado (más conocidas como ONG) o trabajadores sociales. Era la primera vez que mujeres inmigrantes de diferentes países hablaban públicamente no solo acerca de su lucha para poder quedarse, sino también acerca de qué significaba dejar su casa para ir a Gran Bretaña. Se inspiró en *Black Women: Bringing It All Back Home*, que fue la primera vez que se pusieron sobre la mesa ciertos temas: «El desarraigo de todo lo que alguna vez has conocido, para irte a otro lugar, sin saber realmente qué es lo que te espera».¹ Al final del acto, la audiencia de 300 personas estaba tan conmovida por lo auténtico de las experiencias personales (que también son experiencias políticas) relatadas que durante unos minutos la gente permaneció inmóvil y tardó en dispersarse. Fue como si un sentimiento de comunidad hubiese descendido y nos hubiera aglutinado durante aquel largo día y la gente temiese disolverlo si se marchaban de la sala.

Edité el libro que recogía las ponencias de la conferencia y el debate. A continuación se recoge un extracto de la introducción,

¹ Margaret Prescod, *Black Women: Bringing It All Back Home*, cit. De Barbados a Brooklyn, de Jamaica a Inglaterra, dos relatos de la infancia en el Caribe, el desasosiego de la marcha y los conflictos de ser una inmigrante.

y al final el texto «Evaluación: creamos problemas, creamos historia» en el que se reflexiona respecto de lo que podemos lograr reflexionando críticamente acerca de nuestros propios eventos.

La Campaña por Salario para el Trabajo Doméstico siempre ha señalado las conexiones entre el trabajo no asalariado e invisible de la mujeres, y el trabajo, asalariado y no asalariado, de los inmigrantes, mujeres y hombres.

También hacíamos hincapié en que aquellas de nosotras que somos inmigrantes, vengamos de donde vengamos y a donde sea que vayamos, atacamos el racismo y la estrechez de miras cuidadosamente alimentada en toda la clase obrera al traer con nosotras otro mundo —habitualmente el Tercer Mundo— a los centros de la metrópolis. Una de las caras de la inmigración, señalábamos, es que constituye uno de los elementos que el Estado utiliza en su planificación, al utilizar a los inmigrantes para recortar los salarios, atacar las condiciones laborales y los niveles de vida logrados por la clase obrera nativa, y para desorganizar la resistencia. La otra cara es cómo los inmigrantes —tanto aquellos que vienen de Málaga desde el sur de España como los de Puerto de España en Trinidad— utilizan la inmigración como método de reapropiación de su propia riqueza, la que les han robado de su hogar y que se ha acumulado en las metrópolis industriales. Los inmigrantes están en Gran Bretaña, todos somos conscientes de esto, no por su clima sino por la riqueza. Porque gran parte de esta riqueza fue producida por su trabajo y por el de sus propios ancestros, esta riqueza es tan suya por derecho como de aquellos cuya explotación, y la historia de su propia explotación, nunca traspasó las fronteras de Gran Bretaña.

El trabajo de las mujeres es básico, primero, porque se han de organizar tanto para convertirse en inmigrantes ellas mismas como para que puedan hacerlo otras personas y, después, para transformar sus comunidades en una red de reapropiación y dejar de ser víctimas de la planificación del Estado. Ese trabajo es invisible como lo es siempre la mayor parte del trabajo no remunerado de las mujeres; en todas partes este trabajo está oculto.

La primera contabilización del trabajo de las mujeres

El gran debate que ha arrasado en el movimiento de mujeres acerca de por qué nos unimos (o podríamos estar unidas) como mujeres, pese a las miles de divisiones existentes entre nosotras, ha llegado a su fin (o al menos podría haberlo hecho) tras la publicación de las cifras de la ONU de que las mujeres realizan dos tercios del trabajo del planeta, obtienen el 5 % de los ingresos y poseen el 1 % de los activos.² Esta es información básica, la materia prima sobre la que se construye la debilidad de las mujeres. Es la primera cuantificación del sexismo, una medida tangible del inmenso saqueo que sufren las mujeres en todo el planeta.³ El trabajo y la pobreza de las mujeres y nuestra lucha contra ambos constituyen la base material del movimiento de mujeres, eso que siempre habíamos afirmado que es la base de la relación de las mujeres con el capital: la explotación de las mujeres.

Dicha cuantificación es un arma contra el trabajo. Una manera de oponerse al trabajo es rechazar que este pase inadvertido. Tras ello empezamos a hacer públicas las cifras de la ONU.

Si observamos los problemas desde la perspectiva del trabajo de las mujeres, todos los problemas se transforman. Tomemos por ejemplo la inmigración.

¿Cuánto trabajo realizan las mujeres para hacer posible la inmigración, para hacer posible la reconstrucción de la comunidad

² *Women at Work*, cit. La cifra de los dos tercios se hizo pública por primera vez en esta investigación.

³ La sociedad capitalista convierte todo, incluyendo las habilidades y las capacidades humanas, en mercancías cuyo valor es cuantificado y cuyo precio se marca en la etiqueta o en el salario. Cuánto seremos explotadas es algo que está meticulosamente planeado y calibrado constantemente y valorado en la bolsa, acciones, bancos, juntas de dirección, reuniones de gabinete, durante la caza del zorro y en las cenas. E incluso, por lo que sabemos, también en la cama. En general, los hombres no trabajan tan duro como las mujeres; las diferencias en las cantidades de trabajo y en los ingresos y en el grado de explotación son cuantificables. En función de lo que nosotras podamos cuantificar nuestra explotación, podremos medir no solo lo mucho que perdemos sino lo que vamos ganando y determinar de acuerdo a ello nuestras demandas. Como estrategia de lucha, la cuantificación comenzó con Marx, cuyos primeros trabajos fueron la descripción de los efectos de la explotación y cuyos trabajos posteriores cuantificaron esta explotación, mostrando cómo dicha explotación tenía como resultado la alienación que previamente él había nombrado y descrito.

en una nueva ciudad, un nuevo país; entre otras razas; hablando otras lenguas; con comidas diferentes, distintas ropas, costumbres, educación, religiones, jerarquías? ¿Cuál es el coste oculto — oculto porque las mujeres pagan por él y no se les paga por hacerlo — cuando la familia y la comunidad tienen que enfrentarse y sobrevivir a las consecuencias económicas y sociales del racismo mientras que, a la vez, puede que las mujeres de las cuales depende la supervivencia estén siendo atacadas como mujeres también desde dentro de sus propias comunidades?

Dichas cuestiones empezaron a extraerse de las sombras de la montaña de trabajo que ha definido la condición de las mujeres, así como de la montaña de trabajo asignada a los inmigrantes, en particular si somos negras, y siempre si somos mujeres.

Aunque como mujeres compartimos el trabajo extra y la pobreza, sin embargo, la raza, la inmigración y otros factores determinan qué tipo de trabajo hacemos, cuánto hacemos, bajo qué circunstancias y cuál es la retribución. Aunque las cifras de la ONU cuantifican la división sexual del trabajo, también hay una división racial del trabajo, una división inmigrante / nativo del trabajo, y podríamos enumerar más, que rara vez han sido cuantificadas.

De hecho, toda división entre nosotras expresa la división del trabajo: la cantidad de trabajo y los salarios o la falta de salarios descritos para cada sector particular. Dependiendo de quiénes somos — qué combinación de sexo, raza, edad, nación, diversidad física y otros factores — nos vemos empujadas a uno de estos nichos que parecen ser considerados como nuestro destino natural más que como nuestro trabajo. Permitir que alguien niegue aunque sea uno de estos aspectos de nuestra identidad significa permitirle falsificar o al menos ocultar nuestra posición social y nuestra carga de trabajo, algo que se hace muy a menudo para falsificar y esconder las relaciones de poder entre nosotros y ellos.

El trabajo no es una cuestión más

Generalmente, dentro del autoproclamado movimiento de mujeres, nuestro trabajo asalariado no es más que uno entre los muchos temas que hay que tratar pero que no parecen estar conectados entre sí. Para muchas feministas nuestro trabajo no

asalariado en la tierra y en la cocina no es algo de lo que deban preocuparse para nada. Lo mismo podemos afirmar respecto a la mayor parte de los hombres politizados sin importar qué color o tendencia profesen. Para ninguno de estos grupos que acabamos de mencionar, estos tortuosos dos tercios del trabajo mundial deben estar incluidos en las definiciones de violencia sexual o racial, pese a que son ambas cosas. El trabajo no es otra simple cuestión más, no es otro más de los muchos ingredientes de la «opresión», no es un elemento más en la lista de agravios añadidos a la posición inferior de las mujeres. El trabajo no es una rama del árbol marchito, en el que cada rama tendría el mismo derecho a que se tomase en cuenta y se resolviese en la lucha por la liberación de las mujeres, o de cualquier otra persona. El trabajo —la actividad que hombres y mujeres se ven obligados a realizar para sobrevivir— es la esencia del capitalismo, y debe ser destruido arrancando sus raíces y destruyendo sus ramas. Este trabajo es el que absorbe nuestro tiempo y nuestra energía, tiempo y energía que no son otra cosa que nuestra propia vida. El trabajo nos confina, nos define y moldea nuestras relaciones. Teniendo en cuenta que para las mujeres el trabajo que realizamos es cuidar, criar, formar y nutrir a otros, física y socialmente, nuestras relaciones también son trabajo. Es trabajo la manera en la que gastamos nuestras vidas y cómo nos relacionamos; el trabajo conforma la consciencia que tenemos de nosotras mismas y unas de otras. Gran parte de los hombres, la sociedad en general —comenzando por nuestros hijos— considera que este es el rol natural de la mujer y por ello también se ve como natural que trabajemos como criadas no remuneradas o escasamente remuneradas. Tanto de acción como de pensamiento, el trabajo que hacemos, hombres y mujeres, es la esencia de nuestra esclavitud.

Desdeñar el trabajo de las mujeres tiene extensas implicaciones para todos los aspectos de la lucha. Por ejemplo, sin una cuantificación del trabajo de las mujeres, la argumentación política contra el imperialismo, las multinacionales o el complejo industrial-militar adolece de una debilidad básica, un grieta estructural. Porque lo que ellos conquistan, lo que roban, cuánto están explotando y a quién, en la fábrica, la granja y la familia, se calcula en el mejor de los casos a partir de un conocimiento incompleto. En el peor de los casos, este falso conocimiento esconde las verdades más amargas respecto de uno de los dos

sexos, la verdad de las relaciones entre hombres y mujeres, y la verdad acerca de todas y cada una de las facetas de la política y la economía.

Desdeñar el trabajo de los inmigrantes, y en especial el trabajo de las mujeres inmigrantes, es una de las debilidades básicas en toda campaña contra las deportaciones. El movimiento ha señalado muchas veces que debido a que la mayor parte de los inmigrantes están en «edad de trabajar», aquellos de nosotros que somos inmigrantes contribuimos más a la economía per cápita que los nativos, que tienden a tener más edad; además de que, en todo caso, hacemos trabajos que los nativos se han negado hacer. Esto es cierto, pero verlo de esta manera hace que nuestra contribución se feche mucho más tarde del momento en el que realmente comienza.

En 1978 tres organizaciones de mujeres migrantes lideraron una campaña para evitar que se les quitasen las ayudas sociales a aquellos padres y madres inmigrantes cuyos hijos no estaban en Gran Bretaña. Eran 70 millones de libras anuales que se les quitaban a padres a los que la burocracia, las reglas y el racismo del sistema de inmigración ya les había negado la posibilidad de reunirse con sus hijos. La premisa básica en la que se sustentaba la campaña Child Benefit For All [Subsidios Infantiles Para Todos] era que los inmigrantes siempre han trabajado para Gran Bretaña, primero en las colonias y más tarde en las excolonias, y tras ello en la misma Gran Bretaña. Esta campaña enraíza las demandas del derecho a permanecer y del derecho a recibir recursos del Estado de bienestar no solo en términos de justicia abstracta sino por deudas pendientes concretas. «Cuando se ponen sobre la mesa este trabajo y este dolor, también vemos que se nos debe mucho más de lo que debemos».⁴

El trabajo no remunerado de las mujeres en todo el planeta ha producido este ejército de inmigrantes, mujeres y hombres. Y aunque el trabajo doméstico es infinito y nos drena la vida se haga donde se haga, en el Tercer Mundo en general se tiene que hacer sin acceso a agua corriente en casa (o sin acceso a ningún tipo de agua corriente), sin sanidad pública, sin educación, o sin prestaciones sociales. Las mujeres inmigrantes vinieron a las metrópolis precisamente para rechazar este trabajo doméstico.

⁴ Solveig Francis, «Hasta que las mujeres hayan hablado...», introducción a *Black Women: Bringing It All Back Home*, cit.

Muchas generaciones de mujeres del Tercer Mundo han pagado duramente para que Gran Bretaña y otros países metropolitanos pudieran poseer una reserva de fuerza de trabajo lista y, por decirlo así, preparada para partir, cuando fuese necesaria. El hecho de que las naciones más pobres subsidian a las más ricas exportando mano de obra inmigrante es algo que ya se ha señalado en muchas ocasiones. Pero lo que rara vez se dice, si es que se dice alguna vez, es que es el trabajo no asalariado de las mujeres en las condiciones del Tercer Mundo de pobreza económica y tecnológica lo que ha producido esta mano de obra, y que este es un subsidio extraído específicamente a las mujeres por parte del capital internacional. Por eso es que en general, tampoco lo dice el movimiento.

Que la legislación sobre inmigración vea a las mujeres como simples apéndices de los hombres y que se las amenace con la deportación si pierden dicha conexión es una consecuencia directa de la invisibilidad de su trabajo.

Como mujeres, es vital para nosotras que se reconozcan de una vez los cimientos económicos y sociales erigidos en todas las sociedades gracias a nuestro trabajo doméstico no remunerado, en el trabajo en el campo, en el trabajo comunitario, en la oficina y en muchos otros lugares.

El trabajo no asalariado de las mujeres no aparece en sitio alguno, no se recoge como parte del Producto Nacional Bruto de ningún país (denominado ahora Producto Interior Bruto), cuya supuesta función es cuantificar la cantidad total de los servicios y bienes del país. Esos que afirman liderarnos en la lucha contra la explotación, incluyendo por supuesto las centrales sindicales, parecen tan reticentes como el resto a mencionar que hacemos dos tercios del trabajo, recibimos el 5 % y poseemos un mero 1 %. ¿El trabajo no remunerado de las mujeres? Sí, es difícil. Puede que incluso sea trágico. Pero es marginal. Improductivo. Deberían buscar un trabajo.

Y así se puede ignorar poner sobre la mesa la cuestión de si las mujeres (y los niños), que son los que arrastran la carga de este trabajo y la pobreza, tienen algún tipo de derecho. Tanto los militantes antisexistas como los militantes antirracistas o anticapitalistas los ignoran, e incluso los ignoran aquellos que se enorgullecen de ser las tres cosas.

Al desechar o ignorar las cifras de la ONU, se están ignorando también las dos terceras partes de los argumentos presentados contra el capitalismo, el racismo, el imperialismo y el sexismo — en particular contra el patriarcado racista e imperialista— y dos tercios de la prueba de la base material ya existente para la sororidad o, lo que es lo mismo, que ya tenemos una base internacional para la lucha común como mujeres y como trabajadores.

Y particularmente se sigue invisibilizando e ignorando la lucha cotidiana de las mujeres negras para reducir este trabajo, hacerlo allá donde sea inevitable hacerlo y seguir sobreviviendo.

Las mujeres y su trabajo por la justicia

Aunque es de dominio público que las personas negras, y en particular los hombres negros jóvenes, son habitualmente acosados, arrestados bajo cargos falsos, maltratados y golpeados por la policía, rara vez se menciona a las mujeres —madres y hermanas, esposas y amantes— que van y vuelven a los juzgados y las prisiones, organizan los comités de defensa y acuden a estas reuniones incluso en las noches de invierno tras largos días limpiando hospitales; o que llevan a las celdas de las prisiones, junto con la comida casera y el tabaco (y algunas veces palabras de consejo no bienvenidas), toda la ropa lavada, para que el acusado —hijo, hermano, marido o amante— pueda presentarse frente a la acusación vestidos con el apoyo y el cuidado de la comunidad.⁵

Fueron estas mujeres las que hicieron el piquete hace unos años frente al Old Bailey, el Tribunal Penal Central en Londres, durante el juicio de los «18 de Islington», jóvenes negros injustamente acusados de un conjunto de pequeños crímenes. Las familias de estos jóvenes, principalmente madres y hermanas, organizaron un comité de defensa e hicieron todo lo humanamente posible para forzar a los abogados de la defensa a que obedeciesen

⁵ Incluso la policía admite esto. En el informe del Policy Studies Institute, *Police and People in London*, publicado en cuatro volúmenes en 1984, se acusa a la Policía Metropolitana de racismo, sexismo, de crear acusaciones falsas, de alcoholismo, etc. Puesto que el estudio fue encargado y pagado por la Policía Metropolitana no pudieron negar sus propias conclusiones. Tras los primeros titulares, la prensa dejó el tema aparcado y nunca jamás volvió a él.

las indicaciones que ellas les daban, lo que los defendidos querían y necesitaban que se hiciese. Con el objetivo de llamar la atención pública sobre la vagancia y la arrogancia de los abogados respecto a sus clientes, y su cobardía a la hora de mantenerse firmes frente al juez en beneficio de sus clientes, las pancartas de las madres exigían que las minutas que los abogados recibían por su desidia se les pagasen en su lugar a aquellos que habían hecho la mayor parte de la defensa, las familias. Es raro que el trabajo de las mujeres negras salga a la superficie de esta manera.

Ni el separatismo feminista ni el nacionalismo, sea por país o por raza, han tenido en cuenta a las mujeres que son las que constituyen la columna vertebral de todas las luchas. Sostenidas y vertebradas por dicha columna, las comunidades asiáticas, mujeres y hombres, se han defendido de los ataques no solo en las calles sino también en el trabajo asalariado, una autodefensa que comenzó en tiempos tan lejanos como el año 1965 con la huelga de Courtauld en Preston, Lancashire. El objetivo de la huelga era protestar para que, en lugar de que trabajase un hombre en cada máquina, fueran dos hombres por cada tres máquinas, enfrentándose de esta manera al nuevo plan de trabajo que Courtauld quería aplicar a todas sus fábricas y que puso a prueba con los trabajadores inmigrantes.

La comida que cocinaban las mujeres, el cuidado, el apoyo — su organización — hizo posible que las mujeres y los hombres de la Imperial Typewriters en Leicester se enfrentasen físicamente al Frente Nacional y lograsen expulsarles; e hicieron posible que Jayben Desai y las hermanas y hermanos de Grunwick que ella lideraba librasen su lucha más famosa, aunque no fue la más dramática.⁶

Como no son más que mujeres haciendo nada más que trabajo doméstico físico y emocional, este cuidado y apoyo que se da entre bambalinas sigue sin ser contabilizado en general, no se le

⁶ La Grunwick Photo Processing Plant en Londres era una pequeña empresa que empleaba en su mayoría a mujeres asiáticas. En 1976 Jayaben Desai y otras abandonaron el lugar en protesta por los bajos salarios, las condiciones laborales y las horas extras obligatorias, y exigieron el reconocimiento del sindicato. La huelga duró casi dos años, logró un apoyo masivo —llegó a haber un piquete de 8.000 personas— y tuvo que enfrentarse a la violencia policial. Perdieron pero esta lucha dejó claro que las mujeres asiáticas eran tan luchadoras como el resto.

otorga el crédito que merece y sigue olvidado por parte de todos los movimientos. Al sufrir esta invisibilidad, especialmente si no dominas el idioma, se asume que eres pasiva, indefensa, ignorante e incapaz, el estereotipo de la víctima, en vez de ser considerada como superviviente y protagonista, una identidad que sí que se te concedería por tus actos si fueses blanca y hombre.

Pocas de entre nosotras somos conscientes de lo débiles que seríamos —cualquiera de nosotras— sin este trabajo y toda la protección que nos proporciona. El Estado británico está demostrando, al aprobar leyes e inventar normas y procedimientos con los que busca mantener divididas a las familias, un mayor reconocimiento del valor que tiene el trabajo de las mujeres que muchas de las que están de nuestro lado. Los mismos que alaban la santidad de la familia saben exactamente cuándo dividir las familias funciona en su beneficio. Son muy conscientes de que la presencia y el apoyo de la red familiar, construido gracias al trabajo de las mujeres, nutre y refuerza poderosamente cualquier lucha contra ellos.⁷

Ya hemos explicado en otros lugares de qué maneras depende la supervivencia de la familia de la esclavitud de la mujer. Por otra parte, las mujeres saben que la familia es su única protección, y que el intento del Estado por romper la familia es un ataque contra todas nosotras. Por eso *siempre* irá a nuestro favor que esté en nuestras manos la decisión de proteger o destruir la familia que, al fin y al cabo, se sustenta en nuestro trabajo.

Separatismo: una estrategia para la derrota

Excluir o tratar como marginal la montaña de trabajo, los dos tercios, sirve para reforzar el racismo de las políticas de las «feministas» blancas y el sexismo de los políticos hombres. Si la carga de trabajo que nosotras, como mujeres, compartimos es

⁷ Estas leyes que entorpecen o evitan que las mujeres puedan traer a sus maridos o a sus futuros maridos a Gran Bretaña no son más sexistas ni suponen un mayor ataque sobre las mujeres que los procedimientos que obligan a que las esposas y a los niños esperen en Pakistán o en Bangladés durante años, o para siempre, si no son capaces de superar la prueba de fuego que suponen las entrevistas del Consulado Británico. Ambas están dirigidas a evitar la reunificación de las familias.

invisible, es fácil creerse las diferentes ideas que todo tipo de personas tienen sobre nosotras, a saber, que las mujeres blancas y las mujeres negras tienen problemas «diferentes» y que por eso quieren cosas diferentes. Un pequeño salto racista nos lleva de ahí a afirmar que mientras que las mujeres negras quieren dinero, las mujeres blancas quieren «cosas más elevadas»; o que mientras que las mujeres negras quieren ser amas de casa, cosa que algunas feministas desprecian, las mujeres blancas quieren trabajos fuera de casa, un ambición más respetable dentro de su jerarquía de deseos.

Pero lo cierto es que, por supuesto, tanto las mujeres negras como las mujeres blancas quieren poder elegir, lograr, en función de sus circunstancias particulares, aquello que suponga menos trabajo y más dinero, menos de los dos tercios y más del 5 %; y que es la mujer misma, cada mujer, la que se encuentra en la mejor —y única— situación para evaluar exactamente cuáles son sus propias necesidades y circunstancias.⁸

En conjunto, las mujeres de clase obrera, sea cual sea su raza, tienden a tomar elecciones similares; como también lo hace la minoría de mujeres que tiene un poco más de poder, sean de la raza que sean, y que a menudo exigen en nombre de todas las mujeres lo que quieren para ellas mismas.

Que exijan igualdad en nuestro nombre puede acabar proporcionándoles una carrera profesional. Para el resto de nosotras, «igualdad» no significa nada más que —de hecho suele significar simplemente— tener otro trabajo pesado y aburrido además del trabajo doméstico. Tener un poco más de poder hace que alguna gente piense que están un poco más «avanzadas». Cuando las mujeres más pobres rechazan las demandas de esta minoría «avanzada», dicha minoría —que tiene la capacidad de definirnos— afirma que la razón de ello es que nuestra consciencia es menor.

⁸ Todo el debate en el movimiento de mujeres acerca de los salarios para el trabajo doméstico se centra en esto. Las feministas que se oponen a ello casi siempre separan el trabajo de la clase y de la economía cuando no está asalariado y cuando lo realizan las mujeres. Nos dicen que el salario no solo no nos liberaría sino que nos institucionalizaría en la casa, en esta supuesta actividad trivial que en su opinión es no-económica, no-social e improductiva. Dicen que en vez de ello las amas de casa deberían buscar un trabajo. Una sugerencia extremadamente poco práctica en un periodo de elevado desempleo, y con un carácter muy metropolitano: ¿qué les dirían a las mujeres de Tanzania?

El feminismo que ignora por una parte el trabajo que tenemos en común y por otra las diferentes cargas de trabajo que nos definen, que no tiene en cuenta por una parte la pobreza que compartimos y por otra la jerarquía de salarios, es un tipo de feminismo que tiende a ser tan vacuo y estrecho de miras que trata la raza y la migración como complicaciones que se entrometen en el camino de «la lucha contra el patriarcado», que es como se define gran parte del feminismo.

Definir al enemigo como patriarcado —la relación de poder entre hombres y mujeres— ignorando al mismo tiempo la diversa multitud de relaciones de poder existentes —como las basadas en la clase, la raza y la nacionalidad— empuja a muchas feministas a posiciones limitadas, insensibles y racistas. Es una visión arrogante y unilateral de la humanidad y de la crisis de supervivencia que compartimos.

La teoría del patriarcado, al apuntar a los hombres como el enemigo sin atacar el trabajo o la búsqueda de beneficio, deja libre al complejo industrial-militar, que prospera gracias al trabajo de todo el mundo, los tres tercios, para hacer lo que quiera con todos nosotros. Esta generosidad para con los poderosos tiene un valor económico. En este separatismo selectivo pueden lograrse carreras, becas, invitaciones a conferencias internacionales y acceso a los mejores círculos académicos. La teoría que separa y prioriza el patriarcado sobre la clase, la raza, etc., es un nido de esquirolas.

También es una buena fórmula para la derrota. La idea de que apartándonos de aquellos hombres con los que compartimos uno u otro aspecto de nuestra explotación reforzaremos nuestra lucha contra la explotación es tan absurda como suena. También es peligrosa. Necesitamos el apoyo y la protección de otros sectores. Quien sea que sugiera rechazar el apoyo de otros, mujeres u hombres, con la excusa que sea, tiene como objetivo que nos convirtamos en víctimas aisladas del «divide y vencerás», esta vez en nombre de la pureza de nuestros propios movimientos.

Al basarse en la inevitabilidad de las divisiones, el separatismo es una profecía autocumplida: enfrenta individuos y grupos entre sí y unos contra otros para quejarse después de que no son capaces de unirse.

Nadie debería ser considerada como una «auténtica» feminista en función de cómo vista, con quién duerma, a quién y qué ame y odie; ni tampoco como personas negras «auténticas», trabajadores «auténticos», lesbianas «auténticas»... No hay una competición por la autenticidad. Todas somos auténticas: mujeres auténticas, con tragedias reales, a las que nos enfrentamos lo mejor que sabemos con luchas reales.

Inmigración: la red sobre la que viaja lo internacional

Los inmigrantes —hombres o mujeres— son vistos como extranjeros. En Europa, las personas negras, sean o no inmigrantes, también son consideradas extranjeras. Sin embargo, la raza y la inmigración han sido uno de los aspectos primordiales en la construcción del capital británico en casa y fuera, así como en la construcción de la clase obrera, en casa y fuera de ella. O, lo que es lo mismo, mientras que la raza y el racismo han sido siempre para el Imperio británico un elemento vital para el gobierno de los territorios fuera de sus fronteras, se nos empuja a creer que las personas negras, y el conflicto racial dentro de Gran Bretaña, son algo que acaba de aparecer.

Del mismo modo que, aunque sabemos que la deportación de una colonia del Imperio a otra era algo habitual —por ejemplo, los «agitadores extranjeros» de las Indias Occidentales eran deportados de una isla a la isla en la que habían nacido— se ha asumido de manera generalizada que la deportación como herramienta básica de disciplinamiento y aplicada extensamente por parte del Estado en Gran Bretaña es tan reciente como la Ley de Inmigración de 1962 y las leyes cada vez más represivas que vinieron después; que la deportación está básicamente relacionada con la raza.

Empieza a ser más conocido el hecho de que uno de los productos secundarios del comercio británico de esclavos y de la esclavitud misma fue la población negra británica, ya existente en una fecha tan lejana como 1570. En 1772, se estimaba que de una población de 9 millones en Inglaterra y en Gales, entre 14.000 y 15.000 personas eran negras.⁹ Pocas de estas personas

⁹ Peter Fryer, *Staying Power*, Londres, Pluto, 1984, p. 68. Otras estimaciones las rebajan hasta 10.000 o las elevan, solo en Londres, hasta 20.000.

abandonaron alguna vez estas costas y, a parte de algunas antiguas comunidades negras en lugares como Liverpool y Cardiff, aquellos miles se habrán convertido en ancestros de muchos de los británicos de hoy en día, aunque parte de ellos debido a que tienen piel blanca parecen no ser conscientes de este hecho, o al menos no lo reconocen. En muchos y diversos lugares podemos encontrar pistas de esta ascendencia; no olvidaré cómo me pilló por sorpresa ver en la televisión una cara blanca de obvia ascendencia africana vomitando racismo en defensa del Monday Club, la extrema derecha del Partido Conservador y hablando con el más puro acento de los pijos. Los matones de la clase alta también pueden tener raíces negras.

La deportación o las amenazas de deportación tienen una larga historia en Gran Bretaña. La reina Isabel I deportó a súbditos negros con la excusa de que cogían comida de los blancos. Dos siglos después, la palabra *transportation* era un eufemismo para la deportación a las colonias de los miembros de la clase obrera considerados problemáticos, la mayor parte de ellos condenados por crímenes de pobreza.¹⁰ En el proceso, se alteró y transformó el equilibrio racial en las colonias de Virginia, Australia, etc., y se consideró que los colonizadores eran una ventaja adicional. La *transportation* fue también el método de castigar las formas más organizadas y subversivas de la resistencia de la clase obrera. Los Mártires de Tolpuddle —trabajadores de granjas, los desposeídos de la tierra en Gran Bretaña hasta nuestros días— fueron condenados porque hicieron el juramento de no hacer de esquiroleros unos contra otros, y constituirse como sindicato. Por esto fueron «trasladados» a Australia; en 1984 se cumplió el 150 aniversario de su histórica deportación. Hoy en día sigue siendo importante para nosotros el hecho de que se les permitiese regresar tras solo dos años de su sentencia de siete años, gracias a la potente campaña contra su deportación que se desató en Inglaterra, y la propia organización autónoma de los hombres que comenzó casi nada más llegar a Australia.

¹⁰ La Transportation Act de 1717, también llamada Piracy Act, estableció un sistema de traslado de delincuentes a las colonias de Norteamérica con el régimen de *indentured service* [servidumbre temporal]. La ley establecía siete años de traslado como castigo por delitos leves y catorce por graves. Se estima que 50.000 convictos (mujeres, hombres y niños) fueron trasladados bajo este régimen a las colonias británicas. [N. de E.]

Los inmigrantes que hoy en día que se enfrentan a la deportación o a la amenaza de deportación, acto que convierte cualquier defensa de derechos humanos en un acto de valentía, no han sido nunca considerados como los descendientes de aquellos anteriores héroes de la clase obrera.

También en nuestra época hay ejemplos. La creación y organización de santuarios y refugios para inmigrantes dentro de Estados Unidos para personas de América Central está ayudando a construir una red de apoyo contra la intervención y la desestabilización provocada allí por Estados Unidos.

Confrontemos las relaciones de poder

La Campaña por el Salario Doméstico ha dedicado mucho tiempo a confrontar las relaciones de poder entre nosotras y otras personas, a medida que estas han ido saliendo a la luz, mostrando las variadas, perniciosas y sutiles formas que adoptan, y a desarrollar maneras de organizarse contra ellas.

Este proceso, por supuesto, nunca acaba; la manera en la que cualquiera de nosotras nos relacionamos es difícilmente una cuestión solo de voluntad sino que deriva de la estructura misma de la sociedad, de la estructura misma de nuestras vidas, que se levanta sobre las divisiones de trabajo y de riqueza existentes entre nosotras, y que nos enfrentan unas contra otras compitiendo por lo necesario para cubrir las necesidades básicas.

Dada esta permanente competición, el ataque y el desprecio o, en el mejor de los casos, la evitación de las necesidades y demandas, el dolor y la lucha de otros —comenzando por los niños— son algo que acaba apareciendo frente a todos nosotros, una y otra vez, como algo que parece imprescindible para nuestra supervivencia.

No acabaremos con el racismo —que asume que cualquier otro ser humano, con el pretexto que sea, quiere menos, necesita menos, o merece menos de lo que nosotros merecemos— hasta que se transforme completamente esta sociedad basada en una competencia por las necesidades. Sin embargo, *podemos* trabajar juntas contra esta competencia de una manera productiva y satisfactoria. Pero significa *trabajo*. Es un trabajo *duro*. Un trabajo

que, si realmente somos serios y tenemos como objetivo lograr una unión, debemos estar preparados para hacer.

Este trabajo no está separado ni es diferente de la organización, sino que es un elemento central en ella. Solo de esta manera podemos enfrentarnos a nuestro propio racismo y al de los demás como una parte crucial de nuestra lucha. Esto ayuda a que estemos seguros de que nuestras demandas hablan a las necesidades de otros sectores, y que nuestra rabia está dirigida al Estado que nos divide, en lugar de dirigirlo unas contra otras. Nosotras en la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico nos consideramos expertas en este modo de organizarnos.

Poder para las hermanas y con ello poder para la clase.

Evaluación: creamos problemas, creamos historia

Del mismo modo que los trabajos necesarios para la conferencia comenzaron mucho antes del evento en sí, tampoco nuestro trabajo se acabó cuando terminó la conferencia. La fase final fue nuestro habitual encuentro de evaluación. Poner por escrito aquí los objetivos y los propósitos de este proceso de evaluación ayudará a explicar los métodos, así como el propósito de nuestra organización, y permite también mostrar una imagen completa de la conferencia.

Incluso si el evento tiene éxito, la evaluación es igual de necesaria. Nuestra reunión de evaluación siempre intenta integrar los grandes momentos dentro del trabajo cotidiano del centro de mujeres a través del «*post mortem*», una herramienta organizativa que hemos utilizado desde que a mediados de la década de 1970 la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico realizó sus primeros eventos públicos. Un evento público pone a prueba tus análisis, tácticas y estrategias y la calidad —las habilidades, capacidades, claridad y enfoque— de tu gente. Tenga éxito o sea un fracaso, sean reuniones o manifestaciones, organizadas por nosotras o junto con otras personas, una vez que ha acabado la urgencia nos sentamos juntas y con el resto de participantes interesadas y lo analizamos por partes. Al ser mujeres, y tener que hacer las dos terceras partes del trabajo mundial y con menos recursos con los que organizarnos que los hombres, debemos extraer todo lo que podamos de cada una de las inversiones que

hacemos de nuestro tiempo de trabajo que, al fin y al cabo, es nuestra mercancía más escasa y preciosa. De algo tan importante como una conferencia tenemos que rascar limpiamente todos sus significados y utilidades, como lo haces con un cuenco de comida cuando estás sin un duro.

Las reuniones de evaluación siempre buscan encontrar respuesta a la misma cuestión y, para hacerlo, tienen un mismo formato sencillo: informes y debates. Las preguntas tienen como objetivo desvelar los factores básicos de la vida política a nuestro alrededor y entre nosotras, recoger información y alcanzar conclusiones respecto al terreno de nuestra lucha, conclusiones que intentamos que sean tan precisas y prácticas como sea posible.

Básicamente el material en bruto que utilizamos para la composición que queremos construir es lo que cada una de nosotras ha observado y vivido. Como habitualmente estás trabajando mientras realizas tu propio evento, no es hasta más tarde que, intercambiando experiencias, impresiones y anécdotas con otros, puedes escuchar lo que te perdiste, y solo entonces puedes llegar a tener una visión general. Los debates se enlazan con cualquier preocupación e información con la que cualquier mujer pueda sentirse remotamente conectada: la cantidad de piezas y segmentos que construyen las respuestas que estamos reuniendo, de manera colectiva y en cada mente individual, es infinita. Ya que en absoluto pretendemos tener todas las respuestas, y menos aún de cara a una evaluación, cada reunión de evaluación comienza con la enorme expectativa de que cuando la terminemos al menos seremos un poco más inteligentes. También comienza con una gran excitación cuando lo que evaluamos son simples hechos.

El principal objetivo de la reunión, antes de nada, es registrar nuestras victorias: cuánto hemos logrado de lo que nos habíamos propuesto; qué hemos aprendido durante su preparación y durante su desarrollo; qué talentos y habilidades se han revelado entre nosotras; cuánto han aprendido los diferentes sectores de mujeres (y algunas veces los hombres), unos de otros, qué intereses comunes han visto, y quiénes han trabajado juntas cuando normalmente no lo harían; cómo y cuánto hemos debilitado la posición de aquellos que ejercen el poder contra nosotras; qué efectos podemos esperar a largo plazo o respecto a qué debemos mantenernos atentas.

Señalar qué se ha obtenido en cada actividad política es parte de nuestra estrategia de supervivencia:¹¹ un grupo que se enfrente al sistema existente siempre estará sometido a ataques, por ello es decisivo desarrollar herramientas propias para resistir. Los métodos que eliges también son un reflejo de qué es lo que defiende tu organización.

Por ejemplo, muchos grupos de presión que afirman ser antisistema encierran la promesa de lograr dinero y poder como premio para los miembros más ambiciosos e inteligentes. Esta se ha convertido en la razón para su existencia, y la que moldea sus políticas y prácticas: son prudentes de cara al futuro de sus miembros. Estos grupos de presión son uno de los escalones tradicionales de la carrera profesional dentro de la sociedad británica: gente que aspira a ser, por ejemplo, miembro del Parlamento y que se labra un nombre escalando hasta las más altas posiciones de las organizaciones que luchan por los necesitados, con cautela, buenos modales y moderación.

Por otra parte, casi todas las facciones de la izquierda prometen a sus miembros el poder estatal como recompensa final, premio que llegará cuando «los obreros» se den cuenta de a quién deben seguir.

La industria creada entorno a las relaciones de raza y la nueva, aunque no menos mortal, industria de las relaciones de género no son en esencia diferentes de estos otros sectores de arribistas.

Las reuniones de evaluación en las que empezamos anotando nuestras victorias son vitales para seguir siendo quien somos: activistas que rechazan este arribismo, que medimos nuestro éxito por la efectividad de lo que hacemos, en lugar de si nuestras cuentas bancarias personales crecen con ello o no, jirónicamente, este es un motivo que predomina entre muchas de las feministas que niegan que el dinero sea importante!

¹¹ Por supuesto hay más elementos en nuestra estrategia de supervivencia. La red internacional de la campaña siempre ha sido un elemento decisivo para prevenimos frente al provincialismo, el nacionalismo y el racismo. También nos ha dado acceso a muchas más victorias y en consecuencia más poder del que hubiéramos logrado si hubiésemos aceptado las fronteras construidas por los gobiernos. La buena voluntad e incluso las buenas obras no son suficientes para construir y mantener una red internacional de este tipo. Requiere de trabajo duro constante y de una continua atención a los escollos y problemas de los movimientos de base que se organizan más allá de los guetos nacionales. Pero esa es otra historia, más larga si cabe.

La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico está extremadamente interesada en el dinero pero, como el dinero es poder social, también sabemos que estaremos más divididas aún si unas pocas lo obtienen a costa del resto de nosotras.

Al contar nuestras victorias, hacemos que cuente nuestro trabajo y cuantificamos su efectividad. Al igual que pasa con el trabajo doméstico, más privado —pero no menos político— la mayor parte de nuestro trabajo organizativo es invisible. Además del trabajo político reconocido como tal, como escribir octavillas u organizar asambleas, está el trabajo doméstico político de atraer gente, descubriendo y alentando sus habilidades y talentos, derribando las barreras que impiden que las personas se identifiquen unas con otras, y el trabajo de encontrar una base sobre la cual proponer un movimiento conjunto; todo ello requiere tiempo y concentración, energía y habilidad y, por encima de todo, empatía. Las mujeres realizan este trabajo especialmente bien, no porque sea algo natural para nosotras sino porque se nos entrena para ello dentro de la familia casi desde el nacimiento. Sin embargo, este trabajo político, el cemento que cohesiona cualquier movimiento (y del que nunca hay suficiente), rara vez se ve como trabajo, y menos aún se le considera como tal. El proceso de evaluación saca de la oscuridad este trabajo, reconoce su productividad y cuantifica sus resultados.

Al contar nuestras victorias nos apropiamos de nuestra propia historia.

Con el crecimiento del poder de las mujeres, por fin ha comenzado a salir a la luz la historia de las mujeres y de su contribución, como individuos y como sexo, en todas sus facetas —en la literatura, el lenguaje, el arte, la música, la política, la religión, la agricultura, la ciencia, etc.—. Para que conste, las mujeres no son las únicas que sufren a manos de los historiadores. El relato de la historia limitada al Gran Hombre no solo esconde a las Grandes Mujeres sino que excluye a casi a todo el mundo de la definición de grandeza.

Específicamente, la invisibilización dentro del propio movimiento de mujeres del trabajo de las mujeres como organizadoras —que incluye a todas las mujeres y no solo a las «Grandes Mujeres» (escritoras, científicas, pintoras y similares)— refleja un

sesgo de clase, un sesgo arribista, mediante el cual el movimiento mismo perpetúa una censura histórica bajo otra forma.

El proceso de evaluación es parte de nuestra tarea por enderezar el error histórico que nos condena a la mayor parte de nosotros, mujeres y hombres, a un pasado improductivo y sin imaginación, y que implica con ello un destino en el que no hay más que lo mismo; este proceso *evita que esto se repita en la historia que estamos construyendo ahora, en este mismo momento.*

Y ahora, en este mismo momento, estamos en una posición más poderosa para hacerlo de lo que lo hemos estado nunca. Entre otras cosas, sabemos más (o deberíamos saber más) acerca de *cómo* otros que tenían más poder han absorbido nuestra historia: cómo los políticos se alimentan de «sus» reformas cuando hemos sido nosotras las que les hemos presionado, empujado y obligado a que las lleven a cabo; sabemos cómo la prensa miente, distorsiona, trivializa y, en general, oculta la realidad; que la misma propuesta de boca de un blanco / hombre tiene más peso que si sale de la boca de una negra / mujer que la haya desarrollado antes que él. En los países metropolitanos, a menudo tenemos literatura y armas propias basadas en estos conocimientos en los que se recogen nuestras ideas, nuestras luchas, nuestros éxitos: hay octavillas, boletines e incluso —aunque mucho menos habitual— libros.

Pero las mujeres (y los hombres) de los movimientos de base no somos conscientes de que estamos haciendo historia y este es el mayor impedimento para que la registremos. Esta falta de conciencia propia es uno de los efectos más debilitantes del poder de la educación y de los medios de comunicación de masas usados contra nosotros. Desgraciadamente tenemos que añadir que la izquierda en general lo refuerza. Desde que nacemos se nos machaca con que no podemos influir en los acontecimientos y que debemos someternos a la autoridad y, al haber sido casi forzados a someternos a ella, estamos entrenados para ser incapaces de apreciar nuestro propio efecto o el efecto que tienen otras personas como nosotras. Las veces que tenemos éxito y rompemos con este adiestramiento, reconocemos nuestras experiencias, articulamos nuestras ideas, pero rara vez conseguimos introducirlas en canales reconocidos y extendidos. E incluso cuando lo logramos, son casi irreconocibles: son despedazadas en fragmentos, despojadas de sus elementos esenciales, y desechadas con

alguna frase sofisticada que implica que no son más que delirios irracionales. Más tarde vemos cómo algún periodista o cualquier otro las regurgita sobre la marcha como si acabasen de salir de su mente; y nos sentamos en un callado duelo, trágicamente derrotadas: nos roban el producto de nuestra lucha, de nuestras vísceras y nuestras mentes, y lo utilizan contra nosotras aquellos que se habían mofado y burlado, como confirmación de nuestra incapacidad y retraso.

Esta es una experiencia común. Es un asunto de vida y muerte para cualquier organización de la clase obrera, pero especialmente para una organización de mujeres, no permitir que la sabotee este tipo de imperialismo y saqueo intelectual.

Nuestras acciones reciben ataques similares. Se nos dice que lo que hacemos no tiene impacto ya que somos solo unas pocas, o unas pocas docenas, o incluso — como en las recientes manifestaciones por la paz — nada más que unos pocos cientos de miles. Los otros, la otra parte, se nos dice, siempre es más numerosa, y son amas de casas sensibles, hetero, blancas, respetables, amantes de la norma, que aman el trabajo, son las *auténticas* madres y amas de casa, merecedoras de este nombre, residentes locales, no «agitadoras de fuera» como nosotras (¡siempre, en todas partes somos de fuera!). Y sin embargo los gobiernos ajustan sus argumentos a causa de esos «pocos», pero de tal manera que puedan limitar nuestro impacto, y mantenernos ignorantes de nuestro propio poder: ignorantes frente a cómo hemos logrado que cambien, cómo nosotras *movilizamos* a la mayoría, a esos que son *como* nosotras, *son* nosotras; cómo en cierta manera estamos alterando el equilibrio de poder, cambiando el mundo; que ignoraremos que al crear problemas estamos haciendo historia.¹²

Nuestras reuniones de evaluación tienen precisamente como objetivo recoger cuánta historia hemos hecho, cuánto poder hemos aglutinado y cuánto poder potencial hemos podido lograr como consecuencia de lo que nosotras y otros hemos hecho.

Nosotras y los otros. Cuando desarrollas el hábito de ser consciente de tus propios logros históricos, aprendes a respetar

¹² Puede que la prueba más convincente de lo efectivo que ha sido el movimiento por la paz y otros movimientos es el grado de ilegalidad en el que el gobierno está dispuesto a incurrir con el objetivo de espiarnos, infiltrarse en el movimiento, pinchar nuestros teléfonos y quién sabe qué más.

y entender las luchas de otras mujeres y hombres. Reconoces, mediante la apreciación consciente de tu propia experiencia, los problemas que otros han tenido que superar y lo que, pese a esos problemas, han logrado con sus esfuerzos, para ellos mismos pero también para ti. De esta manera, evitas que te utilicen para ocultar las contribuciones de otros a la historia del movimiento —el movimiento de mujeres, el movimiento de migrantes, el movimiento gay, el movimiento obrero, etc.—, el movimiento de la clase trabajadora. Al fin y al cabo poseemos una historia de la que nos estamos reapropiando, registrando, protegiendo; una tradición de lucha que estamos desarrollando; y de esta reserva común cada una de nosotras extrae nuestro poder y todas contribuimos a ella.

Pero solo podemos proteger los logros de cada sector del movimiento si los evaluamos y cuantificamos desde la base y hacia arriba. Porque aunque somos una, también somos muchas, y esto es menos que la unión de muchas. No podemos permitirnos jamás perder de vista las divisiones de poder entre nosotras.

Por poner un ejemplo de nuestra experiencia actual, estamos recaudando dinero para las comunidades mineras que están en huelga porque sabemos que si pierden, todos perdemos, y que si ellos ganan, todos ganamos con ellos. Pero todo el dinero que recaudamos va a las mujeres, que pasan a tener el poder de negociación que les proporciona controlar el monedero. Aunque los mineros se enfrentan al gobierno y a la policía por todos nosotros, eso no significa que podamos permitir olvidarnos del poder que los hombres tienen y utilizan contra las mujeres. Presionamos para que reconozcan lo dependientes que son, y que siempre han sido, de las mujeres de las comunidades mineras.

Puesto que ahora los mineros piden —y obtienen— nuestro apoyo para su lucha, en el futuro estaremos en una mejor posición para demandarles *su* apoyo, pero solo si ahora les dejamos claro que apoyamos su huelga sobre la base de nuestra autonomía. Dicho *intercambio de poder*, en el que nos vemos reforzados por lo que otros hacen en beneficio propio, se da siempre entre sectores del movimientos cualesquiera que sean los poderes que estos confronten. Lo que asegura que el intercambio de poder vaya *en ambas direcciones*, entre los más vulnerables y aquellos que son socialmente más poderosos, es la organización

autónoma de los menos poderosos. Las mujeres de las comunidades mineras obtienen de parte de organizaciones autónomas de mujeres como la nuestra (y lo dicen públicamente) la enorme fortaleza necesaria para construir su propia autonomía frente a los hombres y los sindicatos: por una parte a favor de los hombres como huelguistas y, por otra, contra los hombres que maltratan a sus esposas —es decir, que actúan como esquirols contra sus mujeres—. Nuestras organizaciones autónomas están siempre inmersas en un continuo tejer su propio camino a través de esta contradicción, entre la esclavitud que compartimos con los más poderosos que nosotras y el ejercicio de dirección que estos tienen sobre nosotras. *El trabajo de equilibrar estos opuestos es el precio a pagar por la victoria.*

Así que lo que deben lograr las evaluaciones es desarrollar la costumbre de identificar nuestras propias victorias y reivindicarlas, así como identificar y reconocer las victorias de otras personas; un modo de crear una base para trabajar junto con otros cuyo nivel de poder es diferente al nuestro pero a los que necesitamos si queremos ganar. Cuál era el objetivo principal de la conferencia: descubrir la base común, no entre hombres y mujeres, sino entre mujeres, negras y blancas, inmigrantes y nativas. Los sectores pueden cambiar. El proceso y el objetivo siempre son los mismos.

Por último pero no menos importante, nuestras reuniones de evaluación están abiertas a que cualquiera de las presentes se queje y critique algo que haya hecho alguien, que no haya hecho o que haya dejado a medio hacer en el evento. De esta manera, cada mujer puede ser crítica con otra dentro de un marco positivo y directo, y esto evita que los comentarios inevitablemente negativos se pudran dentro de una misma y se conviertan en resentimientos y rivalidades personales (para que conste, hubo unas cuantas críticas al trabajo de compañeras durante la conferencia, que abarcaban desde la disposición de los libros hasta la hora a la que apareció por la mañana la gente, y si las personas que se habían ofrecido voluntarias para alguna tarea las habían hecho con cuidado, bien y a tiempo).

Tomarse suficientemente en serio lo que hacemos cada una de nosotras como para emplear nuestro precioso tiempo en criticarlo de manera constructiva es otra manera de expresar respeto por el tiempo y el trabajo de cada una de nosotras, de nuestro

respeto personal como mujeres y por nuestro colectivo. En el proceso planteamos los términos de las relaciones entre nosotras, ajustamos nuestras tácticas y reexaminamos nuestra división del trabajo. Cada persona forma su opinión, la ejercita y se hace más autónoma, más consciente de ella misma como protagonista, con habilidades y capacidades propias, más capaz de defenderse ella misma esté donde esté. Si la vida política no nos es provechosa también a nivel personal, si no nos resulta educativa a cada una de nosotras, si no es emocionante, si no construye poder y confianza en una misma, entonces no es más que otro pedazo de trabajo alienante, nada más que otra tragedia capitalista, que puede llevarnos a quemarnos, al abandono o acabar siendo una excusa para el arribismo. Esto ha ocurrido muy poco hasta ahora en la Campaña por Salarios.

16. La Década para la Mujer de las Naciones Unidas: una oferta que no podíamos rechazar (1985)

KOFI HADJOR, fundador y editor de la *Third World Book Review* (Londres), me pidió ayuda con la formación del grupo de mujeres jóvenes africanas del colectivo. A medida que el movimiento decrecía bajo el mandato de Reagan y Thatcher, las jóvenes iban dándole la espalda a involucrarse en política. Kofi pensó que yo debía escribir una reseña sobre la Década de la Mujer de la ONU, un evento que las mujeres jóvenes habían desechado como algo a lo que no valía la pena dedicar su atención. También muchas feministas europeas lo habían desestimado. Pero la mayor parte de las mujeres de los movimientos de base del Tercer Mundo no podían rechazar la oferta de participar de un foro global en el que se pudiesen encontrar unas con otras, e intentar presentar allí sus demandas a los gobiernos y puede que incluso a la prensa. Una y otra vez vemos cómo las que tienen menos poder intentan aprovechar cualquier ocasión que pueda sacarnos de nuestra desesperación social y económica. La ONU proporcionó oportunidades únicas de este tipo, especialmente mientras que el Grupo de los 77 —el bloque de gobiernos del Sur— constituyó un grupo cohesionado dentro de ella.

Kofi pensó que sus compañeras no tendrían en cuenta lo que podía decirles una mujer occidental así que utilicé el nombre de Fahnbulleh para ocultar mis orígenes no-africanos, el nombre lo tomé prestado de una compañera de Liberia. Nunca llegué a

saber qué impacto tuvo en ellas este análisis, pero examinar esa década desde la base y hacia arriba fue una experiencia educativa para mí (y espero que también para otras personas).

El artículo apareció por primera vez en *Third World Women's News*, núm. 1, 1986.

La Década de la Mujer de la ONU ha acabado. Su último acto, y el que más potencial tuvo, se desarrolló el 3 de julio de 1985 cuando más de 15.000 mujeres —algunos dicen que más de 20.000— se aglutinaron en el campus de la Universidad de Nairobi, con el objetivo de formar parte de su historia.

En Gran Bretaña apenas se prestó atención al cierre de la Década. Un periódico de mujeres tituló desdenosamente su reseña como: «NAIROBI: ¿tú no fuiste? ¡Yo tampoco!» sugiriendo que la falta de interés en ello era el sello de un elegante feminismo radical.¹

En 1975, Año Internacional de la Mujer, estaba ampliamente asumido que el movimiento no podría formar parte de este tipo de iniciativas del Estado sin «venderse». En 1974, justo un año antes, una conferencia sobre población, en la que la familia Rockefeller había hecho una importante inversión económica, había planeado cuántos hijos se les permitiría producir o se les coaccionaría para tener a los cuerpos de las mujeres en función de su color, su país y su clase. ¿La Década tenía como objetivo proporcionar un escaparate para dichos planes? O, peor aún, ¿fue una maniobra para hacernos trabajar aún más duro? Nosotras sabíamos que la Década de la Mujer era consecuencia del auge del movimiento de mujeres, pero estaba organizada por los gobiernos, no por el movimiento. ¿Podíamos utilizarla? ¿Podíamos siquiera evitar que nos usase?

Los temas de la Década —«Igualdad, desarrollo, paz»— reflejaban el *ménage à trois* habitual de la ONU. El término «igualdad»

¹ *Outwrite Women's Newspaper*, julio-agosto de 1985. Parecía que el gobierno británico estaba haciendo horas extras para evitar que las mujeres de Gran Bretaña tuviesen conocimientos de la Década. Cuatro de los seis representantes de Gran Bretaña en Nairobi eran miembros de la Cámara de los Lores, lo que no es más, y no puede ser otra cosa, que una declaración gubernamental de desprecio hacia nosotras, meras mortales.

reflejaba la imagen que Estados Unidos tiene de sí mismo como la tierra de la igualdad de oportunidades. También verbalizaba las aspiraciones del poderoso grupo de presión de feministas profesionales que representaba a este país (que en 1984 había logrado que un candidato a la vicepresidencia fuese una mujer y el que, como veremos, tiene en sus filas a la hija del presidente). «Paz» era una clave para la imagen promovida por los soviéticos, según la cual las mujeres no tienen problemas que emanen de su modelo social, solo los impuestos por los enemigos externos (el gobierno soviético tuvo la audacia de afirmar esto mismo a lo largo de la Década, incluso cuando las mujeres soviéticas describían la manera en la que «sufrían por la igualdad»²). Simbólicamente aprisionado entre estos dos conceptos estaba el «desarrollo», que resumía las aspiraciones de los gobiernos del Tercer Mundo.

Este consenso en los ejes de la Década, como casi todo en la política del poder, solo podía lograrse mediante la imprecisión. Por ejemplo, ¿a quién deben ser iguales las mujeres más pobres del Tercer Mundo? ¿A los hombres del Tercer Mundo?

México, 1975

Esta cuestión obvia y crucial se planteó de pasada durante la primera Conferencia Mundial sobre la Mujer de la ONU, celebrada durante el Año Internacional de la Mujer (Ciudad de México, 19 de junio-2 de julio de 1975), que fue cuando se acordó formalmente la Década (oficialmente comenzó el 1 de enero de 1976). El presidente mexicano Echeverría preguntó durante la sesión de apertura qué sentido tenía «reconocer solemnemente que todas las mujeres tienen el mismo derecho a la educación y al empleo si en la mayor parte del mundo no se podían satisfacer estas peticiones». Señaló esto mientras pedía respuestas al Nuevo Orden Económico Internacional que el Grupo de los 77 —el bloque del Tercer Mundo en la ONU— había aprobado en 1974, como parte del programa para la independencia del imperialismo, en palabras de los Gobiernos del Tercer Mundo. Esto se mencionó repetidas veces durante la Década de la Mujer como ejemplo de

² Carola Hansson y Karin Liden, *Moscow Women: Thirteen Interviews*, Londres, Stage, 1985, p. 24.

los cambios que nos gustaría alcanzar. Es muy significativo que en el documento no se nombre a las mujeres.

La Conferencia de México, presidida por un hombre, acordó un Plan de Acción Mundial cuyas líneas generales fueron trazadas por un comité presidido por una mujer —aunque hay que señalar que esta mujer era la princesa Ashraf Pahlavi de Irán, hermana del sah—. Sin embargo, las preocupaciones de las mujeres de los movimientos de base ignoradas tradicionalmente por los gobiernos lograron colarse en el Plan Mundial. El párrafo 46, por ejemplo, en el que se enumeraban los objetivos que quería lograr el Plan Mundial a lo largo de la Década, incluía: «El reconocimiento del valor económico del trabajo de las mujeres en la casa, en la producción doméstica de alimentos y su comercio y en actividades voluntarias tradicionalmente no remuneradas».

Gran parte del Plan Mundial estaba dirigido a aquellos a los que les preocupaba principalmente cambiar las «actitudes sociales» más que el orden económico. Pero reconocer «el valor económico del trabajo de las mujeres» también interpelaba a mujeres que tal vez negasen ser feministas y a un movimiento de mujeres que no se denomina como tal; en otras palabras, a la mayor parte de las mujeres del mundo cuya preocupación principal es lo duro que trabajan y a las que este invisibilizado trabajo les mantiene en la pobreza. Una y otra vez, la Década confirmaba que la pobreza y esta carga de trabajo extra eran las principales preocupaciones para las mujeres de todo el mundo.

¿Cómo logró colarse un párrafo de este tipo, sorteando a la princesa y a personas como ella, que mostraba tan claramente las preocupaciones de la mayoría de mujeres privadas de derechos? La respuesta a esta pregunta nos da la clave de cómo utilizaron las mujeres la Década. Pero el simple hecho de que el párrafo lograra superar la barrera de la princesa muestra de entrada que las mujeres la utilizaron.

La tribuna era el movimiento hablando al movimiento

Hubo más señales de que las mujeres del mundo estaban participando en «su» Década. El Consejo Económico y Social de la ONU confiere un «estatus consultivo» a organizaciones no

gubernamentales (ONG), que puedan demostrar que representan a grupos de interés significativos en la comunidad internacional y que sus objetivos amplían los de la ONU (la YWCA [Young Women's Christian Association, Asociación de Jóvenes Mujeres Cristianas], por ejemplo, tiene estatus de consejera). Un comité de este tipo de ONG de mujeres organizó la Tribuna, una asamblea alternativa que se desarrolló de manera paralela a la conferencia oficial en Ciudad de México. Más de 6.000 mujeres de todo el mundo brillaron en esta Tribuna, convirtiéndola en el encuentro más grande que había habido nunca por y para mujeres. Mientras que en la conferencia oficial se toleraron las opiniones misóginas de Arabia Saudí («Las mujeres tienen más igualdad que los hombres...»), la Tribuna era el movimiento hablándole al movimiento.

O al menos a ciertos estratos del movimiento. Al fin y al cabo, ¿quién se podía permitir ir a la Conferencia? Por supuesto muchas habían llegado de Estados Unidos, el vecino imperialista en la frontera norte del país anfitrión. Otras vinieron desde lugares mucho más lejanos. Sin embargo, la columna vertebral fueron las mujeres mexicanas y latinas, algunas de ellas mujeres de los movimientos de base que habían pagado sus pasajes con créditos de ayuda. Siendo conscientes del poder único que les concedía su número, las participantes de la Tribuna exigieron que la conferencia les rindiese cuentas, e hicieron pública su convicción de que los problemas de las mujeres son inseparables de la realidad económica y política (algo que el gobierno estadounidense en particular, estuvo negando durante toda la Década).

La primera reunión internacional de mujeres también se enfrentó a un conflicto básico que se da en todas partes dentro del movimiento de mujeres, entre las mujeres que se enfrentan a la cruda pobreza y el exceso de trabajo, y las mujeres que poseen una base económica segura. Las más poderosas (que en Ciudad de México eran exclusivamente y sin duda alguna mujeres de la metrópolis) plantearon inevitablemente problemas que si no se conectan o no están relacionados con la pobreza de las otras pueden verse como un lujo. Si estás en la pobreza, te opones a tener que tratar este tipo de asuntos, no porque (por ejemplo) no estés interesada en las opciones sexuales, sino porque estas preocupaciones son vistas —y a menudo lo son— como un ataque a tus prioridades, y una manera de hacer que tu supervivencia

deje de ser algo prioritario en la agenda, o incluso que sea eliminado de ella. Por otra parte, defender tus propias prioridades de supervivencia puede adoptar la forma de un ataque contra la opción sexual, o sobre la educación superior, o contra el derecho al divorcio, cuestiones en las que no tienes capacidad económica ni siquiera para tomarlas en consideración. En Ciudad de México se produjo un amargo choque de prioridades que, pese a que se atenuaron durante el resto de la Década, nunca desaparecieron.

El choque entre las mujeres que se enfrentan a la pobreza directa y las mujeres que tienen seguridad económica

De hecho este choque tan abierto fue algo excepcional: la mujer de los movimientos de base no ha tenido muchas oportunidades de confrontar con su propia perspectiva global a la mujer más privilegiada, pero en este choque se lograron algunas cosas. Y en 1980, cuando se celebró la Conferencia de la Mitad de la Década, mujeres como Domitila Barrios de Chungara, una activista del Comité de Amas de Casa de las Esposas de los Mineros Bolivianos, que ya en México había captado la atención pública, se había convertido en un punto de referencia internacional.³

El evento de la Media Década en principio debía haber tenido lugar en Irán (¿cuánto peso tuvo la importante posición de la

³ Moema Viezzer escuchó a Domitila (como se la conoce) hablar durante la conferencia; tras ello le ayudó a escribir un relato sobre su vida, que a la vez era una declaración de sus puntos de vista. Ha sido traducido a muchos idiomas (publicado en inglés como *Let me Speak!*, Londres, Stage, 1978). De hecho fue Domitila quien en Ciudad de México lideró el ataque contra las mujeres que priorizaban el lesbianismo («Aquellos no eran mis intereses») y que consideraban que los hombres eran el enemigo; y «que querían imponer la prostitución, el control de natalidad y todas esas cosas [...] como problemas básicos que debían ser discutidos en el Tribunal. Para nosotras sus problemas eran problemas reales pero no eran los principales. Por ejemplo, cuando hablaban de control de natalidad, nos decían que viviendo en esta pobreza no debíamos tener tantos hijos, porque no tenemos suficiente para alimentarlos. Y querían que se viese el control de natalidad como algo que resolvería todos los problemas de la humanidad y de la malnutrición [...] nuestro gobierno prefiere ver las cosas de la misma manera que ellas, para justificar el bajo nivel de vida del pueblo boliviano y los bajísimos salarios que paga a los trabajadores. Y recurren al control de natalidad indiscriminado»; véase *Let me Speak!*, cit., p. 198 [*Domitila Chungara: una vida en lucha*, Madrid, Autor-Editor, 2017].

princesa Ashraf para conseguir que se realizase allí?). Una revolución lo evitó.

Pero los tiempos también habían cambiado otras cosas. Las noticias decían que las conferencias de la Década eran ideales para recoger información y para el «trabajo en red». Nos gustaría que quede claro que el significado exacto de estas afirmaciones variaba mucho para cada uno de los diferentes sectores de mujeres.

Copenhague, 1980

Por razones muy diversas, Copenhague, la ciudad elegida, atrajo al evento organizado por las ONG, y que ahora se denominó el Foro, a más de 8.000 mujeres. Entre estas mujeres había organizadoras de movimientos de base europeas que habían reunido conjuntamente el dinero para los viajes (el precio del billete para volar a México había resultado excesivo para la mayor parte de las europeas, pero Copenhague era accesible desde el continente por coche y por ferry), así como representantes de las organizaciones de mujeres y académicas financiadas por los gobiernos y políticos de países del Tercer Mundo.

El choque más duro y más extendido en el Foro de las ONG se produjo entre las mujeres del Tercer Mundo y las mujeres de las metrópolis. Aunque el sionismo fue el tema que provocó los enfrentamientos más duros, el choque entre los dos sectores se repitió a lo largo del Foro en relación con otras cuestiones.

Por ejemplo, la circuncisión femenina. Algunas feministas metropolitanas propusieron una campaña contra ella sin tener en cuenta o sin contar apenas con las mujeres más afectadas. No hay duda de que esta arrogancia estaba alimentada por la certeza de que este tipo de caridad imperialista puede lograr fácilmente la aprobación del sistema y con ello su financiación.⁴ Pero gracias

⁴ *Newsweek*, en su número del 22 de julio de 1985, durante la conferencia de Nairobi, mostró lo útil que este tipo de temas le resultan al capitalismo imperialista y afirmaba que: «Las tradiciones culturales duraderas —sistemas de dote, infanticidio femenino y prohibiciones religiosas contra la planificación familiar— han mantenido a las mujeres de las naciones en desarrollo siglos por detrás de sus semejantes en el mundo desarrollado». ¡La explotación de las mujeres no la perpetran las multinacionales sino que son las «tradiciones culturales»! Lo que

al poder que otorga la arena internacional, las mujeres africanas y árabes lograron mantener el liderazgo de su propia lucha. La circuncisión como máquina de hacer dinero y posición de poder para feministas occidentales quedó, al menos temporalmente, de lado.

A diferencia de lo que pasa tanto con el turismo sexual como la «esclavitud sexual femenina». Las «preocupadas hermanas» siguen trabajando mano a mano con la Interpol y con el resto de fuerzas represivas y reaccionarias a la hora de evitar principalmente que las mujeres del sur de Asia crucen las fronteras nacionales para trabajar como prostitutas, o evitar que los hombres las crucen, llevando dinero para convertirse en sus clientes. Estas feministas se entregan casi religiosamente a la tarea de elevar el cariz moral —y eliminar las elecciones económicas— de las más pobres. Rara vez, si es que lo hacen alguna vez, atacan las circunstancias económicas que hacen que la prostitución resulte atractiva o que sea la única opción, ni atacan el proxenetismo y la persecución institucionalizadas de la policía y otras fuerzas poderosas.

Las moralistas académicas feministas recibieron el apoyo de un importante contingente de mujeres japonesas quienes, pese al deseo que muestran de escapar a la sumisión tradicional, parecían determinadas a mantener el poder tradicional: conservar a los maridos y los ingresos en sus casas. Llevaron a cabo grandes talleres contra el turismo sexual de Japón a Tailandia o Corea, lugares en los que las mujeres son más pobres y menos poderosas que ellas. Sin embargo viajar con el objetivo de mantener viva otra tradición japonesa —el imperialismo en Asia que es el mismo que ha ayudado a empobrecer a estas mujeres— no se criticó en absoluto.

Sea cual sea el motivo, y muchos de los motivos aunque contradictorios se unieron creando tandems en los que se asentaban confortablemente, es necesario ver para creer el celo y la entrega con la que se aplicaron a la actividad de «proteger» a las mujeres del Tercer Mundo de la posibilidad de acceder al dinero de los hombres de las metrópolis. Los talleres del Colectivo Internacional de Prostitutas, que juntaron a mujeres prostitutas, de Brasil a Alemania occidental, llenaron las salas con la poderosa presencia

Newsweek no dice es que estas tradiciones son una forma de represión política contra las mujeres que el imperialismo ha promovido y reforzado para asegurar su propia dominación tanto sobre las mujeres como sobre los hombres.

de estas mujeres y fueron las que atrajeron la mayor cantidad de gente, si bien no pudieron derrotar al *lobby* antitourismo sexual / propolicia. Hay demasiada ambigüedad en el Tercer Mundo en sí mismo respecto a las mujeres, el moralismo y el dinero.⁵

Las mujeres africanas y árabes lograron mantener el liderazgo de su propia lucha

El conflicto respecto al sionismo persistió tanto en el Foro como en la conferencia oficial gubernamental. En el Foro, las arrogantes mujeres israelíes, algunas de ellas a veces acompañadas por hombres a los que obviamente querían complacer, chocaron con las mujeres árabes en todos los talleres y eventos. Las mujeres del Tercer Mundo / de izquierdas apoyaban a Palestina. Las mujeres de clase media judío-estadounidense, a las que les pilló por sorpresa el hostil rechazo mostrado por el Tercer Mundo a su apoyo al Estado de Israel, tuvieron que ser reafirmadas regularmente en sus presupuestos mediante reuniones con el Departamento de Estado, cuyas directrices fueron: debatamos de mujeres, no de política o, lo que es lo mismo, el sionismo no se discute.⁶

⁵ Lo que significa que aquellos que disertan sobre la violencia y la inmoralidad de la pobreza lo hacen manteniéndose alejados del conflicto y atacando en su lugar las maneras que tienen los empobrecidos de sobrevivir. De todas maneras actualmente hay una producción de literatura en auge que adopta un punto de vista más realista. Véase por ejemplo Khin Thitsa, *Providence and Prostitution: Image and Reality for Women in Buddhist Thailand*, Londres, Change, 1982; y Janet M. Bujra, «Production, Property, Prostitution: Sexual Politics in Yumbe [Kenia]», en H. Johnson y H. Bernstein (ed.), *Third World Lives of Struggle*, Londres, Heinemann/Open University, 1982. Véanse también los documentos del Colectivo Inglés de Prostitutas, en particular los editados con relación al encuentro de Copenhague. Y el documento repartido en Nairobi en el que se hacía un llamamiento a la liberación de las trabajadoras callejeras de Kenia: «Ni el Foro no gubernamental ni la Conferencia de la ONU oficial le han pedido a las prostitutas de la *Sunshine City* de Kenia que enviasen delegadas. Bien al contrario, durante las dos últimas semanas estas mujeres han sido sistemáticamente perseguidas y encerradas por la policía». Las mujeres que organizaron la petición eran anónimas, pero el Colectivo Internacional de Prostitutas lo hizo circular y 500 hermanas no keniatas y unas cuantas valientes hermanas keniatas estamparon su nombre en ella. De manera anónima se le hizo llegar, vía prensa, a Margaret Kenyatta, la presidenta de la conferencia oficial.

⁶ La Heritage Foundation, grupo de presión de la CIA, publicó el documento «A US Policy for the UN Conference on Women» [La política de EEUU para la

El antisionismo podría haber sido aún más efectivo. Hay que señalar que siendo una conferencia de la ONU sobre mujeres, ni la lucha palestina, ni otras luchas de liberación, fueron presentadas desde el punto de vista de las mujeres, ni siquiera cuando las que presentaban estas luchas eran mujeres. Es totalmente contraproducente para un movimiento de liberación, sea el contexto que sea, obviar el peso aplastante del trabajo, la pobreza y la sumisión a la que en particular se han visto reducidas las mujeres gracias al subdesarrollo planificado, la conquista imperial y la ocupación militar. Mantener invisibilizados los intereses específicos de las mujeres obstruye y paraliza el ataque específico contra el imperialismo que solo pueden lanzar las mujeres del Tercer Mundo, y al que solo las mujeres del Tercer Mundo pueden lograr que otras mujeres se unan.

Pese a que el equipo del Tercer Mundo mostró cierta debilidad en este tema, debilidad que comentaremos más tarde, sí que logró aumentar la visibilización de las preocupaciones de las mujeres del Tercer Mundo.

Las mujeres realizan las dos terceras partes del trabajo mundial

En Copenhague proliferaron las investigaciones y las ponencias rigurosas—solo en México hubo 18— y muchas de ellas describían la situación de la mujer rural: las horas empleadas cada día en lograr combustible y agua, la ausencia de asistencia sanitaria a las mujeres, la falta de apoyo y de recursos como semillas, formación, tecnología... Fue aquí cuando se presentó por primera vez la cifra dada por la ONU de que las mujeres realizan las dos terceras partes del trabajo mundial por el 10 % de los ingresos y el 1 % de los activos económicos. Esta cifra la proporcionó la Organización Internacional del Trabajo (OIT), una organización asociada a la ONU con sede en Ginebra y, específicamente, la Office of Women Worker's Questions [Oficina de asuntos de las mujeres trabajadoras]. La editorial del primer número de su *Newsbulletin*, preparado para Copenhague y editado por Krishna Ahooja-Patel de la India, señalaba esto:

Conferencia de la Mujer de la ONU], y fotocopias del mismo se distribuyeron generosamente antes de Nairobi. Conminaba a dejar la política fuera de los asuntos de las mujeres.

La mayor parte de las mujeres trabajan permanentemente pero no están empleadas permanentemente como mano de obra. Esta es la diferencia entre trabajo y empleo y esta diferenciación actualmente es uno de los problemas principales. Que ellas constituyen la mitad de la población es un hecho demográfico. Que llevan a cabo un tercio del total de las horas laborales del mercado también es un dato que está comenzando a tener cabida en las estadísticas oficiales. Cálculos más recientes, basados en datos de la OIT y de la ONU, muestran que las mujeres reciben un 5 % de los ingresos mundiales y que sus ingresos son tan reducidos que la mayor parte de las mujeres no tiene margen alguno para ahorrar y en consecuencia para llegar a tener ningún tipo de activo. Por ello, no tienen control propio sobre la actividad generadora de ingresos. Si se cuantificase, no sería ninguna sorpresa que ni siquiera lleguen a poseer el 1 % de los activos mundiales.

Más allá del mercado, las desigualdades se agudizan más aún cuando se añade a la imagen general la actividad no mercantil de las mujeres. Aquí, su aportación de trabajo duplica el número de horas de trabajo que se dedican al mercado laboral. Esta es la inmensa cantidad de trabajo no remunerado que el mercado no cuantifica y que la sociedad tampoco ha reconocido. ¿Cuál es el alcance del problema? ¿Cuál es la naturaleza del trabajo de las mujeres? ¿Hasta qué punto y en qué grado participan de la economía? ¿De qué manera son recompensadas económicamente y cuáles son las tareas que desarrollan en la sociedad bajo la forma de «servicios gratuitos»?⁷

El lector percibirá que la ONU aumentó el porcentaje dado por las cifras de la OIT: el 5 % de los ingresos ascendió sin explicación alguna hasta el 10 %. Incluso así, sigue siendo una descripción breve pero excepcional de las condiciones de vida de las mujeres. Algunas mujeres asumieron la pesada tarea de separar estas cifras de entre otra multitud de cifras y publicarlas primero en el Foro y tras ello en todas partes.

Reuniones diarias de centenares de mujeres

El Foro, salpicado de activistas políticas que habían ido digiriendo la experiencia de México a lo largo de los siguientes cinco años de crecimiento del movimiento de mujeres, demostró ser un desafío

⁷ Women at Work, *ILO Newsbulletin*, núm. I, 1980, p. V.

mejor organizado a la conferencia gubernamental de lo que había resultado la Tribuna de 1975. De estos encuentros surgió el Issues Committee [Comité para la recogida de conflictos], que recogió todas las demandas que las mujeres del Foro querían que discutiesen los gobiernos reunidos. Lucille Mair, la representante jamaicana del Grupo de los 77 en México, y en aquel momento presidenta de la conferencia de gobiernos en Copenhague, acogió positivamente una reunión con el Issues Committee, aceptando y reconociendo su extensa y comprehensiva lista de preocupaciones. Este comité coordinado por Wilmette Brown, una afroamericana, contaba entre sus miembros con una mujer judía y una mujer árabe que, pese a que no se harían fotografía alguna una al lado de la otra, trabajaron bien juntas. Hay mucho por aprender de la estampa de este pequeño comité, sobrio y exitoso.

El Programa de Acción, el documento básico de la conferencia gubernamental, incluyó la demanda del reconocimiento del trabajo no remunerado que hacen las mujeres que ya se había planteado en México, con dos cambios importantes. Primero, tenía como objetivo que se contabilizase como parte del Producto Nacional Bruto el trabajo de las mujeres «en la casa, en la granja y en otros campos», que era invisible, sin remuneración y sin cuantificación. Segundo, se iba a redefinir el término «trabajador» para incluir a las mujeres que realizan este trabajo invisible. Al añadir el trabajo agrícola y con el objetivo de incluirla en el PNB [Producto Nacional Bruto], se transformaba la importancia que tenía la propuesta de 1975.

Aunque no se aprobó, tuvo un efecto unificador entre muchos de los distintos grupos del Foro. Y no cayó en el olvido.

El país que resulta elegido para albergar un evento internacional recibe una lluvia de dinero y de prestigio. Kenia ganó la licitación para la última conferencia de la Década. Para los gobiernos tanto del Este como del Oeste, Kenia proporcionaba varias ventajas que superaban la opción del Irán del sah: no solo era un régimen represivo con credenciales del Tercer Mundo sino que, como base de la ONU en África, contaba con infraestructura burocrática (fotocopiadoras y otra tecnología mediática básica) y con comodidades añadidas como los restaurantes de cocina internacional. En 1985, se intentó evitar que se reuniese el Foro de las ONG con el pretexto de que Kenia carecía de los alojamientos adecuados para miles de mujeres, y probablemente en reacción

al poder mostrado por el Foro de las ONG de 1980 y lo cerca que estuvo de influir en la conferencia gubernamental oficial. Pero pronto quedó claro que al menos 10.000 mujeres se habían apuntado para invadir Nairobi aunque tuviesen que llevar tiendas de campaña para dormir, muchas de ellas estadounidenses descendientes de africanas estaban encantadas de combinar un viaje «de vuelta a África» con la oportunidad de hacer causa común con otras hermanas del Tercer Mundo. Tanto el gobierno británico como otros gobiernos que se habían esforzado en excluir a las mujeres del mundo de su propia década tuvieron que retroceder.

Nairobi, 1985

Durante el evento, asistieron al Foro entre 15.000 y 20.000 mujeres, entre las que había un poderoso sector formado por unas 4.000 mujeres keniatas: la determinación de las mujeres keniatas locales de utilizar este encuentro mundial que tenía lugar casi a la puerta de sus propias casas nacía de una desesperación mucho mayor que la de las mujeres locales danesas en Copenhague. Limpiadoras y cocineras de la Universidad de Nairobi, donde se desarrollaba el Foro, tanto como las participantes que habían viajado desde las zonas rurales se volcaron en hacer contactos, registrar su presencia, incluso para darnos las gracias por venir. Nos contaron que las mujeres keniatas eran «esclavas»; hablaron de lo duro que trabajaban y de que los hombres tienen mucho poder sobre ellas; y dijeron que el gobierno defiende este poder. Afirmaron que la presencia de miles de mujeres las fortalecía. Una gran y sorprendente cantidad de mujeres de Nairobi había leído las novelas en gikuyu del escritor keniate, Ngugi wa Thiong'o, cuya obra estaba prohibida y que describe tanto la explotación sexual como otros tipos de explotación que sufren las mujeres a manos tanto de la nueva clase dominante como de los hombres en general. Estas mujeres conectaron inmediatamente con todos los temas tradicionalmente considerados «occidentales»: de los salarios para el trabajo doméstico a la tranquilidad respecto a las elecciones sexuales. Por ejemplo, los talleres sobre lesbianismo, que el gobierno keniate intentó prohibir,⁸ rebotaban de mujeres

⁸ Dame Nita Barrow, coordinadora del Foro no permitió que las autoridades los prohibiesen. De hecho Dame Nita logró mantener un orden considerable con una mano relativamente suave.

africanas que lanzaban las preguntas más explícitas. Aquí, como en todas partes, las mujeres del Tercer Mundo mostraron su determinación por conocer todo lo que el mundo tenía que ofrecer, cada opción, cada posibilidad. Las mujeres holandesas condujeron la presentación en la que se trataban temas relacionados con el lesbianismo. Pero mientras que en Holanda aún puedes defender con éxito el separatismo lésbico, en el Foro nadie sugirió que el lesbianismo fuese suficiente como estrategia para la liberación. En Nairobi no. En Nairobi solo las ricas y aquellas cooptadas podían atreverse a ignorar lo prioritario que era tratar la pobreza de las mujeres y el exceso de trabajo.

Un campus infestado de policía armada

Las mujeres africanas estaban preparadas para todo. Pero el problema fue que, en particular, las mujeres keniatas estaban atadas de pies y manos. En Kenia es ilegal criticar al gobierno. Para minimizar el impacto provocado por la presencia de miles de mujeres de todo el mundo en el Estado policial keniatá, el campus se vio invadido por policía armada, armados no solo con armas cortas sino que también llevaban ametralladoras. Ni siquiera los talleres estaban exentos de la presencia de hombres armados. Todos los informes, todos los relatos respecto al encuentro en Nairobi, escritos y verbales, han omitido esto. En Nairobi, incluso mujeres de la Federación Democrática Internacional de Mujeres expresaron su gratitud por la «protección» del gobierno keniatá. Ni las manifestaciones contra la dictadura de Marcos en Filipinas —que en aquellos momentos se mantenía en el poder— ni contra la Contra en Nicaragua —ni siquiera contra el *apartheid*— pudieron traspasar los muros del campus, no se permitió que nada de esto atravesase los muros y llegase a las calles, a los oídos de los medios de comunicación, o a los de la conferencia oficial, ni a la población de Kenia.

La amplia participación de la academia parecía ser otra parte de la estrategia para mantener el Foro constreñido a ciertos límites y así acolchar su impacto: las mujeres locales no tenían poder para desafiar al gobierno y los académicos no estaban por la labor de hacerlo. Los talleres abundaron en desarrollo, investigación, etc., en los cuales aquellos que habían estudiado, estaban

estudiando, o por el precio adecuado estarían encantados de estudiar en cualquier lugar donde fuese, podían comparar referencias y ampliar las perspectivas laborales. Había también una amplia presencia de planificadores sociales y de miembros de la industria de los servicios sociales, como los servicios a migrantes y a refugiados, planificación familiar o educación de adultos. Los talleres ahora eran multiculturales: los académicos habían traspasado fronteras nacionales y raciales y estaban mucho más integrados que en Copenhague. Pero aunque la Década había imposibilitado que las mujeres profesionales de las metrópolis excluyesen a las mujeres del Tercer Mundo de las industrias académicas y de servicios, poco más había cambiado: la visión desde abajo —ya fuese la de la metrópolis o la del Tercer Mundo— seguía siendo difícil de encontrar. Y cuando lograba traspasar las barreras se convertía en pura dinamita.

Durante la introducción a un taller acerca de «Relaciones entre investigación y formación con los grupos activistas: ¿Quién decide la agenda?», la presidenta dijo que los académicos necesitaban las conexiones de los activistas para realizar investigaciones sobre las mujeres rurales de manera adecuada. Sin embargo, hubo una oradora cuyo punto de partida no fueron las necesidades de los académicos. Ela Bhatt, fundadora de la Self Employed Women's Association (SEWA) [Asociaciones de Mujeres Autoempleadas] de la India, con cerca de 40.000 miembros —trabajadoras a destajo que trabajan en casa, vendedoras callejeras, vendedoras ambulantes, obreras, etc.— describió cómo SEWA había logrado que la academia fuese útil para aquellos que formaban su objeto de estudio y a costa de los cuales vivía. «Los expertos los llaman “sectores no organizados”», dijo Bhatt, «pero yo no lo llamo así».

La mayor parte de las investigaciones no tienen como objetivo forjar armas para la lucha de las mujeres

A continuación reproducimos parte de las notas que se tomaron durante su fascinante presentación de diez minutos:

Empezamos a hacer investigaciones y cuestionarios para nosotras mismas para saber más acerca de las mujeres. De esta

manera, recogimos datos acerca de sus condiciones de vida y se los proporcionamos a la prensa. Fue la primera vez que la mirada pública se posaba en las mujeres, lo que nos ayudó a hacernos visibles. El hecho de que las investigadoras fuesen parte de la comunidad, ya que eran parte de la misma comunidad de mujeres a las que se les estaban haciendo las preguntas, nos dio más credibilidad y también nos ayudó cuando hicimos llamamientos a las reuniones, porque todas ellas habían recibido en sus propias casas las visitas de las encuestadoras. Era un proceso bidireccional. Según íbamos haciendo la investigación, tuvimos la oportunidad de conocernos, de que nos conocieran y pudieron ver que las mujeres que habían hecho la encuesta regresaban más tarde para ponerla en práctica. No era un «estudio». Cuando vimos los resultados de la encuesta, vimos que necesitábamos ayuda académica. Por ejemplo, entre las carretilleras manuales, encontramos varios casos de abortos y con estos datos nos dirigimos al Health Institute para rediseñar las carretillas manuales. A las académicas les llevó muchísimo tiempo hacerlo pero lo hicieron... Otro ejemplo: la policía paró a una mujer que llevaba un carrito lleno hasta arriba y el impacto que provocaron al pararla le rompió las rodillas. Por primera vez una mujer fue a juicio exigiendo una compensación. Un litigio estratégico. La sentencia de la corte fue favorable pero querían una base sobre la que calcular la compensación, así que acudimos a la universidad para buscar un estudio que calculase un salario justo para las carretilleras. Y nos proporcionaron una estimación de 25 rupias que no pudimos ganar. Les dijimos que rebajasen sus expectativas a 15 rupias y lo ganamos.

La mayor parte de las investigaciones no tenían como objetivo forjar armas para la lucha de las mujeres de clase obrera pero este sí que era el objetivo de SEWA. Aun así, a finales de una década de bonanza para los académicos, se habían recogido —y podríamos decir que de manera rigurosa— una enorme cantidad de evidencias estadísticamente irrefutables acerca de la situación de las mujeres. Teníamos las pruebas de que las mujeres contribuían mucho más a la sociedad que los hombres y que a cambio recibían mucho menos, y esta evidencia estaba recogida utilizando casi cualquier escala concebible de medida.

La realidad de la vida de las mujeres del planeta puesta sobre la mesa

De discapacidades permanentes al nacer hasta la falta de medidas contraceptivas (50 millones de abortos anuales), del doble de trabajo a una mayor malnutrición y ratios de mortalidad más elevadas en las niñas, de menores ratios de escolarización a mayores ratios de analfabetismo, de la falta de derechos sobre la tierra a la falta de derechos para heredar, de realizar la mayor parte del trabajo no remunerado al trabajo con remuneraciones más bajas, no hay ningún país que trate a las mujeres, sea en el área que sea, con el respeto, el derecho o la estima social con el que trata a su padre, marido, hermano, hijo... da igual si estos no están bien valorados, ellas siempre estarán peor valoradas. Las estadísticas de la ONU mostradas en Copenhague supusieron el punto de partida de muchos documentos, incluyendo el informe oficial de la ONU *The State of the World's Women 1985* [Situación de la mujer en el mundo, 1985].

Por primera vez en la historia [durante el Año Internacional de la Mujer en 1975] la mirada del mundo se posaba en esa mitad de la población, que por virtud de un accidente de nacimiento, realiza dos tercios de todo el trabajo mundial, recibe una décima parte de sus ingresos y es propietaria de una centésima parte de la riqueza... Durante el último año Naciones Unidas ha ido recopilando los resultados del cuestionario cumplimentado por 121 gobiernos, en el que estos examinaban y evaluaban la situación de las mujeres en sus países. En paralelo las mismas agencias de Naciones Unidas han ido creando un fondo de investigaciones independientes proveniente de todas partes del mundo con el que completar la imagen. Los resultados de estas dos investigaciones paralelas están resumidas en el informe *The State of the World's Women 1985*.

Los resultados revelan que: las mujeres realizan casi todo el trabajo doméstico mundial lo que, unido a su trabajo adicional fuera de la casa, significa que la mayor parte de las mujeres realizan una doble jornada diaria; las mujeres cultivan cerca de la mitad de los alimentos mundiales pero apenas poseen tierra, por lo que les resulta muy difícil obtener créditos y son obviadas por los consejeros agrícolas y sus planificaciones; las mujeres

conforman una tercera parte de la mano de obra reconocida como tal del mundo, pero están confinadas a las ocupaciones peor remuneradas y son más vulnerables al despido que los hombres; y, pese a que hay algunas señales de que la diferencia salarial se ha reducido ligeramente, las mujeres aún ganan menos de las tres cuartas partes del salario de los hombres realizando empleos similares; las mujeres proporcionan más cuidados sanitarios que todos los servicios sanitarios en conjunto.

Los resultados muestran, una y otra vez, cuál es la principal causa subyacente de la desigualdad de las mujeres. El papel doméstico de la mujer como esposa y madre —que es vital para el bienestar del conjunto de la sociedad, y que consume la mitad de su tiempo y de su energía— no está remunerado y está minusvalorado.

La hambruna se extiende a menos de cincuenta millas de Nairobi

Grupos de mujeres, iglesias, grupos de presión y universidades también expusieron claramente la realidad y los datos objetivos de las vidas de las mujeres en documentos, folletos, gráficos y carteles, ilustrando con ello la intolerable extensión, incluso asesina, de su jornada laboral y otras estadísticas claves.⁹

Esta enorme masa de datos comenzó a rebosar en el vacío informativo de tiempos pasados, haciendo imposible seguir negando la relación de las mujeres con los «asuntos políticos»: el sufrimiento de las mujeres demuestra ser una y otra vez la clave del sufrimiento de niños y hombres, y cómo afrontar y acabar con las desventajas de las mujeres demuestra ser el factor clave para la supervivencia del Tercer Mundo. Tomemos como ejemplo la hambruna: «Se empieza a reconocer que la forma en la que se ha excluido sistemáticamente a las mujeres del acceso a la tierra y del control de la agricultura moderna es un factor innegable que contribuye a la grave escasez de alimentos en África».¹⁰

⁹ Por supuesto también se difundieron autocomplacientes panfletos producidos por los gobiernos acerca de lo bien que lo habían hecho «sus» mujeres y cuánto crédito podían obtener de ello. Pero esto no ha durado. Documentos de la Década, como *The State of the World's Women 1985*, se han convertido en los documentos clave.

¹⁰ *The State of the World's Women*, p. 6.

Los efectos de la hambruna eran visibles en zonas a menos de 60 km del lugar en el que se desarrollaba la conferencia gubernamental en Nairobi, pero durante la conferencia no se habló de ella. ¿Por qué no? ¿Tal vez porque la principal causa de la hambruna —la burda desventaja de las mujeres granjeras, que no era menor en Kenia— hacía que fuese demasiado explosivo señalar la «conexión femenina»? Fuera cual fuese la razón, el sistema africano, enraizado en parte en el poder de la propiedad masculina sobre la tierra y en el uso de la misma, se fue de rositas sin mucho problema. Igual que se libraron las multinacionales, cuya prosperidad se basa en esta relación de poder entre las mujeres africanas y los hombres. También lo hicieron los gobiernos del Norte, que no tuvieron que echarse la mano a los bolsillos.

La autonomía de las mujeres sudafricanas transformará todos los movimientos de mujeres del planeta

El chador con el que se oculta parte del rostro de la historia también cubre y esconde la contribución de las mujeres a la lucha. Durante su intervención en Nairobi en el Congreso Nacional Africano, Oliver Tambo, se comprometió a destruir el *apartheid* «para que las mujeres sudafricanas puedan unirse a sus hermanas en la larga marcha por la igualdad, el desarrollo y la paz». Muchas de nosotras sabemos que el Estado del *apartheid* requiere que la cartilla de la mujer africana esté firmada por el marido o el hijo, lo que otorga a los hombres africanos control y poder sobre las mujeres y sobre su posibilidad de movimiento que, aunque con relación al *apartheid* sea secundario, sigue siendo significativo. Hemos señalado el silencio de los movimientos de liberación respecto a todos aquellos temas en los que los hombres permiten que el Estado imperial utilice el poder de los hombres sobre las mujeres para dividirlos y gobernarlos a ambos; y somos muy conscientes de algunas de las consecuencias de esto como, por ejemplo, que las mujeres sudafricanas deben invertir mucha energía en defenderse de los hombres africanos dentro de la cadena de mando del *apartheid*. Desde el momento en el que construimos nuestras políticas antimperialistas desde la perspectiva de las mujeres, podemos ver cómo, en los dolorosos años anteriores a la explosión de 1985, fueron las mujeres de Crossroads y

de otras zonas de asentamientos ilegales, zonas chabolistas, las que mantuvieron viva la llama de la revuelta popular y masiva. ¿Estas heroínas están realmente «uniéndose a sus hermanas» o sus luchas solo han valido para proporcionar liderazgo a sus hermanas así como — disculpadme — a sus hermanos? ¿Hay alguien que esté preparado para dar la bienvenida — y defender — el maremoto provocado por la autonomía de las mujeres sudafricanas, y los claros efectos que ya está teniendo, y que ayudará a transformar todos los movimientos de mujeres del planeta?

Justo antes de la conferencia de Nairobi se declaró el estado de emergencia en Sudáfrica. Estados Unidos sabía que no podría evitar que el informe final de la Década, *Forward Looking Strategies for the Advancement of Women to the Year 2000* [Estrategias de futuro para el avance de las mujeres hasta el año 2000],¹¹ debatido por la conferencia del gobierno, recogiese un abierta crítica al *apartheid*. Sin embargo el sionismo seguía siendo un asunto negociable.

Antisionismo en la Carpa de la Paz

Tanto en los debates como en los talleres del Foro, el sionismo siempre fue un tema explosivo. Incluso en los debates que tuvieron lugar en la llamada Carpa de la Paz, autodenominado como «alternativa feminista a la guerra masculina». Cuando Fawzia Hassouna, una activista palestina, invitó a tres mujeres judías a que se le unieran en un panel de debate a cuatro y una de ellas, Selma James, denominó el sionismo como «la teoría y la práctica del imperialismo y del racismo», las mujeres prosionistas abandonaron su búsqueda de la paz. Sin embargo, que Israel estuviese comerciando con armas tanto en El Salvador como con Sudáfrica era una vergüenza incluso para sus defensores.

En la conferencia gubernamental, Nawal El Saadawi lideró al grupo de mujeres árabes que abandonaron la sala cuando Israel tomó la palabra durante la sesión plenaria. Desde luego era una incógnita cuál sería la resolución final respecto a *Forward Looking*

¹¹ Puede encontrarse en la web de la Unión Europea: <https://ec.europa.eu> [N. de la T.]

Strategies. El obstáculo fue el habitual: Maureen Reagan, elegida por su padre para encabezar la delegación estadounidense, dejó claro que el párrafo que igualaba sionismo con racismo era inaceptable. La presidenta, Margaret Kenyatta, otra hija de otro padre famoso y claro reflejo de este, utilizó un receso para interpellar a la Unión Soviética y al Grupo de los 77 y preguntarles si dejarían de lado el término sionismo por el bien del consenso respecto a *Forward Looking Strategies*.¹² No sabemos con cuántas promesas ni qué amenazas compraron este consenso. Sabemos que bajo la Unión Soviética dejó educadamente el asunto en manos de Kenia, su anfitrión del Tercer Mundo; hecho esto, el Grupo de los 77 cedió.

Es importante señalar que en una conferencia sobre mujeres, dividida respecto a la cuestión del sionismo, la situación específica de las mujeres palestinas —israelíes de hecho— a duras penas se nombró. Además de ello, mientras que sí que hubo mujeres en la delegación de la OLP [Organización para la Liberación de Palestina] (que tenía estatus de observador durante la conferencia gubernamental), en el enfrentamiento final de aquella última noche, el caucus fue masculino y mayor de 50 años. En una palabra, patriarcas.

La contabilización del trabajo no remunerado de las mujeres

Aun así, la aprobación del *Forward Looking Strategies* a las cinco de la madrugada del sábado 27 de julio fue una victoria. Contiene 372 párrafos y durante los próximos años las mujeres trabajarán para implementar muchos de ellos. En particular, ya se ha señalado como objetivo principal el párrafo 120, en el que se conmina a que se realicen estadísticas oficiales de la abrumadora carga de trabajo de las mujeres y, en consecuencia, se reconozca esta contribución social y económica, enorme pero invisible.

Nairobi era la última oportunidad de lograr que los gobiernos se comprometiesen internacionalmente a la contabilización del trabajo de las mujeres. La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico [WFH, en sus siglas en inglés] llevaba trabajando en

¹²Jomo Kenyatta, el primer ministro de la Kenia independiente.

esto desde antes de México: fueron ellas las que habían extraído, a partir de las estadísticas trabajadas en Copenhague, la cifra de los dos tercios y las que habían logrado que tuviese relevancia internacional. En Nairobi, mientras que el WFH llevaba la palabra al Foro («Women Count-Count Women's Work» [Las mujeres cuentan - Contabilicemos el trabajo de las mujeres]), en la conferencia gubernamental, *Housewives in Dialogue* (HinD), una ONG que acababa de recibir estatus de órgano consultivo, abordaba el párrafo 120 (entre otros). Ya durante los comités preparatorios pre-Nairobi la cuestión de la contabilización del trabajo de las mujeres había provocado conflictos internos, y sus resultados fueron más vagos y difusos que en México y Copenhague. Pero pese a que se amenazó con que el párrafo 120 no sería jamás aprobado si se volvía a incluir el PNB, las mujeres de HinD presentaron a casi todas las más de 150 delegaciones internacionales el párrafo 120 en el que se incluían diferentes enmiendas y que ahora decía así:

Las contribuciones remuneradas y, en particular, las no remuneradas de las mujeres en todos los aspectos y sectores del desarrollo deberían ser reconocidas, y se deben llevar a cabo los esfuerzos necesarios para medir estas contribuciones y que se reflejen como parte de las cuentas nacionales y las estadísticas económicas y en el Producto Nacional Bruto. Se deben tomar medidas concretas para cuantificar la contribución no remunerada de las mujeres en la agricultura, la reproducción y las tareas domésticas.

A los delegados, ahora mayoritariamente mujeres (mientras que en México eran mayoritariamente hombres), no les fue difícil darse cuenta de lo urgente y práctico que era reconocer, mediante su contabilización, la contribución de las mujeres a cada economía nacional. Pero la Unión Soviética se mostraba activamente hostil a cualquier mención de la carga de trabajo de la liberada mujer socialista. Y Estados Unidos era tan hostil como los soviéticos a la hora de cuantificar la carga de trabajo de la liberada mujer estadounidense, y también estaban decididos a no permitir que las mujeres del Tercer Mundo pudiesen lograr cuantificación alguna de su explotación, ya que esto podría allanar el camino a las quejas contra la riqueza imperialista. Por eso ningún país que dependiese de otra potencia quería defender esta declaración de manera pública. Pero en el último momento, Rosalind Forde,

delegada de Sierra Leona, con gran tacto, sacó el tema. Y una vez puesto encima de la mesa, tampoco nadie quería que se le considerara contrario a la misma. Se aprobó gracias al apoyo de las delegadas de Jordania y de Uganda.

Su aprobación alegró a muchas, incluso a Betty Friedan, que rara vez alaba algo que no haya propuesto ella y admitió que esta era la principal victoria de Nairobi.

El 19 de noviembre de 1985, en Nueva York, la Asamblea General de la ONU ratificó el documento de trabajo *Forward Looking Strategies*. Debido a su importancia para las mujeres del Tercer Mundo, algunos gobiernos y ONG querían que se remarcara la especial urgencia en la implementación del párrafo 120. Por esta misma razón, debido a su popularidad, Maureen Reagan se otorgaba públicamente esta victoria como un logro suyo (pese a que en Nairobi Estados Unidos se opuso de manera informal) mientras que, por otra parte, en la esfera privada, intentó dilatar su implementación.¹³ *A luta continua*.

¿Mereció la pena la Década? Sí, al menos para las que menos tienen y que se atreven a no dejar pasar ninguna oportunidad para dejar constancia de sus exigencias; para las que participaron en la Década con el objetivo de construir un movimiento internacional; y para aquellas que fueron recompensadas con el visible crecimiento nacional e internacional, tras cada evento de la Década, de las redes creadas entre los movimientos de base. La Década nos hizo una oferta y esta nos proporcionó una oportunidad. La mayor parte de nosotras no nos podíamos permitir rechazar una oportunidad —tenemos muy pocas— ni siquiera cuando son paquetes bomba revestidos de invitaciones gubernamentales.

Un movimiento de mujeres que crece en pueblos y ciudades

La ONU no es un gobierno, es una coalición de gobiernos en la que muchas y diversas potencias se reúnen en comités y pasillos

¹³ La oposición a la aprobación de la enmienda fue capitaneada por Allen Keyes, el segundo al mando de Maureen Reagan en la delegación estadounidense. Un afroamericano que, según se rumoreaba, obtuvo poco después de la conferencia un empleo para ayudar a Sudáfrica a limpiar su imagen pública.

para negociar sus agendas. Un puñado de mujeres —algunas funcionarias públicas internacionales anónimas; algunas personalidades famosas o representantes de prestigiosas organizaciones, incluso de gobiernos— vieron la Década como su oportunidad para introducir parte de las realidades domésticas en los relatos internacionales, para defender la causa de las mujeres de clase obrera, de las mujeres de organizaciones de base, de las mujeres rurales, cuyas voces nunca resuenan en los pasillos del poder.

La Década también inspiró a otras mujeres de los movimientos de base, inexpertas hasta entonces en la utilización de las declaraciones oficiales, los documentos y las estadísticas, a aprender las habilidades necesarias para influir en aquellos que caminan por estos pasillos, tanto en la confrontación verbal como mediante declaraciones escritas, o en el arte de presionar sutil pero efectivamente, según sea necesario. Tras una década de práctica, algunas habían desarrollado la habilidad de andar de puntillas —digna y efectivamente— sorteando los peligros del campo de minas que constituyen los bloques de potencias internacionales sin perder ni sus cabezas ni sus propósitos como organizaciones de base. Estas mujeres obtenían su fuerza de las miles de mujeres que acudieron en tropel a reunirse unas con otras en tres encuentros internacionales y en numerosos eventos nacionales e internacionales en todo el planeta, y que forman parte del creciente movimiento de mujeres que se extiende por las ciudades, grandes y pequeñas, y por los pueblos en todas partes del planeta. La ONU había organizado la Década en beneficio de los gobiernos pero, pese a lo que puedan decir los cínicos, las mujeres del mundo la utilizaron también para su propio beneficio.

17. El reto de la diversidad: reflexiones de una conferencia (1985)

Durante la primavera de 1990 y como parte de una gira estadounidense, se me pidió que cerrase la conferencia *The Challenge of Diversity: Race, Ethnicity, Class and Gender in Higher Education* [El reto de la diversidad: raza, etnia, clase y género en la educación superior] de los departamentos de Estudios de Mujeres de las Facultades de Claremont, en el Scripps College en Los Ángeles, que tuvo lugar el 24 de marzo de 1990. Acudieron unas trescientas personas. Mi recapitulación final provocó algunas respuestas muy francas por parte de la audiencia. También inspiró la formación de un grupo organizado para lidiar con algunos turbulentos incidentes racistas no resueltos que habían tenido lugar poco antes en relación con temas de contratación laboral.

Saber exactamente cómo se puede ser útil es algo difícil, pero quiero apuntar desde ya mismo que, aunque la culpa suele ser uno de los componentes del debate sobre racismo y sexismo, mi objetivo no es culpabilizar a nadie. Pese a que la vaya a nombrar y siendo tal vez crítica, quiero señalar que la culpa no me parece constructiva.

Aquí sentada, mientras os escuchaba atentamente, intentaba llegar a entender cuál es vuestro objetivo, qué queráis lograr aquí durante estos dos días: qué pensáis de los centros en los

que trabajáis como profesoras o como estudiantes, y qué pasaría si se llegara a poner en práctica en estos centros algo de lo que estáis intentando lograr. Pero antes de nada, tengo que parar un momento y tener en cuenta el contexto de la conferencia.

Vivís y trabajáis en la potencia imperial más grande que ha conocido nunca el planeta. El hecho de que estemos en Estados Unidos o se ha ignorado o apenas se ha señalado, del mismo modo que se ignora que está en proceso de unirse con la URSS (y puede que con otras potencias) para formar el *Estado Unido*, que dominará el planeta al completo, y que manipulará las mentes para manipular la riqueza de todo el planeta. Por eso si donde desarrollas tu trabajo como profesora, como estudiante, como exploradora, como observadora, como manifestante que se opone algo, como catalizadora —de tu transformación y de la de otros— es en el *Estado Unido*, entonces tienes un serio problema porque en general este Estado intentará financiar solo aquello que le ayude o al menos que no le desafíe —hablaremos de esto más tarde—. Y con ello creo que la otra cuestión ausente en el debate de ayer, al menos en las sesiones plenarias, fue el dinero. No es una palabra sucia, especialmente para aquellas de nosotras que no tenemos mucho [risas y aplausos].

Dentro de la academia está extendida la percepción de que una vez que se nombra el dinero, ya no puedes seguir debatiendo conceptos más elevados de la vida. Pero muchas de nosotras no tenemos otra opción que hacerlo porque como no tenemos suficiente dinero, los conceptos más elevados no están a nuestro alcance. Ayer debatíais acerca del poder sin debatir de dinero. Es imposible debatir seriamente acerca del poder sin debatir de dinero, puesto que el dinero, según Marx, es «el equivalente universal», la encarnación del poder social. Puede que creáis que esto no debería ser así, pero lo es. A mí estos me parecen elementos importantes del contexto dentro del cual evaluamos nuestras deliberaciones.

Otro elemento son las mentiras que nos rodean por todas partes. Aunque he nacido en esta tierra, tal y como ha señalado la hermana [*sister*, compañera], desde 1955 vivo fuera, en Gran Bretaña y durante cinco años en el Caribe. Y desde fuera, la imagen de Estados Unidos es muy distinta a la que se tiene desde dentro (veo a la hermana de Cuba que asiente con la cabeza en señal de

aprobación). La visión es muy diferente. Cuando entramos aquí por primera vez, Margaret Prescod y yo admiramos el hermoso arbolado del campus. Se supone que la torre de marfil de la academia está rodeada de belleza y tranquilidad para que puedas pensar;¹ pero en realidad está hecho así para que no pienses [risas]. También puede usarse para separarte del mundo; puede encerrarte en tu propio gueto.

Y creo que durante la conferencia no ha habido suficiente consciencia de qué es lo que se os arrebató cuando las que estáis en la academia os veis totalmente arrancadas de aquellas que estamos fuera, cuando se os amputa del mundo exterior. Hay una relación causal entre nuestro ser y nuestra consciencia: el mundo que experimentamos *en general* tiende a dar forma a lo que pensamos y sobre qué pensamos, especialmente si no actuamos de manera consciente para mitigar el poder de esta tendencia. El término «academia» parece implicar, por no decir que afirma explícitamente, que vosotras sois capaces de elevaros por encima de vuestro propio ser, por encima de vuestras circunstancias actuales. Durante la conferencia no he oído casi nada acerca de las experiencias cotidianas de la gente, lo que implica una tendencia a considerar que estas no son material válido para lo que estábamos debatiendo. Voy a mencionar algunos temas que forman parte de los elementos básicos de vuestra situación.

Algo que en absoluto es trivial: recibís fondos, ¿para hacer qué? ¿Estáis trabajando en ello? ¿Queréis hacerlo? Si no es así, ¿podéis evitar hacerlo? Me parece que esta es una pregunta que debe hacerse.² Y me doy cuenta de que al preguntar esto de esta

¹ Margaret Prescod de Women of Color in the Global Women's Strike [Mujeres de Color en la Huelga Mundial de Mujeres], Los Ángeles, fue quien gestionó que me encargara yo del cierre de la conferencia.

² «Los científicos, a cambio de financiación, se muestran de acuerdo en aceptar órdenes. Dado este acuerdo no sorprende que el gobierno promueva la imagen de los científicos como personas objetivas y ajenas a los intereses particulares; y esto no hace más que aumentar el valor de la ciencia como fuente de legitimidad de cara a las políticas públicas. Sin embargo, las investigaciones prioritarias, las prácticas de laboratorio y las jerarquías científicas están todas ellas sujetas a la eterna búsqueda de fondos por parte de los científicos para la investigación y, en último estadio, a merced de aquello por lo que el gobierno está dispuesto a pagar... Cooptados por el Estado, los científicos no están muy por la labor de cuestionar las prioridades en la investigación y su relevancia de cara a las necesidades sociales. Vulnerables en grado máximo, es bastante improbable que

manera ya no me dirijo a todo el mundo. Este es el problema al que me enfrentaba esta mañana cuando intentaba darle forma a esta intervención: ¿cómo puedo dirigirme a todo el mundo? De hecho, no puedo. Le hablo a aquellas personas que quieren tomarse en serio estas cuestiones y confrontarlas. Esto es así. Y para daros una idea de la imagen irreal del mundo que se nos presenta tanto en los medios de información como en todas partes a nuestro alrededor, que desanima cualquier tipo de inquisición seria (y esto me está afectando profundamente, no había estado en Estados Unidos desde 1987 y ya pensaba que la situación era mala), tengo que ver que el *Show de Bill Cosby* le está enseñando a mi nieta negra qué son las relaciones de raza. Esto es algo profundamente perturbador [risas]. Esta visión, esta lectura de la vida en estos Estados Unidos presentados como si fuesen la tierra de los osos amorosos constituye una enorme barrera cuando intentas explorar incluso las áreas más obvias de tu propia realidad.

Por ejemplo, esta conferencia se ha titulado «El reto de la diversidad». Sin embargo lo que hemos estado debatiendo han sido las *divisiones*, no la diversidad. Y cuando las divisiones se catalogan de «diversidad», los problemas pasan a ser considerados como cuestiones culturales y así nadie necesita identificar cómo y por qué estamos divididas. Porque no estamos divididas, somos «diversas» y se supone que no diferimos más que en premisas o prácticas culturales. Pero algunas de estas premisas y prácticas «culturales» son racistas. Y algunas son sexistas. Y si a menudo desautorizan a las personas en la universidad, no hablemos ya de qué pasa con la gente fuera de ella. Así que, ¿cómo es posible que evitéis hablar de las divisiones que existen entre nosotras dentro del mismo marco en el que se reflexiona respecto a qué hacer con estas?

Ayer tuve algunas dificultades en un taller porque tengo la impresión de que aunque la gente veía la conexión entre sexismo y racismo, la manera en la que se planteaba dicha conexión no producía una imagen de la sociedad en su conjunto. Esto frustra a la gente que quiere más que descripciones, que quiere cambio. Intentaré explicar qué es lo que quiero decir.

utilicen su poder para desafiar las políticas estatales controvertidas». Dorothy Nelkin, «Scientists in a Golden Cage», *The New York Times Book Review*, 8 de abril de 1990 (reseña de Chandra Mukerji, *A Fragile Power: Scientists and the State*, Princeton University Press).

Lo que hemos intentado hacer en la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico ha sido desarrollar una visión unificada del mundo, es decir, una visión holística de todas las divisiones entre nosotros y cómo están interconectadas, con el objetivo de construir un movimiento que socave estas divisiones. Es una perspectiva distinta a la de quien asume que hay una vía para la raza, y un camino paralelo para el género y otro paralelo para la preferencia sexual, y otro para la discapacidad. Y un camino para aquellas que ya peinamos canas y por ello no podemos seguir pensando. Y otro para aquellas que somos jóvenes y por ello aún no hemos reflexionado. Y una vía para aquellas que somos profesores. Y una vía para aquellas que somos estudiantes. Y otra más para las estudiantes lesbianas, y para las que son madres solteras, y las que acaban de salir del circuito de los subsidios sociales o las que entrarán en él en cuanto acabemos este curso.

Estamos divididas de muchas maneras, muchas. Las divisiones económicas producen inevitablemente una diversidad de hábitos y prácticas, lo que comemos, cómo vestimos, etc. Al nombrar y examinar estas divisiones, podemos lograr una concepción unificada de las relaciones reales entre nosotras, tanto las obvias como las sutiles.

Aquí se ha expresado el punto de vista (y que es algo que se suele afirmar en todas partes) de que las que trabajan en la universidad, ya sea como estudiantes o como profesoras, no son trabajadoras. Me pregunto por qué pensáis esto. ¿No trabajáis? Parte del trabajo que hacéis es por un salario, parte del trabajo no está asalariado, pero sea como sea estáis haciendo un trabajo.³

Algo básico para explorar las divisiones es encontrar cuál es tu relación con otras personas que trabajan. La jerarquía de raza es persistente, y algunas de nosotras sabemos mucho acerca de esto; puede proporcionar una herramienta para entender cómo opera la jerarquía en una sociedad dividida y cómo afecta a todo

³ «En la City University [de Nueva York] se estableció un programa llamado Seek Program [...] en gran medida dirigido a estudiantes pobres y a minorías. La vasta mayoría de los solicitantes eran mujeres, incluyendo mujeres que estaban cobrando prestaciones sociales [...] Al comienzo de 1966, cada pocas semanas estas estudiantes recibían un salario, un estipendio [...] por ir a la escuela. “Solo por ir a la escuela”. Ir a la escuela es un empleo a tiempo completo». Margaret Prescod, *Black Women*, cit., p. 31.

el mundo. Estamos hablando de divisiones de sexo, raza, clase, etc., que comprenden una jerarquía de riqueza y trabajo. Cuanta más riqueza tienes, menos trabajo tienes que hacer. Eso lo sabemos. También sabemos que las personas en la parte inferior de la jerarquía poseen menos y son las que tienen que hacer más, y que son mujeres y niños de color. El lugar desde el que puedes comenzar a atacar y socavar la jerarquía es el lugar en el que te encuentres, pero siendo conscientes y en sincronía con la manera en la que se le ataca desde la base y a partir de ahí empujando hacia arriba, la liberación no va de arriba a abajo.

Por ejemplo, la razón por la que hay Estudios de la Mujer, y Estudios Negros y Estudios Latinos en las universidades es porque, a comienzos de la décadas de 1960 y durante la década de 1970, gente de fuera de la institución comenzó a exigir que se acabase con toda la chapuza racista y más tarde sexista que se enseñaba y practicaba aquí. Y debemos estar eternamente agradecidas por esos movimientos y siempre tendremos que rendirles cuentas por lo que hacemos aquí. La gente de dentro hizo mucho por esto, pero la iniciativa y el poder de rechazar lo viejo y lo represivo penetró desde fuera, en particular gracias a los movimientos de la gente de color. Tras esto se permitió que algunos de estos «extraños» entrasen también a formar parte de la institución (a menudo para calmar sus demandas, pero esta es otra historia). Parece que esta historia se ha hundido temporalmente sin dejar rastro, pero resurgirá de nuevo.

El movimiento de mujeres también ha tenido como resultado que algunas mujeres hiciesen carrera en universidades, medios de comunicación y en organizaciones que afirman presionar y vigilar en pro de la justicia. Gracias a estrategias como estas, los «salarios de las mujeres» —sexismo— se ven estructurados y reforzados por instituciones del *establishment* y en beneficio de este, incluyendo aquellas en las que ahora hay mujeres que desempeñan roles importantes o incluso que las dirigen. No hemos oído a ninguna de estas mujeres protestar por esta estafa o contra engaños similares. Más que rechazar el plan del *establishment* basado en el sexismo (o en el racismo o...), la presencia silenciosa de las mujeres le ha prestado credibilidad. Su mansa presencia es parte de su trabajo.

Por ello debemos considerar cuidadosamente la respuesta a las preguntas ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Es simplemente una formalidad? ¿Nos estamos convirtiendo, al tiempo que declaramos tener unos principios, incluso cierto radicalismo, en una forma de camuflar lo que tal vez puede que esté pasando aquí? ¿O tenemos una responsabilidad de cara al movimiento, que es quien nos ha aupado hasta aquí, y utilizamos los estándares de ese movimiento como espejo y medida de lo que elegimos hacer y lo que rechazamos esconder bajo nuestras faldas?

Durante uno de los debates de ayer alguien preguntó ¿quién decide qué es feminismo? Bueno, lo deciden las feministas. Pero hay muchas mujeres que no se consideran a sí mismas feministas y para las cuales el feminismo ha venido a defender la doble jornada laboral. Ha venido para defender la liberación mediante el trabajo. ¿Liberarnos mediante el trabajo? ¿El derecho a trabajar? ¿Para las mujeres? Este es el único derecho que siempre se les ha garantizado a las mujeres [risas].

¿Cómo nos vamos a liberar nosotras mismas mediante más trabajo? En Estados Unidos, las mujeres negras, las mujeres latinas, las mujeres asiáticas, y muchas mujeres blancas de clase obrera siempre han trabajado fuera de casa, en las fábricas y en los campos. Nunca han tenido la oportunidad de sentarse tranquilamente en su propia cocina durante quince minutos, no puedes sugerirle seriamente a estas mujeres que un empleo las liberará. No puedes. Pero puede que el sistema necesite que esto sea lo que vosotras hagáis ahora. Vuestro trabajo de cara al movimiento es encontrar la manera de no hacer lo que el sistema quiere que hagáis, y que la manera en la que logréis hacerlo sea relevante para mujeres de todo tipo, y esto hará que ellas también os protejan; porque tan pronto como intentéis socavar esa estrategia, alguien intentará quitaros los fondos. Y entonces necesitaréis que la gente de la comunidad acuda a ayudaros para que podáis mantener vuestros fondos y así podáis seguir ayudándonos. Este es un pequeño ejemplo de cómo superar las divisiones.

Ahora voy a comentar específicamente algunas cosas que vi o escuché.

Ayer se hizo una referencia a Virginia Woolf con la que no me sentí cómoda. Por lo que sé, nunca se ha explorado el antirracismo de Virginia Woolf. Hoy no hay tiempo para que lo hagamos,

pero al menos quiero dejar dicho que respecto a la raza, como a muchas otras cosas, Virginia no fue la típica feminista blanca europea, sino que se enfrentó a gran parte de lo que ha acabado defendiendo ese sector de mujeres. Virginia Woolf quería que el presupuesto militar se dedicase a las mujeres.

Sus argumentos giraban en torno a las mujeres de clase media. Afirmó que esos presupuestos deberían ir a parar a manos de las mujeres bajo la forma de salarios para compensar por el trabajo doméstico que hacíamos; que era una manera mucho mejor de gastar el dinero. No puedo encontrar argumento alguno contra esto. En *Tres guineas*, el único libro extenso de no ficción que escribió, construyó la narración en torno a este eje. Pero la defensa que hace de los salarios para el trabajo doméstico, expuesta brillantemente en este libro extraordinario, parece no interesar a —incluso estar censurado por— sus admiradoras.⁴

Según una biografía reciente, cuando el gran economista del capitalismo John Maynard Keynes leyó *Tres guineas* mostró su «desprecio» por la idea de que el dinero dedicado a luchar en la guerra fuese en su lugar a las mujeres.⁵ Sin embargo uno de los muchos argumentos de la propuesta de Virginia fue que este salario nos salvaría de sufrir los efectos de estas doctas profesiones. Esto, dijo, nos permitiría evitar «el envenenado árbol de la prostitución intelectual».⁶

⁴ Virginia Woolf dejó claro que su demanda era que los salarios para el trabajo doméstico se les pagasen a las madres, esposas e hijos de «los hombres educados». Estaba convencida de que como mujer de clase media no tenía el derecho de hacer demandas en nombre de las mujeres de clase obrera. Debe señalarse también que escribió *Tres guineas* en plena ebullición en Gran Bretaña de la campaña dirigida por Eleanor Rathbone que exigía salarios para el trabajo doméstico de las mujeres de clase obrera. La campaña logró que se aprobase el subsidio familiar que, desde 1946, proporciona un pago económico por derecho propio a todas las madres del Reino Unido por cada niño (véase «La campaña por las prestaciones familiares» en este volumen). Virginia Woolf y Eleanor Rathbone son parte de la historia del movimiento de salarios para el trabajo doméstico en Gran Bretaña que nuestra Campaña ha recogido y unido junto con el movimiento por los derechos sociales en Estados Unidos y otros lugares. El conjunto, al menos en teoría, es mayor que la suma de todas sus partes.

⁵ Lyndall Gordon, *Virginia Woolf: A Writer's Life*, Nueva York/Londres, Norton, 1985, p. 28.

⁶ Virginia Woolf, *Three Guineas*, Nueva York, Penguin, 1982, p. 114 [ed. cast.: *Tres guineas*, Barcelona, Lumen, 1999, p. 176].

Cuando las mujeres entraban en la vida profesional, se veían involucradas en la «prostitución de la mente»; tienes que, por ejemplo, «escribir, obedeciendo órdenes de otra persona y por dinero, lo que usted no quiere escribir. Pero vender el cerebro es peor que vender el cuerpo, debido a que la que vende su cuerpo se encarga de que, una vez que ha vendido el placer momentáneo de su cuerpo, el asunto acabe allí; sin embargo, cuando la que vende su mente ha vendido su cerebro, su anémica, enferma y viciosa progeñie queda libre en el mundo para infectar y comprometer, para sembrar las semillas de la enfermedad en otros».⁷

Dijo esto. No es por lo que se conoce a Virginia Woolf, pero es lo que dijo tras haber vivido 55 años en este mundo. Desafortunadamente, cuando las mujeres mueren no pueden decirle a los que escribirán sobre ellas: «Léetelo todo hasta el final» [risas]. Si tuviésemos dinero propio antes de entrar en el mundo profesional, dijo, entonces podríamos negarnos a la prostitución a la que se han visto forzados los hombres en estas profesiones para poder mantener a sus familias y, al mismo tiempo, podríamos rechazar más fácilmente las guerras que hemos ayudado a librar a los hombres

Creo que Virginia puede sernos increíblemente útil, a todas nosotras, a las mujeres de color, a las mujeres del Tercer Mundo, a las mujeres blancas, y a los hombres que están de nuestro lado, porque nos da fuerza para exigir más de aquello a lo que tenemos derecho. Y también nos da fuerza para negarnos a reproducir o

⁷ Su argumento era que si teníamos independencia financiera podríamos dictar los términos en los que realizaríamos nuestro trabajo en estas profesiones, no que no tuviésemos que entrar en el mundo profesional. De hecho, recibir dicho salario mejoraría nuestra posición frente a cualquier trabajo que asumiésemos, asalariado o no asalariado. Segundo, las mujeres tendrían en general una capacidad mucho mayor para publicitar e imponer su voluntad colectiva a los patrones de las mujeres profesionales y a las profesionales mismas. En la situación actual, las mujeres que escalan en la jerarquía social y económica ejercen su poder de la manera que ellas eligen hacerlo, a menudo sin tener en cuenta las necesidades de otras mujeres ni las de las personas de los movimientos de base. No se sienten responsables, y no se les pide que lo sean. Se espera que otras mujeres se alegren cuando estas suben en la escala social sin que deban comprometerse respecto al uso de su poder. Cuando el primer ministro Major no escogió a ninguna mujer para su gabinete, las mujeres del Partido Conservador desataron una tormenta de críticas, e incluso las mujeres del Partido Laborista se quejaron. Pero en ningún momento se habló de cuáles serían las posiciones de las mujeres *tory* en el gabinete.

a permitir que otras mujeres reproduzcan lo que hemos estado atacando en los hombres, lo que hacen y lo que son.

Pondré otro ejemplo de lo que sucede hoy en día entre las feministas que tienen puestos profesionales y las no feministas que no tienen una profesión, y puede que tal vez entonces podamos pasar a hablar de manera más concreta acerca de qué podemos hacer.

Como ha señalado mi muy generosa presentadora, la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico ha estado trabajando con el objetivo de lograr que los gobiernos contabilicen el trabajo no asalariado de las mujeres como parte del Producto Nacional Bruto. Y en 1985, durante la Conferencia Mundial de la Década de la ONU para la Mujer en Nairobi, logramos que la ONU acordase que se contabilizaría; en principio todos los gobiernos estuvieron de acuerdo con el párrafo 120 del *Forward Looking Strategies for the Advancement of Women*, el documento de la ONU que resumía la Década de la Mujer de la ONU. Por supuesto existe una brecha entre el compromiso en el papel y la implementación en la práctica; y respecto a la práctica la mayor parte de los gobiernos no han hecho casi nada. Así que hemos estado haciendo presión, etc., y de hecho algunas mujeres presentes aquí hoy han tomado parte con nosotras de la acción del Time Off o de acciones similares en torno al 24 de octubre,⁸ fecha que marca nuestra movilización internacional para presionar a los gobiernos de todo el mundo para que implementen el párrafo 120.

Además a finales de febrero, cuando llegué a EEUU, algunas mujeres de la Campaña de Trinidad y Tobago y de Inglaterra acudieron a una sesión especial de la ONU en Viena sobre el Estatuto de la Mujer. La Comisión debatió acerca de qué decisiones de la ONU de 1985 debían priorizarse. A nuestra delegación le pareció que algunos de los países clave de la Comisión no querían que se priorizara el párrafo 120, el que recoge la contabilización del trabajo no asalariado de las mujeres. En la Conferencia de Nairobi, Alan Keyes, el representante estadounidense para la

⁸ El Time Off y la fecha del 24 de octubre están ligadas al paro de mujeres islandesas que tuvo lugar el 24 de octubre de 1975 en el que las mujeres decidieron que no cocinarían, no cuidarían y no harían ninguna de las tareas que por defecto tenían asignadas provocando con ello un paro general en todo el país. Lo que al principio para muchas fue casi una broma impulsó la visibilización del trabajo de la mujer. [N. de la T.]

ONU (un hombre negro que poco después asumiría un trabajo como lobista para el gobierno sudafricano), le dijo a Margaret Prescod que Estados Unidos estaba en contra del párrafo 120 porque en el momento en el que las mujeres, especialmente las mujeres del Tercer Mundo, se dieran cuenta de cuánto vale su trabajo no remunerado, vendrían a Estados Unidos a exigir este dinero. Sin duda lo harían. Deberían hacerlo [risas] porque la cuestión por supuesto no es cuánto le debe el Tercer Mundo a los bancos sino cuánto le deben los bancos al Tercer Mundo, empujando por cuánto le deben a las mujeres.⁹

De todas maneras, en Viena quedó claro que los gobiernos occidentales no querían que se contabilizase el trabajo de las mujeres dentro del PNB. Porque entonces no serían solo las mujeres del Tercer Mundo sino también las de su propio harén, por decirlo de alguna manera, las que reclamarían el dinero que se les debe en cuanto tuviesen la prueba ocular del valor del trabajo que hacen y que no está remunerado. Por esta razón los gobiernos —en esta época de feminismo, representados en Viena predominantemente por mujeres— hablaron poco y de manera vaga acerca de esta contabilización del trabajo de las mujeres, pero fueron mucho más claros a la hora de empujar a las mujeres a salir al mercado laboral, y más aún acerca de las oportunidades

⁹ «Se estima que este año el Tercer Mundo ha devuelto unos 43 mil millones de dólares a los acreedores de los países desarrollados; en el quinto año sucesivo en el que los flujos financieros netos han ido de los países pobres a los ricos, las estadísticas anuales del Banco Mundial «Debt Tables» muestran hoy que [...] los países fuertemente endeudados siguen sufriendo unos estándares de vida y de producción en declive como consecuencia de la deuda con la que cargan [...] La existencia de sustanciales flujos de activos netos de recursos a los países ricos es un factor principal que oprime el crecimiento del Tercer Mundo. Los deudores solo pueden generar dólares al servicio de la deuda si producen enormes superpluses para la exportación sobre las importaciones, lo que a su vez significa restringir drásticamente el gasto y el crecimiento doméstico» («Third World Pays \$43 billiones Back to Its Rich Creditors» [El Tercer Mundo paga 43 mil millones de dólares a sus ricos acreedores], *The Guardian*, 19 de diciembre de 1988). «El ritmo al que los países en vías de desarrollo han estado devolviendo dinero a las naciones más ricas se aceleró dramáticamente el año pasado, alcanzando un récord total de 50,1 mil millones de dólares, casi 12 mil millones de dólares más desde 1987, revela el Banco Mundial en su informe anual que se hará público el lunes [...] La salida de 50,1\$ mil millones de los países en desarrollo en 1988 representaba la diferencia entre un nuevo préstamo de 92,3 mil millones y devoluciones del principal y de los intereses de 142,4 mil millones» («Poor Pay \$50 Billion to Rich» [Los pobres pagan 50 mil millones a los ricos], *International Herald Tribune*, 18 de septiembre de 1989, p. 17.

de empleo y promoción profesional para las mujeres dentro de la ONU. ¿Sabéis qué significa eso? Esto quiere decir que hay un intercambio comercial: se le resta importancia a esta contabilización del trabajo no asalariado de las mujeres a cambio de unos pocos empleos para algunas mujeres dentro de la ONU. Este intercambio comercial es algo aceptable para demasiadas trepas que se autodenominan feministas.

Y este es el anzuelo en el que siempre pica la gente. Cada vez que construimos un movimiento algunas personas obtienen un empleo y aquellos que obtienen empleos afirman que este era el objetivo del movimiento. Que este era el cambio que se buscaba. Y de hecho, si lo miramos más detenidamente, vemos que este era *uno* de los objetivos: colocar a personas en puestos de poder para poder llevar a cabo los cambios que queremos. Pero aquellos que obtienen los empleos, con el objetivo de seguir ascendiendo en la escala salarial y de poder, o incluso nada más que para mantener sus empleos, transmutan los objetivos y necesidades de todo el movimiento en el objetivo y las necesidades de una hermandad de prostitutas mentales. Los movimientos lo permiten porque aún no han decidido al servicio de quién están, a quién obedecen en esta jerarquía, si a los de arriba o a los de abajo. Pero tenemos motivos para evitar esto y estamos impulsando maneras de hacerlo, para empezar, haciendo como ya hizo Virginia, llamándolo por su nombre, dejando claro qué es lo que está pasando y haciéndolo de la manera más precisa que podamos. La precisión a la hora de explorar los obstáculos para la liberación de la mujer difícilmente se logrará reemplazando «sexo» con «género». El hecho en sí puede resultar útil, pero puede dar la impresión de que estamos dando rodeos evitando cualquier cosa que pueda ser problemática.

Hay muy poca precisión. Y ayer en uno de los talleres encontré una razón del por qué de esta imprecisión. No soy una académica, y no fui a la universidad. De todas maneras, en este taller extremadamente académico se planteó algo con lo que la gente estuvo de acuerdo, y tras ello otra persona dijo exactamente lo opuesto y la gente también estuvo de acuerdo con eso, y entonces se llegó a esta conclusión: ¡Ambos son ciertos! [risas] No puedes tener ambos. No puedes atacar el racismo y debatir acerca de si el racismo existe o no. Una cosa niega, desacredita, a la otra. Tienes que escoger. Muchas veces puedes encontrar

puntos de conexión entre opuestos, pero esto depende de qué estés debatiendo: el racismo y el antirracismo no son opuestos compatibles. Afirmar lo contrario significa desconectar las ideas y el lenguaje de la lucha a vida o muerte en la que estos desarrollan su existencia justificando y articulando el racismo. No, si quieres puedes engañarte a ti misma respecto a qué es lo que piensas en realidad pero lo que estás haciendo es demostrando tu «contradicción». Debemos mostrarnos escrupulosos: 1984 de Orwell ha quedado atrás y en la jerarquía al Gran Hermano se le ha unido la Gran Hermana. Ayer en un taller pudimos ver exactamente este tipo de abstracción en relación con la cuestión de la raza. Y algunas de las que estaban allí tenéis muy claro qué estaba pasando; tenéis que manteneros firmes; no podéis dejar que pasen este tipo de cosas y no mostrar vuestro rechazo. No podéis permitir que el puro racismo se disfrace de mera y razonable especulación académica.

Hay otra consideración importante: si tienes una posición clara tienes que mantenerte en tu sitio. No tienes que ser desagradable, aunque enfadarte puede ayudar —de una manera controlada, por supuesto— [risas]. Estos debates no son *solo* abstracciones; o bien describen nuestra realidad o bien la mistifican, reprimiendo la oposición. De cualquier modo tienen un impacto en nuestras vidas, y esto hace que las tomemos de manera personal. Pero tenemos que evitar perder la capacidad de elegir cómo queremos responder, y tampoco debemos justificarnos si la perdemos con autocomplacencia, porque esto provoca que la respuesta pase a ser el foco central y el asunto en sí mismo —«la cosa misma»— se pierde como foco de la respuesta.¹⁰

Y tengo que añadir una crítica al discurso de la noche de antes de ayer, que lidiaba con la cuestión de la raza. La oradora se refirió a la gente blanca como «mi gente». No pueden serlo [risa generalizada]. No sé siquiera por dónde empezar a explicar esto. Hay veces en las que decir «mi gente» es aceptable, pero si dices

¹⁰ «Basta hojear aquellas viejas novelas olvidadas y escuchar el tono de voz en el que están escritas para adivinar que el autor era objeto de críticas; decía tal cosa con fines agresivos, tal otra con fines conciliadores [...] Según su temperamento, reaccionaba ante la crítica con docilidad y modestia o con cólera y énfasis. No importa cuál; estaba pensando en algo que no era la obra en sí». Virginia Woolf, *A Room of One's Own*, Londres, Granada, 1983, p. 71 [ed. cast.: *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 2008, p. 54].

que la gente blanca son «mi gente» estás diciendo que otras personas, las personas de color, no son «mi gente». Esto describe tu elección, y no lo que te ha impuesto una sociedad racista. Esto es algo a lo que tenéis que poner fin. Y debéis ponerle fin aquí, no solo porque estáis a punto de sufrir una invasión del exterior —hay un nuevo movimiento en marcha que no va a tolerarlo— sino porque este posicionamiento puede volverte loca; puedes acabar en un estado de esquizofrenia en el que seas incapaz de continuar con vuestra vida y acabéis no haciendo otra cosa que contar vuestros cheques [risas].

Queremos mantenernos juntas pero no a expensas de ocultar las divisiones reales entre nosotras. De hecho solo teniendo esto claro podemos unirnos de una manera en la que ahora no lo estamos.

Ayer se dijeron muchas cosas interesantes, no estoy mencionando muchas de ellas. Estoy intentando plantear un punto de vista que busca proporcionar un contexto para lo que se dijo acerca de vuestras situaciones específicas, situaciones que yo desconozco.

Alguien dijo que las personas blancas se refieren a las personas negras como «ellas», pero que nunca dicen que se están refiriendo a las personas negras (¿estaba esta persona respondiendo a ese «mi gente»?). Esto es alarmante y significativo. Y este es justo el punto de partida del estudio sobre las Brontë en el que estoy trabajando, y de mis argumentos en contra de lo que se ha convertido el feminismo. Puede que mediante el trabajo de Brontë pueda ilustrar cómo este marco de trabajo político no te limita; al contrario puede ampliar vuestro espacio. Tampoco te fuerza a formar parte de una actividad política en el sentido habitual, pero te ayuda a lidiar con las relaciones políticas en las que nos vemos involucradas en todo momento, quiero decir, cuando lidiamos con las divisiones entre nosotras; esta es una actividad difícil y continua, inseparable de cualquier cosa que estés haciendo. Y puede servirte de ayuda para pensar con claridad respecto a cualquier cosa. Las Brontë son mi calentamiento previo cuando me tengo que centrar en pensar algo.

Las feministas están enamoradas de Charlotte Brontë. Sin embargo lo que mejor resume las penurias de la Jane Eyre de Charlotte fue: «Lector, me he casado con él». Lector, me he casado con

el jefe. ¡No, oye, esto no es suficiente! [risas]. Charlotte Brontë fue una ferviente racista. Si queréis saber dónde se posiciona, comparadla con su hermana Emily Brontë, quien dijo: «Yo soy Heathcliff», yo soy el hombre de color, el que ha sido un niño de la calle. Y esto es solo el principio de lo que yo creo que tenemos que hacer, no solo si somos blancos, sino seamos quienes seamos. Tenemos que identificarnos totalmente con aquellos que tienen menos poder que nosotros: no solo estamos «con ellos»; nosotros *somos* «ellos». De esta manera el poder reside en todos nosotros, el fin de las divisiones, el fin de la jerarquía y el florecimiento de la diversidad real y la individualidad.

Ayer se debatió acerca del rol de los hombres blancos a la hora de mantener el sexismo y el racismo. En 1977, en Trafalgar Square en Londres, Women Against Rape, una iniciativa que la Campaña ayudó a lanzar, llevó a juicio al gobierno y a la industria por violación y conspiración a la violación, en primer lugar por gastar todo nuestro dinero en el presupuesto de defensa haciendo que seamos demasiado pobres para, por ejemplo, defendernos nosotras mismas de vernos arrastradas a la guerra. Nuestro argumento contra los acusados: vosotros os apoyáis en el poder de los hombres sobre las mujeres para mantener vuestro poder sobre todo el mundo. Pulla. Este enfoque no deja que los hombres se salgan con la suya pero tampoco dice que los hombres sean el enemigo. Tratar a los hombres blancos como el enemigo tampoco socava la jerarquía, solo abre el espacio para que algunas mujeres suban algunos peldaños. Las «instituciones políticas y económicas que nos gobiernan», de cuya estructura forman parte el racismo y el sexismo, y que los implementan, pueden incorporar simbólicamente mujeres, y una cuota simbólica de negros, e hispanos, y nativo americanos, y asiáticos, y todo ello sin alterar fundamentalmente su estructura ni sus objetivos.

Otra cosa acerca de los hombres. Desde hace unos cuantos años he sido un punto de unión con Payday, una red internacional de hombres que denuncian todo tipo de trabajo no remunerado, que colaboran con nuestra Campaña y en favor de ella. Y he descubierto que excepto en su relación con las mujeres, en todo lo demás son exactamente iguales que las mujeres [risas]. Están tan preocupados como lo estamos nosotras, tan inseguros como nosotras, tan indecisos como nosotras y están casi tan esclavizados como nosotras, pero no en relación con nosotras.

Digo esto para ilustrar que entre nosotros hay menos diversidad de lo que las divisiones nos hacen pensar; las divisiones ocultan nuestros puntos en común.

Y después de esto, ¿qué? La precisión que creo que deberíamos intentar lograr, y la claridad que esta proporciona, proviene de las conexiones con el resto del mundo, no de la torre de marfil académica. Aquí tenéis una base y, por supuesto, debéis mantenerla. Pero también debéis compartirla; junto con la comunidad podéis decidir en qué términos y defenderlos. Todo el mundo tiene derecho a informarse e intercambiar ideas. La libre admisión fue una lucha pionera de los años sesenta que abrió el camino a los Estudios Negros, a los Estudios de la Mujer, etc. De todas maneras, abrirse al mundo y acogerlo no es un sacrificio. Tenemos una base que nos puede unir como mujeres: reconocer el trabajo invisible que compartís con otras mujeres y que, aunque vuestro estatus de profesionales os anima a rechazar, sin embargo, como vosotras mismas sois mujeres os veis coaccionadas a hacer (de manera casi invisible muchas veces).

La ONU ha afirmado que nosotras, las mujeres, realizamos dos tercios del trabajo mundial a cambio del 10 % —la OIT dice que es el 5 %— de los ingresos. Esto quiere decir que las mujeres hacemos una cantidad ingente de trabajo, el doble que los hombres. Ah, sí, pero los distintos sectores de mujeres realizan cantidades distintas de trabajo a cambio de ingresos distintos. Así que aunque por una parte vemos que somos las mujeres las que hacemos la colada, lavamos la ropa en la orilla del río o en una lavadora, esto es lo que tenemos en común; por otra parte, hay una gran división entre aquellas de nosotras que utilizamos una lavadora y aquellas de nosotras que utilizamos las piedras a la orilla del río. Esta es la dualidad en la que trabajamos siempre; si esta división no se reconoce, no podemos seguir adelante, a no ser que lo hagamos cada vez más solas y contra otras mujeres, otras personas de color, otras orientaciones sexuales, otras trabajadoras.

De hecho, la investigación de la doble jornada laboral para otras mujeres, que contribuye tanto a esta cifra de los dos tercios en Estados Unidos, debe comenzar por explorar la doble jornada de las mujeres aquí mismo. Me parece que deberíais descubrir cuánto trabajo realizan las mujeres del campus, las estudiantes y docentes, las mecanógrafas y las limpiadoras, etc. Y cuánto

trabajo hacen los hombres; y cuando los hombres hayan escuchado cuál es el trabajo que hacemos nosotras animarles a que definan cuál es el trabajo que hacen ellos.

Porque cuando lidiamos con las divisiones, estamos lidiando con las relaciones de poder basadas en quién tiene el dinero y quién está haciendo el trabajo. Y es imposible mirar a la cara esas relaciones de poder y no preguntarse: ¿qué trabajo estoy haciendo yo? Esta es una pregunta muy importante. Y en función de tu respuesta puedes empezar a conectarte tú misma con otras mujeres del mundo que también hacen ese trabajo. Tal vez os han dicho que por ser mujeres de la academia estáis separadas total e irremediamente de otras mujeres. Pero de hecho cada noche que volvéis a casa vais a la cocina, estoy segura de que lo hacéis. Y si no es así es porque hay otra mujer que trabaja en tu cocina, y te toca enfrentarte a la certeza de que tu estudio sobre las mujeres es posible gracias al trabajo de esa mujer en tu cocina. En Gran Bretaña estamos viendo algo bastante irónico: feministas que se muestran hostiles a los salarios para el trabajo doméstico pero que pagan a otras mujeres para hacer su trabajo doméstico. Sin embargo, si esta mujer recibiera un salario por su propio trabajo doméstico, no haría el de ninguna otra persona. Algunas veces creo que la gente se opone al salario para el trabajo doméstico porque esto provocaría que subiese el precio de las asistentes [risas].

Así que empezad por quiénes sois vosotras mismas porque eso abre el camino para comprender quiénes son todas las demás y dónde está el movimiento y cómo podemos convertirnos en una avanzadilla del mismo, pero también nos muestra que podemos intentar no ser una avanzadilla de aquellos que os financian con objetivos ajenos e inútiles. Lo que viene a ser, internacionalmente, el complejo industrial militar, Oeste y Este mano a mano.

(Por cierto, durante uno de los debates alguien dijo que la gente de fuera de la academia no piensa en términos teóricos. Ni siquiera estoy segura de que sea útil pensar teóricamente tal y como normalmente se define y practica. Pero podemos estar seguras de que el trabajo mental está en marcha allí fuera: generalizando, comparando y contrastando y trazando conexiones.

Muchas realidades son mucho más obvias desde fuera que desde los pasillos de la torre de marfil. Aunque no tenemos

tiempo para demostrar esto aquí, estoy convencida de que los pensamientos más profundos y la articulación más clara de la realidad surgen de la acción social, de la acción colectiva, por parte de personas cuyo contacto visual con la realidad no está en general mediada por sesudos libros aprendidos de memoria. Cuando las ideas y direcciones nuevas comienzan a formar parte integral de los movimientos, son pocos los académicos que se preocupan en anotar el origen de estas luchas).

El movimiento en Europa del Este tiene mucho que enseñarnos. Y acabaré mi intervención con esto. A las mujeres de Europa del Este se les aseguró (como a nosotras) que la liberación consistía en tener un empleo fuera de casa. Están agotadas. Tres de nosotras, miembros de la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico, acudimos a una conferencia de mujeres por la paz en Moscú en 1987, y las mujeres soviéticas nos contaron lo desesperadas que están. Esto es lo primero que tenemos que aprender de ellas. Podríamos haberlo aprendido de las mujeres de cualquier país del Tercer Mundo, o incluso de las áreas tercermundistas de este país metropolitano, en Estados Unidos hay mucho Tercer Mundo (y por cierto, vuestra actitud hacia el Tercer Mundo comienza con vuestra actitud hacia el Tercer Mundo en la metrópolis. Si, por ejemplo, no estáis preocupadas por la inmigración, por favor no nos contéis lo tristes que os sentís por los niños en África) [aplauso].

La otra lección que Europa del Este nos ha hecho llegar en los últimos tiempos, y que es fuente de gran esperanza, es que hoy en día las cosas pueden cambiar rápidamente. Actualmente me produce rechazo denominarme yo misma como «marxista», porque tras cien años de desinformación, de «interpretación» y de estalinismo no confío en eso que se supone que es el marxismo, pero el mismo Marx es —literalmente— el hombre principal en mi vida. Y una de sus muy inteligentes afirmaciones fue: la revolución llega como un ladrón en la noche. Esto es, rápidamente, de manera inesperada, cuando no estás mirando. Hace un siglo que dijo esto. Nuestro problema es conseguir que nuestras mentes vayan a la velocidad de una realidad que cambia masiva y rápidamente. Pese a la distancia y la división, nosotras *somos* ellas, y sus acciones están transformando *nuestras* personalidades y nuestras relaciones, y nuestra consciencia de lo que es posible para nosotras. Hay gente que aún dice: «Bueno no hay nada que

hacer, y será así durante años y han sido ocho años de Reagan y ahora son cuatro años de Bush y quién sabe quién saldrá elegido la próxima vez, y seguirá siendo así una y otra vez». Esta visión derrotista es un punto de vista perezoso y a la vez reconfortante: te da permiso para no hacer nada.

Creo que Marx trabajaba en dos escalas temporales: una que señala lo que va a suceder mañana y otra que señala lo que no sucederá mañana [risas]. Sí. Me parece perspicaz. Una sucederá mañana y por eso debemos tener esperanza; y la otra es la que nos dice que no sucederá mañana y por eso debemos trabajar a largo plazo. Pero no puedes escoger hacer solo una u otra, debes hacer las dos cosas.

Porque, ¿sabes?, mañana sucederá *algo*. Lo único que no sabemos es qué es lo que sucederá. Y ahora sabemos que en pocas horas puedes tener a miles de personas en la calle y que puede que la policía no les dispare porque son demasiados. Este es el mundo en el que vivimos, en el que miles de personas, de hecho millones, que creías que no «pensaban teóricamente» o que no pensaban en absoluto, y que a diferencia de los profesores no lo han investigado, que no pueden saber en qué punto se encuentran y que por ello son apáticos, y reaccionarios, y su consciencia es limitada y reducida... de repente, todos ellos salen a la calle y dicen «no», y nadie puede tomar un sí como respuesta, porque ha dicho «no» una cantidad tan grande de gente que el mundo cambia un poco, y los profesores salen rápidamente a pedir una beca para analizar lo que no pudieron prever y menos aún crear.

Y si este es el contexto de todas nuestras vidas, entonces de lo que nos tenemos que preocupar es de lo que hacemos *nosotras*, de si *nosotras* estamos creando las conexiones, si somos *nosotras* las que estamos apáticas y somos —sí— las reaccionarias, y ver cuánto tenemos que correr para mantenernos al ritmo de una realidad en transformación que nosotras, junto con millones de personas en todas partes, estamos determinadas a transformar sacudiendo la jerarquía desde la base y haciendo que caiga.

Gracias.

18. El trabajo no remunerado de las mujeres: el corazón del sector informal (1991)

SOLVEIG FRANCIS y yo representamos al movimiento para lograr la contabilización del trabajo no asalariado en el INSTRAW's Consultive Meeting of Experts in Macro-Economic Policy and Analysis for Women's Participation in the Informal Sector [Comité Consultivo de Expertos en Política y Análisis Macroeconómico de la Participación de las Mujeres en el Sector Informal de INSTRAW] en Roma el 10 de marzo de 1991.¹

Durante la Conferencia Mundial de la Década de las Naciones Unidas para la Mujer celebrada en Nairobi, las Housewives in Dialogue [Amas de casa por el Diálogo] presentaron pruebas que ayudaron a que los delegados de los gobiernos llegasen a un acuerdo sobre las enmiendas hechas al párrafo 120 del documento *Forward-Looking Strategies*. El párrafo 120 conmina a los gobiernos a contabilizar dentro del PNB el trabajo «no remunerado» de las mujeres —no pagado o no remunerado— en la «agricultura, la producción de alimentos, la reproducción y las actividades domésticas». La Campaña Internacional por el Salario

¹ INSTRAW: United Nations International Research and Training Institute for the Advancement of Women [Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer; <https://www.dicc.hegoa.ehu.eus/listar/mostrar/130>].

para el Trabajo Doméstico lideró durante casi dos décadas de trabajo a pie de calle y presión continua la recopilación de las consecuencias del trabajo no asalariado del que dependen y con el que cuentan, pese a no estar contabilizado, cada individuo y cada institución. Hay señales de que nos estamos moviendo lenta pero firmemente hacia su implementación: proyectos piloto, tales como el Measuring Unpaid Household Work [Contabilización del Trabajo Doméstico No Remunerado] en Australia; una directiva política nacional en Trinidad y Tobago; un proyecto de ley en el Parlamento británico; una resolución en el Parlamento Europeo, y la Recomendación v emitida por la UN Comisión on the Status of Women [Comisión de la ONU sobre el Estatus de la Mujer] para que se priorice la implementación dentro de las políticas nacionales la contabilización del trabajo no asalariado de las mujeres para 1995, además de recomendar que la ONU desarrolle herramientas para esta contabilización.

El presente

Pese a estos avances en pro del reconocimiento del trabajo no asalariado, que se estima produce casi el 50 % del PNB, las mujeres del Tercer Mundo se ven empujadas a «entrar en el proceso de desarrollo» y a las mujeres metropolitanas se las conmina a «salir fuera a trabajar».² De hecho, con la crisis económica, crisis que parece que nunca cesa para las mujeres, estén donde estén, cada vez menos y menos mujeres pueden negarse a trabajar en al menos dos trabajos. La llamada «doble jornada» es un fenómeno internacional que irónicamente se desarrolla en paralelo a la «feminización de la pobreza»: un aumento de la carga de trabajo y de la caída en el nivel de vida. Pero mientras que las mujeres de los países metropolitanos que tienen dos trabajos —trabajo doméstico y trabajo fuera de casa— obtienen un salario, las mujeres de los países del Tercer Mundo, incluso las que tienen dos trabajos —trabajo doméstico y, por ejemplo, trabajo en la agricultura

² «Valuing Domestic Activities», Second ECE/INSTRAW Joint Meeting on Statistics of Women, [Valoración de las actividades domésticas; segundo encuentro conjunto sobre mujeres y estadísticas del ECE/INSTRAW], ONU, Comisión Económica para Europa, Ginebra, 2 de noviembre de 1989.

de subsistencia— a menudo siguen sin obtener salario alguno y a veces incluso ni comida. Además, para echarle sal a la herida, las mujeres que no logran un salario por su trabajo pueden acabar engrosando, sea cual sea su país, las estadísticas de personas «económicamente inactivas».

En 1982, la OIT, «con el objetivo de poder comparar datos internacionales [...] todos los miembros de las fuerzas armadas [...] son considerados empleados». Pero por otra parte incluyeron «una categoría separada [...] para contabilizar las personas que no son económicamente activas pero que contribuyen a la producción y a la economía social. Esta categoría incluye amas de casa, trabajadores comunitarios y voluntarios y personas involucradas en determinadas actividades de subsistencia [...]».³ Se consideran trabajadores a personas cuyo negocio es la muerte y se le niega este reconocimiento a quien reproduce la vida.

La definición de trabajo y de productividad dice mucho acerca de las prioridades que han provocado, o al menos permitido, el aumento de la pobreza mundial durante la década de los años ochenta y la muerte, daño o desplazamiento de 80 millones de personas causadas por 105 guerras desde 1945 hasta hoy en día (aunque hay que recordar que esta lista omite la Guerra del Golfo).⁴

Pese a este «olvido» y «descuido», todos los sectores de todas las economías dependen del trabajo doméstico no remunerado de las mujeres para reproducir su ingrediente básico: la fuerza de trabajo.⁵ El trabajo doméstico no asalariado es el corazón de todos y cada uno de los sectores económicos formal, informal, asalariado o no asalariado, no solo porque pone en manos del comercio y la industria una nueva generación de trabajadores, sino porque diariamente reproduce la mente y el músculo humanos,

³ «Labour Force, Employment, Unemployment», Report IIICLS/13/II Thirteenth International Conference of Labour Statisticians [Mano de obra, empleo, y desempleo; Informe IIICLS/13/II de la Decimotercera Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo], ILO, 1982, p. 42.

⁴ Banco Mundial, «World Development Report» [Informe sobre el desarrollo mundial], 1990, citado en el *Independent (UK)*, 19 de julio de 1990, p. 21: «Five million civilians have died in recent conflicts» [Cinco millones de civiles han muerto en conflictos armados recientes], *The Guardian*, 29 de enero de 1991, p. 9

⁵ «Hemos sido oprimidas en grado sumo, explotadas en grado sumo, hemos sido despreciadas en grado sumo», de la *Arusha Declaration*, Tanzania, 5 de febrero de 1967.

desgastados y consumidos por el día de trabajo. La carga de este trabajo reproductivo la ha acarreado casi en su totalidad la mitad femenina de la humanidad, consumiendo nuestro tiempo, el tiempo de nuestra vida. Y aun así a ojos de la historia, la política y las estadísticas económicas este trabajo no existe, está oculto.

Para poder desempeñar las obligaciones reproductivas con la familia y la comunidad, las mujeres deben enfrentarse cada día a una masa de tareas ineludibles e inmediatas. Puede que la mujer que tiene que cocinar la comida, haya tenido primero que cultivarla. En este caso, el trabajo agrícola es indistinguible del trabajo reproductivo. Algunas definiciones metropolitanas del trabajo doméstico son demasiado estrechas para englobar y acompañar esta realidad. Las definiciones del trabajo reproductivo rara vez incluyen el tiempo empleado en las salas de espera o el tiempo gastado haciendo las sangrantes colas que devoran no horas sino meses y años de vida de las mujeres; en algunas zonas del mundo, las mujeres ancianas, cuyo tiempo tiene menor valor de cambio, están condenadas a realizar este trabajo tedioso pero que tiene una importancia vital. Todo esto también debe tenerse en cuenta.

La línea que separa el sector no asalariado del sector informal es a menudo borrosa y muchas otras veces, indistinguible. Si el cultivo de subsistencia de la mujer ha sido productivo, puede que venda el excedente. Puede que haga dos o tres horas de lavandería o algún otro trabajo doméstico para aquellos que tienen mejor situación económica, adaptando los tiempos en los que puede hacerlo a sus propios horarios domésticos. Cuando se sugiere que se contabilice parte de este tiempo, las mujeres preguntan: ¿y por qué no contarlo todo? Cada división de su trabajo resta al resto; cada segmento del día, y del año, es integral para su supervivencia y para la supervivencia de aquellos que dependen de su trabajo. Pensar que cualquier parte de este trabajo es más valioso que el resto supone malinterpretar la realidad vital, y describir esta realidad vital debería ser el objetivo de las estadísticas.

Cualquier tipo de ayuda en este sentido sería recibido con los brazos abiertos por las mujeres y merecen que se les ayude con todo ello. Pero para poder demandar ayuda y cambiar los estándares reinantes que valoran y calculan las vidas y el trabajo de las mujeres —o, mejor dicho que lo minusvaloran y desprecian en vez de valorarlo— debe reconocerse todo el conjunto de

tareas. Es imposible que este encuentro consultivo cumpla con sus objetivos, es decir, identificar y analizar los patrones, problemas y dificultades del trabajo de las mujeres en el sector informal y preparar las líneas de trabajo necesarias para desarrollar medidas políticas si no se cuantifica el coste que tiene para la mujer — en tiempo y en energía — todo el conjunto de su día de trabajo.

El pasado

Puede ser útil recordar que el sector informal e incluso la cuestión del desarrollo, como cuestiones internacionales, aparecieron en la segunda mitad del siglo XX. En 1947 se independizó la India, la joya de la Corona británica. Una década después, Costa de Oro se transformó en Ghana, el primer país africano negro en romper con el gobierno colonial. Al principio se asumió que una vez lograda la independencia colonial se habrían cumplimentado las aspiraciones de la población. Sin embargo, lo que se dio por denominar «la revolución del aumento de las expectativas» dejó claro que la independencia política tenía como objetivo mucho más que una simple bandera, un himno nacional y que las posiciones de poder y prestigio abandonadas por los imperialistas las heredase personal local. Los pueblos anteriormente colonizados querían entrar en esa supuesta maravillosa tierra de bienes de consumo, que el transistor radiofónico — que como no dependía de la electricidad, lograba sortear distancias enormes — les anunciaba impacientemente. La presión de esta explosión de esperanzas se utilizó para hundir aún más profundamente en la economía monetaria la economía de los países recién independizados. Cuando el valor de cambio se convirtió en la medida de la riqueza, el poder se trasladó del granjero en el campo — a menudo una mujer — a la ciudad, y las mujeres se encontraron privadas de su base económica. Hay pruebas de que las mujeres se enfrentaron valerosamente a esta disminución del poder.

Ya en la década de los años sesenta, el pionero trabajo de Esther Boserup mostraba las distintas maneras en las que las mujeres ejercieron la autodefensa frente a la erosión de su poder tradicional. Las mujeres africanas exigían su dinero, no en vano durante siglos habían comerciado en los mercados. En África hay

muchos testimonios de mujeres que rechazan ayudar a sus marido en la producción de cultivos para la venta, o realizar tareas domésticas, a no ser que les paguen por este trabajo. Boserup también muestra la resistencia de las mujeres a entrar en el sector formal, ya que en este se intercambian los cultivos que ellas producen para alimentarse por un dinero que acaba en manos de los hombres (aunque sea momentáneamente) pero que no tiene por qué acabar llevando comida a la boca de sus familias. Otros informes muestran casos de mujeres que se niegan a ayudar a sus maridos en los cultivos para la venta porque no quieren cultivar nada que no sea para su propia alimentación. Esto se considera un obstáculo en el paso de la agricultura de subsistencia a la producción comercial para el mercado. En la región Bwamba en Uganda, por ejemplo, se señala como un factor importante que dificulta que se utilice la tierra para cultivo comercial la preferencia de las mujeres por el cultivo de los cultivos de subsistencia.⁶

Las estadísticas que excluyen el trabajo no remunerado de la mujer como trabajadora reflejan la visión dominante del mercado de que el trabajo que ella hace, del que depende su poder social y su misma supervivencia, entorpece el camino del «progreso». El «progreso» ha provocado, entre otras cosas, que muchas mujeres se vean privadas de poder vivir de la tierra (pero no las ha liberado del trabajo agrícola). Es por eso que las mujeres han intentado entrar en el sector asalariado a toda costa. Tanto en el Tercer Mundo como en el mundo metropolitano, esta sed de las mujeres por lograr la independencia social y económica a través del trabajo asalariado, se ha malinterpretado y se ha asumido que el objetivo final era el trabajo y no la independencia. Pese a los enormes esfuerzos por obtener empleos y así obtener con ello salarios, lo que incluye convertirse en «refugiadas económicas» —inmigrantes— a cientos o incluso miles de kilómetros de sus casas, para millones de mujeres (y de hombres), el sector informal es todo a lo que pueden aspirar, incluso en los países metropolitanos. Y muchas se ven obligadas a volver a hacerse cargo del trabajo doméstico.

Clotil Walcott del National Union of Domestic Employees (NUDE) [Sindicato Nacional de Empleadas Domésticas] de Trinidad y Tobago explica que, al no estar reconocido como trabajo ni

⁶ Esther Boserup, *Woman's Role in Economic Development*, Londres, Earthscan Publications, 1970, p. 64.

el trabajo doméstico ni el cuidado de las criaturas, las trabajadoras domésticas remuneradas tampoco son consideradas como trabajadoras. Las consecuencias de esto son catastróficas: la legislación laboral que debiera protegerlas, las excluye; como sindicato, se les niega el reconocimiento y el derecho a negociar sus derechos; las mujeres están sujetas a la voluntad de sus empleadores; los salarios se mantienen bajos; las pensiones estatales y las ayudas sociales no existen o son mínimas; se viola la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres.

Esta devaluación de las trabajadoras domésticas se replica en todo el planeta. Como consecuencia de ello, las mujeres deben asumir otros trabajos informales, como la prostitución, y su carga añadida de criminalización, es decir un aumento de su devaluación como personas. En 1987, la OIT decidió no incluir la prostitución en el listado de trabajos del International Standard of Classification of Occupations [Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones]. Sin embargo este «trabajo femenino» (principalmente femenino) mantiene con vida a muchas familias y en algunos países asiáticos supone una enorme fuente de divisa extranjera; en Tailandia es la fuente principal de divisa extranjera.⁷

En Trinidad, NUDE reúne a trabajadoras asalariadas con trabajadoras domésticas no asalariadas y a todas ellas con las trabajadoras de comida rápida sin representación [sindical], creando conexiones que las refuerzan a todas al tiempo que mantiene las unicidades de cada una. De manera similar, la Self Employed Women's Association [Asociación de Mujeres Trabajadoras por Cuenta Propia] (SEWA) en la India ha sido enormemente efectiva a la hora de utilizar el poder negociador colectivo de 40.000 mujeres trabajadoras por cuenta propia del sector informal: comerciantes callejeras, transportistas... Ela Bhatt, su fundadora, describió este sector en Nairobi, ante una audiencia de académicos: «Los expertos los denominan "sectores desorganizados" pero yo no lo calificaría así».

Mientras que las mujeres escalan y buscan su posición dentro del sector informal, el desarrollo de empresas de capital intensivo se desplaza hacia abajo para sostenerse en el trabajo femenino. El milagro industrial de Japón,⁸ la economía más famosa

⁷ Thanh-Dam Thong, *Sex, Money and Morality: Prostitution and Tourism in South East Asia*, Londres, Zed Books, 1990, p. 163.

⁸ Japón se considera un milagro debido a la enorme cantidad de capital y la disciplinada mano de obra necesarias para lanzar una economía tecnológicamente

debido a su desarrollo durante el siglo XX, es un ejemplo clásico. Las subcontratas emplean trabajadores ocasionales, mujeres en su mayoría, cuyos bajos salarios y sus malas condiciones laborales proporcionan bonificaciones a los gigantes industriales para los que éstas fabrican componentes. Con lo que las mujeres invisibles que trabajan en estos empleos precarios son las trabajadoras milagrosas que mantienen el empleo permanente de los hombres. Esta «estructura industrial dual», en la que la estructura formal se apoya directamente en la informal, se está extendiendo gracias a la inversión japonesa, llevando a los países metropolitanos esta faceta del subdesarrollo planificado.⁹

¿Y cómo podemos hacer alguna distinción entre el trabajo en el sector informal y el trabajo que hacen las mujeres empleadas por las multinacionales que operan en las Zonas de Libre Comercio? Las mujeres, a las que a menudo se las trata como trabajadoras eventuales y que trabajan sin regulaciones laborales que las protejan, constituyen casi el 95 % de esta mano de obra.¹⁰

El futuro

En resumen. El ama de casa que produce la mano de obra se considera algo marginal. El sector informal se considera marginal. La agricultura de subsistencia se considera marginal. Sabemos que este trabajo no es marginal para la economía. Pero la gente que lo realiza tiene menos poder social para presionar y forzar que se tengan en cuenta sus necesidades y por eso se las cataloga de «marginales». ¿Qué pueden hacer las estadísticas para ayudar?

avanzada (y no solo una o dos industrias avanzadas). En las circunstancias actuales, la mayor parte de los países del Tercer Mundo no pueden esperar «alcanzar a Occidente», por utilizar la formulación de Stalin que, para lograr sus objetivos desarrollistas, se calcula que asesinó entre 20 y 40 millones de personas.

⁹ Mary Saso, *Women in the Japanese Workplace*, Londres, Hilary Shipman, 1990, p. 81. Véase también *The Independent*, 11 de marzo de 1991: «Japón es el más rico de los países pobres [...] Porque debido al sesgo nacional hacia la producción en lugar de hacerlo hacia el consumo, algunos de los beneficios que los consumidores dan por supuestos en otros países desarrollados aquí son inexistentes. Solo el 42 % de los hogares en Japón estaban conectados al alcantarillado. Y el 13 % de los hogares no tenía baño».

¹⁰ War on Want, «Women Working Worlwide, the International Division of Labour in the Electronics, Clothing and Textile Industry», Reino Unido, 1988.

Las estadísticas dan forma y reflejan la jerarquía de los valores sociales en función de las categorías en las que se sitúa a la gente, sus actividades y sus productos, y por lo que se contabiliza y no se contabiliza. Las estadísticas sobre las mujeres solo pueden reflejar sus necesidades si contabilizan su día laboral al completo y lo que obtienen en proporción.

Cuando decimos que el trabajo no asalariado de las mujeres debería ser contabilizado, nos referimos a que deben cuantificarse las horas reales que trabajan las mujeres y que lo producido por este trabajo debe ser valorado e incluido en el PNB. Y puesto que el trabajo diario de las mujeres, especialmente en el Tercer Mundo, va complementado por el trabajo infantil, este trabajo también debe ser cuantificado y valorado. Cuanto más nos alejamos de los centros metropolitanos más se ensancha el abismo entre el gasto del tiempo y energía por una parte, y la producción y el retorno por otra, pero dentro de cada sector o clase este abismo es siempre mayor para las mujeres que para los hombres.

Una contabilización dual permitiría la redefinición del término «trabajador» para incluir y nombrar a aquellos que realizan la mayor parte del trabajo, y priorizaría que se confrontasen las disparidades entre el esfuerzo y el rendimiento por una parte y el retorno (donde estos sean diferentes) por otra. Estas disparidades son las que hacen que miremos donde miremos los más pobres sean los niños y las mujeres.

Es apabullante el nivel que ha alcanzado la tecnología militar en el Norte y, sin embargo, en el Sur son escasos los recursos para la canalización del agua, cocinas solares y tecnología no contaminante si tenemos en cuenta que esta tecnología podría tanto aliviar la carga del trabajo como proteger el medioambiente. Contabilizar el trabajo no asalariado de las mujeres valoraría en sí mismo el tiempo de las mujeres al tener en cuenta el coste que tiene para ellas como personas las horas de su propia vida que dedican a intentar asegurar la supervivencia de todo el mundo. Este coste lo asumen las mujeres no solo en los lugares en los que impera la muerte por hambruna, sino también en los que la vida, aunque está menos amenazada, sigue siendo una lucha sombría.

Esto engloba a la mayor parte de la población mundial, en el Tercer Mundo y en la metrópolis, e incluye el Tercer Mundo de las metrópolis y las metrópolis del Tercer Mundo.

La contabilización de los costes dejaría claro que las comunidades no necesitan justificar su derecho a la supervivencia demostrando su productividad. La disparidad entre trabajo y productividad no refleja su realidad sino las prioridades sociales y económicas, que podrían transformarse gracias a la contabilización y el reconocimiento del trabajo de las mujeres.

19. El derecho a la lactancia: el valor de la bondad humana (2002)

DURANTE MUCHOS AÑOS hemos reclamado que se reconozca el trabajo vital que realizan las mujeres al dar de mamar y el derecho que tienen los bebés a este primer alimento vital, y que les proporciona más beneficios que comenzar su vida alimentándose de leche de fórmula, su primera comida basura. Esta es la razón por la que fuimos invitadas a una conferencia internacional sobre lactancia en Arusha, Tanzania. Este acto marcó a su vez la fecha límite para publicar *The Milk of Human Kindness* [El derecho a la lactancia: el valor de la bondad humana].¹ (Cuando eres activista, necesitas este tipo de fechas límite; las presiones cotidianas se aseguran de que nunca encuentres tiempo para el trabajo a largo plazo que supone escribir y publicar).

Desvalorizar este trabajo de cuidados, trabajo que mayoritariamente realizan las mujeres, es minusvalorar la reproducción de los seres humanos. Y donde mejor se puede observar este

¹ Solveig Francis, Selma James, Phoebe Jones Schellenberg y Nina López, *The Milk of Human Kindness: Defending Breastfeeding and the AIDS Industry*, Londres, Crossroads Books, 2002. [«The Milk of Human Kindness» (la leche de la bondad humana) es una expresión recogida por primera vez en *Hamlet*, la obra de Shakespeare, y se refiere a la bondad, la ternura: «Sin embargo, temo tu naturaleza; está demasiado llena de la leche de la bondad humana para tomar el camino más cercano» (Acto 1, Escena 5). A lo largo de la obra esta bondad se asocia con la feminidad, con la mujer, en oposición a la masculinidad que está asociada con la valentía y el coraje pero también con la ambición, la dureza y la crueldad. N. de la T.]

trabajo es cuando las madres amamantan a los recién nacidos. Son famosas algunas de las campañas internacionales contra las empresas de leche de fórmula y sus prácticas asesinas (aunque en el momento de escribir estas líneas no hay ninguna especialmente relevante, al contrario, el primer ministro de Reino Unido, Tony Blair invitó a anunciarse a Nestlé —la empresa más criminal de todas ellas— durante las conferencias anuales del Partido Laborista). Bastante más desconocidas son las constantes luchas que libran, por ejemplo, las mujeres de pueblos africanos en defensa de su derecho de alimentar y mantener con vida a los jóvenes a la manera tradicional (y gratuita), y que les enfrenta a la presión ejercida por los gobiernos que hacen campaña a favor de estas empresas. Esta conferencia nos abrió los ojos permitiéndonos atisbar la manera en la que las ONG construyen imperios, y de qué maneras se enfrentan a ellas las mujeres africanas.

Una sociedad de cuidadoras. Prefacio a la primera edición

Con Phoebe Jones Schellenberg

Este libro se edita en el momento justo: con su defensa de la contribución inestimable que hacen las mujeres que amamantan tanto a la sociedad como a la economía, este libro apela directamente a este momento del nuevo milenio en el que todo tipo de personas están cuestionando, en todo el planeta, las prioridades sociales y económicas que hemos heredado.

Esto explica la consciencia renovada que vemos respecto a la lucha a vida o muerte que se desarrolla contra la industria de leche de fórmula infantil, con la que se intenta evitar la muerte diaria de al menos cuatro mil bebés porque no son amamantados. El combate no está igualado.

De una parte tenemos el mercado global, al que no le faltan ni recursos ni influencia. El mercado es un juez poderoso, y todo aquello que no pase por sus redes de intercambio y que produzca un beneficio económico no se considera trabajo y por ende no puede ser considerado una prioridad social.

De la otra, están las mujeres de todo el planeta, la mayor parte de las cuales casi nunca reciben ningún tipo de salario, ni

siquiera el más pequeño. Hemos tenido que insistir una y otra vez en que la producción de vida y el cuidado de la misma, el trabajo que hacemos fuera de la lógica del mercado, tiene tanto valor social como valor económico.

Que las madres alimenten a los niños, de hecho todo el trabajo de cuidados situado fuera de cualquier intercambio económico, es básico para la supervivencia humana, y no es, en absoluto, un logro marginal. En nuestra propia defensa y en defensa de la sociedad debemos preguntar, ¿qué hay que sea más importante que esto? Aunque cada vez haya más y más mujeres, ya sea en los países industriales como en los no industriales que salen de casa para trabajar de manera asalariada, tanto las madres no asalariadas como otras madres continúan —o intentan continuar— haciendo lo que ha sido desechado como prioridad social. El mercado ha dictado los términos en los que deben ser evaluados los cuidados y ha desdeñado las demandas hechas por las cuidadoras no asalariadas, empezando por las madres.

Puesto que el mercado no viene a las madres —para valorar su contribución, reconocer y cubrir sus necesidades y ayudarlas a cubrir las necesidades de la nueva generación (¡o por lo menos a no sabotear sus esfuerzos!)— el talonario empuja a las madres al mercado, pero no para «obtener un empleo» sino para demostrar que ya tienen un trabajo y probar incluso al mercado que es un trabajo productivo. Si el hecho en sí de satisfacer las necesidades del individuo desde el nacimiento (de hecho desde la concepción) es algo que puede minimizarse como si fuese una simple opción extra, podemos rebatir esta asunción con un balance contable de los cuidados, que demostraría sin duda que incluso para los estándares de costes, riesgos, inversiones, ahorro, promoción de producto y competición, la lactancia proporciona una contribución económica inmensa.

Teniendo esto en cuenta, este libro persigue cuantificar y valorar económicamente, además de socialmente, el trabajo de cuidados que es la lactancia: cuánto tiempo requiere y cuánto vale, en todos los sentidos, el tiempo y el esfuerzo necesarios para ello. El libro reúne un apabullante abanico de mediciones: qué gana la sociedad con la lactancia, los beneficios para la vida, la salud, el bienestar y las relaciones que proporciona; y qué se pierde cuando perdemos este recurso natural que es la lactancia,

pérdida que va desde el tiempo malgastado de nuestras vidas a la destrucción del medioambiente. Una vez que se unifican todas las distintas mediciones y estimaciones monetarias que pueden encontrarse, podemos entrever al auténtico e inmenso valor de lo que ha sido devaluado, y la pérdida que todos hemos sufrido debido a la catastrófica caída de la lactancia, que ha provocado que solo uno de cada tres niños pueda ser plenamente amamantado.

No podemos obviar que puesto que el trabajo de cuidados (fuera de la lógica del mercado pero también, y cada vez más, dentro del mismo) se identifica con las mujeres —que son las que realizan la mayor parte de este cuidado— cada palabra, acción o política que degrada este trabajo, también degrada a las mujeres, nuestro tiempo y nuestras prioridades. Invisibiliza los esfuerzos de las mujeres para proteger a aquellos en los que hemos gastado tiempo y energía en darles la vida o en cuidarles, al tiempo que luchamos por obtener una vida independiente para nosotras mismas, en una época de destrucción y devastación sin precedentes. Por ello un balance contable positivo respecto al trabajo de cuidados *versus* el sabotaje al que se enfrenta este trabajo de cuidados es también un balance positivo respecto a las mujeres y a la sociedad en general.

También nos enfrentamos a la cuestión de la «naturaleza biológica» de las mujeres. A menudo las mujeres somos identificadas con el trabajo que hacemos, trabajo que la mayor parte del tiempo no tiene nada que ver con nuestra biología, ¡no hay nada especial ni único en las mujeres que nos convierta en limpiadoras! Así que, cuando como por ejemplo en el caso de la lactancia el trabajo que hacemos es tanto social como biológico tenemos razones de sobra para recelar y temer cuando el sistema empieza a promoverlo: ¿no será esto otra trampa para reducirnos a nuestra función física para consignarnos e institucionalizarnos en un trabajo no asalariado y a un estatus social inferior? ¿Vamos a ser de nuevo el sexo dador, al que distintos beneficiarios pueden exigirle una producción infinita de esta leche creada por la bondad y la generosidad humanas? En este momento de reevaluación global, debemos considerar de nuevo qué es lo biológico entendido como lo opuesto a lo social (hasta donde podamos discernir esto), cómo queremos lidiar con ambos y cómo queremos que la sociedad lidie con nosotras.

Hasta ahora, nuestra contribución biológica ha sido algo que se daba por sentado. Éramos el sexo «natural» y, a diferencia de los hombres, se suponía que estábamos gobernadas por nuestras hormonas, lo que repercute en un detrimento de nuestro estatus. Los hombres podían pensar; las mujeres podían criar niños; ¡cómo iba alguien a hacer las dos cosas! Esta identificación de los hombres como racionales frente a las mujeres como seres emocionales ha sido utilizada para justificar todo tipo de discriminación sexista, desde la desigualdad salarial hasta afirmar que incluso cuando gritamos «¡No!» en realidad estamos deseando que nos violen.

Hay personas que se ponen nerviosas por el simple hecho de nombrar nuestras necesidades cuando son distintas a las de los hombres, puesto que esto puede debilitar nuestras oportunidades, especialmente en el mercado laboral. Los gobiernos nórdicos en la secretaría permanente de la OIT justificaron el ataque de los empresarios contra las bajas de lactancia remuneradas, con el argumento de que dichas bajas eran injustas frente a los hombres, y que minarían las posibilidades de seguridad laboral, mejoras profesionales, etc., para las mujeres. Según ellos, como madres, las mujeres trabajadoras no tenían derechos. Según ellos, si las mujeres querían equidad, debíamos desechar o suprimir nuestra naturaleza biológica, u ocultar el trabajo que nos impone.

Las mujeres han dejado claro que exigir medidas para el cuidado infantil no tiene nada que ver con la biología, sino con la responsabilidad que tiene la sociedad para con las cuidadoras y los niños. Debido a los degradados estándares dominantes, solo podemos recibir prestaciones para la crianza cuando esta nos libera para el trabajo «real», pero no cuando la necesitamos para tener tiempo y energía para nosotras mismas.

Como método de autodefensa, muchas de nosotras, cuando vimos que no había otra manera de enfrentarnos a que se utilizase nuestra biología para atacar nuestras posibilidades y limitar nuestro destino, afirmaron que éramos «iguales a los hombres». Pero los hombres tenían muchas menos responsabilidades respecto a los cuidados (si es que tenían alguna), no se quedaban embarazados ni daban de mamar, tenían pocas (si es que tenían alguna) barreras biológicas y sociales que les limitasen la participación plena y constante en aquello que el mercado señala como lo realmente

importante en esta vida: trabajar dentro del mercado y para el mercado. Se nos ha hecho creer que nuestra contribución biológica es una carga, y a culpar a nuestros cuerpos por la discriminación que sufríamos en vez de señalar que la culpable es esta sociedad sexista.² Hay tanta presión para que suprimamos nuestras capacidades naturales que, como podremos ver en las siguientes páginas entre otra información sorprendente, la industria está trabajando en el desarrollo de vacas genéticamente modificadas para producir leche de sustitución que sea más similar a la leche materna que la de fórmula. ¿Qué hay de malo en nosotras, en nuestra leche, excepto que no tenemos que comprarla?

Incluso tener hijos se ha visto amenazado. Los índices de natalidad en los países industriales han caído de los 2,8 niños por mujer en 1960 a 1,58 en 1997, y esto no es solo consecuencia de los intentos por compartir la enorme carga del trabajo parental, ya que la crianza sigue siendo casi totalmente una actividad de las mujeres.³ Es consecuencia también de que nuestra independencia económica de los hombres casi siempre depende de que obtengamos otro trabajo fuera de la casa. Cada hijo hizo que esto fuese más extenuante y más caro.

Cuando en la década de 1960 surgió el movimiento de mujeres, por primera vez se generalizó la crianza durante los eventos públicos. Podíamos ser más activas social, política y artísticamente incluso aunque tuviésemos hijos. La lactancia, el parto natural y la sensibilización respecto al funcionamiento de nuestras funciones corporales volvían a estar en la agenda ¡junto con desarrollar nuestro pensamiento y protestar!

Sin embargo, según pasaban los años, se nos repetía una y otra vez que el camino a la liberación, especialmente en los países industriales, pasaba inevitablemente por el trabajo asalariado fuera de la casa (aunque muchas de nosotras ya llevábamos años asalariadas). Un ejemplo del inmenso peso de este planteamiento

² «Una razón por la que a algunas madres no les gusta dar de mamar es porque sienten que la lactancia — y también el parto — es algo “primitivo”, una experiencia demasiado elemental como para que la disfrute una mujer civilizada». Sheila Kitzinger, *The Experience of Childbirth*, 4ª ed., Londres, Penguin, 1978, p. 271 [ed. cast.: *Embarazo y nacimiento*, Madrid, McGraw-Hill, 1991].

³ UNICEF, *State of the World's Children*, OUP, 1994, p. 8; *The New York Times*, 4 de mayo de 2000, A8.

fueron los enormes recursos y energías feministas que se dedicaron al movimiento proaborto. La mayor parte de nosotras estamos de acuerdo en que el derecho a negarse a continuar un embarazo es un derecho vital, pero el derecho a la elección no acaba aquí. El feminismo rara vez ha demandado el derecho a tener hijos y a recibir apoyo tanto económico como de otro tipo para que nos podamos permitir tener hijos. A veces ha resultado difícil o problemático recibir apoyo activo en la lucha contra la esterilización forzada de las mujeres del Tercer Mundo, y de las mujeres de color y las mujeres blancas más pobres en Estados Unidos.

No solo el sexismo sino también el racismo desempeñaron un papel importante a la hora de desacreditar la lactancia. Las mujeres de los países del Tercer Mundo a menudo no tienen acceso a agua limpia para preparar leche de fórmula. Por eso alimentar a sus hijos con fórmula puede suponer una sentencia de muerte. Y si en general se encasilla a las mujeres como simples entes físicos y, por ello, lo contrario de seres pensantes, las mujeres de color de los países no industrializados tienen mucha más probabilidad de ser despreciadas por el trabajo biológico que realizan. Al parecer otra prueba de este «retraso» es, por ejemplo, que los bebés sean amamantados largamente, cuánto tiempo pasan cerca de los cuerpos de sus madres, y sin duda alguna que sean felices con ello.

Dichos estereotipos sexistas y racistas están basados en la credibilidad que se les otorga a los «expertos científicos» frente a las mujeres «subdesarrolladas» que supuestamente creen en «cuentos de abuelas»; es decir, la contraposición entre lo industrial, etiquetado y anunciado, frente a lo que produce el cuerpo de la mujer. Esto no es más que un ejemplo de cómo, y cuánto, se prioriza aquello que se cataloga como ciencia; se nos empuja a desconfiar de las capacidades que tiene la naturaleza y que nos ha enseñado la experiencia de generaciones anteriores y que ha confirmado la ciencia que no está sujeta a intereses comerciales.

El libro demuestra que, irónicamente, la leche materna tiene menor valor económico en aquellos lugares en los que su valor social y vital es mayor, en el Tercer Mundo. Esto es similar al estudio que se hizo en 1995 sobre los costes económicos del calentamiento global, que calculaba que una vida en los países industrializados era equivalente a 15 vidas en los países del Tercer

Mundo.⁴ En palabras de un analista: «Valorar tan ínfimamente las vidas de la mayor parte de la población del planeta es lo mismo que respaldar el genocidio económico».⁵ ¿En qué se diferencia esto de la devaluación y el desprecio de la lactancia que hemos descrito?

¿Por qué las mujeres deben suplicar que se les concedan bajas maternales para recuperarse de los partos, poder conocer a sus hijos y que sus hijos las conozcan, alimentar a los bebés con el mejor alimento posible, cuando son las mujeres las que contribuyen produciendo toda la mano de obra? ¿Por qué resultan tan controvertido este tipo de exigencias humanas y básicas? ¿Qué les da derecho a aquellos que favorecen la leche de fórmula a negar la abrumadora evidencia y la experiencia personal de las mujeres en favor del consumo de leche materna?

La cantidad y riqueza de la información recopilada aquí también refuerza los argumentos que defienden que las mujeres son probablemente las principales productoras de alimentos. La producción individual y la alimentación personalizada que permite la leche materna suele ir mano a mano con la agricultura de subsistencia de pequeños pedazos de tierra «demasiado pequeños para ser contabilizados», y que puede incluir la crianza de unos pocos pollos, una cabra o una vaca, es decir, esfuerzos individuales, cotidianos, día sí y día también, de los que principalmente se benefician poblaciones que tienen poco peso político o bajo estatus social. Gracias a ese trabajo sobreviven comunidades enteras, cerca del 80 % de los alimentos consumidos en África los cultivan mujeres, casi todas ellas fuera del mercado. ¿Aquellas entre nosotras que empleamos gran parte de nuestro día, cada día, en realizar este trabajo también somos «demasiado pequeñas para ser contabilizadas»?

No hace mucho escribíamos:

Además de emplear hasta casi cinco horas al día recogiendo el agua y el combustible necesarios para cocinar (además de que se supone que de alguna manera debe sacar tiempo para tirar adelante un pequeño negocio) es bastante posible que la mujer

⁴ Informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, Ginebra.

⁵ *Independent on Sunday*, 23 de julio de 1995, p. 2.

rural en África tenga que cargar con un bebé a la espalda mientras siembra, cava, cosecha, muele, prepara, cocina y limpia. En Estados Unidos, puede que esta mujer rural esté en el huerto o en los campos, asegurándose de que los niños y las mascotas se mantienen a salvo lejos de la maquinaria, vigilando la colada o el pastel que tiene en el horno, mientras valora qué tal está el nuevo ternero, o incluso cómo logrará que la granja siga en manos de la familia a medida que ve cómo los vecinos van perdiendo sus granjas, sin dejar de pensar en cómo hará para poder consolarlos por su pérdida. Ahora bien, en términos estadísticos, a estas dos mujeres, en África y en Estados Unidos, se las considera «económicamente inactivas».⁶

¡El trabajo de lactancia y el trabajo agrícola de las mujeres es lo que alimenta el mundo!

Al plantear estos nuevos y poderosos argumentos en favor del reconocimiento y el apoyo a la lactancia, también se hace una defensa de todas las madres. Y esto debe incluir a las mujeres que combinan el trabajo asalariado y la lactancia. Si bien el estatus de madres es central al estatus de todas las mujeres y niñas, también hay que poner sobre la mesa que casi todas las mujeres, sin importar su edad, realizan trabajos de cuidados no remunerados.

Contabilizar, valorar, reconocer y apoyar (incluyendo salarios y pensiones) el trabajo de cuidados no asalariado o pobremente remunerado —comenzando por la lactancia— abre el camino para que las mujeres tengamos más posibilidades de elección y se nos castigue menos por las cargas biológicas que recaen sobre nosotras.

Este libro menciona las hormonas que fluyen entre madre e hijo durante la lactancia, y que entre otras cosas estimula a la madre para que disfrute de su hijo y ayuda a que ambos digieran la comida (que una cosa vaya unida a la otra no supone una gran sorpresa). Este proceso biológico puede enfocarse de dos maneras. O bien no se permite que nada interfiera en este proceso del desarrollo vital o se le empuja a un lado para dar paso a «cosas más importantes». Si pudieran, las compañías que fabrican leche

⁶ Phoebe Jones Schekkenberg, *Valuing Rural Women's Work* [Poner en valor el trabajo de las mujeres rurales], Second International Conference on Women Agriculture, Washington DC, junio de 1998.

de fórmula reemplazarían este proceso por el producto que desean vendernos. Los mercaderes globales lo paralizarían para favorecer el trabajo que quieren que hagamos para ellos.

La lactancia es algo entre la madre y el niño. Pero es necesario que no se excluya a los hombres de este cuidado. En el virulento debate global sobre prioridades, el trabajo identificado como masculino también está sufriendo una «terrible reevaluación». ¿Qué tiene esto que ver con ellos? ¿Y con el medio ambiente? ¿Con la posibilidad de tener una relación de cuidados con sus compañeras? ¿Con sus hijos? ¿Con compartir la carga de trabajo en la casa y en la comunidad con mujeres a las que no solo se las ha forzado a cargar con la mayor parte de este peso sino que también se esperaba de ellas que estuviesen a disposición de los hombres para que estos pudiesen estar a disposición de sus empleadores?

El movimiento por el derecho a la lactancia, reforzado gracias a la información global que recoge este libro, es más que una muestra del rechazo de las mujeres a la imposición de la leche de fórmula como primer alimento; también apela a que la sociedad priorice el cuidado de los infantes y de las madres, lo que implica en sí el cuidado entre nosotros, de unos por otros: mujeres, niños y hombres, de cualquier edad y en cualquier lugar. Lo que se ha dado en llamar relaciones sociales. ¿Qué pasaría si la prioridad social fuera esto, las relaciones, y la producción material estuviese a su servicio?

20. Venezuela (2004-2005)

DESDE JULIO DEL AÑO 2002, cuando el Instituto Nacional de la Mujer (INAMUJER) invitó a la Huelga Mundial de Mujeres (GWS) a acudir a su *encuentro*, hemos trabajado con miembros de las organizaciones de base de Venezuela. Las organizaciones de base fueron las primeras en apelar a la solidaridad internacional tras derrotar al golpe de Estado impulsado por Estados Unidos contra el presidente Hugo Chávez en abril de aquel mismo año.

En agosto del año 2004, se le pidió a la Huelga que enviara observadoras internacionales al referéndum celebrado para confirmar a Hugo Chávez en el poder (la victoria fue aplastante). Acudimos cinco de nosotras, desde Inglaterra, Guyana, Perú y Estados Unidos. Mientras estuvimos allí, algunas amigas nos llevaron a ver el trabajo de los grupos de base, la mayor parte de ellos gestionados por mujeres. Una y otra vez nos relataron cómo los profesionales socavaban su movimiento.

En Venezuela el éxito de la revolución y la seguridad de la misma de cara a una posible intervención militar dependía de que la organización de base continuase creciendo en vez de verse desalentada.

Cuando regresamos a casa estábamos determinadas a dar a conocer y obtener apoyo para la movilización de la que habíamos sido testigos. El resultado fue el artículo en *The Guardian* en agosto de aquel año, el tercero que la Huelga escribía sobre la revolución (los otros dos fueron *Venezuela: a Twenty-First Century*

Revolution y *Enter the Oil Workers*) y más tarde una película, *Talking of Power*.

En el segundo artículo, Nina López y yo describimos lo terriblemente urgente que era que la revolución pudiera desarrollar suficiente fuerza como para oponerse a la clase gestora, así como a sus intentos de desgastar y desmoralizar a los movimientos de base y devolverlos a la sumisión.

Un antídoto para la apatía

The Guardian, 13 de agosto de 2004

El presidente de Venezuela ha logrado un nivel de participación de las bases que nuestros políticos no pueden más que soñar.

Cada vez más gente, especialmente los jóvenes, parece estar desconectada de los procesos electorales ya que siente que no les representan. Esta es otra de las facetas del cinismo rampante y generalizado frente a todos y cada uno de los aspectos de la vida pública.

Venezuela tiene muchos problemas, pero este no es uno de ellos. Su gran problema —pero también su gran baza— es que tiene petróleo; es el quinto mayor exportador del planeta. Estados Unidos depende del petróleo de Venezuela y por eso quiere controlarlo. Pero el gobierno venezolano necesita los ingresos del petróleo, que las multinacionales estadounidenses (entre otras) han monopolizado durante décadas, para ponerlos al servicio de la erradicación de la pobreza. En 1998 Hugo Chávez, pese a tener a casi todos los medios de masas haciendo campaña en su contra, fue elegido para hacer justo eso.

La participación política se ha disparado entre las bases. Se aprobó una nueva constitución con un apoyo del 70 % de los votos y ha habido varias votaciones para ratificar diferentes aspectos del programa del gobierno. Incluso algunos de los detractores del gobierno que organizaron el fracasado golpe de Estado de 2002 han acudido ahora a las urnas: han recogido 2,4 millones de firmas —muchas de ellas dudosas— para forzar un referéndum contra el presidente Chávez, que tendrá lugar este domingo.

Para la democracia parlamentaria de Venezuela, que funciona de abajo a arriba, los comicios son solo el primer paso. La gente se representa a sí misma en vez de esperar a ser representada por otros, otros que además suelen pertenecer a la clase más alta y tener la piel más clara. Ahora, sectores de la clase obrera habitualmente menos activos son parte central de esta democracia.

Chávez se ha apoyado él mismo en este *pueblo protagonista*, con las bases como protagonistas. Sabe que implementar los cambios, razón por la que fue elegido, solo puede lograrse mediante la participación y la protección popular.

Chávez ha comprendido el potencial de las mujeres como cuidadoras primarias. Cuatro meses de continua presión popular lograron que se aprobase la constitución que ellas querían. Entre sus provisiones antisexistas y antirracistas, reconoce el trabajo no asalariado de cuidados de las mujeres como un trabajo económicamente productivo lo que da derecho a las amas de casa a acceder a la seguridad social. No sorprende por ello que en 2002 fuesen mujeres de ascendencia indígena y africana las que liderasen los grupos que descendieron de las colinas para revertir el golpe de Estado (dirigido principalmente por la élite blanca y la CIA), salvando con ello su constitución, su presidente, su democracia, su revolución.

En un país en el que el 65 % de los hogares están encabezados por mujeres, ellas representan el sector mayoritario en las campañas por la educación gubernamental y por la salud; tanto las que son usuarias como las que cuidan, forman y educan. De nuevo, las mujeres son mayoría en los comités por la tierra, el agua y la salud en los que se trabaja y se buscan soluciones para ver cómo otorgar la propiedad de los terrenos a los millones de personas que construyeron sus casas en tierra ocupada, cómo se pueden mejorar los sistemas de distribución de agua y qué cuidado sanitario es necesario.

Pese al petróleo, el 80 % de la población de Venezuela es pobre. No obstante el Banco de Desarrollo de la Mujer (Banmujer) ha servido para permitir el ascenso de los más desfavorecidos. A diferencia de otros bancos de microcrédito, como el Grameen en Bangladés, sus tipos de interés están subsidiados por el gobierno. Banmujer, «el banco diferente», se basa en desarrollar la cooperación entre las mujeres. Los créditos solo pueden obtenerse si

las mujeres se juntan para desarrollar un proyecto que sea viable pero también es necesario que la comunidad local lo desee y necesite.

Tal y como explica la presidenta de Banmujer: «Estamos construyendo una economía al servicio de los seres humanos, no seres humanos al servicio de la economía. Y puesto que el 70 % de los pobres del mundo son mujeres, las mujeres deben ser un elemento central del cambio económico para la eliminación de la pobreza».

En este país productor de petróleo se importan el 65 % de los alimentos básicos. El presidente Chávez ha puesto mucho énfasis en la necesidad de regenerar la agricultura y repoblar el campo, para que los venezolanos puedan alimentarse ellos mismos y no sigan dependiendo de las importaciones ni sean vulnerables a bloqueos que pueden matarles de hambre. Al fin y al cabo no te puedes beber el petróleo.

Más importante aún, va en aumento el porcentaje de los ingresos del petróleo utilizados para financiar los programas sociales y la agricultura: para transformar las vidas de los que son más y tienen menos. La gente siente por fin que la industria petrolífera, nacionalizada hace décadas, es suya. Los trabajadores petrolíferos han creado comités para debatir y decidir cómo debe funcionar la industria y en beneficio de quién, incluso para ver qué hacer con la contaminación que causa su producto.

El gobierno ha convertido el referéndum, considerado por los venezolanos como un intento imperialista de expulsar a Chávez, en una expresión aún más clara de la voluntad popular. Los pequeños grupos electorales, de nuevo formados en su mayoría por mujeres que conocen la comunidad y a las que la comunidad conoce, están comprobando las tarjetas de identidad para eliminar los nombres de aquellos que han muerto o que son menores de edad, y registrar a aquellos que tienen derecho a votar y que así, esta vez, no haya espacio para el fraude electoral. Se espera que la participación sea del 85 %.

Algunos, especialmente los más ricos, consideran una amenaza al *statu quo* que el conjunto de la población esté involucrada políticamente. Y tienen razón, es así exactamente. Y ya que, en el mundo, cada vez más gente siente que su gobierno no les representa, puede que esto sea lo que sacuda el presente.

La revolución de los grupos de base y la clase gestora¹

Con Nina López, 8 de marzo de 2005

En Gran Bretaña, muchas de nosotras tenemos la sensación de que da igual si votamos o no, porque es muy improbable que podamos lograr la expulsión de este belicista primer ministro tan odiado por amplios sectores de la población [Tony Blair]. Otras de nosotras nos fijamos en los países en los que la población ha sido capaz de resistir el asalto estadounidense, puesto que el gobierno británico diseña sus propias acciones a imagen y semejanza del modelo norteamericano.

En Venezuela la democracia ha asumido un nuevo significado ya que la gente espera que esta actúe en su propio beneficio colectivo. En 1998 eligieron a Hugo Chávez como presidente pese a la hostil campaña desatada por los medios. Leal a su mandato constitutivo, Chávez se ha negado a privatizar y a dar a las multinacionales estadounidenses las vastas reservas acuíferas y petrolíferas que pertenecen a la población. En vez de eso, quiere «eliminar la pobreza dando poder a los pobres», es decir, a la gran mayoría de la población. Se enfrenta a golpes de Estado e intentos de asesinato respaldados por Estados Unidos Pero su popularidad es mayor que nunca. La constitución concede al electorado, y solo al electorado, la potestad para revocar a cualquier cargo electo en cualquier momento de su mandato. En agosto del 2004 los venezolanos utilizaron esta provisión para ratificar en su cargo a Chávez con una victoria del 50 % frente al 41 %.

¿Pero qué pasa con el 41 % que votó contra él?

Este porcentaje incluye por supuesto a una élite relativamente pequeña que, hasta la llegada al poder de Chávez, estaba a cargo de los considerables ingresos petrolíferos de Venezuela. Se

¹ El término de clase gestora-gerencial-gerente se refiere a una clase social desarrollada dentro del capitalismo que controla los procesos de producción gracias a una especialización en gestión administrativa. No son proletarios pero tampoco poseen los medios de producción. Profesionales de clase media suelen pertenecer a una escala salarial superior a la media del país en el que viven. Este concepto fue desarrollado por James Burnham en *La revolución de los gerentes* en 1941 por primera vez, y después por Barbara y John Ehrenreich a partir de 1977. Ha pasado a ser utilizado en Estados Unidos como sinónimo de tecnócrata liberal o socialdemócrata de clase media-alta. Constituyen los mandos intermedios que permiten el funcionamiento el capitalismo. [N. de la T.]

negaron a aceptar los resultados del referéndum, pese a que el presidente Carter, la Organización de Estados Americanos y más de cien observadores internacionales independientes verificaron su transparencia y validez. Los anteriores gobernantes sufrieron otra derrota en las elecciones regionales de octubre en la que los chavistas ganaron en 20 de los 22 gobiernos estatales.

Pero la élite tiene amigos fuera de las fronteras entre la fraternidad que conforman los poderes económicos y políticos, especialmente en Estados Unidos donde Condoleezza Rice ha vuelto a amenazar a Chávez, acusándole de «desestabilizar la región». Seguirán azuzando a la élite venezolana para que siga oponiéndose a la redistribución de la riqueza ya que esta redistribución desafía la estructura del poder económico y sus dos extremos: uno que nada en una riqueza indescriptible y otro, mayoritario, que vive en infraviviendas. La clase media de Venezuela en general se ha opuesto también a los programas antipobreza de Chávez. Se quejan de que es «dictatorial» que Chávez haya puenteado las instituciones del Estado, reemplazándolas con estructuras basadas en la participación directa de los sectores más excluidos.

La doctora Thaïs Ojeda, miembro de *Clase Media en Positivo*, que se ve a sí misma como parte del *proceso* (el proceso de cambio), afirma que son las instituciones las que han bloqueado las reformas. Se muestra profundamente crítica con sus pares:

Durante los dos años siguientes a la primera elección de Chávez, el gobierno trabajó utilizando las instituciones existentes; Chávez pensó que los doctores y los educadores, que son de quien esperas que sean socialmente más conscientes, apoyarían los cambios por el bien de la mayoría. Pero no lo hicieron. Solo un 2 % de los doctores apoya *el proceso* y, ya fuera bajo la forma de ideas, órdenes o directivas que venían de parte del Ministerio de Educación o del Ministerio de Salud, fueron colocando obstáculo tras obstáculo por lo que las medidas contra la pobreza nunca llegaron a implementarse, sus efectos no llegaron a las bases. En respuesta a este sabotaje el gobierno creó un sistema paralelo de clínicas de salud barriales y campañas educativas.

Conocidas como las misiones, son los usuarios las que las implementan, sobre todo las mujeres, quienes como principales cuidadoras de la sociedad son las que están más involucradas en la

salud y el bienestar de la comunidad. El gobierno también se ha apoyado en 14.000 médicos cubanos para trabajar en las villas miseria. Viven en las casas de la gente y trabajan con las enfermeras venezolanas formando parte de los Comités de Salud de los barrios.

La misma formación política de Ojeda tiene un profundo arraigo en la historia moderna de Venezuela. Su padre Fabricio presidió el Frente Democrático que derrotó a la dictadura de 1950. Dos años después dimitió del Parlamento en protesta por la corrupción de los partidos electos. Fue encarcelado y posteriormente asesinado en 1966 cuando su hija aún era una niña.

Hasta ahora la mayor parte de los profesionales han rechazado someterse a la voluntad de la mayoría de la población; población que, como Chávez, son del mismo color que sus siervos, esa mayoría a la que han despreciado tanto como para ignorarla toda su vida. Los profesionales del cuidado nunca asumieron que debían cuidar a aquellos que no pudieran pagar.

Señala Ojeda: «Vengo de los hospitales estatales, los conozco. Los doctores reciben un salario por trabajar seis u ocho horas pero la paga es tan baja que trabajan dos o tres horas y pasan el resto del tiempo trabajando en hospitales privados donde los salarios son mayores. Antes al Estado no le importaba si proporcionabas un cuidado de calidad». Ahora sí que se preocupa, y en Cuba se está formando toda una nueva hornada de médicos para cuidar de todos los venezolanos.

Nos asombró que poco después de las votaciones, Chávez hiciese un llamamiento al 41 % de los que votaron contra él, algo totalmente sorprendente en el dirigente de un Estado que había obtenido una mayoría tan amplia. Conminó a los alcaldes y gobernadores que habían ganado las elecciones de octubre con él a que no se durmieran en los laureles:

El pueblo, una parte del pueblo, nos ha elegido pero no hemos ganado. Yo diré «ganamos» cuando esta revolución triunfe de verdad [...] Miremos a las elecciones regionales y al referéndum, vemos que mucha gente votó por la oposición [...] ¿Cómo subestimar por ejemplo que en algunas regiones la diferencia entre la victoria y la derrota fueron unos pocos miles de votos [...] Porque en esos estados como en todo el país, la mayor parte de la población es pobre o de clases medias bajas. Debemos tener esto en cuenta

cuidadosamente [...] No podemos llegar y condenarlos por no ser de los nuestros [...] nos obligan a revisar el trabajo de los partidos, de los dirigentes y militantes, de los funcionarios del gobierno, revisar la capacidad de los líderes, de los liderazgos regionales [...] Nosotros no podemos darnos el lujo de permitir que esta oligarquía mantenga cautivo a un cuarenta por ciento de nuestra población.²

Muchos de aquellos que votaron contra Chávez son profesionales y pequeños empresarios. En una sociedad en la que la jerarquía cambia cada día, ya no está garantizado que sigan manteniendo el dominio de los sectores cualificados. Ojeda cree que «a medida que las personas que pertenecen a las organizaciones de base vayan adquiriendo las habilidades necesarias irán reemplazando a aquellos profesionales que nunca hicieron nada por ellos, y muchos profesionales abandonarán el país».

Puede que algunos decidan coger el avión e irse a Miami. Pero puede que algunos se vean arrastrados por la energía y sobre todo por la emoción de este movimiento de masas. E incluso aquellos que no lo están puede que sean educados por sus propios hijos revolucionarios: otra generación cómoda con, e incluso emocionada por, un cambio en el poder que, aunque actúe de manera gradual, acabará resultando sísmico por acumulación.

² Intervención de Hugo Chávez ante responsables de alto nivel de su partido: «Líneas estratégicas de actuación para los próximos años»; disponible online en <https://rebellion.org/lineas-estrategicas-de-actuacion-para-los-proximos-anos/> [N. de la T].

21. Llamamiento a la sexta Huelga Global de Mujeres (2005)

CADA AÑO DESDE 1999, la Huelga Global de Mujeres¹ hace un llamamiento a la acción para el 8 de marzo, el Día Internacional de la Mujer. Invitamos a las mujeres y a las organizaciones de mujeres, y a los hombres, a llevar a cabo acciones que refuercen aquello por lo que están trabajando, y en apoyo a las demandas de la Huelga. Estas demandas han sido consensuadas tras muchos meses de trabajo y en encuentros abiertos a hombres y mujeres. La demanda principal es el *salario por todo el trabajo de cuidados*. En la primera Huelga Internacional de Mujeres en el nuevo milenio, participaron mujeres de 60 países. Este es el llamamiento del año 2005.

¡Acabemos con la pobreza y la guerra: Inversiones para los cuidados y no para matar! Salario vital para todas por nuestro trabajo y equidad salarial en el mercado global

Queridas hermanas y hermanos,

Desde el año 2000, cada Día Internacional de la Mujer, mujeres de más de 60 países han llevado a cabo todo tipo de acciones de base para demandar de manera colectiva que la sociedad invierta

¹ Puede consultarse su web en <https://globalwomensstrike.net> [N. de E.]

en cuidados y no en muerte, y que el dinero desaprovechado en la guerra se gaste en lo que necesitan nuestras comunidades. En estos cinco años la Huelga ha crecido y se ha ido haciendo cada vez más fuerte, especialmente en los países del Sur global, y las mujeres, y cada vez más hombres, llevan a cabo acciones también a lo largo del año. Hemos visto que nos empodera a todos trabajar con otros que también luchan por la justicia superando así las fronteras nacionales.

Acabar con la pobreza es inseparable de la oposición a la guerra. Recientemente un horrible tsunami mató a casi 300.000 personas, pero cada día mueren muchos otros miles de hambre, enfermedad, calentamiento global y a causa de la guerra, y todos estos son desastres creados por el hombre y causados por el gobierno del dinero y del mercado. Los gobiernos y sus adoradas multinacionales se llenan la boca con palabras vacías y sus promesas de acabar con la pobreza pero jamás mencionan siquiera la posibilidad de darnos el dinero que necesitamos. Pobreza y guerra, los miedos gemelos, son una fuente de beneficio, por lo que va en contra de sus propios intereses acabar con ellos. Solo nosotras mismas, comenzando con las mujeres cuidadoras que luchan cada día para mantener la vida, las que tienen los trabajos más duros y que son también las que menos reciben, pueden lograr este cambio salvavidas.

No pedimos caridad, exigimos lo que nos hemos ganado: *Un salario vital por todo nuestro trabajo*. Y todos los trabajadores asalariados tienen derecho a él. *Equidad salarial en el mercado global*. Este es el programa de la Huelga para acabar tanto con la pobreza como con el sexismo y el racismo.

La Huelga siempre tiene como objetivo acercar y juntar a las mujeres (y a los hombres) superando las muchas divisiones existentes. Comienza con aquellas de nosotras que somos invisibles como trabajadoras: madres y otras cuidadoras; activistas de base; trabajadoras agrícolas de subsistencia, migrantes y campesinas; aquellas que no llegan a final de mes con las ayudas por discapacidad, en prestaciones por desempleo o ayudas sociales; niños que trabajan; inmigrantes con o sin papeles; trabajadores en régimen de servidumbre; trabajadoras domésticas y cuidadoras a domicilio; presos y ex-presos; *refuseniks*; estudiantes; supervivientes de violaciones, luchadores por la justicia, voluntarios

comunitarios y muchos más; sea cual sea tu sexo, raza, nacionalidad, religión, edad, elección sexual... Exigir equidad salarial global y salarios por todo el trabajo que hacemos, nos hace más fuertes a todos los trabajadores asalariados y no asalariados, visibilizando nuestra contribución y nuestro poder para unirnos.

El apoyo y la participación internacional de los hombres se coordina mediante Payday, una red multirracial de hombres. No solo han apoyado las acciones de las mujeres de la Huelga, sino que también se han organizado con mujeres y hombres de Estados Unidos hasta el Reino Unido, de Israel a Eritrea, que rechazan el Ejército y su trabajo letal y represivo. El «reclutamiento de la pobreza» — aquellos que se ven empujados a unirse al ejército por pura necesidad económica, principalmente personas de color e inmigrantes — le permite a Estados Unidos hacer la «guerra infinita». Por estas razones aquellos que rechazan al ejército son parte vital del movimiento para acabar no solo con la guerra sino también con la pobreza. Payday estrenará su película *Refusing to Kill* en la que se da voz a mujeres y hombres que rechazan ser torturadores, violadores y asesinos para el Ejército.

La Revolución bolivariana de Venezuela y la resistencia en Haití frente al golpe de Estado de Estados Unidos-Francia son puntos importantes de referencia para la Huelga. Aunque se suele obviar, ambas luchas de resistencia están dirigidas en gran medida por mujeres. La Huelga estrenará su tercera película en Venezuela: la experiencia extraordinaria que están construyendo demuestra que las demandas de los movimientos de base, exigidas en todas partes, son alcanzables

Muchas seguimos conmocionadas por el hecho de que Bush y sus esbirros vayan a seguir cuatro años más a cargo de la maquinaria militar más grande del mundo. Pero como dijo Joe Hill, un gran luchador de la clase obrera, tras saber que, debido a un montaje de la policía estadounidense para acusarle de asesinato, había sido sentenciado a muerte. «¡No os quejéis, organizaos!».

¡Poder a las hermanas y a los hermanos para parar el mundo y cambiarlo!

DEMANDAS DE LA HUELGA INTERNACIONAL GLOBAL DE MUJERES

Pago por todos los trabajos de cuidados: en salarios, pensiones, tierra y otros recursos. ¿Qué es más valioso que criar hijos y cuidar a otros? Invirtamos en vida y bienestar, no en presupuestos militares y prisiones.

Equidad salarial en el mercado global para todo el mundo, mujeres y hombres.

Seguridad alimentaria para todos, comenzando por las madres lactantes, bajas de maternidad y descansos maternales remuneradas. Dejad de castigarnos por ser mujeres.

Cancelación de la deuda del «Tercer Mundo». El Sur no debe nada, es con el Sur con quien se está en deuda.

Agua limpia, sanidad, vivienda, transporte y educación accesible para todo el mundo.

Energía y tecnología limpias que reduzcan las horas que debemos trabajar. ¡Todas necesitamos cocinas, frigoríficos, lavadoras, ordenadores y tiempo libre!

Protección y asilo frente a toda violencia y persecución, incluyendo violencia familiar e institucional o de personas que estén en posiciones de autoridad.

Libertad de movimiento. Si el capital viaja libremente, ¿por qué la gente no?

22. Redescubriendo la Tanzania de Nyerere (2007-2009)

Julius Nyerere, el líder de la lucha por la independencia de Tanzania y su primer presidente tras lograr la independencia, fue el único dirigente de un Estado en ofrecer a su país un programa político y económico para un desarrollo de base anticapitalista, no alineado con ninguna de las potencias y elaborado a partir de la actividad propia de los grupos de base. Ya en 1967, en la *Declaración de Arusha* se detallaba su programa. Uno de los elementos básicos del mismo era la *ujamaa*, una forma de comunismo tradicional africano, traducido algunas veces como «*familia*»¹ [comunidad familiar] o como «socialismo africano», actualizado y desarrollado para satisfacer las necesidades de una nueva Tanzania. Mucho antes de la independencia Nyerere ya hablaba de la *ujamaa* y de su importancia.

En todas partes los antimperialistas fueron conscientes y reconocieron la relevancia de la *Declaración* no solo para Tanzania sino para todos los países recién independizados de África, e incluso algunos pensaron que este documento era relevante para muchos más grupos: proponía un tipo de desarrollo que evita que el mercado capitalista vuelva a esclavizar a la población.

¹ El término *ujamaa* tiene diferentes raíces: viene del suajili, literalmente significa «hermandad», y deriva de *jamaa* «familia», pero también del árabe *jamā'a* «comunidad». Implica las relaciones que se crean y existen entre los grupos familiares [N. de la T.].

Hay que decir que ni siquiera los más astutos y dedicados defensores de la *Declaración* de Nyerere han señalado, por lo menos hasta donde yo sé, la parte en la que dice que las mujeres tanzanas trabajan mucho más duro que los hombres, y las profundas implicaciones que esto tiene para el desarrollo.

Cuando el movimiento que había logrado la independencia perdió su ímpetu, de hecho fue derrotado, la *Declaración* fue abandonada y casi cayó en el olvido. Los tanzanos más jóvenes no estaban familiarizados con este importante líder del pasado.

Llevábamos años deseando poder facilitar de nuevo el acceso a la *Declaración de Arusha*, y en 2007, en su cuarenta aniversario, la reeditamos. Invitamos a Madaraka Nyerere, el hijo más joven del presidente a que viniese a Londres para su reedición (las copias que se llevó a Tanzania permitieron que muchos tanzanos tuviesen acceso a la *Declaración* por primera vez).

Durante el proceso para publicitar este evento histórico conocimos a Noreen y Ralph Ibbott que nos hablaron de la extraordinaria Ruvuma Development Association (RDA) [Asociación para el Desarrollo Ruvuma] y sus 17 pueblos. Como respuesta al llamamiento de Nyerere a volver al *ujamaa*, en 1961 un grupo de personas del mundo rural comenzaron a crear la sociedad *ujamaa*, una experiencia que, como la *Declaración*, también había caído en el olvido. Los Ibbott con sus cuatro hijos pequeños (el más pequeño había nacido allí) habían vivido y trabajado con gran dedicación en el más grande de los pueblos de la RDA, poniendo a disposición de los campesinos sus habilidades y sus conocimientos y asumiendo escrupulosamente el liderazgo de estos en todo lo relativo al desarrollo de la comunidad.

Nunca habíamos oído hablar de la RDA. Pronto fuimos conscientes de cuánto, no solo la *Declaración* sino también «Socialism and Rural Development» [Socialismo y desarrollo rural] y otros escritos de Nyerere, habían sido moldeados por aquello mismo que los movimientos de base estaban construyendo y logrando con la RDA, y lo que Nyerere aprendió de estas prácticas. Como hasta 2007, después de la reedición de la *Declaración*, no supimos de la existencia de la RDA y de su actividad, apenas se la menciona en la introducción de la *Declaración*.

El manuscrito de 1970 de Ralph Ibbott acerca de cómo se construyó la RDA, y cómo fue destruida posteriormente en 1969 por el

partido de Nyerere en contra del deseo de este, llevaba 40 años oculto en su escritorio. Actualmente estamos preparando lo que será su primera edición. La población de Tanzania —mujeres, niños y hombres— recibirán por fin el crédito que merecen por el liderazgo que le otorgaron al presidente Nyerere, y que a su vez él fue suficientemente sabio como para apreciarlo. Nyerere extrajo y recopiló los principios forjados colectivamente por los movimientos de base en el proceso de creación de la RDA, y se los ofreció al mundo, y la primera vez que lo hizo fue en la *Declaración de Arusha*. Lo que Nyerere no hizo fue acreditar que el origen de su *Declaración* estaba en los movimientos de base. El manuscrito de Ralph Ibbott sí lo hace.

He dicho más de una vez que en realidad los trabajadores de Tanzania son las mujeres. En los pueblos, las mujeres no tienen ni vacaciones ni horarios laborales.²

Cuando el 6 de marzo de 1957, la colonia británica de Costa de Oro se convirtió en la independiente Ghana, muchos de nosotros sabíamos que la humanidad había dado un gran paso hacia la liberación. Se había quebrado la coraza, aparentemente irrompible, del imperialismo en África, y nosotros nos alegramos.

En nuestra euforia e ignorancia, pocos de nosotros vimos cómo de frágil era esa independencia por la que la gente había luchado tan ferozmente. Habíamos asumido que, por ejemplo, una vez que los ghaneses hubiesen adquirido el poder político nada podría parar su lucha contra la pobreza, acabar con la explotación y exigir todo aquello de lo que el colonialismo les había privado. Nos llevó años darnos cuenta de cómo la nueva independencia política había sido subvertida por los viejos depredadores e incluso utilizada por ellos para seguir gobernando de una manera que les fuese aún más beneficiosa. Desgraciadamente, país tras país hemos visto cómo el colonialismo tras ser derrotado por movimientos masivos ha regresado bajo nuevas formas a veces incluso más mortales. Los líderes de estos movimientos populares, como Lumumba en el Congo, y jefes de Estado, como Kwame Nkrumah de Ghana, que se negaban a aceptar este tipo de pactos fueron asesinados o derrocados.

Cuando cayeron las banderas coloniales empezó el ascenso de la clase media excolonial quienes rápidamente se distanciaron

² Julius Nyerere dirigiéndose al United Women of Tanzania, Arusha, 1967.

de las aspiraciones de la misma población que les había abierto el camino a esta ascensión social. Los autodenominados líderes se avinieron a la corrupción que se les ofreció y facilitaron la explotación de las personas y los recursos sobre los que ahora gobernaban. La nueva clase gestora se escudó de las críticas acusándolas de ataques contra la africanización o la indianización, etc., y afirmando que dichas críticas dañaban el movimiento por la independencia que ellos mismos estaban socavando.

En 1967, una década después de la independencia de Ghana, cuando Tanzania nos proporcionó la *Declaración de Arusha*, ya estaban sobre la mesa todas las lecciones que debían tenerse en cuenta y de las que había que aprender. Pero pocos estaban preparados para eso o eran capaces de entenderlas. El sorprendente Julius Nyerere fue una notable excepción.

Nyerere, el Mwalimu —el profesor—, había visto a la India independizarse en agosto de 1947, asestándole así un golpe mortal al imperialismo europeo. «Creo que el triunfo de Ghandi hizo que los británicos perdiesen la voluntad de seguir aferrándose al Imperio».³ No le resultó extraño que Gandhi, el Mahatma —la gran alma—, apelase a que el desarrollo de la India se basaba en los siete millones de pueblos en los que vivía y trabajaba la mayor parte de la población, y no en las ciudades y la industrialización. A muchos esto les pareció una manera de aceptar el subdesarrollo. Para el Mwalimu y el Mahatma, esta era la única oportunidad para sus sociedades de negarse a ser aplastadas por el desarrollo capitalista. Para ambos, los pueblos no eran meramente la ausencia de desarrollo sino que constituían la base más apropiada y práctica para el mismo. Comenzando por el rechazo del desarrollo capitalista, la *Declaración de Arusha* no es nada más y nada menos que una perspectiva económica, social y política para permitir a los tanzanos desarrollarse ellos mismos y su economía según avanzaban en su proceso de construir una sociedad «socialista».

Nyerere, por supuesto, empieza por la pobreza de Tanzania. Aunque señala lo obvio, esta obviedad es algo que rara vez se menciona, es decir, que aquellos que viven en la ciudad son los

³ Puede que en respuesta a la actitud del gobierno laborista de posguerra, que poco después de su elección declaró que la India sería independiente.

que se benefician más del desarrollo social y económico —escuelas, carreteras, electricidad— y que aquellos que residen en el campo son los que financian este desarrollo:

Reconocemos que no tenemos el dinero suficiente para llevar un modelo de desarrollo a todos los pueblos y que beneficie a todo el mundo. También sabemos que no podemos establecer una industria en cada pueblo y lograr un aumento en los ingresos reales de la población mediante estos métodos. Estas son las razones por las que gastamos la mayor parte del dinero en las áreas urbanas y nuestras industrias se establecen en las ciudades. Sin embargo, la mayor parte del dinero que gastamos en las ciudades viene de préstamos [...] Para devolver estos créditos debemos utilizar moneda extranjera que se obtiene de vender nuestras exportaciones. Pero [...] es bastante posible que pase mucho tiempo antes de que nuestras industrias puedan producir para exportar [...] Entonces, ¿dónde podríamos lograr producir lo necesario? Tendrá que salir de los pueblos y de la agricultura. ¿Qué significa esto entonces? Significa que la gente que se beneficia directamente del desarrollo que trae el dinero prestado no son los que devolverán los créditos. La mayor parte de estos créditos se emplearán en áreas urbanas, pero la mayor parte de la devolución del pago se hará gracias al esfuerzo de los granjeros [...] Todos nuestros grandes hospitales están en las ciudades y benefician solo a una pequeña parte de la población de Tanzania. Y si los construimos con préstamos recibidos de fuera de Tanzania, será la venta allende los mares de la producción de los campesinos lo que proporcionará la divisa extranjera necesaria para el pago de los créditos. Así que aquellos que no se benefician de los hospitales son los que cargan con la mayor responsabilidad de pagar por ellos.

La franqueza quita el aliento. Estamos poco habituados a que los jefes de Estado digan las cosas tal y como son, con claridad y precisión, y que la base de sus declaraciones sean los intereses de los que tienen menos poder. Tras esto pasa a detallar exactamente qué tipo de trabajo en el campo es el que produce lo necesario para pagar la deuda para el desarrollo:

Sería apropiado preguntarle a nuestros granjeros, en particular a los hombres, cuántas horas a la semana y cuántas semanas al año trabajan. Muchos no trabajan ni la mitad de lo que trabaja alguien que recibe un salario. La verdad es que en los pueblos las

mujeres trabajan muy duro. A veces trabajan 12 o 14 horas al día. Ellas trabajan incluso los domingos y los días de fiesta. Las mujeres que viven en los pueblos trabajan más duramente de lo que lo hace ninguna otra persona en Tanzania. Pero los hombres que viven en los pueblos (y algunas de las mujeres urbanas) están de vacaciones durante la mitad de sus vidas.

El presidente Nyerere señala las implicaciones económicas de esto: «Las energías de millones de hombres en los pueblos y de miles de mujeres en la ciudades que actualmente se gastan en cotillear, bailar y beber, son un gran tesoro *que podría contribuir más hacia el desarrollo de nuestro país que lo que podemos obtener de las naciones ricas*» [el énfasis es nuestro].

Es decir, que Tanzania tendría una necesidad mucho menor de créditos extranjeros y de «ayuda» si los hombres no estuviesen «de vacaciones durante la mitad de su vida» mientras que las mujeres realizan la mayor parte del trabajo. La equidad no era solo una cuestión de justicia; era una necesidad económica básica.

Solo podemos imaginarnos cuál fue la respuesta de los colegas hombres del Mwalimu cuando su líder presentó el borrador del documento básico del partido, que exponía la explotación de las mujeres (incluyendo por supuesto, la explotación dentro de sus propias familias). Pero fuesen cuales fuesen sus reacciones, estas afirmaciones se mantuvieron en el documento final.

La solución alternativa que proponía Nyerere para los problemas que había remarcado fue para empezar, y lo más importante, la creación de pueblos socialistas autónomos. Esto suponía:

Una comprensión renovada, basada en el compromiso tras la Declaración de Arusha, de que lo que necesitamos es desarrollar a la gente, no las cosas, y que la única manera de que los pueblos se desarrollen es haciéndolo ellos mismos... [el énfasis es nuestro]. El objetivo de los pueblos ujamaa es convertirse en organizaciones socialistas creadas por la gente, y gobernadas por aquellos que viven y trabajan en ellos. No pueden ser creados desde fuera, ni gobernados desde fuera. En un pueblo ujamaa no se puede obligar a nadie, y ningún oficial —sin importar su rango— puede ir y decirle a los miembros de un pueblo ujamaa qué es lo que deberían hacer juntos, y qué deberían continuar haciendo como granjeros individuales. Ningún cargo del gobierno ni del partido

puede ir a un pueblo *ujamaa* y decirle a sus miembros qué es lo que deben plantar. Ningún no miembro del pueblo puede ir y decirle a los miembros que utilicen un tractor o que no utilicen un tractor. ¡Porque si esto pasase —es decir, si un extraño da este tipo de instrucciones y obliga a que se cumplan— entonces ya no sería un pueblo *ujamaa*!⁴

Esta forma de hacer, el rumbo tomado —socialismo en acción— se construyó teniendo como base las duras experiencias de otros proyectos fallidos: «Demasiado a menudo [...] convencemos a la gente de que marche a asentamientos nuevos prometiéndoles que allí podrán enriquecerse rápidamente, o que allí el gobierno les proporcionará los servicios y los equipamientos que saben que no obtendrían en las ciudades pequeñas o en sus áreas de agricultura tradicionales».⁵ Esto no había funcionado.

[Ha habido] muchos casos en los que una gran inversión de capital no se ha traducido en un incremento de la producción, casos en los que la inversión ha sido derrochada. Y en la mayor parte de los programas promovidos o apoyados oficialmente, la mayoría de las personas que se habían asentado en ellos perdieron su entusiasmo, y o bien abandonaron totalmente el programa, o no lograron implementar las órdenes de los extranjeros a los que habían puesto a cargo, que ni siquiera estaban involucrados en el éxito o el fracaso del proyecto.⁶

De todo esto extrajo la siguiente conclusión: «De hecho, lo que hacíamos al plantearlo así, era plantear el desarrollo en función de las cosas, y no de las personas».⁷

La hoja de ruta también se extrajo de lo que ya estaba sucediendo. En el área de Ruvuma, en los pueblos que se habían creado, la gente estaba descubriendo qué quería decir en la práctica la *ujamaa*: cómo vivir y trabajar colectivamente, cómo superar la

⁴ *Freedom and Development* [Libertad y desarrollo], del 16 de octubre de 1968, circuló brevemente tras una reunión del TANU National Executive Committee. Republicado en *Freedom and Development: Huru na Maendeleo*, Dar Es Salaam, OUP, 1973, p. 67.

⁵ *Ibidem*, p. 66.

⁶ *Ibidem*, pp. 66 y 67.

⁷ *Ibidem*, p. 66.

disparidad de poderes entre las mujeres y los hombres, cómo escoger e incorporar nueva información agrícola y técnicas para aumentar la productividad, cómo educar a los niños para que pudieran participar plenamente de la vida colectiva, cómo utilizar la experiencia del exterior sin ser dominados por aquellos que la proporcionan... estos y otros problemas fundamentales del desarrollo fueron confrontados colectivamente y resueltos por el conjunto de los habitantes del pueblo.

Mwalimu utilizó el éxito de la Ruvuma Development Association como ejemplo, tanto para ellos como más allá de las fronteras nacionales. El origen de su confianza radicaba en la creencia de que su política basada en la *ujumaa* podría tener éxito; ya estaba desarrollándose con visible éxito en una zona del país, localmente había otras personas copiando el modelo, y a lo largo de todo el país había personas que observaban el desarrollo de los mismos y que estaban considerando seguir el asombroso ejemplo de Ruvuma.⁸

Durante los meses que siguieron a la presentación de su perspectiva, Mwalimu explicó su aplicación en los diferentes aspectos del desarrollo social. Con cada ensayo o discurso, simple pero profundo, el Profesor nos da claridad, respecto a la educación, en la lucha contra el racismo, respecto a la agricultura, el socialismo, el sindicalismo. Con cada intervención reformula y articula más profundamente aún la perspectiva. El propósito, dice él, es la *watu*, «gente» en suajili, traducido habitualmente en inglés como «hombre»:

Para una Tanzania que está implementando la *Declaración de Arusha*, el propósito de toda actividad social, económica y política debe ser la gente, los ciudadanos, todos los ciudadanos de este país. La creación de riqueza es una cosa buena y algo que deberíamos incrementar. Pero dejará de ser bueno en el momento en el que la riqueza deje de servir a la gente y la gente empiece a estar a servicio de la riqueza.⁹

⁸ Pero pese al respaldo del Mwalimu, y en el momento en el que más exitosa estaba resultando, en 1969 el gobierno destruyó la RDA.

⁹ «The Purpose Is Man» [El objetivo es la gente], discurso durante una lección presencial acerca de la *Declaración de Arusha*, en la universidad de Dar es Salaam, una de las secciones de la facultad de la TANU Youth League, 5 agosto de 1967. En *Freedom and Socialism: Uhuru na Ujamaa*, cit., p. 316.

Una y otra vez nos recuerda las bases que puso Marx. Como él, los argumentos de Nyerere contra el capitalismo eran precisamente que este había puesto a la gente al servicio de la producción y del intercambio en lugar de estos al servicio de la población. Tanzania rechazaría el fetiche capitalista, es decir, que la mercancía y el dinero posean un poder natural sobre la gente. Construirían una economía en la que individuos libremente asociados estarían a cargo de su propia producción, y que construirían su propia sociedad consciente y colectivamente.

Solo ahora estamos descubriendo que en los últimos años de su vida el trabajo de Marx se centró en descubrir cómo, y cuánto, podría el comunismo tradicional indígena evitar el capitalismo y transformarse directamente en una sociedad comunista; y cómo, en condiciones favorables, dichas sociedades podrían ser «el punto de apoyo para la regeneración social de Rusia».¹⁰ Esto aumenta la relevancia y le proporciona un nuevo interés a la manera en la que el gran profesor de Tanzania desarrolló un modelo para su país.

Toda la población debía comprender lo que proponía la *Declaración*, y desarrollarla de manera colectiva en caso de que quisieran hacerlo y también de la forma en que quisiesen hacerlo. Pero como la mayor parte de la gente era analfabeta —especialmente en el caso de las mujeres que eran las principales trabajadoras—, la propuesta debía explicarse en persona:

Para lograr establecer los pueblos *ujamaa*, y para ayudarles a que tengan éxito, son necesarios educación y liderazgo. Estas son las cosas que el TANU [Tanganyika African National Union, el partido en el gobierno] debe proporcionar. Es nuestro trabajo explicar qué es un pueblo *ujamaa*, y seguir explicándolo hasta que la gente lo comprenda. Pero la decisión de comenzar debe ser tomada tanto por la población misma como por cada uno de los individuos.¹¹

¹⁰ Karl Marx, «Letter to Vera Zasulich» en T. Shanin (ed.), *Late Marx and the Russian Road*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1983, p. 124 [ed. cast.: *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Editorial Revolución, 1990, p. 160].

¹¹ *Freedom and Development*, cit., p. 68.

Por ello el primer trabajo de los líderes fue explicar la política propuesta «hasta que la gente comprenda», permitiendo a cada individuo decidir si quería o no adoptarla.

Y por ello la *Declaración de Arusha* era «una declaración de intenciones; no era nada más». ¹² Eso era todo lo que podía ser. Solo la gente podía llevar a cabo una acción pensada para el cambio. El *ujumaa* necesitaría paciencia. No había atajos.

Pese a la centralidad que Nyerere afirmaba que tenían las mujeres, vemos pocas referencias a las mujeres *per se* en sus escritos tras la *Declaración*. Puede ser que no se haya traducido del suajili, o puede que no existan más. Sin embargo, hay una notable excepción.

«Socialismo y desarrollo rural» fue escrito unos meses después de la *Declaración de Arusha*; Nyerere consideró este documento como «una parte integral» de la *Declaración*. ¹³ En este nos proporciona un contexto histórico vital de su análisis social y político. Nyerere dice que hay «dos factores básicos que evitaban que la sociedad tradicional floreciese plenamente».

El primero era [...] la aceptación de la desigualdad humana [...] en la sociedad tradicional se consideraba que las mujeres tenían un lugar en la comunidad que no solo era diferente sino que hasta cierto punto era inferior [...] las mujeres han hecho, y aún lo hacen, una parte más que justa del trabajo en los campos y en las casas. Por virtud de su sexo sufrieron desigualdades que no tenían nada que ver con su contribución al bienestar de la familia [...] dentro de la sociedad tradicional su suerte sería el maltrato y el servilismo forzado. Esto es ciertamente inconsistente con nuestra concepción socialista de la igualdad de todos los seres vivos [...] Si ahora queremos que nuestro país logre un progreso rápido y completo, es esencial que nuestras mujeres vivan en términos de completa igualdad con el resto de sus ciudadanos que son los hombres.

El otro aspecto de la vida tradicional con la que tenemos que romper es la pobreza.

¹² «The Purpose Is Man», cit., p. 315.

¹³ «Socialism and Rural Development», en *Freedom and Socialism*, cit., pp. 337-366.

Lo que el *ujamaa* iba a superar era la desigualdad y la pobreza. Eran dos debilidades que se reforzaban la una a la otra. El «progreso rápido y completo» de la superación de la desigualdad entre mujeres y hombres era básico para acabar con la pobreza.

Teniendo como objetivo la igualdad en un país con recursos escasos, Nyerere concentró lo mejor de su habilidad en diseñar políticas públicas que les proporcionaran a las mujeres la ayuda que necesitaban para acabar con la sumisión tradicional.

El cambio más básico sería el mismo poblado *ujamaa* que por naturaleza propia abría la posibilidad de acabar con el dominio masculino de la economía rural. En un pueblo *ujamaa* las mujeres serían propietarias colectivas de la tierra en la que trabajaban y de su producción, participando de todas las decisiones respecto a los cultivos, métodos, distribución de la tierra, etc. La carga de trabajo de las mujeres se convertiría en una cuestión colectiva del mismo modo que la de los hombres; cada uno de ellos realizaría una carga equiparable, aumentando la productividad y acelerando la eliminación de la pobreza. La naturaleza misma del *ujamaa* abrió el camino para que las mujeres rompieran con su posición de servidumbre tradicional y que recrearan colectivamente relaciones sociales.

Las mujeres también recibieron otros tipos de ayuda, incluida la discriminación positiva en la educación universitaria, algo que estaba a años luz en países mucho más ricos.

Pero la tradición era muy dura contra las mujeres. Esta parte de la historia aún debe contarse.

Ni siquiera somos capaces de hacer un listado con todo lo que Tanzania logró gracias a este líder político, alguien auténticamente extraordinario. Señalemos solo que Dar Es Salaam fue el centro del movimiento antiapartheid y de otros movimientos de liberación en todo el continente. La dedicación de Nyerere a la causa de la liberación africana y por ello su apoyo al panafricanismo de Kwame Nkrumah era parte integral de su perspectiva para Tanzania. Con su característica franqueza y claridad, en 1997 utilizó la ocasión del 40 aniversario de la independencia de Ghana para dejar clara la «razón principal» por la que fracasó el panafricanismo:

Demasiados de nosotros teníamos intereses personales para mantener África dividida. Antes de la independencia de Tanganica, yo había defendido que los países del este de África debían federarse y tras ello lograr la independencia como una unidad política única. Yo había afirmado públicamente que estaba dispuesto a retrasar la independencia de Tanganica con el objetivo de permitir que los tres países continentales lograsen su independencia de manera conjunta como un único Estado federado. Hice la propuesta debido a mi miedo —que posteriormente se demostraría cierto— de que sería muy difícil unir nuestros países si permitíamos que alcanzasen la independencia separados entre sí. Una vez que multiplicas tus himnos nacionales, banderas nacionales y pasaportes nacionales, los asientos en Naciones Unidas, y los individuos con derecho a ser recibidos con salva militar, por no hablar de un séquito de ministros y mensajeros, tendrás un ejército completo de personas poderosas con intereses personales en mantener África balcanizada.¹⁴

No está describiendo solo una debilidad personal, sino un sector que habitualmente afirma hablar por el movimiento anticapitalista pero cuya ambición les conduce a trabajar, e incluso a reprimir y matar en beneficio de nuestros enemigos. Este sector de gerentes, gubernamentales o no, mina todo movimiento popular, y sin embargo casi nunca se le exige responsabilidades y menos aún en términos tan poco ambiguos como estos.

La revolución venezolana tiene que enfrentarse diariamente no a la corrupción de un Estado africano recién creado hace 40 años, sino a la corrupción persistente heredada de un siglo de producción petrolífera. El presidente Chávez, el líder de la revolución, debe mantenerse permanentemente en guardia frente a la amenaza no solo de la subversión y la violencia de Estados Unidos sino de la ambición subversiva en su propia casa. El movimiento de base que impulsa la revolución también se ve subvertido por la eterna corrupción, que no deja de intentar socavarla y desmoralizarla.¹⁵ El primer paso que da Chávez para combatir

¹⁴ «Kwame Nkrumah & African Unity (Vigor, Commitment & Sincerity)». Discurso en el 40º aniversario de la independencia de Ghana, Acra, 6 de marzo de 1997.

¹⁵ Véase el «Comunicado de las amas de casa trabajadoras del hogar al presidente Chávez», 4 de febrero de 2006; disponible online <http://www.globalwomenstrike.net/English2006/StatementFromWomenToChavez.htm>

esta amenaza es nombrarla. Refiriéndose a los cargos regionales recién elegidos en noviembre de 2004 dijo:

Un funcionario público no puede estar haciendo negocios [...] Hay una medicina para no ser corrupto: que uno mande al cipote las ambiciones personales y materiales, esa es la mejor medicina. Porque el que tenga debilidades de ese tipo está a un paso de ser corrupto. El que aspire a vivir en una casa quinta muy lujosa; el que aspire a tener bienes materiales, o que los tenga ya y quiera tener más, está a un paso. Entonces quiero que en este nuevo momento estratégico hagan una lucha dura contra ese flagelo de la corrupción.¹⁶

Durante una visita a China en 1968, Nyerere habló de sectores cuyas habilidades, poco habituales en un país no industrial, les hace vulnerables a la ambición y por ello a la corrupción:

El presidente Mao ha hecho muchas veces llamamientos al «experto rojo», el hombre formado que está entregado y es devoto del credo político de China. Nosotros en Tanzania buscamos al «experto comprometido». Ambos estamos intentando encontrar al experto que esté cualificado en materias científicas, en administración o en cualquiera de los muchos otros trabajos que necesitamos, y que a la vez busque únicamente poner su conocimiento y habilidades al servicio de la gente, y servir tal y como el pueblo mismo defina que tiene que hacerlo. Este tipo de gente existe, pero las tentaciones son grandes para cualquiera en una posición de poder.¹⁷

Tal vez la sección más sorprendente de la *Declaración* es la Parte Quinta, conocida como el Código del Liderazgo, que fija un estándar tanto para el partido como para el personal gubernamental desde el que se conmina a rechazar cualquier oferta de corrupción, de las hechas por pequeños hombres de negocios a las de las inmensas multinacionales y las depredadoras potencias

¹⁶ Véase <http://todochavez.gob.ve/todochavez/6271-intervenciones-del-comandante-presidente-hugo-chavez-durante-taller-de-alto-nivel-el-nuevo-mapa-estrategico-desarrollado-durante-los-dias-12-y-13112004> [N. de la T.].

¹⁷ «The Supremacy of People», discurso durante su segunda visita de Estado a Pekín, China, 18 de junio de 1968; en *Freedom and Socialism*, cit., p. 37.

imperiales. Corromper lo que no puede ser derrocado o derrotado de otras maneras es parte integral, de sobra conocida, de las relaciones de poder internacionales.

Incluso en un reciente *thriller* de Hollywood acerca de la industria petrolífera, un operativo de la CIA proclama: «¡La corrupción es la manera en la que siempre ganamos!».

Tanzania pagó el precio por haber tomado un camino independiente y auténticamente revolucionario; por intentar desarrollarse superando el capitalismo, y construyendo en su lugar una economía basada en la cooperación y la participación de todos los individuos. Todas y cada una de las ramas del capitalismo y el imperialismo han hecho horas extras para desacreditar como irreales las políticas del Mwalimu y tachar de fracaso toda la experiencia seminal tanzana. Años después, cuando ya no estaba en el cargo, Nyerere puso en su sitio a los críticos, así, casi como de pasada:

El año pasado estuve en Washington. La primera pregunta que me hicieron en el Banco Mundial fue: «¿Por qué fracasaste?». Le respondí que asumimos un país cuya población adulta tenía un 85 % de analfabetismo. Los británicos nos gobernaron durante 43 años. Cuando se marcharon, solo habían formado a dos ingenieros y doce doctores. Este es el país que heredamos. Cuando dejé el cargo había un 91 % de alfabetización y casi todos los niños acudían a la escuela. Formamos a miles de ingenieros y doctores y profesores. En 1988 el ingreso per cápita era de 280 dólares. Hoy, en 1998, es de 140 dólares.

Así que le pregunté al Banco Mundial qué es lo que había ido mal. Porque durante los últimos diez años Tanzania ha firmado donde le han dicho y ha hecho todo lo que quería el FMI y el Banco Mundial. La asistencia a la escuela se ha desplomado un 63 % y se han deteriorado las condiciones sanitarias y de otros servicios sociales. Les pregunté de nuevo: «¿Qué fue mal?». Estas personas no hicieron más que quedarse mirándome allí sentadas. Entonces preguntaron qué podrían hacer. Les dije: «Tened algo de humildad». Humildad. ¡Son tan arrogantes!¹⁸

¹⁸ Entrevista con Mwalimu Nyerere, diciembre de 1998, en *The Monitor*, Kampala, 1999 (disponible online en www.africanews.org) y en el *New Internationalist*, núm. 390, enero/febrero de 1999.

Aquellos que han visitado Tanzania han visto de primera mano que este es el país más pacífico de África y puede que del mundo. Teniendo en cuenta todas las poblaciones, tanto en África como en el resto del planeta, que han caído víctimas de las guerras tribales, étnicas, las guerras de proximidad y de cualquier otro tipo, fomentadas para allanar el camino a los intereses del capital europeo y estadounidense, el presidente de Tanzania Nyerere lo hizo remarcablemente bien. El Mwalimu se encontró con que Tanzania ya era un país pacífico, pero fue él el que se aseguró de que se mantuviese de esa manera, y tan diferente en tantas cosas de todos los países con los que hace frontera.

La *Declaración de Arusha* sitúa estándares que son relevantes mucho más allá de Tanzania. Aplica unos principios de liderazgo que son aplicables universalmente: no decirnos a la gente lo que debemos hacer, sino darnos la información que necesitamos para adoptar decisiones informadas. Exige que tengamos en cuenta qué principios deberían guiar las relaciones entre lo individual y la economía, entre mujeres y hombres. Nos proporciona una redefinición de socialismo que comienza por aquellos que estamos en la base, no solo en Tanzania sino en todo el mundo. Y, primordialmente, empieza por la asunción de que nunca debemos depender de las relaciones capitalistas de explotación para atacar y derrotar la pobreza, la desigualdad o la ignorancia.

Tenemos que recordar que estas instrucciones y estos principios vienen de un hombre que hasta que tuvo doce años no dejó su pueblo ni acudió a la escuela, en una sociedad en la que a esa edad ya eres un adulto. Por ello su sabiduría era la sabiduría de los pueblos —lugares en los que gran parte de su población, por no decir casi toda, sigue viviendo de la tierra y trabajando en ella— y formado gracias a sus amplias lecturas y experiencias.

Estamos agradecidas y honradas de reeditar la *Declaración de Arusha*. Nuestro objetivo es hacer accesible este gran documento a aquellos que nunca han oído hablar de él, y recordárselo a aquellos que tal vez han olvidado la extraordinaria lucha por la liberación que expresó e impulsó dicho documento. A medida que vamos renovando el movimiento para transformar la naturaleza de la política y de la economía y que el propósito de estas vuelva a ser la *watu* —la gente— debemos educarnos a nosotros mismos y a otras personas respecto a las partes ocultas

de nuestra historia, y esto incluye un África que concede el liderazgo a nuestra lucha, como mujeres, como hombres, como trabajadores urbanos y rurales, asalariados y no asalariados, en todas partes.

23. Extractos de entrevistas (2009)

Organización internacional y organización con los hombres Renta garantizada vs. salarios para el trabajo doméstico

Los aspectos cruciales de nuestro trabajo rara vez quedan recogidos: cómo nos organizamos internamente día a día, y los cambios en nuestros puntos de vista sobre cuestiones primordiales. ¿Cuántas personas además de nuestras colegas y nosotras mismas están interesadas en ello? Los únicos momentos en los que podemos describir esto son las entrevistas, en particular las entrevistas que nos hacen personas que están organizadas y que vienen de otro país. Las tres primeras preguntas aquí recogidas las realizaron una mujer y un hombre venidos de Japón, ambos académicos y activistas en colectivos de mujeres que reclaman el derecho a prestaciones sociales. La cuarta pregunta la enviaron mujeres feministas de Turquía.

¿Qué significa para un grupo de mujeres formar parte de la Huelga Internacional de Mujeres?

Significa que están en contacto con mujeres de otros países, y gracias a ello pueden acceder a un amplio abanico de información. De esta manera pueden diseñar su trabajo dentro de un contexto en el que trabajan también otras mujeres, y esto es muy

útil e importante. La existencia de esta conexión amplía tu poder: tus decisiones son más atrevidas y más realistas porque reflejan el poder que tienes y del que normalmente no eres consciente, y del que es difícil ser consciente. Significa que independientemente de lo que estés haciendo, no sois solo las diez, veinte, treinta, cincuenta o cien personas que estáis en un evento o intentando hacer algo; hay toda una red internacional que es respetuosa y que da apoyo, y en la que te aconsejarán qué puedes hacer para que lo que haces tenga mayor credibilidad y un mayor impacto.

La Huelga nos ha mostrado que las mujeres respetadas por los hombres, incluso por los gobiernos locales, lo son porque estos ven el poder que tienen, también en los países occidentales, la conexión con otras mujeres y hombres.

Payday, la red de hombres, trabaja estrechamente con la Huelga. ¿Puedes hablarnos de vuestra relación con ellos?

Soy una de las mujeres que ha trabajado mano a mano con Payday. La forman hombres que, para empezar, han aceptado que la Huelga Mundial de Mujeres es una organización basada en aquellos que realizan trabajo de cuidados. Eso no significa que deban mostrarse obedientes, o hacer lo que le dicen las mujeres, pero tienen que reconocer el trabajo de las cuidadoras y el poder que este trabajo proporciona a toda la clase trabajadora.

En este contexto los hombres han ido concentrando su actividad en los *refuseniks*, aquellos hombres y mujeres, aunque principalmente hombres, que en gran parte de los países del planeta, dicen «no» al Ejército. No solo dicen no a la guerra de Irak, no a luchar en Afganistán, sino que también son los objetores en Israel, los objetores en Estados Unidos, gente que dice «no más guerras» — cada uno desde su punto de vista — y que se han enfrentado a los gobiernos de sus países en defensa de su derecho a negarse a ir a la guerra. Y que recuerdan a aquellos que han dicho «no» en el pasado: no a la guerra de Vietnam, incluso no a la Segunda Guerra Mundial. No al tipo de persona en la que intenta convertirte el Ejército: un asesino y también a menudo un violador. Este tipo de trabajo, apoyar y promover el rechazo a la guerra es el tipo de tarea que los hombres tendrían que estar haciendo, es muy útil.

Y Payday ha dejado claro que a menudo han sido las mujeres — madres, compañeras, hermanas y mujeres de todo tipo— las que han luchado por estos soldados, quienes han apoyado a aquellos que se negaron a ir, y que estas mujeres han sido los pilares de las campañas de rechazo a la guerra. Este reconocimiento supone un enorme potencial para las mujeres y también un enorme potencial para los hombres y para el movimiento contra la guerra. Así que trabajamos bien juntos, sin problemas y con mutuo respeto.

La campaña que lanzaron, «Refuse to Kill» [Negarse a matar], se ha convertido en «Refusing to Kill and Be Killed» [Negarse a matar y a que te maten], que no solo se refiere al derecho de no tener que arriesgar tu vida por «el rey y la patria» sino que también es una campaña contra la pena de muerte, tanto en las prisiones estadounidenses como en todo el mundo. Mujeres y hombres trabajan juntos en esto y en muchas otras cosas.

Algunos de los hombres del Payday trabajan en el movimiento antisionista; otros trabajan para proteger el medioambiente. Nos consultan para todo esto, y los intereses específicos de las mujeres son parte integral de la iniciativa del Payday.

También abrimos camino a la lucha de los hombres porque la opinión de las mujeres de la Huelga es que el punto de vista de los hombres no está muy representado. Puede que parezca que los hombres tienen el poder, pero no lo tienen, excepto sobre las mujeres. Pocos señalan el grado en el que los hombres están explotados, cuál es su situación y su lucha en general. No solo en los denominados lugares de producción, sino en todas las esferas de la sociedad. Payday intenta dar voz a esta causa pero dejando claro que para lograr un cambio, la cuestión no debe ser hundir más a las mujeres, sino que todos juntos empujemos para subir y luchemos contra la guerra y por los cuidados.

Todos nosotros queremos ser seres humanos cuidadosos. Cuidar no es un trabajo más, como cualquier otro, o menos que cualquier otro; mas bien lo contrario. El cuidado es en último término la base de todas nuestras relaciones más importantes.

El cuidado siempre ha sido un elemento crucial para mantener unido el movimiento, pero nadie se había dado cuenta de ello porque lo hacían las mujeres, por decirlo de alguna manera, tras el telón. Payday está preparado para reconocer este trabajo y

luchar junto a nosotras para que se priorice. Lo que quiero decir es que más nos vale cuidarnos los unos a los otros o perderemos.

¿Cómo tomáis las decisiones?

Nuestro proceso de toma de decisiones es bastante sencillo. Tenemos debates, primero en grupos pequeños, sobre temas determinados. Si por ejemplo las mujeres están trabajando sobre los ataques racistas o en algún aspecto determinado de un ataque racista, o en alguna cuestión relacionada con las ayudas sociales, las mujeres involucradas en ello, y a menudo también los hombres, se reunirán para debatirlo, y para definir qué están haciendo y qué deberían estar haciendo y cómo y con quién. La gente debate y pregunta a otras personas que no están en su grupo de trabajo o en su organización pero que tienen información o experiencias que pueden ser útiles.

Además escogemos un día, cada seis o siete semanas, para reunirnos todos juntos y hacer como si fuese un día de limpieza doméstica para que todo el mundo sepa qué están haciendo el resto de las personas. Siempre tenemos que correr para ponernos al día de lo que está sucediendo porque todos estamos involucrados en muchas cosas distintas. Se dan muchos intercambios de información y consultas informales y hacemos todo lo que podemos para estar todos al mismo nivel y recibir la misma información.

¿Qué piensas de una renta garantizada?

Ahora mismo lo veo de manera diferente que cuando comenzó la Campaña porque ya hemos logrado que se establezca la importancia del trabajo no remunerado de cuidados. Nosotras siempre entendimos que exigir una renta garantizada era una manera de decir que tenemos derecho a vivir sin tener que trabajar para el capitalismo. Es un buen punto de vista pero no es suficiente.

Cuando decimos salarios para el trabajo doméstico, lo primero que estamos diciendo es que el trabajo que hacen las mujeres debe ser visibilizado y reconocido no solo como trabajo, sino como un hecho político, como una lucha: es decir, que las mujeres rechazan hacer este trabajo. Quiero explicar esto, porque realmente gran parte del trabajo que las mujeres hacen es mantener a la raza humana. Y es obvio que este trabajo debe hacerse.

Y no solo que debe hacerse sino que claramente es el trabajo más importante del mundo. Pero no podemos hacerlo solas, y no queremos que los hombres «ayuden». Esto no es suficiente. Y no es lo que se necesita, en absoluto.

Necesitamos que toda la sociedad se preocupe de este trabajo, y que sea la prioridad central de nuestra manera de vivir. Hoy en día en los países industriales ha quedado perfectamente claro que no es necesario hacer mucho trabajo de producción. Nosotros en Occidente podríamos acceder a todo aquello que necesitamos y se puede producir rápidamente lo que necesitan otros en otros lugares. Necesitamos producir comida: tenemos la tecnología, y también disponemos de muchos métodos tradicionales de producir comida que han sido desechados porque el capitalismo no estaba interesado en la comida sana, solo le ha interesado el dinero. Todos podemos compartir este trabajo. Así que debemos reorientar la sociedad hacia los cuidados. Esto no significa que las mujeres tengan que ayudar con los cuidados; sino que ser civilizado significa preocuparse unos por los otros, y hacerlo de tal manera que no haya necesidad en el mundo, en el que todos tengamos o podamos tener lo que nos hace falta. El ingreso vital no se preocupa para nada de esto.

No se ocupa de la cuestión de los cuidados y no se ocupa de la cuestión del trabajo forzado y de la relación de poder entre mujeres y hombres o entre personas blancas y personas de color o entre personas del Tercer Mundo y personas de países industrializados. Los salarios para el trabajo doméstico sí que hablan de todo esto. Nos dicen: «Prestad atención a lo que hace la gente» ¿En qué gastamos nuestras vidas? ¿Cómo sería si fuésemos mujeres africanas, si dedicáramos entre 12 y 14 horas de nuestro día a cultivar alimentos, conseguir agua, leña...?

La Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico es como una linterna que arroja luz sobre nuestras auténticas vidas y en las relaciones reales entre nosotros. Porque aunque queremos un ingreso garantizado, lo que realmente queremos es *cambio*. Y el cambio debe venir de mano de la reorientación de toda la sociedad para que confronte las divisiones que hay entre nosotros. Pero para ello primero debemos identificar dichas divisiones, reconocerlas, reconocer el trabajo, para que podamos negarnos a hacerlo, y construir un movimiento en contra. Esto es lo que hace la Campaña por Salarios para el Trabajo Doméstico.

24. Intervención en la Asamblea de judíos estadounidenses contra el racismo y el apartheid de Israel (2010)

19-22 de junio de 2010

Evento previo al Foro Social estadounidense en Detroit

IJAN [Red Internacional de Judíos Antisionistas, por sus siglas en inglés] no solo es contundentemente antisionista y está comprometida con asumir el liderazgo a partir de la lucha palestina, sino que también es un nuevo modelo de organización que tiene más que ver con el siglo XXI que con el siglo XX, y estoy muy contenta de participar en ella. Y puede que acorte mi intervención porque ya se han dicho gran parte de las cosas que consideraba que eran muy importantes. Aunque aún quedan unas cuantas cosas que decir... [risas].

Para empezar, que para nosotras es urgente y necesario estudiar más el movimiento contra el *apartheid* en Sudáfrica durante el siglo XX. Ese movimiento incorporó y mantuvo durante su desarrollo algunos errores muy graves y profundos en los que no queremos caer ni repetir en la lucha contra el *apartheid* israelí. Ilustraré esta afirmación con un ejemplo. Decían ser no racistas, más que ser antirracistas, lo que les permitió evitar confrontar las relaciones de poder entre sus miembros, basadas en las divisiones raciales; hemos sufrido amargamente por esta falta de claridad y la falta de autonomía de la mayoría de la población formada por personas negras y personas de color.

En segundo lugar, hicieron de Sudáfrica una excepción. Desde el momento que catalogas una lucha como una excepción, la deprecias. Desde esta perspectiva cuando demandas ayuda a otros lo haces de una manera muy limitada y en términos indirectos: cuando lo haces así los otros deben participar en el movimiento de liberación a través de ti, sin referencia a su propia experiencia. En IJAN no lo hacemos así. Partimos de que los sionistas afirman que el genocidio es algo excepcional; bueno, en algunos aspectos lo es. Pero en esencia no es excepcional, otros grupos también han sufrido genocidios. Y el sionismo tampoco es excepcional. El *apartheid* no es nuevo, la injusticia no es nueva, encarcelar y torturar no es nuevo, bombardear y experimentar en civiles tampoco es nuevo... Lo sabemos todo respecto a esto [aplausos].

Además, vamos a hacer un poco de memoria y recogida de datos para demostrar que no es que Israel obedezca de tanto en tanto las órdenes de Estados Unidos (y viceversa), sino que Israel es un elemento integral de su ejército, y de sus políticas para el planeta, es una parte integral a la hora de esparcir su propaganda, su influencia y su control militar. Así que cuando confrontamos a Israel, confrontamos al imperialismo mundial, y ambos son inseparables [aplausos]. Esto quiere decir que no vamos a seguir permitiendo que Estados Unidos se parapete tras la agenda cuando describimos el enemigo sionista y esto es algo en lo que hay que incidir más aún dentro de Estados Unidos. Queda mucho trabajo por delante.

Ya sabéis que cuando IJAN comenzó, y no fue hace mucho, la gente que estaba en contra de la guerra en Irak aún pensaba que podrían seguir siendo sionistas. Sí, así era. Creo que ahora sería mucho más difícil.

Hay una lucha contra el racismo, hay una lucha contra el imperialismo, y lo que hacemos nosotros en unirlo todo. Quiero leer una cita muy breve de una carta que IJAN Londres escribió en apoyo a los palestinos y a otros jóvenes árabes que se manifestaron contra la ocupación durante la ofensiva contra Gaza y que fueron arrestados dos meses después cuando la policía irrumpió en sus casas a las cuatro o las cinco de la mañana, fueron llevados ante el juez, y algunos de ellos fueron condenados a dos y tres años de cárcel por haber tirado una botella de agua. Esto no solo tiene que ver con el auge de la islamofobia. Esto tiene que

ver con restringir todo tipo de protestas en Gran Bretaña, y de nuevo, no podemos separar una cosa de otra. Son diferentes pero inseparables.

A los manifestantes en favor de Palestina les encantó recibir la carta de parte de IJAN. ¿Sabéis? IJAN es un facilitador. IJAN abre el camino para que otros protesten contra el sionismo. Ese es uno de los trabajos que hacemos. Escribimos que:

Aquellos de nosotros que nos centramos en la liberación de Palestina somos bien conscientes de las tragedias que se desarrollan en el resto del mundo, del Congo a Irak, de Sri Lanka a Colombia. Defender a nuestras hermanas y hermanos en Palestina que resisten y que luchan por sobrevivir, y aprender de su resistencia y tomar ejemplo de ellos es parte de la misma lucha que libran todos aquellos que luchan por sobrevivir contra la violenta represión sea donde sea.

De esta manera día a día dejamos claro con nuestro trabajo que aunque nos centremos en Palestina, somos conscientes de los sufrimientos que hay en todo el planeta, y sentimos que luchar por la liberación de Palestina, al apoyar la lucha por la liberación de Palestina, estamos apoyando las luchas por la liberación en todas partes. Esta es nuestra política [aplausos].

De hecho, nosotras, las personas judías, tenemos nuestro propio e independiente argumentario contra el sionismo. Y es muy, muy importante que dejemos claro que al luchar junto con el movimiento de solidaridad con Palestina también estamos luchando por nosotros mismos. Y creo que uno de los mayores crímenes contra los judíos que Israel ha perpetrado — a parte de decir que los judíos no se enfrentaron a los nazis, y afirmar que fuimos pacíficamente a los campos; y no sabemos qué hicieron ellos (de hecho sí que lo sabemos, hacían pactos con los nazis)— aparte de eso, su crimen ha sido intentar aislarnos y cortar con nuestra historia y tradición de formar parte de los movimientos contra la injusticia [aplausos].

Estas son mis raíces y mi formación. Cuando mi padre veía un sionista escupía. Y lo hacía porque el sionismo era la filosofía y las ambiciones de los jefes contra nosotros. Esto es lo que aprendí en Brooklyn [aplausos].

Aunque el movimiento ha pasado por momentos muy bajos, está resurgiendo por todas partes, y está reviviendo la tradición judía de oponerse a la explotación, el racismo y el imperialismo. Y yo creo que está vivo de nuevo, y entre otros muchos ejemplos, en IJAN. Este es el movimiento, este es el que solíamos tener, el que nunca perdimos del todo, y que está reviviendo. Es perenne [aplausos y risas].

Ahora me gustaría señalar rápidamente algunos de los puntos claves de nuestra organización: somos inflexiblemente antisionistas. No podemos perder esta claridad. Eso sería perder la función que tiene nuestra existencia misma. Es fundamental. Y habrá personas que vengan a nosotros, que pueda que no conozcan nada mejor y que tengan cierto miedo del Estado estadounidense —¿quién de nosotros no lo tiene?— y digan: «Bueno, ¿podemos evitar decirlo todo así tan claramente? Igual podríamos decir una parte ahora y otra parte más adelante. Hay gente que es *casi* antisionista que se unirá a nosotros si lo hacemos más poco a poco. Y así llegaremos a más gente» [risas]. Gente así existe en todos los movimientos. Pero nosotros decimos lo siguiente: seguimos siendo inflexiblemente antisionistas, y sabemos, y si no debemos aprenderlo, que nuestra influencia, nuestra efectividad, no depende del número sino de nuestra claridad y determinación —esto es tremendamente importante y debemos recordarlo—. Puede que nosotros seamos veinte y ellos doscientos, pero esto no significa que ellos serán diez veces más efectivos que nosotros; no, no significa eso. Significa que, como somos tan claros y estamos tan seguros, serán ellos los que tendrán que cambiar su posición para acercarse a la nuestra. Y con esto no le damos la espalda a la gente que no quiere hacer todo el camino con nosotros; estamos felices de poder apoyar lo que están haciendo, siempre que su tarea no vaya en contra de nuestros principios. Este equilibrio es vital; hacerlo de otra manera sería sectario y minaría el movimiento, y esa no es nuestra tarea [aplausos].

No hay otra alternativa que la organización internacional. Puedes ser antirracista en Estados Unidos y muchas personas blancas lo han sido a lo largo de la historia. Pero ser completamente antirracista depende de las conexiones internacionales, de conocer las diferentes maneras en las que la gente vive y lucha, e incorporar este conocimiento a aquello por lo que luchas y a los conflictos que apoyas y defiendes. De esta manera, estés

haciendo lo que estés haciendo, también tienes una responsabilidad con ellos. No hay otra manera de ser antirracista a menos que la lucha que realices tenga en cuenta las luchas de otros pueblos y te asegures de que nunca haces nada que debilite las luchas de otra gente. Esto no es fácil pero es absolutamente crucial [¡escuchad, escuchad!].

Quería decir algo respecto a la efectividad de la lucha palestina. Sabéis que no sé mucho sobre esto, dependo de aquellos que están mejor informados que yo para que me proporcionen la información que normalmente no recibiría, porque estoy involucrada también en otras secciones del movimiento. Y sin embargo, todo el rato encuentras señales que muestran lo importante que es la lucha en Palestina para todo Oriente Medio. Debemos mostrar cuánto le debemos a esta lucha y recordar su importancia. Como la lucha de la clase obrera que se ha desarrollado en Egipto, liderada, por cierto, por mujeres, quienes dejaron las fábricas en horas de trabajo, se juntaron y preguntaron «¿dónde están los hombres?». No hubo manera de encontrarlos. Estas luchas estuvieron inspiradas en los palestinos. Es realmente importante que esto se sepa; es inmensamente importante que un grupo de personas, a las que estamos apoyando, sepan que lo que están haciendo también está apoyando a mucha otra gente. Y tenemos que observar de nuevo tanto el conjunto de Oriente Medio como las luchas que se desarrollan en otras partes del mundo y saber cuánto de la lucha antisionista está inspirando el auge del movimiento en otros lugares.

Llegados a este punto, ¿quién se interpone en nuestro camino? Bueno el orador anterior ya ha señalado un buen punto de partida al apuntar a las ONG. Hay más ONG por persona en Haití que en ninguna otra parte del mundo. También es el país más pobre del mundo. Ambas cosas están conectadas. Alguien se está llevando el dinero, y no son los haitianos pobres. Esto es lo que han hecho las ONG. El papel de las ONG también ha sido asesorar y ayudar a que se privaticen los servicios públicos en casi todos los lugares en los que antes había un Estado de bienestar. Ahora son las ONG las que hacen esto, a las que no se les puede exigir que rindan cuentas, que hacen lo que quieren e insisten en que nos están ayudando y tienen el descaro de decir que forman parte del movimiento. Y aunque algunas de ellas realmente son de ayuda, no podemos olvidar las limitaciones que tienen,

y aquellos de nosotros que participamos en alguna ONG no podemos perder de vista nuestra propia experiencia en las ONG, porque gracias ella sabemos exactamente cómo trabajan y cómo debilitan el movimiento. Esta es una tarea importante de la que tienen que hacerse cargo las personas del movimiento que pertenecen a las ONG.

Y respecto a la academia —perdonadme, lo siento— es exactamente lo mismo [risas y aplausos]. ¿Sabéis?, desde la academia dan su punto de vista ya sea desde los libros, o desde el movimiento, sin darle el crédito a quien le pertenece. Es inaceptable. Esto es una forma de robo. Y hablan con un lenguaje que no entiendo ni cuando está en inglés. Vamos, esto tampoco es aceptable. A no ser que se trate de una situación excepcional, a las que formamos parte del movimiento nos tiene que entender cualquier persona que quiera escucharnos. Debemos ser accesibles, cercanos, utilizar palabras sencillas que puedan identificarse con las experiencias reales de lucha y de vida de la gente.

La academia ha tenido demasiado poder y ha sido la cuna de gran parte de los líderes de los movimientos de izquierdas durante demasiado tiempo. Viven en los departamentos académicos (y esto nos da una pista de lo que ha pasado con la izquierda). ¿Sabéis?, en realidad, esto no basta. Y vosotros, los que sois académicos, necesitamos muchas cosas de vosotros. Necesitamos que vosotros nos déis información, necesitamos que nos proporcionéis vuestras conexiones, algunas veces necesitamos que nos fotocopiéis cosas —hay muchas otras cosas que podéis hacer por nosotros, pero no que os planteéis dirigir el movimiento desde la academia—. No podéis. Lo único que podéis liderar es una editorial, que también es útil. Pero no podemos confundir el movimiento con determinados sectores de personas que se encuentran en posición de gestionar la sociedad. Mirad, hay una diferencia entre liderazgo y gestión y no queremos que los gestores dirijan o intenten dirigir el movimiento.

Un problema importante al que nos enfrentamos en el movimiento, un vicio que se nos ha animado a tener, es la auto-complacencia. Nuestro referente son los palestinos en lucha. Es muy importante que observemos nuestros hábitos y veamos si coinciden con nuestros principios, y no al contrario.

Y ahora me voy a volver muy impopular. Esto está estrechamente unido con la horizontalidad. La horizontalidad asume que no hay diferencias entre nosotras. Bueno, las hay. La perspectiva de horizontalidad asume que no necesitas liderazgo y que todo el mundo debería estar al mismo nivel. No es así. Para empezar tenemos que ver cuál es la jerarquía que nos impone la sociedad. Y es una jerarquía muy complicada. Mirad, una miembro india de la Huelga Global de Mujeres nos dijo: «No sabéis cómo es la India. Tenemos cuatro mil castas». Yo le dije que en Londres tenemos cuatro mil castas, solo que no se las cataloga como tal. Por supuesto que hay enormes diferencias entre las dos sociedades, digo esto solo para señalar que también nosotros tenemos que reconocer las jerarquías existentes entre nosotros; están basadas en la clase, la raza, el género, la discapacidad, la edad, los salarios, en los distintos sectores de la sociedad, en todas aquellas maneras en las que estamos divididas. Y una de las cosas que espero que hagan quienes nos lideran es exponer la jerarquía para que podamos socavarla, no esconderla, no hacer creer que no está allí, no «elevar nuestra consciencia» para que no nos demos cuenta de ello.

La cuestión es que necesitamos liderazgos pero no gestores. Sabéis, para mí el liderazgo no es un privilegio con el que adornarnos sino un trabajo duro; porque si eres un líder tienes que trabajar todo el tiempo y pelearte contigo mismo y preguntarte por qué tienes pensamientos tan retrógrados. Esto es lo que hace un buen líder 24 horas al día. Bueno, 20.

Así que creo que debemos continuar el debate entre nosotros acerca de cuáles son las relaciones que queremos tener en nuestra organización, que sean un reflejo preciso de nuestra perspectiva política, para que de esta manera haya un continuo entre lo que son nuestros principios y lo que son nuestras prácticas, interna y externamente. Creo que esto es algo, muy, muy importante.

Otra cosa que quiero añadir. No puedo saber si es mejor la lucha armada o la lucha no armada. No tengo una opinión acerca de qué deberían hacer los palestinos, y no creo que desde donde estamos podamos llegar a saberlo.

Y para acabar quiero señalar que la razón por la que los israelíes han podido hacer todo lo que han hecho y salir bien parados es porque se lo hemos permitido. No hay otra razón, no hay más

que nosotros y ellos. ¿Quién más hay? Se salen con la suya porque la teoría les permite hacer de ellos mismos una excepción, esto es lo que hemos aceptado en el movimiento, al menos en Occidente, y yo he visto que también se ha aceptado en países del Tercer Mundo: las políticas de la identidad. Yo he sido explotado y por ello tengo derecho a explotarla a ella, a ella, a él, y a él. Estas son las políticas identitarias. Tengo una ambición y tengo el derecho a cumplir mi ambición a costa suya, a costa de ella, a costa de ella y a costa también de ella, porque he sido explotado. Y cuando acabemos con el sionismo, algo que de hecho haremos, habremos acabado también con la forma más abyecta de política identitaria, la que permite a aquellos que han sufrido —o en este caso a los descendientes de los que han sufrido— exigir el derecho de explotar, matar y maltratar sin límite. *No permitiremos nada de esto*, no lo permitiremos en IJAN, no lo permitiremos en el movimiento, no lo permitiremos en el mundo.

Gracias.

25. Haití (2010-2011)

TODAS LAS PERSONAS que entraban en contacto con C. L. R. James, se hacían conscientes de la extraordinaria historia de Haití, no solo a través de su libro sino porque hablaba habitualmente de la revolución de Haití y de las revoluciones en general. Cuando a finales de 1961, estando en Barbados, preparé *Los jacobinos negros* para su reedición, me di cuenta de lo caribeño que era el libro; describía una sociedad que en cierto modo no era diferente de la sociedad en la que vivía entonces.¹

El 3 de marzo del 2004, las mujeres caribeñas de la Huelga Mundial de Mujeres firmaron una declaración pública condenando el golpe de Estado que los estadounidenses habían dado tres días antes en Haití. El golpe derrocó al gobierno democráticamente elegido de Jean-Bertrand Aristide que acababa de celebrar el bicentenario de la independencia de Haití. Desde entonces, la Huelga en Guyana, en Gran Bretaña y en Estados Unidos han trabajado con el Haití Action Committee US [Comité Estadounidense de Acción por Haití] en apoyo a los colectivos de base haitianos.

Las siguientes dos cartas, publicadas en *The Guardian*, intentaron mostrarle al público la situación real de Haití, y protestar

¹ C. L. R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L'Overture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, Vintage Books, 1989 [ed. cast.: *Los jacobinos negros*, Pamplona, Katakarak, 2022].

por el sorprendente modo en el que a menudo tratan a Haití los medios de comunicación de masas occidentales. Esto es un ejemplo de cómo funciona el racismo: lo que los poderosos piensan de ti determina la manera en la que los medios escogen hablar —o no hablar— de ti. La segunda carta está firmada conjuntamente con Nina López, quien ha trabajado de manera continua y consistente sobre Haití. Los corchetes en el texto son partes del texto suprimidas en el artículo original.

Solo Aristide tiene el mandato para liderar la recuperación de Haití (18 de enero de 2010)

Ha sido necesaria una catástrofe (el terremoto del 12 de enero de 2010) para volver poner de nuevo a Haití en el mapa político. Y, sin embargo, su contribución a la civilización mundial es considerable. Los jacobinos negros extendieron la Revolución francesa de 1789 hasta Haití y con ello acabaron con la esclavitud, abriendo el camino para que se aboliera también en las Américas. Los gobiernos occidentales nunca perdonaron esta impertinencia, e impusieron una deuda devastadora, ocupaciones y dictaduras.

Pero los haitianos nunca han olvidado que son capaces de vencerlos y, si fuese necesario, derrocarlos. En 1986, un movimiento de masas expulsó a los asesinos Duvalier, respaldados durante décadas por Occidente y en 1990 eligieron a Jean-Bertrand Aristide, un teólogo de la liberación determinado a que la población pasase «de la miseria a la pobreza con dignidad». Priorizó la seguridad alimentaria, la salud y la educación, impulsó [la reforestación y] las cooperativas agrícolas, y elevó el salario mínimo. A los pocos meses fue derrocado por un golpe de Estado respaldado por los estadounidenses. En el año 2000 fue elegido de nuevo con el 90 % de los votos, y de nuevo expulsado en 2004, y no por una «rebelión sangrienta» («Haiti's Exiled Former President Vows to Return [El anterior presidente de Haití promete regresar del exilio], *The Guardian*, 15 de enero) sino por los sangrientos marines estadounidenses.

[La reescritura que hace Jon Henley de la historia, pese a que omite a Aristide, muestra el mérito de la dictadura y de la esclavitud cuyo papel aseguró el orden y la producción de riquezas: «Haití [...] era la Perla de las Antillas, una de las islas más ricas del imperio francés (pese a que los cerca de 800.000 esclavos que producían la riqueza no recibían nada de esta)». Cito aquí a la Unidad de Inteligencia Económica: «Puede que los Duvalier hayan llevado a la bancarrota al gobierno, puede que hayan sido brutales pero eran capaces de mantener el control del lugar» («Haití: a long descent to hell» [Haití: el largo descenso al infierno], *The Guardian*, 15 de enero).

Los haitianos siguen reclamando el regreso de Aristide. ¿Se le prohibirá a la única persona que ha recibido mandato legítimo para gobernar que lidere su recuperación y reconstrucción?

La ayuda extranjera para Haití, un espejismo (19 de noviembre de 2010)

Con Nina López

Las fuerzas de la ONU vinieron a vigilar al 92 % de votantes haitianos que habían elegido al presidente Aristide y que protestaron contra el golpe de Estado de Estados Unidos que le depuso. Nunca fueron «héroes», excepto para la élite «envuelta y protegida en lujo e indiferencia» que respaldó el golpe («Heroes to zeros» [Héroes de nadie], *The Guardian*, 17 de noviembre de 2010).

Antes de ser acusadas de haber traído el cólera a Haití (muchos creen que de manera intencionada), las tropas de la ONU habían sido acusadas de asesinar y violar a seguidores de Aristide. Según *The Lancet* («UN Peacekeepers in Haiti» [Cascos azules de la ONU en Haití], 2 de septiembre de 2006). «En solo 22 meses —desde la salida del presidente Jean-Bertrand Aristide hasta finales del 2005— 8.000 personas fueron asesinadas y 35.000 mujeres fueron agredidas sexualmente». Aunque se acusó de ello a supuestos «criminales», «la policía, las fuerzas armadas, paramilitares y soldados extranjeros también estaban involucrados en ello».

Algunas de las cosas que se señalan son ciertas: Haití es una república de ONG; el «turismo humanitario» retrasa la reconstrucción; y las importaciones estadounidenses subsidiadas

fueron las responsables de la destrucción de la agricultura doméstica (Bill Clinton pidió perdón por la hambruna causada por sus políticas). Pero la afirmación que hacéis de que las tropas estadounidenses son «populares y que mucha gente quiere que regresen», y el hecho de que las elecciones financiadas por los estadounidenses para el 28 de noviembre excluyan al partido de Aristide, el Fanmi Lavalas, muestra vuestra falta de respeto a la voluntad de un pueblo que, pese a todos los obstáculos, sigue dejando clara cuál es su voluntad.

Ya antes de esta convocatoria, en dos ocasiones distintas, abril y junio del 2009, el 90 % del electorado haitiano boicoteó las elecciones financiadas por Estados Unidos que excluían ilegalmente al Fanmi Lavalas. En junio de 2010, los haitianos llevaron al Foro Social estadounidense una petición firmada por más de 20.000 mujeres supervivientes del terremoto en la que exigían el regreso de Aristide de su exilio forzoso. Si Aristide estuviese en casa, los haitianos no estarían en manos de las ONG y de otros grupos similares para los cuales los haitianos no son más que una simple oportunidad para hacer negocios.

Los jacobinos negros, pasado y presente

Como parte de una serie de reseñas de clásicos políticos, la publicación bimensual británica *Red Pepper* me pidió hacer una reseña de *Los jacobinos negros*. Se publicó en junio de 2010.

Se necesitó un terremoto cuyo poder destructivo se vio aumentado por la extrema pobreza del país para que se reanimara el interés por Haití. Parece que muchas de las personas que quieren saber quiénes son los haitianos han recurrido a *Los jacobinos negros*, un relato de la revolución llevada a cabo por los esclavos.

Aprovechando la revolución en Francia, lucharon por su libertad, la conquistaron e hicieron que el París revolucionario la ratificara. Pero a medida que se fue disipando el poder revolucionario en Francia, tuvieron que derrotar a los ejércitos de España y Gran Bretaña, así como a la Francia de Napoleón para evitar

que les volviesen a imponer la esclavitud y, sorprendentemente, lo lograron. En 1804 nacía la república independiente de Haití.

Los jacobinos negros fue publicada en 1938 como contribución al movimiento por la emancipación colonial, sobre todo de cara a África, cuando casi nadie consideraba que esto fuese posible. En 1963 hacía años que había dejado de reeditarse pero la explosión de movimientos antiimperialistas y antirracistas creó un nuevo mercado para ello. Ninguno de los libros que posteriormente han actualizado información sobre la revolución de Haití ha logrado desafiar el estatus de este clásico. Merece la pena preguntarse por qué.

Para empezar, James se pone de manera clara y tajante del lado de los esclavos. Y aunque dedica todo el tiempo del mundo a los blancos antirracistas que amaban a Toussaint y a la revolución, su punto de partida y referencia es la lucha de aquellos que peleaban por arrancar su libertad de las manos de aquellos que les consideraban meras posesiones. El libro recopila el coraje, la imaginación y la determinación de estos luchadores. Pero James no lo idealiza: «Los esclavos se entregaron a una destrucción implacable [...] destruyeron mucho, porque habían sufrido mucho. Sabían que mientras las plantaciones siguiesen en pie su destino consistiría en trabajarlas hasta caer reventados. No había más opción que destruirlas».

Su relato tampoco nos protege del terrorismo y el sadismo de los amos. Pero la manera en la que se presenta el catálogo de torturas busca algo más que torturar al lector; profundiza en nuestra comprensión del poder de los antiguos esclavos para soportarlo y superarlo. Pese a la muerte y la destrucción, los esclavos nunca son víctimas indefensas. Esto puede explicar por qué otros luchadores del Caribe e incluso de Sudáfrica le dijeron al autor que en momentos en los que sus movimientos estaban de capa caída *Los jacobinos negros* les habían ayudado y sostenido. Esta es la cualidad que hace que el libro sea excitante e inspirador —la determinación de los haitianos de ser libres nos enseña el significado de ser humanos—.

En segundo lugar, Toussaint L'Ouverture poseía todas las habilidades de liderazgo que necesitaba la revolución. Comenzó siendo un caribeño analfabeto, de mediana edad, que rápidamente fue capaz de manejar a los sofisticados diplomáticos

y políticos europeos, que creyeron estúpidamente que podrían manipularlo porque era negro y porque había sido esclavo.

A James le gustaba decir que aunque el discurso oficial era que Lincoln había liberado a los esclavos, fueron de hecho los esclavos los que liberaron a Lincoln, liberándolo de sus limitaciones y de las restricciones conservadoras de su cargo. Aquí, James dice que «Toussaint no fue quien hizo la revolución. Fue la revolución la que hizo a Toussaint. E incluso con esto no se agota la verdad».²

En otras palabras, aunque el movimiento escoge, crea y desarrolla sus liderazgos, los historiadores no suelen identificar este proceso, da igual cuál sea la hipótesis que extraigan de esos eventos. Sin embargo, de lo que podemos estar seguros es que un gran líder nunca es «un hombre hecho a sí mismo» sino un producto de sus talentos y habilidades individuales (y de sus debilidades) modeladas por el mismo movimiento que lidera y que va evolucionando entre grandes turbulencias. Los jacobinos haitianos crearon a Toussaint y él les condujo hasta el lugar al que ellos mostraron voluntad y determinación de ir.

Hoy en día esto sigue siendo un punto de vista rompedor, teniendo en cuenta que hay partidos y organizaciones, grandes y pequeñas, que afirman que el liderazgo es crucial para el éxito de la revolución. También hay aquellos que creen que el liderazgo es innecesario y que inevitablemente constreñirá al movimiento. En Haití los esclavos hicieron la revolución, y Toussaint, uno de ellos, desempeñó un papel vital en la victoria.

En tercer lugar, James nos dice quiénes eran muchos de estos esclavos revolucionarios. No eran proletarios, «pero sus condiciones de vida y de trabajo, hacinados por centenares en las inmensas factorías azucareras que se extendían por la Llanura del Norte, los aproximaban a un proletariado moderno más que a cualquier otro grupo de trabajadores de la época, y el levantamiento fue, por lo tanto, un movimiento de masas metódicamente preparado y orquestado».³

Esto es importante de cara al problema del desarrollo que el libro señala: ¿cómo tratará una población no industrializada la

² *Ibidem*, p. 18.

³ *Ibidem*, p. 91.

cuestión del desarrollo tras la revolución? Durante generaciones el movimiento se ha enfrentado a esta cuestión. Toussaint confiaba en el sistema de plantaciones de los antiguos amos que según ellos personificaban la «civilización» y la «cultura»; finalmente le capturaron y le asesinaron. Los exesclavos no lo hubiesen aceptado. Querían sus propios terrenos y acabar con las plantaciones — una forma temprana de colectivización —.

En 1923 Lenin propuso finalmente que el Estado promoviese las cooperativas, que dominarían la economía, y funcionarían de manera independiente del partido. Gandhi insistió en que los indios debían mantener contra viento y marea la industria del algodón y su forma rural de vida. Nyerere propuso el *ujamaa* o socialismo africano para los tanzanos. Las poblaciones dieron grandes pasos (una historia que aún debe ser contada) en los momentos más álgidos de los movimientos por la independencia. La China de Mao sigue teniendo mucho que contarnos; y algunos pueblos originarios latinoamericanos están logrando suficiente poder como para explicar sus propuestas.

Sabemos que Haití fue mucho más allá de lo que lo hicieron los movimientos de cualquier otro lugar: su revolución tuvo lugar décadas antes de que otros aboliesen la esclavitud. Haití, tan adelantado, era vulnerable a las potencias imperiales, a las que había enfurecido con su impertinencia revolucionaria.

Es ahora de que, pese al habitual sesgo racista a la hora de informar de lo acontecido allí, empezamos a saber cómo se han ido organizando los actuales jacobinos negros y hasta dónde ha llegado su incansable lucha. Dos veces la alianza entre Estados Unidos y la élite local les ha arrebatado al presidente Aristide al que habían elegido con el 92 % de los votos. Exigen su regreso. Lo mínimo que podemos hacer es apoyar esta demanda.

Con el regreso de Aristide llega la esperanza

En marzo del 2010, Mildred Trouillot, la esposa y compañera del presidente Aristide, me pidió que estuviese entre aquellos que le recibían y daban la bienvenida en su regreso a Haití tras 7 años de exilio forzado. Una versión editada de este artículo apareció en *The Guardian* el 21 de marzo del 2011.

El regreso a Haití del expresidente Jean-Bertrand Aristide y su familia pone fin a siete largos años de campaña; el 92 % de los electores que le votaron por segunda vez en el año 2000 no han aceptado nunca la destitución de Aristide por parte de un golpe de Estado respaldado por los estadounidenses en 2004. Arriesgaron sus vidas para exigir su regreso enfrentándose a la ocupación militar de la ONU que ha asesinado y maltratado a miles de personas. Y el pasado viernes, Sudáfrica, país en el que ha estado viviendo en el exilio forzoso, le envió de vuelta a una eufórica bienvenida en Puerto Príncipe. Miles de personas se concentraron en el aeropuerto para darle la bienvenida y celebrar su triunfo.

Yo era una de las que le esperaba para darle la bienvenida en su modesta casa, la misma de la que había sido secuestrado siete años antes. Sus captores habían destrozado la casa y las reparaciones aun no habían acabado. Los obreros seguían barriendo los caminos y adornando los troncos de los árboles con flores y plantas mientras que las gallinas y sus polluelos no dejaban de rascar el suelo. Esta es la modesta casa del hombre acusado —por los ricos— de robar.

Algunos de los que estaban entre la multitud que le esperaba eran antiguos prisioneros políticos, otros vinieron de visita desde el exilio. Y otros, a los que tantas otras derrotas —dictadores, golpes de Estado, huracanes, terremotos, cólera— les habían roto el corazón, sintieron que ahora podían regresar de la diáspora haitiana. Algunos jóvenes doctores haitianos que habían acabado sus estudios en Cuba habían venido a agradecer a Aristide su programa sanitario.

Oímos en el transistor las noticias de su llegada. Por fin había aterrizado el avión de Aristide y se dirigía en varios idiomas a sus seguidores. Estaba de vuelta en tierra haitiana dos días antes de las elecciones de las que su partido había sido excluido de manera fraudulenta. (Aunque el gobierno le había devuelto el pasaporte estaba claro que, tras las elecciones, el gobierno que colocase Estados Unidos rescindiría esa decisión. Tampoco permitirían que Aristide regresase pese a que según la ley haitiana se le debe permitir la entrada a los nacionales haitianos. Por eso tenía que volver antes de las elecciones).

Mucho más tarde se escuchó el ruido de su coche en el acceso a la casa. Según se iba abriendo la barrera metálica que protegía la casa, muchas personas, principalmente jóvenes, empezaron a inundar el camino y a escalar los muros y los árboles, hasta que nos vimos rodeados de un torrente de alegría. *Lavaleas*, que significa «inundación repentina», era el nombre del partido de Titid, y aquí estaba la inundación. En medio de este torrente, oculto a nuestros ojos, estaba el coche de Aristide.

Esperamos otra hora a que fuese escoltado a través de la multitud que cantaba y bailaba hasta el interior de la casa. El abrazo de su esposa Mildred Trouillor me dio la bienvenida. Habíamos trabajado conjuntamente vía correo electrónico, pero nunca nos habíamos visto. Sin embargo las dos sentíamos que éramos buenas amigas. Ella no tenía miedo, estaba eufórica por haber regresado y por formar parte de este evento histórico.

Mildred se mostraba humildemente agradecida por este apoyo, en particular por el apoyo de otras mujeres, en este momento triunfante pero incierto. Sus hijas, de 14 y 12 años, debían ser testigos de cómo se recibía a su padre, me dijo, para que «comprendieran quién era. Nada más puede explicarlo». La demanda innegociable de las niñas fue que su adorado perro tenía que venir con ellas desde Sudáfrica.

Más tarde nos acompañaron a conocer a su padre. Entenderíamos, nos dijo, que la marea humana hubiese empujado a un lado a los invitados (como nosotros). Una explicación, una puntualización, no una excusa.

Me abrazó como si yo fuese una conexión viva con *Los jacobinos negros* de mi difunto esposo C. L. R. James. Thabo Mbeki, que era presidente de Sudáfrica cuando Titid llegó por primera vez, le había dicho que cuando leyó la historia de los triunfales esclavos revolucionarios, supo que acabarían con el apartheid. No era tanto un libro como un arma para los luchadores por la libertad. C. L. R. había dejado claro en el libro que esa era su intención. Qué injusto que no llegase a saber lo extenso de su éxito.

El día de las elecciones visitamos Cité Soleil, un empobrecido vecindario de clase obrera y que es el baluarte de Aristide. Supimos que dos días antes los seguidores de Aristide habían expulsado del barrio al candidato presidencial Michelle Martelly, un popular músico asociado con los Tonton Macoutes —los

escuadrones de la muerte de los Duvalier que habían aterrorizado Haití durante décadas—. Soldados brasileños de la ONU rodeaban los colegios electorales, amenazantes, con las armas preparadas.

Le preguntamos a la gente por las elecciones y Aristide: estaban felices de que hubiese regresado pero no era candidato a las elecciones y necesitaban urgentemente un gobierno al que poder dirigirse. Y pese a ello la presencia de Aristide en Haití ha cambiado la situación de todo el mundo. Cuando llegó, habló de la «humillación de la gente que está en tiendas de campaña» y dijo que «hoy debe acabar la esclavitud moderna».

Lo que está claro es que la revolución de 1804 nunca acabó. La élite haitiana y Estados Unidos parecían tan decididos a mantener esclavizados a los haitianos, como lo estaba la Francia del siglo XIX, solo que ahora las maquilas habían reemplazado a las plantaciones y los tanques de la ONU al ejército de Napoleón.

Nadie sabe aún cómo lidiarán los haitianos con los amañados resultados de las elecciones. Aristide nos conminó a «aprender del pueblo». Probablemente él tomará ejemplo de la respuesta colectiva del pueblo. Su regreso supone una victoria y, al lograrlo, el movimiento tiene de nuevo una voz compasiva y poderosa.

Intervención en la Fundación Aristide para la Democracia

Cuando conocí al presidente Aristide, este me sugirió que interviniese en un evento de estudiantes de escuela secundaria en la Fundación Aristide para la Democracia el 23 de marzo del 2011.

Estamos muy contentas de estar aquí en Haití y muy agradecidas de la acogida de la Fundación Aristide. Conocemos la fundación por su reputación, por ser la base de muchas organizaciones sociales, el lugar al que la gente acudió de manera espontánea en búsqueda de techo y de ayuda tras el terremoto [del 12 de enero de 2010], y al que la comunidad (y especialmente las mujeres)

acude para los encuentros dominicales en los que se discute qué hacer para protegerse de la represión y la violencia.

Por todo esto resulta acertado que estemos celebrando en este espacio comunitario el regreso del presidente Aristide y de su familia. El pueblo haitiano logró este regreso. Somos conscientes de cómo la gente lo arriesgó todo para hacerle regresar, y que muchos perdieron la vida manifestándose para lograrlo. Dice mucho acerca de su liderazgo, como presidente y como cabeza visible de vuestro movimiento, y también explica por qué os fue arrebatado.

Hemos sido testigos de su dedicación a las bases, de su audacia, de cómo ha arriesgado su propia seguridad, y de su inquebrantable determinación contra los poderosos y los corruptos, tanto extranjeros como nativos. Muchos de vosotros sois demasiado jóvenes para haber visto de cerca ese liderazgo; ahora tendréis la oportunidad. Estamos indignados por las mentiras que se cuentan sobre él y por los intentos de ocultar lo mucho que le aman los haitianos.

Ha sido ahora que hemos podido encontrarnos por primera vez con él y con su compañera, Mildred Trouillot. Titid me acogió como la viuda de C. L. R. James, el hombre que escribió *Los jacobinos negros*. El libro relata eventos importantes en la historia de Haití y en la historia mundial: la revolución que hicieron los esclavos. El mundo sabe que los haitianos derrotaron al poder imperial británico e incluso al ejército de Napoleón para acabar con la esclavitud y para lograr la independencia del país.

Titid nos dijo que este libro había puesto Haití —un pequeño país del Caribe— en el mapa. Cuando James escribió *Los jacobinos negros*, dijo, la mayor parte de la gente ni siquiera sabía dónde estaba Haití. Gracias a este libro en inglés, y después en francés, la gente pudo conocer la gran contribución de Haití a la civilización mundial. Los crueles dueños franceses de las plantaciones —que poseían la riqueza, los recursos, la educación, todo ello pagado por el trabajo esclavo— recibieron una lección acerca de la civilización y la libertad de parte de sus antiguos esclavos.

Tuve la oportunidad de contarle a Titid algunas cosas acerca de C. L. R., el historiador del Caribe. Él nunca había visitado Haití pese a que el poeta Feliks Moriso-Lewa (Félix Morisseau-Leroy)

le había invitado y estaba a punto de venir cuando Papa Doc se hizo con el poder, lo que hizo imposible esta visita.

Titid, el líder político de Haití, sugirió que hablara de C. L. R. en esta intervención. Titid es profesor, está profundamente comprometido con el objetivo de hacer accesible la educación y otros recursos a la gente joven, para fortalecerles de cara a las inevitables batallas que tienen por delante. Y como bien sabéis, tenemos por delante grandes batallas.

C. L. R. también era un activista político, escribió esta historia de Haití para ayudar a otros activistas y así lo dejó escrito en su libro. A lo largo de los años, distintos rebeldes, del Caribe a Sudáfrica, le explicaron cómo, cuando parecía que su miseria, persecución y burda explotación no acabaría nunca jamás, leer la manera en la que los haitianos habían logrado vencer, sin más que su bravura y determinación, había logrado que siguieran luchando. De esta manera el libro hizo que la revolución de Haití fuese también útil para muchas otras luchas en otros lugares.

Si C. L. R. estuviese hoy vivo apreciaría el actual y vibrante momento, pese a la terrible perspectiva, de las organizaciones de base haitianas. Vería que habéis mantenido el vudú y el criollo haitiano, la religión y la lengua de un pueblo revolucionario. Son vuestros; vosotros los creasteis. Y son los cimientos que han ayudado a mantener la resistencia, a mantener a la gente unida frente a todos los intentos de destruir el movimiento y con ello la independencia de Haití.

C. L. R. solía señalar la manera en la que la Revolución francesa se reflejaba, incluso en el siglo XX, en las actitudes y los hábitos franceses. Si estuviese hoy aquí, no dudaría en señalar que tras dos siglos Haití sigue manteniendo hoy en día el mismo espíritu que en su revolución.

Ser historiador, o al menos un buen historiador, significa esto, y esta es la manera en la que él educaba a la gente que luchaba a su lado en el movimiento obrero. Su punto de partida siempre fueron los objetivos por los que luchaba la gente de los movimientos de base, y recoger y traspasar, sin importar si ganaban o no, aquello que habían logrado, todo aquello por lo que los movimientos de base nunca reciben el reconocimiento que merecen; nos roban incluso nuestras victorias. La mente de un buen historiador tiene que mantenerse independiente, autónoma, frente a

las ideas dominantes que adulan y glorifican a los poderes, sean los poderes que sean; nunca debe juzgar arrogantemente si nuestro movimiento tiene o no la conciencia «adecuada», sino que debe apreciar y celebrar sus logros.

Escribir esta historia era una manera de decirles a todos aquellos que aún se encontraban bajo el gobierno imperial europeo que si los haitianos lo habían logrado, ellos también podían hacerlo. Si tenías suficiente determinación y un liderazgo capaz de mantenerte unido, podías ganar. Pese a las divisiones promovidas por los imperialistas entre las personas negras y las de color [*black people and brown people*].

Cuando Titid llegó al gobierno trabajó duramente para mejorar la educación, y hace poco, antes de volver a casa, escribió : «Regreso al campo que mejor conozco y que más amo: la educación».⁴

Todos vosotros estáis aquí vistiendo vuestro uniforme escolar. Estáis entre los afortunados que reciben una educación. Seguramente sabéis lo duro que ha trabajado el movimiento, y bajo las condiciones más difíciles, para construir escuelas. Hemos visitado una de esas hermosas escuelas construidas por el movimiento, alimenta las mentes del mismo modo que alimenta estómagos; es difícil aprender con el estómago vacío. Aún así la mayor parte de la educación la financian los padres, a menudo madres solteras, que limpian los suelos de otras personas y limpian también los de sus propias casas, sometidas al trabajo de los talleres en los que se las explota, o que dedican largas horas a cultivar o cocinar comida que después venden en la calle, privándose de todo ellas mismas para pagar las tasas de la escuela con sus ínfimos salarios. La mayor parte del tiempo, para la mayor parte del mundo, la educación, si existe, se paga de esta manera. Los progenitores, en especial las madres, hacen estos sacrificios porque quieren que sus hijos escapen a la pobreza que tienen que soportar sus padres.

Nosotros —no solo los jóvenes sino todos nosotros— queremos educación para ayudar a desarrollar nuestras mentes. Pero lo cierto es que el objetivo que las universidades y las escuelas de secundaria tienen para los hijos de la clase obrera rara vez es este;

⁴ «Returning to Education in Haiti» [El regreso a la educación en Haití], *The Guardian*, 4 de febrero de 2011.

habitualmente su objetivo es permitirles que salgan de su propia clase, y que dejen atrás a esos otros que no pudieron permitirse educación o que tenían talentos que no florecían en la escuela. Cuando los niños de la clase obrera en Gran Bretaña lograron por fin llegar a la universidad, cuando se decretó la gratuidad de la misma, a menudo acabaron alienados de su comunidad, ya no seguían compartiendo las mismas preocupaciones o ni siquiera eran capaces de hablar con sus propios padres de manera que pudieran entenderse entre ellos. Se les educó para que dejaran su clase, y se les educó fuera de su clase.

Aquellos de nosotros que hemos tenido acceso a esta preciosa mercancía a la que llamamos educación podemos elegir qué hacer con ella. Podemos utilizarla para salir de la pobreza. O podemos utilizarla como hizo Titid con la suya: para trabajar en la eliminación de la pobreza. Él lucha, junto a muchos de nosotros en el movimiento por el cambio, para que la educación forme a la gente joven para servir a la comunidad, no para que sean arrancados de ella, sino para que todos nosotros salgamos juntos de la pobreza. Sin abandonar la comunidad en el proceso. Sin convertirnos en ellos y sin unimos a la gente que administra y explota nuestras comunidades. Para poder convertirnos en una fuente de poder para los movimientos de base, para ser capaces de estar a su lado y luchar juntos en las batallas por la supervivencia y por un futuro mejor.

Per si tomamos esta decisión, trabajar para eliminar la pobreza, entonces tenemos que decidir qué tipo de educación queremos. Esto es algo que sin duda podemos dejar en manos de Titid y de otros haitianos. En relación con esto solo señalar una cosa más y es que Mwalimu Julius Nyerere, el primer presidente de la Tanzania independiente, tenía muchas cosas valiosas que decir a este respecto. «Mwalimu» significa profesor en suajili, el idioma africano más hablado. Mwalimu dijo que la educación «debe hacer énfasis en el comportamiento cooperativo, no en el progreso individual»; «debe contrarrestarse la tentación de caer en la arrogancia intelectual» y así negarse a convertirse en «los bien educados que desprecian a aquellos cuyas habilidades son no académicas».⁵

⁵ «Education for Self-reliance» [Educación para la autonomía] en *Uhuru na Ujamaa/ Freedom and Socialism*, cit., p. 273.

El autor de *Los jacobinos negros* utilizó su educación para escribir acerca de la historia de los haitianos que habían sido esclavos y quienes, al ganar su libertad, pavimentaron el camino de la libertad para todas las Américas. Ninguna escuela hubiera podido o querido enseñarles eso. Tal vez no puedas leer o escribir, pero puedes pensar y puedes actuar: puedes organizarte por la libertad y mostrar los enormes problemas a los que se enfrenta Haití.

Vemos todo lo que la gente está sufriendo aquí tras el terremoto que se suma a todo lo que ya han sufrido. Vemos cuánto dinero se derrocha en la ocupación —los soldados, las armas, los elaborados uniformes, los vehículos militares, todo ello tan costoso y tan opresivo— y que podría utilizarse para alimentar, alojar y educar a la gente que sigue viviendo en tiendas. Vemos las amenazas con las que tenéis que vivir y las terribles carencias que sufrís. Pero también vemos esperanza y potencia. Y esta esperanza sigue existiendo en Haití hoy en día, como si la revolución nunca hubiese dejado estas costas. Y cada día que pasa sigue asombrándonos.

La Huelga Global de Mujeres es parte de vuestra red de apoyo, en el Caribe, en Inglaterra y en Estados Unidos. Sus puntos de referencia vienen del Caribe, de Argentina y de Europa. Una de nuestras tareas es asegurarnos de que Haití no es expulsada de la agenda internacional, que no se la ignora y olvida como se ha hecho durante muchos años y hasta el terremoto. Mañana regresaremos a Inglaterra y comenzaremos nuestra campaña para ver qué han hecho las ONG con los millones donados para vuestro beneficio pero que nunca os llegaron.

Durante nuestra estancia aquí, nos hemos reunido con organizaciones de mujeres, una de ellas está teniendo mucho éxito en sus objetivos gracias al sistema de microcréditos, y con la organización para los derechos humanos —mujeres la mayor parte de sus miembros— del gran Lovinsky Pierre-Antoine con quien ya habíamos trabajado y que desapareció en agosto de 2009. Están decididas a lograr justicia para Lovinsky y para todas las víctimas de los golpes de Estado de 1991 y de 2004. Les hablamos acerca de nuestros piquetes semanales en los que exigimos el regreso de Lovinsky y protestamos contra la ocupación por parte de la ONU: en Guyana, en Estados Unidos e Inglaterra, y en los que también se protesta frente a la embajada brasileña por su

escandalosa participación dirigiendo la ocupación de la ONU. Ahora tenemos un contacto más cercano con las mujeres y los hombres haitianos con los que seguiremos trabajando más estrechamente aún.

Haití fue el primer lugar en acabar con la esclavitud. Cuando Haití hizo la revolución no había redes de apoyo internacionales como las conocemos hoy en día, aunque había grandes movimientos anticoloniales y antiesclavistas en las Américas y en el Caribe. Pero el haitiano está mucho menos solo hoy día. Hay revoluciones en Oriente Medio y en África del Norte que rechazan las dictaduras financiadas por Estados Unidos y por su aliado militar, Israel, ambos grandes potencias militares y ejércitos de ocupación. En muchos países la ocupación se enfrenta a la resistencia, de Palestina a Afganistán. Los movimientos de masas y las revoluciones surgen cada día en diferentes países del sur y del norte de América, en Europa y Asia.

Allá donde podamos hacerlo, le contaremos a estos movimientos que, en Haití, los jacobinos negros nunca abandonaron la lucha, que siguen decididos a lograr sus objetivos y que ahora su líder ha regresado a su lado.

26. Artículos en *The Guardian* (2010-2011)

En octubre de 2010, el periódico *The Guardian* en el Reino Unido me invitó a contribuir en sus páginas de opinión. Estos son algunos de los artículos.

La «Gran Sociedad» tory depende de las mujeres para reemplazar el Estado de bienestar (21 de octubre de 2010)

Las familias con hijos se llevarán la peor parte de la privatización y de los recortes, dejando a las cuidadoras con más carga de trabajo que nunca.

El Estado de bienestar fue un legado de la Segunda Guerra Mundial. Tras la miseria provocada por la Gran Depresión y la carnicería que vino tras ella, la población exigía un cambio: el bienestar de la gente, incluyendo a la gente de la clase obrera, debía ser una prioridad. Millones de personas exigieron socialismo pero lo que recibimos fue el Estado de bienestar. De 1951 al 1979 los *tories* se mostraron cautelosos, algunos incluso abrazaron la influencia civilizadora del «derecho»: todo ser humano vivo tiene derecho a no morir de hambre, al menos en Gran Bretaña.

Los recortes anunciados ayer por [el ministro del gobierno] George Osborne muestran de nuevo la intención de priorizar social y económicamente las exigencias de las fuerzas del mercado

y no a los seres humanos, arrojándonos de nuevo a los años de privaciones vividos durante el periodo de Entreguerras.

Hasta ahora un avance crucial había sido que la ayuda familiar universal (ahora denominada prestación por hijos) reconociese el papel de las madres como trabajadoras esenciales que producen la raza humana. Desde el mismo momento en el que se logró el sufragio femenino, la feminista Norean Rathbone, de una familia antiesclavista de Liverpool, se dedicó a trabajar incansablemente para establecer el derecho de las madres y los niños a un ingreso independientemente de lo que ganase —o no ganase— el hombre. Esto reconocería las necesidades de los hijos y el trabajo y la autonomía económica de sus cuidadores. La prestación familiar repararía la burda injusticia cometida contra las arruinadas madres que habían sido económicamente «desheredadas». Las madres y los hijos, pese a no estar asalariados, constituían, al fin y al cabo, la mayor parte de la población.

Rathbone luchó por que ese subsidio fuese universal: una madre sin importar su clase social tenía derecho a un pago por el trabajo de cuidados; era un derecho, no era caridad. Pero Rathbone esperaba que esto garantizase la independencia económica de las mujeres, y se mostró profundamente decepcionada con los resultados. Puesto que según han ido pasando los años las mujeres han tenido que centrarse en otras rutas para lograr la independencia económica, el indispensable trabajo de la reproducción del ser humano se ha desplomado como prioridad social. Algunas feministas se han desenvuelto muy bien compitiendo en el mercado de este mundo de hombres. El trabajo doméstico es lo que hicieron sus madres; ellas estaban por encima de eso. Sus carreras les permitían pagar la ayuda de otras mujeres (cuya remuneración es muy baja) como niñeras y limpiadoras.

Rathbone, por otra parte, sabía que «la gente, acostumbrada a medir los valores en términos de dinero persistirá, incluso frente a la evidencia de sus propios ojos, en opinar negativamente de todo servicio al que se le pone un bajo precio y, más vilmente aún, de aquel servicio que se da sin pedir nada a cambio».

La afirmación de Thatcher de que «la sociedad no existe» y su odio por la «cultura de la ayuda social» han determinado la política social desde 1979. Tan pronto como el Nuevo Laborismo tomó el poder, Blair llamó «desempleadas» a las madres solteras,

y recortó los subsidios a las familias monoparentales. El trabajo de criar hijos, por lo que parece, es una pérdida de tiempo. Esto enmarcó la reciente Welfare Reform Act [Acta de Reforma de la Ley de Inmigración y Asistencia Social], que acabó con el complemento a los ingresos, el subsidio que reconocía el trabajo no asalariado de las madres y que, en aspectos cruciales, ha marcado la línea de los actuales recortes. Harriet Harman¹ se encargó de presentar el recorte a las familias monoparentales. Yvette Cooper la reforma del sistema de ayudas sociales.² ¿Qué credibilidad tienen para oponerse a los recortes de los *tories*?

Se ha señalado que las familias con hijos son las que sufrirán la peor parte de los recortes, mientras que no afectará a las familias que tengan dos sueldos y no tengan hijos. La cuidadora es la que llevará la carga más pesada porque es ella la que acarrea con la mayor responsabilidad. Y no solo por los hijos que perderán tanto las ayudas a la educación como otros tipos de prestaciones, sino también por los familiares con necesidades específicas y los padres pensionistas cuyos servicios locales serán o bien recortados o bien externalizados, para recortar gastos al contratar trabajadores a cambio de salarios de esclavo, todo con la idea de cumplir determinados objetivos económicos y no con la idea de cuidar.

Las madres habían logrado escapar de la dependencia trabajando como profesoras, bibliotecarias y otros empleos en el sector público. Al mismo tiempo, el 60,3 % de los dos millones de familias monoparentales fueron forzadas a tener que trabajar también fuera de casa (un 44 % en 1977), incluso las madres en periodo de lactancia fueron enviadas a entrevistas cuyo objetivo era encontrar empleo. De hecho el número de madres que no trabajan fuera de casa ha alcanzado su número más bajo al tiempo que las familias no logran llegar a final de mes. Y ahora la mayor parte de las mujeres serán enviadas de nuevo a casa gracias a estos recortes. ¿Entonces qué?

Es increíble lo desconectado que está su destino y el de esos niños; lo que nunca se tiene en cuenta en cualquier caso es el bienestar de los hijos. Hay muy poco interés respecto a la

¹ Ministra en el gobierno laborista de Tony Blair, 1998.

² Ministra durante el gobierno laborista de Gordon Brown, 2009.

alimentación de los niños (preguntadle a Jaime Oliver);³ o por saber cuántos niños dejan la escuela siendo analfabetos; o cuántos se ven forzados a ser los cuidadores de progenitores con minusvalías o de sus hermanos cuando los padres están fuera trabajando. Tampoco se señala la pobreza infantil como un trágico escándalo, esta es la razón por la que el aumento de la pobreza no resulta tan sorprendente como debería.

Las políticas de ajuste estructural, es decir, las privatizaciones y los recortes que devastaron el Tercer Mundo en las décadas de 1980 y 1990 se apoyaron en el aumento del trabajo no asalariado asumido por las mujeres, en tener que sobrevivir sin nada, incluso cuando esto significa morir de hambre. Los planes de la «gran sociedad» siguen en gran medida la misma receta, es decir, obligar a las mujeres a que reemplacen con trabajo no asalariado los servicios diezmados. De nuevo se cuenta con nuestro trabajo como cuidadoras pero no se contabiliza.

Los recortes se basan en la absurda asunción de que las fuerzas del mercado están más allá del control humano. ¿Qué pasa con el tiempo libre que la tecnología, que provoca desempleo y movilidad, nos iba a proporcionar? Rechazamos el *ethos* dominante que determina que el que los padres dediquen tiempo y la sociedad recursos en los cuidados es un lujo que no nos podemos permitir, pero que sí son necesarios los salarios obscenos, las bonificaciones o las armas. ¿Tendremos que luchar contra esto como lo hacen en Francia?

Día Internacional de la Mujer: cómo cambian las cosas rápidamente (8 de marzo de 2011)

Para acabar para siempre con la división sexual del trabajo, las mujeres y los hombres deben comenzar cambiando el trato que se le da a los niños.

Hace un siglo, el Día Internacional de la Mujer estaba asociado con la paz, y con el trabajo precario de la mujeres y las niñas, dos temas de los que debía ocuparse el voto para la mujer. No

³ Famoso cocinero que hace campaña para que los menús escolares sean más sanos.

era una celebración sino una movilización. Y porque nació entre trabajadoras fabriles tenía clase, auténtica clase. Más tarde paso a ser una celebración de la autonomía de las mujeres, pero perdió su base de clase y con ello su filo. Este centenario debe marcar un nuevo comienzo.

Vivimos en tiempos revolucionarios. No necesitamos estar en el norte de África o en Oriente Medio para contagiarnos de la esperanza de cambio. Es suficiente con ver en televisión a la mujer que, cubierta con un velo negro de pies a cabeza, dirigía los cánticos por la liberación en la plaza Tahrir en El Cairo, desplazando de un golpe inesperado el sexismo y la islamofobia. Ella y los millones de personas que se movilizaron conjuntamente nos han sacudido de nuestro provincialismo, y han mostrado lo rápidamente que pueden cambiar las cosas. Las mujeres de Egipto han hecho un llamamiento a que un millón de mujeres ocupen hoy la plaza Tahrir. ¿Quién habría podido predecir esto hace un mes?

El feminismo ha tendido a limitar el alcance de sus preocupaciones a aquello que incuestionablemente tiene que ver con las mujeres: aborto, cuidado infantil, violación, prostitución, igualdad salarial. Pero esto puede separarnos de un movimiento de mujeres más amplio y profundo. En Baréin, por ejemplo, las mujeres son las que lideran la lucha por «el empleo, vivienda, agua potable, paz y justicia», además de que también lo hacen por el resto de las demandas que compartimos.

La revolución está extendiéndose. Scott Walker, gobernador de Wisconsin, que pertenece al Tea Party, tiene como objetivo destruir los derechos de negociación colectiva de los trabajadores. Como en el caso de Gran Bretaña, la mayor parte de los empleados y usuarios de los servicios que sufrirán por los recortes son mujeres. En su discurso, un compañero le dijo a las manifestantes que habían ocupado la sede estatal: «La administración pensó que los hombres no apoyarían a las mujeres. Ahora saben que no es así». Acabó su discurso con la frase que está en boca de todo el mundo: «¡Lucha como una egipcia!».

Ahora que sabemos que el Tea Party va a por las mujeres, ¿qué hará el movimiento de mujeres? Las únicas que están suficientemente cerca de poder hacer algo son las miembros de una red, que ya lleva mucho tiempo en la lucha, la red de madres en defensa de las prestaciones sociales. En los años noventa,

Winsconsin lideró la «reforma de los subsidios», su actuación se convirtió en la hoja de ruta para los recortes en Gran Bretaña. Las madres que cobran prestaciones sociales no han olvidado que fueron pocos los que estuvieron a su lado.

No siempre ha sido fácil poner sobre la mesa los intereses de las mujeres; maltratados y desdeñados, siempre han ido después de todo el resto de cosas importantes que forman la «causa general». La mejor manera de hacerlo es preguntar qué necesitan y cómo a las mujeres cuyas reclamaciones son a menudo ignoradas: las madres solteras, las profesoras, las enfermeras, las trabajadoras sexuales, las trabajadoras de cuidados, las demandantes de asilo, las pensionistas. Pero como feministas, nuestra escucha y nuestro enfoque se ven corrompidos cuando nos concentramos en llevar a las mujeres hasta los pasillos del poder. Hace poco el gobierno de Gran Bretaña advirtió a las grandes compañías que debían «duplicar el número de mujeres en los consejos de administración», y al mismo tiempo que dice esto recrudece la pobreza de las mujeres y de los niños. ¿Permitiremos esto? ¿O podemos darle la vuelta y exigir que las corporaciones y los bancos den dinero a las mujeres, los niños y todo aquel que lo necesite?

Un giro de este tipo presupone un regreso a un feminismo de clase. Y no a los restringidos conceptos de los años setenta, sino a una nueva definición de la misma y que empieza con las mujeres en la esfera internacional, de Barén a Palestina, de Haití a Pakistán, lugares en los que tras terremotos, inundaciones, golpes de Estado y ocupaciones las mujeres luchan por sobrevivir y exigen justicia.

¿Cómo lidiamos con el hecho de que nuestra biología supone un estorbo para gente como Alan Sugar, que quiere que se les pregunte a las mujeres que soliciten empleo acerca de sus intenciones parentales? Esto es vergonzoso incluso para alguien que recibe un sueldo por representarnos. Cuando se le pidió a una trabajadora de un sindicato por la igualdad que mostrase su apoyo a nuestro evento del 8M, nos escribió respondiendo: «¿Soy yo o la pancarta de la marcha de madres desconcierta?».

Muchas feministas se han convencido de que la única manera de escapar a las visiones edulcoradas de la esclavitud maternal es negar totalmente nuestra maternidad. Para poder ser individuos

económicamente independientes, además de (o en lugar de) madres, hemos cedido el poder que deviene del reconocimiento de la maternidad, de la procreación de la raza humana, la creación de la mano de obra. Al manifestarnos como madres transformamos la actitud que se muestra frente a ese trabajo, la transformamos para que deje de ser una carga social y se tome como la contribución social que es. De esta manera, ayudamos a que todas las mujeres estén en una posición más fuerte para exigir salarios y condiciones laborales que tengan en cuenta el trabajo de cuidados, cuidados que la mayor parte de nosotras ya realizamos, seamos o no madres.

Esta recuperada valentía nos permite enfrentarnos a lo que Marx y Engels denominaron «nuestras condiciones reales y nuestras relaciones con nuestros iguales». El rechazo de las mujeres a seguir atrapadas en casa, y su exigencia de que los hombres no estén atrapados fuera de casa, nos impulsa inmediatamente fuera de la esfera del mercado, que solo considera trabajo la actividad que produce un beneficio a otros, y no la actividad que proporciona equidad, o felicidad, ni siquiera la actividad necesaria para la supervivencia.

Nuestro objetivo —el de las mujeres y los hombres—, si queremos acabar de una vez por todas con la división sexual del trabajo, debe ser trabajar menos. Así que podemos comenzar a hacerlo en el lugar donde empieza todo, con los niños. ¿Qué necesitan ellos? Para empezar necesitan adultos (no solo los progenitores) que les amen y que se esfuercen en construir una relación con ellos. Al fin y al cabo esto es lo que significa cuidar. Necesitamos tiempo para hacerlo. Y este tiempo debe ser la prioridad.

No puede ser que se nos castigue por estar involucradas en este proceso vital de la civilización. Tampoco podemos permitir que se excluya a los hombres del mismo. Por eso, en este día internacional de la mujer, al menos tenemos que plantearnos que se exija que el dinero que se le da a los bancos y que se dedica a las guerras se destine a pagar las necesidades de una sociedad cuidadora que solo juntos podemos concebir. Si seguimos el ejemplo de las mujeres de la plaza Tahrir, podemos cambiar el mundo.

Putas, ¿dónde está tu aguijón? (19 de junio de 2010)

A la Marcha de las Putas en Londres acudieron mujeres de todas las edades, colores, y contextos, este es el nuevo movimiento de mujeres.⁴

Había un sentimiento generalizado de que la Marcha de las Putas de Londres representaba a mujeres de todo tipo, y no porque todas «fuesen bienvenidas» sino porque en realidad no nos diferenciábamos en nuestros objetivos. Todas nosotras absorbíamos ansiosamente y condenábamos cada nuevo caso de discriminación y de violencia contra cualquier mujer. Pero no pensábamos que esto nos hiciera superiores, ni las arrogantes portadoras de la única y auténtica verdad.

La multitud, en su mayoría blanca, dio la bienvenida a las mujeres de color no porque fuese bueno y moral estar contra el racismo, sino porque allí ya era demasiado tarde para el racismo —se asumía que éramos antirracistas—. No había sido testigo nunca antes de esta demostración masiva de serena impaciencia frente a la injusticia. Las mujeres de color expresaron su comodidad y unas pocas mujeres jóvenes negras avanzaron hasta la primera línea para ayudar a llevar al pancarta principal, felices de identificarse ellas mismas como líderes de las putas. Esto marca el fin de la identificación de las mujeres negras como la encarnación del objeto sexual; las putas de color devuelven los golpes.

Del mismo modo, la multitud se identificaba con las trabajadoras sexuales. Hubo tal empatía cuando hablaron dos mujeres del Colectivo Inglés de Prostitutas que mi primer pensamiento fue que esta era una audiencia compuesta por trabajadoras sexuales. Pero entonces me di cuenta de que para ellas la línea que separa las mujeres que hacen la calle de las que no era casi invisible, porque para ellas no era una división moral sino una cuestión de oportunidad y de elección. Además, una de las razones por las que nos manifestábamos era que no es asunto de nadie lo que nosotras hacemos con nuestros cuerpos. Esto incluía

⁴ Esta protesta contra las violaciones comenzó en Canadá, en abril del 2011, después de que un policía de Toronto le dijese a las mujeres que si querían estar seguras «debían evitar vestirse como putas». Se realizaron marchas y manifestaciones bajo el lema «Marcha de las Putas» en muchas ciudades de diferentes países, entre ellos Gran Bretaña y Estados Unidos.

mujeres transexuales, lesbianas, hetero y bisexuales. No solo nos manifestábamos juntas; éramos una, y no exigíamos igualdad sino respeto mutuo para todos los individuos. Establecer cuáles son tus derechos afirma y protege los míos.

Puede que el ejemplo que mejor expresa lo extendida que está esta visión y la confianza con la que las mujeres la defendían fuese la manera en la que se dio la bienvenida a los hombres en la marcha. Algunos eran trabajadores sexuales, otros eran opositores a la guerra, algunos habían comenzado su vida como mujeres, otros estaban allí mostrando su apoyo a sus compañeras, madres o hijas. Nadie tenía la sensación de que fuese un problema, ni las mujeres sintieron que esto minase su legitimidad ni se mostraron nerviosas por su presencia. Quien esté con nosotras es nosotras.

En este sentido, la Marcha de las Putas, estaba años luz por delante de la marcha por la liberación de las mujeres de 1970, que le abrió el camino. Yo estuve en ambas. La mayor parte de las mujeres de hace 40 años eran un poco mayores y estaban menos involucradas en los movimientos de base que las mujeres de la Marcha de las Putas; se tomaban más en serio a sí mismas, eran más conscientes de sus talentos y sus habilidades y consideraban que su destino debía ser algo más elevado. Muchas de las que marcharon en aquellos tiempos ahora están retiradas de sus cátedras en las universidades, del periodismo, de la dirección de empresas, posiciones que en otros tiempos eran trabajos profesionales en los que tradicionalmente la mujer no tenía lugar. En la de 1970 no había personas en sillas de ruedas. Pero el fin de semana pasado las mujeres con diversidad eran parte integral de la protesta, y marchaban y se manifestaban a favor del sexo y en contra de la violación.

Hace tiempo, el presidente de una multinacional de ámbito europeo le dijo a la esposa de un miembro de la empresa que el dinero era sexy. Al decir esto no decía solo que él podía comprar sexo, sino que con su dinero, las mujeres le encontrarían atractivo y no tendría que pagar por ello. Eso fue hace mucho tiempo. Ahora las mujeres se identifican tanto con las trabajadoras sexuales como con las sirvientas; todas podemos decir sí o no. De hecho, había una buena cantidad de pancartas que decían

«Todas somos camareras de piso», en referencia a la denuncia por intento de violación interpuesta contra el director del FMI.

Las mujeres de la marcha sabían que para cambiar algo nos necesitamos unas a otras. En su intervención en la plaza ese día, las tres mujeres que organizaban la marcha, Elizabeth Head, Caitlin Hayward-Tapp y Anastasia Richardson, lo dejaron claro:

Las agresiones sexuales no serán erradicadas hasta que las demandantes de asilo puedan presentar denuncias frente a la policía sin tener miedo a ser deportadas. Hasta que las trabajadoras sexuales puedan denunciar crímenes frente a la policía sin miedo de ser criminalizadas. Hasta que las madres puedan denunciar delitos frente a la policía sin miedo a que los servicios sociales les quiten a los niños. Hasta que las mujeres trans puedan denunciar violaciones sin que se cuestione en ningún momento su estatus de mujeres. Y hasta que las mujeres negras puedan denunciar violaciones sin que se les cuestione y no se les crea debido al color de su piel.

Las mujeres —en su mayoría muy jóvenes— estallaron de placer al oír las. Odiaban la violación y todo aquello que protege al violador, desde la policía hasta los medios de comunicación. Odian los recortes y como estos se van a cebar en las mujeres. Y odian que el poder, sea del tipo que sea, las defina y dividida. Este era el nuevo movimiento de mujeres, nacido de las protestas estudiantiles y de las revoluciones árabes, haciendo pedazos el pasado frente a nuestros ojos. Al movimiento le queda mucho por hacer pero no le tiene miedo.

Por cierto, en mi pancarta se leía «Puta pensionista» y recibió muchos elogios. Puta, ¿dónde está tu agujijón?

Moran no quiere cambiar nada (20 de junio de 2011)

El feminismo debería ser tan excitante como el rock'n'roll.

Caitlin Moran

Fui una de las cuatro escritoras a las que se les pidió hacer una reseña del libro de Moran, *Cómo ser mujer*.

El libro intriga a los potenciales lectores gracias a la descripción que se hace de él como una reescritura de *La mujer eunuco*⁵ («desde la barra del bar»). Pero esto sitúa un estándar que no es fácil alcanzar, ni siquiera en la comedia. Germaine Greer nos proporcionó una gran recopilación de palabras y actos desagradables sufridos por las mujeres. Parte de la mejor prosa de Moran describe lo alucinante que fue leer este libro de 1970: fruto femenino de los años sesenta, que pregonaba el nacimiento de un movimiento autónomo de liberación de la mujer.

Pero en el siglo XXI, cuando todas las mujeres se han visto afectadas de una manera u otra por el movimiento, feministas como Moran parecen estar aisladas en su propio mundo (occidental), totalmente desconectadas del resto de nosotras. Cuando desembarcan en un mundo de hombres, se dan cuenta que no se han librado de los «problemas de ser una mujer»; incluso «mujeres famosas y poderosas son ridiculizadas constantemente por ser demasiado gordas o demasiado delgadas, o por estar mal vestidas»; o cosas peores.

De hecho Moran habla a una insatisfacción ampliamente expresada entre las mujeres que han visto con consternación y algunas veces incluso con furia que ni siquiera en la cumbre se libran del sexismo. Su problema es que siguen viviendo en el mismo mundo que nosotras, un mundo en el que, por ejemplo, se ha avanzado poco en lo relativo a la desigualdad salarial; en un mundo en el que solo un 6,5 % de las violaciones denunciadas acaban en una condena por un cargo de violación (y entre el 75 % y el 95 % siguen sin ser denunciadas); y en el que en lo único que va avanzando la equidad con los hombres es un aumento en la proporción de mujeres presas y en la edad para la jubilación.

Algunas mujeres que tienen poder social se quejan de estas injusticias, especialmente si se ven directamente afectadas por ellas, pero la mayor parte de ellas ni siquiera se han parado a pensar que para salvar su situación en la sociedad, menos aun sus almas feministas, tengan que hacer algo por otras mujeres. Es imposible que una mujer pueda «decidir su propio destino», tal y como afirma Moran, mientras que el resto de nosotras estemos condenadas a un interminable día de esclavitud asalariada y no asalariada.

⁵ Germaine Greer, *La mujer eunuco*, Barcelona, Debolsillo, 2019. [N. de la T.]

Moran dice que el feminismo es «la creencia de que las mujeres deberían ser tan libres como los hombres...». Pero Greer sabía que «el primer descubrimiento significativo que deberíamos hacer mientras avanzamos ruidosamente hacia la libertad por nuestro camino de mujeres es que los hombres no son libres». Greer concluye con una llamada a la revolución y a que las mujeres dejemos de hacer nuestro trabajo. Moran no quiere cambiar gran cosa. Parece no darse cuenta de que no habrá nadie que sea libre hasta que lo seamos todos. Lo más cerca que podemos llegar a la libertad es luchando por ella junto con aquel que se muestre tan deseoso como nosotras de lograrla. ¿Quiénes son las feministas que están con nosotras?

27. Mumia Abu-Jamal, *jailhouse lawyer* (2011)

DURANTE NUESTRA PRIMERA visita a Mumia Abu-Jamal, quien ha pasado la mayor parte de los treinta años que lleva en la cárcel en el corredor de la muerte, Mumia (que es como le conocen millones de personas) mencionó a los *jailhouse lawyers* [abogados en la cárcel], prisioneros que aprendieron cómo defenderse ellos mismos y a otros contra el sistema legal. Ni Niki Adams de Legal Action for Women en Londres ni yo habíamos escuchado este apelativo antes. Cuando abandonamos la cárcel aquel día, ya le había pedido a Mumia que escribiera un libro acerca de los *jailhouse lawyers*. Este sería su sexto libro. En los años siguientes, lo redactó en su máquina de escribir y yo lo edité a ordenador, haciendo las comprobaciones y correcciones con un océano entre nosotros. Toda una lección.

El libro fue publicado en Estados Unidos en el año 2009. En 2011, justo antes de que lo publicásemos en Gran Bretaña, presos de toda Georgia se negaron a salir de sus celdas para trabajar gratis otro día más. Paramos las rotativas en el último minuto y así fuimos capaces de publicar sus demandas en la edición de Gran Bretaña. Desde entonces, otros miles de presos han realizado acciones de protesta, tanto en California como en el resto de los estados, incluyendo huelgas de hambre. El movimiento dentro de las prisiones se ha mantenido con vida gracias a los *jailhouse lawyers* y ha logrado sobrepasar los límites de las prisiones

extendiéndose como una mancha de aceite, señalando y cuestionando todas las injusticias de la vida en prisión.

Tras una larga lucha, Mumia ya no está en el corredor de la muerte. El movimiento internacional de solidaridad, animado por esta victoria y por las extendidas protestas de los presos, planea ahora acciones para liberar a Mumia.

Este es un extracto de mi introducción a la edición británica.

Cuando se lo pedí no tenía ni idea de todo lo que Mumia tuvo que sopesar antes de aceptar escribir este libro. Tiene una agenda muy apretada. Escribe artículos y análisis semanales, que después dicta telefónicamente, para el Prison Radio Project que se emite en unas cien estaciones de radio. Manda mensajes de voz a eventos, con los que consigue traspasar los muros de la prisión para prestar su fama y credibilidad a los esfuerzos del movimiento. Anota cuidadosamente todo lo que lee y apunta extractos de sus lecturas ya que solo se le permite tener siete libros a la vez en la celda, cuyo tamaño es «tan grande como tu lavabo» (según el estándar estadounidense). Pese a la represión y a las restricciones, Mumia Abu-Jamal dirige *su* vida, cierto es que no es la que planeó así para sí mismo pero ciertamente tampoco es la que sus perseguidores idearon para él. Al final de cada día, puede permitirse la satisfacción de evaluar qué es lo que ha hecho y qué es lo que aún necesita hacer.

Según fui conociéndole más profundamente, vía cartas, las escasas visitas transoceánicas, manuscritos que iban y venían, y sus pocas pero siempre asombrosas llamadas telefónicas, me quedó claro que Mumia personifica los mejores momentos de los años sesenta: comprometido, con principios, el poder es incapaz de disuadirle de sus ideas y está determinado a vencer. Se convirtió en un pantera negra a la edad de 14 años, en un momento en el que millones de jóvenes en gran parte del planeta creaban comunas y colectivos. La vida en las Panteras también era colectiva pero estaba enmarcada en la lucha, de una parte la autodefensa y, por otra, el servicio a los demás: de la defensa legal a otras formas de defensa de la comunidad, los programas de desayuno para los niños, la distribución de alimentos a personas

negras que necesitaran esa ayuda. Mumia señala que eran mayoritariamente mujeres las que «proporcionaron la mayor parte de los miembros y del trabajo»: el 60 % de los miembros de las Panteras eran mujeres.¹ No estoy segura de que nadie nos hubiera contado esto antes.

A finales de su adolescencia, muchos de estos jóvenes ya eran organizadores políticos experimentados. Algunos, como el gran Fred Hampton, que a los 21 años fue asesinado a tiros por el gobierno estadounidense mientras dormía, ya se había convertido en un líder político distinguido.² Mumia aún era un adolescente cuando intervino en el memorial por el Hermano Hampton en Filadelfia.

La paciencia y el compromiso de Mumia con la transformación del planeta tiene sus raíces en este activismo colectivo, esta formación dentro del movimiento. Su historia ayuda a explicar por qué su periodismo se encuentra entre los periodismos más inflexibles y luminosos de Estados Unidos, un faro para muchos, especialmente durante los años sumidos en la ignorancia del mandato de Bush. El movimiento de solidaridad con Mumia, que sobrepasa las fronteras de Estados Unidos y ha sido la mano que ha detenido la ejecución por parte del verdugo del Estado, se explica gracias a las implicaciones antirracistas y anticarcelarias de su caso y, sobre todo, por la oposición a la pena de muerte; pero también tiene mucho que ver con la magia de esta persona. Mumia deja a un lado la autocomplacencia, los egos inflados y la rampante ambición personal que invadieron el movimiento por el cambio en los años ochenta y, al contrario que muchos otros Mumia, mantiene sus hábitos y principios de los años sesenta.

¹ Mumia Abu-Jamal, *We Want Freedom: A Life in the Black Panther Movement*, Cambridge (MA), South End Press, 2008. Véase especialmente el capítulo 7, «A Woman's Party», pp. 159, 164-165. [ed. cast.: *Queremos libertad. Una vida en los Panteras Negras*, Barcelona, Virus, 2007]. El libro es un cautivador y honesto relato de la vida en las Panteras.

² Cuarenta años después de su asesinato (por parte de la oficina de la fiscalía del estado de Cook, Illinois, en colaboración con el departamento de policía de Chicago y el FBI), Fred Hampton es cada vez más reconocido como una de las mayores pérdidas, entre las muchas pérdidas, víctima de la política de asesinatos por parte del gobierno de estadounidense contra los activistas del movimiento negro y activistas de otros movimientos. El distinguido novelista China Miéville se refirió recientemente a él como «una de las figuras más relevantes y sobresalientes de la historia estadounidense» (*The Guardian*, 31 de julio de 2010).

Por eso no es raro que muchos de los presos jóvenes le amen y le consideren un punto de referencia sabio y compasivo al que llaman *Papá*.

La firme y enérgica utilización que Mumia hace de su periodismo para decir la verdad acerca del sistema hizo de él un hombre marcado. La historia de MOVE y su relato de lo que allí pasó, fue probablemente la verdad que resultó más peligrosa para él. MOVE, una comunidad alternativa multirracial y no violenta, era tan odiada por la policía de Filadelfia que en 1985 la ciudad la castigó con un bombardeo aéreo que asesinó a 11 personas; 5 eran niños. Hasta ahora la ciudad se ha librado de tener que asumir su responsabilidad en esto.³ Mumia nunca había sido miembro de MOVE; sin embargo, como joven periodista estaba entre aquellos a los que el alcalde Frank Rizzo, un conocido racista, advirtió públicamente que continuar informando de la persecución a la que se estaba sometiendo a los miembros de MOVE tendría un coste. El rechazo de Mumia a cerrar los ojos ante esta persecución marcó su sentencia de muerte.⁴

Las cualidades de Mumia brillan a través de cada página del libro, escrito pese a las infantiles y perversas restricciones carcelarias. Inflan el precio de las llamadas telefónicas que incluso cuando los precios bajan para el resto de nosotros a los presos les cuestan varios dólares por minuto, de forma que extensas cartas y las copias en disco duro llenas de comentarios meticulosamente anotados debían substituir a las reuniones de edición. A los presos se les niega el acceso a internet; Mumia nunca ha podido trabajar online ni ha tenido acceso a internet. En vez de ello debe comprar cinta de máquina de escribir, de nuevo a precios desorbitados, y con tan poca tinta que el texto apenas puede leerse, menos aún escanearse; cada borrador tuvo que ser reescrito a máquina. Las prisiones son el paraíso del beneficio económico (y la explotación) promovidas por los mismos que están a cargo de «corregir a los criminales».

³ Nunca se llevó a cabo una investigación criminal ni una acusación contra ninguno de los perpetradores.

⁴ Evitó por los pelos que se ejecutase esta sentencia de muerte antes de ser juzgado por el asesinato de un policía. Tras haber sido disparado por un policía, recibió una paliza brutal. Su recuperación fue casi un milagro. Mientras que se recuperaba se elaboró un montaje policial contra él.

En el libro *Mumia* nos deleita describiendo las extraordinarias vidas de resistencia que algunos prisioneros han creado a partir de la desesperación, la determinación y la imaginación. Buceando en sus años dentro de la cárcel, y su extensa correspondencia con los *jailhouse lawyers* que ha conocido o que conoce gracias a la reputación de estos, dibuja el retrato de grandes abogados carcelarios determinados a expulsar este tipo de justicia del sistema. El lector se ve absorbido por su apasionada y habilidosa abogacía. Impulsados muchas veces por la necesidad de reparar el daño provocado por los vagos, descuidados y comprometidos «abogados de la calle», Mumia describe cómo los *jailhouse lawyers* aprenden la ley, los precedentes, los procedimientos, la jerga y una gran cantidad de herramientas, a menudo formidables, de defensa legal.

Dos de estos *jailhouse lawyers* son mujeres dedicadas a proveer de justicia a los más ignorados de la población carcelaria. La tragedia de la prisión es probablemente más dura para las mujeres, el 70 % de las cuales son madres.⁵ Las responsabilidades de la maternidad van con ellas estén donde estén; denegarles el derecho a cuidar y proteger a sus criaturas es una condena en sí mismo: «Es como vivir en el infierno».⁶ Las madres y los niños son castigados con la separación, en algunos casos permanente.⁷ El trabajo de las hermanas presas que actúan como *jailhouse lawyers* es enorme.

⁵ Yolanda Johnson-Peterkin, *Children of Incarcerated Parents*, mayo de 2003.

⁶ «Como madre separada de mis niños, mi compañero y mis perros, esto es como un infierno en vida. Preocuparte acerca de lo que está pasando en casa, gestionar la casa desde lejos. Ayer mi compañero perdió los papeles a lo grande, lo está pasando realmente mal. La gente me dice que deje que se las apañen ellos solos con sus vidas pero no puedo. Todo en la casa dependía de mí y todos ellos me piden consejo y me preguntan qué deberían hacer a partir de ahora. Explicarles cómo alimentar a los cachorros, como arreglar internet [...] la más pequeña de mis hijas lloraba al otro lado del teléfono. Todo lo que puedo hacer es hablar con ellos para ayudarles a pasarlo [...] Mi compañero me dice que no debo llorar porque le pone de mal humor». Véase <http://www.womenagainstrape.net>

⁷ El 11 % de los hijos de madres presas están en acogida familiar, lo que «puede acabar con un progenitor pierda el derecho sobre sus hijos de manera permanente porque la ley federal requiere, con excepciones limitadas, que el estado rellene una petición para acabar con los derechos parentales cuando el niño ha estado en acogida entre 15 y 22 meses. (Véase http://www.wpaonline.org/pdf/2008_BJS_parents_Final.pdf). El lapso temporal es especialmente problemático debido a que la media de tiempo que una madre suele servir en una prisión federal es de unos 49 meses» (Véase www.finalcall.com/artman/publish/article_4943.html). La

Estados Unidos tiene el mayor porcentaje de encarcelamiento del mundo: dos millones de personas estaban en prisión en el año 2008.⁸ 1 de cada 99 personas, y 1 de cada 9 hombres negros entre los 20 y los 34 años están en prisión,⁹ por lo que millones están presos o han estado presos. Cuando tenemos en cuenta además a sus familias, nos vemos forzados a confrontar lo acertado de la descripción que Mumia hace de Estados Unidos cuando lo denomina «la prisión de las naciones»; gran parte de la sociedad y de sus estándares están modeladas por las cárceles... y qué pernicioso es la sobrentendida presunción oficial de que la sociedad es algo diferente a lo que le sucede a millones de personas por culpa de las cárceles.¹⁰

Así que, pese a los millones de personas cuyas vidas han transcurrido en la prisión y se han visto marcadas por ella, nunca se había sido contado la historia de los *jailhouse lawyers* y este aspecto crucial de su resistencia. De haberlo sido, ya se habría reconocido la historia de autoformación legal de esta población masivamente segregada. El libro de Mumia se dirige a aquellos que están o que han estado dentro de la cárcel. Y mediante la reintegración de esa parte de la sociedad tras las rejas, *Jailhouse lawyers* aún el poder y la amplitud del movimiento por el cambio. Nos devuelve una parte substancial de nosotros mismos, que nos ha sido arrancada y se nos ha ocultado.

Va en aumento la cantidad de gente que tiene la certeza de que la «prisión de las naciones» ha encerrado a muchos de los activistas más dedicados y efectivos del movimiento;¹¹ del mismo

acogida y la adopción de niños es una industria más y en este caso va de la mano con el complejo industrial carcelario.

⁸ World Prison Population List, 8ª ed., diciembre de 2008, International Centre for Prison Studies, School of Law, King's College London.

⁹ «U.S. Prison Population Hits New High: 1 in 100 Adults Jailed», *The Guardian*, 1 de marzo de 2008.

¹⁰ «El flujo [del gasto en prisiones del estado de California] ha obligado al gobernador del estado... a recortar drásticamente en otros servicios públicos incluyendo las escuelas, castigadas con recortes que los líderes educativos ya han advertido que podrían diezmar el sistema escolar estatal» (ibídem). Esto no está limitado a los Estados Unidos: Abu Ghraib y Guantánamo poseen profundas raíces estadounidenses.

¹¹ Uno de los más famosos de estos presos es Leonard Peltier, miembro del Movimiento Indio Americano. En 1977, fue condenado por el asesinato de dos agentes del FBI durante el asedio a la reserva india de Pine Ridge. En 2003, el

modo que la idea de que las prisiones han sido un elemento político clave utilizado particularmente en contra de los movimientos de las personas de color. Muchos miles de panteras negras y otros militantes están en la cárcel debido a su activismo político (esta es una función asociada habitualmente con los campos de concentración)¹². Nadie sabe realmente el número real de personas presas por motivos políticos.

Pero la mayor parte de los prisioneros (fuesen quienes fuesen cuando entraron, o cualesquiera que fuese la condena) terminan saliendo. Hace poco hemos conocido FIP [personas anteriormente encarceladas] para las cuales, como pasó con Malcolm X, la prisión supuso una educación organizativa y política. Al ser liberados algunos de ellos han pasado a estar activamente involucrados con sus comunidades, haciendo colectivo su aprendizaje, y esto tiene un efecto muy esperanzador.

Desde el momento en el que sabemos que existen los abogados carcelarios, podemos ser más útiles, e incluso considerar la posibilidad de realizar acciones conjuntas. Un *jailhouse lawyer* nos contó cómo la acción legal de un prisionero se vio reforzada por «unas 75 personas fuera de la cárcel que se manifestaban frente al juzgado federal». Consiguen apoyo logístico, casas y servicios necesarios para las familias que visitan a aquellos que están encarcelados en prisiones muy aisladas, prisiones que justo por este extremo aislamiento destruyen más si cabe las almas de las que allí están. ¿Por qué no podemos ampliar y reforzar con nuestra tarea fuera de los muros el trabajo que los *jailhouse lawyers* hacen tras ellos?

¹⁰ Circuito de la Corte de Apelaciones reconoció que «debe condenarse y reprocharse gran parte del comportamiento [del gobierno] en la reserva de Pine Ridge y la acusación legal contra el Sr. Peltier. El gobierno escondió evidencias. Intimidó a los testigos. Estos hechos no se pueden negar». Sin embargo Peltier sigue en la cárcel.

¹² «Los primeros campos de concentración nazis [...] tenían como supuesto objetivo mantener encerrados a los prisioneros políticos y a los opositores al régimen». También debe recordarse que casi todos los líderes imperialistas y dirigentes de Estados postindependencia, de la India de Nehru a la Kenia de Kenyatta, pasaron tiempo en prisión, y que algunos pasaron directamente de la cárcel al Gobierno.

28. La lucha por la claridad y la influencia: el legado político de C. L. R. James (2001-2012)

Era en la serenidad de un suburbio cerca del mar donde más clara e insistentemente podía oírse el eco de la artillería pesada de Franco, el tableteo de los pelotones de fusilamiento de Stalin, el estridente e indómito tumulto del movimiento revolucionario en busca de concreción e influencia. Así es nuestra época y es este un libro de nuestra época, imbuido de su fiebre y crispación. Y no es algo de lo que se lamenta su autor. El libro es la historia de una revolución y escrito bajo otras circunstancias hubiese sido un libro diferente, pero no necesariamente un libro mejor.¹

C. L. R. James, 1983.

En el año 2001, fui invitada a dar un discurso durante la conferencia *C. L. R. James Centennial Anniversary: A Tribute to the Fight for Social Revolution* [Centenario del nacimiento de C. L. R. James: un tributo a la lucha por la revolución social]. Esta era la oportunidad para finalmente poder hablar sobre su legado político tal y como yo lo había conocido.

C. L. R. estuvo involucrado en organizaciones marxistas desde mediados de la década de 1930 hasta finales de los años sesenta, cuando se disgregó la Tendencia Johnson-Forest de la que había sido fundador. Esto siempre ha supuesto un problema para los que de alguna manera querían que se les relacionase con sus

¹ *The Black Jacobin*, prefacio a la 1ª edición, Nueva York, Vintage Books, 1963, 1989, p. xi [ed. cast.: *Los jacobinos negros*, Katakarak, Pamplona, 2022].

análisis o al menos citar algunas de sus ideas y reflexiones, pero que no querían cruzar los límites del sistema; la participación de C. L. R. en «pequeñas organizaciones marxistas» les suponía un impedimento. Para la proliferación de la industria creada en torno a C. L. R. James suele ser mucho más conveniente tachar la mayor parte de su historia política bien como la debilidad de un genio, o bien como un desvío en una carrera que podía haber sido brillante si no se hubiera producido dicho desvío.

Utilicé esta conferencia del centenario primeramente para evitar que el hombre que nos había educado o al menos introducido a mucha gente como yo en el movimiento marxista acabase convertido en un gurú cultural o en un panafricanista desconectado de la lucha de clases. Y en segundo lugar, quería comenzar, solo comenzar, por reivindicar por fin lo que algunos consideramos que fue su sustanciosa contribución política y organizativa al movimiento.

La conferencia tuvo lugar en Detroit, en otros tiempos base de la magnífica Motown, centro de la industria automovilística, el corazón de los sindicatos industriales y heredera de una rica historia radical. Ahora no era más que una ciudad fantasma, pero yo sabía que el interés en la historia de C. L. R. y en la izquierda marxista de muchos de los que atendieron a la conferencia no era pasajero. Los términos y organizaciones que mencioné les eran familiares a la mayor parte, por lo que no hacía falta dar explicaciones detalladas.

Es necesario recordar que en las épocas en las que las multitudes no salen a la calle, los que se oponen al capitalismo y a todas sus formas y tareas deben trabajar duro para mantener y ampliar esta oposición y prepararse para la aparición de dichas multitudes porque inevitablemente lo harán. Este era básicamente el trabajo que C. L. R. hacía en las organizaciones marxistas.

La política, si está insuflada con una gran voluntad para cambiar el mundo y no por ambiciones personales, a menudo ofrece una oportunidad de conocer el mundo, y de que cada uno seamos más conscientes de la vida que estamos viviendo, más que verte arrastrado por lo que nos dicen que deberíamos sentir sobre nosotros mismos y respecto al resto de las personas; en otras palabras, es una oportunidad para vivir una vida auténtica. Este tipo de política no supone un sacrificio sino que te enriquece de manera

inigualable. La participación de C. L. R. durante décadas en el movimiento marxista dio forma —al proporcionarle un marco de trabajo, profundidad y amplitud— a todo lo que hizo. Años después su trabajo sería alabado por académicos, literatos y críticos de todo tipo. Pero estas alabanzas rara vez mencionan la conexión entre este loado corpus de trabajo y su militancia política.

Para empezar quiero dar las gracias a mi muy estimada camarada y amiga Nettie Kravitz. Ella le sugirió a Martin Glaberman, otro querido camarada y amigo, que fuese yo quien hablase y recomendó a los organizadores que me invitaran.

Antes de nada necesito preguntar una cosa: ¿cuál es la utilidad de una conferencia como esta? Trabajamos duro (en particular las mujeres trabajamos muy duro) y es necesario que pensemos bien a qué dedicaremos nuestras preciadas horas. ¿Esta conferencia está al servicio de un propósito serio? Examinar lo que descubrió C. L. R. James acerca de cómo podemos organizarnos contra esos que gobiernan, explotan e imponen el genocidio sobre nosotros debe merecer la pena. Creo que C. L. R. tiene cosas que enseñar a la gente joven, especialmente a aquellos que quieren evitar los errores del pasado, así que intentaré apuntar algunos elementos en este sentido.

Por último debo señalar que James se hizo famoso por sus análisis culturales. Pero, como vosotros sabéis, el hecho de apreciar y comprender Shakespeare no es en sí mismo una herramienta útil para la revolución; como tampoco lo es el cricket en sí mismo. Cometeríamos una gran injusticia si consideramos las extraordinarias capacidades de C. L. R. en la literatura y en el arte (incluyendo el deporte), e incluso como historiador, desde una óptica vacía de contenido político y organizativo. Si se extrae del marco político, no podremos ver cuánto de su trabajo en la esfera cultural estuvo conformado por su comprometido y colectivo trabajo político, su principal preocupación y actividad durante la mayor parte de su vida adulta. Todo lo que él hacía estaba dirigido a reforzar el movimiento anticapitalista en su «lucha por la claridad y la influencia». Aunque su vida organizativa y política ha sido a menudo catalogada de distracción, lo cierto es que desde la década de 1930 su vida estuvo centrada en la política. Por lo tanto, merece la pena explorar esta historia, y lo que esta produjo, considerado por muchos una contribución única y vital.

Para mí (y al menos para unos cuantos más que conocíamos su trabajo de primera mano), C. L. R. creó dos obras maestras — puede que otros piensen que fueron más, pero dos al menos seguro que lo son—. Una fue *Los jacobinos negros* y es un motivo de alegría para mí que hayáis honrado esa obra maestra en estos seminarios.

La segunda obra maestra fue la Tendencia Johnson-Forest cuyo objetivo era crear un modelo diferente de organización marxista.

Las organizaciones políticas que intentan derrocar el capitalismo no suelen ser tomadas suficientemente en serio como para que se las considere creaciones, menos aún obras maestras. La mayor parte de nosotros vemos las organizaciones como promesas brillantes, que acaban siendo timos. Traicionan a sus miembros y a veces también a millones de personas. Johnson-Forest estaba basada en una crítica radical y profunda de la izquierda y de su papel dentro del movimiento obrero, y ofrecía una reorientación organizativa.

En 1923 C. L. R. llegó a Inglaterra desde Trinidad; allí ya era una persona políticamente activa tanto dentro del movimiento antiimperialista como en el trotskismo, la rama antiestalinista del movimiento marxista. Aunque solidarios y afines entre sí, estos dos movimientos estaban bastante alejados. C. L. R. nos explicó cómo en la esquina del Hyde Park en Londres, en la que se desarrollaban apasionados debates, se bajó del podio del panafricanismo para subirse al del trotskismo.

En 1938, C. L. R. dejó Inglaterra para ir a Estados Unidos, un país en el que las diferencias de clase estaban mucho menos basadas en las raíces de los antepasados y mucho más en las relaciones económicas. Era distinto, y menos reaccionario, que la Europa de aquel tiempo. También era diferente el hecho de que la raza reemplazaba al imperialismo como tema político dominante tras la clase *per se*: Londres, la capital del Imperio británico, también era la capital del antiimperialismo, el movimiento en el que el sol nunca se ponía — como el Imperio mismo—. Fue acogido de manera natural por el Socialist Workers Party [Partido Socialista de los Trabajadores, SWP], el ala estadounidense del trotskismo internacional, del cual él era miembro en Inglaterra. Le habían invitado a hacer una gira de conferencias.

No mucho después, en 1940, se desató un conflicto dentro del trotskismo estadounidense, precipitado por el pacto de no agresión de Stalin y Hitler.² Esto provocó el debate inevitable acerca de la naturaleza de la Unión Soviética: ¿podía hacer pactos con Hitler y seguir siendo un Estado obrero, tal y como afirmaban Trotsky y el Partido Socialista de los Trabajadores? ¿Se le podía seguir pidiendo a la clase obrera internacional que defendiese la Unión Soviética? ¿O se trataba de una nueva formación, un modelo de sociedad «burocrática colectivista» (un Estado que no era capitalista ni obrero), como afirmaba la minoría que quería escindirse del SWP?

El problema de C. L. R. era que él no estaba de acuerdo con ninguno de estos presupuestos, era una minoría de una persona dentro del trotskismo. Según el punto de vista de C. L. R., la Unión Soviética era capitalismo de Estado. La clase obrera, que en 1917 había realizado la revolución, construyó un Estado y lo colocó en el poder, y este seguía afirmando representar a la clase obrera. Pero aunque la producción estaba nacionalizada, el Estado soviético organizaba una explotación despiadada, imponía el trabajo forzoso y asesinaba a millones de personas, comenzando por aquellos que habían sido sus referentes ideológicos durante la revolución.

Los que decidieron no defender la actuación en Europa de la Unión Soviética, una gran minoría, se separaron del SWP y de León Trotsky, líder de la revolución junto a Lenin. C. L. R. era parte de esta minoría que se escindió y formó el Workers Party [Partido de los Trabajadores, WP]. Pero aquellos con los que él abandonó el partido eran hostiles al marxismo; en este aspecto básico le eran más ajenos que aquellos a los que dejaba atrás.

C. L. R. sabía que esta crisis en el trotskismo y en su propia vida política requería de un estudio más profundo del marxismo. (Él era relativamente nuevo en el movimiento, aunque se había convertido rápidamente en un referente internacional dentro del mismo). A menudo decía que en ese momento consideró regresar a Inglaterra, donde tenía una red de amigos y camaradas

² Menos de un mes después, Polonia se vería invadida tanto por Alemania como por la URSS, y a esto le siguió poco después el despliegue de tropas soviéticas en los países bálticos y la invasión de Finlandia —más tarde se sabría que esto formaba parte del pacto entre Hitler y Stalin—.

con los que podía trabajar, pero en Estados Unidos había algunas personas profundamente dedicadas al movimiento que estaban de acuerdo con su análisis acerca del capitalismo de Estado soviético, y que se ofrecieron a trabajar con él si se quedaba. Juntos reexaminarían el marxismo: no solo estudiarían a Marx y a Lenin sino también a Hegel cuyo método dialéctico era la base indispensable para entender el marxismo.

C. L. R. también tuvo que reflexionar sobre las implicaciones que tenía su análisis de la URSS como capitalismo de Estado, y desarrollarlas: ¿qué significaba que el movimiento obrero hubiese llegado a este punto, en el que el Estado creado por el movimiento había acabado construyendo una dictadura capitalista que iba en contra de sus creadores? Para Trotsky, el hecho de que la economía estuviese nacionalizada era lo que aseguraba que fuese un Estado de los trabajadores. Había quedado atrapado en el momento anterior en el que la nacionalización sí que había sido una muestra del poder obrero. Era incapaz de ver el nuevo significado de esa vieja palabra. (Los largos años de debate apenas habían logrado alterado las mentes trotskistas, pese a que C. L. R. creía que si Trotsky hubiera vivido más tiempo, habría cambiado de posición).

A medida que profundizaba su estudio del marxismo, C. L. R. formó un grupo, y después poco a poco una tendencia distintiva y no, como venía siendo habitual, una facción que implicase debates políticos inacabables. La tendencia se formó sin prisa pero sin pausa dentro de un partido que era hostil a todo lo que la Tendencia defendía. Mientras que Grace Chin Lee (ahora Boggs) colaboraba con el estudio de Hegel y Marx, algunas veces traduciendo textos del alemán original, Rae (Raya Dunayevskaya), que hablaba ruso, investigaba la economía soviética. Ella desmitificó la afirmación estalinista de que los trabajadores de la Unión Soviética no estaban explotados, y que las contradicciones del capitalismo no se aplicaban allí. Recuerdo, por ejemplo, que Rae desacreditó la afirmación soviética de que el desempleo —herramienta básica para el capitalismo sin la cual no podía disciplinar la mano de obra— había sido eliminado; descubrió las maneras en las que se ocultaba la existencia del ejército de reserva industrial (disperso en las zonas rurales a las que los economistas soviéticos no prestaban atención), invisible a los ojos pero siempre disponible como herramienta de disciplinamiento para el resto

de empleados y, por supuesto, para toda la clase obrera —lo mismo que sucede en todo el resto del mundo capitalista—. Esta investigación fue uno de los ejemplos que demostraban que los fundamentos de la explotación capitalista también tenían lugar en la Unión Soviética, nacionalizada o no.

Para la Tendencia Johnson-Forest (el nombre de partido de C. L. R. era R. J. Johnson y el de Rae era Freddy Forest), este análisis del capitalismo de Estado de la Unión Soviética no solo era propio del Estado soviético, sino que constituía un nuevo paso en el capitalismo mundial. La revolución soviética había puesto al Estado a cargo de la producción y había utilizado su nacionalizada estructura económica para dar un salto en el desarrollo capitalista a lomos de la clase obrera. Pero solo el inicio soviético del Estado fue excepcional: en otros países el capitalismo también se dirigía hacia la planificación estatal de una economía más centralizada.

El Estado de los trabajadores se había vuelto contra aquellos que, con gran coste personal, lo habían colocado en el poder. Lo mismo se podía decir de los sindicatos y los partidos obreros, que pese a haber sido creados como armas de clase mediante una amarga lucha, eran ahora parte integral de la gestión de la clase obrera. Los gobiernos esperaban de ellos que «controlasen a sus miembros».

El estalinismo, afirmaba la Johnson-Forest, era una forma extrema de un fenómeno generalizado: la nueva manera en la que el Estado se organizaba en respuesta a la rebelión de la clase obrera. No nos enfrentábamos solo con el capital y sus gestores, sino con la gestión capitalista de nuestras propias organizaciones. Esta era una nueva realidad política: la lucha contra el capitalismo tomó la forma de lucha dentro y contra todas las organizaciones que habíamos creado para superar el capitalismo, tanto en Estados Unidos como en la URSS. Esto puede sonar familiar hoy en día pero en aquella época era nuevo; nos llevó años antes de que el movimiento lo aceptase como una realidad —o que al menos se tomase en cuenta—.

Esta visión de la crisis en la organización de la clase obrera fue la furiosa conclusión de los trabajadores de Detroit y de otros centros industriales. Habían logrado reconocimiento sindical mediante huelgas de brazos caídos y confrontaciones con

la Guardia Nacional. Al mismo tiempo que la Johnson-Forest desarrollaba su política independiente ellos también evaluaban su larga lucha. Johnson-Forest había trasladado su sede nacional de Nueva York a Detroit para que su grupo cambiase su invernadero de intelectualidad izquierdista por el hogar de aquellos trabajadores industriales y sus familias, aunque el objetivo no era elevar la consciencia de los trabajadores sino elevar la nuestra. C. L. R., un gran oyente, pasaba horas escuchando lo que los trabajadores (a menudo negros) de las plantas automotrices le contaban, cómo y qué habían ganado con las magníficas huelgas de brazos caídos contra Ford y General Motors. Y cómo ahora su lucha diaria era intentar que el sindicato les defendiese de la empresa y enfrentarse al aumento de la velocidad en la producción que les estaba chupando la vida. El convenio con la empresa, sus reglas, y la creciente burocracia con la que reforzaban todo esto estaban provocando que perdiesen el control sobre la producción que habían logrado con sus duras luchas.

La izquierda tenía la visión importada desde Europa de que los trabajadores estadounidenses estaban atrasados; nosotros no habíamos formado un partido obrero de masas como lo habían hecho los europeos. Pero Johnson-Forest urgió al partido a «americanizar el bolchevismo» y demostrar que el marxismo también era relevante en Estados Unidos. Nuestra premisa para demostrarlo era la rebelión espontánea cotidiana que, aunque «desorganizada», era permanente, tanto en la producción como en la comunidad. Esa forma de lucha debía ser nuestro punto de partida, ¡incluso donde ya había partidos obreros!

Johnson-Forest exploró la experiencia estadounidense de la revolución: C. L. R. y otras personas estudiaron la Guerra Civil —la Segunda Revolución Americana— como contexto para la organización en Estados Unidos. Esto proporcionó a los johnsonitas una base marxista para el antirracismo. En un determinado momento C. L. R. nos dio una clase sobre la esclavitud y la Guerra Civil (por supuesto en domicilios privados y sin que el Partido de los Trabajadores tuviese idea de ello). Y puesto que el movimiento de mujeres sufragistas (mayoritariamente blanco aunque no solo) hundía sus raíces en el movimiento abolicionista, algunas de nuestras mujeres estudiaron el abolicionismo y el nacimiento del feminismo.

El johnsonismo era diferente en todos sus aspectos de los dos sectores en los que se había escindido el trotskismo. En el proceso de destruir el Estado obrero, el estalinismo había corrompido el movimiento obrero. Nuestro estudio de Marx y de Hegel nos había conducido a una lectura de Marx en la que la revolución dependía de la actividad propia de la clase obrera y no del liderazgo del partido de la vanguardia. Esto era Marx libre de la influencia estalinista. La izquierda marxista había dejado de basarse ella misma en la actividad autónoma de la clase obrera y había substituido la participación activa y creativa de todos los explotados por la dependencia en el partido de la vanguardia. Esto tenía inmensas consecuencias tanto políticamente como a nivel organizativo. Johnson-Forest quería recoger y expresar con una perspectiva política y una estructura organizativa el impulso revolucionario y la actividad autónoma de las personas de la clase obrera, comenzando por el país capitalista más avanzado y más poderoso. No tenemos espacio aquí para detenernos en todas las implicaciones que esto tiene, pero la cuestión que C. L. R. comenzó a plantear, audaz e inmediatamente, fue: ¿qué tipo de organización construyes que impulse en lugar que desanime la actividad propia?

Tras establecer que el eje de la revolución era la autodeterminación de la clase obrera, C. L. R. y su grupo comenzaron a poner en práctica estos principios con sus propios miembros. Era tarea del liderazgo, como parte del mantenimiento y del desarrollo del objetivo político organizativo, ayudar a descubrir y desarrollar los talentos y la autonomía de sus miembros. Aunque nunca quedó recogido así (al menos por lo que yo sé) se asumía como tal. Y esto era algo nuevo.

En 1947, Johnson-Forest intentó unir de nuevo las dos alas del trotskismo. Para entonces Trotsky estaba muerto, asesinado por un agente del estalinismo. Las diferencias entre los partidos implicados en la ruptura de 1940 eran aún más profundas si cabe. Pero a ninguno de ellos les abrió los ojos lo que había pasado en la Unión Soviética, como sí nos había ocurrido a nosotros, respecto a cómo debía desarrollarse la lucha en general. Tampoco ninguna afirmó que su posición respecto a la Unión Soviética tuviese relevancia en relación con lo que deberíamos estar haciendo o diciendo en los lugares en los que vivíamos y trabajábamos, o cómo deberíamos organizarnos. Como Humpty-Dumpty, sus pedazos no podían volver a unirse.

Se quería evitar el riesgo de caer en el sectarismo, y el aislamiento supone un terreno fértil para ello, así que en un intento de no avanzar solos, la Johnson-Forest se unió de nuevo al SWP. Al menos el SWP afirmaba ser marxista, y en aquellos momentos hablaba de la «revolución estadounidense que se avecina».

Para entonces había 70 johnsonitas. 70 personas repartidas a lo largo de un país muy muy grande no eran muchas. Pero el líder era un hombre negro, un inmigrante de las Indias Occidentales y un historiador; sus dos camaradas más cercanos eran mujeres, una inmigrante rusa, la otra era la primera generación sinoestadounidense. Gran parte de los miembros trabajaban en la industria, incluidos aquellos que habían comenzado su vida formando parte de la clase media. Eramos multirraciales. Teníamos confianza en nosotros mismos. Sentíamos que «íbamos en la dirección adecuada», tanto individual como colectivamente; con la historia más que contra ella; no éramos un partido de vanguardia cuyo objetivo era llegar a ser un día el Estado, éramos un movimiento; un movimiento antirracista y también antisexista; respetábamos a la gente con la que trabajábamos y vivíamos, y no nos veíamos como una élite entre los rezagados. Aquellos de nosotros que éramos de clase obrera pensábamos que nuestros vecinos, o al menos la gente junto a la que trabajábamos, no necesitaban que les liderásemos tanto como parecían pensar los partidos de izquierda. Más bien, nos veíamos a nosotros mismos como un medio para destapar y ayudar a articular la infinita variedad de formas en la que la población expresaba su rebelión.

Antes de que regresásemos al SWP, nos tomamos tres meses de independencia y de reflexión fuera de cualquier partido y lo denominamos «periodo de transición». Publicamos de nuevo nuestros documentos internos clave, una manera de acabar con el debate acerca de las diferencias políticas a la vez que nos asegurábamos de que nuestras políticas no desaparecerían de la vista: si alguien quería saber, los documentos estaban accesibles. También publicamos un boletín en el que experimentábamos con el tipo de artículos que tal vez podríamos escribir o hacer que nuestras redes escribieran en un futuro periódico obrero. Todo esto fue una magnífica formación: el periodo de transición rompió con la tradición de debates infinitos como actividad política principal.

El documento más significativo del periodo de transición fue *The Balance Sheet* [Balance de hechos]. A primera vista solo rompe con el WP, del cual acabábamos de irnos. En realidad, al romper con el partido de vanguardia en el que estaba basado todo el trotskismo, rompía con el trotskismo en sí.

C. L. R. comienza por hacer una distinción entre el trotskismo y Trotsky cuya gestión de la ruptura de 1940 «representó el clímax de sus grandes contribuciones al movimiento internacional». (Las propuestas de Trotsky para mantener el movimiento unido eran extraordinariamente generosas y amplias de miras). Trotsky, dice, había calificado nuestra ruptura como «sin principios» y posteriormente C. L. R. le daría la razón: «La ruptura fue la ruptura menos escrupulosa en la historia del bolchevismo». Había roto para irse con los antimarxistas. Sigue diciendo:

Los líderes de la minoría Johnson-Forest formamos parte de todo esto, y por eso estamos cualificados para hablar [...] tenemos una responsabilidad política con nuestro propio pasado, con la facción que lideramos, con el partido y con todos aquellos tanto en casa como fuera que están preocupados por nuestro movimiento. Tenemos esa responsabilidad y aquí la expresamos, no solo por el pasado sino por el futuro. La ruptura fue una traición a nuestro movimiento.

Esto muestra la manera en la que una organización sería educada a sus miembros: el líder pide públicamente perdón por sus errores, que habitualmente son grandes errores, puesto que los líderes suelen tener grandes responsabilidades. Leyendo esto ahora, uno no puede evitar verse golpeado por los estándares que en otros tiempos aplicaban los mejores del movimiento, y que deberíamos aplicar de nuevo.

Pero la innovación más importante del documento es su análisis de la composición, de las capas sociales, de las organizaciones de la izquierda, y lo que esto debe significar para la dirección política y organizativa.

El Partido de los Trabajadores había afirmado que la unidad era inviable puesto que el SWP no era democrático. C. L. R. analiza los argumentos autocomplacientes y poco profundos utilizados y, a continuación, nos proporciona una concepción totalmente

diferente de la democracia y de las enormes barreras que hay que superar para obtenerla; es decir, nos da una orientación de clase:

Los líderes del WP [...] creen que su partido es un partido genuinamente democrático. Que todo el mundo puede expresar sus puntos de vista, nadie es «reprimido». En realidad [...] esto es, políticamente, lo más burocrático que nadie pueda concebir. El partido, aparte del liderazgo, está formado por tres capas: una capa de incondicionales del partido, gente que lleva años en el partido y que no puede pensar en una existencia propia fuera del partido, y que mantienen una actitud respecto al mismo que se puede resumir en: es mi partido, da igual si lo que hace es correcto o no... Son los que mantienen el partido. Es su partido en más sentidos de lo que ellos mismos piensan. Pese a su devoción, la mejor cosa negativa que podría pasarle al partido sería que estos elementos lo abandonasen en bloque.

La segunda capa consiste en un grupo más joven con ideas políticas similares a las de los anteriores pero ansiosos por construir el partido... Algunos de ellos, pese a sus errores, hicieron un asombroso trabajo en los sindicatos en Nueva York, Búfalo y Los Ángeles. Pero ahora no saben cómo continuar.

Por último están los hombres que en otro momento tuvieron algún tipo de liderazgo en el movimiento obrero y que buscaban ayuda, según su punto de vista —ayuda en la lucha sindical—; tipos genuinamente proletarios, negros, la juventud, ansiosos de conocimiento y entusiastas de la revolución.

Un partido es un conjunto, una totalidad, pero el liderazgo debe reflejar la vanguardia del partido. Y la vanguardia social del partido es este tercer elemento, el menos vocal, el menos educado en marxismo, el menos confidente a la hora de expresarse a sí mismo atravesando la veloz oratoria de las otras capas, pero revolucionarios, sensibles al movimiento del proletariado, y en potencia grandes reclutadores, una vez que ellos mismos se hayan aclarado. Estos son los que representan a la masa externa.

Pese a que comienza como una descripción del Partido de los Trabajadores, vemos que claramente está describiendo a los partidos de izquierdas en general. El partido reproducía la jerarquía de clase dentro de él; y no era consciente de que este era su enemigo interno. Tras ello regresa al WP: «Y es precisamente en este punto que el WP muestra las tendencias más burocráticas. No ha entendido nunca la tercera capa, nunca les ha escuchado, nunca

ha aprendido nada de ellos [...] su concepción de la relación del liderazgo con el partido no es más que una destilación más pura de lo que piensa que es la relación entre el partido y las masas».

Esta descripción de la organización política (incluyendo la suya propia) fue el análisis del capitalismo de Estado aplicado a la organización. El capitalismo de Estado era la manera en la que el capital planeó su dominio económico y político contra la rebelión, la creatividad, la energía, de la población. Tu organización se convierte en el vehículo de su plan. El balbuceo simplista sobre democracia se disuelve en el polvo una vez que confrontas esta jerarquía de capas contra la que hay que organizarse.

Ha habido poca voluntad de explorar la acusación que hizo C. L. R. del conservadurismo interno de las autodenominadas organizaciones revolucionarias. Cuando le pedíamos que nos dijera de dónde había surgido este concepto de las capas, siempre nos refería a la obra de Lenin. Nunca nos dijo exactamente dónde, pero citó un precedente. Cuando en 1940 Trotsky explicaba sus argumentos contra la ruptura, señaló la visión que Lenin tenía de su propio partido y con la que Trotsky estaba claramente de acuerdo: «Hemos subestimado el movimiento revolucionario en las masas obreras [...] A comienzos de 1917 Lenin dijo que el partido era diez veces más revolucionario que el CC [Comité Central] y las masas diez veces más revolucionarias que los bolcheviques».

Al presumir que la tercera capa es la vanguardia, este análisis confronta la represión de la autodeterminación de la clase obrera dentro de sus propias organizaciones anticapitalistas. Los instrumentos de esa represión están directamente presentes. De manera casi invisible —porque es algo tan común que se da por sentado— siguen dominando aquellos que han recibido una educación más formal, o que tienen más habilidades, poder social, etc. Esta jerarquía no es un acto de voluntad sino consecuencia de la «situación objetiva». Los johnsonitas utilizaban habitualmente esta frase. Era una lectura materialista de la realidad. Con la mejor voluntad del mundo, la jerarquía capitalista se reproduce contra sus bases respaldada por toda la fuerza de la sociedad capitalista. Para minarla, no hablemos ya de derrotarla, se requiere mucho más que votar o que tener normas democráticas.

(No fue hasta los años sesenta y el nacimiento del primer movimiento negro y con ello del movimiento de mujeres y otros

movimientos que atacaban la jerarquía social que se puso en la picota esta dominación sutil, y a veces no tan sutil, se la categorizó y contra ella se creó una masiva oposición).

C. L. R. articuló por primera vez el concepto de las tres capas en este documento de 1947. Las definiciones se fueron refinando a medida que se aplicaban dentro de la Johnson-Forest. Aquellos que habían tenido algún cargo oficial, como por ejemplo en sindicatos, claramente ya no pertenecían a la tercera capa. Un panfleto llamado *Union Committeemen and Wildcat Strikes* [Liberados sindicales y huelgas salvajes] mostraba cómo un dedicado militante del peldaño más bajo de la burocracia sindical, una vez que es extraído de la cadena de montaje para que defienda las quejas de los trabajadores contra la empresa, se veía rápidamente corrompido por este ascenso relativamente pequeño (pero que estaba lejos de ser algo trivial).³

La cuestión era: ¿qué debe hacerse respecto a esto? ¿Cómo podía minarse esta jerarquía, a menudo invisible pero real y constante?

A finales del periodo de transición, Johnson-Forest regresó a la otra rama del trotskismo intentando mantener unido el movimiento. Vimos que era imposible intentar construir el tipo de organización que deseábamos. Mantuvimos un perfil bajo, hicimos nuestro trabajo y evitamos las discusiones políticas.

Cuatro años después, en 1951, abandonamos por completo el trotskismo. Esta vez fue una ruptura de principios; la dirección política que tomábamos no podía seguir sometándose a políticas cada vez más ajenas.

C. L. R. escribió un documento final: *The Balance Sheet Completed — Ten Years of American Trostkism* [Balance completo de hechos: diez años de trotskismo estadounidense]. Comienza así: «La Johnson-Forest ha roto totalmente con todo aquello que la Cuarta Internacional [la Internacional trotskista] defiende actualmente». Hace un listado detallado de lo que era claramente obvio: *The Balance Sheet* de 1947 era un crítica no solo del WP sino del trotskismo en conjunto.

Rompimos con el trotskismo porque no estábamos alineados: no tendíamos ni hacia el apoyo del SWP al estalinismo que sigue considerando la Unión Soviética como un Estado obrero, y que

³ Martin Glaberman, *Correspondence*, núm. 9, 1955.

por ello afirmaba que el Ejército Rojo había traído el socialismo a Europa del Este; tampoco hacia el antiestalinismo del WP que para entonces parecía más cercano al Departamento de Estado que a la oposición de clase obrera (pocos años después — aunque no supuso en absoluto una sorpresa, sí fue bastante llamativo —, el WP se disolvió en el Partido Demócrata y su líderes defendieron la guerra de Vietnam).

The Balance Sheet Completed presentó las razones para esta ruptura final con el trotskismo. La más estimulante de sus cuatro secciones se llama «The Life of the Party» [La vida del Partido]. Citando los pasajes anteriores acerca de la tercera capa, continúa desarrollando el argumento hasta que concluye que la ruptura debía hacerse porque nuestros miembros no podrían desarrollarse dentro del SWP. No eran diferencias teóricas las que provocaron la ruptura, sino las consecuencias organizativas y políticas de estas diferencias.

Comienza con «los trabajadores de base [...] los proletarios nativos, blancos y negros, hombres y mujeres [...] Estos son los que lideran las huelgas salvajes, sintomáticas de la revuelta contra la burocracia. No buscan construir camarillas para ganar puestos en los sindicatos. No se han unido al partido para sustituir un buen aparato sindical por uno malo. Buscan básicamente una organización socialista revolucionaria».

Tras ello «los negros»:

Todas las políticas en Estados Unidos se expresan de la manera más cruda en la cuestión negra [...] El partido no está educado políticamente en la cuestión negra. La tarea de los líderes del partido era hacer por los negros de Estados Unidos lo que Marx hizo en general por el proletariado: establecer su rol en la transformación de la sociedad. En esta [sociedad] en la que vivimos. El partido no lo entendió, los negros no lo entendieron. La consecuencia son estos conflictos, muchos, muy dolorosos y muy vergonzosos.

Seguido por «Las mujeres»:

En Los Ángeles, una de las camaradas más jóvenes, sin experiencia, se interesó por la cuestión de la mujer.⁴ Formada en

⁴ Yo era la «camarada más joven». Una de las líderes del partido en Los Ángeles era una mujer. Ella creía que la liberación sexual era la prioridad para las mujeres.

la Johnson-Forest, ella, sin guía alguna, fue directa al núcleo de la cuestión, la mujer proletaria. Con ayuda de amigos dentro y fuera del partido, esbozó los elementos de una teoría [...]. Inmediatamente se produce una crisis. El SWP no sabe nada de las mujeres en el mundo moderno, solo sabe decirles que encontrarán la libertad personal dentro del partido, que imperialismo significa guerra y que el imperialismo les robará a sus hombres —una clara señal de chovinismo masculino como pueden ver—.

Y por último «La juventud»:

En lo relativo a la cuestión de la juventud, como en la cuestión negra, el SWP está cegado por su miedo e impotencia frente a las aspiraciones de esas capas de las masas revolucionarias que están buscando en el partido revolucionario fortalecer su instintiva hostilidad frente a la sociedad burguesa, su concepción de una nueva sociedad y su disposición inmediata a trabajar por ello.

Estimulante, sí, pese al lenguaje desfasado, y sin embargo era un momento terrible para dar ese salto a la independencia. Era 1951 y la Guerra fría y el macartismo nos perseguía: los teléfonos estaban pinchados, el correo intervenido, recibíamos visitas del FBI. Algunos de nosotros perdimos nuestros empleos (yo perdí el mío), y otros engrosaron las listas negras (el marido de mi hermana no logró un empleo estable durante años). Cuando te están atacando, algunas personas se crecen frente a ello pero otras comienzan a dudar y están tentadas de culpar al movimiento más que al Estado por las dificultades, estén o no relacionadas. Sin embargo nuestro liderazgo nos ayudó a mantenernos en nuestro sitio.

¿De qué manera modeló la teoría de la tercera capa nuestra organización ahora independiente? Comenzamos sacando un periódico en el que todo el mundo que formase parte de nuestras redes estaba involucrado, ya fuese escribiendo, editando o haciendo reseñas. Tenía una página de la mujer, una página de los negros y una página de la juventud, que estaban escritas *por* esos sectores *y no para* ellos.

Yo estaba silenciosamente indignada por esta trivialización autocomplaciente frente a la enormidad de aquello a lo que debían enfrentarse las mujeres.

Al llegar los años sesenta, se multiplicaron los periódicos independientes tanto en Estados Unidos como por todas partes; todos populares, muchos de ellos políticos, en los que diferentes sectores mostraban sus pensamientos.

En cierto modo se parecía a lo que intentábamos hacer una década antes: expresar las vidas reales de la gente con la que nos organizábamos además de las nuestras propias. Había muchas cosas que entendimos mal y que no supimos cómo hacer hasta que en la década de 1960 el movimiento estalló, pero la intentona nos formó para poder concentrarnos en implicar (y no en reclutar) a la gente.

Tal vez la innovación más asombrosa de la Johnson-Forest fue la escuela para la tercera capa. Los líderes se sentaban para aprender de nosotros. Si recuerdo correctamente, durante dos o tres horas al día durante dos semanas, dos grupos de 6 u 8 de nosotros, mezclados por raza, género, edad, etc., se juntaban para discutir con los líderes (pero no con C. L. R., que acababa de ser liberado de un centro de detención de inmigrantes en la Isla Ellis y estaba lejos de encontrarse bien) y contarles qué pensábamos. ¿Cuáles eran los temas? No lo recuerdo, pero hay dos informes, uno de cada grupo, que pueden ser desenterrados.

Cada tarde, tras la escuela, C. L. R. me preguntaba cómo me había ido. Una tarde le dije que no estaba de acuerdo con Rae y que se lo había dicho. Me dijo: «Bien, mañana cuando regrese, saca de nuevo la cuestión».

Al día siguiente hice lo que me había dicho y planteé mi posición, pero todo el resto de las personas en la escuela se mostraron en desacuerdo. Luché pero perdí. No sabía qué más hacer. Aquella noche tuve que decirle que había tenido que dejar que la escuela pasase al siguiente debate porque era una minoría de uno. «Escucha — me dijo — a los trabajadores rusos les apuntan con armas; esta es la razón por la que no hablan. ¿Cuál es tu excusa?».

Entonces entendí cuál era el objetivo de la escuela. Formarnos para poder confrontar a nuestros propios líderes. El objetivo era formar a las personas de la tercera capa que no están habituadas a expresar sus puntos de vista frente a esos que están «educados» o que son socialmente más poderosos de otras maneras, independientemente de que se nos uniese o no más gente de la

tercera capa. Creo que unos cuantos de nosotros encontramos nuestra propia voz. Ciertamente yo lo hice.

Mi buena amiga Filomena Daddario, también trabajadora fabril, estaba en el otro grupo, y comparamos nuestras notas. Su compañero era un sesudo intelectual y ella dijo en la escuela: «Los intelectuales hablan acerca de los instintos de la clase obrera. Los intelectuales también tienen instintos. ¡Pero los suyos están equivocados!».

Filomena tenía unos 24 años cuando se presentó a la alcaldía de Oakland, California, en representación nuestra, para poner a prueba nuestras ideas y la manera en la que las articulábamos. Se dirigió a todas las organizaciones. Dijo que estaba allí por el socialismo y por los derechos de los trabajadores y de los negros, en defensa de los derechos de las mujeres y los jóvenes, todo esto en la época del macartismo. Quedó tercera de los cinco candidatos que se presentaron, lo que es bastante remarcable. Filomena era una buena oradora y Oakland una ciudad especial con una tradición socialista. Pero también la Johnson-Forest era especial.

(Por supuesto la segunda capa no siempre estaba contenta de no estar en primera fila y al mando y hubo tensiones, confrontaciones y resentimientos. Pero teníamos a C. L. R. de nuestra parte —lo que no era poca cosa— y teníamos que aprender a lidiar con ello. Pero esto es otra historia).

Una de las formaciones de la Johnson-Forest resistió hasta la década de 1960, pero la avalancha provocada por la caza de brujas de McCarthy, incluyendo la pérdida de C. L. R. (que se vio forzado a dejar Estados Unidos en 1953), nos minó. Su experiencia y sus ideas continúan siendo tremendamente útiles para la gente más joven que las escucha, y cuyo número no deja de crecer.

Se ha señalado que C. L. R. fue un temprano defensor de la autonomía negra. Tampoco tenía problemas con la autonomía de las mujeres. En Los Ángeles, tres de nosotras (todas amas de casa) nos reuníamos informalmente desde 1949 como grupo de mujeres. Pero incluso antes de ello, dentro de la Tendencia ya se había aprobado unánimemente una circular que redacté yo por la que todos los hombres debían aprender a mecanografiar. (Las mujeres solían hacer todo el trabajo de mecanografía en todas las organizaciones fuesen del tipo que fuesen).

¿Cómo fue esto posible cuando otros luchaban por mantener la autonomía de las mujeres, de las personas de color, etc., fuera de sus organizaciones? La clave está en la teoría de la tercera capa. Esta asumía que, una vez que dejáramos de promover el separatismo —de competir con otros sectores—, lo que cada sector quería era lo que la clase necesitaba: estábamos exponiendo y confrontando maneras hasta entonces no expresadas en las que el capitalismo explota, divide y reprime la clase obrera.

Pero había otras razones. Primero, C. L. R. no se sentía amenazado por la autonomía porque su liderazgo no dependía de tener todas las respuestas; dependía también de obtener las respuestas de otros, para empezar de los miembros de la tercer capa. Segundo, él mismo era parte del movimiento negro; había conminado a la izquierda a aceptar «la validez independiente de la lucha negra». ¿Cómo podía estar en contra de la autonomía de otros sectores?

Teniendo en cuenta que la orientación de la tercera capa desafiaba la jerarquía capitalista de abajo a arriba, debemos echar de nuevo un vistazo al trabajo que, por ejemplo, C. L. R. hizo con Herman Melville. Se dispuso a desafiar que la gran literatura fuese un territorio reservado a los intelectuales. Estaba decidido a demostrar que la gente de la tercera capa podía tener en ciertos aspectos una comprensión más profunda que los intelectuales de lo que los grandes escritores habían intentado describir. Pero este trabajo debía primero desmitificarse y posteriormente ponerse a disposición de la gente. Esa era la tarea del liderazgo.

El análisis que C. L. R. hizo de Melville tenía también otro propósito: era la manera, dijo él, de salir de «los agujeros y las esquinas» en los que la izquierda estadounidense había permitido que le encajonasen. Incluso mientras luchaba contra su deportación en 1952, seguía hablando en las universidades acerca del retrato multirracial, multinacional, de la clase obrera que hacía Melville del barco ballenero, que al fin y al cabo era una fábrica, y de los locos y autocomplacientes capitanes Acab que les dominaban y manipulaban, y que gobernaban en casi todo el mundo. Melville —y Shakespeare, y Milton, etc.— eran vehículos para poner en práctica su política pese a la persecución del macartismo.

Por último, *State Capitalism and World Revolution* [Capitalismo de Estado y revolución mundial], escrito en 1950, contiene este

corto pero asombrosos párrafo, que me impresionó enormemente cuando lo leí por primera vez:

La primera frase del Programa de Transición [de Trotsky] afirma que la crisis de la revolución es la crisis del liderazgo revolucionario. Esta es la cuestión sobre la que vuelve una y otra vez. La cuestión es exactamente la contraria. Es la crisis de la movilización autónoma del proletariado.

Si tuviese que resumir en unas pocas palabras la claridad política de C. L. R. James (alias J. R. Johnson), estas son tan buenas como cualquier otras. Mientras que desde la muerte de Lenin la izquierda consideró que el éxito de la revolución dependía de ellos, el argumento de C. L. R. era que estaba en nuestras manos y esto incluía enfrentarnos a ellos cuando fuese necesario. No nos hemos movilizado lo suficiente nosotros mismos, no de la manera que era absolutamente necesaria, para lograr que nuestro movimiento esté en nuestras propias manos, para hacer imposible que cualquiera de nosotros sea expulsado de nuestra propia revolución.

Las organizaciones en las que sí se hizo este trabajo eran pequeñas, pero su impacto no lo fue. La separación de la norma marcada por la izquierda política comenzada por C. L. R. tuvo distintas repercusiones y efectos. Incluso aunque no haya habido un reconocimiento público, o incluso aunque no fuese invitado a expresarlas, estas ideas parecen haber logrado su propia manera de diseminarse.⁵ Sabíamos que se hablaba de él en los círculos intelectuales, académicos y políticos. La Johnson-Forest penetró hasta la médula del movimiento, y lo actualizó, y dio forma a este pilar del movimiento que es la Campaña por Salarios para el Trabajo Domestico.

A menudo se cita la pregunta que lanzó C. L. R. en *Beyond a Boundary*: «¿Qué saben de cricket los que solo saben de cricket?». Y sin embargo, nunca nadie ha aportado ninguna respuesta. La

⁵ La izquierda en Reino Unido rara vez deseó que este famoso orador apareciese en sus actos y plataformas durante los años cincuenta ni tampoco durante la mayor parte de los años sesenta. Y al principio *Beyond a Boundary* no pudo encontrar editor. Por supuesto, parte de la culpa la tuvo el racismo. Cuánta culpa tuvo depende de las suposiciones de cada uno.

respuesta va incluida en la pregunta: no mucho. Nosotros a su vez podemos preguntar: ¿Qué saben de C. L. R. James aquellos que saben poco o no saben nada de su extraordinariamente productiva vida en el movimiento marxista? La cuestión implica una respuesta similar.

Estoy agradecida a mi hijo Sam Weinstein, que me ayudó a recordar parte de la historia cuando reescribía este discurso. Él creció y fue educado políticamente en la Johnson-Forest. En Beyond Boundary se cita a Sam como «el hijo de nuestra casa»; él y C. L. R. estaban muy unidos.

Sobre los autores

Selma James es defensora de los derechos de las mujeres y luchadora antirracista además de escritora. De 1958 a 1962 trabajó con C. L. R. James en el movimiento por la federación y la independencia del Caribe. En 1972, fundó la Campaña Internacional por Salarios para el Trabajo Doméstico y en el año 2000 ayudó a lanzar la Huelga Internacional de Mujeres cuya estrategia para el cambio se resume en el lema «Invertir en cuidados no en muerte». Acuñó el término «no asalariado» para describir el trabajo de cuidados que hacen las mujeres y que desde entonces ha entrado en el vocabulario inglés para describir a todo aquel que trabaja sin un salario ya sea en el campo, en la casa o en la comunidad.

En 1975 se convirtió en la primera portavoz del Colectivo Inglés de Prostitutas. Es un referente internacional para la International Jewish Anti-Zionist Network [Red Judía Antisionista Internacional] (2008). Fue coautora del clásico *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad* que abrió el «debate acerca del trabajo doméstico». Ha analizado las relaciones de poder dentro del movimiento obrero y cómo organizarse entre sectores pese a las divisiones de sexo, raza, edad, ocupación, nacionalidad, diversidad, etc., y entre el Sur y Norte.

Otras publicaciones suyas incluyen *A Woman's Place* (1952), *Women, the Unions, and Work or What Is Not to Be Done* (1972), *Sex, Race and Class* (1974), *Wageless of the World* (1974), *The Rapist Who pays the Rent* (1982, coautora), *The Ladies and the Mammies: Jane*

Austen and Jean Rhys (1983), *Marx and Feminism* (1983), *Hookers in the House of Lord* (1983), *Strangers & Sisters: Women, Trace, and Immigration* (1985, ed. e introducción), *The Global Kitchen: The Case for Counting the Unwaged Work* (1985 y 1995), *The Milk of Human Kindness: Defending Breastfeeding from the AIDS Industry and the Global Market* (2005, coautora).

Nina López es la coordinadora conjunta de la Huelga Internacional de la Mujeres. Sus escritos y volúmenes editados incluyen *Prostitute Women and AIDS —Resisting the Virus of Repression* (1988), *Some Mother's Daughter: The Hidden Movement of Prostitute Women Against Violence* (1998), *The Milk if Human Kindness* (2002), y *Creating a Caring Economy: Nora Castañeda and the Women's Development Bank of Venezuela* (2006).

Marcus Radiker es activista y profesor honorario de Historia Atlántica en la Universidad de Pittsburgh. Sus libros incluyen: *Between the Devil and the Deep Blue Sea: Merchant Seaman, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750* (1987) [ed. cast.: *Entre el deber y el motín. Lucha de clases en mar abierto*, Madrid, Antipersona, 2019], *The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic* (2000) [ed. cast.: *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y comuneros en la historia oculta del Atlántico*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022], *Villains of All Nations: Atlantic Pirates in the Golden Age* (2004) [ed. cast.: *Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023], *The Slave Ship: A Human History* (2007) [ed. cast.: *Barco de esclavos. La trata a través del Atlántico*, Madrid, Capitán Swing, 2021].

